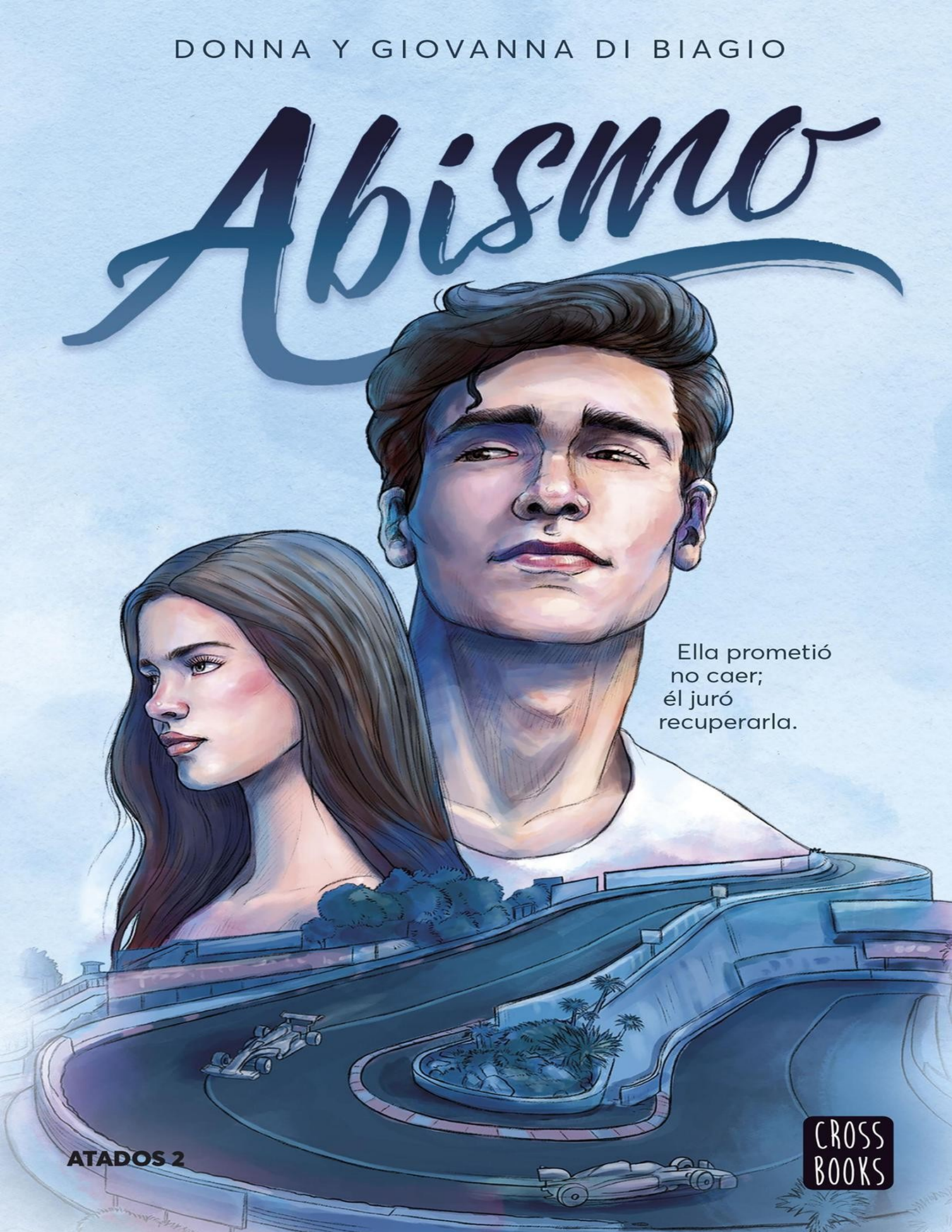
DONNA Y GIOVANNA DI BIAGIO

# Abismo



Ella prometió
no caer;
él juró
recuperarla.

ATADOS 2

CROSS BOOKS

DONNA Y GIOVANNA DI BIAGIO

# Abismo

**ATADOS 2**

CROSS BOOKS

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, po fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción d los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 216 siguientes del Código Penal).

La editorial no se hace responsable por la información brindada por el autor en este libro.

*Abismo*
© 2024, Donna y Giovanna Di Biagio
Corrección de estilo: Luigi Battistolo
Diseño de portada e interiores: Departamento de Arte y Diseño de Editorial Planeta Perú

© 2024, Editorial Planeta Perú S. A.
Bajo su sello editorial CrossBooks
Av. Juan de Aliaga n.º 425, of. 704, Magdalena del Mar
Lima-Perú
www.planetadelibros.com.pe

Primera edición digital: mayo 2024
ISBN: 978-612-4414-48-0
Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2024-04704

Lima-Perú, mayo 2024

Digitalizado por CreaLibros Internacional
www.crealibros.com

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 216 y siguientes del Código Penal).

La editorial no se hace responsable por la información brindada por el autor en este libro.

*Abismo*
© 2024, Donna y Giovanna Di Biagio
Corrección de estilo: Luigi Battistolo
Diseño de portada e interiores: Departamento de Arte y Diseño de Editorial Planeta Perú

© 2024, Editorial Planeta Perú S. A.
Bajo su sello editorial CrossBooks
Av. Juan de Aliaga n.º 425, of. 704, Magdalena del Mar
Lima-Perú
www.planetadelibros.com.pe

Primera edición digital: mayo 2024
ISBN: 978-612-4414-48-0
Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2024-04704

Lima-Perú, mayo 2024

Digitalizado por CreaLibros Internacional
www.crealibros.com

*Para quienes dan segundas oportunidades*
*y para quienes se esfuerzan por merecerlas*

*Para quienes dan segundas oportunidades,*
*y para quienes se esfuerzan por merecerlas.*

*Lo que me preocupa no es que me hayas mentido, sino qu*
*de ahora en adelante, ya no podré creer en t*

Friedrich Nietzsch

*Lo que me preocupa no es que me hayas mentido, sino que,*
*de ahora en adelante, ya no podré creer en ti.*

Friedrich Nietzsche

# PLAYLIST

“Kind of Love” - Natalie Jane
“You Don’t Even Know Me Now” - Pop Talk
“My Boy” - Billie Eilish
“What A Time (feat. Niall Horan)” - Julia Michaels
“Car’s Outside” - James Arthur
“I Wanna Be Yours” - Arctic Monkeys
“Little Do You Know” - Alex & Sierra
“Circles” - Post Malone
“Cross your mind” - Sabrina Claudio
“Adore You” - Harry Styles
“Daddy Issues” - The Neighbourhood
“Family Line” - Conan Gray
“Experience” - Ludovico Enaudi
“Play with Fire (feat. Yacht Money)” - Sam Tinnesz
“Whose Side Are You On” - Tommee Profitt, Ruelle
“Red (Taylor’s Versión)” - Taylor Swift
“I Think I’m Love Again” - Kat Dahlia



# PLAYLIST

“Kind of Love” - Natalie Jane
“You Don’t Even Know Me Now” - Pop Talk
“My Boy” - Billie Eilish
“What A Time (feat. Niall Horan)” - Julia Michaels
“Car’s Outside” - James Arthur
“I Wanna Be Yours” - Arctic Monkeys
“Little Do You Know” - Alex & Sierra
“Circles” - Post Malone
“Cross your mind” - Sabrina Claudio
“Adore You” - Harry Styles
“Daddy Issues” - The Neighbourhood
“Family Line” - Conan Gray
“Experience” - Ludovico Enaudi
“Play with Fire (feat. Yacht Money)” - Sam Tinnesz
“Whose Side Are You On” - Tommee Profitt, Ruelle
“Red (Taylor’s Versión)” - Taylor Swift
“I Think I’m Love Again” - Kat Dahlia



# PRÓLOGO

Hasta ese momento, Derek jamás me había visto con desprecio.

Mi primer amor me vio de pies a cabeza con el dolor del desconcierto, como si no pudiera creer lo que había salido de mis labios. Yo tampoco podía hacerlo, pero no había vuelta atrás. Cuando finalmente asimiló mis palabras, una triste e incrédula risa cruzó su boca.

—No vales la pena —dijo con precisión dolorosa.

Presioné mis labios para ocultar mi verdadera reacción.

—Solo me habría gustado haberme dado cuenta antes —añadió—. Tal vez así no habría desperdiciado tanto tiempo en ti.

En otro momento mi cuerpo se hubiese debilitado por su comentario, pero después de esa noche había decidido mantenerme fuerte. Además, una mano rodeando mi cintura me ayudaba a permanecer de pie. Ese había sido el lugar de Derek muchas veces, pero ya no sería así. Mientras mi pareja me atraía más hacia él, pude ver a Derek seguir cada uno de nuestros movimientos.

—¿Estás bien, mi amor? —preguntó mi pareja cerca de mi oído, pero a un volumen que no pasó desapercibido.

Levanté la barbilla, evocando toda la fuerza que quedaba en mí, y formé una sonrisa que ocultaba mil emociones. Giré mi perfil hacia él y asentí con falsa felicidad.

—Nunca he estado mejor.

Lo último que vi antes de cerrar los ojos fue la expresión de Derek, tan dolida como harta, y su espalda saliendo del lugar.

Lo había logrado.

Lo había perdido.

# PRÓLOGO

Hasta ese momento, Derek jamás me había visto con desprecio.

Mi primer amor me vio de pies a cabeza con el dolor del desconcierto, como si no pudiera creer lo que había salido de mis labios. Yo tampoco podía hacerlo, pero no había vuelta atrás. Cuando finalmente asimiló mis palabras, una triste e incrédula risa cruzó su boca.

—No vales la pena —dijo con precisión dolorosa.

Presioné mis labios para ocultar mi verdadera reacción.

—Solo me habría gustado haberme dado cuenta antes —añadió—. Tal vez así no habría desperdiciado tanto tiempo en ti.

En otro momento mi cuerpo se hubiese debilitado por su comentario, pero después de esa noche había decidido mantenerme fuerte. Además, una mano rodeando mi cintura me ayudaba a permanecer de pie. Ese había sido el lugar de Derek muchas veces, pero ya no sería así. Mientras mi pareja me atraía más hacia él, pude ver a Derek seguir cada uno de nuestros movimientos.

—¿Estás bien, mi amor? —preguntó mi pareja cerca de mi oído, pero a un volumen que no pasó desapercibido.

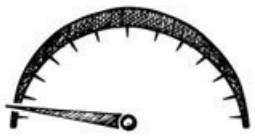
Levanté la barbilla, evocando toda la fuerza que quedaba en mí, y formé una sonrisa que ocultaba mil emociones. Giré mi perfil hacia él y asentí con falsa felicidad.

—Nunca he estado mejor.

Lo último que vi antes de cerrar los ojos fue la expresión de Derek, tan dolida como harta, y su espalda saliendo del lugar.

Lo había logrado.

Lo había perdido.



# CAPÍTULO 1

Café: prepararlo, servirlo y entregarlo. En eso había consistido mi vida los últimos tre meses.

—Te pagamos por hacer café, Ava, no por derramarlo —dijo mi jefa.

También en recibir sermones de Malía, la encargada de ELE.

Terminé de hacer el americano, entregué un *cappuccino* en la mesa seis y corté un trozo de tarta de moras para la dos. A cada cliente que servía, le dedicaba una sonrisa que ya tenía ensayada y que ocultaba las palabras *disfrute, ojalá sea de su agrado* y, según mi compañeros de trabajo, *no olvide dejar propina*. Antes de otro regaño de Malía, volví a m lugar detrás de la barra de la cafetería a la que tantas veces había asistido como una comensal.

Una pareja tomada de la mano ordenó dos cafés y, mientras los preparaba, noté e logo de la Universidad Autónoma de Toronto estampado en sus sudaderas. Sentí un sabor agrio y nostálgico. No era novedad que los estudiantes de la universidad se acercaran a ELE, pero, a pesar de que el tiempo había pasado, no me acostumbraba a sentirme como un personaje secundario en el escenario en donde, en más de una ocasión, había protagonizado alguna discusión o incluso un beso.

Sin embargo, eso no impidió que postulara cuando me topé con el anuncio en el que buscaban un barista. No me consideraba una profesional, pero haber ganado el puesto sin ayuda de Liv, una de las dueñas, me devolvió algo de aquella independencia que creía haber tenido, pero que nunca me había pertenecido en realidad.

Entregué el pedido de la pareja y seguí con las órdenes. La campanilla de la puerta anunció la llegada de un nuevo cliente, pero, a diferencia de mis primeras semana trabajando ahí, ya no volteaba alarmada para ver de quién se trataba. Podía estar en calma porque sabía que el chico que me rompió el corazón no se aparecería allí.

Derek no vivía más en Toronto.

No lo había hecho por meses.

—¿Hija? —me llamó una voz que conocía a la perfección.

Giré sobre el sitio y por poco derramé más café.

No había considerado que podía ser mi madre la que entrara en ELE.

—Mamá… —susurré para mí misma.

No nos habíamos visto en semanas.

Desde nuestra pelea en su casa, me buscó algunas veces. Fueron encuentros que siempre me lastimaron, pero en los que nunca llegamos a ningún acuerdo. Yo mantenía la postura que ella pretendía doblar.

—¿Qué haces aquí? —Sequé mis manos en mi delantal.

—Quería saber cómo estabas, cielo.

—Es… estoy bien.

Fue evidente que no me creyó. No estaba acostumbrada a mentir, pero tenía que aprender.

—Me alegra que sigas trabajando aquí. ¿Piensas hacerlo aun cuando empiece el próximo semestre?

—Ya te he dicho que no pienso volver a la universidad —le recordé.

Tras enterarme de que era Marco quien pagaba las cuentas, había decidido dejar de estudiar. Mi mamá sabía de mi decisión, pero no el motivo.

Esperé su siguiente pregunta, pero cuando la vi jugar con sus uñas, como hacía yo cuando estaba nerviosa, me di cuenta de que sucedía algo más.

—¿A qué has venido realmente, mamá?

Se acercó más a la barra, y entonces noté preocupación en su gesto.

—¿Es cierto que tu padre está en la ciudad, Ava?

Escucharla hablar de Marco fue tan extraño como incómodo, en especial porque ella no sabía de los encuentros que yo había tenido con él.

—Sí… —respondí, sin idea de a dónde quería llegar.

—No lo dejes volver a tu vida, hija —dijo, y que volviera a intervenir en mi relación con él avivó mi enfado.

—Mamá, ya no puedes decirme qué hacer y pretender que yo obedezca a ciegas.

—Hay cosas que no sabes, Ava. Cosas que…

—¿Qué, mamá? ¿Qué más? —dije, exhausta—. ¿Acaso vas a decirme otra mentira?

—Es muy sencillo que me odies solo a mí si no sabes toda la historia.

—¿Por qué debería creerte?

—Porque lo único que quiero es lo mejor para ti y tener a ese hombre en tu vida no lo es.

Pasé las manos por mi cabello y desvié la mirada por un momento. No fue un gesto de

arrogancia, sino una búsqueda de escape en plena debilidad.

—Mamá, yo a él no lo quiero de vuelta, pero a ti… a ti no puedo verte —dije tratando de controlar el ardor que empezaba a intensificarse en la cuenca de mis ojos—. Tú me mentiste a la cara todo ese tiempo. Me hiciste creer que no me querían y tomaste una decisión que no te correspondía. Ya no puedo creer absolutamente nada que me digas. Así que no insistas, por favor.

Ella bajó la mirada y la centró en sus uñas, que volvían a jugar entre ellas. Cuando la subió, sus ojos brillaban y algunas gotas estaban por desbordarse. Supe que, si me veía en un espejo, los míos lucirían igual.

—¿Crees que… en algún momento podremos volver a ser las que fuimos?

Detuve el impulso de rodear la barra y abrazarla.

—Dame tiempo, ¿sí? —hablé con suavidad, sintiendo un nudo en la garganta—. Yo… todavía no puedo.

Asintió con resignación. Secó sus mejillas y sus manos hallaron refugio en los bolsillos de su chaqueta. Por un momento, sus ojos me gritaron cuánto quería que la perdonara.

—Tengo que volver a trabajar —carraspeé.

Asintió e intentó mostrarme una sonrisa reconfortante. No como las que yo había ensayado, sino una honesta, que pedía perdón y que no perdía la esperanza.

Mis ojos la siguieron hasta que entró en un taxi y se marchó.

Dios, la extrañaba tanto.

Levanté la mirada al techo cuando las lágrimas estaban cerca de correr. Llené mis pulmones suavemente, con la misma velocidad expulsé el aire, y despejé la mente.

Malía carraspeó la garganta con fuerza. Luego, señaló nuevos clientes con un amovimiento de cabeza. Espabilé, cuadré los hombros y volví a pintar la sonrisa falsa en mis labios.

Cuando el reloj marcó mi salida, guardé el pequeño delantal negro de cintura en mi casillero. Saqué mi bolso y me dirigí a aquel coche celeste que me venía acompañando seis meses, por el que Derek me había apodado *Sally*. Me había prometido pintarlo apenas tuviera ahorros suficientes.

Ya conduciendo, me fijé en el espejo retrovisor, y lo que vi en el reflejo se había tornado parte de mi rutina.

Estacioné en la calle frente al edificio de Liv, me bajé y caminé hasta el coche negro que se había detenido varios autos detrás. Di dos toques con los nudillos en la luna polarizada del asiento del piloto y me crucé de brazos en espera.

—Sabes que puedo demandarte, ¿no? —dije cuando bajó la ventanilla—. Esto es acoso.

—Es la vigésima quinta vez que me amenazas —recordó Edward Hassler, empleado de Marco, o como lo conocí yo: el hombre de la billetera. Alto, de cabello muy corto y barba rubia.

Discutíamos cada semana. Como ya sabía la verdad sobre Marco, no era necesario que ocultara que había alguien que me mantenía vigilada. Edward se aparecía de vez en cuando, como si no quisiera perderse nada importante. Y aquello era suficiente para que me hirviera la sangre.

—Lo haré hasta que me deshaga de ti —dije, viendo a cada lado de la calle para cruzar.

—Y yo que creí que empezábamos a ser amigos —dijo, y contesté con el dedo corazón.

Lo oí reír con mesura mientras entraba al edificio.

Edward, lamentablemente, no era odioso. Me hacía recordar a ese familiar que entretenía la reunión de domingo después de haberse bebido un par de cervezas, solo que Edward tenía el porte de un hombre de negocios y la seriedad de un agente del Servicio Secreto de Estados Unidos.

Pero, aunque fuera agradable, por su culpa Marco sabía todo de mi vida, desde que entré a la cafetería esa mañana hasta que llegué a casa de Liv.

Sabía que subía al elevador. Que llegaba al quinto nivel y caminaba hasta el final del pasillo. Que introducía la llave que Liv me había entregado en la cerradura. Que me había mudado con mi amiga porque la convivencia con Polo y sus hermanos era complicada. Seguro también sabía que mi decisión tenía mucho que ver con que Derek dejara la ciudad.

Marco lo sabía todo.

Lo que no sabía era por qué las luces estaban encendidas si Liv seguía en clase de pilates.

Al darme la vuelta, descubrí el porqué, y perdí la respiración.

Estaba de pie en medio del salón.

Esa postura intimidante.

Ese cabello castaño.

Esos ojos cafés.

—Sally.

s

ɔ

y

ɘ

ɿ

ɘ

ɑ

ɔ

ɘ

ɔ

l

ɘ

l

ɘ

ɑ

ĸ

ɘ

*Todo lo que me pertenece está empacado en mi auto, preparado para irse de mi supuesto departamento. Mi destin*
*sería la casa de Polo, que me abrió las puertas cuando supo que no tenía idea de a dónde ir, pero ver a Derek e*
*la acera me pone en pausa.*

*No creí que tuviera el valor de volver a aparecerse por aquí.*

*La lluvia cae sobre nosotros, pero no ensordece nuestras palabras, ni mis lágrimas. Llevamos diez minutos e*
*la misma discusión cuando caigo en cuenta de que ya no puedo más.*

*—Te gusta lo difícil, ¿no? Lo que supone un reto para ti —repito lo que me dijo cuando apenas no*
*conocíamos—. Pues déjame hacértelo sencillo: aléjate de mí.*

*—¿Es eso lo que realmente quieres? —Veo dolor en cada una de sus facciones.*

*—¡Sí! No quiero oír tu voz ni escuchar tu nombre. Nunca más.*

*—Nosotros…*

*—¡No hay un nosotros, Derek! —digo y mi voz se quiebra—. No puedo pensar en un solo motivo por el qu*
*deberíamos estar juntos, así que desaparece de mi vida.*

*No sé si es una orden o una súplica. Pero su semblante me da a entender que lo comprende. Asiente y llev*
*una mano a su rostro para hacer a un lado el agua de la lluvia.*

*—Está bien. Te daré tiempo, pero quiero que sepas que voy a volver. No me voy a rendir.*

*Se acerca a mí hasta que la lluvia ya no me impide verlo.*

*—Sí hay un nosotros, siempre lo habrá, y puedo pensar en mil motivos por los que sí vale la pena estar juntos*

*El dolor me arrasa al sentir sus labios en mi frente.*

*Puedo alejarlo. Tengo que hacerlo. Pero decido disfrutar de él, porque esta será la última vez que lo dejar*
*acercarse a mí. Recordaré la sensación de sus labios en mi piel, el calor que emana su cuerpo, a pesar del frío, y s*
*aroma embriagador que baila en la punta de mi nariz.*

*El momento termina instantes después, cuando su espalda desaparece dentro de la lluvia.*

*Todo lo que me pertenece está empacado en mi auto, preparado para irse de mi supuesto departamento. Mi destino sería la casa de Polo, que me abrió las puertas cuando supo que no tenía idea de a dónde ir, pero ver a Derek en la acera me pone en pausa.*

*No creí que tuviera el valor de volver a aparecerse por aquí.*

*La lluvia cae sobre nosotros, pero no ensordece nuestras palabras, ni mis lágrimas. Llevamos diez minutos en la misma discusión cuando caigo en cuenta de que ya no puedo más.*

*—Te gusta lo difícil, ¿no? Lo que supone un reto para ti —repito lo que me dijo cuando apenas nos conocíamos—. Pues déjame hacértelo sencillo: aléjate de mí.*

*—¿Es eso lo que realmente quieres? —Veo dolor en cada una de sus facciones.*

*—¡Sí! No quiero oír tu voz ni escuchar tu nombre. Nunca más.*

*—Nosotros…*

*—¡No hay un nosotros, Derek! —digo y mi voz se quiebra—. No puedo pensar en un solo motivo por el que deberíamos estar juntos, así que desaparece de mi vida.*

*No sé si es una orden o una súplica. Pero su semblante me da a entender que lo comprende. Asiente y lleva una mano a su rostro para hacer a un lado el agua de la lluvia.*

*—Está bien. Te daré tiempo, pero quiero que sepas que voy a volver. No me voy a rendir.*

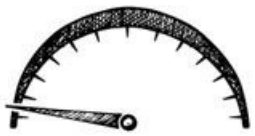
*Se acerca a mí hasta que la lluvia ya no me impide verlo.*

*—Sí hay un nosotros, siempre lo habrá, y puedo pensar en mil motivos por los que sí vale la pena estar juntos.*

*El dolor me arrasa al sentir sus labios en mi frente.*

*Puedo alejarlo. Tengo que hacerlo. Pero decido disfrutar de él, porque esta será la última vez que lo dejaré acercarse a mí. Recordaré la sensación de sus labios en mi piel, el calor que emana su cuerpo, a pesar del frío, y su aroma embriagador que baila en la punta de mi nariz.*

*El momento termina instantes después, cuando su espalda desaparece dentro de la lluvia.*



# CAPÍTULO 2

De no ser por la luz encendida, habría pensado que mi mente me estaba jugando una mala pasada. Un simple juego cruel de las sombras y las luces del salón.

Pero no lo era.

Tenía a Derek, de pie, a solo unos metros. Lucía exactamente igual a la última vez que nos vimos aquella mañana lluviosa de abril. Mismo cuerpo, siempre intimidante; mismos ojos cafés, que solían volverme loca; mismo perfume, que reconocería donde fuera; misma pulsera de cuero en la muñeca. Pero un detalle había cambiado: su gesto lucía extrañamente sereno.

—¿Cómo entraste? —me obligué a decir.

—¿Esa es tu primera pregunta? —Su voz causó un revuelo en mi estómago. Pretendió usar un tono entretenido, pero solo se oyó suave, como una caricia.

—Es la única respuesta que me importa.

Derek botó el aire lentamente y dio un paso adelante.

—Sé que no me quieres aquí…

—¿Entonces por qué lo estás? —lo interrumpí—. ¿Qué más quieres de mí?

—Te quiero a ti.

Contuve la respiración ante la decisión de sus palabras. Me volví a la puerta y la abrí.

—Vete, por favor.

—No. —Negó suavemente con la cabeza—. No voy a irme de nuevo. Te di el tiempo que quisiste. Estos meses…

—No me interesa saber qué fue de ti este tiempo. —Sabía que su ausencia se debía a los viajes que hizo por diversas carreras, y su regreso a Toronto, seguramente, a que había empezado la pausa de verano del campeonato—. Irte fue sencillo para ti, puedes hacerlo de nuevo.

—¿Crees que fue *sencillo*? —Alzó las cejas—. Me fui porque tú así lo quisiste, porque sabía que si me quedaba no ibas a perdonarme, no al instante.

—Pues no quería que regresaras.

—Eso no es cierto.

—¿Pero tú qué vas a saber?

—Lo sé. —Dio un paso más—. Te conozco como a una taza de café. Sé que tu manera de sanar es alejándote de los problemas y que necesitas tiempo, y lo comprendo. Pero ese tiempo ya se agotó, Sally.

Una risa áspera amenazó con salir de entre mis labios cuando oí ese apodo, y cerré la puerta de sopetón para acercarme a él.

—¿Quién crees que eres? ¿Pretendes aparecer después de meses y explicarme lo que yo pienso? ¿Lo que yo *siento*? —Pasé saliva y me quemó la garganta—. No sé qué esperas al venir aquí, pero de mí no obtendrás absolutamente nada.

—Lo que espero es que puedas perdonarme en algún momento, por más que ahora me odies.

—Yo no te odio. Simplemente no siento nada por ti —dije con claridad—. Solo eres un recuerdo que intento olvidar.

Me quise hacer a un costado, pero se interpuso con su cuerpo.

—No puedes olvidar a quien amas.

—¿Qué te hace creer que llegué a amarte?

Derek pareció confundido por un momento.

—¿Desde cuándo mientes?

—No te atrevas a hablarme de mentiras.

Intenté alejarme nuevamente, y esa vez no lo impidió. Di unos pasos hasta que el ventanal quedó enfrente de mí.

Me esforcé por obviar su reflejo, por ignorar cómo parecía encajar a la perfección con el mío en ese escenario rodeado de flores y helechos. La imagen era preciosa… pero no era más que una ilusión a la que ya no le permitiría cegarme.

—Todo fue demasiado perfecto para ser cierto —murmuré para mí misma.

—Sí fue cierto. El trato nunca tuvo nada que ver con cómo actué contigo.

—Tuvo todo que ver. —Me giré para encararlo—. ¿O me vas a decir que, si no hubiese existido, habrías actuado exactamente igual?

Derek pasó una mano por su rostro.

—No. No lo habría hecho. —Su honestidad quebró algo en mi pecho—. No habría insistido en trabajar juntos. Serías solo la chica que llevé al hospital.

—Se supone que ahí debía terminar nuestra historia. Tú deberías ser el chico que me llevó al hospital, no el que tengo ahora en frente.

El chico que me enamoró con una mirada y destruyó con una mentira.

—¿Yo ese chico y tú esa chica? De acuerdo. —Asintió como si hubiese pensado en algo—. Entonces, tu padre no habría aparecido esa noche en el hospital, ni me habría pedido ir a su oficina —continuó él, acercándose a mí—. No hicimos el trabajo de filosofía juntos. No te enseñé a conducir. No nos besamos esperando el alba. No jugamos billar. No corrimos en la pista abandonada. No me diste el mejor cumpleaños que he tenido. No fuiste quien me apoyó cuando alguien quería lastimarme. No fui en quien buscaste refugio cuando lo necesitaste. No presentamos el proyecto.

Su rostro quedó a solo centímetros del mío, cuando añadió:

—No te enamoraste de mí y yo no me enamoré de ti.

Pasé saliva.

—El café sin azúcar no es más que una bebida. El billar no es más que un juego. *Cars* no es más que una película de niños. El alba no es más que un evento astronómico —murmuró—. ¿Quieres vivir esa vida? Yo no, porque tú no estarías en ella.

Mi corazón retumbó en mi pecho y un escalofrío me recorrió entera. Sabía mi respuesta, pero necesitaba unos instantes a que volviera a mis sentidos para poder decirla.

—Sí. Es la vida que tendré —hablé calmada, pero decidida—. Una vida en la que tú no estés cerca, en la que no tenga que verte ni escuchar tus mentiras. Una vida que me pertenezca del todo y en la que nada nos una. Aunque de igual modo ya nada lo hace.

Le di la espalda bajo lo que pareció ser decepción en sus ojos.

—Lárgate.

Así terminaba nuestra historia. Y dolía tanto como el primer día.

Oí un suspiro y sus pasos dirigiéndose a la puerta. Estaba yéndose… de nuevo.

—Espera —dije de pronto—. No te vayas.

Se detuvo y giró rápidamente. La sorpresa en su rostro disminuyó a medida que su vista viajaba por mi cuerpo hasta llegar a la palma de mi mano extendida.

—Dámela.

Sacó de su bolsillo una llave, con la que supuse que había entrado al departamento de Liv. Se acercó hasta que solo unos centímetros nos alejaban. Levantó la llave entre dos dedos y me la mostró, viéndome a los ojos.

—Podré dártela, pero no significa que dejaré de estar aquí, Sally. Te recordaré todos los días que te quiero, cada segundo de cada minuto, porque puedo esperarte y voy a hacerlo.

Dejó la llave en mi palma y cerró mis dedos alrededor de ella.

—Voy a ganarme tu confianza de vuelta.

Tan solo unos segundos después, el sonido de la puerta cerrándose me trajo de vuelta. Aún sentía el ardor de su tacto en mi mano y un temblor me recorrió de pies a

ıcabeza. Mi cuerpo amenazaba con quebrarse, algo que no había hecho en algún tiempo.

a Caminé apresuradamente hasta el espejo que descansaba sobre el recibidor, apoyé la
emanos y me obligué a ver mi reflejo. Tenía los ojos cristalizados y la mirada fruncida.

s —Eres más fuerte que esto —me dije en voz alta, limpiando una lágrima de m
emejilla.

ı En esos meses, me había visto obligada a aprender unas cuantas cosas sobre mantenerme fuerte. Me di cuenta de que consistía en buscar una solución a un problema, a pesar de que la tentación de rendirse sea mayor. Seguir adelante a pesar de temor de volver a caer.

Y yo temía. Mucho. Porque cuando quieres a alguien le das una parte de ti que no recuperas una vez que todo se termina. Cuando eso ocurre, te quedan dos opciones -dejar que el vacío lo consuma todo, o aceptar que falta ese pedazo y seguir adelante.

Yo decidí ir por la segunda alternativa. Y me fue más sencillo hacerlo porque tenía a ialguien en quien confiar. Marqué su número.

.. —¿Podemos vernos?

ı —¿Donde siempre? —dijo al otro lado de la línea.

e —Donde siempre —respondí mientras cerraba la puerta de la casa de Liv.

ı

e

s

s

a

e

a

cabeza. Mi cuerpo amenazaba con quebrarse, algo que no había hecho en algún tiempo.

Caminé apresuradamente hasta el espejo que descansaba sobre el recibidor, apoyé las manos y me obligué a ver mi reflejo. Tenía los ojos cristalizados y la mirada fruncida.

—Eres más fuerte que esto —me dije en voz alta, limpiando una lágrima de mi mejilla.

En esos meses, me había visto obligada a aprender unas cuantas cosas sobre mantenerme fuerte. Me di cuenta de que consistía en buscar una solución a un problema, a pesar de que la tentación de rendirse sea mayor. Seguir adelante a pesar del temor de volver a caer.

Y yo temía. Mucho. Porque cuando quieres a alguien le das una parte de ti que no recuperas una vez que todo se termina. Cuando eso ocurre, te quedan dos opciones: dejar que el vacío lo consuma todo, o aceptar que falta ese pedazo y seguir adelante.

Yo decidí ir por la segunda alternativa. Y me fue más sencillo hacerlo porque tenía a alguien en quien confiar. Marqué su número.

—¿Podemos vernos?

—¿Donde siempre? —dijo al otro lado de la línea.

—Donde siempre —respondí mientras cerraba la puerta de la casa de Liv.



# CAPÍTULO 3

Siempre necesité de algo que me calmara. De niña, cuando estaba triste, me sentaba en el taburete del piano. Más grande, cuando despertaba de mis pesadillas, veía el amanecer desde mi ventana.

Ahora que los recuerdos de mi padre y de Derek habían arruinado mi refugio, había tenido que optar por otra manera de hallar tranquilidad.

Saqué de mi bolsillo una cajetilla y puse un cigarrillo entre mis labios para encenderlo. Lo tomé entre el índice y el dedo corazón, y boté el aire con suavidad. La primera vez que probé uno tosí por veinte minutos; ahora no pasaba un par de días sin fumar.

A mi espalda, escuché a alguien estacionarse. No me giré al sentir que se apoyaba a mi lado en el capó de mi auto.

—Derek regresó —fue lo primero que dije.

Me di la vuelta y fijé la mirada en su perfil.

—¿Qué voy a hacer, Becca?

Ella sabía lo que había pasado.

A los días de haber empezado en ELE, me encontró completamente rota en los casilleros. Me abrazó sin hacer una sola pregunta, y yo, de impulso, le conté todo. No éramos cercanas entonces, pero fue una brújula cuando me sentía perdida. Ahora la llamaba *amiga*.

—Leo dice que ha vuelto para quedarse —me dijo.

—Tengo que conseguir el dinero para mudarme. No podemos vivir en el mismo edificio.

—¿Si le pides ayuda a tu padre? —La vi de soslayo y se encogió de hombros—. Es eso o encontrarte a Keller en el elevador todos los días.

—Prefiero el elevador mil veces antes que pedirle un centavo a ese hombre. Ya tengo suficiente con la sombra que me ha puesto.

—Cierto. —Vio sobre nuestros hombros—. ¿Y el agente 007?

—Sabes que puedo perderlo cuando hace falta. —Me encogí de hombros y di otra calada—. Esto no me está ayudando tanto como siempre. —Moví el cigarro.

—Es tabaco, no magia —dijo con una sonrisa que me fue imposible no imitar.

Tenía una complicidad especial con la verdadera Becca, esa que no estaba en constante pelea con Liv. Conocí su infinita elegancia, su irrevocable astucia y su apoyo incondicional.

Además, compartíamos un secreto.

—A lo que vinimos, ¿no? —me dijo.

Asentí antes de dar una última calada al cigarro y deshacerme de la colilla.

Cruzamos la calle y entramos donde Becca me había llevado ese día cuando dejé de temblar. Era un local muy peculiar que tenía solo un propósito: romper platos para desahogarse.

Al parecer, tener rabia acumulada era más común de lo que pensaba y alguien fue lo suficientemente visionario como para crear un negocio a partir de ello.

Ya dentro de una de las cabinas, nos colocamos unos guantes y un par de lentes. Cuatro pilas de platos blancos esperaban ser destrozados. Tomé uno, inflé mi pecho y lo lancé contra la pared.

*No voy a irme de nuevo.*

«Lárgate».

*Sally.*

«Mi nombre es Ava».

*Voy a ganarme tu confianza de vuelta.*

«¡Jamás!».

Mi pecho subía y bajaba con fuerza cuando escuché a Becca:

—¡Bien! Piensa que la pared es Derek. ¡Dile lo que te molesta!

—¡¿Cómo puedes aparecerte así?! —Lancé un plato, haciendo que se rompiera en mil pedazos—. ¡Traidor! ¡Mentiroso! —Aventé otro—. ¡Corredor de Mario Kart!

Fui por otro plato, pero Becca los había separado. Levantó la mano cuando vio que los robaría.

—Yo también necesito unos cuantos —dijo antes de darme la mitad—. Leonard me está volviendo loca.

—¿Qué sucede?

—Solo me habla de *hockey*. Que el partido, que el hielo, que el uniforme… —Arrojó un plato con fuerza—. ¡Odio el *hockey*!

—¡Y yo las carreras! —Lancé otro.

Tuvimos que pedir un par de rumas más.

No dudo de que en las cámaras de seguridad debíamos lucir como dos locas, gritando e insultando a esos hombres, pero, en definitiva, eso parecía ser lo único que lograba calmarnos.

Cuando nuestro tiempo se terminó, dejamos los guantes, las gafas, y salimos del local.

—Entiendo por qué no te alteras ni atacas a la gente —le dije mientras cruzábamos la calle—. Este sitio es un verdadero paraíso.

—Es mejor que otros pasatiempos que tengo. Ayuda a sentirse mejor. ¿Lo estás?

—Como no tienes idea. Gracias, *Morti* —enfaticé en el apodo.

—¿Quieres que te odie como a Olivia? —Me vio muy seria.

—Calla —reí—. Mañana irás a su cumpleaños, ¿no?

—¿Por qué mejor no vamos por uno de los platos rotos y me cortas la yugular?

—Es una fiesta —le recordé, y ella rodó los ojos—. Promete que vas a comportarte.

—Lo haré. Soy muy educada para sus peleas.

—¿Cómo no? Si pasas tus tardes rompiendo platos como una psicópata.

—Es eso o empezar a lanzárselos a ella. —Encogió un hombro—. Hasta mañana.

Se despidió levantando una mano cual modelo, gesto que imité sin tanta elegancia. Ella entró a su camioneta blanca, y yo, a mi cochecito celeste.

Volví al edificio y, apenas abrí la puerta del piso, vi que Liv me esperaba en el centro del salón con una bandeja de galletas recién hechas. Lo que más miedo me dio fue la sonrisa tiesa que traía.

—Bienvenida, linda.

—Ya lo sé, Liv —dije, comprendiendo sus intenciones.

—¿Qué sabes? ¿Que estas galletas tienen chispas de chocolate como tus favoritas? —Me tendió una—. Le vas a dar un gran bocado a esta delicia y escucharás atentamente lo que te diré…

Suspiré.

—Liv, ya sé que Derek ha vuelto.

La barbilla le llegó al suelo y los párpados desaparecieron de su rostro.

—Estuvo aquí y hablamos —agregué, aceptando una de las galletas para darle un emordisco. Ante un suspiro de Liv, dije con la boca llena—: ¿Qué?

—Linda… Puedes hablar conmigo sobre él. Prometo ser imparcial.

No podía hacerlo. Ni siquiera me había atrevido a contarle por qué ya no estábamos juntos. Derek era, junto con Leo, lo más cercano que ella tenía a un hermano. No quería poner en la cuerda floja su relación, y mucho menos que se sintiera obligada a elegir entre él o nuestra amistad.

—Es que ya no hay nada que decir. Me da igual que haya regresado.

—¿Hablas en serio?

—Totalmente. No me importa ni un poco.

Le di un corto abrazo y empecé a dirigirme a mi habitación.

—Entonces tampoco te importará que vaya mañana a mi cumpleaños.

Paré en seco.

Giré y vi a Liv, que traía una sonrisa de niña orgullosa que acaba de hacer una travesura.

—Tu cumpleaños será en un yate —recordé.

—Sí, así que una vez partamos, no habrá escapatoria. —Levantó las cejas—. Sigue sin importarte, ¿no es así? —inquirió, divertida.

—Sí, sí. No me interesa. —Necesitaba mentir mejor—. Además, es tu cumpleaños Liv. Si quieres que… él… esté allí, pues es tu decisión.

Presionó los labios un instante, en el que me esforcé por mantener la expresión neutra.

—Si tú lo dices… —dijo antes de perderse dentro de su habitación.

Entré a mi cuarto, cerré la puerta y apoyé la espalda contra ella. Había creado una rutina libre de Derek, de su influencia, de algo tan simple como su nombre. Ahora… ¿cómo me libraría nuevamente de él? ¿Cómo volvería a mi refugio seguro?

O más importante: ¿cómo escaparía de Derek en el medio del mar?

—Es que ya no hay nada que decir. Me da igual que haya regresado.

—¿Hablas en serio?

—Totalmente. No me importa ni un poco.

Le di un corto abrazo y empecé a dirigirme a mi habitación.

—Entonces tampoco te importará que vaya mañana a mi cumpleaños.

Paré en seco.

Giré y vi a Liv, que traía una sonrisa de niña orgullosa que acaba de hacer una travesura.

—Tu cumpleaños será en un yate —recordé.

—Sí, así que una vez partamos, no habrá escapatoria. —Levantó las cejas—. Sigue sin importarte, ¿no es así? —inquirió, divertida.

—Sí, sí. No me interesa. —Necesitaba mentir mejor—. Además, es tu cumpleaños, Liv. Si quieres que… él… esté allí, pues es tu decisión.

Presionó los labios un instante, en el que me esforcé por mantener la expresión neutra.

—Si tú lo dices… —dijo antes de perderse dentro de su habitación.

Entré a mi cuarto, cerré la puerta y apoyé la espalda contra ella. Había creado una rutina libre de Derek, de su influencia, de algo tan simple como su nombre. Ahora… ¿cómo me libraría nuevamente de él? ¿Cómo volvería a mi refugio seguro?

O más importante: ¿cómo escaparía de Derek en el medio del mar?



# CAPÍTULO 4

El yate era aún más grande de lo que había imaginado, lo cual me alegró la noche. Sería muy difícil encontrarme con Derek en los dos pisos que conformaban la embarcación. Lo malo era que habíamos zarpado hacía veinte minutos, y aún no encontraba a Polo.

Cuando finalmente reconocí sus ondas entre las decenas de personas, lo hallé sentado con una copa de espumante apoyada en su ojo.

—¿Qué te sucedió? —pregunté al ver que intentaba reducir la hinchazón de un moretón.

—Tengo una noticia. —Presionó los labios en una sonrisa, por lo que noté que el alcohol ya estaba nadando en su sistema—. Cata y yo terminamos. Digamos que ha estado conmigo y con su ex al mismo tiempo.

—Lo lamento. —Me senté a su costado—. ¿Te habías ilusionado con ella?

—La verdad, no. Creí haberme enamorado, pero… creo que nunca lo he estado.

—¿Te diste cuenta de todo eso por un engaño? —Quise hacerlo reír—. ¿De qué era el puño del chico que te golpeó?

—No sé, pero dolió como mierda. —Lo dijo tan en serio que me hizo reír— Lamento no haber ido ayer. Es que… —Señaló su rostro.

Liv me dijo que lo había llamado para que me entregaran juntos la noticia de que Derek había vuelto, pero nunca llegó.

—No te preocupes por eso.

Mi amigo tomó un sorbo de su copa y apretó el gesto. Al parecer, su espumante ya no estaba frío, y me ofrecí a llevarle uno nuevo. No parecía muy capaz de ponerse de pie.

Caminé hacia el bar y ordené dos copas. Cuando me apoyé sobre la barra a esperar, tuve la sensación de que una persona me observaba. Por cómo se tensó mi cuerpo, supe exactamente de quién se trataba.

—Sally.

*Cazzo.*

Estaba detrás de mí.

Un escalofrío me recorrió de pies a cabeza, y estaba segura de que no se debía a una ráfaga marina. Era él. Era su voz. Era saber que estaba tan cerca… Me di la vuelta y ahí estaba, tan lamentablemente guapo como siempre.

Iba a decir su nombre, pero no pude.

—Keller. —Solo asentí y me giré.

Di todo de mí para obviar la figura masculina que se acomodó a mi lado, pero me fue imposible. Sentía sus ojos tan fijos en mí que ni la más mínima señal de debilidad habría pasado desapercibida.

—¿Qué? —lo encaré, cansada de su escrutinio.

Derek dio un suave repaso por mi vestido negro para después detenerse en mis ojos.

—Joder, estás tan hermosa como siempre.

Debía estar bromeando.

Regresé mi atención al frente y esperé las bebidas, tamborileando las uñas en la madera.

—¿Cómo estás? —preguntó con la voz suave.

Internamente reí. ¿Qué quería que respondiera? Que estaba hecha un desastre, que no dejaba de llorar, que ya ni pensaba en él… Las opciones eran infinitas. Pero me decidí por una, y la acompañé de una sonrisa cuando volteé a verlo.

—Tan hermosa como siempre.

Derek asintió como si le entretuviera mi respuesta y arrastró una risa que no escuchaba en demasiado tiempo y que se aseguró de asentarse en la base de mi estómago.

El barman me entregó las copas, así que di la vuelta para volver por donde vine, pero no pude. Derek estaba impidiendo mi camino.

—Hazte a un lado.

Me ignoró. Solo me miraba con esos ojos hipnotizantes.

—Me alegro de que hayas venido.

—No puedo decir lo mismo. —Di un paso adelante, pero se interpuso—. Muévete.

—No —dijo con la voz suave, como terciopelo—. Quiero verte.

—¿No te quedó claro que no quiero verte o debo repetírtelo?

—¿No te quedó claro que voy a luchar por ti o debo repetírtelo? —me imitó.

—Puedes repetirlo tantas veces como quieras; te aseguro que no lograrás nada —dije con autoridad—. Para eso, debería sentir siquiera algo por ti. Y simplemente no lo hago.

—¿Ni un poco? —cuestionó con una certeza que me disgustó.

—Nada más que indiferencia.

Me hice a un costado para salir del encuentro, y fui en busca de mi amigo.

La notificación de un mensaje me distrajo en el camino. Redactar una respuesta íhonesta después de mentir varias veces era el respiro que necesitaba.

> No puedo esperar a que llegues.
> Me haces mucha falta.

Guardé mi celular y fui hacia Polo, quien estaba acompañado de Liv, Becca y Leo. No me sorprendió llegar en medio de un enfrentamiento entre mis amigas.

—Primo, te pedí que me trajeras un regalo, no al Ángel de la Muerte —dijo Liv.

—Querida Oliva, ¿sabías que en solo diez minutos en el mar puedes morir de hipotermia? —Becca le sonrió.

—Querida Becca Cordelia Vanderbilt —Liv la imitó—, si caigo, te llevaré conmigo.

—¿Cómo sabes mi segundo nombre? —La sonrisa de Becca se esfumó.

—Sé mucho sobre ti, Morti. Por ejemplo, que con un solo diente de ajo te puedo hacer desaparecer. —Leo se interpuso entre ellas para cambiar de tema.

—Sí te compré un regalo, prima. —Le brindó una sonrisa, que, a pesar de parecerse a aquella con la que lo conocí, aún no se recuperaba del todo—. Está esperando en tu salón.

—Yo lo tengo aquí —recordé, tras entregarle su copa a Polo.

Saqué una caja de mi bolso, se la entregué y su rostro mostró la emoción demente característica de ella. Sin embargo, cuando la abrió, su gesto se suavizó.

—Es una turquesa —describí la gema que colgaba del collar—, característica por la…

—Amistad —Liv me interrumpió con las palabras correctas—. ¿Cómo lo sabes?

—Investigué un poco y hallé un emprendimiento pequeño que vende cristales y te enseña su significado. Fue imposible no elegir ese después de todo lo que has hecho por mí. —Tomé su mano y la estreché—. No creo mucho en esas cosas, pero, si nos va a ayudar a nunca dejar de ser amigas, vale la pena intentarlo. Además, combina con tu ojos y…

Liv me rodeó con sus brazos, estrechándome en un impulsivo abrazo.

—¡Me encanta! ¿Me lo colocas, por favor?

Se recogió el cabello, a pesar de que era tan corto que no hacía falta, y envolví su cuello con el collar. Mientras cerraba el broche, noté una pequeña estrella detrás de su oreja.

—No te imaginé como una amante de los tatuajes. ¿No son un atentado contra el cuerpo?

Pensé que contestaría algo sin sentido, pero se mantuvo en silencio.

—Me lo hice por una amiga—dijo, como si aquella fuese respuesta suficiente.

Se dio la vuelta y me agradeció.

—Yo no sé dónde dejé tu regalo… —intervino Polo, viendo los alrededores.

—No volveremos a la costa hasta la mañana, Polito, así que tienes tiempo para encontrarlo. —Liv volvió a la normalidad, y me tomó de las manos para ir a la pista de baile.

Durante varias horas, estuve a merced de la cumpleañera. Bailamos cuando quiso bailar, bebimos cuando quiso beber, y le pasé sus regalos cuando quiso abrirlos. Todo lo hice bajo la mirada de Derek. Parecía decidido a no permitirme ignorarlo, y después de tanto tiempo evitando su presencia necesitaba un respiro.

Necesitaba fumar.

Caminé por cubierta hasta hallar las escaleras al segundo nivel. Me acerqué a la baranda y apoyé las manos en ella después de pasarlas por mi rostro. Inhalé el aire frío de la noche y me quedé viendo la suave marea bajo la oscuridad. Todo el ambiente proporcionaba una calma inigualable, que no me duró ni tres minutos.

—¿Podemos hablar, Sally?

Lo vi sobre el hombro. Derek se acercó y apoyó ambas manos en la barandilla, a unos centímetros de las mías.

—Hoy me he acercado a ti dos veces por sorpresa, y no te has sobresaltado. ¿Por qué?

Las palabras de Derek, que hasta ahora siempre habían desbordado confianza, ahora salían con calma, como si hubiese surgido un personaje secundario: la precaución.

—Después de que la vida te sorprende tantas veces, supongo que dejas de sobresaltarte.

¿Algún día volvería a estar tan tranquila que me sorprendería de nuevo con aquella genuina inocencia? No obtendría la respuesta esa noche.

Bajo su mirada, saqué un cigarrillo de mi bolso y me lo llevé a la boca.

—Fumas.

—Qué atento —me burlé, buscando mi encendedor.

—¿Por qué? —preguntó con curiosidad serena.

—Porque me ayuda a calmarme.

—Te va a hacer daño.

—Tranquilo. No me hará tanto daño como tú.

Esperaba una respuesta vivaz; en cambio, me quitó el cigarro y lo colocó en sus labios.

—¿Qué haces? —pregunté confundida.

Derek hurgó en el bolsillo de su pantalón y sacó un encendedor. De repente, toda la atención que tenía se dirigió a verlo encender el cigarrillo. Lo dejó un momento en sus labios antes de tomarlo entre dos dedos y dar la primera calada.

—Tú no eres la única que encontró calma en un cigarro.

—¿Y tú por qué necesitarías uno?

—Era lo único que me mantenía tranquilo sabiendo que estaba lejos de ti.

—Tú tomaste esa decisión —le recordé.

—Tú me lo pediste.

—¿Desde cuándo haces lo que alguien más te dice?

—Desde que me enamoré.

Contuve la respiración, pero ya no le creía.

—Confundes amor con gratitud. Lo nuestro no fue más que un error, Keller.

—No —dijo determinado, pero con suavidad—. No somos un error, Sally.

—¿Entonces qué somos? —pregunté, desinteresada.

Claramente, Derek Keller tenía una respuesta para todo.

—Somos una de esas casualidades desastrosas que resultan ser lo mejor que te ha pasado en la vida.

Su gesto se suavizó tras esas palabras. Fue mucho más dulce, con sus ojos reflejando arrepentimiento, solo que sus actitudes mostraban lo contrario. No podía entender qué era lo que pasaba por su cabeza. Mucho menos cuando estudió mi rostro y suspiró.

—Joder, cómo te he extrañado.

Nuevamente fui víctima de su mirada. Parecía que llevaba en aquellos ojos el poder de un café recién hecho en la mañana, logrando avivar cada llama y terminación nerviosa de mi cuerpo. Tuve que obligarme a romper el contacto visual para no ahogarme en él.

—No puedo decir lo mismo.

Derek bajó la mirada a su cigarro, entretenido.

—Solo sientes indiferencia, ¿cierto?

—Felicidades por tu buena memoria.

Dio otra calada y, mientras botaba el humo, avanzó un paso hacia mí. No podía retroceder porque le estaría demostrando que aún me afectaba, así que me planté sobre mis talones, aun cuando se acercó a mi rostro con su clásica seguridad y una ligera diversión algo maliciosa.

—Dudo que en unos meses vayas a decirme lo mismo.

—¿Por qué no lo haría?

—Porque ya no serás capaz de mentirme.

—Suenas muy seguro.

—Lo estoy —dijo—. Lo nuestro no fue planeado. Yo nunca intenté enamorarte.

Centró la vista en mis labios por un momento, y volvió a subirla para verme directamente, como si quisiera que me grabara en la cabeza lo que diría a continuación.

—Te voy a recuperar, Sally.

*Cazzo.*

Tragué grueso para camuflar todas las sensaciones que hervían en mi estómago. Pero no bastó. Quise quitarle el cigarrillo de la mano, pero Derek fue más rápido que yo y me detuvo por la muñeca. Antes de poder librarme de su agarre, lo utilizó para acercarme a él.

—No desperdicies tu tiempo —advertí, viéndolo entre mis pestañas.

—Jamás lo haría si se trata de ti.

Bufé.

—¿Acaso te causo gracia? —preguntó, entretenido.

Asentí.

—No lo parece.

—¿Por qué?

Derek movió su pulgar contra mi piel, presionando ligeramente.

—Tu pulso. —Su mirada se dirigió a mi muñeca—. Está acelerado.

Me solté de su agarre. Su expresión divertida pudo conmigo.

—Si vas a tratar esto como una especie de juego, te advierto que vas a perder.

Una sutil sonrisa se apoderó de sus labios, que estaban a un aliento de los míos.

—Es necesario jugar antes de escoger un ganador. —Entonces, con la voz ronca, dijo—: ¿Jugamos?

Un sonido externo rompió la burbuja en la que nos encontrábamos.

—Ava.

Aproveché la interrupción de Polo para escapar de Derek y recuperar la respiración.

Entonces, dejando de lado sus modales, Polo le dedicó una mala cara. Él, a diferencia de Liv, sabía todo lo que había sucedido entre nosotros dos.

—Estábamos en medio de algo —dijo Derek con un gesto de frustración.

—No —corregí—. Estábamos en el final de algo.

Me acerqué a Polo, que se sostenía de una baranda para evitar tambalearse. Lo tomé del brazo y, tras una última mirada, regresamos a la fiesta.

—¿Todo bien, Ava?

—Por supuesto. —Me hice sonreír—. ¿Por qué no lo estaría?

Ignoré la mirada dudosa de mi amigo y nos adentramos en el tumulto de invitados

que usaría para camuflarme el resto de la noche, aunque fuera imposible escapar de esa mirada café que eventualmente, de una forma u otra, tendría que quitarme de encima.

que usaría para camuflarme el resto de la noche, aunque fuera imposible escapar de esa mirada café que eventualmente, de una forma u otra, tendría que quitarme de encima.



# CAPÍTULO 5

Solo había una cosa que me jodía más que la presencia de Derek: las ampollas.

Era temprano en la mañana y recién regresábamos de la fiesta de Liv. El único regalo de cumpleaños que nos había pedido era que su fiesta durara hasta que saliera el sol. Por ese motivo un grupo de cuatro zombis estaba entrando por el vestíbulo de su edificio.

Detrás de nosotras iban Derek y Leo. A pesar de poder ignorar a Derek durante el resto de la noche, fue inevitable compartir el taxi de regreso. Viviríamos en el mismo edificio, así que verlo era algo a lo que me tenía que acostumbrar a menos que ganara la lotería.

—¿Qué traes ahí? —le pregunté a Liv, quien había sacado una tarjeta de su bolso.

—El número de un chico con el que bailé anoche. —Se abanicó con la tarjeta y esbozó una sonrisa pícara—. Mi cumpleaños recién empieza, linda.

Estaba por reír cuando sentí unos brazos alrededor de mi cintura alzarme del suelo.

—¡Oye, suéltame!

Mi mente automáticamente supuso que era Derek con alguna técnica neandertal para molestarme. Iba a gritarle, hasta que me percaté de que él estaba de pie junto a Leo.

Si no era él… ¿quién me tenía en brazos?

—¡¡¡Secuestro!!! —Liv empezó a brincar.

—Suéltala ahora —exigió Derek con un tono autoritario.

Quien me sostenía se debió asustar lo suficiente para soltar el agarre de inmediato, lo que me permitió tocar nuevamente el suelo. Me di la vuelta enseguida.

—Tampoco era para que te asustaras —dijo un chico de cabello oscuro ondulado ojos negros, piel oliva y sonrisa galante.

—¡Rafo! —Enrollé mis brazos alrededor de su cuello.

Me alzó una vez más, enterró su rostro en mi cabello y dimos varias vueltas sobre el sitio.

—¡Basta! ¡Voy a vomitar! —exclamé entre risas.

—No necesito verte así de nuevo, aún recuerdo esa noche.

Me depositó en el suelo, y recibí un sonoro beso en la mejilla.

—Estás guapísima. —Me vio de pies a cabeza—. ¿Saliste de fiesta?

—El cumpleaños de mi amiga es hoy. —Señalé a Liv. Ella, cuyos ojos habían quedado hipnotizados, rompió la tarjeta que traía de un tirón.

—Olivia. —Le extendió la mano, y Rafo besó sus nudillos—. Y tú eres…

Él sonrío.

—Rafael de la Torre. Hermanastro de Ava.

Rafael era hijo de Óscar, esposo de mi mamá. Nos conocimos cuando yo tenía catorce y él quince, un año después de que nuestros padres empezaran a salir. Vivíamos juntos las veces en que estaba aquí, ya que la mayoría del tiempo se quedaba con su mamá en Latinoamérica, pero no lo había visto en más de un año.

Leo carraspeó y recordé que no éramos los únicos que estábamos ahí.

—Ah, Rafael, él es Leo, un amigo, y él… Derek. Amigo de Leo.

—¿Derek… Keller? —supuso Rafael—. Tú eres el corredor.

Pude notar en su rostro que había caído en cuenta de que estaba conociendo al chico que me había roto el corazón. Le había hablado de Derek en una videollamada, pero cuando todo terminó, no le expliqué el porqué.

—Tendrás que perdonar que no te reconozca —Rafo se disculpó—. Sigo la Fórmula 1, no la 2.

—Cuando Óscar me habló de ti, pensé que tenías ocho años —dijo Derek serio.

—Tiene veinte —le dije; luego, a Rafael—: ¿Y qué haces aquí?

—¿Así me recibes? Sonabas más emocionada por verme en tus mensajes.

—Lo estoy —le aseguré, riendo—, pero pensé que llegarías dentro de dos semanas.

—Me entregaron el departamento antes, así que quise sorprenderte. Necesito ponerme al tanto con mi mujer favorita. —Rafael me rodeó del cuello—. Vamos, mi niña.

No pudimos dar ni un paso hacia el ascensor porque Derek se plantó al frente.

—¿M-mi… mi qué? —tartamudeó entre dientes, frunciendo el ceño.

Suspiré. ¿De verdad iba a empezar una escena de celos frente a todos?

—Liv, ¿podrías ir subiendo con Rafo? —le pedí, viendo a Derek.

—¡Yo lo entretengo el tiempo que quieras, linda! —exclamó Liv, sin ocultar su felicidad, y lo jaló hacia el ascensor. Leo los siguió corriendo como si escapara de un bombardeo.

Una vez que nos quedamos a solas, Derek empezó:

—¿Qué es eso de «mi niña»?

Puse los ojos en blanco.

—¿Y a ti qué? —lo enfrenté—. Es mi hermanastro y me puede llamar como le dé la gana. Es un estúpido apodo, igual que el tuyo.

—No. *Sally* no es estúpido, es lindo. *Mi niña* es… —Hizo una mueca para mostrar su desagrado y, de no estar enfadada con él, me habría burlado—. ¡No eres su niña y punto!

—Joder…

—Está interesado en ti. Sí te das cuenta, ¿no?

Solté una carcajada genuina.

—Rafael no es así, es… —Quería decir «alguien sin ataduras, libre», pero me molestó tener que darle explicaciones—. Tenemos una buena relación, eso es todo.

—Nosotros teníamos una buena relación antes de enamorarnos.

—A Rafael nadie le pagó para tenerla —le recordé—. Y olvida nuestra historia de una vez.

—No puedo hacerlo, Sally. Aún falta el final.

—Yo sé cómo termina. —Di un paso hacia él para que me tomara en serio—. Los protagonistas no terminan juntos. Ella lo supera y él puede irse a la mierda en lo que a ella compete. ¿Qué tal?

—Esa no es la nuestra —repuso con una sonrisa que no pensé que se formaría en su rostro—. Nuestro final será feliz, solo hace falta escribirlo. Y yo me encargaré de hacerlo.

Presionó el botón del elevador, que se abrió al instante, y entró.

—Un saludo a tu hermanito. —Guiñó un ojo—. Nos vemos más tarde.

—¡No quiero verte más tarde! —exclamé, pero las puertas se cerraron y mis palabras se toparon con el metal.

Cuando entré al piso de mi amiga, encontré a Liv enseñándole cada una de sus macetas a Rafael, entre ellas, una nueva planta que presumía de un gran moño morado. El regalo de Leo, concluí. No se percataron de mi presencia hasta que cerré la puerta.

—Perdón por dejarte a solas con Rafael. —Me acerqué a Liv.

—Descuida, linda. Lo que no te perdono es no haberme presentado a este galán antes —susurró solo para mis oídos.

Mi risa fue interrumpida por un bostezo.

—Ve a descansar. Recuerda que a las cuatro veremos a mis padres. —Luego señaló a Rafael—. No la entretengas mucho, guapo.

Liv se metió a su habitación. Le indiqué a Rafo que entrara a la mía.

—¿Ya viste a Óscar? —pregunté, abriendo el armario blanco.

—Fuiste mi primera parada, pero sí sabe que llegué a Toronto.

—Giro —le indiqué y me dio la espalda para que pudiera cambiarme. Uno de los tantos detalles a los que nos habíamos acostumbrado después de vivir juntos por muchos veranos.

—Por cierto, ¿está todo bien con Bianca?

La mención de mi mamá me estrujó el pecho.

—Sí —mentí—. ¿Por qué lo dices?

—Pues porque mi papá dijo exactamente lo contrario.

Recordé cómo había sido nuestro último encuentro, triste e inconcluso.

—Todo está bien —carraspeé la garganta—. Ya estoy.

—Ava Muller mintiendo. —Se giró—. ¿Quién eres y qué has hecho con ella?

Riendo, caminé hacia el aromatizador que estaba sobre mi velador y a los pocos segundos el olor a jazmín empezó a bañar mi habitación. Rafael se dejó caer sobre el edredón y se sentó con las piernas estiradas.

Me metí bajo las sábanas y tomé la crema para retirar el maquillaje de la noche anterior. Rafael estiró una mano hasta alcanzar el cuadro que descansaba en el velador.

—¿Cómo es posible que no tengas una foto mía en tu habitación? Te traeré una —dijo, viendo la fotografía de un bosque al atardecer. La había hecho en esos meses, en una de las tantas ocasiones en las que acompañé a Polo a realizar sus tareas de la Escuela de Artes. Él dibujaba por horas, y yo, para entretenerme, jugaba con su cámara.

—Te ruego que no. —Apoyé la cabeza en la almohada, y le permití a mis párpados escaer. Lo sentí acomodar mi cabello tras mi oreja, y no habló por unos segundos.

—¿Que hayas empezado a mentir tiene algo que ver con ese chico? Lo único que sé de Derek Keller es que es corredor y que lo llevaste a cenar con Bianca y mi papá, así que las cosas eran serias —habló con suavidad—. ¿Cómo pasaste de eso a haber terminado tu relación y ya no hablar con tu familia?

Escuchar cuán rápido había cambiado todo me invadió el cuerpo de nostalgia.

—Es complicado, Rafo —me limité a contestar, aún con los ojos cerrados.

—Déjame adivinar. —Sentí su sonrisa—. ¿Larga historia?

Negué con la cabeza, y abrí los ojos.

—Corta pero dolorosa. —Hice una pausa—. ¿Tu padre sigue trabajando en la compañía en la que estaba?

Entrecerró los ojos, claramente extrañado. Pero Rafael no sabía lo que yo sí. El trabajo de Óscar había sido conseguido por Marco —fue una de sus formas de ayudar a mi mamá y a mí—.

—Sí, lo ascendieron hace poco, de hecho. Está muy feliz.

Sentí los hilos de Marco mover mi vida como si fuese un acto en una obra de marionetas.

—¿Por qué me preguntas eso?

—Por nada. —Volví a cerrar los ojos.

—Sigues siendo la misma chica desconfiada que has sido siempre, ¿no es así?

—Había cambiado, pero fue un error. No veo por qué estaría mal volver a serlo.

—Porque, cuando te cierras mucho en ti misma, empiezas a perderte dentro de tus miedos y preocupaciones.

¿Podía ser cierto? ¿Podía perderme cuando lo único que quería era mantenerme a salvo? La idea sonaba contradictoria.

—Te dejaré dormir si me contestas una pregunta —condicionó—: ¿Estás bien?

Qué elección de pregunta.

—Roma no se construyó en un día.

—Joder, cómo sabes no dar una respuesta —se quejó con gracia—. Eres buena.

Reí un poco y me acomodé en la almohada.

—Te haré hablar eventualmente, tramposa —prometió, y sacudió mi cabello.

—Te extrañé, Rafo —susurré.

—Yo también, mi niña, pero ya no me iré a ninguna parte.

Le sonreí, aún con los ojos cerrados, y tomé su mano en la mía.

Mientras el sueño se hacía conmigo, sentí su pulgar trazar círculos en mi palma hasta que se topó con una pequeña cicatriz que él no conocía. No me la había hecho cuando nos escabullíamos de casa de nuestros padres. Era nueva, diminuta. Ya había curado pero la piel que la cubría no hacía más que encapsular el recuerdo de la noche en la que me la hice.

Sentí los hilos de Marco mover mi vida como si fuese un acto en una obra de marionetas.

—¿Por qué me preguntas eso?

—Por nada. —Volví a cerrar los ojos.

—Sigues siendo la misma chica desconfiada que has sido siempre, ¿no es así?

—Había cambiado, pero fue un error. No veo por qué estaría mal volver a serlo.

—Porque, cuando te cierras mucho en ti misma, empiezas a perderte dentro de tus miedos y preocupaciones.

¿Podía ser cierto? ¿Podía perderme cuando lo único que quería era mantenerme a salvo? La idea sonaba contradictoria.

—Te dejaré dormir si me contestas una pregunta —condicionó—: ¿Estás bien?

Qué elección de pregunta.

—Roma no se construyó en un día.

—Joder, cómo sabes no dar una respuesta —se quejó con gracia—. Eres buena.

Reí un poco y me acomodé en la almohada.

—Te haré hablar eventualmente, tramposa —prometió, y sacudió mi cabello.

—Te extrañé, Rafo —susurré.

—Yo también, mi niña, pero ya no me iré a ninguna parte.

Le sonreí, aún con los ojos cerrados, y tomé su mano en la mía.

Mientras el sueño se hacía conmigo, sentí su pulgar trazar círculos en mi palma hasta que se topó con una pequeña cicatriz que él no conocía. No me la había hecho cuando nos escabullíamos de casa de nuestros padres. Era nueva, diminuta. Ya había curado, pero la piel que la cubría no hacía más que encapsular el recuerdo de la noche en la que me la hice.

*No sé cómo llegué aquí. Una hora antes estaba en mi cama, con los ojos abiertos, porque cada vez que los cerrab me invadían las ganas de llorar.*

*Decidí salir a caminar, cansarme hasta que no tuviera más remedio que quedarme dormida, pero la lluvia s había apropiado de la noche de Toronto. Siempre lo hace cuando menos lo necesito.*

*No me rendí. Tomé mi coche y conduje sin rumbo.*

*Reconocer el conservatorio de música no estaba en mis planes. Tampoco recordar el recital de piano al que mi padres me llevaron cuando visitamos la ciudad años atrás. Mucho menos estacionar y correr bajo la lluvia hast hallar refugio bajo los techos altos.*

*El silencio es absoluto. El edificio parece ignorante al hecho de que, de día, es la cúspide de la música, que n es más que sonidos aislados dispuestos en un orden agradable. Lo único que suena son las gotas de agua qu arrastro por los pasillos hasta el salón del piano.*

*Incluso el agua deja de sonar cuando lo veo.*

*Las luces de la calle se cuelan entre las cortinas y se reflejan en el barniz que lo cubre. Lo hace lucir hermoso al igual que colores neón que pintan el cuerpo de un animal venenoso para atraer a su presa. Es tan brillante qu incluso yo me reflejo cuando, como una presa, me acerco. Sin embargo, no me veo. Veo a una niña con su madr de la mano izquierda y su padre de la derecha. La veo preguntarle si le gustó el recital. A él prometiéndole que l enseñará la melodía que habían escuchado.*

*Mi corazón se quiebra. Por enésima vez esa semana.*

*La rabia se hace con mis venas entonces. Me lleva al casillero del extintor de incendios. Me regresa sobre mi pasos, cargando el artefacto rojo. Me hace levantarlo. Me hace pensar: «Destruye ese pasado como ellos ha destruido tu presente».*

*Luego, la gravedad es la responsable de que impacte con fuerza sobre las teclas de marfil. Las nota desordenadas y estridentes que escapan por la cola del piano llenan la habitación solo hasta que la madera de atril quebrándose en dos les roba protagonismo. Aun así, ninguna es más fuerte que el metal golpeando e instrumento, una y otra vez, hasta que sí soy la del reflejo. Empapada, rabiosa, triste.*

*Mis manos temblorosas sueltan el extintor, y rueda en el suelo hasta que se topa con una pata del piano rodeada de polvo, astillas y algunas teclas blancas y negras.*

*Salgo corriendo, sin ver atrás. Seco mi rostro, tanto de la lluvia como de las lágrimas, mientras conduzco po las autopistas vacías. Veo constantemente el espejo retrovisor, pero no veo más que mis ojos asustados.*

*Me detengo en la primera gasolinera que encuentro. No puedo conducir cuando todo mi cuerpo tiembla, per tampoco sé cómo detenerlo. Entro a la tienda por un café de la máquina. Sabe horrible, pero es la única idea qu me viene a la cabeza. Tengo que esperar en cola a que un señor de cabello blanco termine de pagar cuatr cajetillas de cigarros.*

*—Tremenda adicción. —Oigo a la cajera, mientras un ardor nace en la palma de mi mano. Tengo un astilla.*

*—Ayuda a mantener la calma —dice el señor.*

*Cuando es mi turno, desecho el café y coloco una cajetilla de cigarros en el mostrador.*

*No sé cómo llegué aquí. Una hora antes estaba en mi cama, con los ojos abiertos, porque cada vez que los cerraba me invadían las ganas de llorar.*

*Decidí salir a caminar, cansarme hasta que no tuviera más remedio que quedarme dormida, pero la lluvia se había apropiado de la noche de Toronto. Siempre lo hace cuando menos lo necesito.*

*No me rendí. Tomé mi coche y conduje sin rumbo.*

*Reconocer el conservatorio de música no estaba en mis planes. Tampoco recordar el recital de piano al que mis padres me llevaron cuando visitamos la ciudad años atrás. Mucho menos estacionar y correr bajo la lluvia hasta hallar refugio bajo los techos altos.*

*El silencio es absoluto. El edificio parece ignorante al hecho de que, de día, es la cúspide de la música, que no es más que sonidos aislados dispuestos en un orden agradable. Lo único que suena son las gotas de agua que arrastro por los pasillos hasta el salón del piano.*

*Incluso el agua deja de sonar cuando lo veo.*

*Las luces de la calle se cuelan entre las cortinas y se reflejan en el barniz que lo cubre. Lo hace lucir hermoso, al igual que colores neón que pintan el cuerpo de un animal venenoso para atraer a su presa. Es tan brillante que incluso yo me reflejo cuando, como una presa, me acerco. Sin embargo, no me veo. Veo a una niña con su madre de la mano izquierda y su padre de la derecha. La veo preguntarle si le gustó el recital. A él prometiéndole que le enseñará la melodía que habían escuchado.*

*Mi corazón se quiebra. Por enésima vez esa semana.*

*La rabia se hace con mis venas entonces. Me lleva al casillero del extintor de incendios. Me regresa sobre mis pasos, cargando el artefacto rojo. Me hace levantarlo. Me hace pensar: «Destruye ese pasado como ellos han destruido tu presente».*

*Luego, la gravedad es la responsable de que impacte con fuerza sobre las teclas de marfil. Las notas desordenadas y estridentes que escapan por la cola del piano llenan la habitación solo hasta que la madera del atril quebrándose en dos les roba protagonismo. Aun así, ninguna es más fuerte que el metal golpeando el instrumento, una y otra vez, hasta que sí soy la del reflejo. Empapada, rabiosa, triste.*

*Mis manos temblorosas sueltan el extintor, y rueda en el suelo hasta que se topa con una pata del piano, rodeada de polvo, astillas y algunas teclas blancas y negras.*

*Salgo corriendo, sin ver atrás. Seco mi rostro, tanto de la lluvia como de las lágrimas, mientras conduzco por las autopistas vacías. Veo constantemente el espejo retrovisor, pero no veo más que mis ojos asustados.*

*Me detengo en la primera gasolinera que encuentro. No puedo conducir cuando todo mi cuerpo tiembla, pero tampoco sé cómo detenerlo. Entro a la tienda por un café de la máquina. Sabe horrible, pero es la única idea que me viene a la cabeza. Tengo que esperar en cola a que un señor de cabello blanco termine de pagar cuatro cajetillas de cigarros.*

*—Tremenda adicción. —Oigo a la cajera, mientras un ardor nace en la palma de mi mano. Tengo una astilla.*

*—Ayuda a mantener la calma —dice el señor.*

*Cuando es mi turno, desecho el café y coloco una cajetilla de cigarros en el mostrador.*



# CAPÍTULO 6

La casa de los Carson estaba tal como la recordaba desde aquella vez que la visité para una beneficencia cuyo final preferiría olvidar. Sentada en la mesa del lujoso comedor, me preguntaba qué hacía ahí en lo que parecía solo un encuentro entre padres e hija.

Liv me había insistido en que fuera. Si no conociera bien a mi amiga, no me habría dado cuenta de que se trataba de un plan para no dejarme sola en casa. Los últimos meses había detectado cierto patrón: necesitaba de mi ayuda para ir de compras, me pedía que la apoyara con los cursos universitarios que estaba adelantando ese verano, y varias veces a la semana entraba a mi habitación con una nueva película para ver.

Así de considerada era ella, y definitivamente lo había heredado de sus padres.

Me recibieron con los brazos abiertos y sonrisas divertidas, como si me conocieran desde hacía años. Percibía que eso era lo que ocasionaban los Carson: te hacían sentir uno de ellos.

Fue cuando vi a Liv abrazar a su mamá que recordé la última conversación que había tenido con la mía. Y fue cuando vi a mi amiga abrazar a su papá que decidí hacer algo que no me había atrevido a hacer en esos meses.

Caminé por la entrada hasta salir a la calle de la urbanización y escaneé las aceras. Todos los autos que podían poseer los vecinos de mi amiga los debían guardar dentro de sus casas. Por eso me llamó la atención el auto negro que estaba detenido a unos metros.

Edward.

En otro momento, me habría acercado para gritarle. Esa vez, lo haría para pedirle un favor.

Decidida, crucé la calle y Edward bajó el vidrio extrañado.

—Llévame con él —pedí—. Llévame a ver a Antonio.

Había decidido utilizar el camino a su oficina para ordenar mis ideas, pero cuando Edward detuvo el coche solo minutos después de haber salido de casa de Liv, supe que

no tendría tiempo suficiente.

—Pensé que iríamos a su oficina —dije, mientras un sentimiento de miedo y arrepentimiento me recorría.

—Hoy trabaja desde casa.

Mierda.

Vi por la ventana que un camino asfaltado desembocaba en una redondela con una fuente en medio. Una mansión blanca con balcones y techos altos descansaba detrás. El césped perfectamente cuidado rodeaba el espacio; y las luces cálidas pequeñas ubicadas en el borde de la autopista y bajo las cornisas iluminaban la casa volviéndola más hermosa.

El susto que sentí solo incrementó cuando Edward me abrió la puerta.

—¿Estoy haciendo bien? —pensé en voz alta.

—¿Por qué no lo averiguas? —Señaló la casa con un movimiento de cabeza.

Puse un pie fuera.

—Mejor no —dije metiendo el pie rápidamente.

—Ava, has tenido el valor de venir aquí. Él te esperará de todos modos si no quiere hacerlo ahora. Pero, si no lo quisieras, estarías en casa de tu amiga y no aquí.

Era cierto. Tras un suspiro, acepté que Edward me guiara a la puerta principal, donde una mujer con uniforme nos dio la bienvenida. Al verme, la mandíbula le rozó el suelo.

—Yo me encargaré de ella, Nadia —habló Edward dirigiéndose a la señora que parecía haber establecido contacto visual con Medusa—. Ni una palabra al señor Garza.

Ella asintió y cerró la puerta.

Cuando me fijé en el interior de la casa, quedé igual de tiesa que la señora. Dos escaleras desembocaban en un impresionante vestíbulo. Los techos altos y el elegante diseño se mantenían por el gran pasillo por el que Edward prácticamente me empujó pues yo había olvidado que debía caminar.

Pasamos por infinidad de puertas hasta que nos detuvimos frente a una. Edward llamó y se anunció a través de la madera. Al oír la voz del hombre que me crio de pequeña darle permiso, un escalofrío me barrió de pies a cabeza.

No sé de dónde saqué la fuerza para abrir la puerta, y tomé por sorpresa tanto a Edward como a quien estaba tras un escritorio dentro de una oficina.

Mi padre.

Qué mala idea. Mi corazón a ese punto debía asemejarse al de un anciano fumador con hipertensión.

—Ava. Qué sorpresa tenerte aquí, hija. —Se puso de pie con ilusión—. Bienvenida.

Di unos pasos hacia adentro. Sentí mis manos sudorosas y les hallé refugio en lo

bolsillos de mi chaqueta.

y —¿Quieres algo? ¿Agua, café? —Rodeó su escritorio y pude identificar algo de nerviosismo en su voz. Al menos no era la única.

Negué su oferta. Solo me dediqué a observarlo: elegante y atento, expectante a una reacción por mi parte, como si fuese un animal de zoológico que llevaba una advertencia a

Pasé mi atención a la oficina en la que estábamos, grande y cálida, de paredes de madera l

—Este lugar… es similar al que tenías en Vancouver. —No supe por qué dije eso, y smucho menos por qué empecé a hablar de decoración de interiores.

s —Te encantaba entrar a interrumpirme cuando trabajaba —recordó.

—Es que… —Se me secó la garganta y tuve que humedecer mis labios—. Siempre lo hacías.

—Es cierto, pero solías entrar varias veces a pedirme que jugara contigo.

Con aquel comentario mi mente desempolvó momentos de un pasado que había preferido guardar porque solían hacer más daño que bien.

—Y siempre aceptabas a la tercera. Nunca las primeras dos veces, y tampoco tenía que spedírtelo una cuarta. A la tercera salíamos juntos de esa oficina.

—Supongo que es cierto que la tercera es la vencida.

e —¿Por qué? —Me crucé de brazos, sintiendo un frío repentino—. ¿Por qué tardaba en decirme que sí?

e Se apoyó en el escritorio y empezó a contar:

—La primera vez, entrabas dando saltitos y te asomabas por el escritorio. Solo veía tus ojos. Era adorable. —Su risa madura me erizó la piel—. Te decía que estaba ocupado y ssalías sin perder la alegría. La segunda traías tu peluche; ya no saltabas, pero aún tenía euna gran sonrisa. Volvía a decirte que no podía. La tercera me ofrecías un trato ,Rodeabas el escritorio —dijo señalando el camino con su índice— y me tendías la mano mientras decías: «Vamos a jugar treincuarenta minutos, luego volverás a trabajar; a lcambio, no comeré chocolates por dos días». Y para ti los chocolates siempre fueron muy eimportantes.

El recuerdo creó una emoción de añoranza y soledad en mí.

a —¿Treincuarenta?

—Nunca te gustaron las matemáticas y solías inventar números. —Sonrió con nostalgia.

r —No lo recuerdo.

—Yo no podría olvidarlo. Cualquier otro niño habría hecho un escándalo. Tú no. Tú… eras toda una mujer de negocios.

s —Supongo que viene de familia hacer tratos.

Él botó el aire por la boca.

—Ava, sé que mis… —habló con tranquilidad y pareció buscar la palabra— métodos para cuidarte no fueron los mejores. Créeme, lo sé. Pero quería asegurarme de que estuvieras bien.

—Y aun así hay cosas que sigues ocultándome. Mamá me dijo que hay algo que no sé. Por eso estoy aquí, para que me lo digas y pueda salir de una vez de este limbo de mentiras y secretos.

Solo necesitaba esa respuesta para no volver a acercarme a él. Marco giró la cabeza un momento para fijarse en lo que pareció ser un punto en blanco del lado contrario de la habitación, y ahí se quedó por unos instantes.

—¿Qué te dijo Bianca?

—Que hay una parte de la historia que no sé —repetí—. Que es muy sencillo que la aodie solo a ella si no conozco esa parte.

—Supongo que sí me odiarás más.

—¿Por qué? —respondí en un hilo de voz.

Marco humedeció sus labios y acomodó, innecesariamente, su camisa.

—Yo le propuse a Bianca que te trajera a Toronto cuando me encarcelaron. Tu mama squiso separarse apenas supo de mis… errores, pero ambos estuvimos de acuerdo en que lo mejor para ti sería crecer lejos de Vancouver, de mí preso.

—¿Q-qué? —Eso no coincidía con lo que ella me había contado meses atrás—. No sno. Ella me dijo que fuimos nosotras quienes te dejamos, que fue ella quien decidió…

Me callé al ver que negaba la cabeza con suavidad.

—Yo lo sabía, y la apoyé.

—Otra mentira… —concluí—. Ambos estuvieron de acuerdo en hacerme creer que ome habías abandonado.

Me observó con aquella mirada protectora como cuando era pequeña, solo que ahora yse había sumado culpa.

—Creímos que era lo mejor. Cuando salí de la cárcel, regresé, pero ella me recordó lo acordado y tenía razón, ya… ya era tarde.

—Tarde es ahora —repliqué—, no cuando tenía once y soñaba con verte.

Me percaté de mi respiración agitada, mi pecho elevándose a un ritmo acelerado. Marco solo me observó. No había ido a alterarme, había ido por una respuesta que había obtenido. Ya podía irme, de una vez por todas.

—Tengo que irme —dije, girando para salir de ahí—. Gracias por… ser honesto, al menos una vez en tu vida.

—Ava…

Reconocí sus pisadas detrás de las mías, pero no lo esperé. Crucé el pasadizo hasta llegar al vestíbulo. La mujer llamada Nadia también estaba allí. Justo abría la puerta principal.

Iba a salir rápidamente, pero me detuve en seco al ver que no había sido a mí a quien le abrió la puerta.

Fue a una mujer alta, de cabello rubio y largo. Iba vestida muy elegante y, cuando se retiró las gafas de sol, reveló unos ojos verdes llenos de asombro. Un anillo brillaba en el dedo anular de su mano izquierda.

Era la esposa de Antonio. No de Marco, de Antonio.

Pero lo que más me llamó la atención fue alguien que escapó de su otra mano.

Era una niña de cinco o seis años. Pequeña. Preciosa. Mismo cabello rubio de la mujer, pero esos ojos… Oh, no…

El grito agudo que pegó me sacó del estado de sorpresa, y perdí un poco el balance al sentirla abrazar mis piernas.

—¡Avaaaaa! —dijo en un chillido tierno.

¿Por qué sabía mi nombre, y por qué me abrazaba de la nada?

Muda, volteé a ver el rostro de mi padre, que me había seguido. Sonreía.

—Mami, mami —llamó la niña—, ¡Ava está aquí!

La mujer era su mamá. Y ella debía ser la esposa de mi papá. Entonces…

—¡Mi hermana está aquí!

Oh… *Cazzo*.

Reconocí sus pisadas detrás de las mías, pero no lo esperé. Crucé el pasadizo hasta llegar al vestíbulo. La mujer llamada Nadia también estaba allí. Justo abría la puerta principal.

Iba a salir rápidamente, pero me detuve en seco al ver que no había sido a mí a quien le abrió la puerta.

Fue a una mujer alta, de cabello rubio y largo. Iba vestida muy elegante y, cuando se retiró las gafas de sol, reveló unos ojos verdes llenos de asombro. Un anillo brillaba en el dedo anular de su mano izquierda.

Era la esposa de Antonio. No de Marco, de Antonio.

Pero lo que más me llamó la atención fue alguien que escapó de su otra mano.

Era una niña de cinco o seis años. Pequeña. Preciosa. Mismo cabello rubio de la mujer, pero esos ojos… Oh, no…

El grito agudo que pegó me sacó del estado de sorpresa, y perdí un poco el balance al sentirla abrazar mis piernas.

—¡Avaaaaa! —dijo en un chillido tierno.

¿Por qué sabía mi nombre, y por qué me abrazaba de la nada?

Muda, volteé a ver el rostro de mi padre, que me había seguido. Sonreía.

—Mami, mami —llamó la niña—, ¡Ava está aquí!

La mujer era su mamá. Y ella debía ser la esposa de mi papá. Entonces…

—¡Mi hermana está aquí!

Oh… *Cazzo*.



# CAPÍTULO 7

—¡¿Tengo una hermana?! ¿Eso no te pareció un dato importante del que debiste haberme hablado? —exclamé una vez más dentro de la oficina de Marco. Hui de vestíbulo cuando las piernas estaban por fallarme. No podía solo irme después de una noticia así.

—Siempre he querido que se conozcan. Era lo que más deseaba. Pero quería que fuera porque tú así lo decidías, no porque yo te lo impusiera.

—P-pero… ¡Es un pequeño humano! —Me llevé las manos al cabello.

De niña siempre había querido a alguien con quien compartir, jugar. Ahora, tenía lo que siempre quise en el momento en que menos lo esperé. ¿Cómo se suponía que debía reaccionar?

Detuve mi caminata y volví a centrarme en él, ya con la respiración más calmada.

—¿Cuál es su nombre?

—Zoe. —Sonrió.

Mi corazón volvió a dar un giro.

—Es hermoso. Ella también lo es —dije con honestidad, y el orgullo se hizo evidente en su rostro—. ¿Cómo sabe de mí?

—Desde que nació le he hablado de ti, y Cassie también ha sabido de ti siempre. —Lo vi con duda y aclaró—: Cassandra es mi esposa y la madre de Zoe.

—¿Saben de mí, de tu vida de antes? —cuestioné, a lo que asintió sin problema.

—No me avergüenzo de ti, hija. No hay nada más importante para mí que mi familia. Quería que ellas supieran que tú también formas parte de la nuestra.

Yo no era parte de esa familia. ¡Yo ni sabía de esa familia hasta hacía quince minutos!

Toques suaves pero insistentes desde la parte baja de la puerta llamaron nuestra atención.

—Papá, ¿puedo pasar? —dijo esa dulce voz de nuevo.

Marco se fijó en mí en espera de una respuesta. Tenía dos opciones: irme o conocer a mi hermana.

No supe cuál había tomado hasta que me encontré abriendo la puerta. Mi vista se centró en esos ojos que parecían un reflejo de los de mi… nuestro… padre. Lucían tan ansiosos que me sorprendió que no saliera confeti de ellos.

—¡Ava! —chilló una vez más lanzándose a mis rodillas—. ¡Qué emoción, qué emoción!

—Amor, no la presiones —ordenó él sin sonar muy duro.

—Uy, sí, lo siento. —Soltó una risilla tan adorable que no pude evitar sonreír.

Dio un pasito atrás y acomodó su cabello rubio, que parecía tan sedoso como una nube.

—Hola, soy Zoe. Tengo cinco. —Me mostró sus deditos—. Mi color favorito es el blanco, como la nieve. Me gusta patinar sobre hielo. Mi película favorita es *La Dama y el Vagabundo*, y por eso me encanta el espagueti con albóndigas. Amo jugar fútbol, aunque a papi no le gusta porque siempre me caigo. Prefiero el invierno porque en verano sudo detrás de las rodillas y me sale sarpullido. Ya sé el abecedario entero, pero hay mucha palabras que no entiendo. Aún tengo dientes de leche, pero algunos ya han empezado a salirse. —Me mostró su boca como si estuviese en el dentista—. Mami y papi siempre me hablan de ti, y he querido conocerte desde hace mucho. ¿Puedo mostrarte mi habitación algún día?

Mis ojos quedaron abiertos de par en par y sentí mi pecho ablandarse.

—Lo lleva ensayando desde que aprendió a hablar —dijo la esposa de Marco esbozando una sonrisa maternal—. Soy Cassandra. Me alegro mucho de que estés aquí Ava.

¿Había alguien en esa casa que no supiera quién era? Desde la reacción de la mujer de la puerta, Cassandra y aquella niña que me veía como si yo fuese una montaña de caramelos.

Me puse de cuclillas. No supe si fue para volverme del tamaño de Zoe o porque mi piernas fallarían si debía estar de pie por más tiempo. Tampoco supe qué diría hasta que inicié:

—Yo… soy Ava. —Pasé saliva y continué—: Tengo diecinueve. Me gusta el amarillo como el sol. Mi película favorita es *Harry Potter y el prisionero de Azkaban*, pero prefiero los libros. A mí también me gusta el *spaghetti* con albóndigas. No tengo ningún diente de leche. Patinar sobre hielo se me hace muy divertido, aunque no soy muy buena. Sé todo el abecedario, pero también hay muchas palabras que no comprendo, no te preocupes

apor eso. Y me encantaría que me mostraras tu habitación algún día. —Le dediqué una sonrisa tan honesta como asustada.

e Levantó una de sus manos y la juntó lentamente a mi mejilla, como si me estuviese npidiendo permiso. Sentí sus delicados y diminutos dedos en mi piel.

—Eres más linda que en las fotos —dijo.

é ¿Fotos? A esas alturas ya no me sorprendía.

Zoe, en un impulso, pasó sus bracitos por mi cuello y me abrazó. Vi sobre su hombro a su madre y a su padre, que nos observaban contentos. Me sentía en el reencuentro de una familia que no percibía como mía. Pero, al sentir su calor, la rodeé con mis brazos aEra reconfortante a pesar de tratarse de un cuerpo tan pequeño el que me abrazaba. Se sentía correcto. Como si siempre la hubiera tenido conmigo.

l Suavizó el agarre y estiró sus brazos en mis hombros.

*el* —Hueles muy rico, como a florcitas —dijo con naturalidad, y empecé a reír.

a —¿Gracias?

o —Zoe, no la sofoques ahora, amor —dijo su mamá con cariño.

s —Sí, cierto. —Retrocedió y juntó sus manos—. Perdón, es que estoy muy aemocionada.

e —No te disculpes, yo también lo estoy. —Descansé mis manos sobre las suyas.

n Me puse de pie, intentando asimilar que había una niña pequeña que contaba conmigo para ser su hermana.

—Creo que… es hora de irme —dije mirando a nuestro padre, quien asintió con ,comprensión. Debía pensar y calmarme.

, Zoe me dio un último abrazo.

—¡Te quiero! —dijo rápidamente y me soltó—. Ya, lo siento, ahora sí.

r Reí. Era una verdadera ternura. Le di un beso en la mejilla y la acaricié.

e —Nos volveremos a ver, ¿de acuerdo?

Con mi comentario, sus ojos brillaron de alegría. Y, al fijarme en los otros dos sreconocí que los suyos también.

e —Si me permiten conocerla, amaría poder hacerlo —dije con honestidad. Ahora que la había descubierto, no me dejaría olvidarla. Además, ¿ver a esa niña y no querer volver a ,verla? Imposible.

s —Nos encantaría, Ava —intervino Cassie con emoción—. Eres bienvenida aquí ecuantas veces lo desees. Es tu casa.

o Marco aceptó solo moviendo la cabeza; parecía haberse quedado sin palabras.

s Me despedí con un movimiento de mano y hui. La palabra para describirme habría sido *conmocionada*, pero la verdad era que estaba hecha una erupción desastrosa de

emociones. Subí de nuevo al coche de Edward y le pedí que me llevara a un nuevo destino.

Lo próximo que supe fue que estaba sentada en la barra de un bar que no conocía con intenciones de gastarme todo mi salario.

—¿Qué deseas? —me dijo el barman.

—Lo que sea. —Apoyé los codos—. Algo para olvidar.

—¿Amor, familia o trabajo?

—Los tres.

Asintió. Sacó un par de botellas y, tras medir algunos licores, me tendió una copa. Inmediatamente la vacié por mi garganta, acción que repetí un par de veces más.

Ya con la cuarta en mano y la cabeza entre la ebriedad y la conciencia, no tuve otra opción más que pensar en lo complicada que se había tornado mi vida de un momento para otro.

Derek había regresado, mi relación con mi madre se había quebrado y, además ¡¿tenía una hermana nueva?! Cualquier rutina que había creado para mantenerme en calma se había desmoronado y convertido en un extraño y grisáceo conflicto.

Lo único que agradecía de toda esa situación era tener a Edward de guardaespaldas. Así, podría ahogarme en un mar de emociones y alcohol y saber que llegaría a salvo a mi casa.

—Qué cosas trae la vida. —Escuché una voz masculina que me trajo de vuelta.

Al girar, me encontré con unos ojos que no había visto hacía tiempo.

—¿Por qué tan sola, rubia? —me preguntó el hombre con el cabello rubio cenizo en un moño, la barba perfilada, y la piel canela y tatuada.

Era Lex, amigo de Iker.

Lo que me faltaba.

—Beber sola es patético. —Se sentó a mi lado—. Todo es mejor con compañía, rubia.

—No soy rubia. —Tomé un mechón de mi cabello y se lo enseñé—. Castaña. Cas-taña.

La comisura de sus labios se elevó, solo un poco.

—Sola en un bar, algo ebria y ni son las nueve. Debe tener una historia detrás. —Me vio de pies a cabeza e hizo su apuesta—. ¿Corazón roto?

Bajé la mirada a mi vaso y presioné los labios.

—No me digas que se debe a Iker —recordó al chico con el que salí en la universidad—. Lamento decepcionarte, pero digamos que no fuiste muy especial.

—Había olvidado que Iker existía. No te preocupes.

—Me alegro —soltó con un tono… sospechoso.

Me observó unos segundos. Sus ojos eran de un verde cálido, adornado con mota amarillas y con el brillo de un felino a punto de atacar a su víctima. Parecía ser el tipo d chico del que tus padres te advierten, ese que disfruta hacer cosas que no debe solo po la *emoción* de hacerlas. Resultaba intimidante, o así lo habría creído si mis venas n hubiesen estado inyectadas de un licor espeso y color caramelo.

—¿Tengo un cartel en la cara o qué? —pregunté cuando su escrutinio resultó tedioso

—Que no fueras especial para él no quiere decir que no lo seas.

—¿Eh? —No estaba tan sobria para comprender indirectas.

Apoyó su antebrazo en la barra y se inclinó un poco hacia mí.

—No eres fácil de olvidar, rubia.

—¿Me estás coqueteando?

—Sí. —Asintió—. ¿Está prohibido?

—Para ti, sí que lo está. —Di un sorbo—. Ni creas que he olvidado tus malas manías —Me acerqué y murmuré—: El éxtasis no es lo mío.

—¿Por qué dices eso? —Frunció el ceño.

—Cuando nos cruzamos en el bar hace meses me llamaste «mojigata» —recordé—. Y salí con Iker, no pienso salir nuevamente con alguien de su clan. Debes ser igual o peo que él.

—A ver si entiendo. —Se acomodó en el asiento—. Tú, a quien he visto solo una veces en mi vida, siempre con cara de perro magullado, crees saber todo de mí sol porque no tienes la capacidad mental de separar a dos personas distintas. —Soltó un risa—. ¿Te han dicho que eres una prejuiciosa que me critica por quienes eran mi amigos cuando no sabes ni mi apellido? No eres mejor que yo si eso crees.

—¿Y a ti quién te ha dicho que me creo mejor que tú? ¿O que me importa serlo? — Fruncí el gesto mientras tomaba un trago—. Espera… ¿Eran? Te aburriste y cambiaste d amigos drogadictos a asesinos, ¿o qué?

—Ya no comparto con ellos.

—Pues igual eres repudiable. Si ves algo malo y no lo evitas, te conviertes en cómplice

—Yo no he matado a nadie ni he sido cómplice de nada. —Con la queja, apoyó de todo la espalda en el banco, acto con el que sus torneados músculos se relajaron—. Pasa una noche entre amigos no le hace daño a nadie si están de acuerdo. Me gusta vivir. T también deberías intentarlo algún día —sugirió con burla—, pero yo no consumo n obligo a nadie a hacerlo. ¿Qué hay de divertido en eso?

—¿Y qué hay de tu estúpido enfrentamiento en ese bar? —recordé.

—¿Sabes lo que es tener un amigo o eres tan solitaria como un dolor en el culo? —Entornó los ojos—. No lo sabía, rubia. Iker me dijo que por tu culpa lo habían echado de la universidad y me pareciste una idiota por eso. ¿Qué iba a saber yo de lo que había hecho? Me enteré después.

Sus palabras me sorprendieron, y él lo notó.

—¿Ves que no me conoces? —preguntó con soberbia—. Al parecer nunca te enseñaron a no juzgar un libro por su portada.

—Me enseñaron a no hablar con extraños.

Redujo un poco la distancia cuando dijo lo siguiente:

—Cuando tu vida es tan aburrida que debes beber sola en un bar, puede que una conversación con un extraño sea lo más interesante de tu día. En especial si ese extraño soy yo. —No mostró más una sonrisa, solo un gesto seductor, que ya estaba empezando a cansarme.

—Quiero disfrutar de mi *aburrida* realidad un poco más, así que, por favor, hermano perdido de los Hemsworth, retírate —agité una mano para que se fuera.

Lex llevó la suya a las comisuras de su boca como si le hubiese entretenido mi comentario.

—¿Hemsworth? ¿En serio?

—Más como la copia barata de Thor en los parques de Disney.

—Muy tarde, rubia, ya revelaste que te parezco atractivo.

Una notificación de su celular lo salvó de que lo bañara con mi cóctel.

—Debo irme.

Se levantó del asiento y noté que era bastante alto, debía medir lo mismo que…

*Fuera de mi cabeza, Derek maldito Keller.*

Lex se encorvó un poco y en una voz muy suave, pero a la vez grave, soltó:

—Nos veremos por ahí, rubia.

Se dio la vuelta para desaparecer por la salida, y pensé en que dijo *nos veremos,* como si lo diera por hecho.

Sentí repentinamente que mi vida se había complicado aún más.

—¿Sabes lo que es tener un amigo o eres tan solitaria como un dolor en el culo? —Entornó los ojos—. No lo sabía, rubia. Iker me dijo que por tu culpa lo habían echado de la universidad y me pareciste una idiota por eso. ¿Qué iba a saber yo de lo que había hecho? Me enteré después.

Sus palabras me sorprendieron, y él lo notó.

—¿Ves que no me conoces? —preguntó con soberbia—. Al parecer nunca te enseñaron a no juzgar un libro por su portada.

—Me enseñaron a no hablar con extraños.

Redujo un poco la distancia cuando dijo lo siguiente:

—Cuando tu vida es tan aburrida que debes beber sola en un bar, puede que una conversación con un extraño sea lo más interesante de tu día. En especial si ese extraño soy yo. —No mostró más una sonrisa, solo un gesto seductor, que ya estaba empezando a cansarme.

—Quiero disfrutar de mi *aburrida* realidad un poco más, así que, por favor, hermano perdido de los Hemsworth, retírate —agité una mano para que se fuera.

Lex llevó la suya a las comisuras de su boca como si le hubiese entretenido mi comentario.

—¿Hemsworth? ¿En serio?

—Más como la copia barata de Thor en los parques de Disney.

—Muy tarde, rubia, ya revelaste que te parezco atractivo.

Una notificación de su celular lo salvó de que lo bañara con mi cóctel.

—Debo irme.

Se levantó del asiento y noté que era bastante alto, debía medir lo mismo que…

*Fuera de mi cabeza, Derek maldito Keller.*

Lex se encorvó un poco y en una voz muy suave, pero a la vez grave, soltó:

—Nos veremos por ahí, rubia.

Se dio la vuelta para desaparecer por la salida, y pensé en que dijo *nos veremos,* como si lo diera por hecho.

Sentí repentinamente que mi vida se había complicado aún más.



# CAPÍTULO 8

No me levanté de la silla por otros cuarenta minutos, en los que perdí la cuenta de la bebidas. Estaban buenísimas… o al menos eso supuse. Dejé de sentirles sabor al rato Tampoco sentía las encías, ni la lengua.

Por momentos, me distraje con el partido de *hockey* que mostraba un televisor, perc me costó seguirle la pista, por lo que me limité a ver los hielos de mi vaso derretirse.

De pronto, el barman me llamó con un silbido y señaló con la barbilla mi costado.

—¡Ed, Eddie, Edward! —Levanté los brazos al ver al hombre que hacía de mi sombra a tan solo un metro de distancia—. ¿Has visto cuántas variedades tiene tu nombre? Yo solo soy Ava —seguí—. Aburrido, ¿no?

—Por eso prefiero Sally.

*Cazzo.*

Giré un poco y vi a Derek de pie junto a Edward.

—Mira… Mis dos guardaespaldas juntos. Podrían empezar una empresa de seguridad —propuse con burla—. Keller&Hassler: cuidadores de hijas de padres desaparecidos. Ya tienen eslogan y a su primer cliente. Denme las gracias, ¿no?

—Dios, está hecha mierda —le dijo Derek a Edward—. ¿Cuánto la dejaste beber?

—¿Dejó? —intervine—. A mí nadie me *deja* beber. Yo lo hago si me da la gana.

El par compartió una mirada en la que se dijeron millones de cosas de las cuales no comprendí ni una, y se volvieron hacia mí.

—Yo me encargo, Edward. Gracias.

Este asintió y se fue. ¡Se fue! Eddie era un traidor.

—Y una vez más el guardaespaldas Keller entra en acción. —Puse los ojos en blanco.

—No fui tu guardaespaldas, Sally.

—Ah, es cierto. —Chasqueé los dedos—. Los guardaespaldas te cuidan desde atrás Tú lo hiciste dándome la cara, por la espalda me clavaste el puñal.

Me di la vuelta y pedí la cuenta. La presencia de Derek había arruinado m distracción.

—No es necesario —dijo el barman—. El chico de antes dejó pagada tu cuenta.

¿Chico de antes…? Recordé de pronto al rubio tatuado demasiado egocéntrico para su propio bien. Ignoré al hombre y dejé sobre la barra unos billetes que tenía en la chaqueta.

Caminé fuera del bar y me topé con el coche de Derek.

—¿A qué se debe la borrachera? —preguntó detrás de mí.

—¿A qué será? —Me di la vuelta—. ¿Podría ser porque mi ex se apareció después de tres meses? ¿Podría ser porque vi a mi padre de nuevo? ¿Podría ser porque me acabo de enterar de que tengo una hermana? —Apreté los labios y fingí pensar—. Bah, de seguro es porque me está por venir el periodo.

Cuando lo vi, me encontré con sus ojos clavados en los míos.

—¿Ex?

¿En serio? ¿Solo eso llamó su atención?

—Sí.

—No soy tu ex —dijo.

—Sí lo eres. ¿O acaso nos casamos y no me enteré?

—No.

—¿Entonces qué eres?

—Soy tuyo.

—¡No empieces a decir cosas así! O voy a necesitar platos para romperlos con urgencia. Mejor, ¡ya sé! —Estiré los brazos—. Quiero ser feliz, ¡llévame a una feria!

—No. Estás ebria. —Desbloqueó su coche—. Te llevaré a casa.

Empecé a reír.

—Qué tierno luces pensando que me subiré a tu auto —dije antes de darme la vuelta y dar unos pasos por la acera.

—Está bien —lo escuché decir, rendido—. Yo te llevaré a una feria.

—¡¿En serio?! —Me di la vuelta, emocionada.

—Si te veo con intención de vomitar, te regreso a casa —dijo, abriéndome la puerta de copiloto.

Estar de nuevo en su coche me habría parecido extraño si no hubiese tenido el cerebro adormecido. De un impulso, encendí la radio. Derek suspiró, y soportó mis alaridos durante todo el camino hasta el… estacionamiento del edificio.

—De todas las veces que me has mentido, esta es la peor —le dije, decepcionada.

—Dudo que sobria pienses igual. —Me abrió la puerta y me guio al interior de

ielevador—. Ahora vamos a subir y vas a descansar.

—*Stronzo* —dije entre dientes.

—No entiendo cuando me insultas en italiano —rio.

a —Entonces no deberías hacer enfadar a una mujer que puede insultarte en más d
aun idioma. —Le puse mala cara.

Cuando vi los números de todos los pisos, una idea curiosa me llevó a apretar e último. Derek no iba a impedir que me divirtiera esta noche.

—¿Qué haces, Sally? —Intentó acercarse al panel, pero lo cubrí con mi espalda.

e —Divirtiéndome. No vas a arruinar mi buen humor.

e Unos momentos después, las puertas se abrieron en la terraza. Nos recibió un
opiscina rectangular con iluminación tenue. La rodeaban unas grandes poltronas y un bar

—Joder, tú ebria eres el doble de terca —se quejó, siguiéndome—. Ven a descansar.

—Nah-ah. —Ladeé la cabeza lentamente, mientras caminaba por el espacio.

Tuve una idea, una loca y mala idea.

Derek se pasó una mano por el rostro, como si tratara con una niña caprichosa, aproveché su distracción. Me quité el atuendo que tenía, y me lancé a la piscina.

Cuando salí a la superficie, acomodé mi cabello y noté que Derek se había quedad inmóvil. Giró el rostro para ver mi ropa tendida en el borde, y luego lo dirigió a mí. Tod mi cuerpo estaba cubierto por el agua, excepto por los hombros descubiertos.

Nadé hacia el borde, y él se aproximó viéndome como si no tuviera remedio.

—¿Esta es tu manera de divertirte? —preguntó, poniéndose de cuclillas.

n —No… —alargué la palabra, haciendo presión en mis antebrazos para acercarme— Respira hondo, Diego. —Lo tomé de la camiseta e hice que cayera al agua.

Empecé a reír de inmediato. Derek salió a la superficie, apartó el agua de su rostro se me quedó viendo con una sonrisa.

a —Hace tiempo no te escuchaba reír.

—¿No te molesta que se deba a que me estoy burlando de ti? —Me acerqué.

Negó con la cabeza, sin dejar de sonreír.

—Si eso es lo que hace falta, espero que te burles de mí todos los días.

a Me recorrió un escalofrío.

Estar tan cerca de él hizo que viajara en el tiempo y recordara lo bien que se sentí lque estuviéramos juntos. Ambos estábamos ahí, en una piscina, de noche, solos.

s Dentro de mi cabeza se soltaron las alarmas junto a la palabra *peligro*. Por impulso lancé con fuerza un chorro de agua a su cara y escapé.

No iba a caer. Me prometí no hacerlo.

l —Sally… —Lo oí seguirme—. No huyas.

—¡Sally quiere huir!

Cuando estuvo por llegar a mí, escapé de la única forma que pude: salí de la piscina.

Subí las escaleras y me dirigí al bar. Solo llevaba bragas, pero no me importó. E alcohol había adormecido mis nervios. Me estiré un poco para alcanzar una de la botellas, la abrí y, tras dar un largo sorbo, giré para encontrarme con Derek.

Si hubiese tenido mi cámara conmigo, definitivamente le habría hecho una foto.

Estaba de pie en la parte no muy profunda de la piscina, por lo que se le podía ver e torso y, aunque tuviese chaqueta y camiseta, gracias al agua, podía notar cada uno de su músculos. Llevaba el cabello mojado, peinado hacia atrás. Tenía la mandíbula tensa mientras que sus ojos, perplejos, empezaron a recorrer lentamente mi cuerpo. Cad centímetro de mi piel fue testigo del calor de su mirada.

Entonces, con un tono lleno de confianza, solté:

—¿Ves lo que te has perdido por ser un traidor mentiroso?

Llevé la botella a mis labios e ingerí otro largo sorbo, porque lo necesitaba co urgencia. En cuestión de segundos, una mano retiró la botella.

—Es suficiente, Sally —dijo a mi costado, mientras se sacaba la chaqueta.

—¿Qué haces?

—Cubriéndote. —La pasó por mi espalda—. ¿Cómo vas a salir desnuda?

—Tampoco exageres, Keller. No es nada nuevo para ti.

Derek mantuvo su mirada sobre mí.

—¿Por qué me llamas Keller? —preguntó con suavidad.

—Porque todos te llaman así. —Levanté los hombros.

—Tú no perteneces a la mayoría.

—Tú me hiciste sentir que sí.

—Sally…

—Ava —lo corregí—. Mi nombre es Ava.

—No. Eres Sally. Mi Sally.

—¡Ava! Entiéndelo. —Di un pequeño golpe en su pecho, pero él sujetó mi muñec con suavidad, y me atrajo a su pecho.

—No. Entiende tú que no me voy a rendir contigo.

—Harías todo más fácil.

—Te dije una vez que no me gustaba lo fácil, que jamás podría cansarme de ir detrá ,de lo que me hace sentir vivo, ¿lo recuerdas? Tú me haces sentir vivo. Tú y yo. Juntos.

La forma en la que lo dijo me dio a entender que hablaba en serio. Y no supe qu pensar. Me solté de su agarre y retrocedí hasta que logré sentarme en uno de los banco de la barra. Tuve que cerrar los ojos para detener las vueltas del mundo.

Cuando los volví a abrir, lo vi regresar con mi ropa. Tomó mis manos e hizo que me pusiera de pie para colocarme la falda. Una vez puesta, tomó el resto de ropa y, antes de ldarme cuenta, me alzó en brazos para ir al elevador.

s Mantuve los ojos cerrados mientras bajábamos varios pisos. El pitido de las puertas abriéndose me obligó a abrirlos. Fue inevitable fruncir el ceño cuando estas revelaron su piso.

l —Oye —reclamé—, yo no vivo aquí.

s —Todavía —respondió.

, *Espera, ¿qué?*

a —La luna de miel fue genial por lo que veo —dijo Leo desde el salón.

Noté que aún seguía en brazos de Derek, así que solté el agarre de su cuello. É entendió mi intención y me dejó en el suelo. Caminé con torpeza dentro del piso.

—Helvita. —Leo me saludó asintiendo con la cabeza.

ı —¡Leopoldo! —Levanté los brazos con emoción—. ¡¿Cómo estás?!

—Me llamo Leonar…

Abrió los ojos de par en par y desvió la mirada.

—Ava… Tu… —Tosió a propósito—. Tu chaqueta.

Antes de entender lo que había dicho, Derek se me puso enfrente y juntó las solapas de la enorme chaqueta que llevaba. Y fue ahí que entendí. La chaqueta era tan grande que me cubría perfectamente el torso, pero, si abría y alzaba los brazos, se me veía todo el pecho.

Dios sabrá el motivo por el cual empecé a reír. ¿Nervios, alcohol? No lo sabía, pero las carcajadas que empezaron a salir de mí resonaron en el departamento y me causaron un dolor en el pecho. Y no fui la única. Una suave risita provenía de Leo.

—¿Y tú de qué te ríes? —le preguntó Derek.

—Vamos, ¿en serio te vas a enfadar?

—Le has visto las tetas —habló serio.

a —¡Ella me las ha mostrado!

Derek hizo un gesto cerrando los ojos, con el que parecía intentar controlarse.

—De acuerdo. Mejor me voy —dijo Leo y escapó a la cocina.

—Vamos. Tenemos que secarnos. —Derek me guio hacia la segunda planta.

s —¿Por qué no lo hacemos en el piso de Liv?

—No está en casa y no pienso dejarte sola.

é —He oído eso antes… *Quédate conmigo, Sally* —imité su voz grave y mentirosa—. *Liv s*
s*va a quedar con sus padres, ¿a dónde irías?*

—¿Así de mal sueno en tus fantasías?

—Para nada, tengo una en la que suenas genial —solté sin pensar.

*Cazzo.*

—¿Ah, sí? —preguntó mirándome fijamente—. Cuéntamela.

—No.

Entré a su habitación, que estaba exactamente igual a como la recordaba. Desde la puerta, Derek seguía analizándome.

—¿Has soñado con esa fantasía? —cuestionó entrecerrando los ojos.

—No te importa —respondí desviando la mirada, y él respondió con una carcajada.

—Si sueñas conmigo, tengo derecho a saberlo. —Arqueó una ceja y una sonrisa má grande se apoderó de su rostro—. Anda, dame una pista al menos.

No pensaba hacerlo, pero, sin pensarlo, mis ojos traicioneros se desviaron a su pecho húmedo y al mío también.

—No te daré nada —murmuré.

—Oh, ya lo hiciste —comentó con una mirada peligrosa—. ¿Hacerlo en una piscina?

—¿Q-qué?

—¿*Jacuzzi*? ¿Lago? ¿Ducha?

—N-no.

—Te conozco, Sally. No me mientas —comentó burlón.

—¡Te voy a matar! —exclamé, harta.

Me acerqué a él con furia, pero debido al ligero charco de agua que se había formado durante este rato en el suelo, me tropecé y casi terminé en el suelo.

Derek, en un rápido instinto, me sujetó por los codos.

—Mátame cuando estés sobria. Ahora siéntate, antes de que te caigas de nuca.

Me solté de su agarre y tomé asiento en la cama. Derek fue al pasillo y le gritó a Leo que, por favor, me trajera un vaso con agua. Yo apoyé las manos al borde de la cama y tomé aire porque ese último sacudón logró que me entraran un poco de náuseas.

Vi a Derek entrar a su armario y tomar una toalla y una camiseta.

—Póntela antes de que te resfríes.

Acepté de mala gana lo que me estaba tendiendo. Derek se giró y fue de vuelta a armario. Sequé mi cuerpo torpemente, me retiré la chaqueta y me coloqué la camiseta.

Unos toques sonaron a través de la puerta. Era Leo.

—Aquí tienes, Helvita. —Me tendió un vaso con agua, pero Derek se lo quitó.

—Ya viste suficiente, Leo. Gracias —lo interrumpió, y le cerró la puerta en la cara.

Se inclinó y me entregó el gigantesco vaso con agua.

—Toma esto, pero ten cuidado —dijo antes de esbozar una sonrisa arrogante—. E agua y puedes excitarte.

*Stronzo.*

—¿Pero a ti qué te pasa? —Dejé el vaso en el velador y me puse de pie—. ¿Por qué traes esa actitud tan… soberbia? Después de todo lo que ha pasado, ¿no deberías estar pidiéndome perdón mil veces o lamentándote por las esquinas? ¿Por qué te comportas así? —Tomé su rostro entre mis manos—. No. Te. Entiendo. —Entre cada palabra movía su cabeza de lado a lado.

Sus ojos se encargaron de vagar por mi rostro, como si lo estuviera apreciando de cerca. Sentí su respiración más dura, a pesar de que la mía se encontraba más calmada y casi adormecida.

—No te acerques tanto a mí —murmuró, pero no alejó mi contacto.

—¿Por qué?

—Porque me dan ganas de besarte.

—¿Y acaso ese no ha sido tu objetivo desde que volviste? Porque das esa impresión.

—Estás ebria, Sally. No podría besarte así.

Mantuve la vista sobre sus labios.

—No recuerdo cómo eran tus besos —pensé en voz alta, y rocé la comisura entreabierta de su boca con mi pulgar—. Creo que mi cerebro te bloqueó.

A pesar de la pesadez de mis párpados, subí la mirada y no la alejé de la suya. Detecté la emoción de arrepentimiento y dolor que había visto en sus ojos solo un par de veces. La mezcla de incomodidad y culpa.

—Si me lo permites algún día, lo recordarás. Pero no así. Nunca así.

Suspiré y di un paso atrás cuando la cercanía me pareció demasiado abrumadora.

—Bueno… ya me quiero ir. Estoy empezando a ver dos Keller y uno es más que suficiente para darme dolor de cabeza.

Tomé el vaso que había dejado en el velador y lo bebí de golpe con el objetivo de salir de allí de una vez por todas más sobria que antes.

Lo terminé y al segundo me arrepentí. Unas tremendas náuseas me invadieron y fui corriendo a su baño para inclinarme sobre el retrete y empezar a vomitar.

Vaya, y yo que pensaba que ya había sido suficiente vergüenza.

Derek me siguió y sostuvo mi cabello durante todo el rato.

—¿Estás bien? —preguntó una vez que me incorporé.

Asentí. La cabeza empezó a darme vueltas y sentí que los párpados me pesaban aún más, obligándome a cerrarlos. Limpié mi boca con papel y apoyé mi cabeza en la pared. Qué bajo había caído.

—Lo siento… —mascullé con una mano en mi frente.

Derek estaba de cuclillas a mi costado y acomodaba mi cabello detrás de mis

hombros.

—No te disculpes.

—¿Ni por esto tan horrible y asqueroso? —pregunté con la voz pastosa.

—Has vomitado, no matado a alguien.

—O sea, no puedo contar contigo si mato a alguien. Bueno saberlo.

—Estoy seguro de que, si matas a alguien, será a mí. Anda, ven aquí. —Me tomó en brazos para sacarme del baño.

Lo vi con la intención de llevarme a su cama, pero negué con la cabeza contra su pecho.

—No… Ahí fui feliz contigo. No quiero recordarlo.

Se detuvo unos segundos, sentí su respiración pausada en mi cabello. Salimos por el pasillo y acomodó los cojines del sofá para después acostarme. No volví a refutar cuando me cubrió con una manta.

—Cualquier cosa que necesites, solo avísame y vendré de inmediato, ¿de acuerdo?

Antes de que pudiera irse, tomé su muñeca.

—No me siento muy bien…

—¿Quieres vomitar de nuevo? ¿Te llevo al baño o prefieres…?

—Quédate conmigo.

Su falta de respuesta me hizo abrir los ojos con pesadez.

—Por favor.

Tras unos instantes, Derek se acostó a mi costado. La mitad de mi cuerpo quedó encima del suyo, pero no me incomodó apoyar mi cabeza en su pecho ni juntar mis manos sobre su corazón. Se sentía como piezas de un rompecabezas que volvían a encajar. La comodidad y la calma que había perdido regresaron a mí cuando sentí sus cálidos brazos rodear mi cuerpo.

—Mañana me arrepentiré de esto —confesé.

—¿Prefieres que me vaya? —preguntó él con la misma suavidad en la voz.

—No. Solo… déjame olvidar que te odio por unos minutos.

—En ese caso… —Llevó una mano a mi cabello y empezó a trazar líneas imaginarias con sus dedos—. ¿Puedo hacerte una pregunta en estos minutos en los que no me odias?

Asentí.

—¿Por eso escapaste de la piscina? ¿Por la fantasía que tienes?

Derek siempre había sabido leerme a la perfección.

—Me gustaría que fuese en otro momento —confesé—. Sin que esté ebria, odiándote

—¿Entonces sí te gustaría que fuese conmigo? —No hubo chispa de diversión en su tono de voz, solo noté un dejo esperanzado.

—Sabes la respuesta. No me hagas decirla.

Su respiración profunda hacía que su pecho se levantara y bajara lentamente precisamente de aquella misma forma que lograba brindarme la paz que necesitaba cuando las cosas se salían de control.

—A mí también me gustaría que fuese en otro momento —soltó en un susurro.

—¿Cuál?

—Contigo feliz, amándome.

Aquellas palabras hicieron que mi corazón roto se estremeciera por completo.

—Tienes demasiada confianza —murmuré mientras el sueño se apoderaba de mí.

—Verás que valdrá la pena.

Cerré los ojos del todo.

—Buenas noches, Keller.

Derek me dio un pequeño beso en la frente para después susurrar contra ella:

—Buenas noches, Sally.

—Sabes la respuesta. No me hagas decirla.

Su respiración profunda hacía que su pecho se levantara y bajara lentamente, precisamente de aquella misma forma que lograba brindarme la paz que necesitaba cuando las cosas se salían de control.

—A mí también me gustaría que fuese en otro momento —soltó en un susurro.

—¿Cuál?

—Contigo feliz, amándome.

Aquellas palabras hicieron que mi corazón roto se estremeciera por completo.

—Tienes demasiada confianza —murmuré mientras el sueño se apoderaba de mí.

—Verás que valdrá la pena.

Cerré los ojos del todo.

—Buenas noches, Keller.

Derek me dio un pequeño beso en la frente para después susurrar contra ella:

—Buenas noches, Sally.



# CAPÍTULO 9

Mi cuerpo estaba amenazado con despertarse, pero no se lo iba a permitir. No había dormido así de bien en meses. Me removí sobre las sábanas y abracé fuerte mi almohada que respondió con un sonido de comodidad. ¿Desde cuándo mi almohada hablaba?

Abrí los ojos de inmediato, pero tuve que cerrarlos cuando sentí un fuerte hincón en la sien. Me llevé la mano a la frente, cuando un aroma familiar, preocupantemente familiar, me invadió por completo.

Una vez más, abrí los ojos. Ese aroma era de una sola persona, que dormía debajo de mí.

Derek.

Rodé fuera del sofá y logré aterrizar de pie en la alfombra.

Derek se removió en el sitio, pero no despertó. Lucía pacífico con el cabello despeinado y la camiseta gris arrugada, como si fuese incapaz de ocasionar en alguien otra sensación que no fuese dulzura.

La noche anterior empezó a reproducirse en mi cabeza como una película de terror. Dios, debía huir de ahí y debía hacerlo pronto, antes de que Derek despertara.

Bajé las escaleras, pensando cuánto me costaría empezar una nueva vida en Tombuctú. ¿Sobreviviría con el sueldo de una barista sin experiencia con nada más que problemas? No. No lo creía. Probablemente moriría de hambre, sería la comida de una manada de animales salvajes y en mi tumba diría: «Por borracha y nudista».

No esperaba encontrarme con Leo en el primer piso.

—Buenos días —me saludó Leo, algo entretenido—. ¿Qué tal el dolor de cabeza?

Por instinto, mis brazos se juntaron en mi pecho.

—Dios mío, Leo. Lo siento.

—No te preocupes, Helvita. Yo también me he lanzado desnu…

Me pareció oír pasos en el segundo nivel y lo interrumpí.

—H-hablamos luego. —Continué rápidamente hacia el elevador.

—¡Sally! —Escuché una voz grave que me estremeció y me hizo recordar todas esa mañanas en que me despertaba con besos en el cabello.

*No, no, ahora no.*

En lo que pareció una eternidad, entré a la caja metálica y presioné el piso de Liv.

¿Qué había hecho?

Vi mi rostro en el espejo del ascensor. Mi cara lucía digna de una borrachera: agotad y ojerosa. Tenía el cabello enredado, como cuando uno deja secarlo al natural tras entra al mar un día de verano. Recordé que se debía a que me había metido a la piscina l noche anterior y automáticamente me di una bofetada mental.

—¿Qué hay de tu promesa, eh? —me dije—. No puedes emborracharte y comportart como si nada hubiera sucedido. Cero momentos con él. Cero noches con él. ¡Cero él!

No podía arruinarlo todo por una noche ebria.

Rebusqué mi móvil y vi la hora.

Tampoco podía arruinar mi trabajo. Mierda.

Si el dolor de cabeza no me mataba antes, seguro que Malía iba a hacerlo.

La resaca me acompañó todo el día hasta que terminé mi turno en ELE. Si en genera Malía me odiaba, haber llegado tarde y con expresión exhausta hizo que redoblara su llamados de atención.

En la tarde, volví al *lobby* del edificio deseando dormir tres días seguidos cuando m encontré con Liv.

—¿Quieres acompañarme a mi clase de pilates? —me preguntó, vestida para l ocasión.

—No tengo ganas. Ni la elasticidad necesaria. —Luego agregué—: ¿Quieres cena des…?

Escuché una risa masculina que solo podía pertenecer al responsable de mi vergüenz esa mañana. No quería verlo, así que tomé a mi amiga de la muñeca y la hice agachars hasta quedar ocultas delante de la barra de recepción. Derek venía del sótano, así qu deduje que habría estado entrenando en el gimnasio del edificio.

Necesitaba mudarme.

—Me siento en una película —dijo Liv, y le cubrí la boca con la mano.

Lo que escuché después me descuadró: otra risa, pero femenina.

Los ojos de Liv se abrieron tanto como los míos. ¿Acaso…?

Nos asomamos ligeramente sobre el módulo. El recepcionista optó por saludarno con un asentimiento e ignorar lo que fuera que estábamos haciendo. Y entonces los vi.

Derek estaba de pie junto a una chica de estatura mediana, delgada y muy guapa. Su cabello rubio, sujeto en una coleta alta, estaba formado por ondas sutiles. Ambos traían ropa de ejercicio y cada uno cargaba un bolso del hombro. Él la veía, riendo, mientras que ella movía los brazos como si tuviera una raqueta. Le reclamaba que debía haber ganado.

—Ella es… —Liv dejó el susurro en el aire, como si se hubiese arrepentido automáticamente de lo que iba a decir. Eso me alarmó.

La jalé hasta que volvimos a nuestro escondite.

—¿Ella es qué? —susurré con firmeza.

—Nada.

—Liv.

—Voy a llegar tarde a mi clase. —Quiso pararse, pero la detuve.

—Olivia. Dime qué ocurre.

Me vio unos segundos, en lo que pareció debatir qué hacer. Al final, optó por hablar.

—Hace un tiempo, antes de que Keller estuviese con Pía, la que lo engañó con su primo, fui al piso de los chicos porque mi mamá me pidió que fuera a buscar un álbum de fotos para un regalo que… —Le dediqué una mueca por su distracción, y asintió—. El asunto es que vi a *esa* chica salir de la habitación de Keller. Se había duchado y solo llevaba una camiseta de hombre. Me fui antes de que me viera, pero eso quiere decir que esos dos tienen historia.

Pasé saliva.

—¿Tú… la viste de nuevo?

—No. Quizá fue algo de una noche. —Apoyó una mano en mi hombro—. ¿Está bien?

—Sí. Ya te he dicho que no me importa —repetí con mi mejor cara de póquer.

—Bien, porque necesito saber qué ocurre con esos dos. —Volvió a asomarse— Comería carne antes de quedarme con la duda.

—Liv, por favor, no hag…

Mi amiga se puso de pie y carraspeó. Varias veces. Yo la imité antes de parecer una psicópata obsesionada con su ex. Tanto Derek como la chica giraron hacia nosotras. Los ojos de Derek se encontraron con los míos. Frunció un poco el ceño, como si se sorprendiera de no habernos visto antes ahí.

*Es que estábamos escondidas como un par de dementes.*

—¡Keller! —Liv lo saludó acercándose, la imité a regañadientes—. No sabía que hacías deporte a esta hora y acompañado de… —invitó a la chica a presentarse.

—Soy Sabrina —respondió amigable.

De soslayo, noté que Derek no dejaba de mirarme, pero no me volví.

—Ah, Sabrina. —Liv saboreó su nombre, antes de ver su cuerpo—. Lindo atuendo sMuy… deportivo. ¿Eres tenista?

—No, prefiero otro deporte —dijo, viendo a Derek con una sonrisa, y me saltaron la alarmas.

—¿Cuál?

Mi amiga alzó una ceja y ella nos sonrió.

—Las carreras. Soy piloto.

No sabía si eso me aliviaba o me preocupaba más.

—La escudería también participa en el campeonato femenino —explicó Derek.

—Odio que sigan separando hombres y mujeres —se quejó—. Como me hubies gustado superarte en el simulador de Reino Unido. —Le dio un pequeño empujón en e bíceps, acto que mi amiga y yo seguimos con la mirada.

¿Había dicho Reino Unido? ¿Estuvieron *juntos* en Reino Unido?

—Necesitas mucha práctica para lograrlo —la molestó Derek.

—Solo debo aprender a dominar las curvas como tú. Entonces, podré derrotarte — ladvirtió con una sonrisa que él imitó.

Mi corazón no estaba preparado para la estocada de celos que me estaba atravesando.

Por suerte, el recepcionista llamó a Derek y él se excusó para alejarse.

—Así que han viajado juntos —continuó Liv, y agradecí que fuese tan entrometida.

—No juntos, pero hemos coincidido en algunas ciudades por los circuitos. Nos hemo vuelto amigos.

—Qué bonito. Y cuéntame, Sabrina, ¿qué haces aquí?

—Cuántas preguntas. —Sabrina rio despreocupada—. Me siento como en lo interrogatorios que me hacía mi padre antes de ir a una fiesta. No era tan rudo ni con lo .criminales que arrestaba.

Me fue imposible no preguntarme cómo podía ser corredora siendo hija de u policía. Hasta Derek había aceptado un extraño trato para tener el dinero que hací afalta. Sabrina debió notar mi duda porque la resolvió encogiéndose de hombros:

—Mi abuelo ayudó a inventar el marcapasos —me sonrío. Sus ojos marrón clar etransmitían entusiasmo—. Y, respondiendo tu pregunta, Liv, estamos en pausa ahora pero la escudería nos exige que nos mantengamos en movimiento. Keller mencionó qu en su edificio podíamos jugar *squash*. Solo le tomé la palabra.

—¿Cómo sabes que me llamo Liv? —preguntó ella, alarmada.

—Keller me dijo que tenía una amiga bastante intensa. Probé mi suerte.

—¡¿Le dices a la gente que soy intensa?! —gritó Liv cuando vio a Derek regresar haci

nosotras—. Porque lo soy, pero también podrías describirme como inteligente, sensual
.ambientalista…

Liv siguió enlistando cualquier cantidad de calificativos, pero me centré en Derek
squien no solo no parecía escucharla, sino que tenía el rostro endurecido. Tenía esa
expresión seria que solía poner cuando algo estaba *realmente* mal.

Lo examiné con detenimiento y me sorprendió que no hiciera contacto visual
conmigo.

—… atractiva, con curvas enloquecedoras…

—Liv —la interrumpió Derek—, ¿por qué sigues hablando?

—¿Por qué tienes es cara? —devolvió mi amiga—. ¿Qué pasó con el recepcionista?

e —Quejas de los vecinos. Mucho ruido —respondió con simpleza, y pude notar dos
ldetalles: Derek estaba ocultando algo en el bolsillo de su chaqueta, y por primera vez me
di cuenta de que acababa de decir una mentira.

Una alarma empezó a sonar desde el celular de Liv.

—Llegaré tarde a mi clase de pilates si no salgo ahora.

- Se despidió de los corredores con una mirada de sospecha, y de mí, con una de
advertencia.

—Un gusto, Sabrina —dije con la sonrisa más creíble que pude antes de alejarme de
ellos para llamar al elevador.

Esperé por segundos que se hicieron eternos. Consideré ir por las escaleras, pero
sluciría muy extraño. Cuando finalmente ingresé, vi a Derek despedir a Sabrina en la
puerta del edificio. Ella, que era más pequeña que él, se puso de puntillas para decir
adiós con un abrazo.

s Derek se dio la vuelta con destino al elevador y yo apreté el botón para que las puertas
sse cerraran. No sé por qué esperaba que él fuera más lento que mis reflejos. Alcanzó a
entrar.

ı —¿Huyes? ¿Es tu nuevo pasatiempo, además de mentir? —me enfrentó.

a —No huyo. —Aclaré la voz—. Simplemente no tenemos nada de qué hablar.

—No me digas que ya te arrepentiste de todo lo que dijiste anoche.

ɔ —En el segundo que abrí los ojos —dije, viéndolo fijamente.

., Derek rio entre dientes y mi corazón se detuvo por un instante. El ascensor abrió sus
epuertas en el nivel de Liv, pero Derek no se movió de en medio.

—Déjame salir. Es ilógico continuar con esto.

No pensé que Derek accedería a dejarme ir, pero obedeció y se hizo a un lado.

—No es ilógico, Sally —soltó una vez que salí del ascensor.

a —No me llames así —ordené, pero Derek me ignoró.

—Ayer me preguntaste por qué no estaba lamentándome en una esquina d pidiéndote perdón mil veces, y la verdad es que no tengo ningún problema en hacerlo ,Estoy hasta el cuello de arrepentimiento, y estaría dispuesto a hacer todo eso si cambiara algo al final, pero sé que no lo hará —explicó—. Dime, ¿acaso si me lamento todos lo días lograría acercarme a ti?

Pensé en la pregunta, y la verdad era que no sabía la respuesta. Derek, al parecer, sí.

—Yo no he regresado para rogarte. He regresado para reparar lo que teníamos.

Una sensación amarga se asentó en la base de mi estómago.

—¿Y crees que vas a lograrlo si sigues siendo el mismo?

—¿A qué te refieres?

—Abajo le mentiste a Liv —le recordé—. Tal vez antes no me daba cuenta, pero he empezado a notarlo. Sigues mintiendo.

La expresión de Derek se endureció un momento.

—Sally…

—Si vas a mentirme a mí también, mejor ni lo intentes.

Odiaba la sensación de nunca entender qué pasaba con él. Me había prometido no volver a caer en sus juegos.

Retomé mi camino hacia el piso de Liv cuando escuché a Derek hablar:

—Nos han vuelto a amenazar. —Con esas palabras, todo el enfado de hacía un instante bajó a mis pies—. Me llegó esta nota.

Se acercó a mí y me mostró el papel arrugado que guardaba en su chaqueta, con las siguientes palabras escritas a mano:

EN DOS NOCHES ESPERO UNA CARRERA.

Mierda.

No de nuevo.

—Ayer me preguntaste por qué no estaba lamentándome en una esquina o pidiéndote perdón mil veces, y la verdad es que no tengo ningún problema en hacerlo. Estoy hasta el cuello de arrepentimiento, y estaría dispuesto a hacer todo eso si cambiara algo al final, pero sé que no lo hará —explicó—. Dime, ¿acaso si me lamento todos los días lograría acercarme a ti?

Pensé en la pregunta, y la verdad era que no sabía la respuesta. Derek, al parecer, sí.

—Yo no he regresado para rogarte. He regresado para reparar lo que teníamos.

Una sensación amarga se asentó en la base de mi estómago.

—¿Y crees que vas a lograrlo si sigues siendo el mismo?

—¿A qué te refieres?

—Abajo le mentiste a Liv —le recordé—. Tal vez antes no me daba cuenta, pero he empezado a notarlo. Sigues mintiendo.

La expresión de Derek se endureció un momento.

—Sally…

—Si vas a mentirme a mí también, mejor ni lo intentes.

Odiaba la sensación de nunca entender qué pasaba con él. Me había prometido no volver a caer en sus juegos.

Retomé mi camino hacia el piso de Liv cuando escuché a Derek hablar:

—Nos han vuelto a amenazar. —Con esas palabras, todo el enfado de hacía un instante bajó a mis pies—. Me llegó esta nota.

Se acercó a mí y me mostró el papel arrugado que guardaba en su chaqueta, con las siguientes palabras escritas a mano:

EN DOS NOCHES ESPERO UNA CARRERA.

Mierda.

No de nuevo.



# CAPÍTULO 10

Cuando subimos a mostrarle la carta, Leo empalideció.

—N-no entiendo… ¿No había sido Seth quien estaba detrás de las amenazas?

Derek y yo compartimos una mirada. Meses atrás, cuando Seth, el compañero de escudería de Derek, se apareció en el aniversario de nuestra universidad, descubrimos que él nunca fue el culpable de los mensajes encriptados ni del envío de la matrícula de accidente. Derek había preferido cargar con todo el peso de esa verdad en lugar de obligar a Leo a llevarlo con él, además de la culpa.

—¡¿Cómo me has podido ocultar esto, hermano?! —Leo empezó a dar vueltas en el sitio.

—Te he visto estos meses, Leo —explicó Derek—. A mí no puedes engañarme con esa sonrisa falsa. Sé que aún te culpas y que no dejas de visitar las redes de ese chico. Contarte de Seth solo iba a terminar de hundirte.

—¿Y ahora? ¿Qué mierda vamos a hacer?

Leo parecía exasperarse cada vez más, mientras que Derek se mantenía sereno.

—Por ahora, lo que hicimos la última vez —respondió—. Utilizar las cámaras de seguridad para detectar alguna actitud extraña y analizar a quienes asisten. No tenemos tiempo para organizar algo más elaborado.

—¿Hay cámaras? —pregunté.

—Reconectamos las del circuito cuando llegó la primera amenaza —me informó.

—¿Y si no hacemos la carrera? —Leo alzó la mirada—. La última vez terminamos con esposas, hermano. ¿Quién sabe qué sucederá esta vez? Puedo sincerarme. Puedo ir a la policía y decir la verdad. Todo estaría…

—No. Ya hemos hablado de eso, Leo —lo interrumpió Derek—. No hay forma de probar lo que sucedió.

—No nos estarían amenazando si no tuvieran pruebas —destacó Leo, llevándose una mano a la cabeza.

—Entonces volveré a hablar con Wayne para que busque hasta debajo de las piedra cualquier prueba de esa noche. No nos vamos a arriesgar.

—¿Quién es Wayne? —pregunté, sintiendo que habían olvidado mi presencia en la cocina.

—Un investigador privado —respondió Derek.

—¿Y si Wayne encuentra evidencias de que yo…? —Leo suspiró antes de hablar con un dolor estremecedor—. Puede que yo haya matado a alguien, Derek.

Derek bajó la mirada al suelo. Parecía negarse a la idea de que lo que acababa de decir su amigo fuese cierto.

—Necesito un trago —habló Leo para sí mismo, antes de apresurarse al bar.

Aproveché ese momento para acercarme a Derek, quien llevaba el entrecejo fruncido y la mirada perdida.

—¿Entonces? —pregunté—. ¿Qué haremos?

—Tú, nada, Sally —respondió, serio—. Te dije lo que estaba pasando porque no quería mentirte. Pero eso no significa que te pondré en peligro.

—Pero… —cuestioné, desconcertada.

—No vas a ir —me ordenó con firmeza—. Solucionaré esto con Leo. Solos.

Dicho esto, se fue hacia el bar a acompañar a su amigo. Apoyó una mano sobre su hombro y sus palabras parecían tener el solo objetivo de calmarlo. Lo tomé como una señal: debía dejarlos a solas.

Con la preocupación presionándome el pecho, llamé al elevador.

—Ava —dijo una voz detrás de mí cuando las puertas se abrieron. Era Leo—. Kelle tiene razón. No te involucres, por favor.

—Leo, esto es muy serio. ¿Acaso también se lo ocultarás a Liv? ¿Y a Becca?

—Precisamente por lo serio que es llevo ocultándolo desde hace meses, Ava — confesó, triste—. Incluso a Becca le hablo de *hockey* cada vez que me pregunta sobre esto Debe estar harta de todos los jugadores y las tonterías que le digo. —Suspiró cabizbajo— Este es mi problema, Ava, *mi* error. No quiero arrastrarlas conmigo.

—No lo harás, Leo. No tienes que estar solo en esto —le dije, conmocionada por su mirada triste.

—Sí. —Alzó la vista—. Merezco estarlo.

Sin más, entró al piso, permitiendo que las puertas se cerraran frente a mí.

Y en ese momento me quedó más claro que nunca: Leo no tenía por qué estar solo.

A decir verdad, ninguno de los dos tenía por qué estarlo.



# CAPÍTULO 11

*Dos manos sujetas. Una es pequeña y tierna; la otra, más grande y delicada.*

*La imagen se agranda a medida que ambas personas caminan por la costa de Toronto.*

*La dueña de la mano tierna es una niña rubia. Pequeña, linda, adorable. A la dueña de la otra no puedo verla. Sé que es más alta, pero no reconozco más.*

*La pequeña da saltitos; brinca mientras tararea una canción. La otra le da giros en el sitio imitando su tarareo.*

*Se les ve felices, hasta que otra mano, una arrugada, toma a la niña y la aleja de la chica. La pequeña se despide con una sonrisa. La chica mantiene el brazo estirado por unos instantes, en lo que parece acostumbrarse a que no sostiene más la mano de la niña, y veo su perfil.*

*Soy yo.*

*La niña es Zoe.*

*No quiero alejarme de ella.*

*No quiero perderla antes de conocerla…*

La mañana siguiente me desperté de golpe, pero en lugar de hacerlo con el corazón en la boca y las piernas entreveradas con las sábanas, lo hice con el pecho lleno de nostalgia. El protagonista de mis pesadillas había sido reemplazado por un personaje que jamás había considerado, su hija. Mi hermana. Y con ella había sentido un nuevo temor: perder al integrante más reciente de mi familia.

A pesar de que a lo largo del día intenté mantenerme despierta, aquel sueño se mantuvo flotando en mis párpados cada vez que cerraba los ojos.

Cuando llegaron las once de la noche, pensé que la suave llovizna que decoraba el parabrisas de Liv me distraería, pero no fue el caso. En cambio, mi atención se dirigió a la guerra fría que se jugaba entre Becca y Liv mediante el espejo retrovisor.

Estábamos de camino a la pista abandonada donde se daría la carrera.

Apenas tuve la oportunidad, les conté a mis amigas de la nueva amenaza y toda estuvimos de acuerdo en asistir sin avisarles a los chicos. Liv condujo por una reja oxidada, siguió un camino de tierra y nos encontramos nuevamente en aquel escenario con el que habíamos lidiado meses atrás: autos deportivos, gente bailando y pilotos preparándose para correr. El fuerte sonido de la música parecía querer acoplarse al ambiente de adrenalina.

—Es momento de la acción. —Liv bajó del auto y juntó sus manos como si fuese una de los ángeles de Charlie.

—Ava, mátame —dijo Becca, agotada—. Solo mátame. Ya no la aguanto.

—¡Vamos, Morti! —La tomó por el cuello con un brazo y con el otro rodeó el mío— Ahora… ¿dónde están estos idiotas que quiero tanto?

Tuvieron que pasar solo unos minutos para que Leo nos encontrara entre la multitud. Se acercó a nosotras con pasos acelerados.

—¡Pero ustedes…! ¡No deberían…! ¡¿Qué hacen…?!

—¿Qué hacemos aquí cuando ustedes dos están en peligro? —Becca se cruzó de brazos—. Pues apoyándolos. En serio, ¿no me ibas a decir nada?

—No quería complicarte de nuevo la vida. —Apretó los labios.

—No me la complicas. Entiende eso de una vez —lo regañó, para después acercarse y darle un pequeño beso en los labios—. Aquí estoy para ti.

Leo la vio, completamente enamorado, y asintió. Liv hizo un puchero de ternura.

—Si no estuviera muerta, sería una escena muy bella… —Fingió limpiarse una lágrima.

Leo ignoró a su prima y se enfocó en ponernos al tanto.

—Hoy lo único que haremos será llevar a cabo la carrera —dijo Leo—. Por favor, estén muy atentas a cualquier cosa que resulte sospechoso. Keller está…

—Aquí.

Sobre el hombro, vi a Derek a un paso de nosotras. Decir que estaba serio sería poco.

—Bien, hermano. Avisaré que empezaremos dentro de poco.

Mis amigas siguieron a Leo, y planeaba hacerlo también cuando, sobre la música y el ruido de las botellas, oí detrás de mí:

—¿Qué te dije acerca de venir? —El tono autoritario de Derek me enervó.

Me di la vuelta.

—No lo recuerdo. Verás, no te escucho cuando dices estupideces.

Botó el aire contenido, como si mi comentario hubiera causado en él el mismo efecto que su pregunta causó en mí.

—Te dejé en claro que no era seguro para ti aquí, Sally; para ninguna de ustedes.

s —Lo único que dejaste en claro es que eres incapaz de aceptar ayuda —corregí.

a —No necesito ayuda. Tengo a Leo y a mi coche.

ɔ —¿Tu coche? ¿Es en serio? No hace más que moverse sobre cuatro ruedas.

s —Hace mucho más.

l —¿Como qué? —pregunté, apretando el rostro.

Derek suspiró y dijo:

ɔ —Cuando tengo los pies en la tierra, solo pienso en que hay alguien con mi cara en su tiro al blanco, y en que tú no puedes ni *verme* a la cara. Dentro de mi auto, mi mente toma un descanso. Mi única meta es cruzar la línea final. Aquí afuera nada es tan sencillo

·. Recordé la sensación que me produjo aquella vez que corrimos en esa misma pista y comprendí a lo que se refería.

.. —Yo también quiero tomar un descanso —pensé en voz alta, pues seguía viendo a mi padre y a Zoe cada vez que parpadeaba.

—¿Perdona? —preguntó Derek, seguro de que me había oído mal.

e —Quiero estar en la pista —aclaré—. Correrán de igual forma, ¿no es así? ¿Por qué no podría participar?

—¿Porque conduces horrible, tal vez? —preguntó, incrédulo.

y —Quiero ir de copiloto. No sería la primera vez —le recordé.

—Otro día puedo traerte y correremos por horas. Hoy no.

—¿Quién dice que debo ser tu copiloto?

a Se rio. Fue una risa genuina y burlona, como si acabara de decir una tontería.

—Si estás en un coche que va a más de cien kilómetros por hora, es porque yo lo estoy conduciendo. No confío en ningún otro corredor para colocarte en sus manos.

', —¿Y si yo no confío en ti? —Alcé la barbilla.

Dio un paso adelante. Colocó su pulgar bajo mi barbilla y la alzó aún más, lo suficiente para que aún pueda mantenerle la mirada.

—Afuera desconfía cuanto quieras, pero ten por seguro que en un coche conmigo siempre estarás a salvo.

·l Agradecí el ruido de motores revolucionando y el inicio de los gritos de aliento porque me permitieron alejarme del contacto de Derek.

—Ya va a empezar. Vamos.

Fui hacia el coche negro con el que solía correr y Derek me siguió, mascullando cosas que no logré entender. Tomó el sitio tras el volante y, antes de encender el coche, me ɔvio.

Le sonreí.

—Maldita sea —dijo entre dientes, asomándose para tomar mi cinturón de seguridad

—Yo puedo…

—Shh —me detuvo con firmeza. Me colocó el cinturón y luego lo ajustó a mi cuerpo con fuerza. Contuve la respiración—. Cada día eres más terca que el anterior. ¿Me vas a decir por qué quieres tener la mente en blanco?

—Solo conduce, Keller.

Derek mantuvo su mirada sobre mi rostro unos segundos, como si sopesara mi petición. Asintió y, sin quejas, nos llevó a la línea de meta. Parecía haber decidido ayudarme a pesar de no estar del todo de acuerdo.

A nuestro alrededor, más coches se posicionaron. La adrenalina había empezado a manifestarse en la base de mi estómago.

Leo se colocó frente a nosotros mientras encendía un megáfono. Derek bajó su ventanilla para llamarlo. Cuando se asomó, pude oír:

—Tendré a Ava conmigo. Alguien hace una jugarreta extraña que la ponga en peligro y les destruyo la vida. Adviértelos.

Leo asintió y volvió a su posición.

—¡Veinte giros! ¡El primero en cruzar la meta se lleva la carrera! ¡Las apuestas se cierran cuando se agita la bandera! —habló al megáfono—. ¡Hoy algunos llevan carga preciada, así que cuidado con jugar sucio!

Mientras Leo salía de la pista para unirse a la pequeña multitud que terminaba de participar en las apuestas, un deportivo verde metálico se posicionó del lado de Derek. Sus ventanas se mantenían cerradas y polarizadas.

Leo empezó la cuenta atrás y Derek realizó unos cambios en el panel, presionó unos botones en el volante. Yo busqué de dónde sostenerme.

—No podré detenerme una vez empiece la carrera, Sally. Si quieres bajar, debe ser ahora.

—No lo haré —aseguré—. Buena suerte.

Derek asintió y enfocó su mirada al frente.

Se anunció el inicio y, en literales segundos, estábamos yendo a una velocidad que mi Nissan no alcanzaría sin explotar. El corazón se me subió a la garganta. El de Derek, en cambio, podría apostar que latía al ritmo de su motor. Íbamos en la delantera, pero no sabía con cuánta ventaja, porque no me atrevía a ver atrás sin echarme a vomitar.

Ver a Derek en control fue el seguro que necesitaba para no aventarme y arrepentirme de una decisión tan impulsiva, además de la fuerte velocidad que me mantenía adherida al asiento salvo en las curvas, que Derek maniobraba a la perfección.

—¡Despeja tu mente, Sally! —gritó por encima del ruido del motor.

Le hice caso y dejé que el aire me pegara en la cara y revolviera cada uno de mi

cabellos. Solo me enfoqué en la sensación de libertad que me proporcionaba estar en ese asiento, y agradecí que mis miedos se tomaran un respiro.

Derek tenía razón al decir que no había nada como eso.

—¿Cómo se siente desconectar por un momento? —me preguntó con una sonrisa.

Iba a contestar cuando el coche verde apareció a nuestro lado en milésimas de segundos.

Aun cuando el circuito permitía que dos coches condujeran en simultáneo, el verde se acercaba de una manera tan drástica que cualquier persona que no supiera de carreras podía darse cuenta de que algo no andaba bien. Yo me di cuenta.

—¿Qué mier…? —Derek masculló, maniobrando para mantener distancia.

Derek quiso volver a superarlo en una curva, pero el lateral del verde nos arañó causando un incómodo sonido estridente. Derek desaceleró para disminuir el impacto pero el ruido de las bocinas nos advirtió que teníamos coches detrás que no planeaban frenar.

Mi mente definitivamente ya no estaba en blanco. Estaba preocupada por todos los malditos colores del arcoíris, en especial por el verde.

—Joder. —Revisó los espejos y mantuvo la velocidad del verde—. Quien sea este idiota no va a rendirse. Debo acelerar.

—Pensé que ya lo estabas haciendo.

Derek negó con la cabeza y me vio de soslayo por menos de un segundo.

—Apenas estaba empezando, Sally. Sostente bien y grita si lo necesitas.

No tuve ni tiempo para preguntar si realmente sería tan grave porque apretó el acelerador y la presión, antes amigable, me volvió parte del cuero del asiento. Dejamos atrás el sonido de las ruedas, lo que me indicó que habíamos abierto la distancia con el resto de los pilotos.

Derek empezó a esquivar y a acelerar con mayor fuerza, pero su contrincante no se quedaba atrás y acortaba la distancia intentando nuevamente no pasarnos, sino chocarnos. El sentimiento de libertad fue reemplazado por verdadero temor de que algo nos sucediera.

El circuito parecía no acabar y una extraña ilusión causada por la velocidad provocaba que pareciéramos estar rodeados de una larga línea de luces, cuando realmente se trataba de los reflectores de la autopista.

Entonces vi que el campo de césped viejo que se desdibujaba en medio del circuito no estaba resguardado por rejas en ese sector. Alcanzamos una curva y el coche verde no cerró con una sola maniobra. Derek giró el volante con rapidez y las llantas derraparon

contra el asfalto. Sentí mi cuerpo chocar contra la puerta cuando frenamos sobre e césped en medio de la pista. El otro auto también se había detenido.

Derek se giró hacia mí.

—¿Estás bien? —Me inspeccionó rápidamente con los ojos llenos de preocupación— Sé que esto te da miedo y…

—Estoy bien —lo interrumpí—. No te preocupes por mí. ¿Tú lo estás?

Botó el aire con fuerza.

—Lo estaré en un momento —dijo, antes de bajar del coche. Se acercó al de colo verde y golpeó con fuerza el capó—. ¡¿Cuál es tu maldito problema?! ¡Pudiste habe causado un accidente!

Derek fijó su atención en el piloto y su enfado pareció multiplicarse por mil a reconocer quién era. Con una autoridad que jamás había escuchado, dijo:

—¿Tú qué mierda haces aquí?

El piloto bajó de su coche y mi corazón volvió a acelerarse, ahora de sorpresa Reconocía ese moño dorado, esa espalda ancha y esos tatuajes.

Era Lex.

contra el asfalto. Sentí mi cuerpo chocar contra la puerta cuando frenamos sobre el césped en medio de la pista. El otro auto también se había detenido.

Derek se giró hacia mí.

—¿Estás bien? —Me inspeccionó rápidamente con los ojos llenos de preocupación—. Sé que esto te da miedo y…

—Estoy bien —lo interrumpí—. No te preocupes por mí. ¿Tú lo estás?

Botó el aire con fuerza.

—Lo estaré en un momento —dijo, antes de bajar del coche. Se acercó al de color verde y golpeó con fuerza el capó—. ¡¿Cuál es tu maldito problema?! ¡Pudiste haber causado un accidente!

Derek fijó su atención en el piloto y su enfado pareció multiplicarse por mil al reconocer quién era. Con una autoridad que jamás había escuchado, dijo:

—¿Tú qué mierda haces aquí?

El piloto bajó de su coche y mi corazón volvió a acelerarse, ahora de sorpresa. Reconocía ese moño dorado, esa espalda ancha y esos tatuajes.

Era Lex.



# CAPÍTULO 12

No podía creer que Lex fuera el conductor que quiso chocar con nosotros; sin embargo lo que más me sorprendió fue la actitud relajada y entretenida que aparentaba. ¿Acaso no entendía la gravedad de lo que había intentado hacer?

Mientras que el resto de pilotos aún corría a nuestro alrededor, Lex se cruzó de brazos.

—Deberías conducir con más cuidado, Derek. Por poco me chocas —dijo con sarcasmo.

¿Se conocían?

Derek dio varios pasos hasta quedar cara a cara con él.

—Esto no es un juego, Lex.

—Relájate —contestó—. Ya era hora de que tuvieras algo de competencia, ¿no? Esos imbéciles con los que corres te la dejan muy fácil.

—Esos *imbéciles* siguen las reglas para no hacer la estupidez que acabas de hacer.

—Dejemos las reglas para las carreras oficiales, ¿no te parece? —Lex utilizó un tono retador—. A mí ya me cansaron tantas restricciones. Quería divertirme un poco.

¿Lex también era piloto? ¿Por qué de pronto yo conocía a tantos pilotos?

Derek apretó los puños y, con mucha dureza, le dijo:

—Te puedes ir a la mierda.

—Vámonos juntos. —Sonrió—. ¿Hacemos una carrera y vemos quién llega más rápido?

Y eso colmó a Derek. Vi la presión a la que sometió su mandíbula, el color oscuro en su mirada y las venas marcadas en su cuello. Cuando dio un paso adelante, bajé del coche.

—¡Keller! —grité de impulso. Mi voz sonó más fuerte de lo que pretendía.

Ambos se giraron a verme, pero Derek no parecía muy contento con mi interrupción.

—Vuelve al auto, Sally.

—¿Sally? No te conocía así, rubia.

—No me conoces y punto —advertí, cerrando la puerta.

La última vez que había hablado con él había sido solo por obra y gracia del alcohol Ahora me arrepentía.

—Después de esa noche, creo que nos conocemos un poco más, ¿no te parece?

Noté a Derek tensarse por el comentario.

—¿Qué? —preguntó, volviéndose a él—. ¿De qué mierda estás hablando? —Dio un paso adelante, pero fui más rápida y pude detenerlo de la mano, acción que no pasó desapercibida para Lex.

—Oh, no me digas que fue él quien te rompió el corazón, rubia. —Soltó una carcajada que no le llegó a los ojos—. Increíble, cada vez se me hace más sencillo joderte la vida, Derek.

Lex dio unos pasos hacia nosotros, vio a Derek de pies a cabeza con seguridad y a mí me dirigió una mirada intrigante.

—De haber sabido que andabas de copiloto, no habría sido tan rudo —murmuró.

Me guiñó un ojo antes de darse la vuelta y subirse a su coche. Derek mantuvo la mirada firme en Lex hasta que se fue de la pista. Luego, se giró y me ordenó:

—Debes mantenerte alejada de él.

Ya había empezado de nuevo.

—¿Qué tienes tú con darme órdenes, eh? —Estiré los brazos molesta—. ¿De pequeño te dieron todo lo que querías o qué?

—Te lo digo en serio, Sally. —Su mirada cambió a una mucho más profunda— Puedes odiarme, insultarme, incluso… —le costó decir las siguientes palabras— puedes estar con quien quieras. Pero aléjate de Lex. Debo saber que estás bien.

Y, de pronto, aquella orden tomó forma de súplica, lo que me dejó todavía más desconcertada.

—¡Hermano! —Leo se acercó a nosotros—. ¿Me equivoco o Lex participó en la carrera?

¿Él también lo conocía?

—Lo hizo —respondió Derek, viendo que la carrera había terminado—. Repartamos las apuestas y vámonos de aquí. —Cerró la puerta de su coche—. Ya tuve suficiente por hoy.

Volvimos al edificio pasada la madrugada sin ningún inconveniente y una sola pregunta nos acompañó todo el camino: ¿por qué la persona que los amenazaba los haría

organizar una carrera y no haría nada al respecto?

—No van a volver a ocultarnos nada. —Liv puso las manos sobre sus caderas—. No .van a decir ahora todo lo que saben. Ahora.

Leo y Derek, que habían tomado asiento en el sofá de su salón, compartieron una mirada.

—No hay razón para excluirlas, Leo —aceptó Derek—. Ya vimos lo entrometidas que ıson.

ó —¿Perdón? —dijimos las tres al unísono.

—De acuerdo… —Leo soltó un suspiro—. Estuve revisando las cámaras de seguridad amientras corrían, pero no encontré nada extraño. Aún debo revisar el resto de egrabaciones, pero, hasta ahora, dudo hallar algo. ¿Has tenido alguna noticia de Wayne Keller?

í —¿Wayne te está ayudando con este caso también? —inquirió Liv.

¿«También»? ¿Para qué más Derek necesitaba un investigador privado?

—Aún nada —respondió Derek.

a Un silencio tenso se adueñó del espacio.

—Ya encontraremos a ese infeliz con los chakras podridos —Liv masculló entre dientes, decidida—. Si no, yo misma descubriré quién es ¡y lo pondré morado hasta que explote!

ɔ La energía de mi amiga disipó el ambiente cargado. Estaba claro que no ganaríamos nada hundiéndonos en la incertidumbre.

·. Leo y Becca subieron a su habitación, y Liv siguió balbuceando lo que le haría a sculpable una vez que lo encontráramos hasta que entró al elevador. Iba a hacerlo con ella, pues Derek seguía sumido en sus pensamientos, pero me detuve en el vestíbulo scuando dijo con un tono suave:

—Lamento que hayas tenido que vivir esa carrera, Sally.

a Las puertas del elevador se cerraron antes de que pudiera entrar. Giré sobre mis talones y lo encontré aún sentado, viéndome.

—No tuve que haberte permitido subir al coche —añadió.

s —Ya era hora de que notaras que no decides sobre mí —repuse con la misma rsuavidad.

—¿Por eso fuiste a la pista, a pesar de que te dije que no lo hicieras? ¿Para demostrar un punto? —Se puso de pie.

a —Si crees eso, es porque no me conoces ni un poco.

a —Entonces… —Se acercó a mí y no se detuvo hasta que nuestros rostros quedaron cerca—. ¿Por qué fuiste?

Sus ojos expectantes no se despegaron de los míos. Vacilé unos segundos.

—No me gusta que alguien juegue con ustedes. Leo la pasa muy mal.

—Lo haces por Leo. —Asintió, bajando la mirada al suelo.

—No solo lo hago por él.

—¿No? —Pude notar una chispa de esperanza en su forma de hablar.

Sabía la respuesta de su pregunta, pero no quería decirla, así que busqué otras palabras.

—No puedo permitir que alguien más disfrute de hacerte daño cuando esa persona debería ser yo —bromeé.

Derek rio suavemente y yo lo imité.

—Eres demasiado buena —habló con nostalgia—. Siempre lo fuiste.

—No, estoy siendo egoísta —corregí, lo que causó que Derek frunciera el ceño.

—¿Por qué lo serías?

—Porque yo no puedo estar bien si ustedes no lo están…

*Si tú no lo estás.*

No fue necesario explicarme; Derek pareció entenderme al verme con aquella tonalidad que siempre había sido capaz de bajar mis barreras.

—Gracias.

Le sonreí y llamé al elevador.

—Nos vemos por ahí, Keller.

Una vez que las puertas se cerraron, yo misma me hice la pregunta: ¿por qué había salido?

Muchas cosas pudieron salir mal, pero no podía quedarme de brazos cruzados, y ese mismo sentimiento lo tuvieron Liv y Becca cuando les conté sobre el mensaje.

Cuando alguien se mete con los tuyos y no estás ahí para ellos, sientes que no estás cumpliendo tu labor. Puede que no tuviera ninguna labor con Derek Keller, pero aun así quería apoyarlo.

Y es que hay personas que, a pesar de que a veces quisieras mandarlas lejos de la faz de la tierra, cuando tienen problemas, estás ahí para ellas. Es una de esas conexiones inexplicables que tienen algunos seres con otros. Supuse que Derek y yo teníamos una así.

El sonido de una notificación me sacó de mis pensamientos. Aún en el elevador, abrí el mensaje que había recibido. Era de un número que no tenía registrado.

La sonrisa desapareció al leerlo.

Hasta ahora vernos ha sido por casualidad. La próxima no lo será. Quiero saber más de ti ahora que sé que compartimos conocidos. Y, por si aún dudas quién soy, te dejo una pista.

Sueña conmigo, rubia.

THOR

Hasta ahora vernos ha sido por casualidad. La próxima no lo será. Quiero saber más de ti ahora que sé que compartimos conocidos. Y, por si aún dudas quién soy, te dejo una pista.

Sueña conmigo, rubia.

THOR



# CAPÍTULO 13

Ese día no me despertó mi alarma, me despertó otro sueño con Zoe.

Desde el momento en que la vi, no había sido capaz de sacar de mi mente a aquell niña rubia con sonrisa dulce y mirada curiosa. Los sueños que solía tener recordando Marco habían sido, en su mayoría, desplazados por los que empecé a tener con ella.

Esa mañana, estando en el trabajo, le pedí a Edward el número de teléfono de Marc y, antes de pensarlo mucho, lo llamé. Le dije que quería conocerla. La idea le fascinó pero a mí no me fascinó su propuesta de ir a su casa después de las clases de *ballet* de Zoe Yo sugerí una menos invasiva: que Zoe viniera a mí.

Eran las cinco de la tarde y faltaban minutos para que ella llegara al piso, que en es momento estaba siendo adornado por el olor a jazmín.

Estaba caminando nerviosa de un lado a otro en mi habitación cuando sonó e timbre.

Corrí a la puerta y respiré profundo antes de abrirla. Primero vi a Edward y, vario centímetros más abajo, estaba mi hermana.

—¡Ava! —Sus ojos se iluminaron como los de un cachorro viendo su juguete favorito.

Llevaba dos trenzas doradas y delgadas por la poca densidad de cabello, y un vestid celeste a rayas. Me causó gracia verla acompañada del hombre corpulento y formal qu era Edward. Parecían un guardaespaldas y la hija del presidente.

—Estaré abajo si necesitan algo —dijo Edward—. Diviértanse. —Me guiñó un ojo, y y asentí con una sonrisa más pequeña y dudosa, en comparación con la de Zoe.

—Gracias, Eddie —mi hermana se despidió sacudiendo su pequeña mano y vi cóm entraba al piso con una mochila demasiado grande para ella.

Mi corazón latía con una fuerza desconocida.

Me acerqué para ayudarla a retirarse la mochila. Ella me agradeció y se subió al sillón de un salto. Sus zapatos no llegaban al suelo.

—¿Es… estás en primer grado? —Busqué un tema de conversación, mientras me sentaba en la mesa de centro. Mis manos no se quedaban quietas en mi regazo.

—Todavía no. Estoy de vacaciones.

—Entiendo, qué bonito. Y… Mmm… ¿Tienes hambre?

—No, comí antes del taller. Gracias igual.

—Bueno… ¡Sed! ¿Tienes sed? Soy buena haciendo café, ¿quieres un café?

—Yo no puedo beber café. Soy una niña.

Apenas lo dijo caí en cuenta de que haber empezado a beber café a los seis años no había sido la mejor decisión para mí.

—Sí, sí. Tienes razón. Es mejor que no bebas.

Cuando estaba ingeniando qué otra pregunta podía hacerle, Zoe pareció tomar la iniciativa. Se bajó del sofá y volvió a acercarse a mí con su mochila.

—Mira. —La abrió y sacó una hoja de su cuaderno—. Esa soy yo y esa eres tú.

Era un dibujo hecho con crayones. Y, aunque el tamaño de mi cabeza era muy grande para mi cuerpo, me pareció precioso.

—Me encanta. ¿Es para mí? —pregunté, y ella asintió—. Muchas gracias.

Me puse de pie y fui a la refrigeradora. Moví unos imanes para hacerle espacio al dibujo.

—¿Qué tal? ¿Te gusta ahí?

—¡Síííí!

—A mí también. Eres muy buena dibujando.

—¡Ahora dibujo mejor! Ese lo hice el año pasado. Quería conocerte, pero papá dijo que no podía, así que nos dibujé juntas…

Sentí un pequeño dolor en mi pecho. Ella juntó sus manos y se balanceó ligeramente dentro de sus zapatos blancos, como si no estuviera muy segura de lo que diría a continuación.

—¿Por qué me dijo eso? —preguntó, bajito—. ¿No me querías ver?

—No, no. No es eso. —Me puse de cuclillas y le tomé las manos—. Es… complicado.

—Papá decía lo mismo, pero no entiendo —dijo con desilusión, conmoviéndome.

Conocía a la perfección cómo se sentía porque yo, a su edad, también esperaba a alguien que fuera a buscarme para pasar tiempo conmigo. Solo que, en vez de tener cabello castaño y una ligera adicción al café, usaba saco y corbata, y lo llamaba *papá*. Saber que ella había tenido ese mismo anhelo me encogió el corazón.

Me observó con ojos esperanzados, deseando que yo le diera una respuesta que hasta el momento nadie le había dado. Busqué dársela de la mejor forma que pude.

—Dime, Zoe, ¿tienes un juguete favorito?

—Sí. Mi peluche de conejo. Se llama Bobby.

—¿Y alguna vez te ha sucedido que encontraste a Bobby después de mucho tiempo, y no sabías que se te había perdido?

—¡Sí! Nadia lo encontró al fondo de mi armario. ¡Me puse muy feliz!

—Estoy segura de que así fue. —Acaricié sus manos—. A veces sucede eso. No sabemos lo que nos estamos perdiendo, hasta que un día nos sorprendemos y nos preguntamos: «¿Cómo es posible que haya vivido tanto tiempo sin darme cuenta?». —Vi sus ojos grises—. Algo así me sucedió contigo y encontrarte también me ha hecho muy feliz. Es lo más bonito que me ha pasado.

Me dedicó una sonrisa tímida.

—No te vi por mucho tiempo —dijo en voz baja.

—Eso nunca volverá a ocurrir. —Le di un sonoro beso en la mejilla—. Te lo prometo.

Ella esbozó una gran sonrisa en respuesta. Sus mejillas se tornaron dos círculos rosados.

—¡Ohh! ¿Qué es eso? —gritó tras escuchar un ruido proveniente de una máquina.

Me alegró que pudiera cambiar de humor de forma tan rápida.

—Es una aspiradora. —De esas que parecían enormes fichas de *hockey* y se movían solas por el ambiente. A Liv le fascinaba porque era la única que podía con sus mi alfombras.

—¡Me encanta! —Empezó a perseguirla como gato a ratón—. ¿Me puedo subir?

—Mejor no. Te puedes lastimar.

Hipócrita. Yo también había querido subirme cuando la vi por primera vez.

—¿Por qué no hacemos algo…? Dime, ¿qué te gustaría hacer?

—Mmm… Me gustan las películas.

De pronto sonó el timbre y tuve que ir a la puerta.

—A mí también. ¿Qué tal si vas pensando en una que te gustaría ver? Solo espérame un momento. Pero cuidado. ¡No te subas a la aspiradora! —exclamé cuando vi que la perseguía hasta dentro de mi habitación.

Abrí la puerta y me sorprendió encontrarme a Derek.

Traía una sudadera gris, prenda que nunca antes lo había visto usar, y su cabello rcastaño estaba despeinado, evidencia de que había tenido puesta la capucha. Con una mano sostenía una bolsa de papel.

Se le veía… tierno.

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunté.

—Supuse que estarías cansada después del trabajo, así que traje comida. —Levantó las bolsas—. Pensé que podíamos ver una película, cocinar y beber vino como te gusta.

Definitivamente mi corazón duplicó sus latidos. ¿Cómo se atrevía a ser tan… él?

—Keller… —No pude decir más porque un grito provino del interior de departamento.

Zoe.

Algo le había pasado.

Sentí verdadero terror de que fuese cierto, por lo que volteé para encontrarla. Pero lo que oí a continuación me hizo percatarme de que el grito no fue de dolor… Fue de alegría.

—¡Derek! ¡Estás aquí!

Lo siguiente que vi fue a Zoe corriendo hacia nosotros y el semblante de Derek como si hubiese visto un fantasma. No por la pequeña, que estaba en perfecto estado, sino por mí… porque me había enterado.

La conocía.

Derek y Zoe se conocían.

Definitivamente mi corazón duplicó sus latidos. ¿Cómo se atrevía a ser tan… él?

—Keller… —No pude decir más porque un grito provino del interior del departamento.

Zoe.

Algo le había pasado.

Sentí verdadero terror de que fuese cierto, por lo que volteé para encontrarla. Pero lo que oí a continuación me hizo percatarme de que el grito no fue de dolor… Fue de alegría.

—¡Derek! ¡Estás aquí!

Lo siguiente que vi fue a Zoe corriendo hacia nosotros y el semblante de Derek como si hubiese visto un fantasma. No por la pequeña, que estaba en perfecto estado, sino por mí… porque me había enterado.

La conocía.

Derek y Zoe se conocían.



# CAPÍTULO 14

Cuando mi hermana llegó a nuestros pies, Derek apoyó la bolsa de compras en e recibidor para tomar a Zoe en brazos.

—¿Cómo estás, princesa? —le preguntó, viéndome de soslayo.

—¡Muy bien! ¿Recuerdas que te conté que tenía una hermana? —Zoe le murmuró en el odio tapándose la boca con su diminuta mano—. Es ella. Al fin pude conocerla.

—Lo sé, Zoe —contestó con una mezcla de angustia y aflicción.

Una punzada de dolor me atravesó. Lo peor de todo fue que no era una sensación nueva, sino familiar, como si se hubiese movido un poco el cuchillo que había sentido clavado en mi espalda, haciendo la herida solo un poco más profunda.

—Ava, Ava —me llamó ella—, él es Derek. Juega muy bien Monopolio. ¿Lo conoces?

—Al parecer, no tanto como creía.

¿Sería que le entretenía guardar secretos y luego verme la cara cuando lo descubriese?

—Danos un momento, princesa. —Derek bajó a Zoe—. Ve a jugar, ahora te veo.

No fue hasta que la vi en el salón, a una distancia prudente para que no pudiese oírme, que dije:

—¿Desde cuándo?

—Algunos meses —dijo después de suspirar.

—Te estás superando cada día más. —Bufé—. Zoe, despídete, tu amigo se tiene que ir.

—Nooo. —Corrió a abrazar sus piernas—. Quédate a jugar con nosotras. Ava es muy linda, pero está hipermeganerviosa. No sabe lo que está haciendo conmigo. Me quiso dar café.

—¡Oye!

—Sabes que es cierto. —Agrandó la sonrisa y levantó los hombros—. ¿Se puede quedar Derek? Prometo no subirme a la aspiradora.

Zoe era más ingeniosa de lo que pensaba.

Busqué la manera de decirle que no, pero resultó muy difícil con sus enormes ojo viéndome con ilusión. ¿Cómo iba a permitir que esa mirada desapareciera la primera ve que estábamos juntas?

—Porfis —suplicó.

Dudosa aún, levanté la mirada hacia Derek.

—Porfis —imitó él, entornando los ojos.

Derek Keller diciendo *porfis* con una niña de cinco años. Lo que me faltaba.

—Está bien —cedí, pero solo por Zoe.

Exclamó de alegría, lo tomó de la mano y lo arrastró al interior del piso. Yo cerré l puerta, preguntándome si tal vez podía hacerlo con mi cabeza en medio.

—¡Estoy más alta desde la última vez que nos vimos! —Hizo un gesto con su pequeñ mano—. Mamá dice que he crecido así.

—Vaya —dijo él, de cuclillas, con fingida sorpresa—. Dentro de nada me alcanzas.

—Zoe… —interrumpí—. ¿Pensaste en la película que querías ver?

—¡Sí! ¡*Frozen*! —Giró su rostro hacia él—. ¿La has visto, Derek?

—No. No me gustan mucho las películas de princesas, pero tengo una mejor opción.

—¿Qué película es mejor que *Frozen*? —Se cruzó de brazos.

Derek esbozó una de sus sonrisas antes de soltar:

—¿Has visto *Cars*?

—No. —Arrugó la nariz—. ¿Qué es eso?

—¿Qué es eso? ¡Solo la mejor película que existe!

Reprimí una risa al ver su emoción, digna de un niño. Él lo notó.

—Pero ya la viste… —Zoe no lucía muy convencida.

—Hace mucho tiempo no. La última vez que quise verla, tu hermana me distrajo.

Oh, no.

—¿Ava? —cuestionó con sorpresa—. ¿Qué hizo?

—Se portó mal. —Negó con la cabeza en un gesto de desaprobación.

Zoe se tapó con una mano la boca.

—¿La castigaste?

Giró a verme con una estúpida y arrogante sonrisa.

—Se podría decir que sí.

—¡De acuerdo! —Carraspeé la garganta—. Zoe… ¿vamos a ver tu película?

—¿*Cars*? —preguntó Derek, esperanzado.

—¡*Frozen*! ¡*Frozen*! ¡*Frozen*! —Levantó sus pequeños puños.

—Pues *Frozen* será —resopló sin remedio.

Entramos a mi habitación. La gran pared blanca que tenía frente a la cama era e
sfondo perfecto para el proyector de Liv. Encendí el ordenador y busqué la película.

z Derek dejó a Zoe en la cama y ella se colocó con emoción al medio. Yo me senté a su costado, y él estaba por hacerlo en el sofá individual que descansaba en una de la esquinas.

—Derek, ven. —Zoe dio pequeños golpes sobre el colchón.

—Mejor me siento en el sofá. Es más cómodo —intentó convencerla.

—Ven. —Zoe se puso de pie sobre la cama y le tomó la mano para atraerlo—. No la has visto, así que tengo que explicarte quiénes son o no vas a entender —le dijo con tanta apreocupación que parecía tratarse de un tema de vida o muerte.

—¿Qué opina tu hermana? —dijo, antes de verme.

a Zoe me vio con los ojos brillantes.

*Esta niña será un peligro.*

—Pienso que es cierto. Es bastante tonto, y no va a entender si no le explicas.

Una luz de calidez irradió en la mirada de Derek.

—¿Bastante tonto? —me preguntó.

—Mucho.

—Uy, no. —Zoe abrió los ojos—. Si eres tan tonto, entonces tendré que explicarte todo. —La seriedad la acompañó hasta que volvió a recostarse en medio.

—¿Es un musical? —preguntó Derek, tomando asiento.

—¡Sí!

—Que empiece ya. Cuanto antes acabe la tortura, mejor.

Al inicio, Zoe se dedicó a explicarle en detalle todo acerca de cada uno de los personajes con mucha emoción, y Derek le hacía preguntas para que ella siguiera contándole. Yo mantenía la vista sobre mi hermana, sobre su perfil viendo la película animada, sobre sus pies tambaleantes, sobre su mano tomando la mía y la de Derek.

Cuando alcé la vista para encontrarlo, él ya estaba viéndome, y no con la galantería o diversión de siempre. Era una mirada profunda, donde podía ver dulzura arrepentimiento, amor…

Me giré cuando un grito me sorprendió:

—¡Libre soooy! —Zoe se había parado sobre las sábanas. Me tomó de la mano y me puse de pie en el suelo—. ¡Canta conmigo! ¡Libre soooy!

Era un hecho que no podía decirle que no. ¿Quién no sabía esa canción?

—¡No puedo ocultarlo más! ¡Libre soy! ¡Libre soooy! —canté. Ella saltaba sobre la cama con una felicidad inigualable.

—¡Derek, tú también! —ordenó Zoe.

Derek tenía una sonrisa tierna en el rostro mientras nos miraba. Desapareció cuando Zoe le tomó la mano.

—No, eso sí que no.

—¡Ya pues, Derek! —le pidió Zoe.

Él se quedó callado. Imagino que estaba pensando en cómo rechazar la propuesta de bailar al ritmo de *Frozen*. Debo decir que yo sí que quería ver eso.

—No… No vas a decirle que no a la pequeña Zoe, ¿o sí?

Un gesto de grata sorpresa invadió su rostro. Cuando se trataba de ganar un reto Derek y yo hablábamos el mismo idioma.

En un segundo, se puso de pie y tomó a Zoe con su brazo izquierdo. Ella siguió cantando como la protagonista de la película mientras él la movía por la habitación.

—¡Vamos, Derek! ¡Canta! —exigió Zoe.

—No.

—¡Porfis! —le suplicó, juntando ambas manos con fuerza.

Yo apoyé el mentón en el hombro de Zoe y me uní con una sonrisa inocente.

—Porfis —la imité con una voz aguda.

Derek pasó la vista entre las dos, que estábamos expectantes de su respuesta, para después negar con la cabeza como si no supiera qué hacer con nosotras.

Cerró los ojos y suspiró.

—¡¡Libre sooooy!! ¡¡Libre soy!! —cantó Derek, estirando un brazo al aire.

Empecé a reír con fuerza mientras él hacía girar a Zoe en sus brazos. No supe qué me sorprendió más: que se supiera la letra o que la cantara con tanta emoción.

Seguimos cantando y bailando por la habitación, acercándonos a la parte final.

—¡Firme así! —cantó él.

—¡A la luz del sol! —canté yo.

Zoe saltó de los brazos de Derek y alzó las manos como si invocara un trueno.

—¡¡¡Gran tormenta habrá!!! —Se dio la vuelta—. El frío es parte también de mí.

¡¿Quién era esta niña y por qué no la conocí antes?!

—¡Yayyy! Eso fue… Vaya. —Estiró sus brazos tratando de explicarse —. ¡Fue como si tú fueras el príncipe, Derek! ¡Y tú la princesa, Ava!

Riendo por su imaginación, me volví hacia Derek. Lo hallé a mi lado, viéndome con una sonrisa, la cual empezó a suavizarse. El café de sus ojos inició un recorrido por mi rostro hasta centrarse en mis labios. Por un momento, bajé la vista hacia los suyos.

—Ya bésense. —Oí a Zoe.

—¿C-cómo? —le pregunté. Mi voz se había agudizado.

—Los novios se besan. ¿Derek y tú no son novios?

—No —dijo Derek. Vio a la pequeña y le guiñó un ojo—. Todavía.

Zoe se cubrió la sonrisa con una mano. Nuevamente, escuchó el ruido de la aspiradora y salió corriendo en busca de ella.

Ya sin Zoe en la habitación, no había motivos para seguir pretendiendo.

—Sally…

Retrocedí unos pasos y acomodé innecesariamente mi cabello.

—Gracias por haberla entretenido, pero es mejor que te vayas.

Antes de pensarlo dos veces, salí de la habitación. Sus pasos me siguieron.

En el salón, Liv llegaba con bolsas del supermercado. Al vernos, las dejó caer.

—¡¿Cuántos años viajé en el tiempo para que volvieran a estar juntos y tuvieran una hija?!

—Hola, soy Zoe. —Sacudió su mano—. Soy la hermana de Ava.

Liv se quedó viendo a la pequeña como si no entendiera de dónde había salido. Le hice un gesto para que redujera su sorpresa. Derek se puso de cuclillas frente a Zoe.

—Yo ya tengo que irme, Zoe.

—Pero no hemos terminado la película —reclamó, triste.

—Podemos hacerlo otro día.

—¿Entonces te veré de nuevo? —Una sonrisa de ilusión pintó su rostro.

—Por supuesto que sí, princesa. —Le besó la mano, como un príncipe.

Se puso de pie, le robó a Liv una de las manzanas que estaba sacando de sus bolsas de recompra y salió del departamento. Apenas lo hizo, mi amiga se acercó a mí como una bala.

—¿Tienes una hermana? —preguntó de inmediato.

—Yo tampoco lo supe hasta hace unos días. Es hija de mi papá.

—¿Tienes papá? —preguntó con el ceño fruncido.

Pues debía explicarle un par de cosas a mi amiga.

—Algo así, supongo. Te cuento después, ahora no puedo. Debes ayudarme a entretenerla.

—De acuerdo, no puede ser tan difícil. Los niños son fáciles, no piensan.

—Te escuché —dijo Zoe a su espalda.

Liv pegó un brinco y se dio la vuelta.

—Es más peligrosa de lo que pensé —me susurró—. ¿Cómo sobreviviste todo este tiempo?

—Vimos una película con Derek, su novio —Zoe respondió por mí—. Bueno, todavía no lo es, pero pronto lo será, ¿cierto?

—¡Cierto! Me gusta esta niña. ¿Zoe? —Ella asintió—. Soy tu tía, Liv. Mi casa es tu casa

—¿Esta es tu casa? ¡¿Entonces puedo subirme a la aspiradora?!

—¡Obvio! —exclamó—. ¡Yo ya me subí tres veces!

Corrieron a su habitación y tuve el presentimiento de que tendría que cuidar no de una, sino de dos niñas.

Solo unas horas después, Edward pasó por Zoe.

No recordaba la última vez en la que me había sentido tan bien. Había sido una de las tardes más especiales que había tenido y esperaba con todas mis fuerzas que también lo hubiese sido para ella.

Cuando llegó la noche, el sonido del intercomunicador me salvó de la clase de jardinería de Liv. La recepción dijo que tenía un paquete para mí, y que lo mandaría por el ascensor.

—No recuerdo haber pedido nada… —hablé para mí misma.

Liv, que me estaba mostrando su calendario de riego, mostró curiosidad.

—Debe ser un regalo —dijo con ojos brillantes—. ¡Te acompaño!

Me jaló del pijama hacia las puertas del elevador, mientras fantaseaba sobre que podría ser el paquete. Cuando llegó a nuestro nivel, vimos que se trataba de una caja roja y elegante. Me agaché para recogerla y me extrañó que no tuviese remitente.

—¡Ábrela! —rogó Liv.

—Primero regresemos al depar… —El sonido de la puerta cerrándose me interrumpió—. Dime que sacaste la llave.

Los ojos de Liv se abrieron aún más de lo normal.

—Por supuesto que no lo hice. Apenas dimos quince pasos.

Maldije ese paquete antes de considerar nuestras alternativas. La recepción no guardaba copias de las llaves. No teníamos nuestros celulares ni billeteras. Y ningún cerrajero aceptaría ir a esa hora.

—Bueno, andando. —Liv llamó al elevador.

—¿A dónde? —pregunté con precaución.

—De nada me sirve tener otro Carson en el edificio si no nos puede hospedar por una noche.

Maldije a mi amiga también, aunque tuviera razón.

—¿Qué esperas, linda?

Que el universo deje de divertirse conmigo, pensé, entrando al elevador.

.

e

s

o

e

r

g

a

e

o

n

r



# CAPÍTULO 15

Apenas llegamos al nivel dieciocho, nos recibieron los reclamos de una voz aguda y masculina que no oía desde hacía mucho tiempo. Provenían del segundo nivel, y Liv como si de su casa se tratase, siguió el ruido.

—¡No es posible! ¡Pierdo en la vida real y en el videojuego! —se quejó Seth, e compañero de Derek, y a quien no había visto desde que lo descartamos como e culpable de las amenazas.

Encontrarlo sentado a su lado, con un mando en las manos, me demostró que definitivamente no suponía un peligro.

A su otro costado, Sabrina reía del puntaje de Seth en el televisor.

Derek fue el primero en notarnos, y ladeó la cabeza extrañado.

—Salieron de vacaciones de verano hace una semana, ¿y ya extrañan tanto correr que lo hacen en su videojuego? —Liv puso los brazos en jarras, como una madre regañando a sus hijos.

—Es *su* videojuego, aún no hacen uno del campeonato femenino —Sabrina puso los ojos en blanco, antes de saludarnos—. Hola, Liv. Hola, Sally.

Escuchar el apodo de Derek de sus labios me demostró que en definitiva el universo se estaba entreteniendo conmigo.

—Brina… —habló Derek en lo más cercano a un regaño.

Mi sorpresa empeoró: Sabrina tenía un apodo.

—¿Dije algo malo? —se preguntó, genuinamente preocupada.

—Sally es solo un tonto sobrenombre. Llámame Ava —le pedí, y ella asintió.

—Yo la llamo *chica que no es de Keller* —Seth me saludó con una mano.

Derek lo vio con el ceño fruncido, y le quitó el mando de las manos.

—¿Por qué están en pijama? —nos preguntó.

—Nos quedamos fuera del piso sin llaves, así que dormiremos en tu habitación Keller. —Liv se sentó en el sofá individual junto a los trofeos de Derek.

—No hay problema. Esta es su casa —dijo, viéndome directamente.

Cuando pensé que ya éramos muchos en ese salón, Becca y Leo llegaron de la mano Por su ropa, era evidente que venían de una cita.

—Vaya. No sabía que teníamos una fiesta —dijo él con ironía.

—Liv y Sally dormirán aquí esta noche. Seth es inofensivo. Y ella es Sabrina, una amiga. También es corredora —Derek resumió todo para los recién llegados.

Sabrina se puso de pie, pero Leo se adelantó a presentarse.

—Un gusto conocerte. Yo soy Leo. Y ella es mi novia, Becca —la presentó. Mi amiga la saludó, al igual que a todos, hasta que llegó a mí.

—¿Qué traes ahí, Ava? —Señaló la caja roja que había abrazado contra mi pecho.

—No lo sé —Me encogí de hombros—. Me llegó hace un rato.

—¡Cierto, ábrela! ¡Quiero saber qué trae! —Liv se sentó al borde del sofá.

Fui víctima de la curiosidad y desaté el lazo. Lo primero que había era un sobre blanco. Iba a abrirlo cuando noté que Derek se había levantado para colocarse a mi lado.

—¿Qué haces? —le dije, acercando el sobre a mi pecho—. Chismoso.

Dejé la nota a un lado y desenvolví el papel de seda que cubría el contenido.

—Es un… perfume —dije al tener la pequeña y oscura botella en mi mano.

Ladeé la cabeza. ¿Quién me había enviado un perfume?

—¡Oh! He escuchado de él y al parecer es buenísimo —dijo Liv, que se había acercado.

—Lo es. Tengo el mismo —señaló Sabrina—. Tu novio tiene buen gusto.

—No se lo envió su novio —dijo Derek con una firmeza que hizo temblar la habitación—. ¿De quién es, Sally?

Me hice a un lado con el sobre para que no leyera el mensaje. No por querer ocultarlo, sino porque… ¡qué entrometido! ¿Y si me lo enviaba mi difunto abuelo? ¿Que le importaba a él?

Lo abrí y saqué la pequeña nota que había dentro.

—¿Quién es? —dijo Liv.

—¿Qué dice? —añadió Seth, que parecía fascinado por el misterio.

Subí la mirada y después de tragar saliva, solté una suave risa.

—Es de Rafael, mi hermanastro. —Todos sus rostros se relajaron, menos el de Derek —. Siempre ha sido fanático de dar regalos así.

Derek tomó el perfume y, tras acercárselo a la nariz, hizo una mueca de asco.

—¿Ya podemos ir a dormir, Liv? —pregunté en un tono insistente, mientras le ’quitaba el perfume a Derek.

Sabrina le hizo un gesto a Seth para que ya se fueran, y Leo llevó a Becca a su

habitación.

—No olvides que este fin de semana es mi medio cumpleaños, Keller —le recordó Seth mientras se colocaba su chaqueta. Luego nos vio—. Todos están invitados.

—¿Por qué no puedes ser una persona normal y celebrarlo una sola vez al año? —Sabrina lo guio por las escaleras.

—¿Y por qué tú no puedes comer nueces como una persona normal sin inflarte como un globo? —rio Seth, pasando un brazo por los hombros de la rubia.

Se despidieron desde el primer nivel, y yo seguí a Liv cuando se apropió de la habitación de Derek. Ella se acomodó en la cama, pero yo me escondí en el baño para abrir la nota escrita en una máquina de escribir que ya empezaba a clavarse en mis manos.

**No hay nada más satisfactorio que escoger el aroma que deseas oler en la mujer que deseas poseer.**

**Estoy seguro de que te fascinará, rubia.**

**THOR**

La rompí hasta que no hubo más pedazos que rasgar, asegurándome de que su contenido no fuese ya legible, y la tiré a la basura.

El nudo que tenía en la garganta me acompañó toda la noche.

No podría decir que esa mañana desperté, porque nunca llegué a dormir.

Liv había roncado desde el segundo en que cerró los ojos bajo las sábanas de Derek. Yo no podía imaginar dormir en esa cama, así que tomé una almohada y una manta, y me acomodé en el sofá individual que reposaba en la esquina de su habitación.

Entre la incómoda posición, el regalo de Lex, y los fragmentos de sueños con Zoe que me invadían cada vez que cerraba los ojos, decidí frustrar mis intentos de dormir cuando el reloj marcó las cinco y media de la mañana.

Apenas estaba empezando a salir el sol, así que el frío de la noche seguía presente. Me envolví con la manta y, con cuidado de no despertar a mi amiga, salí de la habitación de Derek. El sofá del salón de entretenimiento tenía la apariencia de haber sido abandonado solo momentos antes, y escuché unos ruidos que provenían del primer nivel.

Con cada escalón, sentí un nuevo aroma. Azúcar, chocolate, huevos, café, quemado.

—Maldita sea —murmuró Derek en la cocina.

—¿Qué haces? —pregunté, al ver la encimera llena de ingredientes abiertos.

Derek se dio la vuelta con una sartén quemada en las manos.

—Sally… —Dejó la sartén en el lavabo y sacudió sus manos—. Buenos días.

—No lo son para lo que sea que estabas cocinando.

Él rio, y ladeó la cabeza.

—Creo que debería a limitarme a hacer café.

En lugar de decirle que su café tampoco era el mejor, como solíamos bromear, me asenté en uno de los bancos de la isla para preguntar:

—¿Por qué cocinas a las cinco de la mañana?

—No podía dormir —confesó, suspirando—. Y pensé que podía prepararte el desayuno.

Me acercó una pequeña taza de café, un envase de chocolate, mi favorito, y un par de crepas. Mi corazón se llenó tanto que pensé que explotaría.

—Es lo único que sobrevivió, perdón. Pensé que tendría tiempo de hacer más pruebas hasta que despertaras, pero…

—Es perfecto. Gracias —dije en un aliento, y me sonrió de una forma que jamás había visto antes. Por un segundo me creí capaz de rodear la isla y abrazarlo hasta derretirme en su pecho.

Él tuvo una idea similar, porque rodeó la isla y se sentó a mi lado. Mientras comía esperé que hablara, pero fueron varios los minutos en los que se mantuvo con el gesto en duda, como quien debate internamente entre atreverse a decir algo o seguir buscando las mejores palabras para hacerlo.

—No podía dormir porque quería hablarte de Zoe.

Automáticamente sentí el aire del ambiente espesarse, y apreté con fuerza la manta a mi alrededor.

—La conocí una semana antes de la gala —contó—. Una tarde fui a casa de tu padre. Me la encontré y empezó a hablarme de algunos juegos que le gustaban y si quería jugarlos con ella. Fue imposible decirle que no. Aún lo es.

—Ya lo he notado —concordé. Tuve que pasar saliva cuando pregunté—: ¿Pensaste en decírmelo alguna vez?

No hallé resentimiento en mi voz, tampoco reclamo. Noté que, cuando se trataba de Zoe, no había espacio para ese tipo de sentimientos.

—Todos los días desde que la conocí —afirmó con suavidad.

—¿Por qué no lo hiciste?

—Tu padre me lo pidió —confesó, tomándome por sorpresa—. Me dijo que te la

presentaría eventualmente, cuando se sintiera correcto para ambas. Por eso mantuve ese secreto.

Supuse que Marco quería que yo supiese de él antes que de mi hermana, y tenía todo el sentido del mundo. Aquella era la única decisión suya que podía comprender.

—Zoe te quiere mucho, ¿sabes? —dijo de pronto.

—Dudo que me quiera tanto como a ti. —Solté una sonrisa irónica para después apretar los labios—. ¿Cómo… cómo lo haces?

—¿A qué te refieres?

Pasé saliva, sintiendo la sinceridad tambalearse en mis cuerdas vocales. No me emocionaba hablar de ese tema con él, pero parecía ser la única persona que podía ayudarme.

—Para conectar de una forma tan bonita con ella. —Encogí los hombros—. Quiero llegar a conocerla, pero no sé qué decirle o qué hacer. No… no sé cómo debo actuar con ella.

—Solo tienes que ser tú misma.

—Es eso lo que me preocupa.

Aquello que había estado temiendo desde que la conocí salió a la luz.

A lo largo de mi vida, había visto a varias personas ignorar a sus medios hermanos como si fuesen desconocidos. Se aferraban a la palabra *medio* como si fuese aquel salvavidas para no sentir culpa por no querer compartir su vida con ellos. Había escuchado también a otras personas que ignoraban aquella palabra y los amaban sin distancias ni etiquetas.

En mi caso, si bien pensé que me inclinaría por la primera opción, supe que sería imposible cuando Zoe me abrazó. En ese momento, me di cuenta de que había un nuevo integrante en mi familia, alguien con quien podía hacer las cosas bien, la única persona con quien podía tener un comienzo limpio y sano, sin el dolor de las mentiras o el abandono.

No podía arruinar esa oportunidad.

Al parecer, Derek se dio cuenta de lo que ocurría por mi mente.

—Mírame —me pidió en un susurro.

Ladeé la cabeza de lado contrario y pasé una mano por mi rostro.

—Mírame, Sally.

Dudé por unos segundos, pero finalmente lo vi y debió de notar el brillo en mis ojos.

—Escúchame bien. —Se acercó un poco—. No hay nada que puedas hacer en este mundo que haga que esa pequeña deje de quererte. Lo hace desde antes de conocerte y ahora solo te adorará aún más.

—Es lo único que me queda. No puedo estropearlo.

—No lo harás. —Colocó un mechón de cabello detrás de mi oreja—. Zoe te conocerá y descubrirá que eres dulce, y leal, y graciosa, y generosa, y a pesar de que sea extremadamente terca —me dijo con una sonrisa—, que eres increíble.

Suspiró profundamente, mientras recorría mi rostro aún con su mano en mi mejilla.

—Eres perfecta.

Mi estómago dio un salto y sentí los latidos de mi corazón más frecuentes. Si su mano bajaba unos centímetros, lo habría notado nuevamente en mi pulso. Escucharlo hablarme así era una de las cosas que más solía disfrutar. Ahora, en cambio, traía un remolino de sentimientos, que no hacían más que confundirme.

Me alejé un poco, y eso hizo que su mano dejara mi rostro. Extrañé su tacto al instante.

—V-voy a despertar a Liv. —Me puse de pie—. Gracias por el desayuno.

Derek, con un gesto de comprensión, asintió. Caminé hacia las escaleras y estaba cerca a la segunda planta cuando Derek me llamó. Me di la vuelta.

—Zoe no es la única persona que te queda. Lo sabes, ¿cierto?

Sus ojos se encargaron de confesarme lo que no decía en voz alta.

—Lo sé.

Subí los últimos escalones pensando en Zoe, lamentando las mañanas que pasé sin ella e imaginando las que tendríamos juntas.

—Es lo único que me queda. No puedo estropearlo.

—No lo harás. —Colocó un mechón de cabello detrás de mi oreja—. Zoe te conocerá y descubrirá que eres dulce, y leal, y graciosa, y generosa, y a pesar de que seas extremadamente terca —me dijo con una sonrisa—, que eres increíble.

Suspiró profundamente, mientras recorría mi rostro aún con su mano en mi mejilla.

—Eres perfecta.

Mi estómago dio un salto y sentí los latidos de mi corazón más frecuentes. Si su mano bajaba unos centímetros, lo habría notado nuevamente en mi pulso. Escucharlo hablarme así era una de las cosas que más solía disfrutar. Ahora, en cambio, traía un remolino de sentimientos, que no hacían más que confundirme.

Me alejé un poco, y eso hizo que su mano dejara mi rostro. Extrañé su tacto al instante.

—V-voy a despertar a Liv. —Me puse de pie—. Gracias por el desayuno.

Derek, con un gesto de comprensión, asintió. Caminé hacia las escaleras y estaba cerca a la segunda planta cuando Derek me llamó. Me di la vuelta.

—Zoe no es la única persona que te queda. Lo sabes, ¿cierto?

Sus ojos se encargaron de confesarme lo que no decía en voz alta.

—Lo sé.

Subí los últimos escalones pensando en Zoe, lamentando las mañanas que pasé sin ella e imaginando las que tendríamos juntas.

*Estoy a pocos pasos del salón, pero no me atrevo a entrar. No sé por qué he vuelto. Logré escapar esa vez. Debí olvidar lo que hice y no ver atrás. Pero me pican las manos. No han dejado de hacerlo desde esa noche.*

*Me obligo a avanzar, a pesar de que el temor marca el ritmo irregular de mi corazón, con notas graves y acordes complicados, como una melodía tormentosa.*

*Hace falta un solo paso dentro del salón para encontrar lo que fui a buscar.*

*El piano descansa en medio de las cuatro paredes como el protagonista que es.*

*De lejos, luce perfecto. La madera brilla. Las teclas ordenadas esperan ser tocadas. La cola presume de las cuerdas que le dan vida al instrumento. De cerca, es más sencillo notar las imperfecciones. Al menos si sabe dónde buscarlas. Han corregido las astillas, reemplazado algunas teclas por otras nuevas, vuelto a barnizar el abeto.*

*Trago con dificultad, y aun así no logro digerir lo que fui capaz de hacer.*

*Me siento en la banca, avergonzada, y realmente considero pedirle disculpas al instrumento. Evidentemente no obtengo respuesta.*

*Sí responde cuando presiono una tecla.*

*Me recibe la expresión más delicada y limpia de una nota. Presiono otra, y me tranquiliza saber que no fui capaz de arrebatarle su mejor talento de crear música. La siguiente nota, sin embargo, no es una prueba, sino parte de una melodía que mis manos conocen a la perfección.*

*Por sí solas, empiezan a acompañarse para crear una melancólica secuencia de notas que me empaña la vista.*

*Una lágrima cae en la tecla fa, pero mi índice la borra con el siguiente acorde.*

*Estoy a pocos pasos del salón, pero no me atrevo a entrar. No sé por qué he vuelto. Logré escapar esa vez. Debía olvidar lo que hice y no ver atrás. Pero me pican las manos. No han dejado de hacerlo desde esa noche.*

*Me obligo a avanzar, a pesar de que el temor marca el ritmo irregular de mi corazón, con notas graves y acordes complicados, como una melodía tormentosa.*

*Hace falta un solo paso dentro del salón para encontrar lo que fui a buscar.*

*El piano descansa en medio de las cuatro paredes como el protagonista que es.*

*De lejos, luce perfecto. La madera brilla. Las teclas ordenadas esperan ser tocadas. La cola presume de las cuerdas que le dan vida al instrumento. De cerca, es más sencillo notar las imperfecciones. Al menos si sabes dónde buscarlas. Han corregido las astillas, reemplazado algunas teclas por otras nuevas, vuelto a barnizar el abeto.*

*Trago con dificultad, y aun así no logro digerir lo que fui capaz de hacer.*

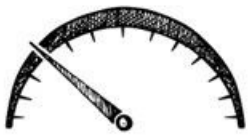
*Me siento en la banca, avergonzada, y realmente considero pedirle disculpas al instrumento. Evidentemente, no obtengo respuesta.*

*Sí responde cuando presiono una tecla.*

*Me recibe la expresión más delicada y limpia de una nota. Presiono otra, y me tranquiliza saber que no fui capaz de arrebatarle su mejor talento de crear música. La siguiente nota, sin embargo, no es una prueba, sino parte de una melodía que mis manos conocen a la perfección.*

*Por sí solas, empiezan a acompañarse para crear una melancólica secuencia de notas que me empaña la vista.*

*Una lágrima cae en la tecla fa, pero mi índice la borra con el siguiente acorde.*



# CAPÍTULO 16

No me coloqué el perfume de Lex para acompañar a Polo a hacer un trabajo de su escuela. La verdad, lo había escondido en el fondo de mi armario apenas Liv y yo logramos entrar a su piso. Por lo que, esa mañana, mi perfume de siempre se mezclaba con los aromas de tierra y árboles que adornaban el bosque.

—Tus tareas son divertidas —dije, sentada a su lado en un tronco caído.

—Sí. Me encanta adentrarme en bosques donde no hay baños.

Lo dijo en un tono sarcástico, pero ambos sabíamos que sí que le gustaban. Polo ya llevaba más de seis meses en la Escuela de Artes de Toronto y sus consignas me parecían tan curiosas como increíbles.

Esa ocasión, debía hacer un boceto a tiempo real de un espacio natural.

Por ello la visita al bosque. Ninguno de nosotros sobreviviría más de cinco horas en medio de la naturaleza, menos iríamos a pasar el rato un jueves.

—Pero no puedo negar que es increíble —dijo, replicando con trazos negros la sombra de los árboles. Yo, por otro lado, tomaba fotografías con la cámara que Polo no me había pedido de regreso desde aquella vez que la necesité para el trabajo de filosofía.

A pesar de llevar haciéndolo unos meses, me seguía impresionando lo distinta que podía lucir la realidad a través del visor de una cámara. Lo había gozado a medias cuando fotografiaba el cielo con mi celular para almacenar las tardes más impresionantes, pero no había comparación con el resultado que otorgaba una cámara de verdad.

Cuando buscaba un nuevo elemento para capturar, noté un pequeño nido descansando en un árbol. Un cascarón de un huevo estaba roto, esparcido por las ramas entreveradas. Me puse de puntillas sobre el tronco para poder capturar esa imagen y tener, en segundo plano, el suelo del bosque, donde los polluelos debían precipitarse cuando llegaba el momento.

Polo carraspeó la garganta, pero seguí enfocada en el nido.

—¿Sabes quiénes también tienen tareas interesantes? Los de Fotografía —dijo como s
se le acabara de ocurrir la idea—. Si te gusta… podrías llevar un curso en mi escuela.

—¿En serio? Nunca me lo habías mencionado —sonreí. Era la tercera o cuarta ve
que me lo decía.

—Es solo una propuesta —se encogió de hombros, viéndome de soslayo.

—No sabes cuánto aprecio que me creas capaz de poder ir a ese lugar, pero para
tener ese nivel de talento tendría que volver a nacer. Tal vez varias veces —dije
admirando el dibujo que había hecho en menos de una hora, porque eso no tenía nada
de *boceto*, eso merecía un espacio en la Galería Nacional.

—Las capacidades se trabajan. No siempre pude dibujar así.

Negué con la cabeza y me puse a eliminar las fotos que habían salido mal. Polo, sin
embargo, no lo dejó ir.

—Todos estos meses, cuando me has acompañado en mis tareas, has tomado fotos
preciosas. No perfectas, pero creo que tienes esa visión que hace falta para ser fotógrafo.

—Me llevabas para que dejara de llorar, no por mi *talento*.

—Tenía mis sospechas desde que tuviste ese proyecto de filosofía. Sacarte de tu
habitación era un beneficio extra.

Suspiré. Esos momentos con Polo durante los tres meses me habían encantado. ¿Pero
estudiar Fotografía? Aquella era una decisión importante, y ya me había equivocado una
vez con la universidad. No quería volver a tropezar con la misma roca.

—Si te digo que lo pensaré, ¿dejaremos el tema aquí?

Polo presionó los labios en una línea y asintió.

—Entonces ya podemos irnos.

Se puso de pie y empezó a guardar sus materiales.

—¿Ya terminaste?

—Hace veinticinco minutos. He estado esperando el momento correcto para
proponerte lo de la Escuela.

—Pero… —Quedé con la boca entreabierta.

—Anda. —Se colgó la mochila—. Quiero ir al baño.

Me levanté, no sin antes reír, y empezamos el camino de regreso a su auto. Cuando
me dejó en la puerta de ELE para mi turno de cierre, me entregó un folleto que había
guardado en la guantera.

—Para que lo consideres mejor —fue lo último que dijo antes de despedirnos.

Antes de entrar a la cafetería, lo abrí.

—Pasión… —leí lo que hasta ese momento no había tenido un equivalente en m vida.

De un impulso guardé el folleto en mi bolso y entré al trabajo.

En eso estaba, ya un par de horas dentro de mi turno, con las manos llenas d ,pedidos y el estrés suficiente para generar energía y encender media ciudad.

Malía había salido temprano, dos compañeros de la cocina se declararon enfermos el otro barista —aparte de mí— había renunciado esa misma mañana.

Lo que menos necesitaba era una distracción.

—¿Te gustó mi regalo, rubia?

Maldita sea.

Tomé una servilleta y la coloqué en la barra junto a un lapicero de tinta azul.

—Tu dirección y el día que puedes recibir el perfume de regreso —le indiqué.

—No seas malagradecida, rubia —respondió, ladeando la cabeza.

—No voy a agradecer algo que no quiero —repuse con simpleza—. Tampoco quier mensajes de texto, ¿te queda claro? Y ahora estoy muy ocupada como para que vengas a joder.

Él soltó una suave risa, sin dejar de lado su galantería.

—Yo no busco joderte, rubia. Todo lo contrario, la verdad —añadió, ocupando un de los bancos—. Te envié un regalo y quería saber qué opinabas, pero ya veo que ere una maleducada.

Estiré el rostro, indignada. Él asintió, dejando la gorra blanca que traía en la barra.

—Primero —levanté el índice—, tú no puedes enviarme mensajes como si fuésemo quién sabe qué en tu extraña mente. Segundo, no tienes ningún derecho a mandarm aregalos. Tercero, no vuelvas a aparecerte en mi trabajo. No tenemos esa confianza, n quiero tenerla.

—¿No hay un cuarto? —preguntó, sonriente.

Lo escaneé en busca de una respuesta. Vi el bordado de su gorra. En letras verde describía Renaud.

—Renault está mal escrito.

De lo poco que sabía de autos, Renault era con «lt» final.

—Lo estaría si fuese la marca de coches —corrigió—. Renaud es mi apellido.

¿Llevaba su propio apellido en una gorra? Era tan egocéntrico como quienes llevaba una foto suya de fondo de pantalla.

Cansada, me di la vuelta para seguir con los pedidos. Cuando Lex se dio cuenta d

que realmente no estaba para sus bromas, supongo que emergió su lado humano —si es que existía dentro de ese musculoso cuerpo—, y se levantó.

—Tendré que buscarte otro día.

—No. No me busques nunca. Ni siquiera comprendo cómo sabes dónde trabajo mucho menos cómo hallaste mi número.

Yo había cambiado de número los primeros días que viví con Polo. Las únicas personas que lo tenían eran mis amigos y mi mamá, solo en caso de emergencias.

—Si alguien me interesa, me gusta estar en contacto con esa persona. Hallar un número no es tan difícil, rubia. Estamos en el siglo XXI.

Le dediqué una mirada odiosa antes de intentar volver a trabajar.

—¡Oye! —exclamé al ver la servilleta vacía—. Tu dirección.

—Los regalos no se devuelven, se disfrutan. —dijo, ya cerca de la puerta. Me guiñó un ojo y puso una mano en la manija—. Hasta pronto, rubia.

Se colocó la gorra y, finalmente, salió de ELE.

Recogí el lapicero para guardarlo en el bolsillo de mi mandil y apreté la servilleta para desecharla. Terminé un *latte*, tomé otras dos tazas con café y platos del chef, y empecé a repartirlos. Tres hojas de mi libreta estaban llenas de pedidos, así que me tomé unos minutos para organizar las preparaciones.

—Te ves hermosa cuando luces pensativa.

Me sobresalté al escuchar esa voz. Alcé la vista y me encontré a Derek con ambos brazos apoyados en la barra.

—Dios, Keller —hablé, aún recomponiéndome del susto—. ¿Desde hace cuánto…?

Después de ojearme de pies a cabeza, me dedico una sonrisa emocionada.

—Te sobresaltaste.

Mierda.

que realmente no estaba para sus bromas, supongo que emergió su lado humano —si es que existía dentro de ese musculoso cuerpo—, y se levantó.

—Tendré que buscarte otro día.

—No. No me busques nunca. Ni siquiera comprendo cómo sabes dónde trabajo, mucho menos cómo hallaste mi número.

Yo había cambiado de número los primeros días que viví con Polo. Las únicas personas que lo tenían eran mis amigos y mi mamá, solo en caso de emergencias.

—Si alguien me interesa, me gusta estar en contacto con esa persona. Hallar un número no es tan difícil, rubia. Estamos en el siglo XXI.

Le dediqué una mirada odiosa antes de intentar volver a trabajar.

—¡Oye! —exclamé al ver la servilleta vacía—. Tu dirección.

—Los regalos no se devuelven, se disfrutan. —dijo, ya cerca de la puerta. Me guiñó un ojo y puso una mano en la manija—. Hasta pronto, rubia.

Se colocó la gorra y, finalmente, salió de ELE.

Recogí el lapicero para guardarlo en el bolsillo de mi mandil y apreté la servilleta para desecharla. Terminé un *latte*, tomé otras dos tazas con café y platos del chef, y empecé a repartirlos. Tres hojas de mi libreta estaban llenas de pedidos, así que me tomé unos minutos para organizar las preparaciones.

—Te ves hermosa cuando luces pensativa.

Me sobresalté al escuchar esa voz. Alcé la vista y me encontré a Derek con ambos brazos apoyados en la barra.

—Dios, Keller —hablé, aún recomponiéndome del susto—. ¿Desde hace cuánto…?

Después de ojearme de pies a cabeza, me dedico una sonrisa emocionada.

—Te sobresaltaste.

Mierda.



# CAPÍTULO 17

Fue extraño volver a ver a Derek en esa cafetería cuando por tanto tiempo tuve la certeza de que no iba a hacerlo. Tal vez a eso se debía mi sobresalto… Deseé que esa fuera la razón.

—¿Q-qué haces aquí, Keller? Estoy muy ocupada. —Volví a centrarme en los pedidos.

—He venido a invitarte a salir.

Levanté la mirada.

Derek jamás me había invitado a salir, no formalmente, y que lo hiciera con ese gesto socarrón y los ojos brillantes… Sentí una ligera taquicardia.

—Qué pena. No puedo —contesté con simpleza, empezando con los cafés.

—Te das cuenta de que acabas de decir «no puedo», en vez de «no quiero», ¿cierto?

—Da igual, es lo mismo.

—Definitivamente no lo es. No poder quiere decir que un factor externo lo imposibilita, a pesar de que tú sí lo deseas. No querer implica que no tienes ninguna intención de hacerlo —explicó—. Sí quieres salir conmigo, pero no puedes —sonrió.

—Hoy no es el día, Keller —suspiré, cansada—. Mi jefa no está, el otro barista renunció ayer y la mitad del personal se enfermó. No puedo dedicar ni un segundo a odiarte.

Él abrió la boca, pero me adelanté:

—Ni quiero.

Mi vista se desvió a la puerta cuando vi entrar un grupo de ocho personas.

—*Cazzo*, la reservación de las cinco —mascullé, viendo la hora en el computador— Keller, en serio necesito que te vayas.

Me apresuré en rodear la barra y darle la bienvenida al grupo. Era una junta de profesores de la universidad a la que yo no asistía más, pero que quedaba a cinco minutos de ELE. Les indiqué el camino al segundo nivel, y le pedí a un mesero que salía del área de cocinas que fuera a tomar sus órdenes.

Volví sobre mis pasos y hallé a Derek detrás de la barra.

—Hoy es tu día de suerte —me dijo con una sonrisa.

—¿Te vas a vivir para siempre a Japón?

—No, voy a ayudarte.

Me detuve a medio camino. Y con el ceño fruncido, lo vi.

—¿Qué? ¿Tú me vas a ayudar? —Asintió—. ¿Tú… con tus cafés horrendos?

—Oye —dijo algo ofendido—, mis cafés no son horrendos.

Aquello estaba sujeto a discusión.

—¿Q-qué haces? —pregunté, viendo que agarraba uno de los delantales que colgaban de la pared—. No puedes estar aquí, ¡ni ponerte eso!

Tomó las dos tiras y envolvió su cintura con el delantal negro.

—A los Carson no les molestará —dijo, terminando de hacer el nudo en su espalda— Voy a ayudarte. Punto.

—Esto no es tan sencillo, Keller. —Me le acerqué—. Son máquinas profesionales. No es simplemente poner un poco de café molido, agua y ¡listo! Hay medidas y tiempos y temperatu…

Siseó y me callé porque me faltó la respiración.

—Estás muy tensa. Cálmate y respira. —Me vio fijamente a los ojos, con un aire tranquilizador—. Si sigues así, te va a dar un infarto. Y si te mueres, no puedo recuperarte.

Me dedicó una sonrisa de labios cerrados que, más que calmarme, me dejó más loca.

—Vamos, dime —insistió—. ¿Cómo te ayudo?

Le dije lo más básico y elemental que debía saber. Solo debía hacer las bebidas que él conocía y, si alguien ordenaba algo extraño, debía dejármelo a mí.

No podía negar que verlo con un delantal de cintura, caminando por el café con una bandeja en la mano y una sonrisa para los clientes, no me hinchó el corazón. Se le veía cómodo, divertido, como si fuese muy sencillo para él, a pesar de que no había sido barista ni por una hora.

¿Había algo que ese chico no podía hacer?

*Decir la verdad.*

Me habría encantado poder ignorar ese detalle.

Cuando finalmente terminó la jornada más larga, estresante y horrible de mi tiempo trabajando en ELE, sentí que un peso desapareció de mis hombros.

—¡Te toca cerrar, Muller! —dijo el último mesero, antes de salir por la puerta trasera

Genial. Debía soportar un poquito más.

Las sillas ya estaban sobre las mesas, las luces casi apagadas a excepción de las traseras y la caja registradora cerrada. Tras un suspiro de alivio caminé hacia el almacén, donde Derek estaba poniendo una escoba en su lugar. Se quitó el delantal y lo dejó a un costado.

—¿Terminamos? —preguntó, alzando las cejas.

Asentí, pensando en que hablaba de nosotros en plural cuando todo aquello había sido parte de mi trabajo, no del suyo.

—Muchas gracias, Keller —dije con honestidad—. Solo me falta cerrar. Ya puedes irte.

Su móvil empezó a sonar, así que tuve la intención de dejarlo solo, pero Derek me detuvo. La voz de un hombre adulto sonó a través del parlante cuando puso la llamada en altavoz.

¿Derek Keller no me estaba ocultando algo? ¿En qué momento había despertado en una realidad alterna?

—Es el investigador que nos está ayudando con el chico que falleció —me informó.

Comprendí que su falta de secretismo se debía a que yo estaba enterada de lo sucedido.

—Dime qué encontraste —pidió, y el hombre empezó:

—Murió con veintitrés. No tiene hermanos. Estuvo en rehabilitación un par de veces pero siempre la dejó al poco tiempo. Sus padres son adultos mayores que no cumplen con el perfil, solo sufren la pérdida de su hijo. No he podido encontrar a algún amigo o conocido lo suficientemente cercano con las capacidades de hacer lo que esta persona está haciendo. De momento, no tengo candidatos lógicos. Te envié un informe sobre lo encontrado.

Derek abrió el archivo adjunto y me asomé a la pantalla. La carpeta estaba repleta de fotografías del chico. Era la primera vez que veía su rostro, pero su sonrisa se quedó grabada en mi mente.

—Infórmame cuando sepas más, por favor —dijo Derek.

—Bien —aceptó el hombre—. En cuanto al otro asunto, Keller, quería…

—Ahora no, Wayne. Hablamos en unos días.

Colgó la llamada y se guardó el teléfono en el bolsillo. Con ese intercambio, supe que seguía en la misma realidad en donde los secretos eran los pilares de mi relación con Derek.

—Debes decirle a Leo. —Di un paso atrás.

—Lo haré mañana —aseguró, después de aclararse la garganta. Noté una pizca de

duda en su voz, como si se esperara que le hiciera alguna pregunta, pero no pensab
,hacerla. De igual forma, su respuesta no habría sido honesta.

e El camino a los casilleros lo hicimos bañados por el silencio.

ı —¿Por qué me ayudaste esta tarde? —pregunté, quitándome el delantal—. ¿No está
adelantando cursos en la universidad como Liv?

—No estoy estudiando ni lo haré durante un tiempo.

a —¿En serio? —Abrí mi casillero.

La carrera universitaria no era tan importante para él como las que tenía en la pista
spero recordaba que le gustaba estudiarla.

—Sí. —Se cruzó de brazos para apoyarse en el casillero contiguo al mío—. Este nuevo
eequipo es… exigente. Por algo es de los mejores. Pero para retomar el nivel que tení
aantes del accidente tengo que dedicarle todo mi tiempo. Terminaré Ingeniería más
adelante.

ı —La meta es la misma, solo obtendrás el título más tarde que temprano —repetí lo
que me dijo aquella vez que jugamos billar en su piso, cuando apenas nos conocíamos.

—Lo recuerdas…

o Su mirada nostálgica hizo que esa memoria se sintiera aún más dolorosa.

—¿Y qué hay de tu padre? —cambié de tema—. ¿Sabe que has vuelto a correr?

—Sí, y lo odia. —Apretó los labios como si hablar del tema automáticamente le
,afectara.

ı En los meses que estuvimos juntos, Derek nunca habló mucho de su familia. Yo pude
odeducir que no era muy unido a sus padres, ni siquiera se vieron por su cumpleaños.

a —¿Se lo contaste? —pregunté con suavidad.

o Se apoyó de lado en el casillero a mi costado y se cruzó de brazos, mientras una suave
sonrisa se formaba en un gesto fruncido.

e —¿Soy yo o estás interesándote en mi vida?

ó —Solo responde, Keller.

Suspiró.

—No se lo conté, se enteró en estos meses y peleamos. —Enmarcó los hombros, su
postura tomó frialdad. Aun así, continuó—: Cree que puede prohibirme hacer algo que
amo, pero no es así. No dependo de él ni de su dinero. El equipo me respalda.

e —Tal vez su manera de actuar sea exagerada, pero lo hace porque se preocupa por ti
porque no quiere que vuelvas a accidentarte —asumí—. No digo que lo apoyo, pero
puedo entenderlo. Quiere protegerte.

Una risa áspera salió de sus labios.

e —¿Por qué te ríes?

Él negó con la cabeza.

—No creas ese papel de padre preocupado porque resulta incluso irónico cuando sabes toda la historia. —Su rostro mostró la mezcla de ironía y tristeza—. No lo conoces sSally. Y créeme… —sonó sincero— es mejor así.

Derek suspiró, removiéndose en el sitio, lo que me indicó que no quería tratar más e tema. Al parecer, para él hablar de su padre tampoco era agradable.

De pronto, sentí un dolor punzante en el cuello. Me llevé una mano a la nuca y ,murmuré un quejido.

—¿Puedo? —señaló mis hombros.

Me quedé quieta el tiempo que me tomó darme cuenta a qué se refería, y un poco ámás en lo que tardé en decidir mi respuesta. Podía dejar de lado mis sentimientos unos sminutos.

Asentí suavemente.

Derek lentamente tomó la mano que yo tenía en mi cuello y la bajó. El segundo que sentí las suyas acomodarse en mis hombros tuve una reacción contradictoria: sentí un alivio inmediato por la presión de sus palmas, y mi sangre se tornó en cemento frente a su tacto.

—Estás tensa —reconoció en un susurro.

—Creo que mejor n… —Me detuvo siseando.

—No digas nada y déjame ayudarte. Solo relájate.

La tensión que había tenido en mis hombros, literalmente, estaba siendo liberada por sus manos, que presionaban con la dureza suficiente para que el contacto sea aliviador sin llegar a lastimarme. Era el balance perfecto y mi mente empezó a desarmarse en epequeños fragmentos.

—¿Puedo confesarte algo? —dijo con la voz baja, tanta que parecía una hipnosis.

Asentí.

Retiró el cabello que tenía en mi cuello suavemente, y sentí su nariz acercarse a esa piel sensible.

—Yo prefiero este perfume —murmuró.

Abrí los ojos y me volví a él.

—Me recuerda a nosotros.

Si ese era el Derek Keller que te conquistaba, estaba más que perdida.

—Gra… —Tuve que carraspear la garganta, se me había secado—. Gracias por hoy. Y por… el masaje. Lo necesitaba.

—Yo también. —Volvió a acomodar mi cabello sobre mi hombro.

Le mantuve la mirada por varios segundos, en los que no estaba segura qué esperaba.

De pronto, un ruido extraño provino del área principal.

—¿Qué fue eso?

Derek volteó sobre su hombro siguiendo el sonido, que pareció ser una puert abriéndose.

—¿Este lugar tiene sistema de alarmas? —preguntó.

—La activo cuando cierro, ¡pero aún no he cerrado! —grité en murmullos.

Una vez más se escuchó un ruido. Derek se volvió hacia mí y susurró:

—Creo que hay alguien aquí.

De pronto, un ruido extraño provino del área principal.

—¿Qué fue eso?

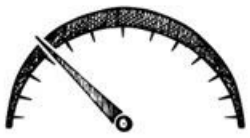
Derek volteó sobre su hombro siguiendo el sonido, que pareció ser una puerta abriéndose.

—¿Este lugar tiene sistema de alarmas? —preguntó.

—La activo cuando cierro, ¡pero aún no he cerrado! —grité en murmullos.

Una vez más se escuchó un ruido. Derek se volvió hacia mí y susurró:

—Creo que hay alguien aquí.



# CAPÍTULO 18

Nunca pensé mucho en la muerte. Solo cuando estaba dentro de un auto ese temo bailaba en mi mente. Pero ¿en una cafetería?, ¿después del mejor masaje de mi vida? ¿con mi primer amor?

Ni en mis pesadillas, y eso que aún tenía varias.

Se escuchó otro ruido en ELE y la idea de *morir* tomó más protagonismo en mi pensamientos. De seguro habían entrado a robar, pensando que estaría vacío. Alterné l mirada entre Derek y la puerta del almacén.

—Voy a gritar, así se asustará y se irá —advertí, y los ojos de Derek se abrieron.

—No vas a…

—¡¡¡Estamos cerrados!!! —solté a todo pulmón—. ¡¡¡Regrese maña…!!!

Derek me cubrió la boca con una mano y con la otra me pegó la espalda a lo casilleros.

—¡¿Te has vuelto loca?! —gritó muy bajo. Antes de poder responderle, escuchamo otro ruido a lo lejos—. No abras la boca y quédate aquí.

Después de su orden, se dirigió a la puerta, pero ese chico estaba muy equivocado s pensaba que lo dejaría ir solo.

Derek movió con cuidado la puerta. Parecía atento al más mínimo movimiento, l que me recordó a un soldado en una película de guerra. Lo seguí, intentando no hace bulla.

El ruido de alguien trotando llamó nuestra atención. Definitivamente no estábamo solos. Mi corazón se detuvo, y podría apostar que el de Derek también. Sin embargo, e vez de la clásica —e ideal— reacción de no seguir el ruido, Derek se apresuró en llegar a área principal.

No sabía si era estúpido o valiente.

Una silueta completamente negra corrió fuera del lugar, dejando la puerta abierta y mí con el corazón en el paladar.

Derek también corrió, quién sabe por qué, a la puerta, y yo lo imité por instinto Entonces vimos que la persona entraba a un coche. Aceleró a una velocidad que no estaba permitida en esa calle y desapareció entre la oscuridad de la noche. Su auto no tenía matrícula.

—*Cazzo, cazzo, cazzo.* —Dejé a Derek en el umbral de la puerta y me apresuré a la caja registradora. Si habían robado estando yo como encargada, Malía me mataría.

Abrí la caja y me extrañó ver el dinero allí. Me puse de cuclillas para verificar la pequeña caja fuerte, pero no lucía violentada. Para estar segura, la abrí, y me extrañé aún más.

—No ha robado nada.

—Sally, si te digo que te quedes ahí, ¡me haces caso, joder! —se quejó Derek—. Te ha podido suceder algo, ¡¿cómo vivo yo si te sucede algo?!

Siguió hablando mientras se me acercaba, pero no le presté atención.

—No nos robaron… —repetí bajo, intentando descifrar qué había sucedido—. ¿Será que no le dio tiempo por mi grito?

—¡Y todavía gritas! Es que tú no eres consciente del peligro.

Me giró por los hombros y estudió mi cuerpo con la mirada, pero yo estaba demasiado distraída. Algo no cuadraba. ¿Qué clase de ladrón no robaba?

—¿Cómo te sientes?

—Cuando escuchamos los pasos, no fueron aquí, ¿cierto? —pregunté, repitiendo los hechos en mi cabeza. Habían sonado más cercanos a nosotros. Por los pasillos.

—Dios, estás ida. —Me vio con ojos bañados en preocupación—. Voy a llamar a la policía y a una ambulancia para ti. Debes tener la adrenalina a tope.

Derek sacó su móvil, pero se lo quité de las manos.

—¡Deja de pensar en mí y piensa en lo que ha sucedido!

—¡No puedo no pensar en ti! ¡Eres lo único que me importa y lo único en lo que pienso!

Boté el aire lentamente para que aquella confesión no me distrajera.

—No es momento —dije, más calmada.

—Alguien ha entrado a robar estando *tú* aquí —recordó con el semblante serio— Claro que es momento de que piense en ti. ¿Si estabas sola? Joder, si estabas sola…

Quien traía la adrenalina a tope era él, no yo. Si colocaba una mano en su pecho habría sentido su corazón latir a un ritmo preocupante. Se había asustado.

—Escúchame. —Puse ambas manos en su cuello y lo obligué a verme—. Estoy un poco asustada, pero bien. Ambos lo estamos. ¿De acuerdo? Necesito que concentres tu inteligente cabeza en por qué un ladrón no ha robado.

—Porque empezaste a gritar como un helicóptero dañado y se habrá dado cuenta de que no podía —dijo enfadado.

—Pero los pasos que escuchamos no eran de aquí, fueron en el pasillo.

Eso lo hizo reaccionar de una vez por todas.

—¿Estás segura de que no se llevaron nada? —dijo, observando el mostrador.

—Nada aquí.

Decidimos seguir mi instinto y, cuando fuimos al área administrativa, notamos algo que hizo que se me pusieran los pelos en punta.

—¿Esta puerta suele quedar abierta? —Derek señaló la oficina de Malía.

—Mi jefa es la única que tiene la llave. Hoy no vino, así que ha estado cerrada todo el día.

Derek entró con cautela; yo lo hice detrás. Lo extraño fue que la oficina no lucía como uno se la imaginaría después de un allanamiento. No había ventanas rotas ni muebles volcados. Solo un poco de desorden ocasionado por papeles esparcidos en el escritorio y cajones abiertos. Parecía que quien fuera que había entrado solo tenía el objetivo de rebuscar y encontrar algo.

¿Pero qué se podría encontrar en la oficina de Malía además de cuentas e inventarios?

—Llamemos a la policía y a los Carson —dijo—. Debemos hacer la denuncia.

Tras cruzar la puerta para salir, noté que Derek se había detenido algunos pasos detrás. Veía la puerta de la oficina con extrema atención.

—La cerradura… —Se puso de cuclillas para examinarla.

De pronto se levantó y pareció que iba a decir algo… Pero se fue.

—¡Ey! —Lo seguí—. ¿La cerradura qué?

Caminó hacia la puerta principal y analizó la puerta con el entrecejo fruncido.

—¿Qué sucede? No comprendo.

—Las dos puertas que ha abierto no han sido forcejeadas.

—¿Y eso quiere decir que…? La persona tenía las llaves, ¿cierto?

—O que sabe perfectamente cómo entrar a un lugar sin hacer ruido ni dejar rastro.

Un silencio se instaló entre nosotros, y Derek se puso de pie.

—Esta persona ha entrado sin problema —empezó a rememorar, como si hablara consigo mismo—, ha abierto las puertas a su antojo y, en vez de robar, ha entrado a una oficina.

¿Qué clase de persona haría algo así? Tan planificado, tan extraño, tan…

Una idea me cruzó la mente.

—¿No creerás que…? —Empecé a formular la pregunta, pero simplemente no quería terminarla—. ¿Crees que esa persona puede ser…?

—¿… quien nos amenaza? —completó—. Lo he pensado desde que vi la cerradura.

Mierda. No eran solo tonterías mías.

—¿Pero por qué? ¿Qué podría encontrar? Tú no tienes nada aquí.

—Realmente no lo sé. —Pasó una mano por su rostro hasta acomodar ambas sobre sus caderas—. Solo sé que esto pertenece a los Carson, que son mi familia, y que tú trabajas aquí.

Fruncí aún más el ceño.

—¿Estás diciendo que quiere hacerte daño a través de terceros?

—Tal vez piensa meterse con quienes más me importan. Es decir, Leo, Liv y tú.

—Pero ¿qué podría encontrar en una oficina así? No le encuentro sentido.

—No lo tiene. —Se llevó la mano al cabello, mientras su mirada me revelaba que estaba analizando todo con velocidad, aunque no pudiese dar con la respuesta.

Y la verdad era que yo tampoco podía dar con ella.

Después de un par de llamadas y varios minutos, llegó la policía, los señores Carson Liv, Leo y Malía, quien definitivamente me iba a odiar mucho más a partir de ese momento.

Explicamos lo sucedido y la policía nos pidió nuestros testimonios oficiales. Mientras ellos inspeccionaron el lugar. Cuando terminaron, casi una hora después, nos informaron que no podría considerarse robo, sino allanamiento a propiedad privada. Si tenían evidencia que alguien había ingresado de forma ilegal por las cámaras de seguridad, y fue precisamente por esas grabaciones que uno de los detectives nos habló del perfil del criminal en cuestión.

Se trataba de una persona muy cautelosa que, de no haber sido porque revelamos nuestra presencia ahí —gracias, grito—, probablemente habría eliminado las grabaciones, tomado lo que buscaba, y al día siguiente nadie se habría percatado de que había puesto un pie dentro.

Claramente esa suposición solo logró que mis nervios explotaran como una bomba.

La policía se marchó cuando quedó claro que nada más se podía hacer desde el café y Malía, bajo indicaciones de los dueños, empezó a revisar toda la documentación para verificar que efectivamente nada faltaba.

La computadora no había sido utilizada —ni la había encendido—, así que era evidente que lo que había ido a buscar esa persona era algo físico.

Cuando terminó, Malía dijo que todos los documentos importantes estaban intactos. Aquella confirmación calmó tanto a los señores Carson como a nosotros.

Si no faltaba nada importante, entonces tal vez nos habíamos equivocado.

Tal vez quien entró no buscaba hacernos daño.

Tal vez la persona que buscaba lastimar a Derek también quería volvernos paranoicos y finalmente lo había logrado.

Al salir, cerré con candado y activé las alarmas. Los señores Carson se marcharon, no sin antes lamentar lo sucedido. Malía no estaba tan calmada:

—No te puedo dejar sola ni un día —me recriminó—. Me voy y mira lo que sucede.

Me limité a morderme la lengua hasta que se aburrió de quejarse. Se despidió de Leo y Liv mucho más cordial y dio unos pasos para alejarse. Sin embargo, giró sobre sus talones.

—Casi lo olvido. —Se dirigió a mí—. Mañana ven una hora más temprano.

—¿Por qué?

—Tu hoja de vida no está en los registros. Ahora que he revisado, no la he encontrado, pero no es importante. Mañana tendremos que llenar un nuevo formulario con toda tu información personal y médica. No llegues tarde.

Y se fue sin más… dejándonos algo en claro.

Tal vez Derek sí tenía razón y querían hacerle daño a él a través de mí.

Tal vez la persona que buscaba lastimar a Derek también quería volvernos paranoicos, y finalmente lo había logrado.

Al salir, cerré con candado y activé las alarmas. Los señores Carson se marcharon, no sin antes lamentar lo sucedido. Malía no estaba tan calmada:

—No te puedo dejar sola ni un día —me recriminó—. Me voy y mira lo que sucede.

Me limité a morderme la lengua hasta que se aburrió de quejarse. Se despidió de Leo y Liv mucho más cordial y dio unos pasos para alejarse. Sin embargo, giró sobre sus talones.

—Casi lo olvido. —Se dirigió a mí—. Mañana ven una hora más temprano.

—¿Por qué?

—Tu hoja de vida no está en los registros. Ahora que he revisado, no la he encontrado, pero no es importante. Mañana tendremos que llenar un nuevo formulario con toda tu información personal y médica. No llegues tarde.

Y se fue sin más… dejándonos algo en claro.

Tal vez Derek sí tenía razón y querían hacerle daño a él a través de mí.



# CAPÍTULO 19

Eran las tres de la madrugada. El techo de mi habitación se había tornado un lienzo en blanco, y el miedo se había encargado de armar una paleta de colores sobrios y triste que se esparcía en paisajes oscuros.

Llevaba horas intentando detener los trazos, al igual que el temblor de mi pierna y el juego de mis uñas entre ellas. El sonido se había vuelto insoportable. Pero estaba asustada. Desde la una, el olor a jazmín llevaba danzando entre las cuatro paredes. Dos horas de aromatizador y supe que necesitaría algo más eficiente.

Fui al salón en busca de mis cigarros. Estaba a pocos centímetros de mi cajetilla sobre la mesa retro de Liv cuando sonó el timbre. Mis venas se drenaron. ¿Quién llamaba a esa hora?

La notificación de un mensaje en mi celular incrementó mi susto. Lo tomé con cuidado y vi que venía de un número desconocido.

Abre la puerta

¿Yo… abrir la puerta?

¡Yo necesitaba tres puertas, mil candados y un tanque de guerra para defenderme!

*Despierta a Liv.*

Iba camino a su habitación cuando mi móvil recibió una llamada del número desconocido. Lo silencié en cuanto pude reaccionar, pero el sonido debió de haberse escuchado del otro lado de la puerta porque el timbre volvió a sonar.

*Cazzo.*

Con las manos temblando, acepté la llamada y acerqué el móvil a mi oído.

La voz que escuché a través del parlante me abrió los ojos. Fui hacia la puerta y la abrí de un tirón.

—Sally.

Derek estaba de pie con el móvil en la oreja. Llevaba una camiseta blanca y un pantalón de buzo gris. El cabello castaño estaba ligeramente desordenado y una suave sonrisa apareció en su somnoliento rostro.

—*Stronzo!!!* —grité—. ¡¿Sabes el susto que me has dado?! ¡No puedes enviarme un mensaje de un número desconocido en la madrugada después de lo que ha pasado!

—Así que aún no me agregas a tu lista de contactos. Muchas gracias —dijo con sarcasmo, cerrando la puerta detrás de él.

—¿Qué estás haciendo aquí, Keller?

Derek no respondió. Dirigió su mirada a mis cigarros y dijo:

—¿Me das uno?

No iba a negar la compañía, especialmente si era de alguien que había estado conmigo en la cafetería. Y yo también necesitaba un cigarro.

Derek tomó asiento en uno de los sillones. Mientras, yo fui a abrir una de las grandes ventanas, pues a Liv no le gustaba el aroma. Alcancé la cajetilla y me crucé de piernas a su lado.

Prendí mi cigarrillo bajo la mirada de Derek y luego le entregué la cajetilla.

Derek tomó uno y lo encendió. Dio una larga inhalada para posteriormente botar el humo y dirigir su atención a la ciudad. La vista no era tan maravillosa como la que se apreciaba desde su piso, pero aun así la oscuridad de la noche, la brisa que entraba por la ventana, el profundo silencio y el olor del cigarrillo creaban un ambiente lleno de calma.

—No podía dormir. Estaba muy ocupado pensando —dijo de pronto.

—¿En qué pensabas? —pregunté, suave, acorde a la calma de la noche.

Volteó a verme.

—En ti.

Mi corazón se saltó un latido. Derek inspeccionaba mi rostro como si se estuviera asegurando de que todo en mí estuviera bien.

—Si esa persona… —Pasó saliva, viendo el suelo—. Si hubieses estado sola cuando entró… No puedo dejar de pensar qué habría pasado si…

—Pero no pasó —le recordé, llevando el cigarro a mis labios—. Olvídalo.

—No puedo —bufó, como si mi propuesta fuese absurda—. Esto es mi culpa. Tú no deberías estar involucrada. Pero no voy a permitir que nada te suceda. —Dirigió su atención a mí—. Nunca.

Existía un nivel extremo de vulnerabilidad en él cuando se trataba de proteger a resto. Parecía tener la necesidad de cuidar a quien podía y el hecho de no hacerlo le partía el alma. Por algún motivo que no quise admitirme a mí misma, quise aligerar esa carga que parecía siempre llevar en sus hombros.

—¿Por qué sientes eso? —Me acerqué a él—. ¿Acaso sientes que aún es tu trabajo?

Derek negó con la cabeza como si yo no supiera nada de la vida y estuviese tratando de atinar con la respuesta más ridícula. Se giró sobre el sillón hasta que quedamos cara a cara.

—Escúchame. La preocupación que siento por ti no es por Marco, nunca fue por Marco —dijo como si quisiera que no me quedaran dudas—. Uno protege a quienes quiere, siempre. Y a ti no solo te quiero, y lo sabes bien.

Me quedé callada. No sabía qué responder a eso.

—Yo sé que fui un imbécil, y que me costará tiempo recuperarte. Todo eso lo sé, y me duele cada segundo de mi día, despierto y dormido, pero eso no quiere decir que ahora no me esté muriendo de ganas de abrazarte y asegurarte que te protegeré sin importar qué.

Derek suspiró, sus ojos estaban inundados de esperanza.

—Solo… necesito que me digas que sabes que estaré ahí para ti siempre. Sin importar que me quieras matar, pegar, patear o todas esas cosas que ya me has dicho.

Solté una suave risa.

—Dime que lo sabes —me pidió, y me fue inevitable decir:

—Lo sé.

Él asintió y regresó su atención a la ventana para dar otra inhalada al cigarro pensando que ahí quedaba la conversación, pero no era el caso.

En ese punto de mi vida, tenía varias preguntas sin resolver, y había una que adquirió mayor importancia en ese instante. Nada me aseguraba que la respuesta fuese verdadera pero debía intentarlo. No me importaba dudar millones de veces después.

Apagué mi cigarrillo en el cenicero de la mesa.

—¿Por qué tienes esta necesidad de proteger? —pregunté suavemente.

Derek mantuvo la vista enfrente y llevó nuevamente el cigarro a sus labios. Una vez que botó el humo, dijo en un tono serio:

—Es complicado.

No me lo dijo como si le incomodara mi presencia y quisiera callarme, sino como si las palabras estuviesen prohibidas y se atascaran al momento de querer emitirlas.

—¿A ti… —hablé de la manera más calmada posible— te sucedió algo?

Tensó la mandíbula y todo su rostro, aún de perfil, se endureció. Cerró los ojos y su pecho se infló cuando tomó aire. ¿Por qué no podía hablar de eso? ¿Por qué parecía que esa pregunta era suficiente para que todo él ardiera de dolor?

En ese momento, no me importó lo que había sucedido entre nosotros.

Me acerqué a Derek lo más que pude y coloqué una mano delicadamente en su

brazo.

—Ey… —le busqué la mirada—. Mírame.

Derek abrió los ojos y se giró hasta que tuve su rostro frente al mío. Las hendiduras en sus mejillas develaron que se estaba mordiendo el interior de la boca e incluso percibí un ligero brillo en sus ojos a causa de las lágrimas que se notaba que intentaba retener.

Alcé mi otra mano, la llevé a su mejilla y la acaricié con delicadeza, sin prisa.

—Sé que sucedió algo. Puedo verlo. —Derek cerró los ojos y pasó saliva con dificultad—. Pero, así como tú me lo has dicho… —Moví sutilmente mi mano para buscarle la mirada y, cuando encontró la mía, dije—: Quiero que sepas que tú tampoco estás solo. Yo estoy aquí para ti.

Me dediqué a seguir moviendo mi pulgar sobre su mejilla, deseando que ese sencillo tacto fuese milagroso y le proporcionara algún tipo de paz.

Tras unos segundos de puro silencio, Derek tomó la mano que tenía en su mejilla. La llevó a sus labios y le dio un sutil beso en mi palma. Luego, abrió los ojos y dijo en un susurro:

—Gracias.

Ambos nos quedamos quietos en plena oscuridad.

Nuestros rostros estaban muy cerca del otro, al punto en que podía sentir su cálida respiración. Y no era como las otras veces en las que habíamos tenido un acercamiento. Estábamos hablando de un nivel de intimidad tan profundo que me era imposible separarme.

Ese tipo de intimidad en donde no hay mentiras y solo son un par de almas revelando sus miedos.

Pero Derek desvió la mirada y ese instante se convirtió en pasado. Se puso de pie, apagó el cigarrillo en el cenicero y caminó hacia la ventana con la vista fija en la ciudad.

Me acomodé en el sofá, fingiendo que su alejamiento no me extrañó. No me vio cuando dijo:

—Mañana tenemos que hacer otra carrera.

—¿Cómo? —Me levanté.

—Llegó esto en la tarde. —Giró y me extendió una nota.

## MAÑANA. 10 P. M.

—Dijiste que querías estar enterada de esto.

Asentí.

—Lo resolveremos, estoy segura. —No lo estaba, pero necesitaba esa promesa tranquilizadora, y sabía que Derek también.

Él me observó por unos segundos, antes de fijarse en la puerta.

—Debería irme. Tienes que descansar.

No me opuse, pero lo acompañé a la salida.

Él abrió la puerta, dio un paso afuera y, como si olvidara algo, se giró. Se acercó a mí lentamente, levantó una mano hacia mi mejilla, acercó sus labios a mi frente y depositó un suave beso. Yo solo me dediqué a cerrar los ojos y a disfrutar de ese momento, sin pensar que, cuando se separase, todo volvería a la normalidad.

Él se alejó, aún manteniendo su mano en mi rostro, y en un susurro dijo:

—Gracias por no cerrarme la puerta.

Y se marchó.

—Lo resolveremos, estoy segura. —No lo estaba, pero necesitaba esa promesa tranquilizadora, y sabía que Derek también.

Él me observó por unos segundos, antes de fijarse en la puerta.

—Debería irme. Tienes que descansar.

No me opuse, pero lo acompañé a la salida.

Él abrió la puerta, dio un paso afuera y, como si olvidara algo, se giró. Se acercó a mí lentamente, levantó una mano hacia mi mejilla, acercó sus labios a mi frente y depositó un suave beso. Yo solo me dediqué a cerrar los ojos y a disfrutar de ese momento, sin pensar que, cuando se separase, todo volvería a la normalidad.

Él se alejó, aún manteniendo su mano en mi rostro, y en un susurro dijo:

—Gracias por no cerrarme la puerta.

Y se marchó.



# CAPÍTULO 20

Solía pensar que las pesadillas eran peligrosas. Revelaban tus mayor miedos e inseguridades. Te atormentaban en altas horas de la madrugada. Temías cuán rea podían sentirse. Nadie me advirtió que los sueños podían ser igual de peligrosos.

Habían pasado horas desde el encuentro con Derek. En la mañana, fui a trabajar cor normalidad y rellené un nuevo formulario con mi información. Malía y sus mirada odiosas lograron distraerme en el trabajo. Sin embargo, horas más tarde, ya en el piso de Liv, sola y sin nada que hacer, el sueño que había tenido con Derek venía una y otra vez a mí.

*Suaves caricias a lo largo de mi espalda desnuda.*

*Húmedos besos en la piel ardiente de mi cuello.*

*Sus labios recorriendo mi cuerpo con una lentitud estremecedora mientras sus manos s acomodan a mi silueta. Abro los ojos buscando encontrarme con el hermoso color café de los suyos soy testigo del brillo de deseo en ellos.*

*Tras el roce de su nariz en mi vientre y una maliciosa sonrisa, baja el rostro lentamente lograndc encenderme por completo cuando llega a mi punto sensible.*

*—Derek…*

Liv abrió la puerta del piso y espabilé. Tenía su alfombrilla de yoga y una nueva maceta.

—¿Y a ti qué te pasó?

—Estoy… —Sacudí la cabeza—. Estoy alterada.

El acercamiento de la madrugada hizo que mi mente me traicionara. Fui una buena persona, ¡fui empática! Resultaba injusto que mi cerebro jugara conmigo.

—El causante de este comportamiento tiene nombre y apellido —dijo, dejando la maceta junto al resto—: Derek Keller.

—No necesito hablar de él, Liv. Solo quiero distraerme… no sé qué hacer.

Después de unos segundos, los ojos de Liv se abrieron. De estar dentro de una caricatura, un foco se habría encendido sobre su cabeza.

—Yo sé. —Chasqueó los dedos y se fue a su habitación. Escuché un poco de ruido y apareció nuevamente con una cajita de metal en sus manos—. Esto te ayudará.

Di un paso atrás al ver el cigarro blanquecino.

—Yo fumo tabaco, no marihuana.

—Vaya, qué saludable tu estilo de vida —se mofó.

Pues sí. El tabaco era cáncer de pulmón en tubo, pero ¿marihuana? ¿Eso no mataba neuronas? Yo ya tenía bastantes fuera de juego después de ese sueño para matar otras miles.

—Ayuda a pasarla bien un rato, y es mejor que ese veneno de tabaco hecho en una fábrica esclavizada, porque es natural. —Lo levantó—. ¿Qué me dices?

Después de pensarlo un poco, le dije que sí. Ya qué.

Liv me enseñó cómo era el asunto: cómo debía aspirar y lo que sentiría. Y precisamente, los efectos empezaron a llegar a los minutos.

¿Saben lo que se siente cuando estás, pero no estás? Así como sí… pero no… y luego sí… pero después ya casi no… y luego un poquito sí de nuevo…

Momento. ¿A quién le estaba haciendo esa pregunta?

Liv estaba echada boca abajo en la alfombra, mientras acariciaba la textura rugosa con la nariz. Yo estaba recostada a su lado, con los brazos elevados, porque quería tocar el techo. Podía jurar que estaba por alcanzarlo cuando me atravesó otro ataque de risa.

—Derek Keller es un idiota —escupí de pronto.

Liv empezó a reír, luego se quedó viendo fijamente la alfombra y volvió a reír.

—¿Y sabes qué es lo peor, Olivia bonita? Que no necesitaba ponerse más guapo.

—Guapo… —repitió, girando sobre la alfombra.

—Y ahora fuma. ¿Sabías que fuma? ¿Por qué se le ve tan bien fumando?

—Tan bien —imitó exageradamente un cigarro con sus dedos.

—¡Y trata de maravilla a Zoe! Debería ser ilegal verlo jugar con mi hermana de cinco años. Es la mezcla de la ternura y la sensualidad.

Liv tomó asiento, tenía los ojos achinados.

—Aquí hay algo que no estamos viendo. ¡La clave de todo! ¡La X en el mapa!

—¿Qué? ¿Dónde? —Giré mi cabeza hacia los costados.

Liv extendió los brazos como si enmarcara un titular y dijo sonriente:

—¡Amor!

Bufé tan fuerte que gotas de mi saliva aterrizaron en su rostro. Ella vio el techo pensando que estaba lloviendo.

a —Te estás equivocando, querida.

—Claro que no. Las diosas como yo no se equivocan.

y —Claro que sí.

—Claro que no…

—Sí…

—No…

—Sí… Espera. —Me quedé viendo un punto fijo hasta que bostecé—. ¡Olivia! —Gire aa verla, preocupada—. ¿De qué estábamos hablando? No lo recuerdo.

s —Ni yo. —Puso una mano en su barbilla—. ¿Realmente habrán llegado a la luna?

—Por favor. Es evidente que no. ¿Por qué no han regresado si no?

a Una bonita melodía empezó a sonar. Liv empezó a bailar al ritmo de su celular.

—¡Morti! —tomé la llamada—. ¿Qué tal todo en el inframundo?

—¿Dónde mierda están? Las he llamado más de veinte veces. —No sonaba nada feli ,—. Súbanse a ese cacharro viejo de Olivia y vengan a la pista. Ahora. Hoy hay carrera.

Colgó después de esa orden.

o —Arriba. —Me esforcé por pararme y jalé de mi amiga—. Tenemos que ir a la pista Becca nos ordenó que fuéramos en tu cacharro viejo —repetí.

—¡¿Cacharro viejo?! —exclamó—. ¡Mi coche es una belleza! ¡Cacharro viejo será su abuelo! —Caminó con fuerza a la puerta—. ¡Me follaré a su abuelo también!

l Solté una carcajada.

Pedimos un taxi en recepción —¿dónde estaba Eddie cuando lo necesitaba?— y recién el tercero aceptó ir tan lejos, aunque no fuimos hasta la puerta de la pista. Con Liv recorrimos a pie la distancia que restaba, incluido un hipódromo que olía a muerto. Fue ahí que decidí darles a las zapatillas el reconocimiento que merecían. Qué zapatos tan maravillosos, tan cómodos, tan…

—Finalmente —nos recibió Becca, pero fue una bienvenida más fría que cálida.

—¡Morticia! —Liv se le lanzó al cuello.

o Pensé que la estrangularía, pero… la estaba abrazando. Becca abrió los ojos.

—¿Qué le sucede? ¿Y por qué sonríen así? —Nos vio con más detenimiento—. Tienen que estar bromeando. ¿Están drogadas?

—Un poquito —susurré con cautela.

Becca masculló insultos de camino hacia su camioneta y regresó con una cajita blanca de la que sacó un gotero. La dejamos echarnos las gotas que ella utilizaba para la alergias.

, —Parpadeen constantemente. No den respuestas de más de tres palabras. Dejen de sonreír como taradas. Y ¡suéltame! —gritó a Liv, que la estaba volviendo a abrazar.

Bufé una risa, pero Becca me dedicó una de sus miradas asesinas.

—No se rían. Hoy necesitamos toda nuestra atención en ese o esa maldita. Vamos.

Si bien pensaba que ya me había acostumbrado a ese ambiente de peligro, hubo un detalle que me llamó la atención esa noche. La gente, que usualmente era suficiente para una reunión privada, se había multiplicado. Más autos estacionados, más gente bebiendo más ruido.

—¡Oh, oh! ¡Ahí están! —Señaló Liv a nuestros cómplices.

Derek y Leo voltearon por un fuerte silbido de Liv.

—No sabía que podías silbar —le dije, con un tímpano menos.

—Yo tampoco —contestó.

Los ojos de Derek hallaron los míos al acercarnos, y sentí una gran contradicción en mi cuerpo. Había fumado marihuana para no pensar en él, pero, en ese momento, no podía pensar en otra cosa que no fuera lo guapo que era.

—Se tardaron. —La voz de Leo secó mi mente caliente.

—¿Por qué hay tanta gente? —susurró Becca, algo enfadada—. Es muy riesgoso.

—Exacto —secundó Liv—. Escuchen a la hija de Drácula.

—¡Viva Drácula! —exclamé, levantando un puño.

Tal vez no debí hacer eso. Recibí miradas muy extrañas del grupo, a excepción de mi amiga loca, que chocó mi puño con el suyo e hizo el sonido de una explosión.

—Ignórenlas —ordenó Becca—. ¿Qué sucedió?

—No lo sabemos —confesó Leo—. Llamamos solo a quienes pudimos juntar. Debería haber incluso menos de lo normal. Hay rostros que no hemos visto en nuestras vidas.

El sonido exagerado de un acelerador nos llamó la atención y el coche verde entrando a la pista fue reconocido por todos.

—Si hay tanta gente —habló Leo—, no me sorprende que él esté aquí también.

Y él era nada más ni nada menos que Lex, el perfumista.

Estacionó su coche cerca de nosotros, sin importarle nada ni nadie y, apenas bajó pude reconocer esa mirada repleta de malicia y entretenimiento.

Antes de que él mismo pudiera cerrar la puerta de su auto, Derek lo hizo por él, con un golpe firme que denotó que su presencia allí no era bienvenida.

—¿Qué mierda haces aquí de nuevo? —advirtió en tono duro.

Lex lo ignoró. Se centró en los alrededores.

—Esto sí es una fiesta, joder. Ganarte frente a toda esta gente será mucho más satisfactorio.

—Tú no vas a correr aquí.

—¿Por qué no? ¿Acaso me temes, Derek? —La risa del rubio solo provocó que Derek

presionara los puños—. Vamos, corramos. Después de todo, eso es lo que hacemos.

—Lárgate de una vez —ordenó Derek antes de darse la vuelta, como si retener su molestia en ese momento fuese la mejor alternativa.

—No me sorprende que te acobardes. Siempre lo has hecho —enfatizó en las últimas palabras como si hablara de algo que nadie más entendía.

Derek se giró de golpe y acortó la distancia en un segundo.

—No te atrevas a hablarme a *mí* de cobardía porque no te lo permitiré.

—Y es así de sencillo cómo consigo alterarte—habló satisfecho, con sorna—. Ahora usa ese descontrol en una carrera. Vamos, sé que te encanta, es esa adrenalina la que compartimos como corredores.

—No hables como si tuviéramos algo en común.

—¿Ah, no? —Sonrió. Volteó a verme y, sin quitarme la mirada felina de encima, lo murmuró—: ¿No te parece que a ella la tenemos en común?

Derek lo tomó de la camiseta.

—No te atrevas ni a decir su nombre, Lex, porque será lo último que digas —amenazó, su voz tan grave como podía serlo—. Ya de por sí puedo mandarte lejos. Da un paso hacia ella y me desharé de ti con mis propias manos.

Lex sonrió. Solo sonrió.

—Reto aceptado —dijo, antes de acercarse a su perfil—: Solo ten cuidado de que te encuentren después. Ya tienes una detención por agresión, Derek. Si quieres pasar más tiempo con la policía, solo dilo.

Qué mal momento para estar drogada, joder. No entendía un carajo.

Derek lo soltó de mala gana; Lex rio mientras ladeaba la cabeza.

—Nos vemos en la pista.

Compartieron una mirada en la que Derek quiso matarlo y Lex solo bañó sus ojos de satisfacción. Caminó lejos de nosotros y, al fijarme en Derek, lo encontré siguiendo cada uno de sus pasos, como si fuese un peligro latente y debía de ser observado.

¿Acaso eso era Lex? ¿Peligroso?

Yo no lo conocía lo suficiente, pero aquello me alertó. Tenía que saber más acerca de él, en especial cuando parecía tener como objetivo acercarse a mí.

—Becca, cuida de Liv —le pedí—. Tengo que hablar con Derek.

Lo busqué con la mirada, pero su atención estaba sobre el entorno. Como si de un clic se tratara, la cantidad de personas había aumentado, al igual que el desorden.

—¿Podemos hablar? —alcé la voz acercándome.

—¿Qué? —Derek arrugó el gesto.

—¡¡Que si podemos hablar!! —grité.

—Sí, sí —respondió cuando me tuvo al lado—. Claro.

El grito de un grupo de borrachos cerca de nosotros nos distrajo.

—¡Hermano! Seth está aquí —Leo alzó la voz—. ¿Lo invitaste?

—No. Ni a él, ni al imbécil de Lex, ¡ni a toda esta gente!

—Mierda —respondió el moreno—, hay demasiadas personas. Tenemos que coordinar cómo haremos las apuestas.

—Ahora lo vemos, dame cinco minutos. Sally quiere…

—No, resuelve eso primero. Es importante. Yo te espero en la entrada del bosque elejos de toda esta bulla, ¿de acuerdo?

Me fui cuando me aseguró que no tardaría. Me escabullí entre el gentío y rodeé la tribunas para adentrarme en el inicio del bosque sin problemas.

Pero sí que existió uno, porque fueron esas las mismas tribunas a las que meses atrá Derek me había llevado antes de una carrera. Aún recordaba lo que se había sentido besarlo allí, alejados de todo y todos. Ese recuerdo solo logró alborotarme por completo.

Lo esperé apoyada en un árbol, permitiendo que la hierba en mi sistema recordara ese momento como algo romántico y pasional en vez de traicionero y doloroso.

Recordé sus brazos envolviendo mi cintura y después sosteniéndome de las cadera para mantenerme contra el auto. Recordé el brillo en sus ojos al verme tomar el contro del momento, y sus fuertes manos trazar mi piel como solían hacer. Estaba soñando sdespierta y cuando escuché sus pasos, abrí los ojos solo para vivirlo.

—No digas nada —me adelanté, cuando sentí su presencia a mi costado.

Me di la vuelta, lo atraje del cuello y lo besé.

El segundo que nuestros labios volvieron a sentirse, el peso que tenía sobre lo hombros se esfumó. Todo desapareció al darme cuenta de cuánta falta me había hecho.

Porque, Dios, cuánta falta me había hecho besarlo.

Al inicio lo había tomado por sorpresa, lo noté, pero me correspondió solo instante después. Sus manos no tardaron en sujetarme de la cintura, atrayéndome hacia él. Cada movimiento, cada roce, lo sentía como si se tratase de una corriente eléctrica. Todo estaba magnificado y no supe si agradecerle a la sustancia en mi cuerpo o a la cercaní del suyo. Volver a sentirlo así, volver a compartir aliento, volver a enterrar mis manos en su cabello…

Derek no llevaba el cabello largo.

Mi corazón se puso en pausa. Detuve el beso y lo empujé por el pecho.

No era Derek.

Recapacité sobre su cuerpo, sus brazos, su pecho, sus labios…

Oh, *cazzo*.

—¿Te decepcioné, rubia?

—¿Te decepcioné, rubia?



# CAPÍTULO 21

Acababa de besar a Lex.

Era él quien ahora estaba a varios pasos, con el pecho subiendo y bajando.

—Pensé que sería más difícil ganarte —dijo, satisfecho consigo mismo—. Creo que ese enamoramiento estúpido que tienes con Derek no es tan grande.

—Yo no estoy enamorada de Derek.

—No lo discuto… —Sonrió de lado—. Acabas de demostrarlo.

Fue imposible ignorar las náuseas.

—Vamos a pretender que esto jamás sucedió y no dirás ni una palabra porque sé que querrás utilizarlo a tu favor. —Su sonrisa me dio la razón—. No voy a ser parte de la extraña competencia que hay entre Keller y tú. Sea cual sea su problema, a mí no me va a relacionar.

Quise volver a la pista, pero hizo el ademán de sostenerme del brazo.

—Ni se te ocurra volver a tocarme —advertí y él sonrió divertido.

—Te dabas cuenta tres minutos después de quién era y habría hecho más que tocarte

Si antes no me fiaba de Lex, a partir de ese momento lo odié.

Caminé de regreso a la pista, sintiendo un vacío en mi estómago y latidos irregulares en mi pecho, que empeoraron cuando me crucé con Derek.

—Sally.

Maldita sea.

—*Ciao* —por alguna razón que desconocía, lo saludé en italiano.

—Lo siento, Leo no me dejaba ir. —Dio un paso adelante y habló con una nota dulce y preocupada en su voz—: ¿Qué querías decirme?

—Tengo hambre —solté.

—¿Hambre? ¿Tienes… hambre?

—Mucha. —Me llevé una mano al estómago. A eso se debía la sensación de vacío— ¿Por qué tengo tanta hambre?

Derek tomó mis mejillas con una sola mano y acercó mi rostro al suyo.

—Oye… —Mi voz salió engolada por su agarre—. ¿Qué miras?

Me inspeccionó con esos ojos tan lindos que tenía. Eran como bombillas de delicioso café. Podía agarrar uno y darle un mordisco, como a un malvavisco.

—Tengo tanta hambre que estoy considerando comerte el ojo. Deberías alejarte.

—Maldita sea —masculló con los dientes apretados—. Estás drogada.

¿Tan evidente era? ¿Y las gotitas?

—¿Cómo puedes venir aquí estando drogada? Incluso te fuiste al bosque sola, joder.

Tan sola no estuve, pero ese sería conocimiento solo mío.

—¿Hace cuánto tiempo? —preguntó.

—¿Una o dos horas, tal vez? No sé qué hora es, la verdad. —Me fijé en mi muñeca pero la bajé al darme cuenta de que no tenía reloj.

—Es normal que tengas hambre. Cuando se está yendo el efecto suele suceder. Ven.

Me puso la mano en la espalda para indicarme el camino a su coche. Tal vez en otro momento habría refutado, pero simplemente no lo hice.

—¿A dónde vamos? —pregunté, poniéndome el cinturón.

—Vamos a ir por comida —dijo, entrando a la carretera—. Tengo algo de tiempo antes de que empiece la carrera.

Mi boca empezó a salivar cuando llegamos a un McDonald's en la carretera. Derek entró al AutoMac y una voz femenina con la clásica distorsión por el micrófono nos pidió la orden.

—Una hambur…

—¡Espera! —exclamé—. Déjame a mí, por favor.

A Derek se le escapó un gruñido de dolor cuando, de casualidad, le clavé el codo en el regazo.

—Perdón. —Me asomé por la ventana—. Buenas noches. Me da tres hamburguesas clásicas, tres papas grandes, ¡pero de las grandes, eh!, tres tartas de manzana, ¿o cuatro…? Mejor que sobre a que falte. Cuatro tartas de manzana y… —Volteé sobre mi hombro para ver a Derek, que tenía la cabeza pegada al respaldar—. ¿Qué más debería pedir?

—¿Más?

—Sí. Nunca he sentido esta hambre. Si no la satisfago, terminaré comiéndote a ti.

—Me ofrezco. —Levantó las cejas.

Entrecerré los ojos antes de abrirlos de golpe.

—¡Liv! —Me volví—. ¿Tienen algo vegano? ¿Una hamburguesa de tofu o así?

Me alegró la noche al decir que sí. Pedí dos para terminar, y dijo que en quince

minutos el pedido estaría listo.

Quise volver a mi sitio, pero me golpeé la nuca contra el contorno de la ventana. Me llevé las manos a la zona de golpe, y quedé en el regazo de Derek con la espalda a la puerta. Mientras soltaba quejidos, vi que él intentaba ocultar una risa.

—Keller, juro que si ríes…

Lo señalé con un índice y le fue inevitable soltar una carcajada. Ofendida, abrí la boca para gritarle, pero me quedé muda al oír su risa. Siempre me había gustado.

—¿Te duele? —preguntó con tono preocupado, sin dejar su gesto entretenido.

—Claro que me duele. Se me ha sacudido el cerebro contra la ventana.

—Dios, qué exagerada. —Su sonrisa se amplió.

Mientras, su mano se posó con delicadeza sobre mis piernas estiradas, como si fuese costumbre. Por el pequeño espacio, las mías terminaron estiradas sobre su vientre. Todo mientras sus ojos no se despegaban de los míos.

—Mmm… Sigo sentada encima tuyo.

—Créeme, es difícil ignorarlo —dijo, casi inaudible.

—¿Quieres que regrese a mi asiento? —susurré, compartiendo el mismo aliento.

Derek suspiró. Su pulgar trazaba círculos en mi muslo.

—Dame unos segundos más. Por favor.

No hacía falta el «por favor». Con esa voz, me hubiese quedado horas.

Derek parecía cómodo, disfrutaba del momento, sin pretender hacer algo más. Bajé la vista hacia su boca cuando la bocina de un coche detrás en la cola nos sacudió por completo.

—¡Dios! —grité por el susto—. ¡No pueden hacer eso!

—No… —Derek había cerrado los ojos—. No pueden.

Me moví sobre él hasta llegar a mi asiento, y Derek aceleró para ir a recoger el spedido.

Una vez en la pista, nos sentamos en unas tribunas vacías detrás del gentío que iparecía haber aumentado. Iba en el tercer mordisco de mi hamburguesa cuando Liv acorrió hacia nosotros.

—¡Uh! ¿Eso que huelo son pimientos rojos empanizados con lechuga y tomates?

—Eso que huele horrible dirás —le estiré la bolsa de papel entre bocados— Desaparécelo dentro de tu pequeño cuerpo. Y esta es para ti. —Le tendí a Derek una de las hamburguesas que había pedido—. Es de las buenas, no la cosa esa que come Liv.

—¿Me pediste una hamburguesa? —cuestionó él, y sentí la felicidad en su pregunta.

—Tú pagaste. Deberías disfrutar. Anda —insistí.

—Gracias, Sally. —Bajó mi mano—. Pero come tú. Lo necesitas.

—Bien, Keller —asintió Liv, pero no entendí su comentario ni la mirada que le dedicó.

—¿Se puede saber dónde estaban ustedes dos? —Leo llegó junto a Becca—. ¡¿Y por qué no me han traído comida a mí también?! —añadió—. Yo no estoy drogado, pero joder, la ansiedad sí que me da hambre.

Se llevó una papa frita a la boca con desesperación.

—¿Él también lo sabe? —pregunté.

—Sí —soltó Becca—. Olivia es aún más insoportable estando drogada. La hemos perseguido por todas partes como si fuese una niña y me ha jalado de la coleta unas cinco veces.

Liv me guiñó un ojo, orgullosa.

—¿Cómo está todo por aquí? —le preguntó Derek a Leo, de vuelta al tono serio.

—Extraño, hermano. Las apuestas son enormes. —Aún masticaba desesperado— Estamos manejando demasiado dinero en efectivo.

—Entonces empecemos la carrera de una vez —dijo Derek—. Cuanto antes termine antes nos desharemos del dinero. Iré por mi coche.

Fue hasta el estacionamiento. Sin embargo, a los segundos regresó a pie y con una expresión frustrada. En su mano tenía una pequeña tarjeta, la cual alzó.

—La dejaron en el parabrisas de mi coche —explicó.

No necesitábamos más para reconocer de quién era el mensaje.

—¿Qué es lo que quiere? —preguntó Leo.

Derek se pasó una mano por el cabello, enfadado. Le entregó la nota a Leo, quien al verla abrió los ojos asustado.

—Nos va a lanzar como carne viva a un público hambriento —respondió él.

Derek no tardó en explicarnos:

—Quiere que quememos el dinero de las apuestas. Aquí y ahora.

—Bien, Keller —asintió Liv, pero no entendí su comentario ni la mirada que le dedicó.

—¿Se puede saber dónde estaban ustedes dos? —Leo llegó junto a Becca—. ¡¿Y por qué no me han traído comida a mí también?! —añadió—. Yo no estoy drogado, pero, joder, la ansiedad sí que me da hambre.

Se llevó una papa frita a la boca con desesperación.

—¿Él también lo sabe? —pregunté.

—Sí —soltó Becca—. Olivia es aún más insoportable estando drogada. La hemos perseguido por todas partes como si fuese una niña y me ha jalado de la coleta unas cinco veces.

Liv me guiñó un ojo, orgullosa.

—¿Cómo está todo por aquí? —le preguntó Derek a Leo, de vuelta al tono serio.

—Extraño, hermano. Las apuestas son enormes. —Aún masticaba desesperado—. Estamos manejando demasiado dinero en efectivo.

—Entonces empecemos la carrera de una vez —dijo Derek—. Cuanto antes termine, antes nos desharemos del dinero. Iré por mi coche.

Fue hasta el estacionamiento. Sin embargo, a los segundos regresó a pie y con una expresión frustrada. En su mano tenía una pequeña tarjeta, la cual alzó.

—La dejaron en el parabrisas de mi coche —explicó.

No necesitábamos más para reconocer de quién era el mensaje.

—¿Qué es lo que quiere? —preguntó Leo.

Derek se pasó una mano por el cabello, enfadado. Le entregó la nota a Leo, quien al verla abrió los ojos asustado.

—Nos va a lanzar como carne viva a un público hambriento —respondió él.

Derek no tardó en explicarnos:

—Quiere que quememos el dinero de las apuestas. Aquí y ahora.



# CAPÍTULO 22

—Que me encarcelen de una vez —dijo Leo—. No vamos a quemar el dinero.

—No digas estupideces —lo calló Derek—. Tenemos que hacerlo.

—¿Y cómo crees que reaccionará esa gente cuando sepa que no tenemos sus apuestas —señaló la pista—. Pueden ser pacifistas o delincuentes. Apuesto que son lo segundo.

—¿Y si alguien tiene un cuchillo? —Liv exclamó—. ¡¿O un arma?!

—Dios, Olivia. Deja de ver películas. —Becca también estaba tensa.

Apenas Derek recibió aquel mensaje, empezaron los gritos y las peleas. Los cinco estábamos de pie en el bosque, y el ambiente de extrema tensión no era para menos.

—Por eso había tanta gente hoy —dije, después de unir los hilos—. Él, ella o lo que sea la trajo para que hubiera más dinero en juego, y así causar un enorme caos al no entregarlo.

Todos intercambiamos miradas, y la rareza de esa noche cobró sentido.

—¿Y qué te pidió? —preguntó Becca—. ¿Qué quiere como evidencia?

—Lo sabrá cuando lo hagamos —respondió Derek—. Está aquí.

Derek propuso revisar las grabaciones de las cámaras para hallar al mensajero, pero había tanta gente que rodeaba el auto donde habían dejado la nota que fue en vano. Era buscar una aguja sin ningún distintivo en un conjunto de millones de agujas iguales.

Leo fue por el dinero y regresó con una botella y una bolsa negra. La volteó sobre el suelo entre nosotros y quedé boquiabierta.

—No, esto es demasiado dinero. No podremos recuperarlo.

—Podemos sacarlo de nuestras cuentas —propuso mi amiga, encogiendo los hombros.

—A esta hora no podemos conseguirlo. Los bancos están cerrados —dijo Derek— Además, esa cantidad de dinero necesita una justificación para ser retirada en tan poco tiempo.

—¿Cuál es el límite de un cajero automático? —pregunté y Derek contestó:

—No más de dos mil dólares al día.

—Joder, no es nada. —Leo cerró los ojos—. Tenemos que hallar otra forma. Rápida.

Varias preguntas empezaron a viajar por mi mente. ¿Cuánto nos pagarían si vendemo nuestros riñones?

—Yo sé cómo podemos hacerlo —Becca llamó nuestra atención—. Necesitaremo sacar cuanto podamos de los cajeros y el dinero de nuestras cajas fuertes.

—¿Pero de qué cajas fuertes estás habla…? —pregunté, pero Liv se adelantó:

—Emergencias.

—¿Quién tiene una caja fuerte para emer…? —insistí, y Derek aclaró:

—Nosotros.

Dios, siempre olvidaba cuánto dinero tenían.

—Podemos multiplicar el dinero de forma rápida jugando póquer —explicó Becca.

—No —sentenció Leo, cuyo rostro se había estirado de pronto—. No vas a volver a eso.

—¿Qué está sucediendo? —cuestionó Derek.

Becca, innecesariamente, acomodó su cabello y humedeció sus labios pintados.

—Tuve un pequeño problema de juego hace un tiempo, pero estoy más que recuperada.

Aquello me tomó por extrema sorpresa. ¿Becca ludópata?

—En la ciudad hay un casino privado —dijo—. Es conocido por una cúspide de personas. Todas con dinero, poder y ansias por ganar. En unas horas puedes gana muchísimo.

—Amor, no…

—Basta, Leo. Lo vamos a hacer —fue determinante, y se dirigió al grupo—: Para ingresar y tener derecho a jugar debe pagarse. Es un precio alto. Además, para multiplicar ese dinero necesitamos cantidades que ya sean grandes de por sí, pero puede lograrse.

Un detalle me cruzó la mente.

—Incluso si fuese posible, necesitarías, ¿cuánto tiempo? Al menos un par de horas ¿cierto? —Becca asintió—. Y la carrera está programada para empezar dentro de…

—Veinte minutos —completó Derek.

—Mientras juntamos el dinero, vamos al casino y regresamos, habrá pasado demasiado tiempo. Todos se darán cuenta de que algo anda mal.

—Podemos atrasar la carrera —propuso Derek— hasta conseguir lo que necesitamos.

—¿Y cómo distraeremos a cientos de personas para que no lo noten? —pregunté y como si todos estuviésemos conectados, giramos nuestras cabezas hacia una persona.

—¡¿Por qué me miran?! —exclamó Liv.

—Tienes que hacer una fiesta —Derek la vio con determinación—. Es la única forma.

Ella asintió, emocionada, como si de una misión se tratase.

—Denme media hora y todos estarán preguntándose dónde están parados.

Ese se volvió el plan y sentí una corriente de falso alivio pasar por mi cuerpo.

La botella que había agarrado Leo pasó a mano de Derek. La volteó sobre los billetes humedeciéndolos del todo, y sacó un encendedor de su pantalón. Apenas el fuego entró en contacto con ellos, vimos nuestras posibilidades de ganar esa noche arder. Quedaba poco para tornarse en cenizas cuando reparé sobre el plan.

—Póquer y fiestas… —Me dirigí al grupo—: ¿Puedo hacer un par de llamadas?

Derek frunció el ceño.

—¿A quiénes?

En dos autos, salimos de la pista para recolectar el dinero en el menor tiempo posible. Cajeros automáticos, cajas fuertes, lo que estaba en nuestras billeteras y hasta los centavos entre los cojines de un sofá.

En ese momento estábamos afuera de un club nocturno cerca de la pista. Pero no era donde multiplicaríamos el dinero. Era donde conseguiríamos refuerzos.

—¡Mi niña!

Rafael. El alma de la fiesta. Sus anécdotas eran increíbles. Una vez, despertó en otra ciudad, dentro de un bote, con un *piercing* en un lugar bastante incómodo y un pato a su lado.

Era el indicado.

—Necesito tu ayuda —dije cuando me soltó de un abrazo.

—Tú pídemelo y te bajaré la luna. —Sonrió.

—Mejor bájale a tu cursilería —resopló Derek.

Lo regañé con la mirada, pero solo se encogió de hombros. Me centré en Rafael.

—Necesito que, junto a Liv, hagas la mejor fiesta de tu vida en una pista abandonada a las afueras de la ciudad.

Asintió.

—Dalo por hecho.

—¿E-en serio? —Pensé que sería más difícil—. ¿No vas a hacer preguntas?

—Confío en ti. Si me necesitas, no debes hacer más que decirlo. Sin preguntas ni juicios.

—Joder, cuánto te quiero. —Lo abracé—. Gracias, gracias, gracias. Eres el mejor.

—No sé si el mejor, pero definitivamente estoy en un top tres.

—Top tres de idiotas. —Oí a Derek detrás de mí.

Abrí la boca para decir algo cuando Liv se acercó.

—No estamos para escenitas de celos, Keller. —Le sonrió con suficiencia, antes de volverse a Rafael y tenderle la mano—. Rafael de la Torre, yo te explicaré lo que debes saber.

—Creo que seremos un gran equipo, Liv. —Depositó un beso en el dorso.

—Llámame Olivia. Suena demasiado sofisticado en tus labios.

No supe dónde meterme.

—¡Olivia! —La cabeza de Becca se asomó de la camioneta—. ¡Apresúrate!

—¡Me agradas más cuando te alteras, Morticia! ¡Parece que sí estás viva!

Becca rodó los ojos y desapareció dentro del auto. Liv y Rafael emprendieron el camino a la pista, mientras que nosotros nos fuimos al casino.

Cuando Becca dijo que era privado, imaginé el último nivel de un edificio exclusivo, meseros, *champagne*, todo aquello que se veía en las películas de Las Vegas. Pero resultó ser lo contrario. Estábamos en un callejón oscuro, sucio y con un leve olor a muerto.

Un auto, que reconocí de inmediato, ya estaba allí estacionado.

Apenas Derek detuvo el coche, me acerqué a su conductor.

—Gracias por venir, Polo —le dije con honestidad—. Necesitamos tu ayuda.

—Y yo necesito una explicación y un chaleco antibalas, Ava. ¿Dónde me has traído?

Me volví sobre el hombro y vi a Leo, Becca y Derek bajar de las camionetas.

—¿Estás en problemas? —dijo, preocupado.

—Ella no —intervino Derek, que se acercó a nosotros—. Jamás lo permitiría.

—Lo que tú permitas o no, me vale.

—Pues no necesitamos de ti, Polo —respondió Derek—. Vete por donde viniste.

—Oye, ¿qué? ¡No! —Me giré a verlo—. Danos un momento, Keller.

Podía entender la reacción de Polo. Estaba siendo el amigo sobreprotector. Pero lo que no comprendí fue la gélida y agresiva relación que ambos habían empezado. No era el momento para intentar descifrarlo.

—Apresúrate —dijo Derek, resignado, antes de regresar a la pareja. Yo me volví a Polo.

—Ava, explícame qué hacemos aquí. Estoy casi seguro de que un hombre me iba a asaltar cuando llegué y podría apostar que me oriné un poco.

—Necesitamos conseguir mucho dinero —aclaré—. Solo dame dos minutos para explicarlo, por favor.

Después de un breve resumen, habló:

—¿Tú quieres que me dé un infarto y muera?

—No. Quiero que juegues póquer. —Polo podía ser de gran ayuda para Becca— ¿Cuándo fue la última vez que jugaste?

—Si la pregunta es si estoy oxidado, no lo estoy.

—¿Sigues siendo tan bueno como lo eras en la escuela?

—En la escuela era un tercio de lo bueno que soy ahora.

—Perfecto. Lo que necesitamos —pensé en voz alta—. ¿Vas a ayudarnos?

Una pequeña y casi imperceptible sonrisa se formó en sus labios.

—Vamos a patearle el trasero a gorditos con dinero.

Le di un rápido abrazo y alcanzamos al grupo para decirles que contábamos con m amigo. Derek me vio de soslayo mientras daba una calada a su cigarrillo.

—¿De cuánto dinero estamos hablando? —preguntó mi amigo.

—Vamos a apostar miles de dólares, Polo —Becca respondió—.Pero si sabes jugar ,sabes hacerlo apostando un chicle o un millón de dólares, así que no pienses en eso.

Polo, tragando con dureza, asintió. Si estaba por arrepentirse, Leo no le dio e tiempo. Sacó del auto un maletín que no estaba tan lleno como debía estarlo al final d la noche.

—Entremos —dijo Leo—. Estoy enloqueciendo.

Después de pagar una cantidad demasiado alta para solo cruzar una puerta, seguimo a Becca dentro del local.

Sobre el alfombrado rojo, distintas mesas eran ocupadas por jugadores que parecía esconderse debajo de la iluminación tenue del lugar. Me sorprendió no encontra máquinas tragamonedas, ruletas o clásicos juegos de azar.

—No se siguen las normas de un casino normal —habló Becca mientras nos guiab por el espacio—. Aquí la gente viene a beber, ganar dinero y hacer contactos.

Becca tomó asiento en una mesa ovalada y nosotros la seguimos. Leo se acercó a s novia y dejó varios fajos de dinero a su lado. Un par de manos enguantadas l atransformaron en torres de fichas coloridas.

—Señorita Vanderbilt, qué sorpresa —habló un hombre—. La habíamos extrañado.

—Extrañará usted más su dinero, ministro.

Joder. Becca era como la realeza del póquer.

—¿Tendremos público? —dijo de pronto una mujer, viendo a quienes estábamos d pie.

—¿Algún problema? —la voz de Becca sonó ansiosa.

La mujer vio a Derek y una risa adornó sus labios rosas.

—Todo lo contrario.

Ugh. ¿En serio le acababa de hacer ojitos? Aunque, pensándolo mejor…

Los participantes se volvieron al *dealer* y el juego empezó.

—Keller… —siseé—. Anda a coquetearle a la mujer. Si pierde, es mejor para nosotros.

Derek me vio como si estuviese mal de la cabeza.

—¿Me quieres prostituir, Sally?

—No exageres. Es claro que le gustaste. Anda.

—No —dijo con molestia—. No le voy a coquetear a nadie que no seas tú.

—¡¿Pero qué tengo que ver yo con todo esto?! —grité en susurros.

Me vio fijamente y habló con seriedad:

—Estoy enamorado de ti. Tienes todo que ver. Ahora cállate o nos van a echar.

*Cazzo*. ¿Me acaba de decir que está enamorado de mí y luego ordenó que me callara? *¿Y por qué me encantó que lo hiciera?*

Sacudí la cabeza y seguí a Polo a otra mesa para su juego.

Con el paso de los minutos, la tensión creció. No comprendía el póquer, pero sí comprendí una cosa: Polo y Becca estaban consiguiendo dinero, y mucho. Las torres de fichas crecían hacia arriba y a los lados, y las apuestas eran tan grandes como impresionantes.

Hasta que después de algunas partidas esa suerte se echó a perder.

—Puedo recuperarlo, lo juro —prometió Becca. Sus manos temblaban después de haber perdido una suma alta—. Solo debo apostar el doble.

Fue la primera vez que pude percibir en Becca desesperación. Su mirada ansiosa denotaba el deseo por volver a ganar.

—No pasa nada —dijo Leo, tomándole el rostro dulcemente—. Ya está. No pasa nada.

—Claro que pasa. ¿Cómo vamos a recuperarlo? —preguntó Becca, respirando con ligereza—. ¿Cuánto nos falta?

Todos giramos hacia Derek, quien había estado contando el dinero.

—Ochenta mil dólares.

*Mamma mia!*

—Yo puedo intentar —dijo Polo—. Pero apostaría de a pocos, no quisiera arriesgarme.

—Gracias, Polo, pero eso requiere tiempo y eso es precisamente lo que no tenemos —dijo Becca—. Necesitamos a alguien como yo.

—No vas a jugar más —dictaminó Leo.

—No me refiero a eso. Necesitamos a alguien que *sea* como yo, alguien que ame ganar.

Ella se giró sobre el hombro y habló con un trabajador del casino.

—¿Hoy vino Richmond?

—Acaba de llegar, señorita Vanderbilt.

En ese momento, los ojos de Becca se dirigieron a un hombre con terno, alrededor de cincuenta años y con derroche de suficiencia.

—Tenemos que jugar contra él.

—¿Qué es lo que juega? —pregunté.

—Todo. Si puede apostar, va a jugar e intentar ganar.

El hombre siguió su transcurso y esperamos que se detuviera en una mesa de póquer. Pero no fue el caso. Sus pasos lo llevaron a la parte final de la enorme sala, donde había algo que no era común encontrar en un casino normal, pero, como dijo Becca, ese no lo era: una mesa de billar.

Tal vez no estábamos tan perdidos como creíamos.

Ella se giró sobre el hombro y habló con un trabajador del casino.

—¿Hoy vino Richmond?

—Acaba de llegar, señorita Vanderbilt.

En ese momento, los ojos de Becca se dirigieron a un hombre con terno, alrededor de cincuenta años y con derroche de suficiencia.

—Tenemos que jugar contra él.

—¿Qué es lo que juega? —pregunté.

—Todo. Si puede apostar, va a jugar e intentar ganar.

El hombre siguió su transcurso y esperamos que se detuviera en una mesa de póquer. Pero no fue el caso. Sus pasos lo llevaron a la parte final de la enorme sala, donde había algo que no era común encontrar en un casino normal, pero, como dijo Becca, ese no lo era: una mesa de billar.

Tal vez no estábamos tan perdidos como creíamos.



# CAPÍTULO 23

—Yo puedo ju…

—Yo jugaré —Derek me interrumpió—. Solucionemos este problema de una vez.

Antes de que se pusiera en marcha, me planté frente a él.

—Tú no irás. Perderemos todo y no podemos darnos ese privilegio. Yo juego mejor.

Derek me observó, incrédulo.

—Si jugaras mejor que yo, no te habría ganado.

—Ganaste porque me sedujiste —le recordé.

—Se llama *estrategia* —explicó con obviedad—. Si fueses tan buena, tendrías una.

—P-pero… ¡Cállate, *stronzo*!

—¡No sé qué significa *stronzo*!

—¡Pues búscalo en el diccionario mientras estoy ganando esa partida!

Giré sobre mis talones y me apresuré en llegar a la mesa; sin embargo, los pasos de Derek eran más largos, así que llegamos en simultáneo al guardia que la resguardaba.

—Buenas noches —saludó Derek—. Me gustaría ingresar a la mesa.

—No lo deje pasar —pedí—. Tiene problemas. ¡Es mitómano!

—Eso no es cierto.

—¿Lo ve? ¡Ya empezó! —exclamé, para después negar con tristeza—. No tiene control.

—Yo sí tengo control —replicó con molestia—. A diferencia de la señorita, que pierde una partida porque deja que sus emociones la afecten. Entraré yo. Soy mejor jugador.

—¡No! Lo que eres es un mentiroso y por eso cualquiera odiaría jugar contigo.

—Y yo odiaría jugar contigo porque eres jodidamente terca.

—*Stronzo!*

—¡Terca!

—Jóvenes… —intervino el señor.

—¡¿Qué?! —Ambos giramos nuestros rostros hacia él.

—El señor Richmond está esperando a una dupla, así que, si solo uno quiere entrar tendrán que buscar otro contrincante. Les agradecería que dejaran de gritar y se retiraran.

Volvimos a vernos. Derek desvió la mirada; yo coloqué mi cabello tras mis orejas.

—Tanto drama y podían entrar los dos —Leo resopló—. Son unos exagerados.

El grupo, lamentablemente, nos había seguido.

—No pierdan más el tiempo con estupideces —ordenó Becca—. Admitan que necesitan el uno del otro para ganar, y entren a jugar.

Me alegró que Becca haya recuperado un poco de su fuerza, pero no negaré que me hizo espabilar.

—Lo haré si él lo hace. —Giré a verlo—. ¿Lo harás? ¿O tu orgullo te lo impide?

—Yo no tengo problema en decirte lo mucho que te necesito.

Derek Keller, experto en detenerme el corazón.

—Aunque, si hablamos de billar, digamos que tu forma de jugar es… —Apretó los labios en una mueca—. Y ni empecemos con tu café porque…

—No metas el café en esto, Keller —lo señalé con furia—, porque será una guerra.

—Billar, par de dramáticos —Becca nos trajo de vuelta a la realidad—. No café.

Me crucé de brazos y esperé.

—Bueno… —Derek humedeció sus labios—. Puede ser que no seas tan mala jugando

—Oh, vamos, puedes hacerlo mejor.

Él tomó aire, haciéndome notar que mi intento por molestarlo estaba funcionando, y me dedicó una mirada retadora que solo hizo que lo disfrutara más.

—Tienes… mucha precisión en los tiros.

Asentí satisfecha y le agradecí, pero él también dio un paso adelante.

—Tu turno —dijo, antes de morderse el labio expectante.

—Puede que no seas el peor jugador de la historia…

—Vamos, dime algo lindo —pidió—. Llevo tiempo esperándolo.

Si bien por fuera desbordaba soberbia, notaba en su mirada el brillo de un niño pequeño esperando un regalo.

—Tienes talento. Eres un buen rival.

—Tú eres una excelente rival —afirmó con su clásica sonrisa perfecta— especialmente porque disfruto seducirte estratégicamente.

—Y tú eres un excelente *stronzo* para golpear con el taco estratégicamente.

Soltó una risa y no pude resistirme a imitarlo con una más pequeña.

—¿Pueden casarse de una vez? —intervino Leo.

Becca le golpeó con el codo.

—Perdón, perdón. Es mi sangre Carson —se excusó, divertido—. Vayan.

Al fin, nos dirigimos al pobre hombre que se había ganado nuestros gritos. Tra preguntarnos si teníamos la intención —y el dinero— para jugar, abrió el cordón.

El tal Richmond estaba con una mujer de veintitantos años, con una cabellera negra un busto tan pronunciado que logró que yo bajara la vista a mi cuerpo y arqueara una ceja.

—Buenas noches —nos saludó él—. ¿Dispuestos a jugar una partida de *snooker*?

¿S*nooker*? ¿No era billar?

Me fijé en la mesa y me percaté de que era más grande que una de billar. Había marcas sobre la tela verde, y las troneras de los bordes eran más estrechas. Las bolas sobre la mesa no eran las que conocía, había unas de colores enteros y otras tantas rojas.

—Por supuesto —aseguró Derek—. ¿Cuánto en juego?

El hombre caminó hacia un maletín que reposaba sobre una mesa alta y lo abrió sdejando al descubierto fajos de dinero. Los suficientes para recuperar lo perdido.

—Juguemos. —Derek colocó al lado el bolso que llevaba nuestra apuesta.

Joder, ¿en qué nos había metido?

Me acerqué a Derek, nos alejé un poco del dúo y, en confidencialidad, solté:

—¿Qué es *snooker*, cómo se juega y por qué suena al nombre de un perro?

—Sé que no es muy común aquí en Canadá, pero no tenemos alternativa —dijo, algo tenso—. Lo he jugado unas veces y no es tan complicado. Es similar al billar.

—¡Pero no puedo jugar sin saber las reglas! —murmuré—. Yo… no lo sé. —Me fijé en la mesa—. Es mejor retirarnos antes de meter la pata. No podemos arriesgarnos.

Derek colocó una mano sobre mi mejilla y me buscó la mirada.

—Tú eres muy precisa y yo soy un estratega, ¿cierto? Somos un gran equipo. Lo hacemos de todas formas, pero esta es una prueba más de lo bien que nos complementamos.

Sus ojos me inundaron de la confianza que a él siempre parecía sobrarle.

—Pero tengo que pedirte un favor. —Sus palabras sonaron determinantes—. Necesito que saques a la Sally terca, pateaculos, porque es preciso que la tenga a mi lado.

Sonreí, aún preocupada.

—Dale un segundo. Está orinándose en una esquina de los nervios.

Derek rio y me explicó rápidamente las reglas del juego. Me comentó que usualmente las partidas de *snooker* se jugaban solo con dos participantes, así que íbamos a ser equipo y, en cada turno, a uno de nosotros le tocaría jugar.

Cuando la mesa estuvo lista, un hombre en traje lanzó una moneda y cayó en cruz.

Nosotros.

Derek tomó el tacón y golpeó la primera bola.

Ya estaba puesto en juego todo el dinero. No había marcha atrás.

El sonido de las bolas de marfil chocando entre ellas empezó a inundar el espacio y e ambiente se tornó más denso, como si el aire hubiera decidido volverse espeso y asofocante.

Más minutos se apilaban en el reloj, más tensión corría por mis venas y más puntos subían en el marcador.

El hombre tenía la ambición escrita en la mirada, capaz de perderlo todo solo por e único placer de ganar. Habría respetado esa determinación si no lo hubiese pillado má de una vez viéndome el cuerpo de manera asquerosa.

La hermosa mujer que tenía al lado llevaba una malicia divertida en los ojos, como s disfrutara de la extraña compañía que parecía ser Richmond.

Derek lucía indescifrable. Si existía alguna pizca de miedo o incertidumbre en él nadie jamás lo sabría. Estaba en su máximo estado de concentración y no perdía l seguridad cuando tomaba el taco y daba un golpe en seco, consiguiendo encajar una bol más.

Por último, estaba yo.

Me tragué los nervios y los guardé al fondo de mi pecho para poder comprender e juego. Y Derek tenía razón, no era tan distinto al billar. La adrenalina al ver la bola roda en la alfombra, el análisis antes de cada jugada, el cálculo de los ángulos… Yo estab familiarizada con todo eso. Nos sentí capaces de ganar.

Hasta que terminó el turno de Richmond y me di cuenta de que no podía porque m había tendido una trampa.

¿Cómo? Había dejado la bola blanca que yo debía golpear detrás de una de colo marrón. El problema era que yo como jugadora solo debía tocar y encajar la de colo amarillo y esa maldita bola color marrón lo imposibilitaba. Eso iba a lograr que yo fallar y, estando tan cerca del final, la victoria de Richmond estaba asegurada.

—Por esa jugada se le llama *snooker*. —Sonrió, como si admirara el juego—. Signific imposibilitar la línea de tiro del contrincante con otra bola… Se te complicó la jugada ¿no es así, preciosa?

—Ahórrate el «preciosa» —habló Derek con dureza.

—Pero si es la mejor forma de describirla —no dejó esa sonrisa repugnante—. Vamos preciosa, ¿vas a jugar o necesitas ayuda? Soy muy buen profesor.

Decidí ignorarlo. Me fijé en la mesa, intentando concentrarme, pero sentir sobre m los ojos de ese hombre lo impedía. Especialmente cuando decidió soltar con retorcid diversión:

—No te preocupes si pierdes. Puedes venir conmigo y créeme que te haré sentir lo que es una buena victoria.

Ese comentario lleno de doble sentido pudo conmigo. Me vi insultándolo y golpeándole la cabeza con el taco, llevándome su dinero y dejando esa estúpida partida pero… Derek tenía razón. *Lamentablemente*. Me dejaba llegar por tontas palabras. Permitía que las emociones se apoderaran de mí y terminaba olvidando el objetivo del juego ganar.

Dentro de mi cabeza sonó un clic que me permitió abrir los ojos.

Al girar, encontré a Derek con rabia en el gesto. Había dado un paso para, supuse darle un par de golpes, pero lo retuve de la mano.

—Mantén la cabeza fría —pedí, sabiendo que a veces se dejaba llevar por su lado agresivo—. Lo que busca es distraernos, nada más. Ignorarlo y quitarle su dinero le dolerá mucho más que un golpe, créeme.

—Sally… —dijo no muy convencido.

—Yo te necesito ahora, ¿de acuerdo? —solté con rapidez. Su mirada cambió repentinamente—. Necesito que saques ese lado inteligente y analítico que tienes para poder largarnos de aquí con todo el dinero de ese asqueroso. ¿Puedo contar contigo?

Derek me vio fijamente y, tras unos segundos en los que el silencio se apropió de lugar, habló en un susurro:

—El lado izquierdo.

—¿Qué? —Lo vi como si fuese un loco suelto en plaza.

—Tienes que hacer que la bola golpee el lado izquierdo de la mesa —se explicó sin dejar de verme—. Debe rebotar, después chocar con el lado derecho y así podrás tocar la amarilla y lograr que entre.

Giré y centré mi atención en la mesa. Derek tenía razón, esa era la única opción, pero debía ser en extremo precisa para lograrla.

—Joder, eso está un poquito difícil, ¿no te parece? —solté con sarcasmo.

—Si le pegas ahí, harás que entre —señaló—, y la blanca terminará en la zona perfecta para tu siguiente tiro —analizó y después me vio—. Quedan solo seis bolas. Puedes hacerlo.

Temerosa, asentí. Rodeé la mesa para ver bien los ángulos, y, tras hacer eso, me coloqué frente a la blanca. Me incliné, acomodé el taco entre mis dedos y lo llevé hacia adelante para dar un golpe seco.

En ese momento, todo fue en cámara lenta. Me erguí para ver cómo la bola blanca rodaba sobre la tela verde. Todo nuestro fracaso se resumía a si esa bola fallaba.

Sentí el aire salir de mi cuerpo cuando la vi acercarse a la bola amarilla.

Y sentí que regresó a mí en una ráfaga cuando la tocó e hizo que entrara en un agujero.

Lo había logrado.

Volteé a ver a Derek, cuyo rostro estaba adornado con una sonrisa y una mirada llena de orgullo. Yo contuve una pequeña, pues el juego no había terminado. Aún quedaban cinco bolas y no podía echarlo a perder.

Necesitaba concentración, precisión y mucho más, necesitaba fuerza. Mi mente fue la encargada de traerla pensando en quienes se verían afectados si fallaba.

Tomé aire y empecé.

*Leo y su alegría.*

Encajé la de color verde.

*Becca y su fortaleza.*

Encajé la de color marrón.

*Polo y su lealtad.*

Encajé la de color azul.

*Rafael y su cariño.*

Encajé la de color rosa.

*Liv y su energía positiva.*

Por último, y más importante, encajé la de color negro.

*Derek y su irrefutable valentía.*

Y por supuesto que era la más importante porque habíamos ganado.

—¡Wooohooo! —grité viendo a Richmond—. *Figlio di zoccola!!*

Derek automáticamente vino hacia mí y me elevó del suelo mientras yo reía.

—Sabía que lo lograrías —dijo una vez que toqué el piso.

—¡Yo no! ¡Pero lo hice! —grité en susurros.

Derek rio y ambos nos dirigimos hacia la mesa.

—Diría que fue un gusto jugar contra usted —le hablé a Richmond con falsa acordialidad mientras Derek sacaba los billetes de su maletín y los llevaba a nuestro bolso.—, pero la verdad no lo fue. Usted es repugnante.

Richmond presionó los labios con fuerza. No quitaba la vista del maletín como si con tan solo verlo pudiera ordenarle que se cerrara.

—No. —Centró la mirada en nosotros—. Ustedes de aquí no salen con mi dinero.

—El juego fue justo y ganamos —le dije levantando la frente—. Usted más que nosotros sabe que a veces se pierde, a veces se gana. Hoy usted perdió.

Le sonreí y, cuando Derek terminó de pasar todos los billetes y tuvimos la intención de irnos, Richmond dio un paso hacia mí.

—Conmigo no juegas, niña. Aquí las cosas no funcionan como tú quieres.

Levantó una mano en una seña y de forma automática dos guardias se acercaron.

—Pero… —empecé y busqué la mirada de Derek, quien se puso en alerta de forma automática. Me acercó a él de la muñeca, cuando una voz fuerte resonó en el lugar.

—No la toquen.

Me volví para encontrar al dueño de esa voz y me encontré a un hombre que no reconocí, pero parecía más imponente que el resto. Con ambas manos dentro de los bolsillos de sus pantalones negros y el torso cubierto por un saco elegante, dio unos pasos hacia nosotros.

—No seas cobarde —le habló directamente a Richmond, quien dio un par de pasos atrás y bajó la cabeza, resignado. Luego se dirigió a los hombres—: Déjenlos ir.

En un rápido impulso, Derek me tomó de la mano, con la otra sujetó el bolso y caminó lejos de la mesa.

Lo seguí por inercia y, antes de bajar de la plataforma, volví a ver a ese hombre, que ya tenía la vista puesta en mí. Asentí en forma de agradecimiento y cuando él me correspondió pude notar la cicatriz de una quemadura a lo largo de su cuello y parte de su mandíbula.

Antes de poder fijarme con más detenimiento, se dio la vuelta y desapareció con la misma facilidad con la que había aparecido.

Nos reunimos con el grupo y cruzamos la puerta del casino con miles de dólares en las manos.

—Conmigo no juegas, niña. Aquí las cosas no funcionan como tú quieres.

Levantó una mano en una seña y de forma automática dos guardias se acercaron.

—Pero… —empecé y busqué la mirada de Derek, quien se puso en alerta de forma automática. Me acercó a él de la muñeca, cuando una voz fuerte resonó en el lugar.

—No la toquen.

Me volví para encontrar al dueño de esa voz y me encontré a un hombre que no reconocí, pero parecía más imponente que el resto. Con ambas manos dentro de los bolsillos de sus pantalones negros y el torso cubierto por un saco elegante, dio unos pasos hacia nosotros.

—No seas cobarde —le habló directamente a Richmond, quien dio un par de pasos atrás y bajó la cabeza, resignado. Luego se dirigió a los hombres—: Déjenlos ir.

En un rápido impulso, Derek me tomó de la mano, con la otra sujetó el bolso y caminó lejos de la mesa.

Lo seguí por inercia y, antes de bajar de la plataforma, volví a ver a ese hombre, que ya tenía la vista puesta en mí. Asentí en forma de agradecimiento y cuando él me correspondió pude notar la cicatriz de una quemadura a lo largo de su cuello y parte de su mandíbula.

Antes de poder fijarme con más detenimiento, se dio la vuelta y desapareció con la misma facilidad con la que había aparecido.

Nos reunimos con el grupo y cruzamos la puerta del casino con miles de dólares en las manos.



# CAPÍTULO 24

Ni siquiera haber reunido una fortuna tan grande en tan poco tiempo nos habría preparado para lo que estaba sucediendo en la pista de carreras. Cientos de personas absolutamente ebrias, bailaban como si fuera la última noche de sus vidas. Algunos estaban sobre los techos de los coches con pocas prendas de ropa, otras tenían el cuerpo pintado de colores. Por los parlantes se escuchaba una música alegre en un idioma que no entendía y podía jurar que vi el culo de un hombre corriendo.

Nuestras caras de estupefacción eran dignas de un cuadro. En especial la de Polo, a quien le había asegurado que la pista era un lugar normal y tranquilo.

De pronto, Seth vino corriendo hacia nosotros con un gigantesco sujetador rosado sobre su pecho y nos gritó en el rostro:

—¡Seeexooo! —Y se fue corriendo sin más.

—Tienes razón, Ava. Este sitio es de lo más ordinario. —Polo me vio para luego explotar—: ¡¿Por qué un tipo nos ha gritado con un sujetador tan grande como mi nervios?!

—Ese era Seth.

—Ah, ahora me quedó claro. —Me vio con una sonrisa angelical para después soltar —: ¡¿Quién demonios es Seth?!

—El del sujetador, Polo, presta atención —pidió Leo.

Antes de poder decir algo más, el sonido de un fuerte silbido captó nuestra atención y percibí una escena que se quedaría en mi cabeza para siempre.

Cuatro hombres sin camiseta canturreaban una melodía que desconocía. Dos de ellos tenían sobre sus hombros a Liv, quien sonreía ampliamente. Llevaba en la cabeza una especie de corona de plantas y, en un brazo estirado hacia el cielo, cargaba un freno de mano, que de seguro había arrancado de algún auto.

Los otros dos se arrodillaron y colocaron sus espaldas para que Liv pudiera usarlos como escalones. Una vez que pisó tierra, dio un chasquido con sus dedos logrando que

todos los hombres se fueran. Liv nos vio con emoción, extendió ambos brazos y exclamó:

—¡Bienvenidos a Nirvana!

—Mátenme —dictaminó Becca—. Ahora.

—Liv —preguntó Derek con el entrecejo fruncido—, ¿qué mierda fue eso?

—¡Es mi imperio, mortales! —dijo irradiando felicidad, mientras señalaba el lugar con el freno de mano que, supuse, le servía de cetro—. ¡Observen mi creación!

Liv se llevó dos dedos a la boca y dio un silbido altísimo que automáticamente logró que un caballo apareciera en escena con nada más y nada menos que Rafael de la Torre cabalgándolo.

—¡Hey, llegaron! —exclamó para después bajarse del animal. Llevaba todo el torso desnudo y un sombrero de *cowboy*—. Me parece que logramos armar una buena fiesta ¿no creen?

—Es… —intervino Polo— una locura.

—Tú eres nuevo —dijo Rafael, viéndolo de pies a cabeza.

En ese preciso momento me percaté de que no los había presentado, aun cuando ya les había hablado del otro.

—Rafo, él es Polo. —Giré a ver a mi amigo.

—Un gusto conocerte. —Estiró la mano con la educación que lo caracterizaba.

—Igualmente, Polo —Rafael respondió el saludo con su clásica sonrisa.

—Hablando de polos —Derek intervino y señaló el torso desnudo de Rafael—. ¿Tu nunca usas uno?

—No me mato entrenando el cuerpo en el gimnasio para esconderme bajo una camiseta. —Movió individualmente cada pectoral. Liv quedó embobada y Becca alzó una ceja.

—Qué movimiento tan… interesante —dijo ella.

—¿Este de aquí? —Movió nuevamente sus perfectamente esculpidos pectorales—. Lo presento: son Johnnie —movió uno— y Walker —movió el otro, obteniendo que riéramos.

—No me gusta este tipo. —Oí a Leo.

—Únete al club —respondió Derek—. Vayamos a hacer la carrera de una vez. No estamos para distraernos con estupideces.

—Exacto, grandes estupideces —concordó Leo enroscando su brazo con el de Becca como si fuese un niño pequeño—. Amor, tú vienes conmigo.

—Y tú conmigo —me ordenó Derek. Puso su mano en mi espalda y me dio un suave impulso para empezar a caminar.

Lo vi de mala manera, pero seguí, y el resto del grupo también nos imitó.

—Eso me pareció una escena de celos, Keller.

—Eso es porque estoy celoso.

Qué directo.

—Bueno, celoso eres más mandón de lo normal.

r —Te dije una vez que no quieres verme celoso, Sally.

—Por no decir insoportable… —seguí.

ó —No me importa ser insoportable. Me importa que ese vaquero mantenga su
edistancias. Así que acostúmbrate a verme celoso, porque lo estaré mientras «Johnnie» y
«Walker» estén cerca —mencionó cabreado.

o Me fue imposible no soltar una carcajada mientras él se dedicaba a presionar lo
,labios y contener su molestia.

—Ni entiendo qué le ven —soltó de repente con hastío.

—Por favor, tampoco pretendas. Es sensual.

Derek se detuvo en seco y se paró frente a mí, logrando que chocara con su pecho.

a —¿Ese payaso sin noción de lo que es el espacio personal te parece sensual?

—No lo insultes. Y toda persona que tenga dos dedos de frente puede notarlo. Sobre
todo si puede hacer eso con sus pectorales. Además, a todos les agrada, ¿por qué a ti no?

—Porque no me gusta que siempre esté sin camiseta a tu lado, ni que te esté diciendo
estupideces románticas y mucho menos que te llame su niña.

í —Eres insoportable, Keller —mascullé más cerca de su rostro de lo que me gustaría.

—Puede ser, pero tengo también cosas buenas.

a —Ilústrame —fingí interés.

a —Te conozco como a nadie —dijo abandonando la ironía—. Sé qué te hace reír. Sé
retarte y eso a ti te encanta. Sé entenderte con solo una mirada. Sé ponerte nerviosa y
cómo hacer que te sonrojes. Sé cómo hablarte para hacer que te falte la respiración…
sjusto como ahora. —Tomó mi mano—. Sé cómo hacer que tu corazón lata fuerte a causa
ede nervios y adrenalina porque el mío late igual. —Llevó mi mano a su pecho y la apoyó
en él a palma abierta—. Y si tanto te gusta, déjame decirte que yo también sé hacer esto
—dijo, antes de mover sus pectorales.

o Mi mandíbula cayó sin fuerza.

Se acercó a mí y susurró:

a —Que yo no haga un circo no quiere decir que no pueda entretenerte, Sally.

Me guiñó un ojo antes de soltar mi mano, darse la vuelta y seguir caminando.

e «*Cazzo*» se me quedó corto.

Carraspeé la garganta y lo seguí hasta encontrarme con los chicos.

Por suerte la carrera se realizó con normalidad y no tuvimos problemas entregando e

dinero a quienes habían ganado. Claro que, de no habérselo dado, dudaba que se hubieran dado cuenta.

Una hora más tarde, Liv, Leo, Derek y yo estábamos en el ascensor del edificio pensando en el origen de los cientos de personas que nos visitaron esa noche. A pesar de haber preguntado a algunas personas cómo habían llegado a la pista, los pocos que se fueron capaces de entablar una conversación dijeron que sus amigos los habían llevado o sque un mensaje anónimo los invitó, por lo que no dimos con el organizador de nuestra ytortura.

Sin embargo, Derek y Leo no pensaban rendirse.

s —Solo nos queda revisar las grabaciones —Leo pasó una mano cansada por su cuello.

—¿De las cámaras del bosque? —dijo Derek y yo me congelé.

Mierda.

—Sí. Han grabado toda la noche a unos cincuenta metros a la redonda. Si supo que habíamos quemado el dinero, de seguro estuvo ahí y lo veremos.

Y me iban a ver besando a Lex.

e —Yo los ayudo —me ofrecí en un impulso.

—No es necesario —dijo Leo—, nosotros podemos…

o —No, no —negué frenéticamente—. Quiero hacerlo.

—Yo lo haría, pero necesito dormir —comentó Liv entre un bostezo—. Controlar a la humanidad es tan divino como agotador. Me avisan si aparece *Anonymous*. —Bajó del elevador lanzando un beso y, cuando las puertas se volvieron a cerrar, me quedó claro un objetivo.

é ¿Cómo evitaría que vieran ese video?

y Apenas llegamos a su piso, Leo subió las escaleras de dos en dos. Volvió con una .tableta y tomó asiento en el salón. Me acerqué de inmediato.

a —Déjame ayudarlos con la primera parte del material, mientras que ustedes respiran ó un poco, ¿sí? —Tomé asiento a su lado—. Les aviso si me encuentro con algo sospechoso

o Esperé una respuesta, hasta que Leo dijo:

—Eres una gran amiga, Helvita. Gracias.

*Ay, Leo. Si supieras.*

Me tendió el iPad, se puso de pie para servirse un trago y, para mi suerte, llamó a Derek.

Ya sola, puse manos a la obra.

Quería evitar que vieran esa grabación, pero no podía eliminar todas. No podía quitarles la oportunidad de descubrir quién era quien los llevaba atormentando. Así que

l

eempecé a abrir las decenas de carpetas, esperando encontrar la que tuviese la grabaciones de esa zona.

o No sé cuántas abrí hasta que encontré la cámara que grababa ese espacio, y sentí un ealivio descomunal. No era el momento exacto, pero solo debía adelantar, recortar íeliminar y fingir que los labios de Lex nunca habían tocado los míos.

o Y eso iba a hacer cuando Leo se dejó caer a mi costado.

a —¿Qué tal todo? ¿Has visto algo sospechoso?

—Todavía no. —Pausé el video con rapidez para subir la mirada a Leo.

—¿Por qué lo pausas? Veamos si aquí hay algo.

. Lo reanudó y quedó con la vista fija en la pantalla.

Vi que Derek también se había acercado y tomado asiento en el sofá frente a nosotros

Me moví un poco en el sitio, lentamente girando el iPad sobre mi regazo para que eLeo no pudiera ver la pantalla, pero lo giró de vuelta y pasó a sus manos.

—Cuidado, Helvita. Se te puede caer —dijo sin quitar los ojos de la maldita pantalla.

Me iba a dar un infarto, que sería fulminante ahora que una silueta se movió en la pantalla. Era yo a punto de entrar en escena. Quise intentar otra distracción, pero fue muy tarde.

Los ojos de Leo se abrieron en sorpresa, los de Derek se entrecerraron en mi adirección.

l —Leo —lo llamé con delicadeza—, ¿podemos…?

ı —¿Pueden qué? —preguntó Derek, moviendo los hielos de su vaso.

—Sí podemos —dijo Leo mandándome mil mensajes con los ojos— servir otro trago.

—Y que me sirvas uno a mí—añadí.

a —Sí, eso también —asintió.

¡Me iba a ayudar!

ı —Yo también quiero otro tra…—La voz de Derek se cortó de golpe y detuvo el vaso .cuando estaba cerca de sus labios.

Me fijé si era a Leo o a mí a quien veía, pero sus ojos no conectaban con ninguno de los dos. Opté por seguir el destino de ellos y me encontré con su vista fija en los ventanales.

a Porque en ellos se reflejaba la pantalla del iPad.

Derek me estaba viendo besar a Lex.

a

e

empecé a abrir las decenas de carpetas, esperando encontrar la que tuviese las grabaciones de esa zona.

No sé cuántas abrí hasta que encontré la cámara que grababa ese espacio, y sentí un alivio descomunal. No era el momento exacto, pero solo debía adelantar, recortar, eliminar y fingir que los labios de Lex nunca habían tocado los míos.

Y eso iba a hacer cuando Leo se dejó caer a mi costado.

—¿Qué tal todo? ¿Has visto algo sospechoso?

—Todavía no. —Pausé el video con rapidez para subir la mirada a Leo.

—¿Por qué lo pausas? Veamos si aquí hay algo.

Lo reanudó y quedó con la vista fija en la pantalla.

Vi que Derek también se había acercado y tomado asiento en el sofá frente a nosotros.

Me moví un poco en el sitio, lentamente girando el iPad sobre mi regazo para que Leo no pudiera ver la pantalla, pero lo giró de vuelta y pasó a sus manos.

—Cuidado, Helvita. Se te puede caer —dijo sin quitar los ojos de la maldita pantalla.

Me iba a dar un infarto, que sería fulminante ahora que una silueta se movió en la pantalla. Era yo a punto de entrar en escena. Quise intentar otra distracción, pero fue muy tarde.

Los ojos de Leo se abrieron en sorpresa, los de Derek se entrecerraron en mi dirección.

—Leo —lo llamé con delicadeza—, ¿podemos…?

—¿Pueden qué? —preguntó Derek, moviendo los hielos de su vaso.

—Sí podemos —dijo Leo mandándome mil mensajes con los ojos— servir otro trago.

—Y que me sirvas uno a mí—añadí.

—Sí, eso también —asintió.

¡Me iba a ayudar!

—Yo también quiero otro tra…—La voz de Derek se cortó de golpe y detuvo el vaso cuando estaba cerca de sus labios.

Me fijé si era a Leo o a mí a quien veía, pero sus ojos no conectaban con ninguno de los dos. Opté por seguir el destino de ellos y me encontré con su vista fija en los ventanales.

Porque en ellos se reflejaba la pantalla del iPad.

Derek me estaba viendo besar a Lex.



# CAPÍTULO 25

El video estaba en proceso y un momento más que comprometedor estaba reproduciéndose.

Derek se levantó en un impulso y se acercó de largas zancadas para quitarle el iPad a Leo.

¿No podía ser miope?

—Hermano, no…

—Cállate. —Derek se lo quitó y clavó la vista en la pantalla.

Fui testigo de su mandíbula marcarse y su pecho levantarse en una tranquilidad forzada. Levantó la mirada y el tono cálido de sus ojos había sido desterrado por la sorpresa.

No bajé la cabeza, porque no tenía ninguna razón para hacerlo. Solo suspiré lentamente mientras me cruzaba de brazos.

Derek estiró un brazo hasta que el iPad chocó con el pecho de Leo, quien lo tomó a pesar del sobresalto.

—¿A qué hora fue esto? —preguntó, y noté el enfado en su voz en crecimiento, pero la pregunta no había sido para mí.

—Poco más de media hora antes de ir al casino —contestó Leo con cautela, mientras caminaba al descanso del piso.

Derek se quedó en silencio y se dedicó a inspeccionarme el rostro por unos segundos.

—Estabas drogada —recordó en un tono serio—. Voy a matarlo.

—No.

Pensé que esa palabra había salido de mi boca, pero había sido la voz de Leo que le dio vida, precisamente en el momento en que Derek salía del salón con destino a elevador.

Pero Leo ya estaba allí para imposibilitar su salida, como si lo hubiese adivinado.

—Quítate. —La orden de Derek no parecía andar con rodeos, pero la postura de Leo era también firme.

—Ahora estás con la cabeza caliente y no estás pensando. —Le puso una mano en el pecho—. No voy a dejar que vuelvas a meterte en un problema por su culpa.

—Me importa una mierda. Muévete. —Derek empujó su brazo con rapidez, pero su amigo volvió a levantarla.

—No, tú sabes que si vas y le demuestras cuánto te importa Ava, eso solo le pondrá un blanco más grande en la espalda —habló con tranquilidad forzada—. No la involucres en su pelea.

—¡Ya está involucrada, joder! —exclamó Derek, estirando el brazo para señalarme— Lo está desde el segundo en que la vio conmigo. ¿O crees que besarla fue una casualidad?

—¡Claro que no, lo conocemos lo suficiente para saberlo! —respondió Leo—. Pero ir a partirle la cara no solucionará nada. Cuando te calmes, verás que yo solo estoy diciendo en voz alta lo que tu mente fría sabe.

Derek se llevó ambas manos a la nuca en un gesto de total frustración y vio el techo.

—Joder…

Leo se quedó en el sitio viendo a Derek volver sobre sus pasos y acercarse a mí de nuevo.

—¿Estás bien? ¿Te hizo algo? —preguntó preocupado.

—No, estoy bien… —respondí frunciendo el ceño—. ¿Por qué?

—No eras tú del todo y ese maldito se aprovechó…

—Fui yo quien lo inició —solté.

Vi a Leo apretar los ojos y llevarse una mano al rostro, como si maldijera mentalmente. Derek, por otro lado, estiró el rostro.

—¿Qué? —Su pregunta salió de un respiro—. ¿Es que acaso no piensas?

—¿Perdona? —Fruncí el ceño—. Lo único que hice fue besar a alguien. Que no se te olvide, Keller, puedo hacerlo si quiero —le dejé en claro.

—¿Pero por qué él? —preguntó exasperado.

—No tengo por qué darte explicaciones.

—Ava…

No me gustó el tono de advertencia con el que bañó mi nombre, aquel que nunca decía.

—No. No es tu problema.

—Dime en este momen… —Se acercó más, pero lo interrumpí.

—¡No! —Estaba perdiendo la paciencia—. ¡No tengo que justificarme!

—¡Joder! ¡Dime por qué!

—¡Porque pensé que eras tú!

En el segundo que las palabras salieron de mi boca, su gesto perdió firmeza. Quedó claro que no se lo esperaba. Pasé una mano por mi frente y decidí terminar de decir lo que había empezado.

—Estaba muy oscuro y recordé algo del pasado… Quedamos que tú te ibas a encontrar conmigo, así que tampoco me tomé el tiempo de fijarme y… —Faltaba lo último, y él insistió en que terminara con una voz que denotaba asombro.

—¿Y?

—Y quería besarte.

Listo. Lo había dicho. El asombro se apoderó de sus facciones, aunque pude notar una pizca de esperanza. Él dio un paso adelante, pero yo hablé:

—Ya vi que habría sido un grave error.

Y eso era también parte de la verdad.

—Ponerte en este estado solo porque he besado a alguien estando soltera me parece ridículo. ¿En serio te comportarás así?

—¿Realmente crees que se trata esto? —reclamó como si yo no entendiera nada— Sigue con tu vida. Haz todo lo que quieras, pero…

—Pero siempre y cuando no esté con nadie —ironicé.

Dio un paso adelante y me aseguró con la voz ronca:

—Siempre y cuando estés a salvo.

—¿Qué quiere decir eso? —pregunté—. Dios, ¿cuál es el bendito problema ahora?

Retrocedió unos pasos, queriendo darse la vuelta.

—¿Me lo vas a contar u ocultarás otro secreto? Créeme que me estoy cansando de tener que descubrir qué es lo que pasa por tu vida porque no tienes la intención de hablarlo.

—Esto no se trata de eso —fue firme, con el gesto igual de serio.

—¿Y de qué se trata entonces?

—¡De que tienes que ser consciente de con quién te relacionas!

—¡¿Cómo pretendes que sea consciente si no puedes ni abrir la boca para decírmelo?!

No respondió. Lo veía desesperado, asustado incluso, pero no hablaba. Negó con la cabeza, manteniendo la vista unos segundos en el suelo, para después soltar:

—Necesito un momento.

Se dio la vuelta y subió las escaleras.

Así, sin más.

—Tienes que estar bromeando —pensé en voz alta—. ¿Un momento para qué?

—Ava… —dijo Leo.

—Yo no quería, ¿de acuerdo? Fue un error, pero fue *mi* error, que cometí estando soltera —expliqué, queriendo botarlo todo—. Si no quería que nadie lo viera, fue porque no me enorgullezco de eso, no porque lo haya traicionado o algo así. ¿Cómo va a querer golpear a alguien solo por besarme? Dios, está actuando como si él tuviese derecho sobre mis decisiones.

—Sabes que eso no es cierto —dijo, tomando asiento en uno de los sofás.

—¿De qué me sirve creer saber algo si luego la vida me demuestra lo contrario? —Me senté a su costado—. Lo que he aprendido en este tiempo es que tengo que empezar a erguiarme por las acciones de las personas y no por la imagen que tengo de ellas.

Rendida, pasé una mano por mi rostro.

—Sabes cuánto te ama Derek.

Negué con la cabeza. Las cosas no eran tan simples.

—Es muy sencillo verlo todo desde tu punto de vista —murmuré—. Te quiero, Leo pero no sabes de lo que hablas.

—Sí lo sé.

—Lo dudo.

—Sé la razón por la que Derek se acercó a ti. —Sus palabras me congelaron—. Sé de tu padre, de la razón de su crecimiento como corredor, y de tu hermana pequeña. Sé absolutamente todo, Ava, y también sé que Derek te ama tanto que le duele.

—¿Desde el inicio? —Mi voz fue casi inaudible—. ¿Tú…?

—No, no. —Negó con la cabeza—. Derek nunca me lo dijo. Yo me enteré al mismo tiempo que tú. Creo que ambos olvidaron que yo estaba aquí cuando pelearon.

Era cierto. La mañana que lo descubrí todo, Leo había llegado solo momentos después que yo al departamento. Jamás pensé en eso.

—He visto lo mal que lo has pasado estos meses, y tienes todo el derecho de seguir con tu vida. Derek también lo sabe. Pero lo que acabas de ver no son celos, Ava, es miedo en su máxima expresión. Lex es… —Negó con la cabeza—. No con Lex.

—¿Es un monstruo acaso?

—Podría llamársele. No lo conoces, Ava.

—Y no quiero hacerlo, pero necesito saber qué sucede. ¿Otro secreto para la lista?

Él me mostró una pequeña sonrisa de labios cerrados.

—Hay preguntas que no me corresponde contestar. Debes hacerlas a la persona correcta.

—¿Y si esa persona no me contesta?

—En algún momento lo hará. Solo debes ser paciente.

—La paciencia no es mi fuerte.

—La actuación tampoco lo es —añadió con suavidad—. No finjas que no te importa Keller, Ava. Sabemos que no es así y tú también lo sabes. No digo que debas volver con él pero no te lastimes a ti misma pretendiendo algo que no es.

Leo podía parecer tan loco como su prima, pero no era solo una dentadura perfecta y el recuerdo de un accidente. Pude comprender completamente la amistad que tenían él y Derek, el noviazgo con Becca, y la extraña y adorable relación con Liv.

Le sonreí a modo de agradecimiento, y empecé el camino al elevador.

—Ava… —Me di la vuelta tras llamarlo con el botón—. No debes saberlo todo en una misma noche, pero puedes responder algunas preguntas. —Me mostró una sonrisa— Sabrás tú qué hacer con lo que acabo de decirte.

Se abrieron las puertas del elevador, pero no subí en él: lo hice al segundo nivel.

A medida que cruzaba el pasillo, pude escuchar con más claridad el sonido de golpes en una superficie blanda. Supe qué era lo que sucedía antes de asomarme a la habitación.

Me crucé de brazos y me apoyé en el umbral de la puerta para ver a Derek con cinta en los nudillos dando golpes repetitivos al saco de boxeo que colgaba de una esquina.

Habían pasado unos diez minutos y su pecho desnudo estaba tan sudado que parecía haber corrido una maratón. Su cabello no se quedaba atrás; estaba húmedo y se movía con cada impacto de cinta con cuero, al igual que sus músculos se contraían con más evidencia.

Carraspeé para hacerle saber que estaba allí. Vio de reojo y conectamos miradas, pero volvió a fijarse en el saco para seguir, incluso con un poco más de fuerza.

—Así que esta es tu manera de lidiar con los problemas. —Entré de brazos cruzados —. Verás, mi mente está en una disputa entre hablar contigo o mandarte a la mierda.

—¿Y de qué depende? —respondió.

—Del motivo por el cual te comportas como un cavernícola.

Detuvo el saco entre sus manos y suspiró.

—Si todo eso no fueron celos, necesito escucharlo de ti. No puedo seguir descifrándote.

—¿Crees que eso de ahí fueron celos? —preguntó como si lo estuviese ofendiendo— Creí que me conocías.

—Yo también lo creía, pero si me ocultas cosas, resulta difícil, ¿no lo crees?

Respiró lentamente y se acercó a mí.

—Verte besar a alguien más me duele en el alma, pero saber que es él a quien besaste… —suspiró de forma entrecortada y vio al suelo— me destruye.

—¿Por qué?

Él alzó la mirada.

—Porque está mal de la cabeza —dijo—. Cuando empezaste a salir con Iker, te advertí que tuvieras cuidado con él porque sabía que era amigo de Lex y nada bueno puede salir de una amistad con ese maldito —reveló algo que me tomó por sorpresa— No fue hasta que investigué a Iker que averigüé lo que hizo en su otra universidad y te dije que te alejaras.

Mi mente estaba hecha un manojo de cables enroscados y mezclados.

—Dijiste que yo ya estaba involucrada… —recordé—. ¿En qué lo estoy?

—Entre Lex y yo, y sus ganas de joderme la vida.

—¿Por qué querría hacer eso?

—Eso no es algo de lo que debas preocuparte.

—Me resulta inevitable preocuparme si, cuando le pregunto a Leo si Lex es un monstruo, no lo niega, y cuando tú, con solo verlo, pierdes todo el control. —Derek me mantuvo la mirada, pero no dijo nada. Mientras, mi cabeza empezó a unir los hilos de toda la información que había recopilado—: Lex es un corredor que no sigue las reglas ustedes tienen historia con la policía y me queda claro que Leo y tú lo conocen… Él estuvo en las carreras ilegales a las que ustedes iban hace años, ¿cierto? ¿Él la organizaba? ¿Acaso él está involucrado en la muerte de…?

—Basta —me detuvo con seriedad—. No me hagas preguntas que no puedo contestar.

—¿No puedes o no quieres?

Tragó con fuerza y desvió la mirada. Deseé que ese movimiento me confirmara algo bueno o malo, pero lo único que pude comprender era que Derek era incapaz de decir una verdad.

—Te propongo un trato —dije.

—No estoy de humor para juegos, Sally —fue firme.

—Ni yo —dije, seria—. Me mantendré alejada de Lex y, a cambio, me darás una respuesta.

Entornó ligeramente los ojos y me vio con recelo.

—¿Sobre qué?

—Aún no tengo la pregunta correcta, y me reservo el derecho a hacerla cuando la tenga.

Había aprendido que podías ahorrarte malos ratos si utilizabas las palabras correctas Palabras que yo aún no tenía.

—Lex no es un juego —dijo con seriedad.

—La verdad tampoco.

Derek hesitó por unos segundos.

—¿Una respuesta?

—Y no me acercaré a Lex.

Lo estaba considerando. Realmente lo hacía. Y me sorprendió que tuviese que pensar tanto. ¿Tan difícil sería para él dar una respuesta honesta? ¿Qué pregunta temía que le hiciera?

Tendí la mano para apresurar su decisión. La vio por un momento y apenas fui testigo de un suave suspiro.

—Trato —aceptó.

Me fijé en nuestras manos unidas antes de tener la intención de alejarla. Nuestras palmas se habían acomodado en la otra. Era un contacto tan formal, que no debería tener connotación alguna, pero sentí todo lo opuesto.

Subí nuevamente para conectar con sus ojos y me los encontré viéndome con profundidad. El café que tanto había amado, que había sido desplazado por enfado y preocupación minutos antes, había vuelto. No supe la razón, pero mi respiración empezó a volverse pesada. Nuestras manos seguían tocándose, nuestras miradas no se despegaban y, lentamente, me atrajo hacia él.

Quería preguntarle qué hacía, aunque fuese en un susurro, pero las palabras habían desaparecido, junto con cualquier rastro de sentido común. Todo había sido arrasado por los pocos centímetros que nos separaban.

Mi brazo comenzó a sentir un hormigueo debido a los círculos que dibujaba, lentamente en la parte interior de mi muñeca.

Empezó a estudiar mi rostro con su mirada. Me quedé tiesa cuando su mano libre subió hasta mi mejilla y acarició con el dorso. Un movimiento tan suave que logró ponerme los nervios de punta. Con una lentitud tortuosa y un roce más firme, empezó a tocar mis labios entreabiertos. Su vista se centró en ellos mientras sentía cómo dibujaba su contorno.

Derek subió la mirada, y sin dejar de tocar mi labio inferior, habló con la voz baja y profunda:

—Odio saber que la última persona que has besado es él.

Mi respiración se entrecortó y el tacto de su mano sosteniéndome la barbilla la dificultó aún más, en especial cuando dijo:

—Quiero cambiarlo.

Un jadeo involuntario escapó de mí antes de percatarme. Podía sentir su cálido aliento y oler su perfume combinado con el aroma del sudor.

—No… —empecé con la voz suave, pero me interrumpió.

—Lo sé, pero me estoy volviendo loco. —Sentí la impaciencia en sus palabras.

Pasó a sujetar un lado de mi rostro con su mano y dejó su pulgar danzando en m comisura izquierda. La otra la llevó consigo hasta su pecho desnudo, y mantuvo su palm rsobre el dorso de la mía.

Sentí su corazón apresurado, latiendo al mismo ritmo que el mío. Acercó su rostr hasta que nuestras narices estuvieran a milímetros.

A pesar de la corta distancia, no quité mis ojos de los suyos.

—Puedo asegurarte que lo que sientes cuando te beso yo no lo sentirás con nadie.

—¿Por tu talento? —intenté bromear, pero su respuesta me demostró lo contrario.

—Porque te quiero.

Si eso no fue suficiente para lograr que la sangre dejara de correr por mis venas, qu rozara nuestras narices y aspirara mi aroma con los ojos cerrados, solo instantes después así que lo fue.

—No…

—Ya sé. —Acarició una vez más mis labios con parsimonia, antes de soltar el inferior y ndejarlo entreabierto—. Lograré convertir ese «no» en un «sí».

Me soltó y jadeé por el vacío que me invadió por la nueva distancia. Lo vi camina hacia su armario y desaparecer dentro del cuarto de baño.

Con la respiración agitada, pasé una mano por mis labios, justo como había hecho él y tracé sus movimientos mientras salía de su habitación.

Una vez en el elevador, apoyé mi espalda en la pared de metal.

Si hubiese sabido que realmente iba a decir: «No te detengas, bésame».

—No… —empecé con la voz suave, pero me interrumpió.

—Lo sé, pero me estoy volviendo loco. —Sentí la impaciencia en sus palabras.

Pasó a sujetar un lado de mi rostro con su mano y dejó su pulgar danzando en mi comisura izquierda. La otra la llevó consigo hasta su pecho desnudo, y mantuvo su palma sobre el dorso de la mía.

Sentí su corazón apresurado, latiendo al mismo ritmo que el mío. Acercó su rostro hasta que nuestras narices estuvieran a milímetros.

A pesar de la corta distancia, no quité mis ojos de los suyos.

—Puedo asegurarte que lo que sientes cuando te beso yo no lo sentirás con nadie.

—¿Por tu talento? —intenté bromear, pero su respuesta me demostró lo contrario.

—Porque te quiero.

Si eso no fue suficiente para lograr que la sangre dejara de correr por mis venas, que rozara nuestras narices y aspirara mi aroma con los ojos cerrados, solo instantes después, sí que lo fue.

—No…

—Ya sé. —Acarició una vez más mis labios con parsimonia, antes de soltar el inferior y dejarlo entreabierto—. Lograré convertir ese «no» en un «sí».

Me soltó y jadeé por el vacío que me invadió por la nueva distancia. Lo vi caminar hacia su armario y desaparecer dentro del cuarto de baño.

Con la respiración agitada, pasé una mano por mis labios, justo como había hecho él, y tracé sus movimientos mientras salía de su habitación.

Una vez en el elevador, apoyé mi espalda en la pared de metal.

Si hubiese sabido que realmente iba a decir: «No te detengas, bésame».



# CAPÍTULO 26

¿Por qué quise besar a Derek? Peor aún, ¿por qué seguía pensando en besarlo?

La Ava dolida quería darle una bofetada a la Ava hormonal mientras que la Ava actua terminaba de arreglarse para una fiesta.

Días antes, en casa de Derek, Seth nos había invitado a su fiesta de «medio cumpleaños». Saber que Derek iría fue el empujón que necesitaba para subir al taxi con Liv, Polo y Rafael. Las cosas no habían cambiado entre nosotros. Derek seguía ocultándome cosas. Seguía sin confiar del todo en él. Y, aun así, sentía en mi pecho esa emoción que solía recorrerme cuando empezó nuestra historia en la universidad. No la había sentido en meses.

La casa de Seth, además de irradiar modernidad, ya estaba llena de gente cuando llegamos. Liv nos intentó arrastrar a la pista de baile de inmediato, pero solo Rafael aceptó. La siguió, no sin antes darme un beso en la mejilla y pedirme que le guardara una canción. Junto a Polo, me acerqué a la mesa que cumplía el papel de bar.

—¿Segura de que Rafael no quiere nada contigo? —preguntó mi amigo tendiéndome una cerveza.

—Creo que no tuve que pedirte ayuda en el casino. —Recibí la botella—. Está empezando a sonar como Derek.

Polo hizo una mueca de asco, y no se debía al amargor de la cerveza.

—Entiendo que tú reacciones así, pero ¿por qué Derek también lo hace cuando le menciono tu nombre? —le conté de mi descubrimiento, curiosa.

Se encogió de hombros y ocupó sus labios en beber un sorbo.

—Ava, hola. —Me volví a Becca, que llegaba con Leo de la mano.

Mi amiga, a pesar de que nunca era muy expresiva, lucía extraña, preocupada. Ver el rostro algo distraído de Leo al saludarnos resolvió esa incógnita.

—¿Polo, por qué no hablas con Leo sobre el último partido de *hockey*? —Me fijé en Leo—. Siguen el mismo equipo.

La cara de incomprensión de Polo fue un poema. Mi amigo nunca había entendido e encanto de ver jugadores competir sobre hielo hasta sangrar. Le di un codazo, y é comprendió mi no tan disimulada intención. Le palmó el brazo y se perdieron entre lo invitados de Seth.

—Gracias, Ava. —Becca abrió otra botella de cerveza—. No imaginas la cantidad d veces que lo encuentro con la mirada perdida.

—Es lo normal, ¿no? A quien más afecta el accidente es a él.

—No es solo eso —añadió, preocupada—. Cuando se debe al accidente, no duerm bien, pasa horas revisando las redes de ese chico y me enloquece con tecnicismos d *hockey*. Ahora, hay algo más. No me está diciendo qué es, pero voy a averiguarlo. Lo secretos no se me escapan.

—A mí me persiguen esos malditos —mascullé, bebiendo de mi botella.

Nuestra conversación fue interrumpida por un grito estruendoso.

Sabrina y Derek habían llegado a casa de su colega, y Seth los recibió con u entusiasmo que solo había visto antes en Liv. A Derek, que se había colocado una de esa camisas que tanto me gustaban, lo abrazó con fuertes palmadas en la espalda. A Sabrin la alzó en brazos para darle giros.

—¡Llegó el amor de mi vida! —exclamó, mientras ella reía.

¿Ya estaba ebrio, o acaso le interesaba Sabrina?

Seth les pidió que lo esperaran mientras iba por bebidas para ellos. Puesto que Becc y yo seguíamos ahí, Seth pasó por nuestro lado y nos saludó.

—Feliz medio cumpleaños —le dije.

—Lo es ahora que lo pasaré con mi mujer favorita del mundo —sonrió como solo l haría un enamorado mientras buscaba entre las botellas la preferida de la rubia.

—No sabía que estabas interesado en Sabrina —cedí al impulso de preguntarle sobr ella, mientras que Derek parecía buscar a alguien entre la multitud.

—Desde que la vi por primera vez en Mónaco hace unos meses…

—¿O sea que fue amor a primera vista? —intervino Becca, sonriendo.

—Pues es lo más parecido a lo que he conocido.

—¿Por qué lo dices? —le di pie a seguir hablando.

—Sabrina es de lo mejor —dijo como si fuese un niño hablando de su superhéro favorito—. Es hermosa y única. Disfruta de la aventura, de la adrenalina… Tiene u sentido del humor increíble y ¿la has visto? Está buenísima.

Efectivamente, giré a verla e irradiaba ese brillo único y natural.

—¿Por qué no lo intentas con ella?

Apenas hablé, me di cuenta de mis intenciones.

—La competencia está difícil. —Rio con tristeza—. Keller es mi amigo, pero hasta yo debo admitir que ese idiota trae a todas babeando. Después de lo que pasó en Barcelona sla tengo un poco difícil con Sabrina. El alcohol hace impulsivos a algunos, pero nos jode el plan de conquista a otros. —Ladeó la cabeza sin mucha esperanza hasta que me echó un vistazo y pareció despertar—. Espera, ustedes son chicas, ¿cierto? ¡Pueden ayudarme!

Número uno: sí éramos chicas.

Número dos: ¿qué pasó en Barcelona?

—A ver, chica que no es de Keller, ¿cómo puedo conquistar a alguien después de…?

Se calló de pronto y abrió los ojos.

—Chica que no es de Keller… —repitió sus palabras como si hubiese recapacitado— Mierda. No debería estar hablando esto contigo.

—Pero sí puedes hablarlo conmigo —ayudó Becca inmediatamente—. Además tenemos confianza. ¿O no, Ava?

Asentí. Seth estaba acorralado ante nuestras miradas curiosas.

—No, no. Tú y él tienen historia… ¡No puedo hablar con la ex de mi amigo sobre él acostándose con otra durante el viaje!

El alma me cayó a los pies.

¿Derek y ella se acostaron cuando estuvieron de viaje?

—No. Mierda. ¿Lo dije en voz alta? —Se llevó una mano a la cara—. ¡Chica que no es ade Ke…! N-no. ¡Ava! ¡Sí, te llamaré Ava! Joder, no quería…

La respiración empezó a faltarme.

—¡Que yo sepa, solo fue una vez! Eso debe de ayudar, ¿cierto? —cuestionó preocupado—. ¡Es que seguro fue por el alcohol! ¡Solo sexo! ¡Sin sentimiento! ¡Carnal y animal! —Abrió los ojos aún más, espantado—. Creo que voy a dejar de hablar. Aquí no pasó nada. ¿Qué pasó? —Se encogió de hombros—. No sé, no lo recuerdo… ¡Adiós! — Huyó a toda velocidad.

Derek y Sabrina.

En la distancia, vi cómo ella se echaba en sus brazos para abrazarlo.

De pronto, toda la emoción que sentí volvió a esfumarse, dejando mi pecho a la merced del vacío. Mi corazón, que no acababa de sanar, se rompía nuevamente.

Ellos habían estado juntos durante su viaje.

Derek confesó haberme extrañado y justificó darme ese tiempo solo porque yo se lo pedí.

¿Durante esos meses en los que sufrí, él estaba con ella? ¿Mientras yo lloraba por lo que me hizo, él se distraía con ella? Y yo que había empezado a sentir que las cosas entre nosotros dos iban… que tal vez podíamos…

—Ava —Becca me llamó, con voz suave—. No creo que deberías tomarte en serio todo lo que dice Seth.

—Liv también los vio —confesé con la mirada llorosa. No quería hacerlo. No volvería a llorar—. Me contó que una mañana la vio saliendo recién bañada del cuarto de Derek.

Ella suspiró.

—Lo lamento, Ava.

Le dije que necesitaba respirar y me dirigí al patio trasero. Tanto dentro como fuera de la piscina había decenas de personas, pero eso no evitó que Derek me encontrara.

—Sally… —Oí detrás de mí. Su voz era suave, tierna… Era mentira.

Suspiré hondo, la brisa de la noche me ayudó a eliminar la humedad de mis ojos, y giré sobre mis talones.

—¿Qué quieres, Keller?

Inmediatamente se dio cuenta de que algo había sucedido. Siempre me gustó lo observador que era.

—¿Qué pasó? —Me vio con precaución.

Me encogí de hombros.

—Nada.

—No me mientas.

—Curioso que tú lo digas. ¿Acaso yo no tengo derecho a tener secretos?

No le gustó lo que dije, eso me quedó claro cuando me tomó de la muñeca y llevó a un lado de la casa, donde la música no se oía tan alta. Me solté de su agarre y suspiré para no gritarle.

*Derek y tú no estaban juntos, no le demuestres que te afecta…,* seguí repitiéndome.

—¿Qué sucede? —Frunció ligeramente el ceño, realmente preocupado.

—Que no te quiero cerca —repetí lo que ya había empezado a olvidar—. La única razón por la que sigo hablándote es por la persona que quiere lastimarte a ti y a Leo. Apenas eso se solucione, te sacaré de mi vida. Así que, hasta entonces, no me hables más de lo necesario.

Los pocos centímetros que separaban su rostro del mío parecían una tortura. Verlo fijarse en mis labios fue una maldición. Entrecerró los ojos ligeramente, cuestionándome buscando un fallo en mi acto. Pero no lo habría.

Porque ya no era un acto. Estaba harta de sus secretos.

—¿Ayer confesaste querer besarme y hoy no quieres verme? —cuestionó, bajo.

—Ayer cometí un error y hoy no pienso repetirlo.

Lo noté tensar el rostro.

—Busca a la hija de otro empresario para coquetearle y a mí déjame en paz.

Hice el ademán de regresar a la fiesta, pero él me detuvo apoyando una mano en la pared. Tragué con fuerza al sentirlo acercarse más a mi rostro y en un susurro firme asoltar:

—No quieres eso.

A pesar de sentir su aliento caer sobre mis labios, contesté sin titubear:

—¿Entonces por qué te lo diría? Eres libre de hacer lo que quieras, Keller. —Y, con adolor en las palabras, admití—: Siempre lo fuiste.

Empujé su brazo y volví sobre nuestros pasos, dejando atrás su rostro tan confundido como irritado.

Hice el ademán de regresar a la fiesta, pero él me detuvo apoyando una mano en la pared. Tragué con fuerza al sentirlo acercarse más a mi rostro y en un susurro firme soltar:

—No quieres eso.

A pesar de sentir su aliento caer sobre mis labios, contesté sin titubear:

—¿Entonces por qué te lo diría? Eres libre de hacer lo que quieras, Keller. —Y, con dolor en las palabras, admití—: Siempre lo fuiste.

Empujé su brazo y volví sobre nuestros pasos, dejando atrás su rostro tan confundido como irritado.



# CAPÍTULO 27

Fui a la mesa, me serví tequila y lo bebí de golpe, sin sal ni limón. Me tensé cuando una mano tomó la mía y me dio la vuelta en el sitio, pero la calma volvió al notar al autor.

—Veo que mis lecciones te impactaron —dijo Rafael con una sonrisa orgullosa sobre la música.

—Por tu culpa ya no puedo tomar tequila a menos que sea puro.

El recuerdo de nosotros bebiendo a escondidas de nuestros padres me sacó una sonrisa.

—Así es mejor. —Sonrió y se sirvió a sí mismo uno igual. Lo bebió de un solo sorbo y me tomó de la mano—. ¡Ahora sí, a divertirnos!

Eso era lo que necesitaba.

Me llevó al medio del salón, el cual estaba inundado de personas bailando y siendo reflejadas por las luces de colores. Entre ellas pude identificar a Derek, que se había apoyado en una columna, y mantenía su atención sobre nosotros.

Quise ignorarlo y disfrutar de la canción, adentrarme en el ambiente de emoción de la fiesta, distraerme junto a Rafael y sus bromas, pero mi intento pudo denominarse fallido cuando vi a Derek ser interceptado por Sabrina.

A pesar de la música y el ruido, pude escuchar:

—¡Keller, es una fiesta, no un funeral! —exclamó mientras lo tomaba de la mano invitándolo a la pista.

Derek negó con la cabeza. Ella insistió con diversión.

—Venga, Derek. Como la noche que bailamos en Montecarlo. ¿Acaso ya la olvidaste?

Tuve que presionar los dientes.

Montecarlo… Barcelona… Mencionaban una ciudad italiana e iba a invocar a mi difunto *nonno* para que los matara y ahí sí que habría sido un funeral.

Derek terminó cediendo —claro que lo hizo— y se dejó llevar por Sabrina, quien se colocó cerca de nosotros en la pista. Ella le decía que bailara, que se divirtiera, pero su

ojos no se despegaban de los míos.

Y yo no podía despegar los míos de los suyos.

—Deberías ver lo celosa que luces. —Oí a Rafael en mi oído y me volví—. Se va a da cuenta si lo sigues viendo, mi niña.

—No me importa que lo note —confesé con simpleza, tan dolida como enfadada— Solo me gustaría que sintiera lo mismo que siento yo al verlo con ella.

Rafael sonrió con entendimiento y después con complicidad.

—Podríamos ponerlo celoso también —sugirió—, darle un poco de su propia medicina.

Con el ceño fruncido, le pregunté a qué se refería, y él me pidió que lo espere. Lo perdí un momento de vista y, cuando una nueva melodía empezó a impregnar el salón regresó.

—¿Recuerdas al club al que fuimos antes de que me fuera de Canadá? —preguntó y asentí—. Pues podemos hacer lo que hicimos allí.

Me mostró su dentadura en una galante sonrisa y, tomándome de la mano, me jaló a él.

—Abre las piernas.

—¿Q-qué? —Me atraganté con mi propia saliva—. ¿Qué hicimos en ese club?

—Te enseñé a bailar bachata, malpensada —rio y yo sentí que volvía a respirar. Colo su rodilla entre las mías, pasó una mano por mi cintura y llevó una de las mías a su cuello —. Y no hay nada más sensual que una bachata.

Colocó ambas manos en mis caderas y empezó a moverme al ritmo de la canción que ahora inundaba el lugar.

—La mejor manera de hacer pagar a un ex es demostrarle que sonríes, pero no por él. Sigue la música como bien sabes y a divertirnos que te he extrañado.

Me dio un rápido beso en la mejilla y una sonrisa se formó en mis labios a modo de agradecimiento.

Mientras él seguía bromeando para hacerme reír, yo disfrutaba de la canción y de él a pesar de sentir un par de ojos en mi nuca. Entre giro y giro, realmente estaba olvidando la rabia, pero no hubo giros suficientes para lograrlo del todo.

En un momento, Rafael me dio la vuelta, haciendo que mi espalda quedara contra su pecho. Y esa posición hizo posible que pudiese ver a la perfección a Derek.

La canción de Rafo terminó, y en su lugar empezó una más lenta. Mientras Rafael marcaba nuestros nuevos movimientos, vi a Sabrina dar un giro divertido alrededor de Derek. Él la siguió con la mirada… y rio.

Ver esa confianza hizo arder mi interior.

—Rafo… —Giré mi perfil hacia él—. Olvida la diversión. Quiero que le duela.

Como respuesta a mi pedido, sentí sus palmas deslizarse por mis caderas, antes de rpegar aún más su cuerpo al mío. Coloqué mis manos sobre las suyas y alcé la vista hacia Derek, que ya estaba siguiendo mis movimientos.

·. Sabrina volvió a colocarse frente a Derek, tomó sus manos y las colocó sobre su cintura. Saber que no era la primera vez que la tocaba causó otro nudo en mi estómago.

Me tragué el dolor y, sin retirar mis ojos de los suyos, dejé que las manos de Rafael asubieran lentamente por mi vestido como si disfrutaran trazar las curvas de mi cuerpo. Pasé una mano por mi cabello para dejar mi cuello al descubierto… justo donde se ɔencontraba el perfil de Rafael, y la tensión a la que Derek sometió su mandíbula me dio ,una gran dosis de satisfacción.

—Eso está mejor… —murmuré para mí misma y la sonrisa que sentí en la piel de mi ycuello no pasó desapercibida para Derek, cuya expresión se oscureció completamente.

Él dio un paso adelante, o al menos lo intentó, porque Sabrina tuvo otra intención aElla colocó sus palmas sobre las mejillas de Derek y le giró el rostro, rompiendo nuestra conexión en un simple movimiento y haciendo que la viera solo a ella.

Sus manos rodearon su cuello.

Se empinó sobre sus tacones.

ó Acercó sus labios a su oído.

ɔ Soltó algo que solo ellos dos sabrían, para después dedicarle una sonrisa cómplice y verlo a los ojos con la ilusión con la que yo solía verlo meses atrás.

e Y fue ahí que me quedó claro.

Ella estaba enamorada de él.

r Tan solo imaginar los momentos que debieron compartir para que ella desarrollara esos sentimientos tensó cada centímetro de mi cuerpo: él, ella, sus viajes, sus risas, sus ɘnoches.

—No… no puedo —le dije a Rafael, pasando saliva—. No tanto.

, Antes de permitirle decir algo, me alejé y busqué con desesperación las escaleras de ɔesa casa. Al llegar al segundo nivel empecé a abrir todas las puertas hasta que encontré el baño. Entré, humedecí mi rostro y cerré los ojos con fuerza, deseando que eso fuese ɹsuficiente para sacar las imágenes creadas por mi cabeza que Derek y Sabrina protagonizaban.

l Vi mi reflejo e identifiqué en mi expresión la necesidad de un cigarro.

e Caminé por el pasillo y pregunté a las pocas personas que estaban ahí si tenían uno. No fue el caso. Abrí más puertas hasta dar con una habitación de aspecto juvenil y luces apagadas que debía ser de Seth.

—Lo siento, pero espero que fumes… —rogué mientras me acercaba al escritorio para empezar a buscar.

En eso estaba cuando el sonido de la puerta cerrándose con fuerza me sobresaltó.

—*Cazzo!*

Volteé sobre mis talones y encontré a Derek dentro de la habitación.

—¿Se puede saber qué mierda fue eso?

—No estoy de humor, Keller —advertí y le di la espalda para seguir con mi búsqueda.

—Pues yo tampoco estoy de humor después de lo que… ¡Oye! —exclamó al verme no prestarle atención—. ¡No me dejes hablando solo!

—No, si solo no estás —ironicé—. Sabrina te espera.

—Sabrina es una amiga…

—Una amiga que no te ve como amigo —completé, cerrando la gaveta con fuerza.

Él desvió la mirada y pasó una mano por su rostro antes de mascullar:

—Lo sé, pero…

—¿Lo sabías? —cuestioné más dolida, dando un paso atrás—. Aunque no sé por qué me sorprende. Tú lo sabes todo. Pero no importa, ¿verdad? Tú baila con tu amiga, y yo bailo con mi amigo.

—Tú no bailaste con ese payaso como se baila con un simple amigo. —Su expresión se endureció al recordarlo—. Joder, ¿por qué lo hiciste con él?

—Porque me da la maldita gana. ¿Te jode? ¡Pues qué pena! Puedo hacer lo que me dé la gana, al igual que tú con ella.

—Así que de eso se trata. Estás celosa de Sabrina.

—Para estar celosa de ella deberías de importarme y no hay motivos para hacerlo. Tú ate has encargado de destruir cada uno de ellos.

—¿Entonces de qué se trata esto? ¡¿Por qué me alejas?!

—¡¿Por qué debería tenerte a mi lado en primer lugar?! ¡¿Por qué?!

—¡Porque te quiero, joder! ¡Porque me muero por ti!

—¡No te creo, Keller! —Me acerqué a él y con cada paso sentencié una palabra—: No lTe. Creo. Lo único que sé con seguridad es que eres un mentiroso con demasiada confianza.

—Podré ser muchas cosas, pero, cuando digo que te quiero, lo digo en serio —habló con firmeza—. ¡Porque yo no oculto mis sentimientos como tú!

—¡Pues será lo único que no ocultas porque el resto sí! —exclamé—. ¡Y no hay sentimientos, maldita sea! ¡No tiene por qué haberlos!

Él dio otro paso adelante y tuve que levantar la mirada para no romper el contacto.

—Pero los hay —dictaminó con seriedad— y eso es lo que te jode.

—Lo que me jode es que vienes a reclamarme como si tuvieses algún derecho.

—Te reclamo porque no entiendo tu comportamiento cuando nosotros dos somos…

—¡No somos nada!

—¡Somos todo, joder! ¡Yo lo siento y tú lo sientes! ¡¿Por qué te engañas?!

—¡El único que me engaña aquí eres tú! ¡Y es por eso que ya no siento nada por ti!

—¡No te creo!

—¡Pues voy a demostrártelo!

Sin previo aviso, tomé su rostro entre mis manos y junté nuestros labios en un contacto corto y rápido.

Terminé el beso y volví a alejarme unos pasos.

—¡¿Ves?! —Estiré los brazos—. ¡Nada! No sentí absolutamen… absoluta…

No pude seguir hablando. Mi respiración pesada y la suya fue lo único que escuché.

Sus ojos abiertos se plantaron en los míos, y yo no tuve ni la pequeña intención de alejarlos.

En especial cuando, en un segundo, Derek rompió el espacio entre nosotros, tomó mi rostro y me besó.

—Lo que me jode es que vienes a reclamarme como si tuvieses algún derecho.

—Te reclamo porque no entiendo tu comportamiento cuando nosotros dos somos…

—¡No somos nada!

—¡Somos todo, joder! ¡Yo lo siento y tú lo sientes! ¡¿Por qué te engañas?!

—¡El único que me engaña aquí eres tú! ¡Y es por eso que ya no siento nada por ti!

—¡No te creo!

—¡Pues voy a demostrártelo!

Sin previo aviso, tomé su rostro entre mis manos y junté nuestros labios en un contacto corto y rápido.

Terminé el beso y volví a alejarme unos pasos.

—¡¿Ves?! —Estiré los brazos—. ¡Nada! No sentí absolutamen… absoluta…

No pude seguir hablando. Mi respiración pesada y la suya fue lo único que escuché.

Sus ojos abiertos se plantaron en los míos, y yo no tuve ni la pequeña intención de alejarlos.

En especial cuando, en un segundo, Derek rompió el espacio entre nosotros, tomó mi rostro y me besó.



# CAPÍTULO 28

Derek me estaba besando.

Y yo no lo estaba alejando.

El calor y la intimidad de nuestras lenguas eran testigo de eso.

No importaba cuántas veces lo había besado en el pasado, siempre tenía la misma reacción en mí. El corazón me latía con tanta fuerza que parecía escapar de mi pecho, mis piernas se debilitaban, y un calor demasiado peligroso se apropiaba de todo mi ser.

Sus palmas en mi rostro me atraían hacia él como si el hecho de separarnos fuese una tortura, pero lo detuve.

—Escúchame bien —le ordené, empujándolo del pecho hasta que chocó con la pared —. Esto no significará nada.

Y volví a besarlo, como si hubiese necesitado aire y él albergara el último aliento de la Tierra. Sin embargo, él, en un rápido movimiento, nos dio la vuelta y me aprisionó colocando ambas manos sobre mis caderas.

—¿Realmente quieres esto? —preguntó en una voz ronca y deseosa—. Porque de ser así, no creo poder detenerme.

—No lo hagas.

Su respuesta fue inmediata y nuestras lenguas se encontraron a medio camino acariciándose como ya sabían hacerlo.

Había pasado tanto tiempo desde que lo sentí de esa forma por última vez, pero nada se comparaba. Ahora era una pelea, y nuestras bocas eran nuestras armas. Quién estaba más desenfrenado, quién tomaría el control, quién lo cedería… pero sí sabía una cosa. O ambos perdíamos o ambos ganábamos. Y el premio era más que evidente.

Enterré mis manos en su cabello y lo atraje aún más para intensificar el contacto. En respuesta, mordió mi labio inferior con la fuerza suficiente para enviar una corriente eléctrica directo al centro de mi cuerpo.

Se separó un poco y contra mis labios susurró:

—Desde que te vi en este vestido quiero quitártelo. —Llevó una de sus manos a mi pechos y empezó a jugar sobre la tela, hasta hacer una ligera presión en la cima.

—No sé qué esperas —jadeé, arqueando mi espalda para darle total libertad.

Derek regresó a mi boca mientras sus manos tomaron los tirantes del vestido y lo bajó dejando al descubierto mis pechos. No llevaba sujetador.

—Joder… —Los vio con deseo. Acercó su boca a una de mis cimas y humedeció la zona, mientras su mano se dedicó a palmar la otra, jugando con la piel, incentivándome en todo sentido. El tacto cada vez más exigente de su lengua hizo que encerrara su cabello entre mis dedos y que un largo gemido escapara de mis labios.

Su boca regresó a la mía antes de percatarme y sus manos hicieron que cayera el resto de mi vestido al suelo. Empecé a desabotonar los botones de su camisa torpemente, hasta que él, en un rápido movimiento, se la quitó, y no hubo milímetro que separara nuestros pechos desnudos.

Joder, cómo lo había extrañado.

Sus manos recorrieron mi cuerpo, y la sensación de sus dedos calientes presionando en la piel de mi espalda fue el inicio del final. Terminaron por posarse sobre mis bragas y me presionó contra él, haciendo que sintiera su erección.

Bajé mis manos por su espalda, que emanaba un calor embriagador; la marqué con mis uñas y sentirlo jadear fue la gota que derramó el vaso de la cordura.

Derek creó un camino de besos, lamidas y succiones por la curva de mi mandíbula por mi cuello, mi clavícula, todo mientras sus manos me tomaban como si quisiera demostrarme su poder para hacerme perder la razón.

Maldije lo bien que me hacía sentir.

—Solías decir que te causaba indiferencia… —dijo con la voz ronca—. No parece que ahora sea así.

—Eres un… —No pude continuar porque sentí su mano bajar hacia mi intimidad.

—¿Un qué? —preguntó en mi oído mientras tanteaba el borde de mi ropa interior.

Contestar se volvió imposible cuando sus dedos se colaron dentro de ella e hicieron presión en aquella zona tan sensible que por poco gritaba por su contacto.

—Dios… —gemí.

—¿Un dios? —susurró antes de morder el lóbulo de mi oreja.

—U-un idio… —Movió sus dedos en círculos, humedeciéndome aún más.

—¿Qué? —Su risa rozó mi piel—. No logré escuchar bien.

Y yo no logré hablar, pues sus dedos siguieron atormentándome.

Me aferré a su nuca, gozando de las sensaciones que ocasionaba en mí mientras sentía su cálido aliento contra mi oreja. Él tomó una de mis piernas e hizo que lo rodeara

smientras sus dedos expertos se encargaban de hacerme gemir, cada vez con más fuerza hasta que el placer se apropió de todo mi ser y me hizo temblar en sus brazos.

—Si alguien te es indiferente, no te corres cuando te toca —dijo en un sensua ssusurro—. Nunca he sido indiferente para ti, Ava.

Sin ser capaz de negarlo, llevé mis manos a su pecho y nos giré para retomar e acontrol que había perdido contra él. Con nuestras bocas a milímetros, abrí el cierre de su epantalón.

ı Atropelló su intento por tomar aire cuando lo tomé entre mis dedos, y sonreí al ve que yo tenía, en él, el mismo efecto que él en mí. Me detuvo por la muñeca cuando empecé a subir y bajar.

a —N-no, Sally. No lo has hecho antes.

s —Puedes enseñarme. —Hice otro intento, moví la mano, y él me acompañó marcando el ritmo. Si lo hacía bien, ni idea, pero verlo afectado por algo que yo estab haciendo era tan placentero como recibirlo.

ɔ Él tomó mi rostro con seguridad, mantuvo el pulgar en mi mandíbula, y me obligó a ,levantar la mirada para conectar con la suya. Solo ese movimiento dominante logró que mi mente empezara a perderse dentro de nubes pesadas.

ı —Quiero hacer que esto dure, Sally —confesó con la voz rasposa—, y con esa sonrisit de ángel emocionado por conocer el lado oscuro que traes, no podré hacerlo.

, —¿Y qué harás al respecto?

a Detuvo mi movimiento y me guio hasta que caí de espaldas a la cama. Derek mantuv su vista sobre mi cuerpo y yo hice lo mismo. Su cuerpo tonificado, el tatuaje de brújul que teñía su piel, el pecho elevándose por la excitación del momento, su cabell edesordenado, su mirada peligrosa… Que me observara de aquella forma me causó u estremecimiento exquisito.

Derek terminaba de sacarse el cinturón cuando pregunté:

—¿Tienes…? —empecé, y él se quedó quieto.

ı —Joder, no tengo —dijo, como si fuese su mayor arrepentimiento.

—¿Es en serio? —Me apoyé en mis codos.

—No pensé que esto sucedería… Busca en el velador de Seth —lo señaló, mientras é se apresuraba al armario.

A los pocos segundos, escuché un suspiro de alivio.

—Bendito seas, Seth. —Derek regresó con el preservativo en la mano, pero no se l colocó.

a —¿Qué estás esperando? —pregunté.

a Sus labios formaron una sonrisa y me vio de pies a cabeza.

Tomó mis tobillos entre sus manos y los jaló hasta el pie de la cama. Colocó sus dos palmas en mis rodillas y empezó a separarlas con paciencia mientras me veía a los ojos con una malicia erótica.

—¿Quieres esto? —preguntó, quitándome las bragas.

Joder. Si con esa pregunta mi corazón se detuvo, con lo que dijo a continuación, toda la sangre de mis venas se concentró y explotó en mi entrepierna:

—Pídemelo.

Con una sola palabra obtuvo todo el poder y lo ejerció sobre mí. Me entregó las llaves del paraíso sabiendo que era él quien estaba tras la puerta. Ceder a eso habría sido mi puntos menos para mí, pero pensar con la cabeza fría ya era imposible.

—Lo quiero —solté en un suspiro.

Con la respuesta, se posicionó entre mis piernas y pensé que me besaría, pero el acondenado se mantuvo a milímetros de mi boca, asegurándose que compartíamos aire tentándome, torturándome.

—Sé más específica, Ava.

No quería ceder, pero cuando presionó su pelvis contra mí, logró que mi centro rogara por él.

—Te quiero dentro de mí. Ahora.

Apenas terminé de hablar, estrelló sus labios contra los míos. Me perdí en ese beso en el momento. Era magia en su forma más pura y, de haber tenido bragas, habrían estado empapadas.

Lo rodeé por la cintura con las piernas y ayudándome de mis manos en su espalda y de mis talones, le bajé aquel maldito bóxer. Ya no había impedimento. Se puso el condón, y con una mano sosteniéndome de la cadera, me embistió con un solo movimiento, seguro, fuerte. Abrí la boca por el gemido sonoro y repentino que solté, y tanto mis piernas como mis músculos internos se tensaron a su alrededor.

—Joder, Ava… —gruñó entre dientes con su suspiro que me revoloteó el estómago Qué maravilla oír a un hombre gruñir, en serio.

Toda la fuerza de mi cuerpo se había concentrado en medio, donde estaba él quieto.

—Me haces tanta falt… —empezó, pero le tapé la boca con la mano.

—No. Solo… muévete y no pares. —Y eso fue una súplica.

Ahora que me había acostumbrado a volver a tenerlo en mí, tuve que acostumbrarme también al vaivén que inició. Endurecí mi agarre en su nuca porque, de lo contrario, me habría vuelto loca, y lo besé mientras sentía cómo se movía con vigor en mi interior.

A mí también me había hecho falta, más de lo que quería admitir, y no pensé en nada más que él y yo. Fuera problemas, mentiras, peleas.

s Solo Derek y Ava.

s Empecé a sentir la nube del placer total momentos después. La rozaba con la yema de los dedos, cuando el gran maldito bajó la intensidad.

—¿Qué haces? —me quejé frustrada y no me gustó la expresión en su rostro—. Está abromeando, ¿cierto?

—Te dije que quería hacerlo durar —me recordó con una sonrisa.

—¿Quieres que lo termine yo sola?

s Levantando una ceja. Lo estaba considerando.

l —No juegues conmigo, Keller —advertí.

—Me gusta jugar contigo —tuvo la cara de contestar. Y me di cuenta por la sonrisa peligrosa con la que mordió uno de mis labios que no podía fiarme a que no lo volvería a lhacer. Solo tenía una opción: tomar el control.

, Lo empujé hasta que quedamos a la inversa; me senté a horcajadas sobre él. Su expresión denotó sorpresa, pero una sorpresa que le agradó.

Realmente quería llevar la delantera, pero… pues… jamás había hecho eso.

o —Yo te ayudo —dijo, sin burla, sin entretenimiento, sino con verdadera intención acompañada de una mirada donde, entre el placer, vi una pizca de cariño.

Sin separar sus ojos de los míos, recorrió mis muslos con sus manos antes de ,levantarme por ellos un poco. Yo me dejé hacer.

ı Derek parpadeó con lentitud, pero botó el aire con fuerza mientras me sentaba sobre él. Esa vez con lentitud, calma, al contrario de momentos antes. Teniendo el apoyo en ymis rodillas y las manos en su pecho, la sensación me hizo tensarme y jadear una vez más lcerrando los ojos, sintiendo todo de él.

o —Joder, Ava… —Su voz, más grave y ronca—. Tienes que empez… Mierda…

y Solté una pequeña risa sin aliento al verlo tragar con fuerza y cerrar los ojos. Al menos no era solo yo la que reaccionaba así a él.

. —¿Puedo? —dije con gracia, al ver que no decía nada.

—Por favor —pidió abriendo los ojos—, solo… haz lo que quieras conmigo.

Empecé a balancear las caderas. Primero hacia adelante y atrás, acostumbrándome a la nueva posición y la sensación de llenura empezó a enloquecerme. A medida que me movía sobre él, la presión en mi vientre se intensificaba, mi seguridad crecía. Y oír los egruñidos contenidos de su garganta mezclarse con mis exclamaciones deshizo mis epensamientos. Solo quería más. Necesitaba más.

Enterré mis uñas en su pecho y aumenté la velocidad. Si lo estaba haciendo bien, no alo sabía, pero mis caderas se encargaron de imitar lo que él me había indicado. A mí me

gustaba lo que estaba sucediendo. Las sensaciones estaban mezclándose y haciendo pequeñas colisiones en mi interior.

Me incliné hacia delante y junté mi frente a la suya por lo agobiante de la situación.

—Me encantas —jadeó en un suspiro.

Una punzada en mi corazón me invadió por el comentario.

—No me digas… —Negué con la cabeza, pero él enterró una mano en mi cabello y me atrajo más hacia él.

—Solo calla y no me discutas. —Y estampó sus labios contra los míos.

Derek me comió la boca. Y me encantó cómo hizo que ni un milímetro de nuestros cuerpos se separaran presionando mi espalda contra su fuerte pecho. A ese punto, la capa de sudor que nos cubría se tornó una, al igual que nosotros lo habíamos hecho.

—Derek… —jadeé cuando succionó mi cuello y me dio el encuentro con su pelvis. ¡Ambos al mismo tiempo, ambos volviéndome loca.

—Tu voz —dijo muy bajo, arrastrando sus dientes—. Repite mi nombre.

Eché la cabeza hacia atrás al notar el placer que me producían sus besos resbalando por mi clavícula.

—Derek…

Incluso si no me lo hubiese pedido, lo habría repetido. Lo habría repetido exclamado y gritado a los cuatro vientos por la pérdida de control que estaba atravesando.

La nube del orgasmo que había tenido a milímetros de mi alcance volvió a formarse a nuestro alrededor, ahora más grande.

—Voy a correrme… —le advertí.

Me levantó por la cintura con un brazo, y me hizo rodearlo con las piernas.

—Quiero que lo hagamos juntos.

Se me erizó la piel cuando una de sus manos se enterró y sostuvo mi cabello con determinación antes de empujar su pelvis contra la mía con mayor fuerza. No tardó en endurecer ni acelerar los movimientos, inundándome de mil sensaciones, mientras yo decía su nombre una y otra vez, hasta que logramos lo que él había querido.

El beso que nos unía pasó de intenso y apasionado, a una mezcla de respiraciones aceleradas y sonoras, para terminar en el simple contacto de nuestros labios, sin fuerza para seguir.

Mis brazos, que con el paso de los segundos se recuperaban, seguían gelatinosos sobre sus hombros. Los suyos me rodeaban por la espalda en lo que se sintió lo más cercano a un abrazo, sin llegar a serlo del todo. Nuestras frentes juntas, las puntas de nuestras

ɔnarices una al lado de la otra, aún compartiendo el mismo aire y nuestros cuerpos pegados del todo… Me sentía más cómoda de lo que jamás había estado.

Hasta que recapacité.

—*Cazzo* —murmuré, y mi voz todavía sonaba débil por los efectos de mi idiotez.

—No —se quejó en una orden, y la voz rasposa que tenía por poco me causó un ytercer orgasmo—. No digas *cazzo*, por favor. Todo menos *cazzo*.

—Mierda —fue entonces lo que dije.

—Tampoco vale la traducción.

s Abrí los ojos y descubrí que él aún los mantenía cerrados. Apoyé las manos en sus ahombros para alejarme, pero negó con la cabeza, me sostuvo contra él y me vio.

—No te alejes. —El pesar en su tono me atravesó el corazón.

. —Déjame… —La culpa y el dolor comenzaban a invadirme.

Me hice a un costado para buscar mi ropa interior —maldita ropa interior que de nada servía—, y me senté en el borde de la cama para volver a ponérmela.

ɔ —¿Qué haces?

Su voz aún baja me estremeció, pero no le di una respuesta.

Busqué mi vestido y lo tomé del suelo.

', —Sally, ¿qué haces? —En esa ocasión, fue firme—. ¿Por qué te vistes?

a Terminé de acomodarlo y subí el cierre. Toqué mis mejillas y, a pesar de la oscuridad supe que estaban rojas. Toda yo estaba acalorada.

a Mientras me peinaba el cabello con los dedos, vi mis tacones del otro lado de la habitación e iba a acercarme, pero Derek se plantó en medio del camino.

—¿Puedes detenerte?

—¿Y tú puedes vestirte?

Lo esquivé y fui por mis zapatos. Una vez puestos, quise dirigirme a la puerta, pero la ımano de un Derek que ya traía pantalón me tomó del brazo con delicadeza.

ı —No te vayas y pretendas que esto no significó nada.

ɔ —No es pretender. Es verdad.

—Tienes que estar bromeando… —Pasó una mano por su rostro—. No arruines esto spor favor. Estamos avanzando…

a —Fue solo sexo, Keller. No le des la importancia que no tiene.

Me di la vuelta con el objetivo de irme, pero lo oí:

e —¿«Solo sexo»? —casi rio, casi se lamentó—. ¿Ahora vas a comportarte así?

a —Te lo advertí. Te dije que no significaría nada. —Y le recordé con claridad—: Yo no srompo mis promesas

Ahora sí, llegué a la puerta, pero Derek se acercó con rapidez y la mantuvo cerrada.

—¿Así quieres que sean las cosas ahora? ¿Vas a lastimarme como yo te lastimé a ti?

—No busco lastimarte.

—Lo estás haciendo.

Escuchar esa confesión me conmovió, pero noté en sus ojos el dolor que tantas veces vi en el reflejo de los míos.

—No se siente bien, ¿no? —dije con tristeza.

Negó con la cabeza.

—Eres muy buena haciéndome creer que damos un paso adelante cuando, en realidad, retrocedemos tres.

—Entonces tú ya no eres el único bueno para crear ilusiones y luego destrozarlas.

Abrí la puerta y salí de esa habitación.

El ruido de mis latidos y los tacones en la escalera se mezclaron con la música a medida que bajaba al primer nivel. Volví al ambiente de emoción de la fiesta y eso solo logró intensificar la horrible sensación que crecía en mi pecho.

Había cometido un error. Uno grande. Y dejando atrás mi acto de «nada me importa», no me sentía bien. Me hice espacio entre la gente y, al abrir la puerta principal el aire que chocó con mi rostro fue seguido por una persona que me conocía demasiado bien para no notar mi estado.

—Ava… —Rafael me buscó la mirada. Su rostro, que traía las mejillas rojas, se tornó temeroso—. ¿Qué sucede? ¿Estás bien?

Esa sencilla pregunta desplegó la cortina de lágrimas que se deslizó por mi rostro.

—No. —Con esa confesión, solo restó contarle toda la verdad. De lo contrario, habría cedido al temblor que ya varias veces había tomado el control de mi cuerpo en el pasado.

—¿Así quieres que sean las cosas ahora? ¿Vas a lastimarme como yo te lastimé a ti?

—No busco lastimarte.

—Lo estás haciendo.

Escuchar esa confesión me conmovió, pero noté en sus ojos el dolor que tantas veces vi en el reflejo de los míos.

—No se siente bien, ¿no? —dije con tristeza.

Negó con la cabeza.

—Eres muy buena haciéndome creer que damos un paso adelante cuando, en realidad, retrocedemos tres.

—Entonces tú ya no eres el único bueno para crear ilusiones y luego destrozarlas.

Abrí la puerta y salí de esa habitación.

El ruido de mis latidos y los tacones en la escalera se mezclaron con la música a medida que bajaba al primer nivel. Volví al ambiente de emoción de la fiesta y eso solo logró intensificar la horrible sensación que crecía en mi pecho.

Había cometido un error. Uno grande. Y dejando atrás mi acto de «nada me importa», no me sentía bien. Me hice espacio entre la gente y, al abrir la puerta principal, el aire que chocó con mi rostro fue seguido por una persona que me conocía demasiado bien para no notar mi estado.

—Ava… —Rafael me buscó la mirada. Su rostro, que traía las mejillas rojas, se tornó temeroso—. ¿Qué sucede? ¿Estás bien?

Esa sencilla pregunta desplegó la cortina de lágrimas que se deslizó por mi rostro.

—No. —Con esa confesión, solo restó contarle toda la verdad. De lo contrario, habría cedido al temblor que ya varias veces había tomado el control de mi cuerpo en el pasado.

*Ha pasado un mes desde que él se fue.*

*Salgo con desesperación del club al que Liv me ha llevado. Yo quise ir, distraerme, simplemente no permiti que el pasado me afectara. Pero pretender que no lo hace me agobia aún más.*

*Apenas siento la brisa nocturna en el rostro y el viento obstinado enredarse en mi cabello, intento tomar aire camino hasta el estacionamiento. Me apuro en sacar la cajetilla que no falta en el bolsillo trasero de mis vaqueros Además, saco el encendedor que Liv ha marcado con una pegatina morada que dice «No fumes, te vas a morir» Nunca le hago caso.*

*Aún con las manos temblorosas y con una sensación de vértigo, me llevo un cigarro a la boca y abro e encendedor de metal.*

*—Anda, por favor —ruego entre labios—. Te necesito…*

*Aumento la fuerza en cada intento, deseando que la llama tenga la fuerza suficiente para encender e cigarrillo. Pero no la tiene. Se ha acabado el gas y, con ello, mi paciencia y control.*

*En un impulso, lo aviento por el estacionamiento y me llevo las manos al cabello.*

*—Maldita sea, Ava —me digo, sintiendo mi mandíbula temblar en cada palabra—. No hagas esto, no d nuevo…*

*Cierro los ojos hasta que duele y pongo todo de mí para controlar los escalofríos que me empiezan a recorre entera, escalofríos que tengo desde la primera noche que pasé tras conocer toda la verdad.*

*Estoy harta. Cansada de estos momentos de debilidad. Exhausta de no tener la maldita fuerza de decidi cuándo dejar de temblar.*

*—Detente, por favor —murmuro, deslizándome por la puerta de un coche hasta llegar al suelo—. Ya n quiero… Detente —repito a medida que mis mejillas son inundadas una vez más por lágrimas; primer silenciosas, corriendo con libertad como si fuese un río, después ruidosas, como gotas en medio de una tormenta.*

*Me llevo las rodillas al pecho y me concentro en el cielo oscuro, tal como Becca me ha aconsejado hacer en eso casos en los que el aire me hacía falta.*

*Me arde la piel al saber que no estoy poniendo el pie firme para protegerme. Por lo que en ese momento me hag una promesa: me prometo levantarme si vuelvo a caerme. Y, a pesar de todo lo que puede suceder en un futuro jamás me permitiré volver a ese estado de desesperación en el que pierdo control hasta del aire que respira m cuerpo.*

*Tengo que hacerlo… porque no soporto más.*

*Presiono mis párpados para dejar afuera las lágrimas y, al abrirlos, veo una figura acercándose a mí co apuro.*

*Es Leo, quien nos ha acompañado esa noche.*

*Se pone de cuclillas, con la mirada bañada en preocupación, y, sin dejarlo decir palabra alguna, lo abrazo.*

*Él, no tomado por sorpresa, me corresponde y dice palabras de aliento mientras el aire vuelve a mi cuerpo. M ayuda a ponerme de pie y esa noche queda atrás, junto con todas esas noches en las que la debilidad supera l fortaleza y vuelvo a caer en el sufrimiento.*

*Ha pasado un mes desde que él se fue.*

*Salgo con desesperación del club al que Liv me ha llevado. Yo quise ir, distraerme, simplemente no permitir que el pasado me afectara. Pero pretender que no lo hace me agobia aún más.*

*Apenas siento la brisa nocturna en el rostro y el viento obstinado enredarse en mi cabello, intento tomar aire y camino hasta el estacionamiento. Me apuro en sacar la cajetilla que no falta en el bolsillo trasero de mis vaqueros. Además, saco el encendedor que Liv ha marcado con una pegatina morada que dice «No fumes, te vas a morir». Nunca le hago caso.*

*Aún con las manos temblorosas y con una sensación de vértigo, me llevo un cigarro a la boca y abro el encendedor de metal.*

*—Anda, por favor —ruego entre labios—. Te necesito…*

*Aumento la fuerza en cada intento, deseando que la llama tenga la fuerza suficiente para encender el cigarrillo. Pero no la tiene. Se ha acabado el gas y, con ello, mi paciencia y control.*

*En un impulso, lo aviento por el estacionamiento y me llevo las manos al cabello.*

*—Maldita sea, Ava —me digo, sintiendo mi mandíbula temblar en cada palabra—. No hagas esto, no de nuevo…*

*Cierro los ojos hasta que duele y pongo todo de mí para controlar los escalofríos que me empiezan a recorrer entera, escalofríos que tengo desde la primera noche que pasé tras conocer toda la verdad.*

*Estoy harta. Cansada de estos momentos de debilidad. Exhausta de no tener la maldita fuerza de decidir cuándo dejar de temblar.*

*—Detente, por favor —murmuro, deslizándome por la puerta de un coche hasta llegar al suelo—. Ya no quiero… Detente —repito a medida que mis mejillas son inundadas una vez más por lágrimas; primero silenciosas, corriendo con libertad como si fuese un río, después ruidosas, como gotas en medio de una tormenta.*

*Me llevo las rodillas al pecho y me concentro en el cielo oscuro, tal como Becca me ha aconsejado hacer en esos casos en los que el aire me hacía falta.*

*Me arde la piel al saber que no estoy poniendo el pie firme para protegerme. Por lo que en ese momento me hago una promesa: me prometo levantarme si vuelvo a caerme. Y, a pesar de todo lo que puede suceder en un futuro, jamás me permitiré volver a ese estado de desesperación en el que pierdo control hasta del aire que respira mi cuerpo.*

*Tengo que hacerlo… porque no soporto más.*

*Presiono mis párpados para dejar afuera las lágrimas y, al abrirlos, veo una figura acercándose a mí con apuro.*

*Es Leo, quien nos ha acompañado esa noche.*

*Se pone de cuclillas, con la mirada bañada en preocupación, y, sin dejarlo decir palabra alguna, lo abrazo.*

*Él, no tomado por sorpresa, me corresponde y dice palabras de aliento mientras el aire vuelve a mi cuerpo. Me ayuda a ponerme de pie y esa noche queda atrás, junto con todas esas noches en las que la debilidad supera la fortaleza y vuelvo a caer en el sufrimiento.*



# CAPÍTULO 29

Pedí un par de días libres del trabajo para salir de la ciudad y darme un respiro. Mi plan original era subirme a mi coche, conducir hasta salir de Ontario y no tomar ninguna llamada por cuarenta y ocho horas. Sin embargo, Liv me atrapó cuando me escapaba de su piso con un bolso lleno de ropa y los ojos hinchados.

Lo único que me dijo fue: «Dame veinte minutos para empacar» y «lleva un bikini».

Ya sabía que no podía decir nada para evitar que Liv hiciera lo que se proponía, así que me limité a hacer caso y a agradecer que tomamos su auto, pues no tendría que conducir. De camino —no sabía a dónde—, recogimos a Polo y a Rafael, a quienes, sin decirme, les había escrito antes de salir.

—¿A dónde vamos, Liv? —preguntó mi amigo desde el asiento trasero.

Liv subió el volumen de la música y dejó que el viaje de carretera respondiera su pregunta. A un par de horas fuera de Toronto, estacionamos frente a una casa de campo.

—¡Bienvenidos a mi segundo hogar! —Liv abrió las puertas.

Entramos al salón, que albergaba en sus techos altos y muebles veraniegos los rayos solares que se filtraban por las puertas del patio. Nos indicó cuáles serían nuestras habitaciones y nos mostró el resto de la casa. Era preciosa, perfecta para un par de días de desconexión.

Vi a mi amiga y le agradecí con una sonrisa. Ella me correspondió con otra antes de quitarse las gafas de sol.

—¡El último en saltar a la piscina hace el almuerzo! —Corrió al patio con la velocidad de una bala. Rafael no tardó ni un segundo en quitarse la camiseta y seguirla. Polo y yo nos vimos, y nos empujamos en el camino para sabotear la llegada del otro.

No sabía quién tocó primero el agua, si él o yo, pero, al sumergirme, no solo mi cuerpo se volvió más ligero: mis inquietudes también lo hicieron.

Salí a la superficie cuando mis pulmones me recordaron que no podía respirar bajo el agua, pero me recibió una salpicadura de gotas a manos de Rafael.

—¡Oye! —Riendo, lo hundí por los hombros, pero me arrastró con él por la cintura.

Cuando la presión nos llevó a la superficie, aunque ambos seguíamos riendo, Polo y Liv lucían sorprendidos.

Seguí sus miradas, y se me borró la sonrisa.

Derek estaba al pie de la piscina y el agua había mojado sus zapatos.

Primero, tenía la vista fija en Rafael, pero, después de unos segundos, conectó con la mía. No había sido consciente de lo fría que estaba el agua.

Leo apareció a su costado, con una sonrisa y una mochila en el hombro.

—Liv… —Había una pregunta en la forma en la que dije su nombre, y ella la captó.

—Leo tenía las llaves de esta casa, así que tuve que pedírselas. —Entonces, lo vio acusadora—. Les dije que no nos siguieran. ¡¿Y con la muerta?!

Becca estaba al lado de Leo, con un sombrero tan grande que comprendí por qué era así de pálida.

—Sabes que amo venir aquí, Liv. —Su primo se encogió de hombros—. Se me ocurrió que podíamos unirnos a ustedes.

La expresión de Derek me hizo dudar de ese comentario.

No lograba descifrar su estado de ánimo en base a su gesto y postura: frío confundido, determinado, lastimado… Solo sabía que yo me sentía igual de perdida y no sabía cómo comportarme a su alrededor.

Mientras los recién llegados empezaban a conversar, me impulsé con las manos en el borde de la piscina para salir. Exprimí el exceso de agua que había absorbido mi ropa pero aun así las prendas se adhirieron a mi piel. Rodeé a Derek —no pude evitar la mirada de soslayo que compartimos— y entré a la casa. Di apenas cuatro pisadas húmedas en el salón cuando dos de las suyas, secas, me alcanzaron.

—¿En serio intentaste huir después de anoche?

—Ya dijimos todo lo que hacía falta.

Fui a la cocina por un vaso de agua. De pronto, mi garganta pedía líquido a gritos.

—¿*Tú* has dicho lo que hacía falta? —Derek apoyó sus manos sobre la encimera—. No me has dicho absolutamente nada.

No le di una respuesta. Abrí la nevera, pero no encontré hielo. Maldije internamente.

—Deja de ignorarme —reclamó, cerca de mí—. Quiero hablar sobre lo que sucedió.

—Está bien, hablemos. —Cerré la nevera—. Fue un error, Keller. Lo fue ayer y lo fueron todas esas veces en las que estuvimos juntos. Si pudiese viajar en el tiempo evitaría lo que empezó en la cocina de tu piso.

—En ese momento, no luciste muy arrepentida. De hecho, tenías otra expresión. —Alzó las cejas—. Una mucho más placentera.

—Así es como una debe lucir cuando finge sus gemidos. —Me crucé de brazos.

—¿Así que esa vez fingiste tus gemidos?

—Sí.

Se acercó a mí.

—¿También fingiste los de ayer?

Entrecerré los ojos sin gracia, tomé mi vaso y salí de la cocina.

—Si viniste para hablar de eso, temo que lo hiciste en vano. Me voy a mi habitación —dije, caminando hacia el pasadizo.

Abrí una puerta.

—Ese es el almacén, Sally.

La cerré.

Todas eran iguales.

Un intento después, logré entrar a mi habitación y, tras secarme, me dejé caer en la cama. No sé cuánto tiempo estuve ahí viendo el techo de madera, pero debió de haber sido un buen rato porque recibí un mensaje de Liv diciendo que me esperaban para comer.

Me pregunté si realmente necesitaba almorzar, o si podía quedarme ahí hasta que el mensaje dijera que ya debíamos volver a Toronto. Odié pensar así. Esa era mi escapada. Mi distracción. Él se había colado, ¿y debía cambiar mi plan por culpa suya? Aquello solo le daría el poder que había batallado para quitarle.

No había forma.

Me coloqué un traje de baño debajo de una camiseta larga y fui a la cocina.

Una larga mesa de madera tenía empaques de diversos restaurantes encima, y mis amigos la rodeaban. Había un asiento libre al lado de Derek y otro frente a él. Prefería verlo a sentirlo, así que escogí la segunda alternativa.

—¿Y Rafael? —pregunté, pues era el único que faltaba.

—Fue por hielo —respondió Becca, que tenía el cabello mojado. Leo, a su lado, no traía camiseta, por lo que deduje que habían estado en la piscina. Lo que me llamó la atención fue la estrella que él tenía tatuada a un lado del pecho.

Fruncí el ceño.

Liv tenía la misma estrella detrás de la oreja.

Me volví a ella para preguntar sobre el tatuaje, pero la voz de Rafael me distrajo.

—¡Oigan! —Rafael llegó con varias bolsas y una acompañante inesperada—. Vean a quién me encontré en la gasolinera.

*Tienes que estar jodiéndome.*

—Brina… —La voz de Derek sonó hueca de la sorpresa—. ¿Qué haces aquí?

A Liv se le cayó el tenedor. Leo se comió un tomate entero. Becca la saludó sorprendida. Polo recogió su plato y se fue al lavabo. Rafael dejó el hielo en e congelador con una sonrisa ignorante. A pesar de que me había sincerado con él, no l había contado sobre Sabrina y Derek.

Ella, con su cabello sujeto en una alta coleta, apoyó las manos en la silla libre.

—Hemos rentado una casa con algunas corredoras para gozar de la pausa de verano -Sabes que no falta mucho para que reinicien los campeonatos, Keller.

¿Derek también volvería a viajar cada semana?

Genial.

—¡Bienvenida, Sabrina! —Liv se puso de pie y enroscó su brazo con el de ella— Déjame hacerte un recorrido, empezando por el sótano. —La hizo darse la vuelta— Escuché por ahí que te gustaban las nueces. Suerte la tuya. Traje muchísimas.

a La desapareció por unas escaleras y no tardé en tener a Derek buscándome la mirada.

r —No sabía que estaría aquí.

a —¿Por qué me das explicaciones, Keller? No soy nadie para que me las des.

—No hagas eso. —Negó con la cabeza, con sutileza—. No pretendas que lo nuestr lno existe.

.. Me levanté de la mesa.

o —No puede existir algo que nunca fue real.

Tomé un emparedado y salí al patio trasero. Polo iba a seguirme, pero Leo lo llam resaltando que su equipo favorito de *hockey* iba a jugar un partido. Polo, sin saber cóm salir de esa mentira, estuvo una hora sentado en el sofá.

s Cuando pasó suficiente tiempo para no tener un calambre —mi abuela siempre m aadvirtió sobre ellos—, me metí a la piscina y no salí hasta que el sol empezó a ocultarse el alcohol a adormecerme —sobre los cócteles no me habían advertido nada, así qu durante la tarde tomé los que Liv nos preparó con entusiasmo.

o Cuando mi piel se arrugó, fui en busca de una toalla a mi habitación.

a Tomé una del baño personal, pero quedé con la vista fija en el perfume de hombr que descansaba en el lavabo en lugar de mi cepillo de cabello. Lo conocía tan bien qu aún sin etiqueta habría reconocido que era de Derek.

Mierda.

Todas las puertas eran iguales.

a Me propuse salir de su habitación antes de que me encontrara ahí, pero escucha pasos en el pasillo hicieron que terminara encerrada en el armario justo cuando se abrí la puerta.

*Mannaggia la miseria,* maldije internamente, pues estaba mojada y en bikini en e

,armario de mi ex mientras él rebuscaba en su maleta.

l —¿Dónde está…? —Lo oí mascullar y casi pegué un grito cuando oí una puert
eabrirse…

Pero no era la del armario.

—Keller, te estaba buscando.

. Era Sabrina.

.

.

.

o

ó

o

e

y

e

e

e

r

a

l

armario de mi ex mientras él rebuscaba en su maleta.

—¿Dónde está…? —Lo oí mascullar y casi pegué un grito cuando oí una puerta abrirse…

Pero no era la del armario.

—Keller, te estaba buscando.

Era Sabrina.



# CAPÍTULO 30

¿Qué estaba haciendo con mi vida para terminar en el armario de mi ex, mojada mientras hablaba con una chica que estaba enamorada de él?

Necesitaba mudarme a otro país. O a Marte. Encontraron agua, ¿no?

Sabrina cerró la puerta de sopetón y la idea de ellos solos —o eso creían— en una habitación se asentó en mi estómago.

—Tu amiga me ha descrito cada una de sus gafas y lleva intentando meterme nueces a la boca desde que se puso el sol. Tienes que salvarme.

—Liv es inofensiva —aseguró Derek, riendo—. Ladra, pero no muerde.

—No lo sé, eh. Y no es solo ella. La de cabello negro parece que simplemente muerde.

—Creo que la conciencia te está jugando en contra, Brina.

—¿Mi conciencia? ¿Por qué lo haría?

Derek se mantuvo en silencio hasta que decidió romperlo con una pregunta:

—¿Realmente fingiremos que no conocías a Leo?

¿Qué?

Unos segundos más en silencio, pero Sabrina lo rompió esa vez, con cautela.

—¿Lo sabes?

—¿Que te acostaste con él? —preguntó sin titubear—. Me lo confesó hoy.

¡¿Qué?!

Escuché unos pasos, el colchón hundirse y un largo suspiro.

—Fue hace mucho tiempo —explicó—. Nos conocimos en una fiesta y… bueno… fue algo de una sola vez.

Nuevamente el colchón se hundió.

—Debo aplaudir su actuación en nuestro piso. Jamás imaginé que tenían historia.

—Yo no iba a mentir cuando lo reconocí, pero él me saludó como si no me conociera y luego enfatizó en su novia. Quedó claro que no quería que dijera nada, así que le segu

el juego. Ahora con todo ese secreto me siento como una amante escondida en e armario —se quejó y eso solo logró que me hiciera más pequeña.

¡Yo era la loca que estaba dentro de un armario!

—¿Por qué no me lo contaste? —le preguntó Derek.

—Supuse que, si lo ocultaba, tenía sus motivos. No quería causar problemas —aclaró.

—Es por Becca. Me dijo que, al verte ahí, reaccionó sin pensar y luego se acobardó Creo que le tiene algo de miedo.

—Puedo notarlo. No ha vuelto a establecer contacto visual conmigo desde esa noche.

Escuché una risa de ambos.

—Sabía que tenía un compañero de piso porque usé su ducha, pero nunca imagine ’que podías ser tú —habló ella.

Esas palabras tomaron sentido en mi cabeza. Ellos no habían estado juntos hace años sino Leo y Sabrina. No iba a negar que me sentí aliviada cuando me di cuenta de ello.

a —¿Usaste mi ducha? —preguntó con una dosis de diversión e incredulidad.

—La suya no funcionaba —respondió, algo tímida.

a Derek rio. Sabrina siguió:

—Al parecer estábamos destinados a conocernos, aunque… —hizo una pausa— me habría gustado conocerte a ti primero.

e Un profundo silencio llenó la habitación. El tono que utilizó me dio una mala sensación —y por mala me refería a dolorosa—.

—Sé que somos amigos, Keller. Y sé que lo de Barcelona no significó nada, pero…

—Brina… Dijimos que fue un error, tú misma lo hiciste.

Esa confirmación me causó un dolor en el pecho y una fea sensación invadió m estómago.

—Lo sé, pero, desde que bailamos en casa de Seth, siento que algo ha cambiado en mí. Si soy solo yo, dímelo para cortarlo de raíz, pero necesito saber si tú has sentido algo aunque sea minúsculo, del tamaño de un Volkswagen Beetle. —Ambos rieron, y me dolió saber que ellos hablaban el mismo idioma, uno que yo jamás entendería—. Dime ¿sientes algo por mí?

Temía mucho oír esa respuesta.

e Una parte de mí ardía de solo pensar que de su boca podía salir la palabra *sí*. Se suponía que debía estar feliz si lo hacía. Significaba que podía olvidarlo y seguir adelante pero lo cierto era que oír a Derek decir que quería a alguien más me habría vuelto a romper el corazón.

a Que no estuviese lista para volver a confiar en él no quería decir que estuviese lista

í para perderlo.

—Brina, eres una chica increíble y cualquiera estaría encantado de estar contigo…

—Pero… —continuó en un tono tan triste como comprensivo— no sientes lo mismo.

Me avergoncé del alivio que sentí.

—Quiero a Ava —dijo Derek.

Mi corazón se estrujó.

—La forma en que la miras… es todo lo que alguien quiere.

—Si tan solo ella lo quisiera.

—Lo quiere, Keller. Solo hace falta verlos juntos para darse cuenta. Además, sé que no le agrado, creo que está un poco celosa —confesó en un tono gracioso.

—¿Nada cambiará entre nosotros, no, Brina? No quiero eso.

—Nada. —Sentí la sonrisa en su rostro—. Ahora que está aclarado puedo quemar ese sentimiento antes de que crezca. Si no, el rechazo en un futuro sí habría dolido.

—Ya comprendes lo que siente Seth —soltó de manera insinuante.

—Adoro a Seth, pero es… especial.

—Especialmente interesado en ti. Sí sabes que una vez chocó porque se quedó hipnotizado con tu nuevo corte de cabello, ¿no?

—Cállate… —Ella soltó una risa—. Ahora tienes que ayudarme a huir de Liv. Si no me hará comer nueces con un embudo.

Los escuché reír mientras salían de la habitación, pero no salí por varios minutos.

Por un lado, no podía negar que escuchar a Derek hablar de mí me sacudió por completo. Por el otro, escuchar de su boca que lo que ocurrió en Barcelona no significó nada opacó aquel sentimiento. Lo de ellos sí se había dado. Ya no había lugar a duda.

Cuando salí de mi escondite, abrí la puerta que sí creía era de mi habitación. Pero me encontré a Becca sentada en la cama con su móvil.

—¿De nuevo? Maldita sea, ¿dónde está mi habitación?

—Esta es la tuya —aclaró—. Te he estado buscando. ¿Dónde estabas metida?

*En un armario.*

—Siéntate. Necesito que me escuches. —Me tomó de la muñeca para hacerme caer a su lado—. Leo está más extraño que nunca. Cuando me dijo para venir aquí, pensé que estaríamos mejor, pero desde el almuerzo escapa de mí.

Entonces comprendí el comportamiento de Leo. La situación se aclaró como un espejo que empieza a condensar el vapor que lo empaña.

—Yo… no sé si me está engañando, Ava —dijo y por primera vez sentí temor en su palabras.

—¡No! ¿Bromeas? Leo daría su vida por ti, Becca. No te está engañando, créeme.

—¿Por qué debería creerte? —repitió, entrecerrando los ojos—. ¿Acaso sabes algo?

Dios, ya ni podía hablar. Tal vez era mejor que me cosiera los labios.

—¿Si te lo digo prometes no enfadarte y ser muy muy muy madura?

—Dímelo. Ahora.

Entendía a Leo. Becca podía aterrorizar con una mirada.

Me crucé de piernas sobre la cama y le conté toda la información que había escuchado solo minutos antes. Su expresión fue la misma durante toda la explicación imperturbable.

—Bueno… —dije con una suave sonrisa cuando terminé—, júrame que no lo matará escandalosamente. Son la pareja más bonita que he visto.

—Prometo no matarlo —aseguró con tranquilidad forzada.

Me quedé tranquila con esa respuesta.

Liv abrió la puerta de mi habitación con una sonrisa.

—¿La puedo matar a ella? —me preguntó Becca, por lo que negué con la cabeza.

—¿Linda, por qué traes esa cara larga, y por qué Morti la trae aún más larga de lo normal? —cuestionó Liv—. El objetivo de la casa de campo es divertirse.

Becca y yo compartimos una mirada.

—Derek no fue quien se acostó con Sabrina cuando la viste en el piso, Liv —le conté —. Fue Leo. Derek se acostó con ella durante su viaje.

Liv se quedó quieta unos minutos. Sin decir nada, se acercó al baúl de la habitación que aparentemente le servía de bodega, y sacó dos botellas de alcohol.

—Vamos a beber. Síganme.

Liv nos sentó en un círculo alrededor de la mesa del salón, y a cada uno le entregó un vaso lleno de alcohol. Mi amiga había decidido que jugaríamos «Yo nunca», y nadie podía negarse a un mandato de Liv. Yo estaba entre ella y Rafael, Becca se sentó junto a Leo, y Sabrina estaba entre Polo y Derek.

A este último lo tenía enfrente, por lo que evitarle la mirada sería complicado, pero no tanto como superar esa noche sin incidentes.

—Las reglas son simples. Si lo han hecho, beben. Si no, no. —Sus ojos azules se asemejaban a los de un niño que había comido mucha azúcar—. ¡Empecemos! Yo nunca he follado en una fiesta.

Mal inicio.

Becca chocó su vaso con Leo de mala gana, lo que a él le extrañó. Rafael y Liv también tomaron un sorbo, y Derek, viéndome, bebió.

Después, con un gesto, me dijo: «¿Qué esperas?».

No sin antes presionar mis dientes con furia, levanté el vaso y bebí.

—¡Pero bueno! —Liv exclamó—. ¿Por qué no conozco esa historia, linda?

—No fue importante. —Me encogí de hombros—. Lo que pasa en el pasado se queda en el pasado.

—¿Esa frase no es con Las Vegas? —preguntó Polo.

—Se puede completar con lo que quieras. Con Barcelona, por ejemplo.

Di un suave sorbo viendo a Derek. Sabrina cambió de tema.

—Sigamos, ¿no? —propuso.

—Sí, sigamos —se apresuró Becca—. Yo nunca le he mentido a alguien de este grupo —Vio fijamente a Leo.

Él tensó la mandíbula antes de beber. Sabrina, Polo y Liv dieron sorbos sutiles. Yo me llevé el vaso a la boca viendo con recelo a Derek. Él rompió el contacto, bajó la mirada y dio un largo sorbo. Me sorprendió que no se acabara el vaso.

—De nuevo mi turno, yo nunca me he amanecido viendo *hockey* —agregó Becca.

Leo bebió.

—Yo nunca he comido tres kilos de helvas.

Leo volvió a beber.

—Yo nunca me he lanzado desnudo a una piscina.

Leo y yo dimos un sorbo.

—No me recuerdes eso, Becca. Quiero olvidarlo.

—¿Qué pasó, linda?

—Tu primo… —susurré— me vio las tetas.

—¡¿Qué?! —ella exclamó—. Pero yo nunca te las he visto.

Derek consideró esa frase como parte del juego y acercó su vaso a sus labios. Sus comisuras se alzaron, solo para tornarse una línea fina cuando vio a Rafael dar un sorbo. Y luego a Polo dar otro.

—Ustedes son un grupo extraño —murmuró Sabrina con el ceño fruncido.

—¿Qué? —La voz de Derek realmente podía ser intimidante cuando lo quería.

—Parte de la convivencia —respondió Rafael, encogiéndose de hombros—. ¿Qué tiene de malo que todos se las hayamos visto?

—¡Todos menos yo! ¡No es justo! —Liv exclamó como una niña antes de asomarse a mi camiseta—. Anda, muéstramelas.

—Pero…

—Una al menos —pidió, y negué con la cabeza—. ¿Un pezón?

—¡¡Liv!!

—No hay por qué avergonzarse —siguió Rafael—. Nosotros siempre mostramos lo

nuestros, ¿por qué es escandaloso cuando una mujer lo hace? Además, tu cuerpo e hermoso.

a Joder. El peor juego de la historia.

—Ya me entraron ganas de ir al baño. —Polo se levantó—. Vengo en un rato.

—Yo igual. —Becca lo imitó y ambos dejaron el círculo.

Antes de poder decir algo, Derek soltó:

—Yo nunca he besado a Ava.

Dio un sorbo y luego mantuvo su vista sobre Rafael como si quisiera descifrar algo.

. —¡Oye! —interrumpí.

Rafael agarró su vaso y dio un sorbo.

e —Lo sabía —masculló Derek.

y —Yo fui su primer beso —dijo Rafo volviéndose a mí.

*Madonna*, necesitaba alcohol. Bebí un trago, a pesar de que no podía besarme a m misma.

—¿Ustedes no eran hermanos? —El ceño de Sabrina seguía fruncido.

—Hermanastros —corregí—. Nos conocimos cuando ya éramos adolescentes.

—Somos más como amigos que compartíamos techo y los veranos en familia. —Rafae me rodeó con un brazo—. Me alegra haberte enseñado todo lo que sabes. —Volteó l mirada—. Creo que hice un buen trabajo, ¿no, Keller? Aunque no sepas apreciarlo.

Le di un golpe con el codo mientras Polo volvía al círculo.

—Hijo de… —Derek hizo el ademán de ponerse de pie, pero Sabrina lo detuvo.

—Mi turno. Yo nunca he jugado con una persona por conveniencia —dijo Rafael co una sonrisa cruda y toda la habitación entró en silencio—. ¿No bebes, Keller?

s —No te entrometas en lo que no te importa, Rafael.

. —¡Por supuesto que me importa!

—Basta —ordené—. Se supone que estamos jugando.

—¿Jugando? Bien. —Derek ladeó la cabeza—. Yo nunca he deseado a m hermanastra.

é —Maldita sea. ¡Keller!

—Amar no es desear —corrigió Rafael.

a —¿Y por qué tengo la sensación de que para ti son lo mismo?

Rafael negó con la cabeza, como si Derek no supiera nada de la vida mientras est último se dedicaba a presionar la mandíbula como último recurso para evitar saltarl encima.

—Yo nunca me he enamorado —dijo Sabrina de repente, rompiendo la tensión par screar una más fuerte.

s ¿Las cosas podían ponerse peor?

Leo dio un sorbo confiado. Rafael no bebió. Polo jugó con su vaso, indeciso. Liv ni se inmutó, parecía fascinada por toda la escena. Sabrina sí bebió. Derek, sin romper e contacto conmigo, dio un sorbo. Yo no supe qué hacer.

En toda nuestra relación, nunca lo había admitido. Las cosas se terminaron antes de poder confesárselo y el dolor de la ruptura intentó mantenerlo oculto. Sin embargo negarlo a esas alturas resultaba ridículo.

Porque sí había estado enamorada de él, y lo seguía estando.

Alcé el vaso a mis labios y bebí.

—Tengo que ir al baño. —Me levanté con una excusa inspirada en Polo.

Me alejé de la burbuja de tensión y, antes de llegar al baño, vi a Becca escabullida en una habitación con un teléfono en la mano.

í —¿Qué haces? —Entré.

—Reviso el móvil de Sabrina.

—¡¿Qué?! —Cerré la puerta—. ¿Cómo tienes su contraseña?

—La vi colocarla en la tarde y la anoté para dártela, pero resulta que yo la necesitaba lmás. —Me vio de reojo—. Ya vi el móvil de Leo, pero no hay nada.

a Dios, estaba rodeada de gente demente.

—Háblalo con él, Becca. No hurgues en las cosas de ella. No es justo.

—No.

—Becca… —Intenté tomar el móvil—. Eres mejor que esto.

ı —¡No, dámelo! —Se resistió.

—¡Pareces Liv! —Lo jalé hacia mí.

—¡No me insultes!

Cuando Becca logró recuperarlo, lo alzó en el aire y fue una batalla perdida. Ella tenía altura de modelo. Siguió manipulando la pantalla durante mis intentos fallidos por iquitárselo, hasta que en un momento bajó las defensas y salté. Exclamé mi victoria, pero sus ojos estaban tan abiertos que parecía haber visto un fantasma.

—No puede ser…

—¿Becca?

Busqué en la pantalla lo que la había empalidecido y tuvo el mismo efecto en mí.

e Guiadas por la sorpresa, volvimos al salón, pero no tomamos asiento.

e —Es mi turno —habló Becca.

Buscamos la mirada de Sabrina y, cuando tuvimos la atención de sus ojos marrones adijo:

—Yo nunca he amenazado a alguien.

Becca le enseñó su móvil. En él, se iluminaba una fotografía de ella abrazando a quien falleció tiempo atrás en el accidente con Leo.

Su rostro se contorneó con dureza y le pregunté:

—¿No vas a beber, Sabrina?

Becca le enseñó su móvil. En él, se iluminaba una fotografía de ella abrazando a quien falleció tiempo atrás en el accidente con Leo.

Su rostro se contorneó con dureza y le pregunté:

—¿No vas a beber, Sabrina?



# CAPÍTULO 31

Los ojos de Sabrina se centraron en la fotografía por instantes que parecieron dura eternidades. Después, parpadeó con lentitud y subió la mirada para vernos.

—Polo, Rafael, ¿podrían salir un momento, por favor? —les pedí.

Ambos compartieron una mirada de duda, pero, tras unos segundos de indecisión subieron las escaleras. Ahora solo quedaban quienes sabían de esa noche.

—¿Revisaron mi móvil?

—No estás en una posición en la que puedas hacer preguntas, Sabrina —contesté.

Derek y los primos vieron la fotografía. Becca había reconocido al chico porque Leo en sus constantes crisis de culpa, entraba a su antiguo perfil de redes sociales.

Lo extraño era que Sabrina jamás había aparecido en ellas.

—¿Eres tú quien intenta hundirnos? —Liv preguntó.

—No tengo nada en contra tuyo, Liv. —La rubia se puso de pie y enfocó su atención en Derek—. El problema lo tengo con quien causó el accidente de mi novio.

La confirmación me quitó el aire.

De pronto, la frialdad y tensión se apoderó de esa moderna sala, donde las máscara estaban por caer y las mentiras por esclarecerse.

—¿Tú…? ¿Estaban juntos? —preguntó Derek, anonadado.

Sabrina no contestó, solo tragó con dificultad.

—Empieza a hablar o llamaremos a la policía —advirtió Becca.

—No intentes asustarme. La policía no me conviene, pero a ustedes tampoco.

—¿Ahora nos vas a amenazar a la cara? —cuestioné.

—No es una amenaza, es la verdad —explicó, para después dirigirse a Derek—. Y esto no involucra a nadie más que a ti y a mí. Si vamos a hablar, debería ser en privado.

Con ese comentario dejó en claro que pensaba que Derek había sido parte de accidente. Leo, quien hasta el momento tenía la vista fija en la nada, se puso de pie.

—No fue é… —empezó, pero Derek lo interrumpió:

—Silencio —dijo, antes de volverse a Sabrina—. Vas a explicarte con ellos aquí.

Leo volvió a sentarse con la mirada perdida y Becca se colocó a su lado.

A unos metros, empezaba el interrogatorio.

—¿Fuiste tú quien me hizo volver a organizar carreras?

—Sí. —Sabrina reajustó sus hombros—. Fui yo.

—Pero no nos conocíamos en ese entonces. ¿Acaso tú…?

—Yo sí sabía de ti, Keller. Encontrarnos durante los campeonatos este año fue solo una casualidad. Pude pasar tiempo con quien mi novio pasó sus últimos minutos de vida.

—¿Cómo supiste que fui yo quien chocó esa noche? —siguió mintiendo.

—La matrícula de tu coche.

Solo esa mención me hizo viajar en el tiempo. Recordé el regalo de cumpleaños que Derek recibió. ¿Ella había estado presente desde entonces?

—¿Cómo la conseguiste? —dijo él con gesto serio.

—Tú no eres el único con contactos, Keller. Ser hija de un policía tiene sus ventajas —explicó con obviedad—. Cuando ocurrió, mi padre no quiso darme detalles, solo dijo que murió en un accidente por drogas, y, si bien sé que él solía consumir… —desvió la mirada un segundo—, también sabía que esa noche él había ido a correr y que lo que estaban diciendo era una verdad a medias. Así que un día me escabullí en la oficina de mi padre y terminé descubriendo tu nombre. Puede ser que tu familia engañe al mundo haciéndolo pasar como un simple accidente, pero yo sé que fue en esas carreras y que chocó con tu auto.

A pesar de su explicación, Derek todavía lucía confundido.

—El accidente ocurrió hace seis años, Sabrina. ¿Por qué esperaste tanto tiempo? ¿Por qué no fuiste con tu padre si ya lo sabías?

—A él no le importaba —habló y el desprecio junto al dolor en su voz era notable— Nunca aprobó nuestra relación. Decía que con él nada iba a terminar bien y al verlo muerto solo recibí un «te lo dije».

Pasó saliva, como si eso la ayudara a pasar el mal rato.

—Cuando te encontré, eras solo un nombre: Derek Keller, el hijo idiota de algún empresario rico. No podía hacer algo al respecto. Hasta que el año pasado escuché de tu accidente y me enteré de que también eras corredor. —Pasó una mano por su cabello y noté un ligero arrepentimiento en sus movimientos—. No me enorgullece, pero me gustó que hayas chocado y que la escudería te haya reemplazado. Sentí que finalmente estabas pagando por lo que habías hecho. Y después… organizaste esas carreras. — Sonrió, pero no de felicidad, era una sonrisa decepcionada, enfadada.

—Las hice porque necesitaba el dinero para correr, pero fueron bajo mis reglas —

explicó él—. Solo corredores. Cero alcohol. Cero drogas. Me detuve cuando conseguí un equipo. —Dio un paso adelante—. ¿Por qué me obligaste a seguir haciéndolas cuando ya las había dejado?

—Me enteré muy tarde, y no podía hacerte pagar si no tenía evidencia. Obligarte a seguir fue la única forma que tenía para que la policía te arrestara sin dudas.

Ella lucía dispuesta a contarlo todo, con la frente en alto y el dolor en la cima.

—Sé que luzco como la villana —continuó—, pero ¿qué se supone que debía hacer? Él era muy bueno corriendo, y una noche… —tardó en decir, sus ojos se cristalizaron— el hombre al que creí el amor de mi vida murió, y nadie se responsabilizó por ello.

El aún latente dolor en su voz me estremeció por completo, y pude notar que al resto del grupo también. Leo ocultó su rostro entre manos, no sin antes poder notar que presionaba los ojos con fuerza. Becca lo abrazó, y Liv y yo solo lo presenciábamos todo con la intriga de un espectador. Derek botó el aire de sus pulmones en un largo suspiro.

—¿Por qué nunca me dijiste nada?

—¿De qué se supone que se habla con la persona que estuvo involucrada en la muerte de tu pareja? —preguntó.

—Siento lo que has pasado, y el dolor de la pérdida es difícil de superar, lo sé, pero debes entender que ese ambiente… la gente que corría, las ambiciones inexpertas… —Negó con la cabeza—. No puedes culpar completamente a alguien más cuando sí es cierto que hallaron drogas y alcohol en su sangre.

—No hables de él —se quejó y retrocedió unos pasos.

Derek, en cambio, volvió a eliminar esos centímetros.

—Él tenía más de veinte en ese momento, tú tienes veintiuno apenas ahora. ¿Qué hacías con alguien como él cuando tenías apenas quince años?

—Suenas como mi padre —contestó—. Falta el «es mala influencia para ti» y «murió por drogadicto».

Pasó saliva con dificultad.

—Sé que no era correcto, ¿de acuerdo? Lo sé ahora. Por eso tuvimos que ocultar nuestra relación, porque nadie la aprobaba. —Eso explicaba por qué Sabrina nunca apareció durante la investigación—. Pero nadie peleó por él. —Una lágrima rebelde corrió por su mejilla—. Su familia le echó la culpa, sus supuestos amigos huyeron para no ser arrestados, y la policía puso toda la responsabilidad sobre sus hombros.

Secó su mejilla.

—Así que discúlpame por haber querido hallar la justicia que se le negó.

—Sabrina, lamento lo que sucedió, pero lo que tú quieres no es justicia, es venganza.

—¿Ahora vas a juzgarme? ¿Tú? ¿Ustedes? —Nos señaló entre dolida e incrédula—. Yo

ısé que cometí muchos errores, pero son ustedes quienes están ocultando hechos sobre
auna muerte. Así que, si bien yo cometí un crimen, ustedes aún lo hacen.

—¿Por qué hablas en pasado? —noté, llamando su atención.

a —No pienso volver a hacer algo así.

—¿Por qué?

Ella vio a los ojos a Derek y ese gesto me dejó en claro el motivo de su renuncia.

? —Te conocí. Resultaste ser una mejor persona de la que imaginaba.

- —¿Por qué debería creer eso? —preguntó él con duda en su semblante.

—¿Acaso has recibido algo en los últimos días? —Se encogió de hombros ligeramente
o—. Ya no quiero lastimarte, Keller. Mis sentimientos por ti cambiaron. No mentí respecto
ea ellos.

o Ella mantuvo su mirada sobre él como si con eso pudiese convencerlo. Sus palabras y
sus gestos lucían auténticos. Pero ¿lo eran?

—¿Simplemente así? —Derek preguntó después de mantener silencio unos segundos
e—. ¿Tan sencillo?

—Te he conocido lo suficiente los últimos meses para poder estar segura de que no lo
ohabrías hecho a propósito. Solo me habría gustado que tuvieras el valor de enfrentarte a
-la justicia y no ocultar que el accidente fue de dos.

s Derek se acercó al móvil que estaba sobre un sofá y vio la foto en la pantalla.

—Lamento lo que sucedió, en serio lo hago, y espero que el dolor de la pérdida
disminuya con el tiempo. —Le extendió el móvil—. Pero tienes que irte, Sabrina.

Ella lo guardó en su bolsillo y asintió.

é Sus miradas volvieron a conectarse y fueron segundos en los que ambos parecieron
dejar atrás lo que los atormentaba. Me pareció reconocer una triste pero resignada
ó expresión en ella, y salió del salón; sin embargo, antes de alcanzar la puerta, habló:

—No voy a decir que me arrepiento porque no lo hago. No puedo hacerle eso a su
recuerdo. Pero tienes que saber que sí lamento lo que te hice. Tal vez tanto como tú
rlamentas lo que sucedió con él.

a Giró sobre sus talones y el ruido de la puerta cerrándose nos volvió a la realidad.

e —Dios, ¿qué hice? —masculló Leo.

o —Debemos llamar a la policía antes de que se vaya —se apresuró Liv.

—No —dijo Derek—. Hablar con la policía implica explicar demasiado y esa noche
tiene que quedar como lo que fue: un accidente.

Leo se levantó de sopetón y se dirigió hacia las habitaciones. Becca nos indicó con
una mirada que iba a encargarse, lo siguió y escuchamos una puerta cerrarse tras sus
opasos.

—Keller. —Liv puso los brazos en jarras—. Su historia es conmovedora, pero no olvidemos que esa mujer ha estado amenazándote. ¿Quién sabe qué más tiene planeado?

Él llevó ambas manos a sus caderas, vio el piso y tras un largo suspiro dijo:

—Yo me voy a encargar de Sabrina.

—¿Así de sencillo? —preguntó Liv empezando a notar algo extraño, al igual que yo.

—¿Confiaremos tan fácil solo porque es ella? —pregunté desconcertada—. ¿Qué te sucede? Si fuese alguien más, estarías enfurecido.

—¿Qué estás insinuando? —Dio un paso hacia mí con el ceño fruncido.

—Creo que eres lo suficientemente inteligente para sacar esa conclusión.

Me di la vuelta para dirigirme a mi habitación, pero Derek lo impidió. Me tomó del brazo y me metió a la suya.

—¿Qué sucede? —cuestionó, cerrando la puerta tras nosotros.

—¿Qué te sucede a ti? —Me solté de su agarre—. ¿Por qué estás tan tranquilo? Cuando recibiste las amenazas, estabas enfadado y preocupado por tu bienestar y el de Leo. ¿Y ahora? ¿Simplemente vas a encargarte? —Lo vi a los ojos con seriedad—. Si hubiese sido cualquier otra persona, ahora no estarías tan tranquilo.

Apretó los labios, evidenciando la respuesta.

—Solo lo estás porque te acostaste con ella.

Las palabras salieron sin permiso.

—Keller. —Liv puso los brazos en jarras—. Su historia es conmovedora, pero no olvidemos que esa mujer ha estado amenazándote. ¿Quién sabe qué más tiene planeado?

Él llevó ambas manos a sus caderas, vio el piso y tras un largo suspiro dijo:

—Yo me voy a encargar de Sabrina.

—¿Así de sencillo? —preguntó Liv empezando a notar algo extraño, al igual que yo.

—¿Confiaremos tan fácil solo porque es ella? —pregunté desconcertada—. ¿Qué te sucede? Si fuese alguien más, estarías enfurecido.

—¿Qué estás insinuando? —Dio un paso hacia mí con el ceño fruncido.

—Creo que eres lo suficientemente inteligente para sacar esa conclusión.

Me di la vuelta para dirigirme a mi habitación, pero Derek lo impidió. Me tomó del brazo y me metió a la suya.

—¿Qué sucede? —cuestionó, cerrando la puerta tras nosotros.

—¿Qué te sucede a ti? —Me solté de su agarre—. ¿Por qué estás tan tranquilo? Cuando recibiste las amenazas, estabas enfadado y preocupado por tu bienestar y el de Leo. ¿Y ahora? ¿Simplemente vas a encargarte? —Lo vi a los ojos con seriedad—. Si hubiese sido cualquier otra persona, ahora no estarías tan tranquilo.

Apretó los labios, evidenciando la respuesta.

—Solo lo estás porque te acostaste con ella.

Las palabras salieron sin permiso.



# CAPÍTULO 32

Derek mantuvo el rostro indescifrable, aspecto que me desconcertó. No encontré la sorpresa que alguien tendría al escuchar una ridiculez, pero tampoco hallé la negación de una acusación.

Él alzó una ceja y dio un paso adelante.

—¿Y te molesta que lo haya hecho?

El aire de mis pulmones me abandonó y una fea sensación se asentó en mi estómago. Sus palabras me dejaron muda por un segundo, pero tomé la fuerza para continuar:

—No. —Pasé saliva y alcé la barbilla—. Me molesta que no estés pensando con criterio solo porque te acostaste con ella. Si te ciegas así, te pones en peligro, a Leo también y todos como grupo nos vemos involucrados.

Su mirada estaba encima de la mía y pude jurar que la esquina de su boca se elevó sutilmente.

—Sí te molesta.

—¿Acaso no me estás escuchando? —reclamé—. ¡Quien te amenazaba puede estar planeando su próximo ataque y tú estás aquí preguntándome estupideces!

—¿Por qué no puedes aceptar de una vez por todas que sí te molesta?

—¡Porque no lo hace!

Claro que lo hacía. Mi corazón ardía con solo imaginarlo con ella, pero no le daría la satisfacción de saberlo cuando él actuaba tan poco arrepentido.

Presionó los labios y asintió.

—De acuerdo —habló consigo mismo y mordió el interior de su boca—. Entonces no te molestará que te diga exactamente cómo he estado con ella.

—¿Qué…?

Empezó a caminar lentamente hacia mí y, con cada paso, sus ojos se oscurecieron.

—No te importará saber que la he tomado de la mano —hablaba con una mezcla de seriedad y flirteo.

—¿Q-qué estás hacien…? —ni siquiera pude terminar.

—No te importará saber que la he besado.

La sangre empezó a hervirme. A medida que se acercaba, yo levantaba más el mentón para no romper la conexión de nuestras miradas.

—No te importará saber que la he tocado.

Mi espalda chocó con el tocador de la habitación y quedé entre él y sus palabras. Colocó ambas manos a mis costados en el tocador y quedé completamente encerrada.

—No te importará saber que hemos pasado toda una noche juntos. —Su voz se engraveció.

Desvié la mirada y cerré los ojos con fuerza, pero volví a verlo rápidamente. Lo que él quería era eso, que me enfadara, que reaccionara, y no iba a hacerlo.

—No —dije clavándome las uñas en las palmas—. No me importa.

Él llevó sus labios a mi oído y susurró:

—Si vas a espiar a alguien, asegúrate de hacerlo bien, que luego te enfadas conmigo asumiendo ridiculeces como que yo me fuera a acostar con alguien que no fueses tú.

¿Qué?

Le busqué la mirada y cuando lo hice, noté que esa frialdad de hacía unos segundos había desaparecido. Solo tenía una ligera sonrisa soberbia sobre sus labios.

—Jamás me he acostado con ella —soltó.

—Pe-pero… —Moví la cabeza con desconcierto—. ¡¿Me estás jodiendo?!

—Tú me jodes cuando no aceptas que tienes sentimientos por mí —devolvió—. No me gusta llegar a estos límites, pero parece ser la única forma de hacerte admitirlos. —Sonrió aún con más soberbia y yo quedé como una idiota—. Ahora… tenemos que trabajar en tus dotes de espía porque serios problemas debes tener para crear semejante historia.

—Yo no te he espiado. —Aclaré mi garganta—. ¿De qué hablas?

Señaló su armario con un movimiento de cabeza.

—No dejes un camino de gotas de agua hacia tu habitación si no quieres que te descubran.

*Cazzo.*

—Fue un error.

—¿Entrar en un armario fue un error? ¿Qué buscabas? ¿Narnia?

—No me causas gracia. —Le di un empujón para volver a establecer distancia—. Y sí. Estuve aquí y escuché a Sabrina declararte sus sentimientos y a ti decir: «Lo que pasó en Barcelona no significó nada». Así que no me mientas.

—Barcelona fue la última ciudad a la que viajamos —explicó con tranquilidad—

Ambos ganamos en nuestras respectivas carreras, así que decidimos celebrar. Ella bebió más de la cuenta y me besó, pero yo la rechacé.

—¿Porque estaba ebria?

Y la respuesta fue simple:

—Porque no eras tú.

Por un segundo, olvidé respirar.

—Al día siguiente hablamos —siguió—. Ella se arrepintió, culpó al alcohol, pero con el tiempo empecé a notar que tenía cierta atracción hacia mí, hasta que hoy me confesó lo que sentía. Te daría más detalles, pero los escuchaste en vivo y en directo.

Entrecerré mis ojos en su dirección. Aún había cosas que no cuadraban.

—Seth me dijo otra cosa.

—¿Seth? ¿Tu fuente de información es el idiota de Seth? —Se echó a reír.

—¡Oye! Él estuvo ahí y, según lo que escuché de tu propia boca, está tan enamorado de ella que hasta la persigue, así que él sabrá lo que dice.

—¿Y se puede saber qué dijo ese imbécil que no sabe diferenciar el norte del sur?

—Digamos que mencionó sus nombres y la palabra *sexo* en la misma oración —me aseguré, pero él volvió a negar.

—Cuando pienso que no puede ponerse más idiota, hace estas cosas. —Se frotó el rostro y después me explicó—: No pasó nada, Sally. Solo la llevé a su habitación porque apenas podía quedarse de pie y él habrá malinterpretado la situación después del beso. La dejé durmiendo y me fui de ahí.

¿Era verdad? Parecía honesto, pero ¿cuándo Derek Keller era honesto?

—¿Realmente crees que después de lo ocurrido yo haría algo así? —Dio un paso adelante y su voz se tornó más calmada—. ¿Por qué me acostaría con alguien más cuando la chica de la que estoy enamorado no está conmigo?

—La gente suele hacer eso. —Encogí los hombros.

—La gente es estúpida —aseguró—. Si las cosas van mal, las soluciono. Seré mucha cosas, pero no soy de esos idiotas que se emborrachan y se acuestan con quien sea como si eso fuese a cambiar o a arreglar las cosas. Si quiero algo, voy por ello. Y lo que quiero eres tú.

Una sonrisa se formó en sus labios.

—Sabes que soy terco, supongo que no le viste el lado positivo a eso.

Mi corazón empezó a latir con fuerza. Mis manos temblorosas jugaban entre ellas.

—¿Entonces tú y ella no…? —empecé con la voz baja y una dosis de temor.

Su voz, en cambio, fue suave.

—No. No he estado con ella, ni con nadie más desde que entraste a mi vida para

óquedarte. Sé que no soy la persona más confiable, pero soy incapaz de engañarte.

—Técnicamente no es engañarme. Me lo repetí muchas veces.

—Para mí sí lo es. Tú estás en mi corazón y, hasta que decidas romperlo, te pertenezco.

Sus palabras hallaron cobijo dentro de mí y un alivio enorme invadió mi pecho.

—¡¿Y por qué me asustas así?! —Le di un golpe en el hombro—. *Cazzo*, Keller, me ha ıcausado tres infartos.

ó Él rio, y me fue inevitable no hacerlo también.

—¿Ves que sí te afecta? Ya he aprendido que tú no vas a admitir que me quieres a menos que estés al borde de un abismo. Solo tengo que llevarte a ese borde.

—¿Y caer por ti?

—Sí.

› —¿Y qué me asegura que al caer no terminaré destruida?

—¿Es que no lo ves? Yo ya caí por ti. Estoy abajo, esperándote.

Acomodó parte de mi cabello detrás de mi oreja y sentí un escalofrío familiar que -había pensado olvidado.

—¿Por eso estabas enfadada? —preguntó—. ¿Pensaste que estuve con ella?

l —Puede ser… —Alcé mis ojos y él negó ligeramente la cabeza.

e —Jamás haría eso. No hay nadie más para mí aparte de ti. —Sentí su pulgar acariciar .mi mejilla—. La pregunta es si es mutuo.

Él acercó más su rostro al mío, con suavidad, con calma, como si la pregunta que iba a continuación ameritara ese suspenso.

› —Cuando jugábamos, debían beber quienes se habían enamorado. Tú bebiste. — ›Detuvo sus caricias y la intensidad de sus ojos me invadió—. ¿Estás enamorada de mí Sally?

Sí.

s ¿Por qué esa respuesta no salía de mis labios? ¿Por qué tan solo pensar en ella hacía ›que me estremeciera? ¿Por qué era tan difícil volver a confiar sin temer?

› —Yo… —Tuve que bajar la mirada—. No es tan sencillo.

Sentí sus labios dejar un beso en mi frente.

—Lo sé.

Mis ojos se cerraron al ser capaz de volver a reconocer cada nota de su perfume. Con él, parte de mí entraba en paz total, la otra sufría espasmos de nervios. Derek causaba contradicciones en mi cuerpo, luz y oscuridad a la vez, tan ilógico como mi amor por él.

Los abrí cuando la punta de su nariz rozó suavemente la mía, y sus ojos resaltaron aentre la oscuridad de la habitación.

—Estoy enamorado de ti, Ava.

A pesar de no ser la primera vez que lo decía, sí fue la primera vez que le creí.

—Eres y siempre serás la única para mí. No vuelvas a dudarlo.

Cada una de esas palabras me estremecieron por completo. No dudé. Y tampoco lo hice cuando, de improviso, lo atraje a mí y uní nuestros labios en un prolongado beso.

Solo quería volver a sentirlo de esa forma. Sus manos en mi piel, las mías en su cuello. Pensé que lo había perdido, y esa idea me atormentaba en pesadillas. Saber que no había sido así me llenó de alivio.

Me sujeté del cuello de su camiseta cuando la respiración me faltó, y él, sosteniéndome de la cintura, mantuvo nuestras frentes unidas.

—No debiste hacer eso.

—¿Por qué? —cuestioné en un aliento.

—Porque ahora no voy a dejarte ir.

Su mano se enterró en mi cabello, incrementando los fuertes latidos de mi corazón, y una vez más nuestras bocas se sintieron.

Esa ocasión fue distinta. No estábamos enfadados ni llenos de rabia. Nuestros movimientos eran tan tiernos como necesitados. Él tenía lo que a mí me hacía falta para estar en paz y, en simultáneo, era quien podía arrebatármela.

En ese momento, me la quitó para hacer espacio al calor que empezaba a recorrerme.

Rodeándolo por los hombros con mis brazos, retrocedimos juntos hasta que volví a chocar con el tocador, solo que esa vez no odié la razón.

Sus labios bajaron a mi cuello, humedeciéndolo tras sus besos, y perdí la respiración -que había acumulado cuando una de sus manos empezó a acariciar el contorno de mi busto.

—Creo que… no es el momento… ni el lugar, Keller. —Quise sonar firme, pero el tono fue más contradictorio de lo que pensé.

—No perderé la oportunidad de tenerte —susurró en mi cuello entre besos mientras los botones de mi blusa eran desabotonados por sus dedos—. Nada me asegura que tendré otra.

—Pero no estamos solos —insistí inhalando con pesadez—. Leo, Becca, Rafael…

—No hables de otras personas cuando te estoy desnudando.

Y volvió a besarme, con pasión, dándome a entender lo mucho que le hacía falta. Tanto como él a mí. Sus manos se deshicieron de mi blusa y bajó sus besos hasta mi escote, por lo que atrapé su cabello entre mis dedos. Cada sensación estaba intensificada, cada caricia parecía hacerse a nervios expuestos, cada beso parecía una succión de cordura.

De pronto, me tomó de las caderas y me dio la vuelta.

En el gran espejo del tocador se reflejaban nuestras siluetas, nuestros labio entreabiertos, nuestros pechos elevados. Derek, detrás de mí, pasó todo mi cabello a u olado y sus ojos se encontraron con los míos por el otro.

—Desde que volvimos a vernos, has negado lo nuestro —murmuró.

—¿A dónde vas con es-esto? —Mi voz se entrecortó cuando llevó una mano a uno d amis pechos para acariciarlo bajo mi sujetador.

Derek me vio a través del espejo y con una mirada peligrosa dijo:

—No puedes negarlo si lo ves con tus propios ojos.

Dejó un húmedo beso detrás de mi oído que me debilitó las rodillas, y presionó l cima de mi busto, logrando que cerrara los ojos y ladeara la cabeza. Él tomó mi mentón agudizando mi gemido, y lo levantó.

—Ojos en el espejo.

Podía ver el juego y el deseo en su mirada, y, gracias a su idea, también pude verlo e la mía. Con una mano, me quitó el sujetador, y con la otra abrió el botón de mi spantalones cortos mientras sus labios se encargaban de dejar húmedas lamidas y besos e amis hombros.

Sentí el aire abandonar mi cuerpo, mis pezones endurecerse.

Él llevó una de sus manos a su espalda y se quitó la camiseta por el cuello en un sol amovimiento. Colocó sus manos a mis caderas y me pegó contra él, logrando que sintier lo mucho que me deseaba.

—¿Volverás a huir, Ava? —Su mirada lujuriosa se evidenciaba en el espejo.

—No…

Enredó su mano en mi cabello y me hizo girar el rostro para encontrarme con su lojos sin necesidad del tocador. Los vi oscurecidos de placer, pero un temo predominante apareció.

—¿No te irás?

Para demostrar que no lo haría, volví a besarlo. Él, aún tomándome del cabello intensificó el beso. Nuestras lenguas jugaron hasta que mis movimientos formaron un promesa, nos separamos y susurré contra sus labios:

—No hay otro lugar donde quisiera estar.

El temor desapareció y el placer se hizo con todo. Me hizo ver al frente nuevamente iuna de sus manos empezó a acariciar mi intimidad sobre los pantalones cortos qu ,llevaba.

—Vas a volverme loca —jadeé.

—Esa es la idea. —Sus labios calientes presionaron en mi oído y su voz caus

vibraciones en todo mi cuerpo cuando dijo—: Y que veas mientras lo hago.

Sus labios trazaron un camino de insensatez por mi hombro, me vio directamente a los ojos y ordenó:

—Manos en el tocador.

Las órdenes y los retos eran algo característico de Derek Keller; al parecer esos casos no eran la excepción. Apoyé y estiré mis manos. Él dio un paso atrás, tomó mis caderas y las llevó hacía las suyas haciendo que me inclinara hacia delante.

Contener un jadeo fue imposible.

Sentí cómo sus manos tomaron el borde de mis pantalones cortos y los deslizó por mis piernas junto con mis bragas. Su mirada repleta de lujuria parecía devorar mi cuerpo.

Se inclinó y mi espalda fue un lienzo para sus suaves besos, desde lo más bajo, por mi columna, hasta llegar a mi hombro, alimentando la expectativa.

Alzó la vista y una de sus manos me recorrió con parsimonia; rodeó mi ombligo, cruzó por el valle de mis pechos, subió por mi cuello y llevó sus dedos a mis labios. Los tanteó y rozó y pidió la entrada. Como si se tratara de instinto, los envolví con mis labios y los humedecí, siempre con los ojos sobre él. Su respiración entrecortada, siguiendo mi movimiento, me incentivó y fue suficiente para lanzarme por la borda.

Una vez que los sacó, volvió por su camino de deliciosa tortura. Me fue imposible no cerrar los ojos cuando sentí esos mismos dedos deslizarse en mi humedad.

Estiré mis manos sobre la madera y un largo gemido escapó de mis labios.

—Abre los ojos —ordenó y, cuando lo hice, presionó ese punto exacto y perfecto que lanzaba corrientes eléctricas al resto de mi cuerpo.

—Derek…

—¿Ya no soy Keller? —preguntó con soberbia.

Volví a gemir, incapaz de decir una palabra que tuviese sentido alguno. Sus expertos dedos tenían a su merced mi cordura, y lograron que la perdiera.

No hubo un instante en el que sus labios hayan dejado mi piel; ni sus dedos, los míos Tampoco detuvo sus movimientos hasta que se aseguró que me acercaba al límite Cuando me tensé a su alrededor, paró y acercó su boca a mí oído.

—No te muevas.

Fue al cuarto de baño y regresó con un paquete plateado. No dejé de verlo cuando se desabrochó el pantalón y lo bajó para colocarse el preservativo. Al contrario, seguí sus movimientos con expectativa, con una necesidad creciente en la base de mi vientre. Se acercó de nuevo, acariciando mis muslos con sus manos calientes, y fui testigo de la sonrisa socarrona que se formó en sus labios.

—¿Ansiosa?

a —Keller… —advertí.

—Di mi nombre, Ava —pidió—. Me gusta oírlo tanto como me gusta oírte gemir.

Cuando lo sentí tantear mi humedad solo me quedó soltar en un suspiro:

s —Derek…

y Él lució satisfecho, se asomó hasta que dejó un beso en mi hombro, inocente incluso solo para que después me tomara de las caderas, viera nuestro reflejo con complicidad, y se introdujera en mí.

r Tanto los dedos de mis manos como los de mis pies se ensortijaron, ebrios de placer i Una vez más, volvía a sentirlo y cada vez era mejor que la anterior.

—Abre los ojos —insistió—. Quiero que veas lo bien que funcionamos juntos.

i Esa fue la gota que rebalsó el vaso.

Él reforzó el agarre de sus manos y se dedicó a volvernos uno. El vaivén de su ómovimientos dentro de mí me llevó a la locura. Las palabras desaparecieron de m ,mente, al igual que todo lo que en algún momento fue malo. Y tuve que morder mi slabios para evitar que toda la casa se enterara de lo que estábamos haciendo cuando fu iinvadida por la forma más pura de amor y placer.

Me dediqué a disfrutar del escenario reflejado: mi rostro acalorado, mi cabell odesordenado y él detrás, moviéndose contra mí, viendo donde nuestros cuerpos se uníar con lujuria, para después alzar la vista y verme a través del espejo, el cual empezaba a empañarse por mi aliento desesperado.

e Me apoyé sobre mis codos y arqueé mi cuerpo hasta darle toda la libertad de hacer lo que quisiera conmigo, de que me llevara al límite que antes ya habíamos visitado juntos Una de sus manos subió por mi espalda para después tirar de mi cabello hacia atrás, a la vez que sus movimientos se tornaban más fuertes y exigentes, logrando que disfrutara de sél en plenitud. El sonido de nuestros cuerpos chocando entre sí fue opacado por la mención de nuestros nombres.

. Presioné mis labios intentando contener el gemido que escaparía de entre ellos .cuando un escalofrío empezó a recorrerme entera, teniendo de origen el centro de m cuerpo. Pero Derek dio una estocada más fuerte haciendo que gritara su nombre a los cuatro vientos por los espasmos que se apoderaron de mi cuerpo. Él aceleró su emovimientos hasta que terminó con un varonil y exhausto gruñido.

s Derek salió de mí, y se deshizo del preservativo tirándolo en el cesto de basura. Tomó emi cintura, me giró y en un rápido movimiento me sentó en el tocador. Sus manos se aposaron en mi espalda, juntando ahora nuestros pechos, y nuestros labios hallaron

refugio en los del otro. Lo rodeé con mis piernas, esperando que la fuerza volviera a m cuerpo.

La intensidad disminuyó y sus besos se tornaron en pequeñas y tiernas caricias a lo largo de mi cuello. El ambiente halló calma nuevamente, nuestras respiracione disminuyeron y solo pude escuchar sus latidos corriendo a la misma velocidad que lo ,míos.

y —Este es el momento en el que te vistes y me rompes el corazón —dijo con la voz baja, antes de dejar otro beso en mi mandíbula.

·. —No, no lo es —rechacé con suavidad y los ojos entrecerrados—. Hoy tú ganas Negarlo después de eso va a ser difícil —reí ligeramente y sentí su sonrisa en la piel de m clavícula.

Tracé con mis uñas su espalda, siempre con delicadeza, y abrí los ojos al notar la smarcas que le había dejado la última vez. ¿Yo había hecho eso?

i —Dios, lo siento —dije.

s —¿Por qué te disculpas?

i —Tu espalda, los rasguños. Te los hice yo con mis uñas.

—No te disculpes. Me gustan. —Marcó un rastro de besos hasta dejar el último en mi olabios—. Demuestran que soy tuyo.

ı Me dio otro pequeño beso justo en las mejillas aún enrojecidas y quedé sorprendida aPodía cambiar de atractivo y dominante a tierno y romántico en cuestión de segundos.

Reforcé mi abrazo a su alrededor, juntando nuestras frentes, consciente de que estab ocreando nuevos recuerdos con él. Solo esperaba que fuesen recuerdos felices, no .deprimentes como se habían tornado los anteriores.

a —¿Podemos ir a la cama? —pedí en un murmuro.

e —Dame un minuto. Los hombres no tenemos su suerte —dijo y reí.

a —Quiero dormir.

Retrocedió para buscarme la mirada y, cuando lo hizo, lo hallé sorprendido.

s —¿Te vas a quedar a dormir conmigo?

i —Si quieres, claro —añadí.

s —Si quiero… —repitió y mordió su labio en una sonrisa—. Lo dices como si no fues suno de mis sueños.

Me levantó, nos llevó a la cama, y se acostó a mi lado, cubriéndome con su calor óHabía extrañado esa situación. No existía el pasado y no pensábamos en el futuro.

e —Te dije que no me iba a escapar —le recordé con los ojos cerrados.

ı —A veces me gustaría que no cumplieras con tu palabra —contestó pasando un mano por mi cintura.

Comprendí qué promesa no quería que cumpliera. Pero ya había roto parte de esa promesa. Lo había besado, lo había tocado y los sentimientos no habían desaparecido nunca. Faltaba volver a estar con él. Y era esa la promesa que no sabía si sería capaz de romper.

Preferí dejar allí la conversación y no arruinar ese momento. Cedí a mis párpados y permití que el sueño se apoderara de mí cuando sentí una mano acunar mi mejilla con delicadeza.

—No importa si aún no puedes admitir que me quieres, yo me encargaré de hacerlo por los dos hasta que te sientas lista.

Lo último que sentí antes de que la oscuridad predominara la noche fueron sus labios en mi frente y una lágrima solitaria correr por mi mejilla.

Comprendí qué promesa no quería que cumpliera. Pero ya había roto parte de esa promesa. Lo había besado, lo había tocado y los sentimientos no habían desaparecido nunca. Faltaba volver a estar con él. Y era esa la promesa que no sabía si sería capaz de romper.

Preferí dejar allí la conversación y no arruinar ese momento. Cedí a mis párpados y permití que el sueño se apoderara de mí cuando sentí una mano acunar mi mejilla con delicadeza.

—No importa si aún no puedes admitir que me quieres, yo me encargaré de hacerlo por los dos hasta que te sientas lista.

Lo último que sentí antes de que la oscuridad predominara la noche fueron sus labios en mi frente y una lágrima solitaria correr por mi mejilla.



# CAPÍTULO 33

Al abrir los ojos, lo primero que sentí fue calma.

Me removí ligeramente a medida que la conciencia volvía a hacerse con mi cuerpo y noté el brazo que me envolvía. Una sonrisa se formó en mis labios.

Derek estaba dormido; las notas restantes de su perfume y su cabello contrastando con el blanco de la almohada creaban un verdadero sueño. Sentía su suave respiración su pecho subir y bajar de forma casi imperceptible. Acerqué mi mano con lentitud y tracé el contorno de sus labios, su nariz recta, su mandíbula…

Verlo así desenvolvió una paz arrolladora en mi pecho y me hizo caer en cuenta de que estaba jodida, porque lo quería.

*No importa si aún no puedes admitir que me quieres, yo me encargaré de hacerlo por los dos hasta que te sientas lista.*

—Hazlo. No te rindas. Quiero sentirme lista, quiero volver a confiar en ti.

Tras dejar un beso en su mejilla, tomé con cuidado su brazo y lo dejé sobre las sábanas. No iba a huir, solo iría por agua.

Vestida, salí de la habitación, pero mi mente seguía fuera de mi cuerpo; volaba entre rayos felices y nubes confusas. Pero volví en mí al ver a una persona saliendo de la habitación de Liv. Llevaba las mejillas y los labios rojos, el pecho moviéndose con pesadez, y el cabello despeinado.

—¡No! —ahogué una exclamación al comprender—. ¡Tú y…! ¡Tú estabas…!

Cuando me notó, se quiso acercar para callarme, pero salí corriendo hasta que me alcanzó en la cocina. Me cubrió la boca con una mano.

—¡Polo! —hablé contra su palma—. ¡¿Por qué acabas de salir de esa habitación así?!

—Deja esto ir, por favor.

—No hay forma. —Quité su mano—. ¡¿Qué pasó entre ustedes?!

—Ava, te lo ruego. Déjalo ir —insistió y su rostro suplicante me cerró la boca.

Polo siempre me había respetado, a mí y mis silencios. Yo también tenía que hacerlo… por más que mi cabeza ya había empezado a imaginar cómo lucirían sus hijos.

—¡Ah! —Le di un abrazo muy fuerte y nos moví de lado a lado, como aquella tía que no te había visto en mucho tiempo—. De acuerdo. Lo dejo ir, no vi nada. Ava ahora es ciega.

Y al parecer también sorda porque un estridente grito femenino estremeció todos los rincones de la casa.

Sin pensarlo, Polo y yo corrimos hacia el origen del ruido. Nos asomamos por la ahora abierta puerta de Liv y dentro ya estaban Leo, Becca, Rafael y Derek atentos, con el miedo gobernando sus rostros.

Liv salió del baño de puntillas y con una toalla a su alrededor.

—¡¡¡Una cucaracha!!!

Todos compartimos una cara de incredulidad. Ella, sin previo aviso, saltó encima de Rafael, que la recibió torpemente como un príncipe. Polo notó la acción y bajó la mirada.

—¡Sácala! —señaló ella—. ¡Pero no la mates! ¡Tiene derecho a vivir!

Rafael entró al baño a hacer lo que Liv pedía.

—Que no te sorprenda que un día de estos asesine a tu prima —Becca le dijo a Leo que botó un largo suspiro. Ambos salieron de la habitación y Polo los siguió, casi corriendo.

Quise dirigirme a mi habitación cuando sentí una mano tomarme de la muñeca en el pasillo y darme la vuelta hasta que mi espalda tocó la pared.

—¿Qué haces? —murmuré.

—Me aseguro de que no empieces a ignorarme. —Su voz estaba cargada de esa ronquera característica de cuando despertaba.

—Ya te dije que no lo haré, Keller.

—¿Seguiré siendo Keller después de anoche? —Alzó una ceja.

—Seguirás siendo Keller hasta que merezcas que te llame por tu nombre.

Su sonrisa creció.

—Entonces anoche me lo merecí. —Dio un paso hacia mí y tuve que morder mi labios para evitar una sonrisa.

—No cuenta. En esas ocasiones me distraigo y no pienso con claridad.

—Entonces tengo que quitarte la claridad más seguido.

Sonreí y negué con la cabeza antes de intentar alejarme para que nadie nos viera pero volvió a acercarme a él desde mi cinturón.

—Se te ve hermosa esta mañana —murmuró.

—¿Las otras mañanas no?

—Siempre eres hermosa a través de mis ojos.

Joder, ni podía molestarlo. Siempre encontraba una forma de voltear la situación.

—Te has vuelto más cursi con el tiempo —bromeé.

—¿Qué puedo decir? —Se encogió de hombros—. Tengo que enamorarte de nuevo.

—¿Crees poder lograrlo?

—Creo que ya lo estoy haciendo.

Sus labios rozaron los míos, pero Rafael salió de la habitación y establecí distancia.

—Mi niña, Liv dice que nos vamos en una hora —dijo, viéndome solo a mí.

—Este payaso… —Derek musitó antes de fijar su atención en él. Ambos emanaban una actitud de rechazo al otro y, después del juego de anoche, no esperaba menos.

—Cierto —hablé—. Debemos prepararnos. Sin problemas —advertí.

Fui a mi habitación y, tras empacar mis pocas pertenencias y darme una ducha, salí de la casa.

Leo y Becca guardaron sus cosas en su auto, y él se sentó en el asiento de conductor con la puerta abierta para poder abrazar a su novia. Besó su mejilla y ella sonrió. A parecer, la verdad había esclarecido sus problemas y habían vuelto a ser la pareja adorable que eran.

Mientras yo dejaba mi bolso en el coche de Liv, Derek salió de la casa. Dejó sus cosas en su auto y se apoyó a mi costado en el capó de Liv. No me quitaba la mirada de encima y la sonrisa de labios cerrados en su rostro tampoco se iba a ninguna parte.

—Deja de verme así —le ordené en un murmuro.

—¿Como si fuese incapaz de quitarte la mirada? Porque lo soy.

—Como si hubiésemos estado juntos ayer —corregí.

—Lamento informarte que lo estuvimos… y ya no puedes negar lo bien que se nos ve juntos —aseguró y tuve que dar todo de mí para no sonreír. Él, en cambio, me dio un rápido pellizco en la cintura que me pasó electricidad.

Liv se unió a nosotros con una mueca de preocupación.

—Le tendré que hacer una limpia a esta casa. —Cerró la maletera y suspiró— Vinimos aquí para disfrutar y terminamos albergando al enemigo. Bueno, enemiga —se corrigió—. La chica no me agradaba, pero ¿quién iba a pensar que con esa cara iba a soltar tal historia?

—La verdad —empecé—, nunca desconfié de ella. Yo pensé que era Lex. —El grupo se volvió a verme—. Vamos: malo, tatuajes… Ese hombre grita peligro.

—Yo apostaba por Morti —confesó Liv.

—¡¿Qué?! —exclamó ella y Leo rio—. ¿Pensabas que yo amenazaba a mi novio?

—Desde el primer momento. Eras mi sospechosa número uno.

—Por favor —bufó—. Si hubiese sido yo, los habría destruido en menos de dos días.

—Yo creí que era Polo —confesó Leo.

Mi amigo, que acababa de sentarse en el descapotable de Liv, abrió los ojos ampliamente.

—¿Yo? ¿Pero…?

—Lo siento, amigo. Pero no te conocía. Tenía que desconfiar —Se encogió de hombros.

—De acuerdo… —Lo siguiente lo murmuró—: Pero si yo aún no sé de qué están hablando.

Reí.

—Nada que tenga que preocuparte. Solo que ya hallamos a quien quería lastimarlo —dije viendo a Leo y Derek—. ¿Y ahora? ¿Simplemente lo dejaremos atrás?

—Ahora veremos si la bruja adolescente es honesta o solo una bruja. —Liv encendió su coche—. ¡Galán de telenovela! ¡Nos vamos!

—¡Voy! —Rafael apareció trotando y saltó sobre la puerta del coche descapotado de Liv para sentarse a su costado. Al hacerlo, sus gafas de sol cayeron sobre sus ojos con demasiado estilo—. ¿Vamos de vuelta a la ciudad?

Derek me abrió la puerta del coche.

—De vuelta a la realidad.

—Desde el primer momento. Eras mi sospechosa número uno.

—Por favor —bufó—. Si hubiese sido yo, los habría destruido en menos de dos días.

—Yo creí que era Polo —confesó Leo.

Mi amigo, que acababa de sentarse en el descapotable de Liv, abrió los ojos ampliamente.

—¿Yo? ¿Pero…?

—Lo siento, amigo. Pero no te conocía. Tenía que desconfiar —Se encogió de hombros.

—De acuerdo… —Lo siguiente lo murmuró—: Pero si yo aún no sé de qué están hablando.

Reí.

—Nada que tenga que preocuparte. Solo que ya hallamos a quien quería lastimarlos —dije viendo a Leo y Derek—. ¿Y ahora? ¿Simplemente lo dejaremos atrás?

—Ahora veremos si la bruja adolescente es honesta o solo una bruja. —Liv encendió su coche—. ¡Galán de telenovela! ¡Nos vamos!

—¡Voy! —Rafael apareció trotando y saltó sobre la puerta del coche descapotado de Liv para sentarse a su costado. Al hacerlo, sus gafas de sol cayeron sobre sus ojos con demasiado estilo—. ¿Vamos de vuelta a la ciudad?

Derek me abrió la puerta del coche.

—De vuelta a la realidad.



# CAPÍTULO 34

Me estaba acostumbrando a la voz de Zoe. Después del trabajo, fui por ella para llevarla a patinar sobre hielo —detalle que había rescatado de su discurso al conocernos—. Y, tra una adorable tarde, la estaba llevando de vuelta a su casa.

—¡Mucho más allá! —cantaba otra canción de *Frozen* en el asiento trasero de m coche.

Me detuve en un semáforo, cuando un sonido repentino y desconocido salió de m capó.

—*Cazzo*, ¿ahora qué?

—*Cazzo* —repitió Zoe.

—¿Q-qué? —La vi con los ojos abiertos—. No digas eso.

—¿*Cazzo*?

—¡Zoe! No lo repitas —le pedí y ella rio.

Nos puse en movimiento cuando el semáforo se tornó verde y ella siguió cantando hasta que llegamos a su casa, donde, para mi mala suerte, nuestro padre la esperaba. Baj del coche y le abrí la puerta a Zoe, debido al seguro de niños que había activado.

—¿Te divertiste hoy? —preguntó Marco, alternando miradas entre nosotras.

—¡Fue el mejor día de mi vida, papá!

—Me alegro. Ahora debes arreglarte para la cama, pronto será tu hora de dormir.

Zoe se acercó a mí dando saltitos y me abrazó por las rodillas.

—Gracias por hoy, Ava. Me la pasé muuuy bien. ¡Te quiero!

Le correspondí y ella siguió despidiéndose mientras entraba junto a Nadia; sin embargo, Marco no entró con ellas.

—Yo también tengo que ir a dormir. Hasta pronto. —Me apresuré en volver sobre mi pasos y encender mi coche, pero no cooperó—. No, no, aquí no.

Cada vez que giraba la llave, se escuchaba como un caballo rechinando y las agujas de panel subían un poco, para después caer sin fuerza.

—Joder. —Cerré los ojos para maldecir todo lo que existía, cuando dos nudillo golpearon mi ventana.

Marco, con un gesto paternal, me pidió que la bajara y preguntó qué sucedía.

—No lo sé, suele fallar —dije, viendo el volante—. Ya está viejo.

—Lo veo —inspeccionó con la mirada el tablero, antes de erguirse y fijarse en su relo de muñeca—. Sé que no quieres estar aquí y me encantaría llevarte a casa, pero esto esperando a unos invitados y Edward está ocupado. Dame un segundo, llamaré a u chofer.

—N-no es necesario. —Ni de broma—. Llamaré a una amiga, ella puede venir por mí

—Si así lo prefieres… —Me abrió la puerta del coche—. Vamos entonces.

—¿A dónde?

—No vas a quedarte en un coche descompuesto cuando tu casa está a dos metros Ava, sé que te desagrado, pero hazlo por ti. Anda. —Señaló con un movimiento l entrada y no se movió hasta que suspiré.

Con paso dubitativo, lo seguí. Una vez más, el ambiente elegante y acogedor m recibió; en esta ocasión, a un amplio salón iluminado por un candelabro. Me pidió qu tomara asiento y, mientras él hacía una llamada, aproveché para escribirle a Liv.

—He hablado con mi taller. Esta misma noche se llevarán tu auto y mañana lo tendrá listo —me informó, guardando su móvil.

—Gracias… —Traté de ocultar la incomodidad en mi tono.

—Soy yo quien debe agradecerte.

—¿A mí? ¿Por qué? —cuestioné, viéndolo tomar asiento a mi lado.

—Cada vez que Zoe te ve, vuelve como la persona más feliz del mundo.

Ese detalle causó una sensación de calidez en mi pecho.

—¿Sabes? —empezó—, se parece mucho a ti de niña.

—¿También esconde chocolates bajo la almohada? —bromeé.

—En su caso son golosinas y las guarda en sus zapatos.

Me fue inevitable no reír y mi padre también lo hizo. Escucharlo me hizo viajar en e tiempo. Nuestras risas no habían armonizado en años.

—¿Puedo pedirte algo? —murmuré con la voz más débil de lo que quería.

—Sabes que sí.

Tomé aire y me giré sobre el sofá.

—Tienes la oportunidad de hacerlo todo de nuevo con Zoe. No cometas con ella lo errores que cometiste conmigo. Sé su padre y cuídala de cerca, no entre las sombras. Sin mentiras, sin pesadillas y sin inseguridades. No se merece eso.

—Tú tampoco lo merecías —dijo con suavidad, ahora nostálgico.

—Bueno —me encogí de hombros—, no hay nada que podamos hacer para solucionar el pasado, solo asegurarnos de no joder aún más el futuro.

Él dio un suspiro.

—¿Sientes que tu pasado fue tan terrible? —preguntó algo triste, por lo que sentí la necesidad de reducir su culpa.

—Algunas partes. Pero no negaré que hubo también momentos lindos.

Sonrío con los labios juntos.

—No quiero incomodarte, pero ¿puedo saber cuál de ellos te pareció especial?

Pasé saliva.

—Cuando me enseñaste a tocar el piano.

Él asintió.

—También fue especial para mí. Cada vez que lo toco, regreso a esos días —dijo con anhelo—. Sé para ti es distinto. Lamento haber hecho que odies tanto el piano que llegaste a destruir uno.

Escucharlo detuvo mi respiración.

—Sabes lo que sucedió.

Marco me vio con compasión.

—Nadie sale sin cargos por allanamiento de propiedad privada y vandalismo cuando ha sido grabado.

—¿C-cómo lo supiste?

—Tenías una orden de arresto, hija —explicó—. Me encargué antes de que te notificaran.

La idea de haber logrado burlar las consecuencias de esa noche me hizo sentir ilusa.

—Hice una generosa donación al conservatorio, además de reparar el piano. —Junto sus manos—. Sé que es impropio de ti hacer algo de ese estilo, no necesitabas una sanción para arrepentirte.

Me sentí avergonzada de inmediato. Saber que estaba al tanto de un momento tan vulnerable para mí me hizo sentir expuesta.

—Sé que cometí errores, pero he estado en las buenas y en las malas, hija. Siempre voy a estarlo. Solo espero que, algún día, tocar ese instrumento sea igual de especial para ti como lo es para mí.

Dicho esto, apoyó su mano sobre la mía. Tenía seis años cuando me abrazó por última vez; a los diecinueve, tocarlo parecía una descarga eléctrica.

El ruido del timbre me distrajo de la conexión con sus ojos grisáceos. Habían llegado por mí. Me intenté poner de pie, pero mi padre aclaró:

—No es tu amiga, aún es pronto para ella.

—Señor Garza. —Nadia habló desde el umbral del salón—. Llegaron el señor y la señora Keller.

*Cazzo.*

No tuve ni tiempo para recuperarme. Vi sobre mi hombro y encontré a una pareja saludando a Cassandra en el vestíbulo.

—¿Keller? —susurré—. ¿Tus invitados son los padres de Derek?

—Invitados y amigos. Él es gerente de una de mis empresas, y ella es accionista —me corrigió con un gesto formal.

—Amor… —lo llamó Cassandra, su esposa, y ambos nos pusimos de pie—. ¡Ava! No sabía que vendrías hoy. Qué gusto verte.

Se acercó a darme un abrazo y los padres de Derek saludaron a Marco, por lo que me apermití verlos.

Él era un hombre imponente y alto. Llevaba un traje con corbata y se notaba a legua que la elegancia corría por su sangre. Ella tenía el cabello largo y más oscuro que él. Su tez blanca contrastaba con unas cejas pobladas y era muy guapa. Llevaba un vestido ceñido de manga larga, muy similar a uno que podía encontrar en una revista de alta costura.

Comprendí de inmediato por qué Derek lucía como lo hacía.

—Ava, te presento a Harrison y a Victoria —mi papá hizo los honores—. Ella es Ava mi hija.

—¿En serio? —Escuché por primera vez al padre de Derek—. No sabía que tenías otra hija, Antonio.

Y yo no sabía que él había procreado a mi ex.

Me tendió una mano y devolví el gesto, sintiendo en su totalidad las tonalidades averdosas de sus ojos sobre los míos. Tenía el mismo poder de su hijo en una mirada. Y su esposa no se quedaba atrás. De ella, Derek había heredado el tono café que adoraba.

—Un gusto. —Me dio la mano mientras me dedicaba una sonrisa elegante y educada.

—Igualmente.

Dudé si ellos sabían quién era yo, pero lo descarté de inmediato. No sabían que Antonio tenía otra hija y, por lo que había entendido, Derek no tenía una buena relación con ellos.

El sonido del timbre resonó por el salón.

—Discúlpenme, llegaron por mí.

Me despedí de todos, pero Marco insistió en acompañarme a la puerta. Juntos caminamos al vestíbulo, pero me detuve al ver a alguien que no me esperaba.

Derek estaba en casa de mi padre.

—¿Qué haces aquí, Keller? —pregunté, sorprendida.

—Liv me dijo que necesitabas ayuda —explicó, antes de ver a mi padre de soslayo.

Recién entonces caí en cuenta de que, por primera vez, los vería juntos.

Marco se le acercó con ese remarcado paso elegante y paciente. Derek adquirió un rostro indescifrable. Y yo entré a un limbo de duda.

—Derek. Un gusto verte de nuevo.

*De nuevo…*

—Antonio. ¿Cómo estás?

*Antonio…*

Cuando el primero le tendió la mano y el segundo le correspondió, me volví consciente de que Derek había estado en esa casa antes y de que habían hablado sobre mí a mis espaldas.

Ambos habían sido los hombres más importantes de momentos clave de mi vida. Y, en ese instante, ambos se veían con un aire formal y amistoso.

—¿Es en serio? —hablé en un susurro y ambos voltearon a verme—. ¿Tendrán una conversación normal después de su espionaje? ¿Qué piensan qué pasará? ¿Cenaremos juntos con nuestros padres como una gran familia feliz?

—¿Mis padres? —Derek me vio con el ceño fruncido.

—Están ahí dentro.

Vio a Marco con el semblante tenso, él asintió con un parpadeo y, antes de apercatarme, Derek ya estaba entrando al salón.

—¿Qué están haciendo aquí? —cuestionó Derek a sus padres en un tono bastante tenso.

Sentados en el largo sofá, se vieron el uno al otro con asombro.

—Antonio, ¿qué hace mi hijo en tu casa? —Veía a Derek con duda y seriedad, pero la pregunta no se la hizo a él, como si no respetara su posible respuesta.

—Yo puedo contestar —repuso Derek.

—Pero no te estoy hablando a ti —fue firme y no me agradó ni un poco su tono— ¿Qué está pasando aquí, Antonio?

—Derek ha venido por Ava —explicó mi padre, obviando claramente el trato que tenían.

Los rostros de sus padres fueron un signo de interrogación.

—¿Nuestro hijo es novio de tu hija? —preguntó Harrison.

—Nosotros… —empezó Derek, pero me apresuré.

—Sí. —Lo tomé de la mano—. Estamos juntos y tenemos una cita, por eso debemos irnos. No queremos perder la reservación.

—¡Yo lo sabía! —exclamó Zoe, que bajaba las escaleras—. ¡Sí se aman!

—¡Pero bueno! —Cassandra se puso de pie—. Bienvenido a la familia, Derek. Otro día pueden tener su cita. ¡Nadia! Prepara otros dos sitios en la mesa.

—¡No! —grité—. Es decir… no, gracias. No queremos interrumpir.

—Jamás podrías interrumpir —me aseguró Marco—. Si desean, pueden quedarse a cenar. Sería… agradable.

—Ay, ¿y yo también puedo? —pidió Zoe—. ¡Una cena! ¡Sin postre! Para estar con mi hermana. —Me abrazó e hizo un sutil puchero—. Porque sí vas a quedarte, ¿cierto, Ava?

No supe qué decir. Vi a Derek con un gesto suplicante, con el que le pedí que hallara una forma de sacarnos de ahí porque yo sería incapaz de negarle algo a Zoe… pero él también lo era.

—Sí nos quedaremos, princesa —le dijo con una sonrisa para después verme—. Solo una cena. Veinte minutos y estamos fuera de aquí.

Con esa frase no supe quién quería irse antes: él o yo.

—¡Yo lo sabía! —exclamó Zoe, que bajaba las escaleras—. ¡Sí se aman!

—¡Pero bueno! —Cassandra se puso de pie—. Bienvenido a la familia, Derek. Otro día pueden tener su cita. ¡Nadia! Prepara otros dos sitios en la mesa.

—¡No! —grité—. Es decir… no, gracias. No queremos interrumpir.

—Jamás podrías interrumpir —me aseguró Marco—. Si desean, pueden quedarse a cenar. Sería… agradable.

—Ay, ¿y yo también puedo? —pidió Zoe—. ¡Una cena! ¡Sin postre! Para estar con mi hermana. —Me abrazó e hizo un sutil puchero—. Porque sí vas a quedarte, ¿cierto, Ava?

No supe qué decir. Vi a Derek con un gesto suplicante, con el que le pedí que hallara una forma de sacarnos de ahí porque yo sería incapaz de negarle algo a Zoe… pero él también lo era.

—Sí nos quedaremos, princesa —le dijo con una sonrisa para después verme—. Solo una cena. Veinte minutos y estamos fuera de aquí.

Con esa frase no supe quién quería irse antes: él o yo.



# CAPÍTULO 35

Fuimos al salón conjunto, un amplio y lujoso comedor. Derek y yo nos sentamos juntos, y Zoe lo hizo a mi costado sobre un par de cojines para alcanzar la altura. Marco y Cassandra ocuparon las puntas de la mesa, y los padres de Derek, el lado opuesto a nosotros.

—Zoe —la llamó su padre—, solo por hoy no cumplirás tu horario para que pueda estar con Ava, pero no vuelves a quedarte despierta hasta esta hora, ¿de acuerdo?

—Prometido. —Le mostró el meñique.

—¿Y qué te ha enseñado papá, Zoe? —preguntó Cassandra.

—Las promesas no se rompen.

Esa frase me congeló en el sitio.

—Exacto —él asintió y después me vio—. Nunca se rompen.

Agradecí inmensamente cuando Nadia sirvió la cena. Las palabras se perdieron en el sutil ruido de la porcelana y los cubiertos.

—Es la primera vez que conozco a una novia de Derek —dijo su madre—. Debes ser bastante especial, Ava.

—Lo es —Derek se adelantó a mi respuesta.

Volteó a verme y me dedicó una sonrisa cómplice.

—¿Cómo se conocieron, chicos? —Cassandra hizo la pregunta, abriendo su servilleta.

—En la universidad —respondió Derek.

—¿Y qué estudias, Ava? —siguió Victoria.

—Ya no estudio. Lo dejé antes del verano.

—¿Por qué harías algo así? —preguntó Harrison, quien hasta ese momento ni me había dirigido la mirada.

Derek posó su mano sobre la mía transmitiendo un «no le hagas caso». Aunque veía en su semblante que a él no le había gustado el tono de su padre.

—No era para mí —le dije, a pesar de que no me gustó la intrusión a mi privacidad— Ahora estoy trabajando en una cafetería. Supongo que saben cuál es. ELE de la famili Carson.

Victoria ladeó el rostro.

—Por supuesto. Nuestras familias solían ser muy cercanas. Los primos eran solo niño la última vez que los vi.

¿Cómo era eso posible cuando Derek era como un hermano para ellos?

—Estoy segura de que todos se convirtieron en jóvenes ejemplares. Leonard, Olivia Amelia…

—Mamá —interrumpió Derek y su padre volteó a verla en simultáneo.

—Victoria, por favor.

—¿Quién es Amelia? —preguntó Zoe, comiendo guisantes de uno a uno.

La respuesta a esa pregunta se me hizo aún más llamativa cuando mi pequeñ hermana recibió miradas extrañas por parte de ambos padres de Derek, mientras que é se centró en su plato y calmó una exaltada respiración.

—¿Sucede algo? —le pregunté posando una mano en su rodilla.

—No —respondió rápidamente y vio al frente.

—Olvídenlo, no es importante. —Victoria mostró una sonrisa que sí parecía real, pesar de que no lo era. También era de familia saber mentir con tanta facilidad.

—Ava, por favor, sigue —Harrison me llamó con el semblante serio—. ¿Qué tiene pensado para tu futuro? ¿Trabajarás en una cafetería el resto de tu vida?

—La verdad… estoy pensando en estudiar un curso de fotografía. Empieza dentro d poco.

—Ah, disfrutas de profesiones no convencionales… igual que mi hijo con sus carreras.

—¿Eres piloto de carreras, Derek? —le preguntó Cassandra.

—Sí —contestó—. De la Fórmula 2.

—Qué coincidencia. —Cassandra vio a Marco, quien, como un gran actor, no s mostró perturbado—. Yo mantengo mis inversiones en los asuntos que me interesan pero Antonio entró a ese mercado hace unos meses.

—Cassandra, por favor, no intentes involucrar a Antonio en el pasatiempo suicida d mi hijo.

—No hables así, Harrison. Es un mundo muy interesante, Antonio sabe mucho sobr eso. Incluso podría ayudarlo. En ese mundo los contactos lo son todo. Sería todo u honor, ¿cierto, cariño?

—No —sentenció Harrison soltando sus cubiertos y causando un sobresalto de m

.parte—. Apoyar a mi hijo en eso sería una locura. Ese mundo está lleno de peligro, la agente muere sin problema alguno y nadie hace nada al respecto. Dime, Ava, ¿te gustaría recibir una mañana la noticia de que tu novio murió?

—Yo…

s —Papá —se tensó Derek—. No hagas eso. No es el lugar ni el momento.

—Siempre es momento de hablar del terrible error que estás cometiendo. Es solo cuestión de tiempo que mueras en un accidente, y tengo todo el derecho a desear que ,eso no suceda. Antonio, como padre, sabe de lo que hablo.

Señor, Antonio era el mejor amigo de su hijo.

—Yo soy la primera persona que sabe que sin riesgos no se vive —intervino mi padre con un tono que jamás le había escuchado—. Pero también sé que hay cruda consecuencias luego. Si Derek tiene talento para algo y está dispuesto a arriesgarse adebería hacerlo sin obstáculos y en especial sin miedos.

l Sus miradas se enfrentaron.

—No estoy de acuerdo contigo, Antonio.

—No me interesa que lo estés. Lo que quiero es cenar con mis hijas en paz, y lo está evitando.

a —*Cazzo* —interrumpió Zoe.

Abrí los ojos y me volví a mi hermana.

s —¡Zoe! —la regañé.

—No sé qué significa, pero parecía un buen momento para decirlo. —Pasó una mano epor sus ojos cansados.

A pesar de la tensión, Marco rio un poco. Él sabía perfectamente lo que significaba y que lo había adquirido de mí.

—Lo mejor va a ser que vayas a la cama, amor. —Su mamá hizo el ademán de levantarse.

—¿Puedo llevarla yo, Cassandra? —pregunté.

e —Por supuesto, ¿estás de acuerdo, Zoe?

, —¿También puede venir Derek? —pidió.

Sus padres compartieron una mirada. Marco asintió con sutileza y Cassandra dijo que eno había problema.

¿Dos boletos para salir de esa incómoda cena? Vendidos.

e Zoe bajó de su asiento y nos tomó de la mano para guiarnos al segundo nivel.

n Una vez que cruzamos la puerta que tenía su nombre en letras de madera, Zoe, a pesar de su cansancio, me empezó a mostrar su habitación, como me lo había pedido iaquella primera vez que nos vimos. El recorrido empezó en los dibujos que había

aadherido a las puertas de su armario —había uno de Derek, ella y yo cantando una acanción de *Frozen*—; luego, nos llevó a la carpa de castillo donde guardaba sus juguetes entre ellos un pequeño coche rosado —Derek le propuso competir alguna vez— terminamos en su cama, que exhibía una colección de animales de felpa más extraña que la de un zoológico.

o —Luca, Dibbi, Coco, Toto, Tuli, Pimienta… —Nos los presentó a todos, pero bostezo ecuando señalaba a un pato con sombrero.

Abrí sus sábanas, Zoe trepó a su cama, abrazó a Bobby, un conejo, y la cubrí mientras se acomodaba en la almohada.

e —¿Derek? —volvió a bostezar.

s —Dime, princesa.

, —¿Por qué tus papás me ven raro? ¿No he hecho nada malo o sí? —preguntó preocupada.

Esa pregunta me extrañó. A Derek, en cambio, no pareció hacerlo. Se acuclilló junto a la cama y acarició su cabello.

s —Imposible. No es por ti, es por lo que les recuerdas. No te preocupes por eso princesa, duerme.

Ella asintió, siendo gobernada por el sueño, y cerró los ojos. Le di un beso en la frente y apagamos las luces antes de salir de su habitación. No sabía si él querría hablar de lo que había sucedido. Derek no solía hablar de nada, por lo que me sorprendió ocuando lo hizo.

—Mis padres hacen sentir hasta a Zoe incómoda. Es que son increíbles —dijo, apenas ycerró la puerta—. Lamento esta noche, Sally.

—No tienes por qué. —Cubrí mis brazos y no pude evitar hacer la pregunta que me eatormentaba—: ¿Tu padre se porta así solo porque persigues tu sueño? ¿No es algo dramático?

Derek ladeó la cabeza y guardó sus manos en los bolsillos de su pantalón.

—Si fuese solo eso… —Botó el aire y se encontró con mis ojos nuevamente—. ¿Tú qué ves en mí, Sally?

e La espontaneidad de esa pregunta me tomó por sorpresa, pero su mirada me hizo recordar esa madrugada después del robo, esos ojos vulnerables con el temor a flor de piel.

—Veo un chico talentoso, capaz de hacer todo lo que quiere, más perseverante que acualquiera que he conocido, muy observador, pero lo más importante es que… —pasee omis ojos por su rostro y lo supe— veo un corazón enorme, que quiere proteger a quienes aama.

Él pasó saliva y no reaccionó de la forma que imaginé.

—¿Qué pasaría si te digo que cada vez que él me ve, no ve eso? Si cada vez que me ve algo dentro de él se rompe.

—Te diría que no creería que un hijo puede causar eso en su propio padre.

Él soltó una risa seca y áspera.

—¿Por qué alguien como tú sería culpable de causar eso en su padre?

—Porque sí soy culpable, Sally.

Antes de poder decir algo, se pasó la mano por el rostro y cerró la conversación.

—Deberíamos irnos. Mañana tengo que ir a un evento por el aniversario de la participación de Canadá en los campeonatos de la FIA y, aunque no tenga ganas, la escudería me querrá ver sin ojeras.

¿Derek no tenía ganas de asistir a un evento relacionado con las carreras? Imposible.

—Mañana es mi día libre en ELE…

Me vio con el ceño fruncido.

—¿Quieres ir?

Asentí.

—Puede que tu padre no te apoye, pero eso no quiere decir que no tengas a alguien aque sí lo haga.

Una de sus comisuras se alzó.

—Estaba teniendo una noche horrible y acabas de alegrarla con un solo asentimiento Tienes demasiado poder sobre mí, Sally.

Él también volvía a tenerlo sobre mí.

Él pasó saliva y no reaccionó de la forma que imaginé.

—¿Qué pasaría si te digo que cada vez que él me ve, no ve eso? Si cada vez que me ve, algo dentro de él se rompe.

—Te diría que no creería que un hijo puede causar eso en su propio padre.

Él soltó una risa seca y áspera.

—¿Por qué alguien como tú sería culpable de causar eso en su padre?

—Porque sí soy culpable, Sally.

Antes de poder decir algo, se pasó la mano por el rostro y cerró la conversación.

—Deberíamos irnos. Mañana tengo que ir a un evento por el aniversario de la participación de Canadá en los campeonatos de la FIA y, aunque no tenga ganas, la escudería me querrá ver sin ojeras.

¿Derek no tenía ganas de asistir a un evento relacionado con las carreras? Imposible.

—Mañana es mi día libre en ELE…

Me vio con el ceño fruncido.

—¿Quieres ir?

Asentí.

—Puede que tu padre no te apoye, pero eso no quiere decir que no tengas a alguien que sí lo haga.

Una de sus comisuras se alzó.

—Estaba teniendo una noche horrible y acabas de alegrarla con un solo asentimiento. Tienes demasiado poder sobre mí, Sally.

Él también volvía a tenerlo sobre mí.



# CAPÍTULO 36

A diferencia del único otro evento al que había ido con Derek, aquel donde Derek me llamó su «novia» por primera vez, este tenía como escenario el centro de convenciones de Toronto, para celebrar los cincuenta y seis años desde que Canadá participaba en el Gran Premio. Se había condicionado para realizar una exhibición que retrocedía en la historia para rememorar los monoplazas que se utilizaron en los circuitos canadienses, al igual que los corredores nacionales que habían destacado en los diversos campeonatos de la FIA, particularmente en la Fórmula 2 y en la Fórmula 1.

Habían invitado a la prensa deportiva para que asistiera a la inauguración, a los equipos nacionales que participaban en la actualidad y, evidentemente, a sus corredores. Por ello, Derek no era el único allí. Seth paseó por el centro saludando a todos los asistentes, y Lex… a él me lo encontré cuando volvía del baño.

—Empiezo a creer que me estás siguiendo, rubia. —Oí un tono burlón y me di la vuelta.

Llevaba camisa y pantalón, con un prendedor verde acero que presumía la escudería a la que pertenecía. Nunca faltaba su estúpida sonrisa maliciosa.

—Estoy aquí con Derek —dije para cerrar esa boca que amaba decir idioteces.

—Eres demasiado para él. —Me vio de pies a cabeza, y quise vomitar.

—¿Te piensas que soy tan idiota como para creer este falso coqueteo? —Me crucé de brazos—. Los mensajes de texto, el perfume caro, la sonrisa falsa… No me lo creo, Lex.

Él mordió sus labios.

—¿Ah, no? ¿No crees que podría estar genuinamente interesado en ti?

—No —dije, segura—. Sé que te acercas para llegar a Keller, pero no entiendo por qué lo sigues intentando si ves que tu estrategia está fallando. Si necesitas que te lo diga lo hago ahora. —Di un paso adelante—. No funciona, ni lo hará. No permitiré que me utilices como un peón.

Su rostro cambió de repente, eliminando la sonrisa maliciosa y solo dejando un pa de ojos verdes que brillaban como si disfrutara de mi enfrentamiento.

—Te ha dicho que voy tras él, eso ya es un paso —admitió, ladeando la cabeza.

—No lo niegas —noté, sorprendida.

—Es una realidad que eres uno de los puntos débiles de Derek. No aprovecharlo sería un delito.

—¿Uno de los puntos? —Alcé una ceja.

—Oh, rubia… —Humedeció sus labios y soltó en un tono de despecho—: Bajo esa capa de fortaleza, solo hay fragilidad y errores.

—Hablas como si lo conocieras a la perfección.

—Conozco a quienes me interesan, en especial a los que me jodieron en el pasado.

—¿Qué fue lo que sucedió entre ustedes?

—Él aún no te lo dice… Sé que es una persona cerrada, pero ¿cómo puedes estar con alguien que no te dice la verdad? Debes conseguirte a alguien mejor.

—¿Y tú lo eres? —me burlé.

—Sé que luzco como el villano, pero no te dejes engañar por las apariencias. —Dio un paso, rompiendo mi espacio personal con su imponente presencia—. A veces, el más inocente es quien menos lo parece.

—Tal vez, pero ese no es tu caso. —Lo vi con la frente en alto—. No confío en ti.

—Haces bien en no hacerlo, pero confiar en Derek es aún peor.

Dio en el punto sin percatarse y hubo una minúscula falla en mi postura; sin embargo, no fue tan minúscula como me hubiese gustado.

—Así que no confías en él… —Frunció el entrecejo, entretenido—. ¿Por qué? ¿Acaso también te jodió?

No contesté y eso fue respuesta suficiente. Sonrió, en esa ocasión con la emoción de un gratificante descubrimiento. Su forma de verme cambió: ya no parecía su presa.

—Te subestimé, rubia. Tal vez no eres solo un peón. Tal vez eres la reina del tablero.

Con estas palabras, desapareció entre la gente.

Seguí mi camino hasta llegar a la exhibición de un monoplaza de 1991 que Derek observaba de pie.

—¿Dónde estabas? —preguntó él.

—En el baño —dije rápidamente.

—¿Te parece muy aburrido si te muestro mis coches favoritos? —Arrugó la nariz.

—No si el recorrido viene con una explicación detallada de cada coche… —condicioné y sus ojos brillaron como los de un niño.

Tal vez pensaba que le estaba haciendo un favor al escucharlo hablar sobre auto

rilimitadamente, pero lo cierto era que podía oírlo hablar de lo que amaba durante todo el día.

Caminábamos hacia el salón donde podían admirarse coches de la década de los setenta cuando a lo lejos oímos a una pareja pelear. Nos vimos con duda de forma instantánea y los gritos solo se hicieron más fuertes a medida que nos acercamos. Provenían de un baño. Nuestras alarmas se dispararon cuando escuchamos a un hombre exclamar un insulto y después un golpe seco.

Una pareja salió del baño; un hombre que lucía treinta años tenía tomada por el cabello a una chica un poco más joven que él y la arrastraba hacia afuera.

—¿Qué haces? —exclamé, tomada por sorpresa—. ¡Déjala!

Busqué con la vista a alguien de seguridad, pero no había nadie por la zona; todas las personas estaban en el centro del evento.

—Eres una pobre puta —le dijo con desprecio—. Ahora nos vamos a casa y ni se te ocurra quejarte porque sabes lo que te haré cuando lleguemos. —La soltó, haciendo que ella impactara contra el suelo.

—¡Oye! —intervino Derek, acelerando tus pasos—. ¡¿Cuál es tu maldito problema?!

—¿Cómo te sientes? —le pregunté a la chica, quien nos vio con piedad.

—Es-estoy bien, no pasa nada —susurró y cuando vio a Derek dar unos pasos hacia ellos estiró una mano—: Por favor, no, ya nos vamos.

—Ah, ¿lo conoces? —le dijo el tipo—. Seguro también te lo follaste. —La tiró de cabello, pero en un impulso Derek lo tomó de la muñeca.

—Suéltala.

El tipo, que aún tenía la mano enterrada en la cabellera de la chica, la lanzó a un lado y yo fui a asistirla al instante.

—¿Qué mierda te sucede? —le pregunté espantada, mientras veía a la chica llorar sin control.

—Esa zorra me ha engañado. ¿No debo darle su merecido acaso? Estúpidas mujeres solo saben follar.

—Cierra la boca antes de que te la rompa —advirtió Derek, con ese tono que me indicaba lo que estaba por suceder.

—¿Vas a defenderla? Que lo haga sola, a ver si puede hacerlo con la facilidad con la que se abre de piernas.

Derek le lanzó un golpe seco que hizo que el labio del hombre empezara a sangrar.

—Así que eres ese clásico idiota que finge que estas sirven para algo. —Me señaló con la cabeza—. Dale la oportunidad y se follará a otro. Cuando te suceda, me entenderás y si quieres, le damos su merecido juntos.

Derek lo tomó del cuello.

—El único que debe recibir su merecido eres tú, imbécil, que piensas que por ser más fuerte tienes derecho a aprovecharte de eso.

El hombre le escupió en la cara.

Perdiendo todo rastro de paciencia, Derek se limpió el rostro para después con esa misma mano darle con el puño. El tipo se defendió, pero fue evidente que su fuerza solo hacía presencia cuando se enfrentaba a alguien más débil.

Cuando noté que la situación empezó a escalar, quise dejar a la chica para ir en busca de un guardia, pero ella me tomó del brazo y se acunó en mí. Su rostro era una cascada de lágrimas y su llanto ruidoso empezó a resonar por el pasillo.

—Tranquila, ahora estarás a salvo, pero necesito que me sueltes para que pueda ir por ayuda y se lo lleven.

Ella negó, sosteniéndose a mí con fuerza.

—Será solo unos segundos, ya no te podrá lastimar. —Sobé su mano para tratar de calmarla e hice fuerza para que pudiera soltarme; estaba tiesa del miedo.

Al concentrarme en la pelea, pude ver que el hombre estaba en el suelo, riendo y murmurándole cosas a Derek, que estaba a horcajadas sobre él, impactando los puños en su rostro.

—Joder… —mascullé, antes de correr para hallar un guardia lo antes posible, pero me detuve con lo primero que encontré—. ¡Lex!

—¿Cambiaste de parecer sobre mi «falso coqueteo»? —dijo sin siquiera verme inspeccionando el prototipo de un monoplaza.

—¡Deja de hablar tonterías por una sola vez y ven! ¡Necesito tu ayuda! —Me di la vuelta y troté hacia la pelea para encontrarme con un pequeño grupo de personas formando un arco.

«¡Lo está matando!», «¡Suéltalo!», fueron algunos de los gritos que escuché. Me hice espacio entre la gente y quedé tiesa por el escenario.

Los *flashes* de los celulares alrededor iluminaban la escena tornándola más tétrica. Los ojos de Derek retomaron esa oscuridad y frialdad profunda que hacía tiempo no había presenciado. Y caí en cuenta de que no haberla visto en esos meses no significaba que hubiese desaparecido. Estaba inmerso en un estado oscuro cuyo único objetivo parecía ensangrentar más el rostro del tipo que no se defendía más, solo no dejaba de susurrarle.

Parecía que, tras cada susurro, venía un golpe aún más fuerte.

La sangre que había dejado de correr por mis venas debido al asombro parecía ser la misma que escapaba del rostro del hombre.

Lex apareció a mi lado, volviéndome a la realidad y alejándome de los gritos

espantados del público improvisado que solo se dedicaba a ver. Lex vio a la chica slastimada y pareció comprender la situación. Él fue el único que se acercó a la pelea. Sin temor, sin exaltarse.

—Derek, ya fue suficiente. —Lo tomó de la camisa y de un fuerte movimiento lo quitó adel hombre cuya cara estaba deshecha. Derek, sin embargo, reaccionó al escucharlo y lo ɔestampó del cuello contra una de las paredes del pasillo.

—Tú no me toques —le ordenó entre dientes.

a Lex levantó las manos y lo vio con calma.

a —Anda, golpéame, no te detendré. Sigue demostrándoles la bestia que realmente eres.

r Esas palabras tuvieron efecto en él. Su pecho aún subía y bajaba con fuerza, la sangre en sus puños era fresca y temible, pero giró sobre su hombro y se encontró con la gente que tomaba fotografías, murmuraba y no se había acercado por miedo. Automáticamente esoltó a Lex y retrocedió unos pasos, su gesto cambió, y fue cuando sus ojos se encontraron con los míos que reconocí, detrás de esa latente adrenalina ,arrepentimiento, vergüenza y dolor.

ı

La decisión del equipo de Derek fue unánime: suspenderlo.

ɔ En las redes sociales, videos e imágenes de la pelea empezaron a proliferar como un fuego vivo. El tipo había quedado tan malherido que cualquier alusión a la «justicia» ’había quedado enterrada. La prensa deportiva lo atosigó a preguntas y, aunque intentó explicar lo que había sucedido, su reacción inequívocamente había sobrepasado toda alógica.

s Fui a verlo una vez que la improvisada rueda de prensa terminó. Estaba en el baño de hombres. Limpiaba sus manos en uno de los lavabos, mientras la sangre corría bajo el eagua. No había nadie excepto nosotros, detalle que notó cuando di unos pasos hacia él.

—No estoy orgulloso de lo que hice —dijo, aún lavando sus nudillos.

s —Lo sé, no estaría aquí si lo estuvieses.

a —¿Entonces qué haces aquí conmigo después de haber causado ese desastre? —Se eapoyó en el borde y volteó a verme con el gesto entre avergonzado y decepcionado.

a Me crucé de brazos a medida que me acercaba a él y me alivió ver que él no estaba tan lastimado, solo sus manos eran la verdadera evidencia de lo que había sucedido. Tenía algunos golpes, pero no había comparación con los del hombre.

a —No voy a justificar lo que hiciste, no soy estúpida para notar que no solo defendías a esa chica, estabas aprovechándote de la situación —dije y se incomodó—. Pero creo que s

así soy una idiota porque quiero tu versión de por qué casi matas a ese hombre.

Derek dejó de verme y suspiró para después mantenerse en silencio.

Pero yo no quería más silencios.

—¿Qué está detrás de todo esto? —pregunté, preocupada—. ¿Algún día me lo dirás?

No me moví por varios segundos en los que esperé, en los que deseé que hablara conmigo, pero no lo hizo. Cerró el agua y pasó por mi costado sin decir palabra.

Cerré los ojos, cansada de no recibir una respuesta.

—Te estoy esperando —habló a mis espaldas con la voz suave.

Me di la vuelta para encontrarlo en el umbral de la puerta.

—¿Vas a contármelo? —pregunté con incredulidad.

Bajó la mirada un momento, humedeció sus labios y volvió a verme.

—Voy a mostrártelo.

sí soy una idiota porque quiero tu versión de por qué casi matas a ese hombre.

Derek dejó de verme y suspiró para después mantenerse en silencio.

Pero yo no quería más silencios.

—¿Qué está detrás de todo esto? —pregunté, preocupada—. ¿Algún día me lo dirás?

No me moví por varios segundos en los que esperé, en los que deseé que hablara conmigo, pero no lo hizo. Cerró el agua y pasó por mi costado sin decir palabra.

Cerré los ojos, cansada de no recibir una respuesta.

—Te estoy esperando —habló a mis espaldas con la voz suave.

Me di la vuelta para encontrarlo en el umbral de la puerta.

—¿Vas a contármelo? —pregunté con incredulidad.

Bajó la mirada un momento, humedeció sus labios y volvió a verme.

—Voy a mostrártelo.



# CAPÍTULO 37

Se dice que cuando guardas algo por mucho tiempo, empieza a consumirte internamente. Y me habría gustado pensar que era solo una metáfora.

La verdad era que, al contener un tormento, este empieza a crecer dentro de ti y se encarga de destruir, paso a paso, toda la estabilidad que tuviste que pretender para salir del hueco en el que estabas.

Las personas se reducían en dos grupos en esa situación, o al menos así lo veía yo: quienes decidían compartir su tormento con alguien y quienes lo guardaban dentro de sí con todas sus fuerzas.

Al parecer, Derek se había cansado de contenerlo. Quería compartirlo conmigo.

Y yo nunca había temido tanto.

El camino en coche fue largo, con un destino que desconocía. Él conducía, sin despegar la mirada del parabrisas, y yo descansaba en el otro asiento, ambos en absoluto silencio. El día parecía haberse puesto de acuerdo y el cielo había adaptado tonos grises y nubes opacas.

Cuando empezaba a preocuparme por la distancia, llegamos a un complejo protegido con cámaras de seguridad. Las puertas de fierro se abrieron tras unos segundos y condujimos por una larga calle rodeada de árboles. No nos detuvimos hasta llegar al final, donde reposaba una casa: blanca, alta, antigua, pero, sobre todo, lúgubre. Como si a pesar de ser parte de la ciudad, estuviese cubierta por un manto sombrío.

Bajamos del auto y quedé aún más confundida al leer el grabado en una columna:

Hospital Psiquiátrico Benoit Le Goff

Busqué a Derek con la mirada, pero él ya empezaba a subir los escalones de mármol. Lo seguí a la recepción y tuvimos que dejar nuestras firmas para poder pasar al jardín trasero. Algunas señoras conversaban entre ellas, algunos señores solo divagaban y otros

parecían escribir o pintar en libretas mientras eran atendidos por trabajadores con uniforme blanco.

Sus expresiones no revelaban mucho. Sus posturas tampoco. Era imposible no ponerse a pensar sobre la vida de uno cuando veía la de otros escapar entre sus dedos por culpa de una condición. Parecían estar en un sitio creado para pretender que todo estaba en paz y, en su intento, se había restado la esencia de la vida.

—Cada año tengo el privilegio de verte. —Se nos acercó una señora bajita vestida de blanco y con una sonrisa dulce.

—Hola, Iria —Derek le correspondió—. Ella es Ava.

La saludé con un pequeño asentimiento y ella lo imitó, con una sonrisa acogedora.

—¿Cómo está hoy? —preguntó Derek, y ambos se tornaron serios.

—Ha tenido días mejores. Está atravesando un periodo de alucinaciones más frecuentes.

—¿Su tratamiento?

La mujer, Iria, presionó suavemente los labios.

—No me hagas la misma pregunta, Derek. —No lo dijo de mala forma; al contrario, fue suave—. Sabes que no tendrá avance alguno. Lo mejor que podemos hacer es ayudarlo a tener más episodios de lucidez, pero son cada vez más escasos.

Él parpadeó con lentitud y pasó una mano por su rostro, como si se rehusara a aceptar lo que escuchaba. Sin embargo, ambos giraron en mi dirección cuando fuertes manos me sujetaron de los brazos y me atrajeron a su dueño, abrazándome con tanta dureza que me dolió el pecho.

Antes de intentar escapar, la persona me soltó para sostener mi rostro con desesperación.

—¡Amelia! ¡Amelia, eres tú!

—¡Señor Edgar! —exclamó Iria.

Enfermeros se acercaron para sujetarlo de los brazos y Derek me cubrió con los suyos.

¿Qué acaba de pasar?

Mi corazón seguía latiendo con fuerza mientras veía como el hombre intentaba escapar del agarre de los enfermeros, sin desviar la mirada de mi rostro. Era una mirada vacía, pero insistente. Como si no me viera realmente, pero no pudiese desviar sus ojos de los míos.

—Tranquilo, señor Edgar —siseó ella mientras se acercaba a él con una jeringa. Le inyectó una sustancia en la cadera y lo calmó—: Ella no es Amelia. Tranquilo.

La mirada del hombre se relajó y dejó de pelear contra el agarre de los enfermeros quienes lo tomaron por los brazos y lo llevaron dentro de la casa.

Derek se dio la vuelta y me tomó el rostro, siempre con suavidad.

—¿Estás bien? —Noté la preocupación en su tono.

—Sí —contesté, calmando mi respiración—. ¿Qué está sucediendo? ¿Quién es ese hombre?

Me estudió con la mirada, no solo el rostro, también el cuerpo, pero se la busqué y evité que continuara con su escrutinio.

—¿Quién es Amelia?

Esa era la verdadera pregunta, la que merecía una respuesta. Su gesto cambió rotundamente; se volvió serio, triste, sombrío. Y eso se reflejó en su tono cuando habló:

—La razón por la que estamos aquí.

Me llevó de la mano a la banca de un jardín cercano. Detecté preocupación en su rostro, pero también un rastro de arrepentimiento. Quizá pensaba que no había sido buena idea traerme allí. No me miró a los ojos hasta que nos sentamos.

—Derek… ¿quién es ese señor? —dije tomando la iniciativa.

—Su esposa fue amante de mi padre —habló con voz temblorosa.

—¿Amelia es su esposa?

—No, su esposa está muerta. Amelia es su hija.

Cerró sus manos con fuerza y tomó aire, como si buscara fuerzas para poder decir lo siguiente:

—Y yo soy el culpable de que esté desaparecida.

Derek se dio la vuelta y me tomó el rostro, siempre con suavidad.

—¿Estás bien? —Noté la preocupación en su tono.

—Sí —contesté, calmando mi respiración—. ¿Qué está sucediendo? ¿Quién es ese hombre?

Me estudió con la mirada, no solo el rostro, también el cuerpo, pero se la busqué y evité que continuara con su escrutinio.

—¿Quién es Amelia?

Esa era la verdadera pregunta, la que merecía una respuesta. Su gesto cambió rotundamente; se volvió serio, triste, sombrío. Y eso se reflejó en su tono cuando habló:

—La razón por la que estamos aquí.

Me llevó de la mano a la banca de un jardín cercano. Detecté preocupación en su rostro, pero también un rastro de arrepentimiento. Quizá pensaba que no había sido buena idea traerme allí. No me miró a los ojos hasta que nos sentamos.

—Derek… ¿quién es ese señor? —dije tomando la iniciativa.

—Su esposa fue amante de mi padre —habló con voz temblorosa.

—¿Amelia es su esposa?

—No, su esposa está muerta. Amelia es su hija.

Cerró sus manos con fuerza y tomó aire, como si buscara fuerzas para poder decir lo siguiente:

—Y yo soy el culpable de que esté desaparecida.



# CAPÍTULO 38

## DEREK

*Catorce años atrás*

Llevaba más de veinte minutos buscando a papá. Usualmente estaba en el trabajo, igua que mamá, pero esa tarde debía estar en algún lugar de nuestra casa porque, como cad dos semanas, nos habíamos reunido todos: los Carson, los Keller y los Holt.

—¡Liv! ¡Leo! —los llamé mientras jugaban en el jardín—. ¿Saben dónde está mi papá

No me contestaron, pues estaban demasiado concentrados en ganar su carrera.

—¡Leo, no vale! —exclamó ella cuando él le ganó con mucha ventaja—. Tú eres má grande. ¡Mira tus piernas! ¡Pareces un elefante!

—Aún eres muy pequeña, Liv —rio él—. No podrás ganarme a menos que crezcas.

—¡Solo me llevas dos años! —le mostró tres dedos, por lo que su primo le bajó e pulgar.

—¡Oigan, Carsons! —insistí—. Busco a mi papá. ¿Lo han visto?

—Creo que fue a su oficina —dijo Liv mientras corría hacia mí. Sus grandes ojo azules me vieron fijamente y jaló de mi brazo—. Derek, Leo siempre llega primero y n es justo.

—Leo —le pedí con una sonrisa—. Dale ventaja, es tu prima y es pequeña.

—¡No soy pequeña! —refutó.

—Ah, entonces no te quejes y aprende a perder.

Mi mejor amigo empezó a carcajearse y Liv lo tumbó en el jardín, riendo.

Ellos siempre reían. La verdad, todos solíamos hacerlo.

Los dejé para ir a la oficina. Sin embargo, mi sonrisa desapareció cuando abrí l puerta.

Sobre el escritorio de mi papá había una mujer. No era mi madre, pero la reconocí
Ella tenía el rostro contraído y emitía sonidos mientras mi papá se movía contra ella. Lo
dos se besaban y no me hacía falta ser mayor para comprender lo que estaba sucediendo
Nos habían dado una charla en la escuela.

Con cuidado de que no me notaran, cerré la puerta y corrí al salón donde mi madre
hablaba con los padres de Leo. La tomé de la mano y nos llevé a un pasillo. No sabía
cómo decirle lo que había visto, pero debía hacerlo. No quería mentir. No me gustaban
las mentiras.

Pero ella no reaccionó. Se acuclilló y me tomó de las manos.

—Derek, vas a olvidar lo que viste, ¿está claro? —me ordenó con seriedad.

—Mamá, pero ¿qué dices? ¡Papá es tu esposo! No tiene que hacer eso. Está mal. —La
vi con el ceño fruncido—. Él tiene que amarte a ti. No a otra señora.

—Nosotros estamos juntos y lo estaremos siempre, Derek. —Sonrió sin separar su
labios—. Así somos felices, pero nadie más puede saberlo. Ni tus amigos ni la familia. S
lalguien te pregunta, mentirás.

a —No, mamá —negué—. No quiero.

—Es tu responsabilidad, Derek. —Apretó mis manos—. Te lo voy a decir una vez má
?y no vas a desobedecerme. Mentirás porque así protegemos esta familia. Como te he
enseñado, uno cuida a quienes quiere, siempre. Nosotros te queremos a ti, hijo. Y tú, a
snosotros.

Me dio un beso en la frente y volvió a ponerse de pie.

—No quiero volver a escuchar nada de esto, ¿de acuerdo? Y si alguien dice algo…

l —Mentiré —completé.

—Exacto. —Acarició mi rostro—. Mentirás.

Puso una gran sonrisa en su rostro, agarró su copa de vino y volvió a su conversación
scomo si nada hubiese sucedido. Ser adulto apestaba.

o Lo único que quise hacer fue salir de allí. Huir. Y estaba por hacerlo cuando la vi.

Amelia.

Ella caminaba por el pasillo con su vestido amarillo. Su cabello castaño estaba suelto y
se movía con cada paso que daba. Tenía un racimo de uvas en una mano y comía una a
una, mientras su mirada vagaba por las ventanas y los cuadros.

Cuando me vio, sus ojos se llenaron de alegría.

—¡Derek! Te estaba buscando. ¿Has visto a mamá?

a Sí, digo, no, no.

*Miente.*

—N-no, no la he visto en toda la tarde.

—Creo que estaba con el tío Harrison. —Apretó sus labios—. Iré a buscarlo.

—¡No! No. —La detuve de la mano—. Mejor hay que irnos de aquí. Escapemos.

No quería que los viera. No quería que su familia se arruinara como la mía acababa de hacerlo. Ella era aún muy pequeña, tenía solo seis. Yo, en cambio, tenía ocho. Ya era grande.

—No sé, Derek. Ya es de noche. A mamá no le gustaría… —dudó.

—Estás conmigo, Amelia. Nada malo pasará —insistí y supe qué decir para convencerla—: Además, iremos al parque que tanto te gusta.

—¡¿El de los columpios?! —Su rostro se iluminó completamente y asentí. Entrelacé nuestras manos y, sin decirle a nadie, nos saqué de esa casa.

Ese fue mi primer error.

El parque estaba dentro de la misma urbanización, por lo que no tuvimos que andar mucho, pero era tarde en la noche y la oscuridad gobernaba aquel parque desolado. A ella le fascinaba porque siempre había ardillas, y junto a Liv las perseguían. Eran mejores amigas.

Amelia corrió a los columpios y empezó a balancearse.

—Derek… ¿tú crees que soy rara?

—La persona más rara es Liv. Nadie nunca le ganará —bromeé y ella rio un poco— ¿Por qué me preguntas eso?

—En la escuela no les agrado. —Su rostro se entristeció—. Livvie no está en mi aula y los otros niños me molestan por mis ojos. Dicen que son feos.

—Pero ¿cómo podrían ser feos? —Alcé una ceja—. ¡Tu mirada es genial!

Amelia era muy insegura. Me había dado cuenta de eso. La verdad, me había dado cuenta de muchas cosas. Era fácil enterarte de mucho si aprendías a ver a las personas. Pero no iba a dejar que Amelia se sintiera mal por comentarios tontos, en especial cuando era increíble tener ojos de distintos colores.

—Parezco un extraterrestre —se quejó.

—Claro que no —reí por lo ridículo que sonaba.

—Mis ojos son raros.

—¿Y? Los superhéroes son raros y son increíbles.

—¿Y cuál sería mi superpoder? —cuestionó.

—Puedes guardar el brillo de una estrella en tus ojos. —Me encogí de hombros—. No todos pueden decir que refugian estrellas en su mirada.

Ella sonrió y limpió su mejilla enrojecida con el dorso de su mano. Al hacerlo, noté la pulsera que llevaba en la muñeca, gemela a la que yo llevaba. Ella me la trajo de regalo cuando regresó de un viaje con sus padres y nunca me la quitaba.

—Cada vez que te sientas mal, sostén tu brazalete y recuerda que yo estoy ahí contigo apoyándote.

Amelia vio su pulsera con otros ojos, como si fuese una solución.

—Siempre podrás contar conmigo —le aseguré—. Nunca me la quitaré.

—¿Ni cuando tengas veinte años y esté vieja y rota? —Arrugó la nariz y yo sonreí.

—Ni aunque sea el fin del mundo.

Ella rio y se borró esa tristeza injusta que llevaba. No me gustaba verla triste.

—¡Las ardillas están aquí! —corrió del columpio para seguirlas. Yo tomé su lugar para dejar el tiempo pasar. Mientras yo me balanceaba, ella corría entre los árboles y saltaba.

Distraerme fue mi segundo error.

Trazaba recuerdos con mis padres y jugaba con mi pulsera mientras escuchaba sus risas de fondo y algunos autos pasar. Por eso, no me llamó la atención cuando escuché uno detenerse.

Fue cuando oí el primer grito que supe que algo iba mal.

Levanté la mirada y mi corazón se detuvo al ver dos hombres vestidos de negro. Uno cargaba y sujetaba a Amelia; otro trataba de cubrirle la boca con una tela.

—¡¡¡Derek!!! —gritó con todas sus fuerzas.

Salté del columpio para ir por ella, pero el de la tela desistió y corrió para detenerme.

—¡¡Suéltala!! —ordené mientras trataba de esquivarlo. Quiso tomarme del brazo pero le di una patada en la pierna—. ¡¡¡Amelia!!!

—¡Ayúdame, Derek! —Su voz llena de lágrimas y dolor—. ¡No, duele, por favor!

Corrí a ella con todas mis fuerzas, pero una mano me jaló de la camiseta y caí de espaldas a la tierra. No me importó. Volví a levantarme. La rabia y la preocupación estaban haciéndose conmigo. No era más yo, era quien tenía que salvarla.

—¡Déjala, maldito! —Me acerqué al hombre que llevaba a Amelia en brazos, lo golpeé, traté de tomarla de la mano, alejarla de esos demonios, pero me pateó y caí al asfalto.

Quien la sujetaba pegó un grito de dolor cuando Amelia mordió su mano. Una sensación de alivio corrió por mis venas, solo para volverse verdadero pánico cuando le volteó la cara de una bofetada y la lanzó dentro del compartimiento trasero de una camioneta.

—¡¡¡No!!!

El segundo hombre me mantuvo en el suelo con un pie en mi pecho. Oía el llanto de Amelia, y me ardía la piel al saber que se la estaban llevando frente a mis ojos.

—¡Amelia! ¡Amelia! —La vi encogida en la furgoneta, abrazando sus rodillas y tiesa del miedo—. Voy a encontrarte. Confía en mí, te encontraré y volverás a estar conmi…

, El que se encargó de ella cerró la puerta de golpe, interrumpiéndome c intensificando sus gritos y llantos. Hizo una indicación al que me sostenía y lo siguient que sentí fue un fuerte golpe en la cabeza que me hizo caer casi inconsciente. Escuch sus pasos apresurados y, aún, el llanto.

Entre gruñidos de dolor y quejidos, traté de levantarme. No podía rendirme. N podía ser tan fácil. Vi a Amelia asomarse por la ventana trasera de la furgoneta, sus ojo llenos de lágrimas y pánico. Juntó su muñeca al vidrio, me mostró el brazalete, y sentí qu ame arrancaban el corazón cuando la jalaron del cabello y cubrieron la ventana con un tela negra.

Mis ojos se cerraron por sí solos y también fui preso de la oscuridad.

s Ese fue mi tercer error: no pude protegerla.

é Cuando desperté, sentía un fuerte dolor de cabeza, que solo empeoró cuando fui casa corriendo para explicarle a mi familia lo que había sucedido.

Las sirenas de las patrullas invadieron la cuadra. Agentes salían y entraban, m hicieron cientos de preguntas y curaron la gran herida que tenía en la cabeza mientras y solo lloraba.

Mi papá, sin embargo, me zarandeó por los codos.

—¡¿Qué clase de imbécil eres para llevarte a una niña y no ser capaz de cuidarla?!

, —¡Harrison, por Dios! No es su culpa. —El papá de Leo lo alejó de mí, pero seguí alterado. Pasó las manos por su rostro con desesperación y se quitó la corbata antes de i por la mamá de Amelia, su amante, pero ella era un manojo de nervios.

e Su rostro estaba totalmente invadido por lágrimas y, tras dedicarnos miradas d rechazo a mi padre y a mí, salió de la casa junto con su marido. Ninguno volvió a pone un pie allí.

o Pensé que, con el paso de los días, un policía iba a llegar a casa con Amelia sana lsalva. Me iban a decir que habían capturado a los hombres malos y que todo estaría bien.

Pero eso nunca pasó.

a Fueron varios meses los que pasaron sin noticias, y empecé a notar cómo todo a m ealrededor se iba apagando cada día. La espera parecía deteriorarnos a todos y, cuando l apolicía afirmó que no podían hacer nada más, sucedió algo terrible.

La mamá de Amelia se suicidó.

Si su hija no estaba con ella, al parecer no había motivo para estar en este mundo.

e Y yo quería entenderlo, pero no podía. Amelia estaba viva. Estaba sola, asustada esperando por su mamá. No teníamos que rendirnos. Ella contaba con nosotros aconmigo.

*Amelia, ¿dónde estás?*

Si su desaparición fue una tragedia, el suicidio de su mamá eliminó toda esperanza que quedaba. Mi papá nunca volvió a ser el mismo.

Una noche llegó a casa borracho, destrozado, y, al verme, me dijo a la cara todas las cosas que yo sospechaba.

—Tú. —Me señaló entre tambaleos—. ¡A ti te quería encontrar! La mujer de mi vida está muerta y solo porque tú eres un incapaz.

—Papá, yo…

—¿Por qué lo hiciste, Derek? —Me tomó de los brazos y el alcohol en su aliento me golpeó—. Ella y yo íbamos a ser felices. Yo me iba a divorciar de tu madre; ella, de Edgar. Íbamos a casarnos. —Empezó a llorar sin consuelo, como nunca lo había visto—. Tú y Amelia iban a crecer como hermanos y les iba a dar la vida que merecían… Pero te la llevaste. —Su agarre en mis codos se endureció—. ¡¿Por qué te la llevaste?!

—¡Porque te vi con ella, engañando a mamá, y no quería que Amelia supiera que su familia era una mentira como la nuestra!

Me abofeteó. El ardor en mi piel no se comparó con lo que dijo después:

—Todo es tu culpa.

Sus ojos brillosos me escanearon con desprecio antes de irse tambaleando a su oficina.

Después de eso, mi papá dejó de dormir con mamá. Su único acompañante era una botella. Mamá también cambió; no gritaba ni se alteraba, me veía como si nada hubiese sucedido, pero notaba en sus ojos un vacío doloroso.

Tal vez se sentían responsables. Tenían que dar la cara como los padres del niño que llevó a la pequeña Amelia a la desgracia. Era como si yo fuese el recuerdo viviente de esa trágica noche.

Entonces, ¿era cierto? ¿Yo tenía la culpa?

Los Carson no estuvieron de acuerdo con las actitudes de mis padres y tomaron sus distancias de ellos, pero no de mí. Me incluían en sus reuniones familiares, y con ellos me sentía mejor, pero, una vez que volvía a mi casa, esa sensación se esfumaba.

En la escuela, la situación no mejoraba. Una vez vi a un niño mayor molestar a una niña. En un rápido impulso, la defendí, pero él era más grande y con un golpe me hizo caer al piso.

Fue ahí que me di cuenta de que seguía siendo débil. Y ser débil era igual a ser una víctima. Si esa noche hubiese sido más fuerte, más atento, nada malo hubiese pasado.

Entonces, empecé a llevar clases de defensa personal junto a Leo. Con cada entrenamiento me sentía más listo para evitar que otra tragedia ocurriera por mi culpa, pero eso no hacía que mi mente se quedara en blanco. El único lugar donde eso sucedía

aera detrás de un volante. Mi corazón latía con fuerza y sentía que podía respirar. La adrenalina que me recorría no era mala, peligrosa, aquella que indicaba el inicio de algo smalo. Era sana, increíble; me daba un descanso.

A mi padre le gustó que corriera, porque me sacaba de la casa por horas, y a veces de ala ciudad o el país. Cuanto menos tenía que verme, mejor se sentía, así que entré de lleno al *karting*.

El control que tenía sobre lo que sucedía y la abrasadora velocidad lograban etransportarme a otra realidad por unos minutos.

. Me gustaban esos minutos… pero, lastimosamente, no eran infinitos.

y El tiempo pasó y mi amor por los autos creció, al igual que mi amistad con los Carson aEllos fueron los dos salvavidas que me mantuvieron a flote.

Cuando Leo y yo teníamos dieciséis y Liv catorce, nos pusimos de acuerdo en hacer ualgo en honor a Amelia, así que fuimos a un local y pagamos extra para que accedieran a tatuarnos.

Yo me hice mi primer tatuaje: una brújula. Me gustaba la idea de que indicara un camino al que Amelia tal vez algún día podría regresar. En el norte de la brújula había uuna pequeña estrella, como la que ella albergaba en sus ojos. Liv se tatuó una detrás de su oreja y Leo se tatuó otra más grande en el pecho.

a Y así decidimos nunca olvidarla.

e Yo crecí, cambié. Defendía a quienes lo necesitaban, golpeaba a quienes lo merecían Sentía que era mi deber, que no podía permitirme cometer el mismo error dos veces.

e Pero a veces me perdía, no me reconocía, hacía más daño del que quería.

a Los Carson hablaron conmigo para llevarme a terapia e incluso fui un par de veces pero sentía que hablar de eso era ponerle un final implícito. Como si esas terapias fueran para dejar atrás esa noche. ¿Cómo pretendían que lo superara cuando no sabía si estaba a ssalvo?

e Yo seguí con mi vida, no tenía alternativa. Pero era una vida en la que nunca olvidaría a Amelia, llena de atención, de estar alerta, de boxeo y de cuidado a la gente que lo anecesitaba.

o No quería causar más daño. No podía ser nuevamente culpable de algo así.

a Cerré los ojos, cabizbajo, sentado en el jardín del hospital psiquiátrico. Hablarlo fue vivirlo una vez más y dolía igual que el primer día.

a Giré a ver a la chica que amaba, y hallé sus bellos ojos brillando por las lágrimas que ’habían caído.

a

—Sally, di algo, por favor.

Antes de darme cuenta, rompió el espacio entre nosotros y me abrazó con fuerza.

—Lo siento tanto —murmuró en un aliento.

—No lo hagas —le pedí, envolviéndola por la cintura—. No es culpa tuya.

—Tampoco es la tuya. Los únicos culpables son quienes se la llevaron esa noche.

Oírla hablar de eso se sintió extraño pero liberador.

—Mi padre dijo…

—Tu padre necesitaba hallar un culpable —me aseguró, posando sus manos en m rostro—. Habló desde el dolor, no desde la verdad.

—Pero cada vez que me ve encuentra al culpable de ese dolor. Puedo sentirlo.

Ella negó repetitivamente, mientras seguía acariciando mis mejillas.

—¿Qué hay de tu mamá? ¿Ella qué siente?

—Es imposible saberlo. —Me encogí de hombros—. Ella podría sentir el dolor en su expresión más pura, y no lo notarías. Es muy buena ocultándolo. Simplemente tomó e lado de mi padre, pero la verdad es que me alegro de que lo haya hecho. Tal vez m padre no la amaba y ella cometió un error al quedarse con él, pero, de no haber sido po ella, si se hubiesen separado… —negué—, no creo que mi padre seguiría aquí hoy.

La verdad era que él perdió a la mujer que realmente amaba de la peor forma. Un dí despertó pensando que la volvería a ver y se fue a dormir teniendo que aceptar que no l haría nunca más.

Lo mismo sucedió con el padre de Amelia, pero él no tuvo a nadie. Perdió a su hija a su esposa demasiado rápido. No pudo recuperarse y no hubo año en el que no fuera visitarlo, siempre disculpándome con él por haber arruinado su vida, a pesar de que n me reconocía.

—Pero tu papá te solía financiar, te ayudó a ocultar lo del accidente, y no quiere qu corras porque teme que te lastimes… —Ava habló—. Si te culpa, ¿por qué haría tod eso?

—Solo cumple su labor —expliqué con simpleza—. Supongo que, cuando se di cuenta de que podía perder la vida, surgió su lado humano. No lo suficiente como par comportarse como un padre, pero sí como para preocuparse. Solo que… si hablamos d risas y domingos familiares, no es el caso. Mis padres no quieren perderme, per tampoco me quieren cerca.

Ella se extrañó, parecía no comprender a mis padres, y no era la única. Yo tard muchos años en entenderlos, pero nuestra relación se volvió más sencilla cuand decidimos que solo nos veíamos para asegurarnos de que estábamos vivos.

—¿Antes lo hacían? —preguntó con delicadeza, como si no quisiese lastimarme.

—¿Divertirnos? —Suspiré, buscando algún recuerdo feliz entre la marea de dolor— A veces, cuando no trabajaban, pero ellos cambiaron mucho. Por eso los Carson se distanciaron.

Ella pensó unos segundos.

—Cuando fuimos a la beneficencia en casa de Liv y los conocí, nunca me pasó por la mente que los tuyos no estaban presentes, a pesar de que ustedes son tan amigos.

Una de las cualidades que más me fascinaban de Ava era su facilidad para unir hilos ¡Si los tenía todos enfrente, podía encontrar su conexión en cuestión de segundos. La única razón por la que no lo hacía conmigo era porque yo ocultaba los hilos que ella necesitaba.

—¿Te puedo hacer una pregunta? —consultó con un tono más agudo, más nervioso.

—Te traje aquí para contestarlas.

ı Me vio con duda, asustada incluso, y tomó aire.

l —¿Me parezco a Amelia? —Pasó saliva—. ¿Por eso su padre me confundió con ella?

i —No, no. —No quería que pensara que estaba con ella por una enfermiza razón— rEs solo que ella debería tener tu edad en este momento, al igual que Liv. Edgar ve lo que quiere ver. Es su mente jugándole una mala pasada.

a Asintió con lentitud y vi los nervios abandonar su cuerpo.

ɔ —Es Zoe quien me recuerda a ella —confesé—. Bueno, Zoe tiene la edad que ella tenía cuando desapareció. Por eso mis padres actuaron extraño a su alrededor.

y —¿Te lastima estar con ella? —preguntó en un susurro.

a —Me causa nostalgia, pero ya no me duele. Al contrario, sonrío cuando la veo.

ɔ Ella miró hacia un costado y, tras unos segundos pensativos, dio un largo suspiro Cuando se volvió hacia mí, sus ojos nuevamente estaban brillosos. Pasó rápidamente una emano por su mejilla para después apoyarla sobre la mía.

ɔ —Me alegra saber que tuviste a Liv y a Leo a tu lado.

—No tengo suficientes palabras para agradecerles. Cuando no estaba buscándola ɔestaba con ellos. Son mi verdadera familia.

a —¿La buscaste? —Rescató ese detalle con suavidad, como si no quisiera decir nada eque me incomodara. Ese detalle me recordó otro de los motivos por los que estaba ɔenamorado de ella.

—Lo he hecho desde entonces —confesé—. Juré encontrarla. Es lo mínimo que épuedo hacer después de haberla sacado de esa casa.

ɔ —La sacaste porque querías protegerla —siguió, pero no iba a convencerme—. Era solo un niño… Si querían llevársela, lo habrían hecho estando tú ahí o no.

—Pero sí estuve —lamenté, y la voz se me quebró—. Se la llevaron frente a mis ojos y

.no hay un día que no me odie por no ser capaz de detenerlos.

e —No, no te hagas esto… —Juntó nuestras frentes y acarició mi cuello—. Por favor Tienes que dejar ir ese peso antes de que te hunda. No estaba en tus manos.

A pesar de ser una metáfora, las vi. Abrí mis manos sobre su regazo y no había sangre ıen mis palmas, había humo, había lágrimas, había recuerdos de cuando éramos felices de cómo debió ser el futuro si yo hubiese sido capaz de cuidarla.

. —Por eso sientes la necesidad de proteger a las personas —reconoció en un susurro.

a —Uno cuida a quienes quiere, siempre —repetí las palabras de mi madre.

a —¿Y quién cuida de ti?

—Yo puedo cuidarme. Me he preparado para eso. Confío en mí.

—No hablo de un cuidado físico. —Llevó su mano a mi pecho—. Hablo de tu corazón, de tu mente, de tus emociones. ¿Quién cuida de eso?

No tenía respuesta. Yo tenía que cuidar de eso, pero… no lo hacía. Sentía que ser fuerte y valiente me iba a salvar de volver a ser una víctima, pero me quedaba claro que .tanto tiempo en silencio me estaba pasando factura.

e —No hay una buena forma de decir esto, así que, por favor, no te enfades, pero deberías ver a un profesional —propuso con suavidad—. No puedes perder el control cada vez que ves a alguien lastimar a otro, porque no peleas por las razones correctas.

a —Los veo a ellos, Sally —solté, avergonzado, y sentí el doloroso nudo en mi garganta —. Los veo a ellos y la veo a ella en la víctima. Sé lo jodido que está, pero… no puedo evitarlo. Y no quiero olvidarla yendo a terapia. No quiero ser egoísta.

Ava asintió como si lo comprendiera todo. Hablar con ella era como sumergirme en .un océano de serenidad.

a —Cuidar de uno mismo nunca es egoísta —me aseguró—. No se trata de reprimir tu dolor ni de olvidarlo, sino de aprender a domarlo para que no vuelva a quitarte el control.

, Tomó mi mano y vio el brazalete que no me había quitado en más de diez años.

—Y mira… No la has olvidado todo este tiempo. No lo harás.

a Ella tenía razón, siempre la tenía. Solo que me gustaba contradecirla para molestarla.

a Subí la vista y me encontré con su mirada preocupada, cerciorándose de que estuviese bien, y no podía entender por qué no se había ido.

e Desde que empecé a contárselo, no se alejó. Una de las razones por las que nunca dije nada era el temor de volver a ser culpado. Había escuchado a muchas personas repetirme sque, de no haber sido por mí, esa trágica noche no hubiese sucedido, y aun así seguía de pie. Escuchar de sus labios que me consideraba culpable podía destruirme.

y Ava entrelazó nuestras manos y me dedicó una suave sonrisa.

—Gracias por decírmelo.

—Gracias por escucharme. Sé que soy una incógnita la mayor parte del tiempo, perc si no te dije esto antes fue porque… —Ella negó con la cabeza y me interrumpió:

—Lo entiendo. Verdaderamente lo hago.

—Y te amo por eso —le dije, y sus ojos se iluminaron.

Me encantaba ver sus reacciones cuando le decía que la quería. Lo hacía sin espera que me correspondiera, solo para verla. Por unos instantes se sorprendía, luego s ilusionaba, y terminaba nerviosa. Simplemente perfecta.

—Desde entonces he vivido en alerta, con cuidado, atento a cualquier peligro Cuando estoy contigo, me siento seguro —le confesé con total honestidad—. Par alguien cuya vida estuvo llena de alarmas, no imaginas la paz que siento al estar a tu lado.

Sonrió ligeramente y yo también lo hice.

—No importa lo que suceda entre nosotros —dijo—, siempre estaré aquí para ti Incluso si digo odiarte o tú empiezas a hacerlo. Nunca dejarás de contar conmigo.

—¿Nunca? —pregunté ilusionado, esperando esa respuesta.

Ava comprendió y me mostró una sonrisa.

—Nunca.

—Gracias por decírmelo.

—Gracias por escucharme. Sé que soy una incógnita la mayor parte del tiempo, pero si no te dije esto antes fue porque… —Ella negó con la cabeza y me interrumpió:

—Lo entiendo. Verdaderamente lo hago.

—Y te amo por eso —le dije, y sus ojos se iluminaron.

Me encantaba ver sus reacciones cuando le decía que la quería. Lo hacía sin esperar que me correspondiera, solo para verla. Por unos instantes se sorprendía, luego se ilusionaba, y terminaba nerviosa. Simplemente perfecta.

—Desde entonces he vivido en alerta, con cuidado, atento a cualquier peligro. Cuando estoy contigo, me siento seguro —le confesé con total honestidad—. Para alguien cuya vida estuvo llena de alarmas, no imaginas la paz que siento al estar a tu lado.

Sonrió ligeramente y yo también lo hice.

—No importa lo que suceda entre nosotros —dijo—, siempre estaré aquí para ti. Incluso si digo odiarte o tú empiezas a hacerlo. Nunca dejarás de contar conmigo.

—¿Nunca? —pregunté ilusionado, esperando esa respuesta.

Ava comprendió y me mostró una sonrisa.

—Nunca.



# CAPÍTULO 39

Había pasado una semana desde que descubrí la verdad de Derek.

Oír lo que le sucedió fue muy doloroso, y saber que no podía hacer otra cosa salvo estar a su lado creó mucha impotencia en mí. Su descontrol era algo en lo que solo él podía trabajar, pero contaría con Liv, Leo y conmigo en el camino. Siempre.

Lo que me preocupó fue que no lo había vuelto a ver desde aquel día. No sabía si se había arrepentido, si no me quería cerca o si simplemente necesitaba tiempo.

Esos siete días en los que no supe de él, empecé el curso de fotografía que Polo me recomendó. No era convencional ni de un futuro seguro, pero me gustó más de lo que creí. De alguna extraña manera, como esas ocasiones con Polo, tomar fotos era una forma de expresarme.

Y, después de meses de haber reprimido lo que sentía, se sentía liberador poder contarlo de alguna forma.

Caminaba por el pasillo de la Escuela de Artes con el maletín de la cámara en mano cuando mi teléfono sonó. Me extrañó ver el número con código de Vancouver, pero me tensé al reconocerlo como el número de la enfermera de mi abuela.

—¿Qué sucedió? —me adelanté.

—La señora Monterosso no se encuentra bien, señorita Ava. Estoy intentando localizar a su madre, pero no lo logro.

Detuve mis pasos y una espantosa sensación de frío me recorrió entera.

Mi mamá estaba en un retiro de yoga con Óscar. Rafael me lo había comentado.

—N-no podrás contactarla, pero yo iré. Tomaré el primer vuelo. —Ya estaba trotando a la salida—. ¿Puedes ponerla al teléfono, por favor?

—Su abuela está muy débil. Debería venir antes de que sea muy tarde.

Pedí un taxi al aeropuerto y le rogué que se apresurara. Intenté comunicarme con mi madre y Óscar, pero fue imposible tratándose de esos sitios que no permitían teléfonos

Maldije eso, maldije las cuatro horas que pasé en el aire, maldije no haber ido a visitarla antes.

Era mi *nonna*, una de las cerezas tatuadas en mi tobillo, la razón de mis insultos italianos y mi amor por el café.

Y yo había sido tan estúpida de no apreciar que aún la tenía.

Rogando a todos los santos a los que alguna vez mi *nonna* se refirió, aterricé en Vancouver y un taxi me llevó a la casa donde mi abuela había sido feliz junto a mi abuelo.

Cuando la enfermera me abrió la puerta, entré corriendo a la pequeña sala.

Su cabello blanco, su piel arrugada que evidenciaba el trayecto de su vida, sus uñas siempre pintadas de crema, el vestido con pequeñas flores que amaba repetir, sus brazos descansando en el sofá que adoraba y el rostro inmóvil me indicaron que nada estaba bien.

Porque me estaba viendo con una enorme sonrisa.

Sus vivaces ojos miel me daban la bienvenida. Bajé la vista a una de sus manos y la encontré con una pequeña taza de café, la cual apoyó sobre la mesa de centro.

Solo que no era la única.

Fue ahí que reparé en que ella no estaba sola y, cuando subí la mirada, encontré esos ojos que no había visto en una semana.

—Hola, Sally.

Derek estaba sentado frente a mi abuela, en un sofá antiguo, completamente cómodo en ese pequeño espacio. Sin entender nada, pasé la mirada de él a mi *nonna*. De nuevo a él y luego a mi *nonna*.

—Creo que se averió —le dijo Derek a ella.

—Yo me encargo. —Mi abuela se apoyó en los brazos del sofá para levantarse— *Bentornata, amore!*

Me dio un fuerte abrazo que no pude corresponder. Tenía el corazón en la garganta.

—Pero… Tú… La enfermera me llamó. ¡Creí que estabas…!

—¡Estoy vivísima! —exclamó con su característico acento italiano—. Tú, en cambio, tardaste mucho. ¿Y si realmente me estaba muriendo?

—¡Pe-pero! *Sei pazza?*

—Yo seré loca, pero tú eres lenta. Tuve que invocar a la propia muerte para que vengas a verme, eh, ahora debo pagarle extra a la enfermera. —Se dirigió a ella— Gracias, dulzura.

Volteé y ella me sonrió con timidez antes de irse hacia la cocina.

—¿Le dijo que se estaba muriendo? —le preguntó Derek.

—Beh, morir, morir… tampoco, pero un poco de drama era necesario. —Volvió a

asentarse—. Ya era hora de que mi nieta viniera a verme.

Derek asintió con gracia.

s —¿Y tú qué haces aquí? —lo cuestioné aún más confundida.

—Estaba en Vancouver —respondió con simpleza—. Tu abuela me llamó, dijo qu vendrías y te daríamos una sorpresa.

ı —Pero… —Me volví a mi abuela—. ¿De dónde siquiera sacaste su número?

. —Se lo pedí a tu madre hace meses. Tenía que saber quién era el chico con el que t juntabas. Cuando me comentó que estaba aquí, le invité a tomar un café. —Me guiñó u sojo—. Ya sé que le gusta sin azúcar. Buena elección. Aún no perdono a tu madre po sendulzarlo.

a —*Madonna*, no entiendo nada y me duele el pecho. —Me senté y me obligué a toma aire—. Necesito un té con limón.

—¿Un té? ¡¿Cómo que un té?! —Sus arrugas se acentuaron al fruncir el ceño—. Aqu ase bebe café, como en mi bello país.

—Si le gusta tanto, ¿por qué no vuelve a Italia? —preguntó Derek, bebiendo de s taza.

s —¿Me estás echando, hijo?

Se atoró con el café.

—No, no —negó velozmente—. Por supuesto que no.

ɔ Mi abuela rompió su acto intimidante con una carcajada.

a —Tranquilo. Aún no tengo razones para odiarte. Y no me voy de aquí porque es e hogar que tuve con mi esposo. Cuando me vaya, quiero hacerlo aquí, como lo hizo él. — Se volvió a mí—. Ya mi nieta podrá ir y recorrer lo que le he contado desde pequeña.

·. Me vio unos instantes, en los que un gesto triste invadió su rostro.

—Derek —le habló antes de volverse—, ¿por qué no vas a prepararnos otro *espresso* Si pasas la prueba, te permitiré llamarme Cintia. Mi enfermera te ayudará.

La comprendí de inmediato, quería un momento a solas conmigo.

, —En ese caso, la voy a llamar Cintia desde ahora. —Se puso de pie y sonrió.

—Confiado… —Mi abuela lo estudió con la mirada—. Me gusta.

Derek salió del pequeño salón y quedamos mi abuela, yo y el tapiz de flores qu eadornaba las paredes. Se levantó de su sofá individual y se apoyó en mi rodilla par :sentarse a mi costado con esa clásica respiración pesada de alguien mayor.

—¿Estás bien, *nonna*?

—Increíble, como el vino. En especial ahora que estás aquí. —Una hermosa sonrisa s formó en sus labios—. Te extrañé mucho, *amore*.

a Volver a tenerla a mi lado después de tantos meses sin verla y el susto que me habí

llevado fueron suficiente para olvidar mi rencor y abrazarla con fuerza. Ella pasó su grandes brazos por mi espalda y me alivió sentir el aroma de su perfume. No lo había cambiado en años.

—Yo también te extrañé —murmuré sobre su hombro—. Y me asustaste tanto… No vuelvas a hacerme algo así, ¿de acuerdo? No lo soportaría.

—Pero ¿cómo no? Si ha sido la mejor idea de mi vida. Tenía que traer a mi nieta para pedirle las disculpas que se merece.

Terminó el abrazo y pasó sus manos por mi cabello con parsimonia.

—*Nonna*, en serio no tie…

—*Zitta* —me calló—. Ya has hablado con Bianca, e imagino que también lo has hecho con tu padre. Falto yo, la pieza más importante.

A mi abuela no le gustaba perder el tiempo. Prefería ir al punto y de forma muy indirecta.

—Soy consciente de todo el daño que causó la decisión que tomaron tus padres y que yo apoyé. Creamos una casa de naipes sabiendo que eventualmente se caería contigo debajo, pero nunca pensamos que la ráfaga sería tan fuerte. —Hizo una pausa, con un suspiro de nostalgia—. Lo único que quisimos fue darte una buena vida, lejos del peligro en especial después de esa espantosa noche, pero en ese proceso te marcamos con grietas muy profundas para una niña.

Sus preciosos ojos me observaban con toda la honestidad del mundo.

—Jamás quisimos hacerte daño, *amore* —aseguró—. Incluso, a pesar de que no me agrade, debo admitir que tu padre tampoco quiso hacerlo.

Oírla hablar de él fue extraño. Ninguna de ellas lo mencionó por años.

—Nunca me dijiste que no te agradaba. ¿Siempre fue así?

Ella dio un largo suspiro y con un gesto demostró que no estaba segura de su respuesta.

—Por años hizo feliz a mi hija y ambos te tuvieron a ti, el mejor regalo para una abuela, pero… —Ladeó la cabeza—. Tu padre era complejo. Marco Handersen era un hombre de negocios, frío, calculador e incluso cuestionable. Marco, solo Marco, fue un gran padre. No puedo ignorar lo mucho que se preocupaba por ti. Todos lo hacíamos. —Me vio, arrepentida—. Cometimos un error al querer obviar escenas de tu vida. Así que entiendo completamente por qué estás enfadada con nosotras.

—No estoy enfadada, *nonna*. No podría estarlo tanto tiempo con quienes amo.

El enfado solo ocurría al inicio como escudo de la tristeza, era una forma de defendernos al sentirnos dañados y vulnerables. Lo que no sabía aún era cuál era el final.

—Solo, no lo sé, ver a los ojos a alguien y fingir que no te hizo daño no es tan sencillo

s—Alcé mis hombros—. Si mantengo mis distancias, duele menos.

a Mi abuela pasó un brazo por mi espalda y me atrajo a su costado, albergándome como hacía de pequeña.

o —Claro que duele menos. Huir de los temores y los tormentos siempre es más sencillo. Nosotros lo hicimos por más de una década. Pero me temo que, a veces, la asolución es enfrentarlos. —Acarició mi mejilla—. No sabes lo bien que me siento ahora que no debo correr más de las verdades que te rodean, Ava. Me siento en paz. Lo único que me falta ahora para ser feliz es que me perdones.

—Te perdoné hace mucho, *nonna* —confesé—. Seamos felices juntas.

o —¡Mi nieta ha vuelto a mí! —Extendió sus brazos—. ¡Podré ir tranquila al más allá!

—¡Basta con la muerte, *cazzo*! ¡Me vas a causar un infarto!

y —Es que es muy efectivo —rio y ambas giramos al ver a Derek llegar con una bandeja —. *Ecco!* Veamos si eres digno.

e Llevaba una sonrisa segura, pero no despegaba los ojos de mi abuela. Tomamos dos otazas y las probamos como si estuviéramos catando vino.

ı —¿Y bien? —preguntó Derek, expectante.

, Mi abuela le tendió una mano.

s —Cintia Monterosso, un placer.

Él tomó su mano y asintió con orgullo, luego me guiñó un ojo.

—No le subas la autoestima que ya la tiene bastante alta. Su café no estaba mal epero…

—Mal está que no me hayas traído a este *ragazzo* antes, guapo y con excelente gusto —Giró a verlo—. Con razón te gusta mi nieta.

—*Nonna!*

ı Rieron y yo me encogí en el asiento. Por un par de horas, los tres conversamos. O mejor dicho, ellos hablaron como amigos y yo los observé extrañada.

a Cayó la tarde y mi abuela se despidió de nosotros para ir a tomar una siesta ndejándonos a Derek y a mí solos en el salón.

ı —No sé quién me quiere más, si tu hermana o tu abuela —soltó con una sonrisa -soberbia, pero yo aún no procesaba qué hacía allí.

e —Pero ¿qué haces en Vancouver? Desapareciste, no sabía si estabas bien.

Asintió y por unos instantes desvió la mirada.

—Estuve con unos amigos. Tu abuela me escribió y no iba a decirle que no.

e —Estás loco por responderle.

. —Loco sería ignorar a la abuela de mi chica, debo ganarme a su familia.

. —Primero debes ganarte a la chica, Diego. —Alcé una ceja.

Él rio como de costumbre frente a ese tipo de respuestas y me concentré en su sonrisa.

—¿Cómo estás? —pregunté y por mi tono entendió mi preocupación.

—Mejor. He estado buscando un psicólogo —respondió con honestidad.

Sentí un gran alivio al saber que había dado el primer paso para encontrar paz con ese asunto. Apoyé mi mano sobre la suya en un gesto de apoyo, y él me brindó una sonrisa algo retraída. El tema aún parecía incomodarlo.

—No sabía que habías vuelto a tomar fotos. —Señaló el maletín y acepté el cambio de tema.

—Inicié un curso esta semana, y ya tengo incluso un proyecto pendiente. Pensaba hacerlo esta tarde, pero ni siquiera sé por dónde empezar.

—¿Y qué sueles fotografiar? Además de coches de la F2… —recordó el cuadro que le había obsequiado por su cumpleaños.

—Paisajes, escenarios… Algo que, vuelto foto, tenga otro significado. —Me encogí de hombros—. Me da paz saber que nada es solo lo que parece. Todo está sujeto a interpretación.

—Entonces debes fotografiar algo que te de paz —concluyó Derek, y con ese sencillo razonamiento, recapacité sobre las palabras de mi *nonna*. Ella se sentía en paz tras enfrentarse a los tormentos de mi familia. ¿Enfrentar mi temor me la daría también a mí?

—¿Te puedo pedir un favor? —dije de pronto.

—¿Aún crees que tienes que pedírmelo?

No pude evitar mi sonrisa, y me puse de pie tomando el maletín.

—Acompáñame.

Él rio como de costumbre frente a ese tipo de respuestas y me concentré en su sonrisa.

—¿Cómo estás? —pregunté y por mi tono entendió mi preocupación.

—Mejor. He estado buscando un psicólogo —respondió con honestidad.

Sentí un gran alivio al saber que había dado el primer paso para encontrar paz con ese asunto. Apoyé mi mano sobre la suya en un gesto de apoyo, y él me brindó una sonrisa algo retraída. El tema aún parecía incomodarlo.

—No sabía que habías vuelto a tomar fotos. —Señaló el maletín y acepté el cambio de tema.

—Inicié un curso esta semana, y ya tengo incluso un proyecto pendiente. Pensaba hacerlo esta tarde, pero ni siquiera sé por dónde empezar.

—¿Y qué sueles fotografiar? Además de coches de la F2… —recordó el cuadro que le había obsequiado por su cumpleaños.

—Paisajes, escenarios… Algo que, vuelto foto, tenga otro significado. —Me encogí de hombros—. Me da paz saber que nada es solo lo que parece. Todo está sujeto a interpretación.

—Entonces debes fotografiar algo que te de paz —concluyó Derek, y con ese sencillo razonamiento, recapacité sobre las palabras de mi *nonna*. Ella se sentía en paz tras enfrentarse a los tormentos de mi familia. ¿Enfrentar mi temor me la daría también a mí?

—¿Te puedo pedir un favor? —dije de pronto.

—¿Aún crees que tienes que pedírmelo?

No pude evitar mi sonrisa, y me puse de pie tomando el maletín.

—Acompáñame.



# CAPÍTULO 40

Después de ver la ciudad que me vio crecer desvanecerse por la ventana, el taxi nos dejo en la entrada de la antigua y enorme casa a la que una vez llamé «hogar». Por fuera lucía preciosa, era la mansión a la que llamé «mi castillo» cuando era niña. Sin embargo, no la recordaba con esa tierna nostalgia con la que se ve una vieja foto, sino más bien como un recuerdo que no sentía mío, tan lejano de la realidad.

Derek comprendió dónde estábamos, y me tomó de la mano.

—No quiero que creas que, por contarte algo mío, me debes algo.

—Lo sé… pero eso no quiere decir que no te quiera aquí.

Nos acercamos y toqué el timbre de la entrada. Dos, cinco, diez minutos pasaron y nadie abrió. A través de la reja que rodeaba la casa, contemplé algunos detalles, como que las ventanas tenían una capa de polvo y que el jardín delantero no estaba podado. Alguien que tenía una casa así tenía el dinero para cuidarla. Entonces, ¿sus dueños se habían ido de viaje?

O tal vez fue reestructurada, pero los dueños seguían siendo los mismos.

Decidida, rodeé la casa. Derek me vio con el ceño fruncido.

—¿Qué haces? —me siguió.

—Irrumpo en propiedad privada.

—Pero… ¡Sally!

—¡Es mi propiedad privada! —grité en murmullos, caminando entre enrejados de plantas—. Creo.

Cuando era niña utilizaba ese camino y solía pretender que estaba en una misión secreta, pero ya no era tan pequeña. Y Derek era demasiado grande.

—Maldita sea —se quejó cuando una rama golpeó su frente. Sin embargo, a pesar de las plantas que se entrometían en su camino, no dejó de seguirme. Nunca lo hacía.

—Arrodíllate —le pedí cuando llegamos a un muro.

—Cuando te pida matrimonio, lo haré por voluntad propia y en un lugar má memorable.

Después de unos segundos en los que procesé lo que dijo, pretendí que mis latidos nc se aceleraron.

—Vas a ayudarme a saltar la pared. —La señalé y Derek la vio antes de suspirar.

—Joder, estás realmente loca.

—Así me quieres. —Me encogí de hombros—. Anda, arrodíllate y estira tus manos.

Después de bufar, me ayudó a subir el muro, y él pasó al otro lado con facilidad.

—Me estás dando muchas órdenes… —notó, tomándome de la cintura para despué dejarme en el suelo y sonreír—. Me gusta.

—No es momento para tus fetiches. —Acomodé mi camiseta y volví a agarrar e maletín de mi cámara—. Sígueme.

Lo oí reír a medida que rodeábamos la casa. Llegamos al patio trasero y no tardé en sentir que viajaba en el tiempo. Creando un paisaje mental, corté el césped, salpiqué flores de jazmín en los arbustos secos, llené la piscina de agua fresca, cambié las vieja cuerdas del columpio colgado del arce y me imaginé corriendo por allí, con el mar a pocos metros del jardín.

—Este solía ser mi hogar… —Boté aire con calma forzada.

Subimos los escalones, los mismos donde tantos años atrás me lastimé la rodilla, y forcé un poco la cerradura de las puertas traseras. No estaba en buen estado.

Apenas entramos, nos recibió el clásico aroma que se impregnaba en un ambiente que no se había abierto en mucho tiempo. Pensé que estaría vacía, pero había mueble cubiertos, como si esperaran una visita para ser usados.

Entramos al amplio salón y vi los techos altos que causaron el eco de mis risas Caminamos por un pasillo que nos llevó a altas escaleras blancas. Al verlas, recordé e dolor, el miedo. Sentí mi garganta secarse como lo había hecho esa noche.

—Sally… —Sentí su mano sostener la mía—. No tienes que hacer esto tan rápido.

—No es rápido, he escapado de esto por años —negué con una pequeña sonrisa—. E el momento.

Presionó mi mano con suavidad, haciéndome saber que me apoyaba.

Empezamos a subir, y cada escalón fue un recuerdo distinto.

Fuego.

Gritos.

Llanto.

Cerré los ojos al ver el pasillo donde pasé la peor noche de mi vida: la causante de mi pesadillas y el punto de quiebre de mi familia.

s No había rastro del incendio. Todo había sido restaurado. Borrado de la existencia Lamentablemente, no de mis recuerdos.

o Reforzando mi agarre de la mano de Derek, caminamos hasta que llegamos a l puerta que, tiempo atrás, daba a mi habitación y la abrí con delicadeza.

Entrar fue viajar en el tiempo. Había una cama donde estuvo la mía, un tocador, un lámpara. Saqué la cámara de Polo. No quería fotografiarlo todo como si se tratase de l escena de un crimen, sino como la evidencia de lo que una vez fue y no era más.

—Esa noche desperté porque empecé a toser —comencé a contar, viendo la pantall sde la cámara y ajustando algunos valores para coincidirlos a la luz de la habitación—. M mamá había ido a casa de mi abuela y mi papá no estaba. Había tres trabajadores apart lde mí.

Derek me escuchaba desde el umbral.

n —La habitación se había llenado de humo. —Me acerqué al visor e hice la primer éfotografía—. Supe que algo andaba mal y tuve tanto miedo que abracé mi oso d speluche. —Solté una risa melancólica, recordando—: Me encantaba ese oso. —Volví a alevantar la cámara y en esa ocasión le tomé una fotografía a la cama—. Me encogí sobr las sábanas y empecé a repetirme: «Voy a estar a salvo, papá lo prometió, siempre estarí a salvo…». Confiaba tanto en esas palabras que el temor empezó a disminuir.

y »El aire se había tornado tan pesado que un acto tan simple como mantener los ojo abiertos se volvió imposible, pero no evitó que viera a Marco entrar.

e No me di cuenta de la triste sonrisa que se había formado en mis labios hasta que vi a sDerek con dolor en sus ojos.

—Tosía contra un pañuelo húmedo, pero apenas me vio me lo puso en la nariz .Recuerdo que dijo: «Tenemos que salir de aquí, cielo, tengo que ponerte a salvo», y ljamás me había sentido más segura que en sus brazos cuando me levantó.

Y, al igual que lo recordé, Derek y yo salimos al pasillo.

Una vez más, tomé fotos, en esa ocasión a las ventanas empolvadas. Cuando bajaba l scámara, veía las paredes blancas y la luz clara; a través del visor, volvía a ver las llama apropiarse de todo; las paredes, el techo, las cortinas… Sentí que habíamos entrado a infierno.

—Yo lloraba y él me consolaba cuando una ventana estalló. —La señalé con un nud en mi garganta—. Me cubrió de los vidrios, pero por la fuerza, él cayó y yo también.

»No tenía más sus brazos, ni el bendito peluche, solo humo y el intento de llorar porque mis ojos estaban tan secos que ni podía hacerlo. —Vi hacia el techo y Derek m simitó—. Empeoró cuando varias vigas de madera se quebraron y cayeron en llamas. Un en específico, en mi pierna.

La comprensión invadió los rasgos de su rostro, el dolor del recuerdo invadió los míos.

—Nunca había sentido un dolor así. —Hice una foto de las vigas, ya restauradas— Podía sentir cómo poco a poco atravesaba mi piel, cómo la quemaba. No podía respirar ano podía ver, no podía moverme.

Negué con la cabeza, tornándose más difícil hablar.

—Pensé que me iba a morir —confesé.

Limpié una lágrima antes de que corriera por mi mejilla.

—No sabía dónde estaba mi papá, solo recuerdo gritos a lo lejos que se mezclaban con la madera ardiendo. No sé cuánto tiempo después volvió a aparecer entre el humo empujó la viga con un pie y nos tomó a mí y a mi peluche en manos antes de desmayarme.

Bajamos las escaleras y tomé fotos hasta llegar al ventanal que daba al jardín trasero.

—Al día siguiente desperté en el hospital. —Suspiré—. Solo mi papá y yo asobrevivimos. Los vidrios habían cortado mi piel, mis pulmones eran un desastre y mi tobillo se había quebrado, además de tener una quemadura de tercer grado. Mi madre y ami abuela estaban ahí, pero Marco no, solo vi al costado de mi cama aquel peluche que él había recuperado… Siempre sentí que esa fue su forma de despedirse de mí. —En esa socasión, no pude evitar botar una lágrima—. A los pocos días, tomamos un vuelo a Toronto, mamá y yo jamás volvimos, y nunca supe más de mi papá.

Abrí las grandes mamparas y salimos.

—Por eso estaba tan molesta con él. Porque se fue en ese momento, uno que aún me roba el aliento. Desapareció como aquel humo que invadió cada rincón de esta casa yaños atrás.

Me volví, y ver a Derek con dolor en la mirada me hizo consciente de todo lo que había confesado, la grieta que le estaba permitiendo ver.

—Ya ni sé si esto es real o imaginaciones que he vuelto recuerdos. —Lo hice seguirme spor el jardín—. Todo se esfumó junto con él. A veces me cuestiono si incluso lo que pasó les real, pero una parte de mí se encargó de asegurar que sí lo fue.

Me arrodillé al pie del arce y empecé a mover un poco la tierra.

—Sally, ¿qué haces? —Derek se acuclilló a mi costado.

—Busco esto —dije, cuando escarbé el punto exacto, y sonreí al hallar la lata que ,había enterrado allí cuando era pequeña—. Mira.

Me crucé de piernas en el césped y Derek se sentó a mi lado. Acaricié la tapa alimpiando la tierra y trazando los diseños de flores en el metal.

—Antes de irnos a Toronto, volvimos aquí una última vez. Solía enterrar tonterías de

sniña y ese último día decidí guardar el oso de peluche que Marco recuperó para mí.

Estaba allí, justo donde lo había dejado. Viejo, sucio, con las puntas del pelaje oscura .por el fuego al que estuvo expuesto. Lo sostuve y las lágrimas brotaron como un grifo ,abierto.

Sentí el brazo de Derek rodearme y recostarme en su hombro, consolándome, hasta que me buscó la mirada al notar lo que realmente sucedía.

—¿Te estás…? —preguntó con el ceño fruncido—. ¿Te estás riendo?

Las lágrimas humedecían mis mejillas mientras perdía el control de mis risas.

n —Es el oso más feo que he visto en mi vida —dije entre risas.

, Derek, aún preocupado, se mostró algo entretenido.

e —Me estás asustando un poco.

—Ya pasó. —Limpié mis mejillas, intentando detener la risa, y dejé el peluche a un costado—. Estoy bien, en serio.

o En la lata había varias envolturas de chocolate que solía comer a escondidas y algunos iderretidos por completo que habían manchado varios dibujos infantiles.

y —¿Tú los hiciste? —preguntó Derek, viendo los trazos de crayones.

l —Supongo, pero no recuerdo todos, solo este. —Era un hombre vestido de asuperhéroe, con capa y máscara—. Es Marco.

a Había más dibujos. De animales: osos, koalas, ardillas; de amigos de la guardería, de mi abuela y muchos más. Pero no pude dejar de ver los trazos de crayola que pintaron a mi padre como un héroe.

n —¿Sabes lo que me causa más gracia? —murmuré con tristeza—. La razón por la que aodiaba las mentiras es una mentira. Desconfío porque creía que había roto la promesa que me hizo, pero, en una retorcida manera de verlo, jamás fue así. Vaya enredo, ¿cierto?

e Me apoyé en su hombro, cansada. Sintiendo sus dedos acariciar mi brazo, vimos que el cielo empezó a cambiar.

e —¿Quién lo diría?

ó —¿Qué? —preguntó con suavidad.

—En Toronto vimos el alba, en Vancouver veremos el ocaso.

Tonalidades anaranjadas, violetas y rojas bañaron el cielo con la suavidad de un pincel.

e El sol se puso y, con él, la luz dejó de ser.

Mantuvimos la vista en el cielo y la creciente oscuridad fue la indicación de que ya era ,hora de irse. Decidí llevarme la lata y volvimos a trepar la pared como un par de ladrones, no sin antes fotografiar lo que contenía mi pequeño tesoro y la fachada sucia ede la casa.

En el taxi, supe que debía buscar otro tema para mi proyecto porque no me sencontraba lista para compartir algo tan privado con alguien más.

Después de algunas horas, llegamos a casa de mi abuela, cuyas luces ya estaban apagadas. Al entrar, no las encendimos para evitar disturbar, pero escuchamos una suave melodía en piano que venía del tocadiscos. Quise acercarme para pararla cuando Derek me detuvo.

—No quiero que mi *nonna* se despierte —susurré entre las sombras.

—Si lo dejó encendido, debe dormir escuchándolo. —Bajó la correa del maletín de mi hombro y, junto a la lata, los dejó en el sofá. Después, sus dedos recorrieron mi muñeca hasta llegar a mi mano y me jaló al medio del salón—. Baila conmigo.

Pasó una mano por mi cintura y acercó todo mi cuerpo al suyo.

Traté de ocultar que se me había dificultado la respiración. La poca luz que entraba por las ventanas era la suficiente para crear un ambiente mágico con la melodía y los suaves pasos que empezábamos a dar.

Sin percatarme, imité la canción en tarareos muy bajos.

—¿La conoces? —preguntó.

—Es de Ludovico Einaudi, un pianista italiano. Se llama *Experience* y es de las favoritas de mi *nonna*.

—Tu abuela es una mujer peculiar, me agrada.

—Pensé que sería yo quien te la presentaría. A este punto conoces a mi padre, mi hermana, mi abuela… Solo hace falta que seas amigo de mi mamá —bromeé, pero él no serio—. Ay, Dios. También eres amigo de mi mamá, ¿no es así?

—No… pero sí he hablado con ella un par de veces.

Empecé a reír y apoyé la frente en su pecho.

—Ya te hice perder la cabeza, ¿no es así? —preguntó.

—Es que ya no me sorprende. Tú pareces llevar más el apellido Handersen Muller que yo. Conoces a toda mi familia. Y ahora yo soy una Keller, porque miento todo el tiempo.

—Ava Keller… Me gusta.

Dejé de reír de golpe. Los nervios hicieron paso en mi sistema.

—Muller. Yo siempre seré Ava Muller.

—De acuerdo. Entonces… Ava Muller-Keller. ¿Qué dices?

—Digo que estás loco, pareces un niño inventando cosas.

—Un niño… ¿Te imaginas? Stuart Keller Muller.

Apoyé mis manos en su pecho y estiré el rostro.

—¿Stuart? ¿Le pondrías a nuestro hijo Stuart? ¡Es nombre de ratón!

Derek sonrió con los labios cerrados y atrapó el inferior entre sus dientes.

—En vez de refutar la posibilidad de tener un hijo conmigo, te preocupas por e nombre —reflexionó—. Eso no apoya mucho tu objetivo de no darme una oportunidad e Sally.

Había caído en su juego.

—Si en un futuro amas a tu hijo, no le pongas Stuart. Te lo ruego.

—No te preocupes… —Y murmuró en mi oído—: Decidiremos juntos los nombres.

Al ritmo de la melodía, me dio un giro en el sitio que terminó cuando aterricé en su ibrazos. Llevaba la mirada feliz, esperanzada; yo sentí la mía asustada, y lo notó.

—Tranquila. Vayamos paso a paso. Empecemos con una cita. ¿Aceptas?

Por primera vez dije:

—Sí.

Derek sonrió con los labios cerrados y atrapó el inferior entre sus dientes.

—En vez de refutar la posibilidad de tener un hijo conmigo, te preocupas por el nombre —reflexionó—. Eso no apoya mucho tu objetivo de no darme una oportunidad, Sally.

Había caído en su juego.

—Si en un futuro amas a tu hijo, no le pongas Stuart. Te lo ruego.

—No te preocupes… —Y murmuró en mi oído—: Decidiremos juntos los nombres.

Al ritmo de la melodía, me dio un giro en el sitio que terminó cuando aterricé en sus brazos. Llevaba la mirada feliz, esperanzada; yo sentí la mía asustada, y lo notó.

—Tranquila. Vayamos paso a paso. Empecemos con una cita. ¿Aceptas?

Por primera vez dije:

—Sí.



# CAPÍTULO 41

La diferencia horaria entre Toronto y Vancouver, por más que era de solo unas horas hizo que me levantara más temprano, por lo que salí al pequeño balcón que tenía m habitación. Me senté con una manta sobre mis piernas y el oso de peluche entre ellas.

Veía el vidrio opaco de sus ojos, acariciaba las puntas endurecidas de su pelaje, perc en la pierna sentí una textura distinta. Me fijé en ella y ver bordadas las iniciales con la que solía identificarme me detuvo el corazón: AH.

Sentí toques en mi puerta y me volví para hallar a mi abuela asomándose.

—*Buongiorno, amore.* —Entró con una bandeja—. Te traje un *cappuccino*, un *cornett al cioccolato*, algunas frutas y, obviamente, un beso de la abuela. —Me besó la frente.

—*Grazie, nonna* —reí—. No es mentira que las abuelas aman dar de comer.

—Es para engordar a nuestros nietos tanto como nosotras lo estamos. —Notó e peluche—. No puede ser… No lo veo hace años. Te encantaba esa cosa.

—Lo escondí en casa antes de irnos y lo recuperé ayer. Lo recordaba más lindo.

—Todo es más lindo cuando se ve a través de los ojos de un niño. —Me alcanzó l taza y, al tomar asiento a mi costado, notó a Derek en el jardín trasero, concentrado en su ordenador.

Él también pasó la noche en casa de mi *nonna*.

—Me gusta ese chico. Me alegra que estén juntos.

—No lo estamos. Bueno, no lo sé. Es complicado. —Le di un mordisco al *cornetto*— Es mi primer amor, pero se supone que tendré más, ¿cierto? La gente suele decir eso.

—*Amore*, todos estamos improvisando en esta vida. No te guíes del resto, guíat siempre de lo que sientes. Y está claro lo que siente ese chico. Te quiere. Lo sé por cómo te mira. Como si fuese capaz de pararse frente al cañón de un arma solo para evitar qu siquiera el pétalo de una flor te roce. Y tú sientes lo mismo. —Colocó su mano sobre l mía—. Lo veo.

Asentí, nerviosa, y a pesar de no decir nada, mi abuela notó que algo sucedía.

—Primero cura tus heridas —dijo, más calmada—. Tómate todo el tiempo que necesites. Cuando te sientas lista, verás si quieres regresar con él. Y, si las cosas salen bien no volverán a separarse. Como tu abuelo y yo.

—¿Ustedes se separaron?

—Él fue mi primer y último amor —contó, entrelazando sus manos sobre su vientre—, pero no el único. Yo de joven sí que disfruté.

—¿Y entonces? —reí sorprendida—. ¿Qué sucedió con el *nonno*?

—Yo volví a él y él volvió a mí, como siempre estuvo destinado.

—¿Fue… complicado algunas veces?

—Por supuesto —rio—. Pero algo seguro fue que sentí lo que nunca sentí con nadie. Nuestro amor era arrollador, pasional, tierno… Nunca fue insignificante, el amor nunca lo es.

—¿Crees que dura toda la vida?

—Puede que no exista el amor que dure toda la vida, pero sí existe esa persona con quien amaríamos vivirla.

Escucharla hablar así hizo que se me encogiera el corazón.

—Lamento que el *nonno* no esté aquí. Sé lo mucho que lo extrañas.

—Lo hago. Los días se veían más bellos cuando los amanecía a su lado, y las noches más alucinantes cuando me quedaba dormida entre sus brazos. Me habría gustado haber estado más tiempo en ellos.

Acaricié su mano en un intento de apoyarla.

—No te pongas nostálgica, *cara*. —Palmó mi mano—. Los brazos de tu abuelo no estaban tan fuertes como los de ese chico y de seguro que dormir sobre él debe ser mucho más divertido. —Alzó las cejas, llevándose una fresa a la boca—. Seré vieja, pero no estúpida.

Con ello solo pude reír y mi abuela me acompañó. Luego de unos minutos, me pidió que bajáramos juntas, no sin antes obligarme a terminar todo mi desayuno.

A medida que me acercaba al jardín, vi en la pantalla del portátil de Derek la transmisión de una carrera. Era la primera tras la pausa de verano.

En el podio, Lex Renaud festejaba el tercer lugar dentro de su traje verde marino.

—Buenos días —lo saludé y Derek cerró la computadora.

—Sally. Buenos días. —Me vio de pies a cabeza—. ¿Te he dicho que me encanta verte en las mañanas?

—*Questo ragazzo ogni volta mi piace di più*. —Oí a mi abuela detrás de mí—. *Se non lo vuoi, lo voglio io. Tuo nonno capirà.*

—¿Qué dijo? —preguntó Derek.

—Nada —me apresuré—, solo me hablaba de una receta. Me provocó un tiramisú.

—Sí, algo que mi nieta amaría comer.

Abrí los ojos y ella solo me dedicó una sonrisa divertida. Tomó asiento en la mesa de jardín, donde continuamos conversando. Lo hicimos hasta que llegó el momento de irnos.

—Volveré pronto, ¿de acuerdo? —le aseguré a mi abuela en un abrazo.

—Aquí te espero. —Acarició mi mejilla, antes de fijarse en Derek—. Y tú, me agradas pero esta niña de aquí es mi corazón. Si la lastimas, arrancaré el tuyo. *Capito?*

Él asintió y también se dieron un abrazo, en el que Derek le murmuró algo.

—¿Qué le dijiste? —le pedí mientras me abría la puerta del taxi.

—Eso queda entre tu abuela y yo.

Se sentó a mi lado y bajé la ventanilla para despedirme de nuevo.

—*Buon viaggio!* —Agitó la mano y la imité hasta que el taxista cambió de calle.

Fue una estadía corta, pero algo cambió en esas horas en esa ciudad. En mí, en mi relación con mi familia y, aunque no pensé que sucedería, en mi relación con Derek.

El aeropuerto de Vancouver nos dio la bienvenida y al acercarme para hacer el *check-in* me topé con un problema.

—Por favor, siga a mi compañera, señorita Handersen, ella la escoltará a la zona de embarque VIP —dijo la mujer en uniforme.

—No, se está confundiendo. Tengo un pasaje en clase económica, en una aerolínea que no sé si es lo suficientemente segura para seguir funcionando.

—Su pasaje fue cancelado. Tiene un *jet* privado con destino a Toronto esperándola.

¡¿*Jet*?! Pero cómo…

—Joder —murmuré, habiendo comprendido—. Es de la compañía A&Z, ¿no es así?

Cuando la señorita asintió, me hice a un costado y busqué en mis últimas llamadas el número de Marco.

—¿Cómo sabes dónde estoy? —pregunté de inmediato.

—Hola, hija —dijo con tranquilidad—. Recibí una alerta porque alguien ingresó a la casa de la costa y resultaste ser tú en las cámaras. Era nuestro hogar y lo mantengo protegido, ¿o crees que cualquiera puede entrar con la facilidad con la que lo hiciste tú?

Suspiré con calma forzada. Marco estaba en todas partes sin realmente estarlo.

—¿Te sientes bien? —preguntó en un tono más preocupado.

—¿Por qué no lo estaría?

—No habías vuelto en todos estos años, de alguna forma te puede afectar. Cancelé tu vuelo para que puedas tener uno más cómodo. Puedes descansar con tranquilidad en el *jet*.

—No es necesario, estoy bien.

—Entonces estarás mejor —aprovechó—. No te cuesta nada aceptar, Ava. Solo quiero ayudar a hacer tu día más sencillo. No hay nada que me importe más que tu bienestar.

—Sí… —respondí frotando mi frente—. Siempre dices lo mismo.

—Perfecto entonces. Solo debes seguir las indicaciones, todo está a tu disposición. Además, Derek también está en la lista de pasajeros. Los vi en la grabación actuando como Bonnie y Clyde.

Después de desearme un buen viaje, me colgó y no pude hacer más que botar el aire con una mezcla de resignación e incredulidad.

—Sally, ¿qué sucede? —Derek preguntó cuando me acerqué a él.

Le conté el cambio de planes y, después de recordar que al día siguiente debía trabajar y que solo eran cuatro horas de vuelo, acepté la propuesta. No pasaron ni cinco minutos cuando un automóvil nos llevó directamente a la pista. Un *jet* ya tenía la escalera desplegada a nuestra espera. Dentro era exactamente como se veía en las películas. Cuero, madera y lujo.

Jamás comprendería cómo alguien podía tener tanto dinero para tener un *jet* propio.

Derek y yo nos sentamos uno frente al otro y el capitán no tardó en anunciar que despegaríamos pronto.

—*Cazzo* —mascullé, viendo mi móvil.

—Me da miedo cada vez que dices eso —rio Derek, colocándose el cinturón.

—Es que debía pedirle a Polo que me llevara algo de la escuela, pero lo había olvidado y ahora me quedé sin batería.

Cuando dejé mi celular en la mesilla que nos separaba y volví a ver a Derek, su gesto había cambiado. Se fijó en la ventanilla y su mandíbula mostró su incomodidad. No dijo nada hasta que el avión despegó y, entonces, no podía esquivarme.

—¿Qué te traes con él? —cuestioné—. Desde que volviste has actuado extraño.

—No quiero hacer esto ahora —Su tono de voz se tornó serio—. Tú y yo estamos empezando de nuevo, no quiero recordar lo que hiciste cuando estuve viajando.

—¿Lo que hice?

Él pasó saliva y mantuvo la vista en la ventana.

—No tienes que engañarme.

Lo vi con un signo de interrogación en toda la cara; él suspiró.

—Sé que te acostaste con él.

ı Una risa salió de mí. Primero incrédula, pero al ver que él no lo hacía, solt
lcarcajadas.

—Sally, no debes fingir —pidió.

—¡No finjo, tonto! Nunca ha pasado nada entre nosotros.

ɔ Al verme seguir riendo de la situación, sus ojos se entornaron. Realmente pensab
que había estado con Polo. Yo. ¡Con Polo!

—¿Lo dices en serio?

. —Polo no me tocaría ni aunque su vida dependiera de ello, Keller. Se le caerían la
ɔmanos primero —reí—. ¿De dónde sacaste eso?

—Él me lo dijo.

ɛ Las risas desaparecieron.

—No es posible.

—Me lo dejó muy en claro, y más de una vez. —Arrugó el entrecejo como si le costar
ısolo pensarlo—. Dios, no sabes cuánto me cuesta quitarme las imágenes que tengo en l
ɔcabeza.

ɑ —Sí lo sé. Tuve las mismas ideas sobre Sabrina y tú.

. —Pero yo no me acosté con Sabrina.

—Y yo no me acosté con Polo —devolví—. En ese tiempo, lo que menos quería er
estar con alguien que no fueses tú, en especial mi mejor amigo, por Dios. —Puse los ojo
ɛen blanco.

—¿Qué acabas de decir? —Su mirada se iluminó de pronto—. Repítelo.

Recapacité sobre mis palabras. Joder, yo no llevaba «lengua suelta» en el nombr
porque mi apellido ya era demasiado largo.

ɑ —Las alturas me marean, ¿sabías? Iré al baño. —Me puse de pie.

Estiró un brazo para cerrarme el camino por el pasillo y, antes de percatarme, m
ɔtomó de la mano y atrajo hacia él, dejándome de pie entre sus piernas. Sus manos s
ɛposaron en la parte trasera de mis rodillas expuestas por la falda que llevaba y me sentó
horcajadas sobre él.

—¿Q-qué hac…?

s Siseó a pocos centímetros de mi rostro, respirando el mismo aire que yo.

—La señal está encendida. —Me la indicó, y vi el símbolo del cinturón de seguridad.

—¿Esas cosas también funcionan en un *jet* privado? —murmuré.

—Tener dinero no te hace inmortal. —Sus manos desabrocharon su cinturón, sin
quitarme los ojos de encima, y estiró la correa—. Tienes que hacer caso a la
indicaciones.

Pasó por mi derecha el cinturón, ahora más largo, y lo conectó por mi izquierda

érodeándome del todo.

—No hay forma de que esto sea seguro…

—¿Tú crees? —Jaló la lengua de la correa de golpe y volvió a reducirse en tamaño aprisionando mi cadera, juntando del todo mi pecho con el suyo, y quitándome la arespiración.

Sonrió de lado.

—Yo creo que no te alejarás de mí ni aunque se caiga este avión.

s Lo que cayó fue mi corazón.

—La casa de la costa tiene cámaras, no me sorprendería que aquí las hubiera también… —advertí, estirando mis manos en sus hombros.

—¿Acaso piensas hacer algo que nadie puede ver, Sally?

Empezó a acariciar la piel de mis muslos con parsimonia y una sutil presión. Escaneó ami rostro mientras acunaba mi mejilla con una mano para rozar su pulgar contra mi alabios.

—¿No estuviste con él? —susurró, la totalidad de sus ojos invadiendo los míos.

—No…

—¿En serio?

a —En seri…

s Juntó nuestros labios en un lento y pasional beso. Uno lleno de alivio, que transmitía la falta que nos habíamos hecho, que me decía «nosotros pertenecemos juntos».

Llevé mis manos a su nuca y enredé mis dedos en su cabello, tratando de disfrutar de esu cercanía una vez más, de su aroma envolviendo el mío, y de su lengua jugando con la mía.

Nuestros problemas nos esperarían al aterrizar, así que, mientras estuviéramos evolando, no tendríamos por qué preocuparnos por ellos.

e Una de sus manos dejó mi espalda y lo siguiente que sentí fue el asiento reclinarse aligeramente, dejándonos en una posición más cómoda, en la que la fuerza de los besos aumentó, el calor creció y el aire desapareció por completo.

Mi piel fue testigo de su exigente tacto, lo besaba con mis brazos sobre sus hombros, y al moverme contra su excitación fue inevitable soltar un gemido entre sus labios.

—No puedes hacer ruido —advirtió en aquel tono grave que no fallaba en hacerme ver rojo. Mientras una de sus manos se encargaba de causarme escalofríos bajo mi ıcamiseta, otra se coló bajo mi falda, apretando mi piel.

s —Pero no somos los únicos aq…

—Tú solo disfruta. —Introdujo su mano dentro de mi ropa interior para luego ,tantear mi humedad con sus nudillos.

Cerré los ojos y otro gemido amenazó con escapar, pero lo ahogó con sus labios.

—Silencio —ordenó contra ellos antes de que sus dedos se hicieran con mi cordura.

Hice puños con su camiseta, rogando autocontrol y deseando que nadie no interrumpiera mientras Derek volvía a tocarme como solo él sabía. Mi cuerpo se movió exigiendo más tras cada movimiento, sentí su agitada respiración en mi oído, y sus besos en mi cuello me enloquecieron.

A pesar de que todo mi ser me reclamaba jadear cada vez que lo sentía estimular el punto más sensible de mi cuerpo, me esforcé por mantenerme en silencio. Solo él sabía lo cerca que estaba, y se lo demostré apretando mis paredes internas a su alrededor y besándolo aun cuando no tenía fuerza para hacerlo bien.

Cuando me corrí en sus dedos, me mordí la lengua y me escondí en el hueco de su cuello.

—Buena chica —murmuró en mi piel, logrando que la ola siguiera bañando mis venas.

Empezó a disminuir el temblor de mi cuerpo, y jadeé cuando me dejó vacía. Chasqueó la lengua con desaprobación.

—Ibas tan bien. —Se llevó sus dedos a la boca y eliminó cualquier rastro de lo que acabábamos de hacer—. Tendremos que seguir practicando.

—¿Ah, sí? —Le busqué la mirada, entretenida—. ¿Y cuánto más?

—Lo que haga falta para lograr la perfección.

—Es imposible lograrla.

—Por eso —sonrió.

Reí rodando los ojos y me apoyé en su abdomen con la intención de levantarme, pero Derek hizo un gesto de dolor y se retorció un poco.

—¿Qué ocurre?

—Nada. —Se recompuso del malestar, pero por el movimiento vi una tonalidad oscura.

—No parece ser nada. —Alcé su camiseta y encontré manchas moradas y verdes en el lado derecho de su abdomen. Era un golpe reciente y espantoso—. Dios, ¿cómo te pasó esto?

—Un accidente, no te preocupes.

—¡¿Tuviste un accidente?! —exclamé—. ¿Por qué no me dijiste que te hiciste daño?

—No quiero preocuparte con mis cosas, Sally. No es importante.

—¡Claro que es importante, *stronzo*! ¡Y lamento informarte que sí me preocupo por ti —grité—. Si vuelve a pasarte algo, quiero que me lo cuentes, *capito?*

—*Capito* —sonrió, ilusionado.

—No quieres preocuparme… —repetí con incredulidad, saliendo de su regazo para sentarme a su costado—. Pareces un hipopótamo, joder.

Derek bufó una carcajada.

—Preocuparte por mí… Un reclamo nunca fue tan tierno.

—No quieres preocuparme… —repetí con incredulidad, saliendo de su regazo para sentarme a su costado—. Pareces un hipopótamo, joder.

Derek bufó una carcajada.

—Preocuparte por mí… Un reclamo nunca fue tan tierno.



# CAPÍTULO 42

Una vez aterrizamos, Edward ya estaba al final de las escaleras del *jet* junto a un coche negro.

—Señorita Ava. Señor Keller —nos saludó al bajar. Abrió la puerta trasera del auto con un gesto de servicio. Otro hombre tomó mi maletín, el bolso de Derek y los guardó en el baúl.

Cuando Edward se sentó tras el volante, Derek le pidió que nos llevara a una dirección que no reconocí y, cuando le pregunté qué sucedía, solo dijo que fuera paciente. A los pocos minutos volvimos a las calles de Toronto hasta que el auto se detuvo en la costa.

Derek rodeó el coche y me pidió que bajara; lo hice con una expresión extrañada.

—¿Qué estás planeando?

—Tendremos nuestra primera cita —dijo, entusiasmado.

—Hemos aterrizado hace solo treinta minutos —le recordé.

—Exacto. Demasiado tiempo. No pienso perder más. —Señaló un restaurante— Dijiste que querías tiramisú y aquí he comido el mejor de la ciudad.

—¿Quieres comer aquí? —Con la boca abierta, señalé uno de los restaurantes más exclusivos de Toronto—. Keller, este parece el lugar donde el primer ministro come los domingos. ¿Tenemos reserva?

—Conozco al chef —sonó despreocupado.

—Pero… —Vi mi atuendo—. ¡Traigo sandalias! ¡Se me ven los dedos! —Los moví.

—¡Gracias por tu ayuda, Edward! —Me ignoró por completo y, tras decirle que dejara nuestras cosas en la recepción del edificio, cruzamos la puerta del restaurante. Derek dijo nuestros nombres y un trabajador nos llevó a un salón lleno de gente.

—Esto es mucho lujo para mí —murmuré mientras me guiaba por el espacio.

—Tú eres mucho lujo para mí —dijo él con una sonrisa—. Déjame consentirte.

Nos indicaron una mesa en medio del salón. Derek arrastró mi silla y tomé asiento. É
lo hizo frente a mí. Y, en menos de un minuto, dos porciones de tiramisú decoraron l
mesa.

—¿Llamaste antes de venir? —pregunté, puesto que no habíamos ordenado.

—Te dije que conozco al chef. —Tomó una cuchara y me invitó a hacerlo también—
Pruébalo.

Sabía delicioso, por Dios. Mi expresión de sorpresa fue suficiente para demostrar l
bueno que estaba. Tenía que traer a mi *nonna* aquí.

—Te lo dije. —Su gesto denotaba satisfacción.

—¿Cuándo será el día en el que dejes de creer que siempre tienes la razón y solo sea
el chico tierno y atractivo que eres? —dije, negando con la cabeza y luego recapacit
sobre mis palabras.

—Me gusta cuando me das halagos sin darte cuenta y luego te quedas tiesa. —M
imitó abriendo los ojos enormemente.

—Yo no hago eso.

—Claro que sí, o cuando te digo cosas directas, me llamas *stronzo*, y de nuev
quedas… —volvió a imitarme.

—¡Keller! Hablas como si siempre sucediera. No me avergüenzo con tanta facilida
—dije, antes de lamer el restante de la cuchara con tiramisú.

Él sonrió.

—Cuando me miras así y lames la cuchara de esa forma, me dan ganas de llevarte
mi habitación, arrodillarte y ponerlo en práctica.

*Madonna Santa.*

Automáticamente, sentí el calor reunirse mis mejillas.

—¿Ves? Así de simple. —Señaló mi reacción, victorioso.

—Pe-pero… ¿Esos comentarios son espontáneos o los piensas antes?

—Si te dijera todo lo que pienso, nunca se te bajaría la presión.

Nuevamente quedé muda.

—Eres cruel.

—Solo un poco. —Se puso de pie y se acercó a acariciar mi mejilla—. Ahora deja d
ponerte roja que llamarás la atención de la gente.

Se fue tras un guiño y al notar que mis mejillas en efecto quemaban, las ganas d
quererlo hacer sentir igual salieron a la luz. En un rápido impulso, tomé el salero, l
vacié en su copa y lo revolví con un cubierto.

¿Era muy maduro? No. ¿Lo era yo? Tampoco.

Opté por ocultar el salero bajo la mesa cuando Derek regresó sobre sus pasos.

—Tu color ya volvió a la normalidad, Sally —notó con soberbia, volviendo a sentarse—. Felicidades.

—Sí, más bien, declaro la paz. —Alcé mi copa—. Es nuestra primera cita después de todo, ¿no?

Chocamos copas. Llevé la mía a mis labios y di un sorbo, esperando su reacción, hasta que un sabor asquerosamente salado alcanzó mi lengua y tuve que escupirlo con fuerza.

—¡Ugh! —Tomé una servilleta y me cubrí la boca—. Pe-Pero… —Llamé la atención de algunas personas, pero solo me concentré en Derek, quien me sonreía orgullosamente.

—¿Qué? —Alzó una ceja y tomó un sorbo de la que asumí era mi verdadera copa—¿Acaso bebiste algo que no debías?

—¿Cómo? ¿Cuándo las cambia…?

—Shh. No querrás hacer un escándalo —susurró con falsa preocupación—. Luego te pones roja.

Oh, las ganas por vengarme se apropiaron de mí.

Estudié el salón y la gran cantidad de personas que comían pacíficamente en sus mesas. Me disculpé internamente con todas de antemano, e inhalé profundamente.

Me volví a Derek, que tenía una mirada triunfante, y me asomé sobre la mesa.

—No debiste hacer eso, Keller.

Luz, cámara y… ¡acción!

—¡Maldito mentiroso! —exclamé con todas mis fuerzas, golpeando la mesa con mis palmas. Los ojos de Derek se abrieron de par en par.

Me puse de pie para llamar aún más la atención.

—¡Cinco años de matrimonio! —Estiré mi mano—. ¡¿Cómo pudiste hacerme eso maldito?! ¡¿Cómo pudiste acostarte con otra en nuestra propia cama?!

—¿Qué te sucede? —murmuró, anonadado.

—¡No sé cómo acepté casarme con alguien como tú! ¡¿Qué será de nuestros hijos?!

—¿Pero qué hijos?

—¿Negarás el fruto de nuestro amor, sinvergüenza? —Di un paso adelante, toda una protagonista de telenovela—. ¡¿Negarás a Ramón, Matilda y Julián?!

La risa que estaba por salir tuvo que controlarse.

—Oh, no… — Ladeé la cabeza con pena fingida—. Y Stuart…

—¿Quién cojones es Stuart? —cuestionó él del todo espantado.

—¡El hámster de nuestros hijos, animal!

Tomé la copa de vino tinto y se la aventé. Él estiró las manos de inmediato. Toda su camiseta y su rostro se empaparon.

—¡Eres lo peor! De todas las mujeres del mundo, ¡¿tenías que engañarme con m madre?!

—¡¿Con tu madre?! —preguntó la mujer de la mesa vecina.

—Así como escucha, señora. —Me acerqué a ella y le puse una mano en el hombro— ¿Puede creerlo? La mujer que me dio a luz.

La empatía en la cara de la señora fue un detalle agregado genial para la actuación.

—¡Eres una persona horrenda! ¡Mal padre! ¡Mal esposo! ¡Mal amante!

Bajé la mirada por su cuerpo y lo señalé.

—¡Y tienes el pene pequeño!

Tomé mi cartera y antes de irme grité:

—¡No creas que no sé que ves porno de caballos mientras duermo!

Antes de morir de la presión en el estómago por la vergüenza, me encaminé a la salida y no fue hasta que salí y crucé la autopista para llegar a la playa que pude empeza a reír con todas mis fuerzas.

Joder. No sé qué me poseyó, pero nunca había sentido tanta adrenalina.

—¡¿Es en serio?! ¿Esa fue tu venganza? —exclamó Derek una vez que me alcanzó.

—Por cada vez que me has sonrojado.

Derek se mordió el interior de la boca y asintió para sí mismo. Había pensado en alg y ese movimiento siempre significaba malas noticias para mí.

—De acuerdo. Tú así lo quisiste. —Sonrió con los labios cerrados.

Mis palabras se volvieron humo al verlo desabrocharse el cinturón.

—¿Qué crees que…? —Mi pregunta fue interrumpida por el sonido de su pantalón camisa cayendo al suelo. Cuando pensé que no podía hacer nada más demente, me tom ,de las rodillas para cargarme sobre sus hombros ahora desnudos—. ¡Oye!

—Es mi turno de vengarme.

Lo único que podía ver era su espalda desnuda y su bonito trasero dentro de su bóxe negro moverse con cada paso que daba.

—¡Suéltame, loco maniaco! —Empecé a dar golpes en su espalda cuando noté que su intención era llevarnos al mar—. ¡No! No, no, no. —Me retorcí sobre su hombro— Suéltame en este momento o juro que…

—¡Muy tarde! —Él empezó a trotar y yo a gritar.

El agua de la orilla me salpicó por sus pisadas y fue cuestión de segundos en los qu Derek nos lanzó al mar.

¡El muy maldito me había lanzado al mar!

Después de patalear para alejarlo, salí a la superficie despeinada, desastrosa enfadada.

—*Stronzo!* —exclamé desde el fondo de mis entrañas, salpicándole agua con fuerza.

Él rio por su travesura mientras acomodaba su cabello, lo que solo me dio más rabia Volví a salpicarle y me propuse volver a la orilla, pues no llegaba a alcanzar el suelo.

—¿A dónde crees que vas?

—¡A casa! ¡Me estoy congelando!

—No, no. —Enroscó mi muñeca y me atrajo a él—. Tú no te vas a ninguna parte. Solo tienes que entrar en calor.

—¡Difícil si estamos en el mar de noche, genio!

—Fácil si me tienes al lado. —Sonrió con malicia.

—No quiero tenerte al lado.

—¿Segura que no? —Vio mis intentos de nadar—. Pareces necesitar ayuda.

—Puedo sola, pesado.

—¿En serio? —Levantó una ceja con entretenimiento—. Hagamos la prueba.

Me soltó y se alejó unos metros.

Empecé a mover las piernas y los brazos para mantenerme a flote, pero me estaba ahogando, maldita sea.

—¿Ves? Sí pue… —Agua me entró a la boca y tuve que botarla—. Pued…

—Ven aquí. —Me tomó de la cintura, detalle que agradecí. Apoyé mis brazos en sus hombros y abracé su torso con mis piernas para recuperar el aire.

—*Stronzo*.

Derek rio de forma grave.

—¿Quién me mandó a enamorarme de alguien tan terca?

Lo dijo con tanta naturalidad que mi corazón se detuvo. Siempre lograba tomarme por sorpresa.

—Deja de decirme esas cosas —pedí en un murmuro.

—¿Qué? ¿Que estoy enamorado? —Chasqueó la lengua—. Te lo diré siempre para que no puedas darte el lujo de olvidarlo.

Llevé mi mano a su mejilla y la acaricié.

—Jamás podría hacerlo.

Su risa perdió fuerza por mi caricia. Yo la perdí por las suyas en mi espalda. Nuestras frentes no tardaron en rozarse, teniendo de única separación nuestros alientos. Vi las gotas de agua que bajaban por su cuello, sus hombros, y subí a sus ojos.

El café que me atormentaba y volvía esclava en simultáneo brillaba por el reflejo de la luna. Se le veía mágico. Irreal.

El cielo azul nos bañaba con el brillo de las estrellas y el sutil ruido de la ciudad no hacía compañía en la costa.

Una corriente de frío nos recorrió y lo abracé con un poco más de fuerza, cuidando no lastimar sus golpes, pero logrando que quedáramos aún más cerca.

—Se supone que meterte aquí era un castigo —murmuró viendo mis labios, después mis ojos.

—Tendrás que pensar en uno mejor, Derek.

En esa ocasión, yo lo besé. Nuestras bocas se complementaron con calma, bailaron como lo hicieron las primeras veces.

Nos rehusamos a salir del agua hasta que nos arrugó la piel y la sal cicatrizó nuestras heridas.

Una corriente de frío nos recorrió y lo abracé con un poco más de fuerza, cuidando no lastimar sus golpes, pero logrando que quedáramos aún más cerca.

—Se supone que meterte aquí era un castigo —murmuró viendo mis labios, después mis ojos.

—Tendrás que pensar en uno mejor, Derek.

En esa ocasión, yo lo besé. Nuestras bocas se complementaron con calma, bailaron, como lo hicieron las primeras veces.

Nos rehusamos a salir del agua hasta que nos arrugó la piel y la sal cicatrizó nuestras heridas.



# CAPÍTULO 43

Derek me abrió la puerta principal del edificio.

—Quiero otra cita.

—Acepto solo porque me divertí esta noche.

—¿Ah, sí? —Alzó una ceja—. ¿Te divirtió humillarme?

—Completamente —dije, y empezó a hacerme cosquillas—. No, ¡detente!

Me persiguió entre risas hasta alcanzarme y tomarme por la cintura. Intenté escapa de sus cosquillas pero, al girarme, me sorprendió ver a alguien en el sofá del *lobby*.

Polo se levantó y me vio de pies a cabeza para después hacer lo mismo con Derek Nuestra ropa seguía húmeda por haber entrado al mar.

—Hola, Ava. ¿Podemos hablar? —dijo Polo.

—Si piensas confesarle que me dijiste que habías estado con ella, llegas tarde —Derel se adelantó, y Polo abrió los ojos—. Ya se lo dije.

—¿También le dijiste que me golpeaste, Keller?

—¿Lo golpeaste? —Me volví a Derek—. ¿Cuándo?

—El día que Keller regresó y Liv me pidió que te lo dijéramos juntos —respondió m amigo—. Me lo encontré aquí y terminé con el ojo morado.

—Pensé que te habías aprovechado de ella cuando estaba débil —explicó.

—Yo jamás me aprovecharía de Ava. Es una de las personas que más quiero. —Se rascó la nuca y se acercó a mí—. Hablemos, por favor. —Vio de reojo a Derek—. Solos.

Mantuve mi mirada en ambos por unos segundos y, finalmente, le agradecí a Derel por la cita y subí al piso de Liv con Polo. Necesitaba su lado de la historia.

—¿Por qué le dijiste que nos habíamos acostado? —cuestioné.

—Es que yo no lo dije… —Nos sentamos en el sofá guinda, y tomó aire—. ¿Recuerda el día que me contaste lo que te había hecho, cuando aún vivías conmigo? Lloraste tant que pensé que ibas a deshidratarte, y yo estaba tan enfadado que me pensé capaz d asesinarlo. Bueno, asesinar no, pero sí me entiendes —se corrigió—. Esa noche Derek t

llamó, pero no esperaba que yo contestara. Le dije que te dejara en paz, que habías salido adelante… y tú gritaste desde el baño que querías una toalla —negó con la cabeza y mmente viajó a ese momento—. Fue muy sencillo que Derek malinterpretara las cosas y yo no lo negué. No me parecía justo darle esperanza.

—Tuviste que habérmelo dicho, Polo.

—Lo sé, me da mucha ansiedad meterme en dramas, pero… eres tú. —Apoyó su mano en la mía—. No me gusta verte llorar, Ava. Lo daría todo para evitar que lo hicieras.

—Tú no sueles comportarte así —reconocí.

—Lo sé, pero cuando se trata de ti, algo en mí cambia.

Claro que cambiaba. ¿Por qué se comportó de esa manera tan ilógica? Me enfoqué en nuestras manos y un pensamiento extraño se me cruzó por la cabeza.

—Polo. No creo, pero ¿tú no…? Es decir, tú… —Pasé saliva, temerosa.

—Dime. —Me vio con una dulce mirada.

—No estás enamorado de mí, ¿cierto?

r Sus ojos se abrieron enormemente.

—¡¿Estás loca?! —Me soltó. Su rostro mostraba tanta sorpresa como rechazo—. No tengo que estar enamorado de ti para querer cuidarte, Ava. ¡Soy el mejor amigo! ¡Es mdeber odiar al ex! Algo nuestro sería como incesto, por Dios. La sola idea me da náuseas.

—Oye, oye. —Levanté las manos—. Sé que tienes algo con Liv, pero tampoco tiene kque exagerar. Me vas a ofender.

—¿Qué dices? —Me vio confundido—. Yo no tengo nada con Liv, es Rafael quien lo tiene. Empezó en la casa de campo.

—¡¿Qué?! —En esa ocasión, yo me sobresalté—. ¿Están en una relación?

i —Sabes que una relación no va con ellos. Solo se divierten.

—Pero fuiste tú quien salió acalorado de la habitación de Liv —le recordé.

—Liv estaba en el baño cuando entré. —Sus mejillas se tornaron rosadas—. Estaba asporque besé a Rafael.

—¡¿Qué? —Me llevé la mano a la boca.

k Asintió, viendo sus uñas mordidas.

—Y no fue la primera vez —añadió—. En la fiesta de Seth, hablamos un poco, una cosa llevó a la otra… y me besó. Esa mañana fui a buscar a Liv, pero me encontré a Rafaesen la cama. Entendí lo que había pasado y me sentí extraño. Él se dio cuenta, empezó asonreírme, a molestarme, y… lo besé. Lo evito desde entonces —dijo como un niño.

e Solté una risa.

e —¿Te gusta?

—No lo sé… Nunca había sentido atracción por algún chico, pero… sentí algo con él ¡Y no entiendo por qué él. Rafael es tan libre, tan distinto a mí. A mí me gusta cuidar de alguien, contar con esa persona, ¿sabes? Rafael solo se divierte con toda esta situación. E un idiota.

—Idiota es decir poco. —Reí—. Lamento si no te di la confianza para contármelo.

—No se trata de ti. —Dejó caer su cabeza en el respaldar del sofá—. Esto es nuevo para mí. No sé ni lo que siento, y yo siempre sé lo que siento. ¡Siempre me enamoro!

—Tal vez hacía falta que llegara alguien de quien no te enamoraras de inmediato. — Me acomodé igual a él—. Alguien que te enloquezca por lo extremadamente confiado e insoportable que es. Que te haga preguntarte por qué no puedes dejar de pensar en él, a pesar de que no debería tener más un lugar en tu mente. Alguien…

Noté que mi descripción no solo aplicaba a Rafael, y a Polo no le pasó desapercibido.

—Nunca pretendí causar problemas entre Derek y tú, Ava —dijo tras un suspiro— Solo no quiero que te vuelva a lastimar.

Acercó su maletín y me entregó una carpeta llena de fotos.

—Vine porque las encontré hoy. Son las que tomé cuando te acompañé a verlo correr.

Entre ellas, una me quitó la respiración.

Derek y yo besándonos al final del Gran Premio de Toronto. Yo asomada en la stribuna y él empinándose. Su sonrisa de orgullo. Mi sonrisa sorprendida. La emoción de su victoria. Se sentía la energía con solo verla.

—Las traje porque quería contarte lo que pasó con Keller, pero, bueno, te enteraste antes. —Señaló las fotos—. No se sentía bien botarlas, depende de ti… a pesar de que no me agrade.

Pasé un pulgar por la foto y el corazón se me encogió, en especial al trazar el nombre de la empresa auspiciadora de Marco en su uniforme.

—Pase lo que pase con él, mi hombro y las canciones de Elvis estarán para ti siempre.

—Gracias… —murmuré, viendo aún la fotografía en mis manos.

Dejó un suave beso en mi coronilla y salió del piso. Me deslicé hasta caer en la alfombra y esparcí las fotos en la mesa de centro. En algunas salía él festejando su victoria, en otras yo viéndolo orgullosa, y en otro par salíamos riendo.

Escuché las pisadas de Derek entrar al salón antes de que dijera nada. Conociéndolo había esperado que Polo se fuera para poder entrar, pero fue evidente que no contaba con hallar evidencia de cuando éramos felices.

—Son hermosas —soltó con una voz suave.

Tomé la fotografía en la que nos dábamos un beso y la vi con nostalgia.

—Ese día estaba muy nervioso —dijo él, viéndola—. Era la primera vez que me veía competir y quería sorprenderte. Para ese entonces, ya estaba más que enamorado.

—Lo sé.

—Pero, cuando gané, sentí una avalancha de culpa encima. Sé que piensas que lo que siento por ti es gratitud, pero nunca lo fue, Sally. Mis sentimientos fueron y son reales.

—También lo sé.

—¿En serio? —Su tono de voz delató su sorpresa.

—Sí —decidí hablar de eso, a pesar de haberlo guardado tanto tiempo—. Pasé muchas noches analizando, recordando. Pero, a pesar de que mi corazón se quebraba porque recordaba indicios, llamadas, mentiras… tus ojos nunca me engañaron. —Lo busqué con la mirada—. Lo noto en cómo tu atención se posa sobre mí aun cuando hay cientos de personas alrededor. Sé lo que sientes.

Sus ojos se abrieron en sorpresa y frunció el ceño un poco.

—¿Y por qué no estamos juntos? —preguntó—. Joder, Sally. Todo este tiempo he pensado que tenía que convencerte de mis sentimientos.

—Es lo más claro que tengo.

—¿Entonces? —se mostró desconcertado—. ¿Qué sucede?

Iba a responderle con palabras, pero se me ocurrió una alternativa mejor.

Tomé su mano y le pedí que me siguiera afuera del piso.

—¿Sabes que es la segunda propiedad privada que allanamos en solo un par de días? —dijo Derek, siguiéndome.

—No te preocupes. A diferencia de la casa de Vancouver, acá he entrado varias veces —le respondí tranquilamente mientras me sacudía las palmas.

Atravesábamos el primer piso del conservatorio que solía visitar hasta llegar al gran salón donde descansaba el piano.

—¿Para qué venías? —me preguntó cuando estuvimos frente al gran piano de cola.

—Para tocar. —Tomé asiento en el taburete—. Mi padre me enseñó cuando tenía cuatro años. Desde entonces, he amado el piano, tanto como lo he odiado.

—Es precioso —Pasó una mano por la madera, como haría con un auto que admirara.

—Ahora lo es. Antes la pata estaba quebrada, las teclas salidas y el barniz arañado. —Pasé saliva, avergonzada—. Fui yo quien lo rompió.

—¿Por qué hiciste eso? —dijo con voz suave.

—Porque estaba en mi punto más bajo. Fue poco tiempo después de saber la verdad —Levanté el panel para ver las teclas. Lucían como nuevas. Si tan solo fuese tan sencillo repararme como lo fue ese piano—. Yo… la pasé muy mal, Derek. Sentí que había perdido a mi familia. Descubrir lo que había hecho mi padre me desestabilizó por completo y esta fue mi manera de lidiar con ello.

Levanté la mirada.

—Necesito que entiendas por qué me afectó tanto lo que pasó entre nosotros. Lo que más me dolió de tu mentira no fue el engaño, fue la persona con la que estrechaste la mano —revelé—. ¿Cómo sé que no volveré a sentirme así?

Él se sentó a mi lado y colocó su mano en mi mejilla. Confesé:

—Tengo miedo, Derek.

—¿Temes que te haga daño de nuevo? —preguntó con cautela.

Asentí.

—No tienes porqué, cariño. No te haré sufrir.

—Eso no puede afirmarse —negué con la cabeza—. Lo cierto es que todos hacemos daño, a veces sin querer o sin saberlo. ¿Si me haces sufrir? ¿O si yo te hago sufrir a ti?

—No me importa que exista la posibilidad de salir lastimado si estar contigo es la otra opción. Estoy dispuesto a tomar el riesgo porque, si se trata de ti, lo vale.

Sus palabras le dieron un abrazo a la niña que siempre pensó que no lo hacía.

—¿No tienes miedo?

—Más miedo me da perderte.

Sus ojos cafés me acogieron, y supe que serían un buen hogar.

—Cada vez confío más en ti. Y ahora que estoy al borde del abismo, me da miedo caer.

—¿Estás por hacerlo?

—Con un pie en el aire.

Con la confesión, compartimos una dulce y pequeña sonrisa.

—Si estoy contigo quiero que sea al cien por ciento. No quiero desconfiar ni vivir con temor. Es por eso que me cuesta tanto regresar a ti, porque, una vez que lo haga, no me alejaré.

Sus ojos se iluminaron. Acarició la piel de mi dorso con delicadeza mientras entrelazaba nuestras manos y una hermosa sonrisa se formó en su rostro.

—Una vez te dije que existían mil motivos por los que valía la pena estar juntos.

—Lo recuerdo.

—Este es uno de ellos.

—¿Y el resto?

—Algún día los sabrás.

Derek dirigió su mirada a las teclas.

—¿Puedo escucharte tocar?

Asentí y esparcí mis dedos sobre las piezas. El picor que sentía perdió intensidad solo cuando empecé a presionar las teclas y los acordes hicieron eco en el salón.

Descansé mis manos en mis piernas cuando terminé.

—Eres increíble —dijo en un susurro—. Verdaderamente increíble, Sally.

Sonreí en respuesta.

—Inténtalo —propuse.

—¿Cómo lo hago? —Vio el teclado como si tuviera que resolver un acertijo.

Coloqué su mano sobre las teclas. Apoyé la mía sobre la suya e hice presión hasta que el piano emitió un sonido. Hice que tocara tres notas de forma consecutiva.

—Esto es más difícil de lo que parece. —Sonrió, concentrado.

—Puedes hacerlo —aseguré, mientras llevaba mis manos al otro extremo del teclado—. Mantén la secuencia.

Empecé a complementar la melodía de Derek, decorando el ambiente con una canción dulce y nostálgica, tal y cómo lo éramos nosotros.

—Algún día los sabrás.

Derek dirigió su mirada a las teclas.

—¿Puedo escucharte tocar?

Asentí y esparcí mis dedos sobre las piezas. El picor que sentía perdió intensidad solo cuando empecé a presionar las teclas y los acordes hicieron eco en el salón.

Descansé mis manos en mis piernas cuando terminé.

—Eres increíble —dijo en un susurro—. Verdaderamente increíble, Sally.

Sonreí en respuesta.

—Inténtalo —propuse.

—¿Cómo lo hago? —Vio el teclado como si tuviera que resolver un acertijo.

Coloqué su mano sobre las teclas. Apoyé la mía sobre la suya e hice presión hasta que el piano emitió un sonido. Hice que tocara tres notas de forma consecutiva.

—Esto es más difícil de lo que parece. —Sonrió, concentrado.

—Puedes hacerlo —aseguré, mientras llevaba mis manos al otro extremo del teclado —. Mantén la secuencia.

Empecé a complementar la melodía de Derek, decorando el ambiente con una canción dulce y nostálgica, tal y cómo lo éramos nosotros.

*El reloj del tablero de mi auto marca las once de la noche. Sigue encendido porque, a pesar de haber llegado a estacionamiento del club más de media hora atrás, no he apagado el coche. Si lo hago, es porque me he decidido a buscar a Ava, y la verdad es que temo hacerlo.*

*No la he visto en un mes, desde aquella pelea fuera de su departamento, en la que me dijo que no había motivos para estar juntos, aun cuando yo puedo imaginar miles de ellos.*

*Cuando aterricé en Toronto esa mañana, me dije que no la buscaría, que le daría todo el tiempo que necesitara. Pero Leo me dijo que esa noche saldrían con Liv y que Ava había aceptado ir después de varias semanas difíciles. Me dijo que la veía mejor, y me propuso que intentara acercarme a ella para, tal vez, empezar a curar las heridas que mis mentiras le habían ocasionado.*

*Tiene razón, pienso. Puedo ayudarla a sanar. Puedo demostrarle que cuenta conmigo. Sin miedos.*

*Doy una última calada a mi cigarrillo, y apago el coche.*

*Ya tengo un pie en el asfalto cuando la veo salir.*

*—Sally… —murmuro entre el silencio de la noche.*

*Su cuerpo tiembla. Sus manos batallan contra un encendedor. Sus labios abrazan un cigarro… pero sus ojos no me ven. No saben que soy testigo de mi mayor arrepentimiento. Y entonces me doy cuenta de que así debe mantenerse.*

*Vuelvo a entrar a mi auto y llamo por teléfono a Leo.*

*—Ven al estacionamiento. Ava no está bien. Ayúdala, por favor —le ruego.*

*Se me rompe el corazón al verla perder el control sobre sí misma. Odio saber que, de cierta manera, su padre y yo fuimos quienes lo tuvieron sobre ella un tiempo.*

*Busco en mi celular mi conversación con Ava, en la que ella no ha participado desde que supo de mi traición, y, mientras le mando un mensaje que sé que jamás verá, bajo del auto para recoger el encendedor metálico que ella lanzó instantes atrás.*

*Tiene una pegatina donde se lee: «No fumes, te vas a morir».*

*Me encantaría poder llevar otra que diga: «No temas, no te voy a lastimar».*

*El reloj del tablero de mi auto marca las once de la noche. Sigue encendido porque, a pesar de haber llegado al estacionamiento del club más de media hora atrás, no he apagado el coche. Si lo hago, es porque me he decidido a buscar a Ava, y la verdad es que temo hacerlo.*

*No la he visto en un mes, desde aquella pelea fuera de su departamento, en la que me dijo que no había motivos para estar juntos, aun cuando yo puedo imaginar miles de ellos.*

*Cuando aterricé en Toronto esa mañana, me dije que no la buscaría, que le daría todo el tiempo que necesitara. Pero Leo me dijo que esa noche saldrían con Liv y que Ava había aceptado ir después de varias semanas difíciles. Me dijo que la veía mejor, y me propuso que intentara acercarme a ella para, tal vez, empezar a curar las heridas que mis mentiras le habían ocasionado.*

*Tiene razón, pienso. Puedo ayudarla a sanar. Puedo demostrarle que cuenta conmigo. Sin miedos.*

*Doy una última calada a mi cigarrillo, y apago el coche.*

*Ya tengo un pie en el asfalto cuando la veo salir.*

*—Sally… —murmuro entre el silencio de la noche.*

*Su cuerpo tiembla. Sus manos batallan contra un encendedor. Sus labios abrazan un cigarro… pero sus ojos no me ven. No saben que soy testigo de mi mayor arrepentimiento. Y entonces me doy cuenta de que así debe mantenerse.*

*Vuelvo a entrar a mi auto y llamo por teléfono a Leo.*

*—Ven al estacionamiento. Ava no está bien. Ayúdala, por favor —le ruego.*

*Se me rompe el corazón al verla perder el control sobre sí misma. Odio saber que, de cierta manera, su padre y yo fuimos quienes lo tuvieron sobre ella un tiempo.*

*Busco en mi celular mi conversación con Ava, en la que ella no ha participado desde que supo de mi traición, y, mientras le mando un mensaje que sé que jamás verá, bajo del auto para recoger el encendedor metálico que ella lanzó instantes atrás.*

*Tiene una pegatina donde se lee: «No fumes, te vas a morir».*

*Me encantaría poder llevar otra que diga: «No temas, no te voy a lastimar».*



# CAPÍTULO 44

Aún no comprendía las reglas de la Fórmula 2.

En la pantalla de mi móvil, seguía el recorrido de veintidós monoplazas en el circuito de Bélgica. Mi atención estaba especialmente enfocada sobre el auto negro que sabía que era conducido por Derek.

Aquella y otras carreras que vi la noche anterior habían sucedido hacía unos meses cuando la idea de verlo correr me lastimaba. Ahora, me entusiasmaba. Quería ponerme al día.

—Ava. —Vi a Malía asomada por la puerta de los casilleros de ELE—. Sé que estás en descanso, pero te han separado para uno de esos trabajos independientes.

Sin previo aviso, dejó una caja en la banca en la que comía mi almuerzo.

—Aquí está el atuendo que tendrás que utilizar esta noche. —Dejó otra bolsa encima sin cuidado y, después de darme las indicaciones, dijo—: No llegues tarde. No quiero recibir quejas de tu servicio. Aunque, pensándolo mejor, así podría despedirte.

Me mostró una sonrisa falsa y salió.

El trabajo independiente al que se refería era una forma extra de ganar dinero. Cuando había eventos que necesitaban de meseros, ahí estaba yo.

—¡Espera! ¿Quién organizó la…? —pregunté, pero Malía ya se había encerrado en su oficina.

Seguí viendo la carrera hasta que Derek alcanzó el podio. Mi descanso terminó justo cuando alzaba una copa.

Horas más tarde, bajé de mi auto y acomodé bajo mi abrigo el vestido que me habían entregado. No entendía cuál era la necesidad de utilizar algo así para ser mesera por una noche. De seguro el evento era elegante; después de todo, era en un restaurante lujoso en la costa, similar al que había ido con Derek.

Se respiraba una calma gratificante que se mezclaba con el ruido del mar. La noche ya se había hecho con la ciudad y el cielo estaba bañado en un azul tan infinito como precioso. Era tanta la tranquilidad que envolvía el espacio que solo oí el ruido de mis tacones al caminar por el vestíbulo hacia la recepción.

—Buenas noches —dije al acercarme—, soy Ava Muller.

—Bienvenida. La hemos estado esperando. —La recepcionista sonrió y se puso de pie. Asintió a un costado y se aproximó un hombre que pidió mi abrigo.

—Me dijeron que sería una de las meseras de la noche. ¿Dónde debo recibir mis instrucciones?

—No estará trabajando esta noche, señorita —repuso ella con un gesto formal.

—Disculpe, debe haber un malentendido. Vine a trabajar.

—No es ningún malentendido. —Rodeó el módulo y estiró un brazo hacia una puerta de dos hojas—. Por favor, venga conmigo.

Me guio con paso seguro, pero tardé en seguirla. ¿Cómo que no había ido a trabajar? ¿Entonces a qué había ido?

—¿Está segura de que no me está confundiendo con alguien? Soy mesera.

—No esta noche. —Me mostró una sutil sonrisa—. El señor Keller la está esperando.

—Di-disculpe, ¿el señor qué?

—El señor Keller —repitió, terminando de descolocar mi corazón.

—Pero… ¿Todo esto…? —Dejé la pregunta al aire mientras veía el espacio, y la señorita contestó con complicidad:

—Sí, todo esto fue organizado por él. Ahora, si me permite… —Abrió la puerta de dos hojas—. Disfrute de su noche, señorita.

Recordé la cita pendiente que Derek quería y una estúpida sonrisa se plantó en mi rostro. Con el corazón en la boca y dulces nervios corriendo por mis venas, me propuse avanzar.

Bajé el par de escalones que desembocaban en un salón que estaba completamente vacío. Había una sola mesa decorada que descansaba en medio del lugar, el resto había desaparecido. Las paredes que bordeaban el amplio y ovalado salón eran de cristal, por lo que la noche y el mar podían verse a la perfección desde mi posición.

Las luces eran sutiles, el ambiente era cálido y romántico, el lugar era simplemente imperfecto… Mis emociones empezaron a alborotarse el segundo que escuché las puertas cerrarse detrás de mí, en especial cuando vi una figura de espaldas. Estaba del lado contrario del salón, frente al cristal, y veía el mar.

Traía pantalones negros, una camisa del mismo color, los manos en los bolsillos, y cuando estaba por sus hombros, lo oí hablar con calma:

—Lamento haberte decepcionado.

Se dio la vuelta en el sitio, permitiéndome verlo completamente.

—Una vez más no soy quien crees, rubia.

Hubo un cambio radical en el ambiente. El ruido de las olas pasó a ser estruendoso cuando chocaba con las paredes del restaurante. El silencio de voces se tornó impaciente. Los latidos de mi corazón pasaron de alterados de emoción a sorprendidos de desagrado.

—Lex… ¿Qué es esto? —hablé en un aliento con un tono tan cortante como sorprendido.

—Momento. —Levantó el índice con una elegancia preocupante, y empezó a acercarse a mí—. No hay apuro, rubia. Hagámoslo bien. Después de todo, no hay nada mejor que una presentación oficial.

Me tendió una mano.

—Un gusto, Ava Muller. Soy Alexander Keller.

—Lamento haberte decepcionado.

Se dio la vuelta en el sitio, permitiéndome verlo completamente.

—Una vez más no soy quien crees, rubia.

Hubo un cambio radical en el ambiente. El ruido de las olas pasó a ser estruendoso cuando chocaba con las paredes del restaurante. El silencio de voces se tornó impaciente. Los latidos de mi corazón pasaron de alterados de emoción a sorprendidos de desagrado.

—Lex… ¿Qué es esto? —hablé en un aliento con un tono tan cortante como sorprendido.

—Momento. —Levantó el índice con una elegancia preocupante, y empezó a acercarse a mí—. No hay apuro, rubia. Hagámoslo bien. Después de todo, no hay nada mejor que una presentación oficial.

Me tendió una mano.

—Un gusto, Ava Muller. Soy Alexander Keller.



# CAPÍTULO 45

Cuando dije que no volvería a sorprenderme, creo que puse a prueba el destino.

—¿Eres… hermano de Derek?

Soltó una carcajada.

—No me desees tal desgracia. —Lex posó sus ojos verdosos en los míos y de sus labio salieron las siguientes palabras—: Derek y yo somos primos.

*Joder, ¿qué está pasando?*

Mientras mi cerebro daba vueltas, él me vio de pies a cabeza. Fue un estudio lento y exhaustivo, desde la punta de mis zapatos hasta mi cabello.

—Sabía que el vestido te quedaría bien. El negro es tu color.

Automáticamente sentí mi piel quemar bajo la tela.

—¿Por qué me lo enviaste? ¿Por qué me trajiste aquí? ¿Qué es esto?

—Puede ser lo que tú quieras, rubia. Una cena romántica, una cena de aliados… o una cena de enemigos. Depende de ti. —Señaló con elegancia la mesa en el centro— ¿Nos sentamos?

—¿Qué te hace pensar que compartiría más de cinco minutos contigo?

—Porque yo puedo darte lo que Derek jamás podrá: respuestas.

—¿Y cómo sé que serán ciertas?

—Porque yo no soy mi primo. —Sonrió—. Ahora, tomemos asiento.

Tras pensarlo unos segundos e inhalar con calma, seguí el camino hasta tomar asiento. Él lo hizo del lado contrario de la mesa. Había copas, una botella de vino, flores y velas… pero no se sentía romántico, sino tétrico.

Subí la mirada y la conecté con Alexander Keller, un nombre que jamás pensé escuchar.

—Permíteme explicarte. Eran dos hermanos: Ezra y Harrison Keller. —Sacó dos rosas blancas del florero—. Ezra, mi padre, me dejó una gran herencia con su muerte hace

unos años. —Destruyó una rosa entre sus dedos sin inmutarse—. Y quedó Harrison padre de Derek.

Vio la rosa restante por un momento y la puso de vuelta en el florero.

Una parte de mí quería pararse, buscar a Derek y hacerle mil preguntas sin darle oportunidad a escapar. La otra era incapaz de moverse.

—¿Tu apellido no era Renaud? —recordé.

—¿Acaso las personas no tienen dos apellidos?

Pasé saliva. Lex siguió:

—Quien debió hablarte de mí tuvo que ser mi querido primo, rubia, después de todo es a él a quien te follas. —Ignoré su repudiable comentario—. Aunque Derek nunca ha sido bueno diciendo la verdad; ninguno de nosotros lo es.

—¿Viene de familia mentir?

—Es lo único que tenemos en común, además de las carreras.

Se estiró en la silla.

—Las familias son complicadas, ¿no lo crees? —empezó, viendo la nada—. Vínculos afectivos forzados, como si fuese tu obligación perdonar las idioteces de alguien solo por llevar su misma sangre. Desde que éramos pequeños nos criaron con la idea de que Derek y yo seríamos como Olivia y Leonard, primos que se querían como hermanos. —Se carcajeó—. ¿Quién les dirá a nuestros abuelos que su familia es una mierda?

—¿Vas a seguir reflexionando o me vas a explicar qué mierda hago aquí?

Chasqueó la lengua.

—Cuidadito, rubia. Así no se le habla a tu socio.

—Tú no eres mi socio.

—Lo seré por las buenas o por las malas —aseguró, alcanzando la botella de vino que descansaba entre nosotros. Vi el líquido oscuro caer en las copas, pero no tomé la mía— ¿Qué sucede? ¿Piensas que voy a envenenarte?

No respondí.

—No soy un asesino, rubia, de eso se encarga mi primito.

—¿D-de qué hablas? —Fruncí el gesto—. Derek no es un asesino.

—Pues hay un muerto que opina distinto. Una noche, una carrera ilegal y un choque… Qué desgracia, ¿no?

—No sé de qué estás hablando. —Apreté los bordes de mi vestido en dos puños.

Se llevó la copa a la boca, pero me vio mientras bebía su contenido.

—¿Quieres jugar esa carta? De acuerdo. —Asintió para sí mismo—. Pero advierto que no te durará por mucho tiempo.

Tras una seña, un mesero entró con un iPad. Lex abrió la galería una vez que lo

,recibió y, tras la salida del mesero, la imagen de un video pausado apareció frente a mi
ojos. Con un simple toque a la pantalla, le dio inicio.

La grabación mostraba gran parte de una calle desierta. Se veía la ciudad de fondo
econ estructuras antiguas y sucias a los costados. Una esquina indicaba la hora y fu
cuando vi la fecha de seis años atrás que supe de qué se trataba.

Empecé a escuchar el ruido de autos acelerando, a pesar de que aún no había
ninguno en el marco, y mi garganta se secó más con cada segundo que transcurría. Quis
desviar la mirada, obviar lo que sabía que se mostraría. Pero fue muy tarde cuando do
autos a velocidades asombrosas aparecieron en la autopista. Uno blanco. Uno plateado.

a La calidad no era óptima, pero sí suficiente para notar la pintura de uno en lo
costados del otro. Era evidente que habían estado puerta con puerta, compitiendo sin
reglas, con el único objetivo de salir vencedores.

El coche plateado golpeaba al blanco, que se defendía con ímpetu. No quedab
mucho de la autopista por recorrer, no dentro del marco de la cámara. Pero no hiz
sfalta.

r El golpe final fue dado, de nuevo por el plateado, que volteó violentamente hacia l
eizquierda, empujando el blanco por la puerta del copiloto. Tuve que cerrar los ojos.

e El ruido del choque alcanzó mis oídos y cada centímetro de mi piel se erizó.

Ahogué una exclamación al ver el lado del conductor del auto blanco completament
destrozado contra una pared de cemento. No era posible que alguien sobreviviera es
choque. Y solo vi la parte trasera del auto plateado siguiendo por la autopista, hasta qu
salió de la imagen. Sin siquiera detenerse.

Aún con la boca abierta y el corazón tieso de asombro, subí la mirada.

e —El de coche plateado era Derek —dijo triunfal, estudiando mi reacción.

·. No… No lo era. Era Leo.

Leo ocasionó el accidente. Su mayor miedo era cierto: mató a ese chico.

Pero Lex no lo sabía.

—¿De dónde sacaste el video?

—Un pajarito me lo entregó.

ı —Maldita sea, Lex. Dijiste que me darías respuestas.

—Si insistes. —Se recostó en la silla—. Mi tío, en su afán de proteger a Derek, l
había guardado —explicó—. ¿No te parece patético? Ocultó el accidente para proteger
un hijo al que ni siquiera puede ver a los ojos —se burló, y pude identificar en su mirad
ela misma tonalidad que había visto en los ojos del padre de Derek—. Pero deb
agradecerle, si no hubiese guardado este video, no tendría material para jugar un poco.

ɔ —¿Y por qué quieres jugar? —cuestioné—. ¿Qué es lo que quieres?

s —Simple. Arruinar a Derek. Para lograrlo, tengo que destruir la corta lista de personas que él quiere. Y tú, rubia, eres la número uno. —Detuvo su juego con la copa y ,añadió—: Tengo que destruirte frente a sus ojos.

e —¿Y cómo piensas hacerlo?

Levantó un pequeño sobre que descansaba en la mesa y me lo tendió. Dudosa, lo abr ay saqué lo único que contenía: una tarjeta con la dirección de un hotel escrita a mano.

e —Vas a acostarte conmigo.

s No hubo un ápice de mí que supo cómo reaccionar a esa declaración.

—Explícame por qué haría eso —cuestioné, con una risa a punto de escapar de m sboca.

ı —Porque, si no lo haces, Derek irá a prisión por asesinato de tercer grado.

Sentí la sangre que corría por mis venas detenerse, el aire tornarse asfixiante.

a —Verás, rubia. He concertado una cita con un detective mañana en la comisaría. Le ɔentregaré ese entretenido video que acabas de ver, y pondrá cargos contra Derek Imagino que no quieres que eso suceda, ¿no es así?

a —¿Realmente esperas que crea que prefieres acostarte conmigo que enviar a Derek a la cárcel? —cuestioné—. ¿Piensas que soy estúpida o tú lo eres?

—Para alguien como Derek, la cárcel no es el peor castigo. —Se apoyó en sus brazos y eesclareció mi ceño dudoso—. Tiene dinero, carácter y te tiene a ti. Quienes quiere no lo edejarían solo, y Derek no sería de los que se quedan en una esquina llorando por estar en eprisión. ¿La pasaría mal? De seguro, pero no tanto como me gustaría. Prefiero mil veces verle la cara de humillación y jugar con lo único que le da sentido a su vida que encerrarlo en cuatro paredes.

—¿Q-qué clase de lógica es esa?

—Buscaría la lógica si fuese otra persona a la que quiero arruinar. El hijo de puta de Derek no se preocupa por sí mismo, se preocupa solo por tener a quienes ama con él.

Sirvió otro poco de vino y lo llevó a sus labios; yo nunca había sentido tantas náuseas.

—¿Por qué debería aceptar? —dije, sabiendo que Derek ya se había librado de problemas antes—. No creo que una grabación en mala calidad sea suficiente para mandarlo a la cárcel.

ɔ —En esta ocasión no se libraría de la policía, pero sé a lo que te refieres, rubia. Ha alogrado burlar la justicia un par de veces.

a Las veces que supe que Derek burló la justicia fueron cuando Leo se accidentó con su ɔcoche hacía años, y cuando lo arrestaron por las carreras ilegales hacía unos meses.

Bajé la vista, consciente de esa afirmación y evalué la tarjeta que descansaba entre mis dedos. Escrito a mano, con una tipografía familiar, decía:

## THE RITZ-CARLTON
## 181 WELLINGTON ST W, TORONTO

Alcé la vista con la garganta seca.

—Sorpresa. —Lex alzó las cejas.

—¿Has sido tú todo este tiempo? —cuestioné en un aliento.

—No podría quitarle el crédito a Sabrina, aunque ella realmente creyó que llamar a la policía sería suficiente —rio—. No es una chica muy inteligente.

—¿Nos estuvieron amenazando juntos?

—Oh, rubia. No sabes nada. —Se acercó a mí y tomó un mechón de mi cabello entre sus dedos—. Si tan solo hubieses sido igual de ignorante en aquel casino… ¿Quién hubiese imaginado que la rubia malagradecida sería tan buena jugando?

—¿Cuál era tu plan esa noche? —Lo estudié con la mirada.

—Digamos que invité gente que hubiese hecho algo al respecto si no se les devolvía su dinero. —Ladeó la cabeza—. De no ser porque resultaste útil con tu talento secreto y las estupideces de Olivia, esa noche habría terminado en otra desgracia.

De un sopetón, alejé su mano.

—Eres un maldito.

—Si estuviésemos teniendo esta conversación en mi cama en vez de un restaurante podría convencerte de lo contrario. —Se apoyó en el respaldar aún más entretenido— Lástima que tú si eres fiel, no como la otra. Una pelirroja, ni recuerdo su nombre. A ella fue fácil llevármela a la cama, y fue aún más fácil planear que Derek nos interrumpiera en el mejor momento.

Las palabras de Liv hallaron sentido después de tanto tiempo: Pía le fue infiel a Derek con su primo. Recordé los nudillos lastimados de Derek el primer día de clases. Resultaba estremecedor saber que él había estado desde un inicio.

—Te involucraste con ella a propósito —concluí.

—No solo eso, dejé que Derek me rompiera el rostro para que lo arrestaran por agresión. Si eso no es compromiso con tu objetivo, no sé qué lo es. —Dio un sorbo de vino—. Me hubiese fascinado verte caer por mis encantos, hacerte ceder poco a poco pero estás tan loca por él como él por ti. Y si así reaccionó Derek por una chica que no lo quería, imagina cómo será cuando nos vea a ti y a mí juntos. —Negó con emoción— Perderá la cabeza.

—Derek sabe que nunca en mi sano juicio estaría contigo —quise reventar su burbuja —. Se daría cuenta de que algo va mal.

—Solo hace falta ingeniar el escenario perfecto para que el espectador crea la obra rubia. Lo he hecho antes, Derek terminó suspendido de su escudería, y no se dio cuenta de nada.

Sentí el color desaparecer de mi rostro. La pelea, la chica llorando, el hombre provocando a Derek…

—Te lo dije, rubia. Tú eres la reina del tablero, pero yo soy el jugador. Y es el jugador quien decide los movimientos de la reina.

La impotencia que sentí en ese momento se evidenció en un ardor en el pecho.

—¿Entonces eso haces de tu vida? ¿Intentas joder con juegos estúpidos a alguien a quien ni siquiera le importas?

—Puede que antes fueran juegos, pero este video lo cambió todo. He buscado por años tener una ventaja sobre él y, ahora que la encontré, no voy a desaprovecharla.

—¿Qué tan miserable debe ser tu vida para dedicarle tanto tiempo a odiar a alguien?

—Derek se merece ese odio.

—¡¿Por qué?! —Me puse de pie—. Es tu primo, por Dios. ¡Has crecido con él!

—¡Vaya crianza de mierda! Crecí con una familia que solo les da importancia a las apariencias, una familia en la que no encajaba y me lo recordaba cada día, con Derek pisándome los talones, Leonard y Olivia aplaudiendo cada estupidez que hacía, crecí con…

—Amelia.

Su rostro perdió aquella maldad entretenida y sus ojos me enseñaron el desconcierto. Sentí que la careta que solía llevar se había deslizado y me permití ver al verdadero Lex.

—Los Keller, los Carson y los Holt —repetí las palabras de Derek y noté que de alguna extraña manera había obviado la información, pero no me había engañado—. Tu mismo lo has dicho: eres un Keller, eran inseparables.

Él pasó saliva y su mandíbula tensa fue la evidencia de su molestia.

—Ella…

—¡Basta! —ordenó con un golpe a mano abierta en la madera—. Te olvidas de esa idiota y de esa actitud. Mañana irás a ese hotel, harás lo que te diga y no le contarás a nadie sobre este trato o te juro por ella que Derek terminará preso.

*Por ella…*

Su paciencia se había agotado, y con ella se había ido su actuación. Pero su odio hacia Derek cruzaba tanto los límites de la lógica que tomó aire y una de sus comisuras se alzó. Ya tenía puesta la careta de nuevo, pero no lo dejaría intimidarme.

—Eres patético.

—Y tú eres una marioneta.

También se levantó, asomándose sobre la mesa para quedar frente a frente.

—Date cuenta de con quién estás hablando y del poco poder que tienes ahora, de quién es una víctima y quién tiene las pruebas. —Se acercó más a mí—. Date cuenta de que necesitas cerrar un trato con este Keller, si no quieres mandar al otro Keller tras las rejas.

Solo el hecho de pensar en Derek en esa posición me hacía doler el corazón. No podía creer lo que estaba sucediendo. No podía ser cierto.

Bajé la vista a la dirección del hotel, que ahora se distorsionaba, e intenté calmar mi respiración. Vi la pantalla, el coche destruido y la persona que debía estar allí dentro muerta.

La decisión ya la había tomado Lex por mí. Solo quedaba aceptarla.

Porque amaba a Derek. Y haría lo que fuera con tal de que estuviera a salvo.

—De acuerdo —murmuré con los ojos húmedos y la garganta hecha un nudo.

—No te oigo si hablas entre dientes.

Levanté el mentón y vi a quien se había tornado mi más profundo enemigo.

—Haré lo que tú digas. —Una lágrima cayó por mi mejilla—. Pero todas las copias de ese video son mías, sin juegos ni engaños.

—Una vez que Derek quede destruido, te las envuelvo en papel de regalo.

Pasé saliva al oír sus palabras y asentí con resignación apretando todos mis dientes. Se acercó aún más, logrando que solo nuestros alientos nos separaran.

—No olvides dar tu mejor actuación, rubia. No me sirve una niña ridícula que llora Saca esa mujer despiadada que ambos sabemos que tienes allí dentro.

Tras humedecer mis labios, oculté el dolor de mi voz y dije lo que él quería escuchar:

—Daré la mejor actuación de mi vida.

—Eres patético.

—Y tú eres una marioneta.

También se levantó, asomándose sobre la mesa para quedar frente a frente.

—Date cuenta de con quién estás hablando y del poco poder que tienes ahora, de quién es una víctima y quién tiene las pruebas. —Se acercó más a mí—. Date cuenta de que necesitas cerrar un trato con este Keller, si no quieres mandar al otro Keller tras las rejas.

Solo el hecho de pensar en Derek en esa posición me hacía doler el corazón. No podía creer lo que estaba sucediendo. No podía ser cierto.

Bajé la vista a la dirección del hotel, que ahora se distorsionaba, e intenté calmar mi respiración. Vi la pantalla, el coche destruido y la persona que debía estar allí dentro, muerta.

La decisión ya la había tomado Lex por mí. Solo quedaba aceptarla.

Porque amaba a Derek. Y haría lo que fuera con tal de que estuviera a salvo.

—De acuerdo —murmuré con los ojos húmedos y la garganta hecha un nudo.

—No te oigo si hablas entre dientes.

Levanté el mentón y vi a quien se había tornado mi más profundo enemigo.

—Haré lo que tú digas. —Una lágrima cayó por mi mejilla—. Pero todas las copias de ese video son mías, sin juegos ni engaños.

—Una vez que Derek quede destruido, te las envuelvo en papel de regalo.

Pasé saliva al oír sus palabras y asentí con resignación apretando todos mis dientes. Se acercó aún más, logrando que solo nuestros alientos nos separaran.

—No olvides dar tu mejor actuación, rubia. No me sirve una niña ridícula que llora. Saca esa mujer despiadada que ambos sabemos que tienes allí dentro.

Tras humedecer mis labios, oculté el dolor de mi voz y dije lo que él quería escuchar:

—Daré la mejor actuación de mi vida.



# CAPÍTULO 46

Eran las 9:00 p. m. del día siguiente.

Mi reflejo en el espejo de mi habitación era el mismo desde hacía más de diez minutos.

Y lo odiaba.

Mis pies descansaban sobre tacones negros de suela roja, mis piernas estaban envueltas por medias negras hasta los muslos y ligas unían las orillas con ropa interior de encaje negro. Un conjunto de sujetador y bragas que en otras circunstancias sería hermoso. En esas, era repudiable.

Me sentía una muñeca. No por lo bonita, sino por el juego al que había entrado.

Me acerqué a mi cama, donde había dejado la caja vacía que Lex me había enviado esa mañana y saqué un pequeño sobre:

*LLEVA SOLO ESTO BAJO UN ABRIGO Y COLÓCATE EL PERFUME QUE TE REGALÉ TANTO TIEMPO ATRÁS.*
*ESTA NOCHE HARÁS UN VERDADERO ESPECTÁCULO PARA MÍ Y VOY A DISFRUTARLO.*

Ya no ocultaba que su letra era la responsable de las amenazas.

Abrí mi armario y busqué en el desorden su estúpido perfume. Lo apliqué en mi cuello y en mis muñecas. El olor inusual de inmediato me provocó una sensación nauseabunda.

Me coloqué un abrigo, pasé mi cabello a mi espalda y repasé mi reflejo una vez más. Tomé aire y, apretando los puños, me dije:

—Vamos, Ava. Sabes lo que debes hacer.

Y con el estómago hecho un manojo de nervios, salí del departamento de Liv con destino al hotel donde tendría que volverme una verdadera actriz.

No llevé mi coche —no me sentía capaz de conducir— y el taxi me dejó a tiempo en las puertas del exclusivo hotel. Con cada instante en el elevador, las imágenes de lo que iba a suceder dentro de esa habitación se tornaban más asfixiantes.

¿Sería capaz de hacerlo?

Comparé los números de habitación con los que mostraban la tarjeta que Lex me había enviado, y solo hizo falta posarla sobre el sensor para que la puerta se abriera.

En el segundo en que puse un pie dentro, solté un suspiro tembloroso.

Las luces tenues creaban un contraste estremecedor, como si las sombras supiesen que todo lo que sucedería iba a ser una gran mentira. Había un pequeño vestíbulo donde reposaban dos copas vacías junto a una botella de espumante dentro de un contenedor de acero con hielos. Di otros pasos hasta llegar a la habitación principal: una gran cama decorada con varios pétalos de rosas encima y muchas velas encendidas. Un escenario tan perfecto como falso.

Caminé hacia el balcón, donde imaginé que Lex me estaría esperando con estúpida sonrisa, pero hice a un lado la cortina, y no estaba ahí.

La habitación estaba vacía.

Volví sobre mis pasos hasta el vestíbulo, y noté una pequeña nota junto a las copas.

EL VERDADERO ESPECTÁCULO COMIENZA AQUÍ.
YA SABES LO QUE TIENES QUE HACER.

Entonces, escuché la puerta cerrarse detrás de mí.

—¿Sally?

Metí la nota en el hielo y giré sobre mis talones. Derek estaba ahí, con una camisa y el semblante impregnado de confusión.

—¿Qué haces aquí? —Se acercó a mí con genuino desconcierto, y lo comprendí.

Ese era el espectáculo que Lex quería.

Había mentido. No quería que me acostara con él, pero se había encargado de dejar un ambiente sujeto a malinterpretación. Yo era una pista plantada en una escena de crimen.

—¿Qué haces tú aquí? —devolví, con la garganta seca.

—Recibí una invitación que decía que aquí vería una verdad. —Frunció el ceño, antes de presionar los dientes para decir lo que parecía incomodarle—: Lex firmó esa invitación. ¿Tú también recibiste una?

—Der… —me corregí—: Keller, tienes que irte.

—¿Por qué me llamas por mi apellido? —Arrugó las cejas—. ¿Hice algo malo?

Oh, Derek, no hacía falta ser tan tierno.

—Te llamo así porque es como siempre tuve que hacerlo.

Solo quería alejarlo de mí. No quería llegar a algo más agresivo.

—También te envió una nota, ¿no es así? ¿Qué decía la tuya?

—No, estoy aquí por voluntad propia —aseguré.

—¿Estás en una habitación de hotel por voluntad propia? —Derek me vio como s
estuviese diciendo estupideces—. ¿De qué estás hablando, Sally?

—Cometí un error contigo —dije, y señalé la puerta—. Necesito que te vayas.

—No pienso irme de aquí sin una explicación y mucho menos sin ti. —Dio un pas
adelante, pero yo retrocedí otro, cuidando de no llegar a la habitación principal—. Dim
qué está pasando y por qué estarías en un hotel con Lex.

—Lo que pase entre tu primo y yo no es de tu incumbencia, Keller.

Con esa revelación, su rostro se estiró.

—¿Cómo te…?

—Él me lo contó.

Y con esa respuesta, su sorpresa aumentó.

—Tenía entendido que no estabas en contacto con él, que ni siquiera querías tenerlo
—Apretó el gesto—. ¿Ahora conversas con él?

—Sí. Tuve que enterarme de su boca de que ustedes son familia.

—Lex podrá llevar mi apellido, pero no es mi familia —dijo, como si la idea fues
odiosa.

—Familia o no, esa fue otra mentira de tu parte, Keller. Cuando pienso qu
finalmente serás honesto, sales con otro engaño.

Usé los argumentos que podían servir para darle algo de sentido a eso, a pesar de qu
no eran ciertos. Tenía que fingir. Y me sentí una hipócrita hablando de engaños cuand
estaba siendo parte de uno enorme.

—¿De eso se trata esto? ¿Estás molesta porque te oculté algo acerca de Lex?

—Por supuesto que estoy molesta. —Di otro paso adelante esperando qu
retrocediera—. Ahora, dame espacio. No quiero verte.

—¿Espacio?

—Sí. —Presioné su pecho para que volviera sobre sus pasos, pero se mantuvo firme—
Necesito tiempo y espacio.

Él tomó mi muñeca con determinación, haciendo que lo viera a los ojos. Su dud
estaba desapareciendo y podía ver que el desconcierto empezaba a convertirse en enfado

—¿Qué está ocurriendo? —habló en un susurro, inspeccionándome con la mirada.

—Ya te lo expliqué.

—No. Eso no explica qué haces en esta habitación, por qué recibí una nota de ese idiota y por qué estás tan distante conmigo.

Mantuve mi vista sobre sus ojos y rogué para que, a pesar de todo, jamás dejara de verme como lo hacía. Nuestros rostros estaban tan cerca que por un segundo olvidé la escena en la que nos encontrábamos, hasta que dijo en un grave y atento susurro:

—Cambiaste de perfume.

Siempre supe que ese regalo sería un problema.

Derek volvió a sentir el aroma, esa vez cerca de mi cuello, causando que mi piel se erizara, y, cuando volvió a verme, sus ojos se habían oscurecido. La primera vez que olió ese perfume fue cuando llegó a mí como un regalo, ahora lo hacía en mi piel.

—Fue él —soltó—. No fue Rafael, ¿cierto? Siempre fue Lex.

Asentí, sintiendo asco de lo que se estaba empezando a insinuar.

—¿Pero…? —Retrocedió, de nuevo desconcertado—. ¿Qué mierda?

—Keller, debes ir…

—No me voy a ir —sentenció, esquivándome para entrar a la habitación—. Explícame qué pasa porque no entiendo na… —Se detuvo por completo cuando se encontró con la cama lista para un momento romántico.

Seguí sus pasos.

—¿Qué es esto? —cuestionó en un incrédulo susurro.

Hice puños en un intento por mantener la calma, y sentí mis uñas clavarse en mis palmas. Mis nervios aumentaron y, a pesar de que tenía ganas de correr hacia Derek y abrazarlo con todas mis fuerzas, sabía que no podía hacerlo. Lex había planificado eso por lo que no faltaría una cámara vigilante, así que me acerqué a él, armándome de valor para no quebrarme en ningún momento, y me tragué el nudo de la garganta para decir:

—No quería que te enteraras de esta forma, había pensado en un mejor momento pero ya he conocido lo suficiente a Lex para saber que le gusta la teatralidad.

—¿De qué mierda estás hablando? —presionó las palabras y yo me esforcé por hacer las mías reales:

—De mi juego.

Con aquello logré que se acercara a mí, total sorpresa en sus bellos rasgos. Ver a alguien a quien quieres a los ojos y lastimarla es la peor forma de demostrar el amor que le tienes. No sabía si era admirable o repudiable, solo que ambas partes sufrirían el proceso: quien tenía que oír a la persona que quería decir cuánto la detestaba, y quien sabiendo cuánto ama, debía mentir y ser creíble por el bienestar del otro.

—¿Realmente creíste que iba a perdonarte? ¿Que iba a estar contigo después de lo

que me hiciste? —Fruncí el ceño, mostrando falsa duda—. Siempre supe que pensaba
eque era una estúpida, pero esperaba que al menos pensaras que tenía dignidad.

—Eso es mentira —dijo negando con la cabeza, incrédulo.

e —Nuestra relación es una mentira —lo corregí—. La diferencia es que empezó
asiendo una mentira por tu parte y terminó siéndolo por la mía.

—¿Ah, sí? ¿Y si ese fuese el caso, por qué empezaste a acercarte a mí? —refutó
levantando la mirada. Parecía no creerme y tenía que convencerlo.

—Fue tu idea, Keller, aunque no creo que lo recuerdes.

e Busqué entre mis recuerdos una noche que había sucedido tanto tiempo atrás.

ó —Por meses no quise tener nada que ver contigo. Mientras más lejos estuvieras
mejor. Pero volviste… —dije con un filtro que transformaba mi voz nerviosa a segura
cuando salía de mis labios—. Y en el cumpleaños de Liv, en el yate, tú dijiste que ibas a
recuperarme y me preguntaste si quería jugar.

El recuerdo de él haciendo esa propuesta pareció volver a proyectarse en sus ojos. Era
la mejor excusa que podía explicar semanas de barreras bajas y momentos de debilidad.

e —Nunca te di la respuesta, pero acepté.

a Cada palabra sonaba real, no lo era, pero podía creerse que sí.

—Me di cuenta de que me querías y que podía lastimarte como tú lo habías hecho
conmigo. Y, al igual que tú, crear un gran engaño que cuando llegara a su fin te hiciera
dudar de qué fue real y qué no.

s —No… —Derek retrocedió—. No te creo.

y Me vio de pies a cabeza, vio el cuarto, los pétalos, y pude reconocer el repudio en su
,ojos.

r Tenía que empeorarlo.

—A Lex lo volví a ver en un bar hace algunas semanas, el mismo al que tú fuiste
,porque Edward te avisó dónde estaba —añadí, tratando de mostrarme más despechada
—. Él estuvo antes que tú y esa fue la primera vez que algo ocurrió entre nosotros.

r Trataba de que cada cosa que dijera tuviese sentido, no podía cometer un error y
destruir ese cuento. Tenía que cuidar lo que decía, y el rostro cada vez más pálido de
Derek me demostró que lo estaba haciendo bien.

a —Y, cuando lo besé en el bosque, sí sabía que era él.

e Sabía que esa equivocación en una de las carreras ilegales volvería a joderme, pero no
lsabía que tendría que utilizarlo a mi favor. O, mejor dicho, a favor de Derek.

, —Dijiste que pensaste que era yo —dijo Derek con precaución y… miedo.

—Mentí. Lo besé porque quería besarlo y mentí porque, si lo admitía, ibas a alejarte.

o Dios, sonaba tan real, tanto que en serio me dolía el pecho. Y Derek realmente

sparecía lastimado. Se mostraba incrédulo, dolido, enfadado, un remolino de emocione negativas y dañinas que se habían originado solo por mis palabras.

—No. —Tragó con dificultad y se acercó a mí, causando que levantara la mirada— ¿Nosotros hicimos un trato. Dijiste que no te acercarías a él. Tú cumples tu palabra. Ere Ava. Si algo siempre he admirado de ti, es tu voluntad por cumplir tu palabra.

—Al parecer, no todos los Handersen somos tan fiables como mi padre. Pero yo nc rompo mis promesas, Keller, y te prometí que no volvería a quererte.

—¿Tú crees que yo soy idiota? —habló, ahora enfadado—. ¿Honestamente piensa que me estoy creyendo este cuento? Hace dos días me dijiste que solo hacía falta que ,estuvieras lista para volver a estar conmigo, ¿y se supone que tengo que creer que arealmente me odias y estabas por acostarte con Lex? No soy estúpido.

—¿Entonces por qué no notas que Lex siempre ha estado ahí? ¿Por qué no acepta que guardé un regalo que me envió hace dos semanas y decidí ocultártelo? ¿Por qué nc arecuerdas que me llamaba «rubia» desde antes? ¿Por qué crees que lo besé esa noche ¿Por qué no piensas que busqué su ayuda cuando peleaste con ese hombre en el centro de convenciones? ¿Por qué hice tantas preguntas sobre él o por qué he tenido conversaciones de las que tú ni sabes?

Dicho así, todo parecía encajar a la perfección, como si hubiese sido planificado.

Negué la cabeza con suavidad.

—Eres la persona más inteligente que conozco, pero cuando se trata de mí, tu mente se nubla, te vuelves débil —le hice notar—. Me quieres, y por eso ahora saliste lastimado sNo puedes decir que te sorprende.

—No te creo —dijo una y otra vez, ya no lucía lastimado, sino desesperado—. Esta actuación… no me la creo. ¿Con qué te está amenazando?

—¿Por qué piensas que me está amenazando?

—Conozco a Lex más de lo que me gustaría, Sally, y sé la mierda que es. —Tomó m rostro entre sus manos—. Puedes confiar en mí, cariño. Dime qué tiene en tu contra yJuntos podemos hacer algo para quitarlo del camino, solo debes decirme qué te esta ehaciendo.

Tuve que morderme la lengua para no lagrimear al verlo tan afectado.

—No hay nada que decir. Si no me crees, es porque no quieres hacerlo.

—Si no te creo, es porque te conozco y me rehúso a pensar que algo de lo que ha dicho esta noche es cierto, en especial sobre Lex.

—Te lo estoy demostrando, Keller —seguí, tratando de mantener la frente en alto— No sé qué más esperas que haga para dejártelo en claro.

Al parecer, él sí tuvo una idea. Sus manos pasaron a sujetarme de los codos y

slentamente, me hizo retroceder hasta que mi espalda chocó con la pared.

—¿Qué estás haciendo? —cuestioné.

. —Ábrete el abrigo.

s No supe cómo reaccionar.

—Ábrete el abrigo —repitió y pude sentir cuánto le costaba decir cada sílaba. Me onegué, pero él insistió—. ¿Quieres que te crea? Ábrete el abrigo y demuéstrame que es verdad. Si no lo es, te voy a tomar en brazos y no te soltaré hasta que me digas lo que srealmente está pasando. —Tomó aire de forma entrecortada y me estremeció sentir sus ededos temblar alrededor de mis codos. Humedeció sus labios y me murmuró— eDemuéstrame que no es verdad, Sally.

Sintiendo un nudo en mi garganta, bajé los brazos a mis costados para darle acceso sDerek me vio el cuerpo unos segundos, como si se cuestionara qué era lo que iba a osuceder en caso de que se hiciera real su miedo. Con una lentitud delicada y dolorosa ?recorrió la tela con sus dedos, mientras sus ojos me indicaban el temor que sentía. Desvió ola mirada cuando abrió el saco y dejó al descubierto la lencería sobre mi piel.

o Varios segundos pasaron en los que la ausencia de sonido fue más preocupante que la respuesta que esperaba. Volví a conectar miradas y fui testigo de su mandíbula marcada sus ojos oscuros, sus labios presionados en un gesto de frustración.

Derek dio varios pasos atrás y dijo:

e —No.

. Arrugué el gesto, pero él volvió a decir negando con la cabeza:

—No. No me lo creo. —Subió la vista—. Tú no eres así. Me estás mintiendo.

a Dijo cada sílaba con convicción, como si eso pudiese lograr que fueran ciertas. A pesar de ello, pude percibir que dentro de ellas existía un atisbo de inseguridad, de temor, así que aproveché eso para que por fin pudiera alejarse de esa habitación y de mí.

i —Antes yo no conocía un lado de ti. Es hora de que conozcas el otro lado de mí. Solo .hace falta que te guíes de la evidencia.

á Él se mordió el interior de la boca y me vio a los ojos.

—Eso haré.

Me retiró la mirada y se marchó de la habitación, dejándome sola con una gran carga de mentiras sobre la espalda.

s Joder.

No sabía si esa conversación había ido muy bien o muy mal, pero yo no me sentía .nada bien. Moví de una parte de la cama los estúpidos pétalos para sentarme y descansé mi frente en una de mis manos, deseando que esa noche haya servido de algo.

', Pensé que ahí se terminaría, iría a casa y dormiría, pero escuché aplausos lentos

junto con pisadas adentrándose en la habitación. Seguí el ruido y vi a Lex con un gesto de orgullo.

—Has hecho una presentación impecable, rubia, aunque hubiese preferido un poco más de… —presionó los labios, buscando la palabra— agresividad.

—Esa la estoy guardando para ti, imbécil.

Me puse de pie, ardiendo por verlo tan conforme, tan malditamente feliz.

—Mejor guárdalo para mañana —dijo, sirviéndose una copa del *champagne* que reposaba en el hielo—. Irás conmigo a un evento de la escudería de Derek. Estoy invitado, e irás conmigo.

—¿Por qué? Ya hice lo que me pediste. Ahora cumple tu parte del trato.

—¿Crees que lo de hoy fue suficiente? —Rio, sentándose en el único sofá que enfrentaba la cama—. Dios, rubia, he visto obras de escuela más conmovedoras. Derek salió caminando y de seguro ni te creyó, ¿o acaso no lo conoces? Lo único que quería ver hoy era qué tan lejos irías por él. Hasta ibas a acostarte conmigo.

—¿Y qué es lo que quieres entonces? ¿Que le repita mil veces que a él no lo quiero y que me muero por ti? —Me crucé de brazos—. Si no me creyó hoy, no lo hará mañana, Lex.

—No tengo interés en que le rompas el corazón como una niña de primaria, rubia, y a Derek no le arruinará oír que no lo quieres —dijo con detenimiento, disfrutando de la acidez de sus próximas palabras—. Lo que le dirás destruirá la percepción que él tiene de ti y esa falsa fortaleza que ha creado a lo largo de todos estos años. Le daremos donde más le duele, y creo que sabes a lo que me refiero. Esa será la verdadera actuación.

Tomó un sorbo de su bebida, mas no despegó sus ojos verdosos de los míos. Esparció el restante con la lengua por sus labios y esa característica malicia volvió a apropiarse de su rostro. Nunca había odiado a alguien realmente, pero a Lex lo odiaba con cada fibra de mi ser.

—Voy a dejarte algo muy en claro. —Me acerqué y no tuve que esforzarme por sonar firme—. Cada palabra que he dicho hoy día será una palabra que te haré pagar, y cada punzada de dolor que Derek sentirá, me aseguraré de hacértela sentir a ti.

Dejó su vaso en el brazo del sofá y me vio de pies a cabeza con el entrecejo presionado.

—Intimídame un poco más y empezarás a agradarme, rubia. —Rio y me hizo una seña con el vaso, como invitando a retirarme—. Recibirás el atuendo que deberás usar mañana. Por hoy fue suficiente, ya puedes irte.

Tomé aire porque las ganas de dar ese golpe se multiplicaron por ese comentario y, me di la vuelta para salir de esa maldita habitación de hotel.

—Y, rubia, quédate con la lencería. No es como si fueses capaz de usarla con Derek de todos modos.

Salí cerrando la puerta con fuerza y no pude respirar con calma hasta que llegué a elevador.

Un remolino de emociones me inundó. Lex se había vuelto mi mayor enemigo, y Derek, a quien más quería proteger.

Con la ayuda de uno, tenía que destruir al otro. Solo esperaba que, al final, todo valiera la pena. Incluso si debía hacer cosas peores para lograrlo.

—Y, rubia, quédate con la lencería. No es como si fueses capaz de usarla con Derek de todos modos.

Salí cerrando la puerta con fuerza y no pude respirar con calma hasta que llegué al elevador.

Un remolino de emociones me inundó. Lex se había vuelto mi mayor enemigo, y Derek, a quien más quería proteger.

Con la ayuda de uno, tenía que destruir al otro. Solo esperaba que, al final, todo valiera la pena. Incluso si debía hacer cosas peores para lograrlo.



# CAPÍTULO 47

Lex abrió la puerta del coche que me había recogido y me tendió una mano para bajar.

—Prefiero doblarme el tobillo. —Posé, sola, uno a uno mis tacones en el suelo.

—Guarda el temperamento para Derek, rubia, es a él a quien tendrás que hablarle así.

Volvió a tenderme la mano y no tuve más opción que aceptarla. La última vez que había asistido a un evento similar fue el día que suspendieron a Derek. En esta ocasión Lex y yo entrábamos a la sede de su escudería.

El salón principal era una exhibición de los autos de carreras que había utilizado el equipo a lo largo de su participación en el campeonato. El evento, sin embargo, sería en el jardín trasero, que estaba rodeado de paredes de cristal con detalles blancos y negros.

Lex entró sonriente. No sabía si estaba loco o si solo era un actor fenomenal. Me presentó como su  novia  a varias personas y se tornó admirable no vomitar con sus palabras. Mientras una suave melodía similar a la de un elevador sonaba de fondo, Lex me llevó al tabladillo y empezó a colocar mis brazos sobre él.

—¿Qué estás haciendo? —Bajé mis manos—. Estos eventos no son bailes.

—Lo sé. —Volvió a tomarlas para llevarlas a su cuello, mientras él posó las suyas en mi cintura—: Quiero llamar la atención.

Sonrió a algunas personas que nos veían con ternura, como si fuésemos una adorable pareja que no podía mantener las manos lejos del otro. Tal vez podía aprovechar que tenía las mías alrededor de su cuello para ahorcarlo.

—Derek no debe tardar en llegar —susurró— y quiero que lo primero que vea sea a ti sonriendo por mí.

Primera indicación: debía sonreír.

La melodía de elevador fue reemplazada por una más adecuada para un baile e internamente rodé los ojos.

—Sabes lo que debes decir, ¿cierto? —me preguntó, balanceándonos al sutil ritmo.

Mis labios se secaron de solo pensarlo, pero pasé saliva y asentí.

—Así me gusta… —Sonrió y me dio una vuelta para pegar mi espalda a su pecho. Se acercó a mi perfil y susurró—: dedicada.

Volvimos a la posición inicial y me llamó la atención ver a algunas parejas imitarnos.

—Marcamos tendencia, rubia —se jactó Lex—. Tenemos potencial juntos.

—Cierra la… —me detuve cuando se acercó de improviso a mi cuello. Inhaló cerca de mi piel sensible, y dijo:

—Me fascina tu nuevo aroma, amor.

Escucharlo llamarme así me agarró fría.

—¿Amor?

La voz de Derek fue el golpe final para perder la respiración.

Había llegado.

Mi primer instinto fue alejar a Lex, pero me contuve. No podía actuar así.

—Derek, no te vi allí —Lex fingió sorpresa y lo maldije.

Me di la vuelta, quedando al lado del rubio, y mis ojos se encontraron con los de Derek. Se le veía guapo con un traje gris y una camisa blanca. Lex causaba contraste con una camisa del mismo color, pero con traje negro y su cabello rubio sujeto. Yo, de negro como a Lex le gustaba.

—Sé que ya se conocen, pero deberíamos tener una presentación oficial ahora que las cosas han cambiado, ¿no? —dijo Lex—. Ava, él es mi primo. Derek, ella es Ava. Mi novia.

La mirada de Derek no se desconectó de la mía. ¿Confusión, decepción, esperanza? Ni siquiera sabía qué se suponía que debía de haber en ese color café que me enloquecía pero pude ver el control al que se estaba sometiendo.

—Novia… —repitió Derek, viéndome aún.

Cada letra la dijo con lentitud, como si tratara de que sonara real.

—Novia —aseguré yo.

No, no sonaba real.

Podía palpar la incomodidad, de la misma forma que la palma de Lex se endurecía con sutileza en mi cintura, sosteniéndome cerca de su pecho. Derek notó ese contacto y sus ojos viajaron a los de Lex con dureza.

—¿Puedo bailar con tu novia?

Joder… ¿era en serio?

—Tendrás que preguntárselo a ella. —Me sonrió—. Ya la conoces, no le gusta que le digan qué hacer.

*Ja, ja. Qué gracioso es mi amorcito.*

Pude ver a Derek contenerse, presionando sus dientes, pero estaba mucho má

calmado de lo normal. No parecía esperanzado, sino analítico. Me tendió una mano eteniendo la otra en el bolsillo de su pantalón, y la suavidad con la que habló me debilitó:

—¿Quieres bailar conmigo?

*Quiero huir contigo.*

No di una respuesta por unos segundos, a pesar de saber cuál sería, y me volví a Lex acuando el tiempo pareció suficiente.

—Ahora vengo. —Me apoyé en su pecho para juntar nuestras mejillas, pero él depositó un beso en la mía.

—Cuidado con jugar, rubia —susurró en mi oído, antes de que aceptara la invitación.

Dimos solo unos pasos para alejarnos de mi pareja, y Derek me atrajo a él por completo. Sus manos se acomodaron como ya sabían en mi cuerpo: una en mi espalda baja, juntándome a su abdomen, la otra en mi cintura, aprisionándome entre sus dedos. No dejó ni un milímetro de separación entre nosotros, ni la oportunidad de que pudiera respirar con normalidad.

e No me lo estaba haciendo nada sencillo.

a Lex, a un costado, no me quitaba la mirada de encima. No podía decir nada.

, —¿Qué estás haciendo, Keller? —le pregunté, posando mis manos en su pecho para establecer distancia, pero no me lo permitió.

s —¿Qué estás haciendo tú? —devolvió con calma—. ¿Resulta que ahora eres novia de Lex? ¿Debo recordarte que ayer te dejó plantada en un hotel?

? Colocó uno de sus pies entre los míos para permitirse entrar y empezó a moverno ,lentamente. Humedecí mis labios secos.

—Si quieres recordarme que Lex no es un príncipe azul, no pierdas el aliento. Lo sé.

—Y, aun así, estás con él…

Tomó una de mis muñecas y la llevó sobre su hombro, logrando que mi mano estuviese en contacto con su cuello. Con la yema de sus dedos trazó con sutileza una línea imaginaria por la piel de mi brazo, desde el dorso hasta mi hombro y de regreso.

a —Nunca llegaste a ser mi novia y ahora eres la suya —reflexionó, causando escalofríos yen mi espalda. Vio primero mis labios y después mis ojos—. ¿Estás orgullosa de lo que hiciste?

Había entrado a ese edificio sabiendo lo convincente que debía ser, así que encogí los hombros con indiferencia.

e —Te di de tu propia medicina, Keller. Nada más.

—Jamás te tomé por una persona vengativa.

Oh, definitivamente me vengaría.

s —Ambos teníamos imágenes muy distintas del otro. Por suerte ahora ya se

,esclarecieron y sabemos quiénes somos realmente.

Sus trazos en mi piel se detuvieron y aproveché el final de la melodía para salir de entre sus brazos. No podía mantener la mente fría y la máscara puesta si lo tenía tan cerca.

—Solo no te me acerques —le ordené—. Estaremos bien si nos mantenemos alejados.

Sintiendo sus ojos en mi nuca, volví a Lex, que no había dejado de observarnos ni un instante apoyado en una de las mesas altas. Le sonreí al llegar, como si lo hubiese extrañado los noventa segundos que estuve con Derek. Después de todo, el telón seguía abierto.

—Buen discurso, rubia. —Tomó un sorbo de su bebida—, pero tendrá que ser un poco más real.

—¿A qué te…? —Me detuve cuando dejó la copa en la mesa y con una sonrisa me atrajo de la cintura, juntando sus labios con los míos.

No sentí nada que no fuese absoluto asco. Estiré mis palmas en su pecho para intentar, de alguna forma, controlar el beso y que no pudiese tocar mucho de mí, pero mis palabras retumbaron en mi cabeza: tiene que ser creíble.

Lo dejé hacer porque, mientras más real pareciese, mejor. Incluso me esforcé para que pareciera que lo disfrutaba, cuando realmente sentía bilis en el paladar.

Y funcionó.

Terminé el beso instantes antes de sentir que el cuerpo de Lex era alejado del mío sDerek lo había empujado.

—Derek —habló Lex con una mueca conforme pero disgustada—, no vuelvas a…

—Da un paso más, y te estamparé la cara contra el suelo —amenazó.

Derek se volvió a mí y posó ambas manos en mis brazos.

—Si este es tu castigo, basta. Si es un juego, lo perdí el segundo que te di mi corazón apero no me importa haber perdido porque lo único que quiero es tenerte conmigo. As que basta.

Su rostro, su voz, todo de él se mostraba tan harto como desesperado.

Segunda indicación: debía llevarlo al borde de la exasperación.

—Sí es un juego, mi juego, el que gané anoche en el hotel. Ahora no te involucre sentre Lex y yo, no es tu asunto.

—Me involucro porque no voy a permitir que te hagas esto a ti misma solo porque dices odiarme. Sé que las cosas entre nosotros están muy jodidas, pero esto no es necesario, Sally.

—No la llames «Sally», por Dios. —Oí a Lex—. Es el apodo más horrendo que he escuchado en mi vida.

—Cállate —le ordenó y su paciencia parecía desvanecerse al mismo tiempo que empezaba a ejercer presión en su mandíbula. Volteó a verme—: Vámonos. Hablemos alejos de él. Por favor.

Pero Lex me había dejado muy en claro que todo tenía que ser frente a él. Cualquiera podría pensar que lo hacía para asegurarse de lo que dijera, pero yo bien sabía que quería presenciar el desastre por pura satisfacción, así que me vi obligada a decir:

—Si tienes algo que decirme, puedes decirlo frente a Lex.

—No. Esto es entre tú y yo.

—Hablamos ahora o no hablamos en lo absoluto —condicioné.

Él presionó los labios con pura frustración, para después verme de pies a cabeza con una mezcla de dolor y desconcierto.

—¿Qué te sucede? —El ceño fruncido en su rostro indicaba que su lado analítico estaba perdiendo frente a su lado emocional.

—Ya te lo expliqué. ¿Por qué te cuesta entenderlo?

—¡Porque esta chica no eres tú!

—Keller, hay público. —Vi a nuestro alrededor y a algunas personas empezando a anotarnos—. No hagas un escándalo.

—Me importa una mierda la gente. Me importas solo tú.

—Ava… —me llamó Lex, pero Derek lo cortó de raíz.

—Cierra la boca.

—¿La que acaba de besar ella?

Oh, qué hijo de puta.

Derek suspiró de forma entrecortada, pero no cedió. Pareció crear una pared de concreto entre él y nosotros, y solo se concentró en mis ojos.

—Dime que es un acto. Que quieres hacerme pagar y todo lo que sucedió en el hotel fue parte de una mala broma. Que no acabas de besar a Lex frente a mis ojos porque lo quieres.

Me rompió el corazón ver la confusión y el dolor en su semblante, aún más cuando tomó mi rostro entre sus manos y la suavidad de sus manos fue acorde a la desesperación en su voz.

—Dime que es una broma y déjame sacarte de aquí para irnos muy lejos, donde tú quieras. Pero no me digas que no me amas. Porque sé que no es cierto.

—Lo es, Ke…

—No —me interrumpió—. No es cierto. Porque si no lo hicieras, no estarías aquí con él, y no me verías de la forma en la que lo haces. Sé que me quieres, tanto como yo a ti. Si quieres no lo digas, pero no me mientas. No así. —Pasó la punta de su pulgar por mi

elabios con delicadeza—. Ya basta de esto. No puedo más. Pensé que finalmente lo shabíamos logrado. Por favor, Ava.

Acarició mis mejillas con sus pulgares y escucharlo llamarme por mi nombre me tomó apor sorpresa. Tuve que morderme la lengua para evitar que mis ojos se humedecieran e Bajé sus manos antes de hablar.

—Lex no es un juego y no estoy aquí por ti. Lo beso porque quiero besarlo y estoy con él porque quiero estarlo. El mundo no gira a tu alrededor, acéptalo de una vez.

Vi de soslayo a Lex, quien me mostró una sonrisa, para otros, de apoyo, para mí, con una orden oculta.

n Era enfermizo lo bien que pretendía… Y yo pretendía igual de bien, aunque me costara.

o Con el estómago hecho un revuelo, las uñas clavadas en el interior de mis palmas y los nervios recorriéndome entera, volví a fijarme en Derek.

—Amarte solo me causó problemas y dolor. Olvidarte fue la decisión más inteligente que tomé. Vengarme me dio una sensación de conformidad. Y finalmente puedo decir asin titubear y sin mentirme a mí misma que no te amo. Lo hice, pero ya no.

—Uno no puede decidir dejar de amar a alguien. El corazón no escucha, siente, y no puedes mandar en tus sentimientos. Me estás mintiendo, porque la Sally que yo conozco de la que estoy enamorado, no actúa así. Ese maldito te está cambiando, por eso tengo que protegerte de él.

—¿Protegerme?

—Sí, tengo que cuidarte de…

e —Yo no soy Amelia, Derek.

Sentí su corazón detenerse; el mío, latir con más fuerza.

l —Y tampoco quiero serlo.

o Incrédulo, dio un paso atrás.

Tercera indicación: utilizar su trauma como arma.

o —Deja de querer cuidarme, sea de Lex o de cualquier otra persona. Nunca estuve ncontigo para que me protegieras, y tampoco sirves para eso.

Tomé aire y, con un doloroso ardor en la garganta, dije lo que me coronaría como íuna persona horrenda:

—No quiero terminar como Amelia por culpa tuya, así que sal de mi vida antes de que sea demasiado tarde para mí, como lo fue para ella.

n Me sentí una porquería al escuchar esas palabras salir de mi boca. Lo único que quise ihacer fue correr a él, abrazarlo, repetirle hasta el cansancio que no era culpable y nunca

s

odejarlo ir. Pero eso habría sido imposible, porque, hasta ese momento, Derek jamás me había visto con desprecio.

ó Mi primer amor me vio de pies a cabeza con el dolor del desconcierto, como si no .pudiera creer lo que había salido de mis labios. Yo tampoco podía hacerlo, pero no había vuelta atrás. Cuando finalmente asimiló mis palabras, una triste e incrédula risa cruzó su yboca.

—No vales la pena —dijo con precisión dolorosa.

ı Presioné mis labios para ocultar mi verdadera reacción.

—Solo me habría gustado haberme dado cuenta antes —añadió—. Tal vez así no ehabría desperdiciado tanto tiempo en ti.

En otro momento mi cuerpo se hubiese debilitado por su comentario, pero después sde esa noche había decidido mantenerme fuerte. Además, una mano rodeando mi cintura me ayudaba a permanecer de pie. Ese había sido el lugar de Derek muchas veces pero ya no sería así. Mientras Lex me atraía más hacia él, pude ver a Derek trazar cada runo de nuestros movimientos.

—¿Estás bien, mi amor? —preguntó cerca de mi oído, pero a un volumen que no opasó desapercibido.

, Levanté la barbilla, evocando toda la fuerza que quedaba en mí, y formé una sonrisa oque ocultaba mil emociones. Giré mi perfil hacia él y asentí con falsa felicidad.

—Nunca he estado mejor.

Lo último que vi antes de cerrar los ojos fue la expresión de Derek, tan dolida como harta, y su espalda saliendo del lugar.

Lo había logrado.

Lo había perdido.

Precisamente como Lex lo había planeado.

—¿Qué has hecho? —Oí la voz incrédula de Liv.

—Liv… —Me di la vuelta—. ¿Qué haces aquí?

e —¿Tienes… tienes idea de lo que acabas de hacerle? —Me vio confundida y dolida.

—Yo no… Liv, yo…

o —¿Tú qué? —espetó Leo. No los había visto llegar.

No sabía qué decir, y a él no pareció importarle. Vio a Lex con desprecio y después a emí.

—¿Qué están haciendo juntos?

e —Estamos juntos —rio Lex—. Y en lugar de estar aquí perturbando a mi novia adeberías ir a apoyar a mi querido primo, ¿no crees? Antes de que también me deshaga de ustedes —murmuró lo último solo para mis oídos.

Liv se acercó a mí, ignoró a Lex, y dijo en un tono que jamás le había escuchado:

—Lo que acabas de hacer no tiene perdón. En especial viniendo de ti, Ava.

Leo solo me vio como si no me conociera y, juntos salieron rápidamente del jardín ajusto por donde Derek se había ido.

Me concentré en ese camino aún después de que se fueron, mis ojos empezaron a arder hasta el punto de sentirlos enrojecidos. Al girarme, la imagen de un Lex borroso por mis lágrimas me dio la bienvenida.

Empujé su mano con fuerza y una corrió por mi mejilla.

—Supongo que estás feliz ahora. Ya me destruiste ante sus ojos.

Y creer esa declaración me dolía mucho, pero era lo que tenía que suceder para que stodo ese asunto se solucionara.

Él ladeó la cabeza con los ojos entornados y los labios apretados.

—No estoy seguro de que te haya creído. No eres una gran actriz.

—¿Pe-perdón? Estoy haciendo el papel de mi vida contigo, enfermo —mascullé con asco. Evité que más lágrimas cayeran por mi mejilla y la máscara de pestañas tatuó la oyemas de mis dedos—. Dios, te odio tanto.

—Tú me odias a mí, yo odio a Derek y Derek te odia a ti. —Sonrió—. Que amaravilloso, ¿no, amor?

—No vuelvas a llamarme «amor», y mucho menos te atrevas a tocarme de nuevo o juro que te corto la lengua.

Él rio, y lo hizo en serio.

—No sé si sentir pena por tus amenazas infantiles o enseñarte a ser más temible.

Me acerqué, levantando la barbilla, haciéndole creer que diría algo… pero le clavé la punta del tacón en el zapato. Se encorvó por el golpe y acercó su frente a mi hombro casi como buscando apoyo, pero no se lo daría. Tomé sus mejillas entre mis dedos con una sola mano y acerqué su rostro al mío, solo para que nadie más escuchara lo que diría

—Y yo no sé si darte una bofetada para voltearte la cara o una patada para asegurarme de que una basura como tú no pueda reproducirse.

Él rio mientras se recompuso. Simplemente se entretenía. Me dio escalofríos realmente a Lex nada le importaba. Parecía no tener nada que perder. Era él contra el amundo, pero no le importaba lo que el mundo pudiera hacerle porque solo se preocupaba por destruirlo antes de darle oportunidad de que lo lastimara a él.

—Ya terminamos con esto.

—Por hoy —dijo.

—¿Qué? No —dije, firme—. Dijiste que lo que querías era destruir mi imagen frente a los ojos de Derek. Lo lograste. Ahora me vas a dar ese video y esta actuación termina

aquí.

—Esta actuación terminará cuando yo lo diga. Y esa grabación la voy a seguir teniendo hasta asegurarme de que a Derek no le quede absolutamente nada. Pero sí. Ya terminaste por hoy.

Me hizo un gesto con el que me indicaba que me fuera y se dirigió a un grupo de invitados, para después alzar una copa con una sonrisa en sus labios, como si no hubiese causado un desastre hace unos minutos.

Caminé con fuerza, cada paso lleno de impotencia, y salí por la exhibición. Recorrí varias manzanas hasta doblar por una esquina que me llevaba a una calle más desolada y escuché un auto siguiéndome los pasos. Cuando se detuvo a mi costado, abrí la puerta del copiloto de la camioneta Range Rover negra y entré al asiento.

Volvió a estar en movimiento y me sentí en calma cuando no vi por el espejo retrovisor el edificio del equipo.

—¿Piensas que se lo creyó? —dije al conductor y me giré a verlo.

—Pienso que todos nos lo creímos, Sally.

No pude evitar sonreír, y Derek me imitó con orgullo.

Habíamos logrado engañarlo.

—Y tú decías que yo no podía mentir —rodé los ojos, orgullosa de mí misma, pero él me vio con cariño.

—Puedes mentirles a todos menos a mí.

—Pues nosotros sí que podemos engañar a todos —dijo Leo desde al asiento trasero—. ¡Nuestra actuación fue la mejor!

—¡Por supuesto! —exclamó Liv a su costado—. ¡Merecemos un Óscar!

—¡Me gusta cómo piensas, prima! —Chocaron palmas—. Joder, ¿cómo es que se le ocurrió todo esto?

Derek y yo compartimos una sonrisa cómplice y me preguntó:

—¿Se lo cuentas tú?

Reí y expliqué lo que realmente había sucedido:

—Todo empezó después de que Lex me citara a una cena.

aquí.

—Esta actuación terminará cuando yo lo diga. Y esa grabación la voy a seguir teniendo hasta asegurarme de que a Derek no le quede absolutamente nada. Pero sí. Ya terminaste por hoy.

Me hizo un gesto con el que me indicaba que me fuera y se dirigió a un grupo de invitados, para después alzar una copa con una sonrisa en sus labios, como si no hubiese causado un desastre hace unos minutos.

Caminé con fuerza, cada paso lleno de impotencia, y salí por la exhibición. Recorrí varias manzanas hasta doblar por una esquina que me llevaba a una calle más desolada y escuché un auto siguiéndome los pasos. Cuando se detuvo a mi costado, abrí la puerta del copiloto de la camioneta Range Rover negra y entré al asiento.

Volvió a estar en movimiento y me sentí en calma cuando no vi por el espejo retrovisor el edificio del equipo.

—¿Piensas que se lo creyó? —dije al conductor y me giré a verlo.

—Pienso que todos nos lo creímos, Sally.

No pude evitar sonreír, y Derek me imitó con orgullo.

Habíamos logrado engañarlo.

—Y tú decías que yo no podía mentir —rodé los ojos, orgullosa de mí misma, pero él me vio con cariño.

—Puedes mentirles a todos menos a mí.

—Pues nosotros sí que podemos engañar a todos —dijo Leo desde al asiento trasero —. ¡Nuestra actuación fue la mejor!

—¡Por supuesto! —exclamó Liv a su costado—. ¡Merecemos un Óscar!

—¡Me gusta cómo piensas, prima! —Chocaron palmas—. Joder, ¿cómo es que se les ocurrió todo esto?

Derek y yo compartimos una sonrisa cómplice y me preguntó:

—¿Se lo cuentas tú?

Reí y expliqué lo que realmente había sucedido:

—Todo empezó después de que Lex me citara a una cena.



# CAPÍTULO 48

## LA CENA

*Instantes después de la cena organizada por Lex.*

Mi cabeza iba a mil: Lex se apellidaba Keller, Leo había matado al novio de Sabrina y Derek podía ir a la cárcel.

Y yo tenía la posibilidad de evitarlo si me volvía el peón de Lex.

Pero yo no era un peón, y mucho menos me dejaría utilizar. Me apresuré en entrar a mi coche y conducir al edificio de Liv. Lo primero que hice al entrar al piso fue sacarme los tacones y ese vestido que se había adherido a mi cuerpo como una segunda piel. Me coloqué unos vaqueros, una camiseta y unas zapatillas.

Di pasos repetitivos por el departamento, pensando cómo podía salir de ahí. ¿Y si Lex me había seguido? Me torné tan paranoica que me acerqué al salón para cerrar las cortinas, pero, al hacerlo, noté el auto de Edward estacionado al otro lado de la calle.

Agradecí que esa noche fuese una de aquellas en las que pasaba a verme. Tomé el teléfono que nos conectaba con recepción, y pedí que le dijeran al Mercedes negro que me recogiera por la puerta trasera.

No tuve que esperar mucho en el callejón para que el coche de Edward me alcanzara.

—¿Tienes algún problema, Ava? —me preguntó con la ventanilla abajo.

—¡Problema tiene mi amiga! ¡Su novio le fue infiel! —Me metí al asiento trasero— Necesito que me lleves a su casa, por favor. Iría sola, pero mi coche no enciende.

No me creyó, por lo que me asomé en el asiento e intenté sonar lo más convincente:

—Entiendo que te parezca raro que te pida un favor, pero mi amiga me necesita Estaba llorando cuando me llamó. Por favor… —terminé de convencerlo.

El camino fue bastante rápido y el moderno edificio de Becca nos dio la bienvenida Antes de bajar en el estacionamiento, escuché a Edward decirme:

—Jamás pensé eso de Leo.

—¿Eh?

—Esta es la casa de tu amiga Becca Vanderbilt, novia de Leonard Carson, primo de tu mejor amiga —dijo con profesionalismo—. No puedo creer que la engañó… Dale mi apoyo a Becca. Dile que mejores tiempos vendrán.

De no haber estado tan alterada, habría soltado una carcajada, pero me limité a asentir y a bajar del coche. Ansiosa, esperé que las puertas del ascensor se abrieran en el décimo nivel.

—Ava —dijo Becca cuando me vio—. ¿Qué sucedió? Estás tan pálida como yo.

—¿Qué es asesinato en tercer grado y cuáles son las leyes en Canadá?

Ella se acercó, atenta.

—¿A quién mataste? —Lo meditó un segundo y asintió—. Fue a Olivia, ¿no? Lo sabía.

—¡N-no! ¡Ella está viva! —La llevé conmigo a los sofás de cuero blanco—. Necesito que le digas a Derek que venga y, mucho más importante, necesito saber qué significa eso y de asesinato en tercer grado.

Ella, tras contactar a Derek, quien dijo estar cerca, empezó a explicarme.

—Es de los casos más difíciles de probar —me informó—. Se tiene que demostrar que no hubo verdadera intención de lastimar, pero puede pasar de tercer a segundo grado de forma muy sencilla si el abogado acusador se lo propone y es lo suficientemente bueno para hacerlo.

—¿Es posible que un acusado de tercer grado no vaya preso?

—Es asesinato después de todo, Ava. Si alguien murió por culpa de otra persona y la justicia tiene evidencias, tendrá que ir a la cárcel por el tiempo que dictamine el juez.

—Maldita sea… —Apoyada en mis rodillas, pasé mis manos por mi rostro—. Lex tiene evidencia que puede mandar a Leo o Derek a la cárcel por la noche del accidente. No sé cuál de los dos iría, o si lo harían ambos por distintos cargos.

El sonido del elevador resonó en el moderno espacio y, segundos después, la figura de un Derek desconcertado apareció.

—Sally. —Al verme ponerme de pie con el miedo en las venas, se acercó—. ¿Qué pasó?

Le pedí un momento a Becca. Cuando fue a su habitación, solté:

—Tú y yo hicimos un trato tiempo atrás, y dijiste que contestarías una pregunta, sin secretos, sin mentiras. ¿Lo recuerdas?

—Sí…

—Ya la tengo. ¿Quién es Alexander Keller y qué tan lejos iría con tal de arruinarte?

Derek quedó tan tieso que parecía haber visto un fantasma.

—Lo sabes.

—Sí. Y también sé que está loco y que te odia. —Estiré los brazos—. ¿Por qué no me lo dijiste ese día en el hospital psiquiátrico? Pensé que habías sido honesto.

Él presionó los labios y tomó asiento en uno de los sofás.

—Ese día omití las partes que involucran a Lex porque él no merece ser parte de esa historia, en especial cuando estaba hablando sobre Amelia.

Cada vez que decía su nombre, su rostro perdía luz. Tomé asiento a su costado y él decidió agregar la pieza faltante del rompecabezas:

—Todo lo que te conté es cierto. Los Carson, los Keller y los Holt éramos como una gran familia. Liv, Leo, Amelia y yo siempre estábamos juntos, pero Lex era un poco mayor. Solía perderse en una habitación cuando las familias se juntaban. Si debo ser honesto… —Pasó una mano por su nuca—. Yo lo admiraba cuando era un niño. Quería ser como él, incluso empecé a correr porque él lo hacía. Hasta que me di cuenta de que odiaba su actitud. Disfrutaba de molestar, regañar, era insoportable con todos… menos con ella. Lex solo sonreía cuando Amelia lo hacía.

»Él y sus padres también estuvieron en mi casa el día que se la llevaron. Un Lex de diez años estaba jugando videojuegos lejos de nosotros sin saber que la única persona que lo soportaba iba a desaparecer. Sus molestias infantiles e inmaduras empezaron a tornarse crueles cuando se enteró de que yo fui quien la sacó de la casa. Él me culpa a igual que mis padres, pero sus razones son distintas. —Hizo una pausa en la que desvió la mirada con repudio antes de decir—: Lex tenía una obsesión con ella, o al menos eso creo. Mi teoría creció cuando un día Amelia perdió el diente de leche que se le había caído. Ella lloró toda la tarde porque dijo que el hada de los dientes ya no podría revisitarla. Todos lo buscamos y fui yo quien encontró el diente en el velador de Lex.

—¿Por qué lo guardaría?

—Eso es lo que me pregunto. Sé que Amelia era muy importante para él, tal vez más de lo que debía. Por ese motivo no te conté de ese idiota, no iba a hablar de él cuando a fin estaba hablando de ella. La luz de Amelia no merece ser opacada por la oscuridad de Lex. Supongo que en su mente piensa que yo se la quité y…

—Quiere devolverte el favor —completé y él asintió—. Derek, tuviste que contarme Lex ha estado detrás de las amenazas, hasta de la pelea por la que te suspendieron. No sé si Sabrina trabajó con él o uno de los dos nos mintió, pero él es el de los mensajes a mano. Todo esto es una retorcida partida de ajedrez para él. ¡Yo ni siquiera sé jugar ajedrez!

Derek mantuvo la vista sobre mí para después sacar su teléfono.

—¿A quién le escribes? ¡¿A él?! No lo hagas, es peligroso. ¡Todo lo tenía planeado

no lo sabíamos!

e Y, con seguridad, Derek dijo:

—Sí lo sabía.

Pestañeé en silencio.

a —Sabía que fue él el de las amenazas y el organizador de la pelea —completó.

Oh, no. En un fuerte impulso, salté sobre él, haciendo que cayera de espaldas, tom lun cojín y empecé a golpearlo con él.

—¿Cómo —le cayó un golpe— que sabías —otro golpe— que era él?

a —Me enteré hace poco más de una semana —reveló entre almohadazos.

o —¡¿Una semana?! —Otra almohada impactó con su cara—. ¡Tienes que decirme esta rcosas!

a —¡Te lo iba a decir! ¡Lo juro!

e Seguí dándole almohadazos que le parecían inofensivos.

s —¡¿Entonces también sabes que tiene un video de la noche del accidente y me est amenazando con que me acueste con él para que no termines en la cárcel?!

e Detuvo mis golpes con facilidad y, tomándome de las muñecas, se sentó, dejándome a ahorcajadas sobre él.

a —¿Ese idiota te ha amenazado con qué?

l —Lo que escuchaste. Está tan concentrado en destruirte que piensa que yo pued ahacerte sufrir más que la cárcel. ¡La cárcel! Me coqueteó por un tiempo, pero, com onunca caí en sus estúpidos encantos, hoy me engañó para que fuera a un restaurante y ame amenazó.

a —¿Te ha estado coqueteando por mucho tiempo?

—Sí. Me regaló un perfume y envió mensajes, siempre pensando que iba a engañarte.

Su entrecejo ya fruncido contrajo más cuando preguntó:

s —¿El que te mandó el perfume fue el idiota de mi primo y no el idiota de tu lhermano?

e —Oye. —Le di otro almohadazo—. No llames a Rafael «idiota».

Pero él detuvo mi muñeca, aún estupefacto.

. —¿Por qué no me lo contaste?

é —Porque al inicio estaba molesta contigo y no te debía explicaciones. Luego, no lo v aimportante y lo olvidé. Pero ¿ves qué feo es que te oculten cosas? —Alcé las cejas.

r —Lo mataré —dijo, tan serio que parecía capaz de hacerlo en ese mismo instante.

—No lo harás porque creo que no has escuchado bien: ¡ha encontrado un video de accidente!

y —El muy idiota quién se cree para amenazarte.

—¡Y en el video salen los dos autos, corriendo y chocando! ¡Es horrible!

—Y pretende que tú te acuestes con él… Lo torturaré.

—¡Derek! —Tomé su rostro en mis manos—. ¡Hazme caso! ¡Hay algo má importante!

—No lo hay, porque…

é El sonido del elevador detuvo nuestra pelea y, por segunda vez en la noche, alguier entró al departamento de Becca, pero en esa ocasión fue alguien que jamás pensé volve a ver.

—Sabrina…

s Y ahí, con aquella sonrisa relajada y cabellera rubia, estaba ella, quien nos veía con la manos en los bolsillos en una pose muy casual como siempre solía estar.

—Lamento interrumpir. Parecen ocupados. —Vio nuestra posición y me puse de pie.

—¿Qué estás haciendo aquí?

á —Yo le pedí que viniera—explicó Derek.

—¿Acaso se te olvidó lo que hizo? —le cuestioné en un no tan disimulado susurro— aNo porque Lex haya admitido ser el de las amenazas quiere decir que ella no lo est ayudando.

—No estoy ayudando a Lex, Ava —habló la rubia, y con esa frase me demostró qu ɔsabía de él—. Estoy del lado de ustedes.

ɔ Solté una risa seca, dudosa.

y —Tú me has contado cómo te enteraste de las cosas —dijo Derek—, fue Lex quien t confesó que estaba detrás de todo. Yo me enteré porque ella me lo explicó.

No comprendía nada.

. —Ehm… —Arrugué la nariz y me dirigí a ella—: ¿Nos das un segundo?

—Adelante. —Hizo un gesto indicando que teníamos total libertad, así que tomé d ıla mano a Derek y lo jalé a una esquina del salón para hablarle en total confidencialidad.

—Estás haciendo un plan, ¿no?

—¿Cómo? —preguntó.

—Vas a fingir que confías en ella y después vas a ver si nos lleva a Lex. Me gusta es pensamiento.

ı —No, sí confío en ella.

—¡¿C-cómo?! —Ahogué un grito—. ¿Te has puesto a pensar cómo fue que Lex sup del accidente? Seguro ella se lo dijo y trabajan juntos. Creo que no estás pensando bien lse te están pasando por alto varios factores. Ni siquiera has reaccionado al video que te h dicho. Hay evidencia de esa noche, Derek.

Y él posó ambas manos sobre mis brazos con calma antes de decir:

—No le he tomado importancia al video porque es falso.

Si en la cena con Lex perdí unas trescientas neuronas intentando mantenerle e sritmo, en ese instante perdí unas dos mil.

—El video que viste es falso, no es el de esa noche y yo me encargué de hacerle cree a Lex que sí. Es parte de mi estrategia. Por eso no me preocupé cuando te escuch ndecirlo.

r Cerré los ojos un segundo para respirar profundamente, antes de alejarme de él.

—¿Qué haces?

—Busco el cojín. —Seguí avanzando— ¡¿Dónde está el cojín?!

s Él me tomó por los codos.

—Siento no decírtelo, juro que iba a hacerlo. Cuando supe que era Lex, entendí qu solo se trataba de joderme por las razones equivocadas. Y yo ya sé lidiar con él. Una ve terminado iba a contarles.

—Claro, pero, entretanto, como yo no me entero de nada, el loco de tu primo viene a .mostrarme un video horrible, y decide amenazarme con favores sexuales.

é —Lo siento, cariño. —Acarició mi piel con sus pulgares—. ¡De haber sabido qu estaba detrás de ti hubieses sido la primera en enterarte!

e —¡Y yo, de haber sabido que era tu primo, te lo habría contado!

—Lo sé. Por eso le escribí a Sabrina. Cuando te escuché hablar sobre Lex, supe qu debía decírtelo. Necesitas enterarte de todo y saber de primera fuente qué fue lo qu epasó.

Dirigí mis ojos a la rubia que, al sentirse observada, hizo el símbolo de amor y paz.

—Si dices que se puede confiar en ella…. —Asentí, dándole una oportunidad— Explícame cómo rayos es que ese video es falso.

e —Para ello debo explicarte qué es lo que hacía en Vancouver.

e

o

,

e

—No le he tomado importancia al video porque es falso.

Si en la cena con Lex perdí unas trescientas neuronas intentando mantenerle el ritmo, en ese instante perdí unas dos mil.

—El video que viste es falso, no es el de esa noche y yo me encargué de hacerle creer a Lex que sí. Es parte de mi estrategia. Por eso no me preocupé cuando te escuché decirlo.

Cerré los ojos un segundo para respirar profundamente, antes de alejarme de él.

—¿Qué haces?

—Busco el cojín. —Seguí avanzando— ¡¿Dónde está el cojín?!

Él me tomó por los codos.

—Siento no decírtelo, juro que iba a hacerlo. Cuando supe que era Lex, entendí que solo se trataba de joderme por las razones equivocadas. Y yo ya sé lidiar con él. Una vez terminado iba a contarles.

—Claro, pero, entretanto, como yo no me entero de nada, el loco de tu primo viene a mostrarme un video horrible, y decide amenazarme con favores sexuales.

—Lo siento, cariño. —Acarició mi piel con sus pulgares—. ¡De haber sabido que estaba detrás de ti hubieses sido la primera en enterarte!

—¡Y yo, de haber sabido que era tu primo, te lo habría contado!

—Lo sé. Por eso le escribí a Sabrina. Cuando te escuché hablar sobre Lex, supe que debía decírtelo. Necesitas enterarte de todo y saber de primera fuente qué fue lo que pasó.

Dirigí mis ojos a la rubia que, al sentirse observada, hizo el símbolo de amor y paz.

—Si dices que se puede confiar en ella…. —Asentí, dándole una oportunidad—. Explícame cómo rayos es que ese video es falso.

—Para ello debo explicarte qué es lo que hacía en Vancouver.



# CAPÍTULO 49

## VANCOUVER

### DEREK

*El día después de haber sido suspendido en el equipo, tras aterrizar en Vancouver.*

Me sentía en casa. El ruido de los motores era como música para mis oídos, pero en esa ocasión lo escuchaba como un espectador más en una pista de carreras, no dentro de un coche en control.

Había viajado al otro extremo del país buscando a esa persona que celebraba en el podio. Aplaudí con el resto de los espectadores cuando alzó su copa y, mientras premiaban a las otras dos corredoras, sus ojos se encontraron conmigo.

Sabrina.

Su rostro fue una mezcla de sorpresa y extrañeza, la cual solo creció cuando me quité las gafas de sol para saludarla con una mano. Esperé en la sala de la escudería a que terminara, y, cuando lo hizo, me dio el encuentro.

—Felicidades por alcanzar el podio —le dije, poniéndome de pie.

—Gr-gracias… Ya me hacía falta correr. —Pasó saliva—: ¿Qué haces aquí?

—Necesitaba hacerte una pregunta y debo verte a la cara para comprobar si lo que me dirás será cierto o no.

—Parece urgente… —Sus nervios parecieron incrementarse.

Le pedí que nos sentáramos. Solo entonces, la cuestioné:

—¿Conoces a Lex Renaud?

El día anterior había sido el evento donde me suspendieron por mi falta de control. Cada golpe que le di a ese hombre fue más fuerte que el anterior, cada uno con una intensidad desgarradora motivada por los murmullos que salieron de su boca, cada vez más ensangrentada.

*Golpearme no hará ninguna diferencia.*

*¿Necesitas defenderla para sentirte bien contigo mismo?*

*Que me revientes la cara no te deja de hacer un cobarde.*

Esas frases no fueron aleatorias a pesar de que la persona que les dio voz sí lo fue Habían sido preparadas para mí, para que perdiera el control y me llevaran hacia Amelia Y, como si de una venda se tratara, cayó frente a mis ojos la verdad, revelando a la única persona que sabía de ella y que en algún momento me había dicho las cosas que había vuelto a escuchar: Lex.

Había intentado joderme muchas veces antes. Lo extraño de esa ocasión era que, en vez de hacerlo dando la cara, la había ocultado.

Su nuevo estilo me llevó a pensar en qué otra estupidez estaría haciendo en secreto Mi relación con Ava estaba mejorando y estaba tranquilo porque la conocía lo suficiente para saber que ella jamás caería en caso de que ese idiota intentara acercarse a ella. Solo me quedaba pensar en el otro problema que había en mi vida: las amenazas de accidente.

Ese tema técnicamente estaba resuelto, pero nunca lo sentí como tal.

Cada explicación de Sabrina tenía lógica, encajaba a la perfección en la historia, pero estábamos hablando de Sabrina, una chica que, si bien apenas me conoció no me mostró simpatía, se volvió una buena amiga mía con el tiempo.

Ella no podía haberme traicionado frente a mis ojos y luego sonreírme sin que yo me diera cuenta. No me había pasado la vida estudiando a las personas para no darme cuenta de algo así.

Algo no cuadraba, y con la respuesta de Sabrina, sentí las piezas encajar al fin:

—Claro que conozco a Lex, es un idiota —dijo—. ¿Cómo lo conoces tú?

—Es mi primo. Su nombre completo es Alexander Keller Renaud.

Sus grandes ojos marrones se abrieron en sorpresa.

—¿Tu primo? Joder, perdón. No quería insultarlo. No es tan idiota.

—Es peor, pero ¿tú por qué lo llamas «idiota»?

Llevó su mano a su cabello y desvió la mirada.

—Esto es mil veces más incómodo ahora… —Volteó a verme—. Salí con tu primo Bueno, más que «salir», fuimos conocidos con derechos, pero yo lo arruiné al contarle algo privado. —Al parecer se percató de que era yo con quien estaba hablando porque decidió agregar—: Le conté sobre el accidente de mi novio y sobre ti.

—¿Le contaste también sobre las amenazas?

—Sobre todo. Cuando te libraste del arresto y decidí rendirme, se lo conté.

—Sabrina, he recibido amenazas después del arresto. —Me acerqué, colocando mi

codos sobre mis rodillas—. Dime exactamente qué fue lo que le contaste a Lex.

Ella, al parecer, entendió mi preocupación.

—Yo te amenacé dos veces, Keller. Primero para saber qué tipo de carreras hacías, y .después para enviar a la policía —dijo, lento y claro—. Cuando supe que te libraste tan .rápido de la comisaría, lloré y me desahogué con quien salía en ese entonces. Te amencioné, pero Lex ni siquiera dijo que te conocía, solo acarició mi cabello diciéndome aque podía contar con él. A la mañana siguiente me dijo que no quería verme más. — Negó con la cabeza—. Me terminó por mensaje de texto.

n Todo adquirió sentido. La amistad que había tenido con Sabrina, la enemistad con Lex, las amenazas a mano, las últimas carreras que se sentían diversas, como si quien la .organizaba buscaba jugar, algo clásico de él. Incluso resultaba estúpido no haber pensado eque en ambas oportunidades Lex había aparecido, de seguro porque quería analizarla ode cerca.

l O tal vez porque quería divertirse de cerca.

De todos modos, siempre había descartado aquella idea porque él no sabía nada de accidente, y porque los tiempos no encajaban. Jamás me puse a pensar que solo onecesitaba un tercero que diera la idea para que él se apropiara de ese juego.

ó —Entonces… —ordené mis pensamientos en voz alta, esperando su confirmación— tú decidiste amenazarme y te arrepentiste, pero el daño ya estaba hecho porque Lex no esolo se había enterado de todo, sino que le gustó tu estrategia y decidió usarla.

e Ella lució apenada e incluso algo preocupada.

—No lo sabía. Ni siquiera he hablado con él desde esa vez. Me bloqueó. —Puso los ojos en blanco—. Pero si te está jodiendo con la información que le di y puedo ayudarte lo haré.

—¿Lo harías? —Entrecerré los ojos.

—Por supuesto.

Sabía que estaba siendo honesta, pero una cosa era creer que no me amenazaba más y otra confiar en ella para que me ayudara. Ella notó mi duda y continuó:

—Lamento mucho lo que hice, Keller. Sé que fui muy lejos al amenazarlos, y también .sé que tú la jodiste al ocultar esa noche. Pero me apena que todo haya terminado así eNuestra amistad, a pesar de la historia detrás, me gustó. No me gustaría que las cosas equedaran así de mal.

Me fijé en sus ojos, los cuales mostraban arrepentimiento, sus manos nerviosas jugando con el cierre de su traje, la gran dosis de decepción en sus palabras. No podía culparla por haber querido justicia por sus propias manos cuando era yo quien huía de sella.

¿Sabrina había cometido errores? Sí. ¿Yo era alguien para juzgar? Ni de cerca.

—Olvidaré lo que sucedió con una condición. Dime todo lo que sabe Lex sobre e yaccidente.

ı Estuvimos allí por más de diez minutos, en los que me quedó claro que Lex daba por eseguro que había sido yo quien conducía esa noche. Conociéndolo, debía estar buscando eevidencias. Y si bien tenía entendido que no existía ninguna, tenía que cerciorarme.

- Marqué el número de mi padre y, apenas me tomó la llamada, salí al pasillo.

—Estoy trabajando, Derek —habló del otro lado de la línea—. No tengo tiempo nahora.

s —Harás el tiempo porque necesito hablar del accidente que tuvo Leo hace seis años.

ɔ Por unos instantes, el silencio prevaleció. Después, oí pasos y una puerta cerrarse.

s —¿Por qué me haces esta pregunta después de tanto tiempo? —cuestionó, ya serio.

—Porque necesito que me confirmes que no queda nada que demuestre esa noche.

Una vez más, silencio.

l —Te conozco, papá, dime que lo eliminaste todo. —Vi a mi alrededor, asegurándome ɔde que nadie me oía—: El registro del hospital de Leo bajo otro nombre, el acta de defunción, todo.

-, *Demuéstrame que lo que pienso de ti está equivocado y sí te deshiciste de todo.*

ɔ —Tengo las grabaciones de las cámaras de seguridad.

Apreté el móvil entre los dedos y lo alejé para que no oyera mi respiración grave. A lo largo de mi vida le había pedido una sola cosa, que me ayudara a evitar que Leo se smetiera en problemas. No podía hacer siquiera eso.

:, —¿Por qué? —pregunté, presionando los dientes—. Me aseguraste que las eliminarías.

—No queda registro de ellas. Guardé la última copia por seguridad. Es la única evidencia que demuestra que fue Leonard quien conducía esa noche, no tú. Es mi ymanera de prevenir que cometas una estupidez en caso de que esa noche salga a la luz.

No pude evitar reír de la ironía.

ı —¿Serías capaz de arruinarle la vida a Leo solo para mantener una reputación .invicta?

s —Tú serías capaz de tomar su lugar a pesar de que no sea parte de esta familia.

—Leo es mucho más familia mía de lo que tú jamás podrás serlo.

s Él se mantuvo en silencio antes de soltar:

a —No voy a dejarte arruinarnos por una amistad. Punto. —Colgó la llamada.

e Podía alterarme por aquel trato, pero no era nada nuevo. Además, mi mayor preocupación era obtener esa grabación, por lo que sería mi prioridad al retornar a

Toronto. Conseguirla no iba a ser difícil porque la contraseña de su caja fuerte, donde lguardaba lo más valioso para él, era el cumpleaños del amor de su vida: la madre de Amelia.

r Mi teléfono volvió a sonar y tomé la posible llamada de mi padre.

ɔ —¿Qué quieres? —espeté.

—¿Con esa boca besas a mi nieta? —habló una voz femenina con un fuerte acento extranjero.

ɔ Me fijé en el identificador de llamadas y ver el nombre Cintia M. me congeló.

—Mierda. —Cubrí el micrófono del móvil. Acababa de hablarle mal a la *nonna* de Ava.

—*Ciao!* ¡¿Me escuchas?! —gritó—. Si me estás ignorando, *ti caverò gli occhi.*

—¡No! Sería incapaz de ignorarla, señora. —Me llevé la mano al cabello—. Y… Mmm… ¿qué significa eso último que dijo? No me han enseñado tanto en el curso de italiano.

ɐ Ella se limitó a soltar una risa que solo podía describir como maligna.

ɐ —¿Cómo estás, hijo? —preguntó—. Este mes no me llamaste. Me tenías preocupada.

Una vez al mes, desde que me contactó por primera vez, solíamos conversar. Se había vuelto una pequeña rutina en la que me preguntaba si Ava estaba bien, si necesitaba algo o simplemente si la había visto feliz. Cintia y yo no nos conocíamos personalmente y onuestras conversaciones nunca fueron muy profundas, pero era evidente cuánto amaba a esu nieta.

—Disculpe, se me olvidó por completo.

s —No es problema. Lo bueno es que estás vivo. —Soltó un ruido cansado, como el que hace una persona mayor al sentarse—. Pero dime, ¿cómo estás? ¿Cómo está Ava? ¿Hoy ɹsonrió?

i Me encantaba esa pregunta y quería que la respuesta siempre fuera sí.

—Eso espero. No la he visto. Viajé a Vancouver por un asunto de… trabajo.

—¡¿Estás en Vancouver?!

ɹ Eso sí, cada vez que hablaba con ella mis tímpanos sufrían.

—¿Estamos en la misma ciudad y no pensabas avisarme? —cuestionó, y cerré los ojos.

*La idea es agradarle a la familia de la chica que amas, Derek, no que te odie.*

—Claro que iba a decírselo —bufé, mostrándome accesible y seguro, muriendo por dentro—. Quería preguntarle si podía ir a visitarla.

—¡Pero por supuesto! *Ma stai scherzando?* —Tampoco comprendí todo eso. Necesitaba run mejor tutor—. Eres bienvenido en casa. Además, ¡Ava también vendrá!

ɐ —¿Ava? —Fruncí el ceño—. Ella no tiene planeado venir a Vancouver.

—Oh, no te preocupes. —Rio—. Yo sé cómo hacerla venir. Tú solo ven a visitarme pero no le digas nada, así podemos sorprenderla. ¡Qué emoción! Conoceré al *ragazzo* de mi nieta.

¡Eso entendí! Chico de su nieta. Ya me gustaría que eso fuese realidad.

—De acuerdo. Será un gusto conocerla finalmente —dije con una sonrisa.

—*Anche a te, bello. Ciao.*

—*Ci-ciao.*

De seguro lo había pronunciado mal. Terminé la llamada, lamentándome por crear una conversación tan incómoda, y caminé de regreso a Sabrina, solo que no la encontré a solas.

—¿Seth? —cuestioné, mientras me daba un fuerte abrazo—. ¿Qué haces aquí?

—Me está acosando —intervino Sabrina.

—Te estoy enamorando —refutó él.

Sabrina se fijó en mí.

—Me está acosando.

Él la rodeó con un brazo y ella lo empujó entre risas para irse a los vestidores. Seth se quedó viéndola embobado hasta que se perdió tras una puerta y, cuando se acordó que estaba a su costado, recién pareció percatarse de algo importante:

—Oye, lo que pasó ayer fue terrible. En los medios están alterados por la pelea, en redes hay debates sobre lo que pasó. Espero que se solucione pronto y puedas correr. —Hizo un puchero—. Te voy a extrañar.

—Solo encárgate de no avergonzar al equipo en lo que vuelvo, Seth.

—¿Bromeas? Últimamente estoy corriendo mejor que nunca. Deberías cuidarte y Keller. Puede que algún día este chico te supere en puntos. —Se señaló con dos pulgares bailarines, aspecto que solo hizo que su intento de intimidación me diera vergüenza ajena.

Aunque era cierto que Seth era un muy buen corredor…

—¿Cuánto tiempo estarás en Vancouver? —le pregunté, teniendo una loca idea.

—Hasta que tenga que partir para el Gran Premio de Holanda. ¿Por qué?

Entorné los ojos mientras sentía una sonrisa formarse en mis labios.

—Porque necesitaré de tu ayuda.

Le dediqué tres días y mucho dinero a crear el escenario perfecto para la obra perfecta.

Lex finalmente había encontrado una ventaja con la que jugar conmigo, pero yo tenía otra al haberlo averiguado antes de que hiciera su próximo movimiento. Lex

,siempre fue fanático del ajedrez, así que era el momento perfecto de iniciar una partid
esecreta con él.

Eran las dos de la madrugada y la noche me daba la privacidad que necesitaría. Hab
contratado a un taller de mecánica que no tenía ni un pelo de legal para que estuvies
abierto. Trabajé allí esos días.

Fumando un cigarrillo, esperé a Seth. Le había dicho que necesitaría su ayuda con u
asunto —no le dije con qué exactamente—, pero cuando llegó en un coche rentado, n
rconté con que Sabrina bajaría con él, especialmente porque le pedí que viniera solo.

a No sé por qué confié en un hombre enamorado. Yo no era así de tonto… ¿o sí?

—Brina, no debiste haber venido —dije, angustiado.

—¿Por qué no? —cuestionó.

No sabía cómo decírselo, así que abrí la puerta del taller para que los dos coche
deportivos que descansaban dentro respondieran por mí.

—Un McLaren 650S —Sabrina señaló el auto blanco— y un Mercedes AMG-GT
Ambos del 2016. —Volteó a verme—. ¿Por qué tienes los mismos modelos de auto qu
echocaron esa noche, Keller?

e Tomé aire, porque sabía que no le gustaría lo que diría, y respondí:

—Porque voy a recrear el accidente.

ı Le faltó la respiración al oírme y retrocedió un paso, negando con la cabeza.

- —¿De qué accidente hablan? —intervino Seth, confundido, pero Sabrina se dirigió a
mí:

—¿Te volviste loco?

, —Tengo que reemplazar las grabaciones de esa noche —confesé.

s —Esas grabaciones no existen —aseguró nerviosa—. Las busqué hasta el cansancio.

a —Sí existen, están en Toronto, y Lex las está buscando. Necesito despistarlo y esta e
la mejor manera de hacerlo. Por eso necesito que regreses a tu hotel —propuse cuand
la vi con la mirada fija en el auto blanco que era igual al de su novio—. Al final te asegur
que obtendrás respuestas, pero ahora no es necesario que veas esto.

Le di un poco de espacio para pensar y calmarse, y, con una mano en la espalda
empujé a Seth al coche plateado, mientras lo ponía al día.

—Tú tomarás este. —Le señalé el mismo modelo que yo usaba en ese tiempo—
Correremos en la autopista que está detrás de este taller. Tienes que chocarme y huir.

—Espera, ¿qué? —Levantó las manos.

o —Y cuando llegues a Holanda para la carrera y estés en algún momento cerca de Lex
¿me vas a llamar por teléfono. Utilizaremos tu idiotez para darle un indicio a Lex de qu
en Toronto hay grabaciones que estoy ocultando.

—¿De qué hablas? —Nunca lo había visto tan confundido, y eso que solía lucir así— Eres consciente de que puedo matarte, ¿cierto?

—No me vas a matar, Seth —le aseguré, mostrándole el interior del coche blanco— El mecanismo del volante está del lado derecho, como si fuese inglés. Tú debe asegurarte de destruir el lado izquierdo del vehículo, por lo que estaré a salvo. La autopista ya está siendo grabada, pero, antes de entrar en escena, chocaremos puerta para arañar la pintura. Debes golpearme, lucir lo más culpable posible, y huir.

Cuando lo hiciera, en la grabación se vería que llevaba la matrícula que tiempo atrá Sabrina me envió como parte de una amenaza.

—Los esperaré aquí —dijo Sabrina abrazándose a sí misma.

—¿Segura? —le pregunté y asintió.

—Fui yo quien metió la pata contándoselo a Lex—justificó—. Solo tengan cuidado.

Seth entró al coche gris. Yo entré al blanco y fue extraño verlo todo al revés, perc había practicado esos días. Mi autoestima habría recibido un golpe si no fuese capaz de controlar ese coche.

Seth y yo nos estacionamos uno al costado del otro al inicio de la autopista Presionamos el acelerador al mismo tiempo y empezamos la carrera que Derek de veintidós años debía perder y Derek de dieciséis debía ganar.

—¿De qué hablas? —Nunca lo había visto tan confundido, y eso que solía lucir así—. Eres consciente de que puedo matarte, ¿cierto?

—No me vas a matar, Seth —le aseguré, mostrándole el interior del coche blanco—. El mecanismo del volante está del lado derecho, como si fuese inglés. Tú debes asegurarte de destruir el lado izquierdo del vehículo, por lo que estaré a salvo. La autopista ya está siendo grabada, pero, antes de entrar en escena, chocaremos puertas para arañar la pintura. Debes golpearme, lucir lo más culpable posible, y huir.

Cuando lo hiciera, en la grabación se vería que llevaba la matrícula que tiempo atrás Sabrina me envió como parte de una amenaza.

—Los esperaré aquí —dijo Sabrina abrazándose a sí misma.

—¿Segura? —le pregunté y asintió.

—Fui yo quien metió la pata contándoselo a Lex—justificó—. Solo tengan cuidado.

Seth entró al coche gris. Yo entré al blanco y fue extraño verlo todo al revés, pero había practicado esos días. Mi autoestima habría recibido un golpe si no fuese capaz de controlar ese coche.

Seth y yo nos estacionamos uno al costado del otro al inicio de la autopista. Presionamos el acelerador al mismo tiempo y empezamos la carrera que Derek de veintidós años debía perder y Derek de dieciséis debía ganar.



# CAPÍTULO 50

## EL PLAN

*En el departamento de Becca.*

—No sé si insultarte por no habérmelo contado, sentirme estúpida por no habe unido los hilos o besarte por ser tan jodidamente inteligente —señalé, viendo a Derek.

—Elijo la tercera. —Me dedicó una sonrisa coqueta—. ¿Te gusta que sea inteligente?

—No es momento para coqueteos, Keller —resopló Becca.

Ella, Sabrina y yo habíamos escuchado la versión de los hechos de Derek y, sentado todos en el sofá de cuero blanco de mi amiga, esperábamos a Leo y Liv.

—Por eso estabas golpeado, ¿no es cierto? El hematoma que vi en tu abdomen en e *jet* de Marco. —Negué con la cabeza—. Estás completamente loco.

Sabrina me secundó, riendo. Becca, en cambio, le dedicó una mirada analizante.

—Aún no me fío de ella —nos advirtió—. ¿Tan rápido se secó tu sed de venganza?

—¿Rápido? —Una pequeña risa cruzó sus labios—. Me tomó años aceptar lo qu había sucedido y por poco arruiné la relación que tenía con mi familia, Becca. Luego m tomó meses conocer el tipo de persona que era Derek. —Se encogió de hombros—. N quería venganza, quería justicia, y resulta que siempre la quise con la person equivocada.

Sabrina ya sabía que había sido Leo quien condujo esa noche, y Becca se puso alerta.

—Si piensas lastimar a Leo, te aseguro que me encargaré personalmente de ti.

—Becca… —Derek negó con suavidad—. Leo estará bien. Ese asunto se podrá cerra una vez que vean las grabaciones de esa noche y lo que decidan hacer dependerá de ello dos.

—¿Las tienes?

—Las robé de casa de mi padre y allí planté la nueva para que Lex la encontrara.

—Pero ¿cuándo lo hiciste? Lex me la enseñó hoy y llegamos de Vancouver antes de ayer.

—No lo hice yo, no tenía tiempo porque me quedé para ver a tu abuela. Apenas terminamos la grabación, se la envié a Wayne, mi investigador privado, y él se encargó de todo.

—¿Y para qué hiciste ese video? —cuestionó Becca—. Robar el original era suficiente para librarse de él.

—Con Lex nunca es tan sencillo. No se habría detenido hasta hallar alguna evidencia así que decidí usar su ambición a nuestro favor. Ahora, mientras se siente poderoso por su hallazgo, el troyano que plantó Wayne en el video falso se está colando en su sistema.

No entendí nada.

—A ver. En el video hay… como un insecto, ¿de acuerdo?

—Un insecto… —repetí con lentitud.

—Sí. Las grabaciones están en un disco duro externo, y el segundo que Lex lo conectó en su computador, el insecto salió. Desde hace un par de días, está buscando cruzar los cortafuegos que Lex tiene. Esos son como barreras que evitan que cualquier tipo de virus ingrese.

—¿Cómo…? —Con el ceño fruncido, busqué a Sabrina y a Becca por respuestas, pero ellas parecían tan confundidas como yo—. ¿Desde cuándo eres *hacker*?

—No lo soy. Wayne me lo explicó. Quien se está encargando de todo esto es él.

—¿Y por qué quieres entrar en su sistema? ¿Qué piensas encontrar?

—Lex le ha dedicado muchos años a encontrar algo con lo que joderme. Ahora es mi turno —sentenció—. Yo he cometido errores, pero él también. Solo tengo que encontrarlos.

—Dios, ¿qué tienen los Keller con hacer planes? —dije para mí misma.

Necesitaba un *reality* para comprender el drama familiar: *Keeping up with the Kellers*.

—Video o no —dijo Becca—, Lex espera que Ava vaya a ese hotel. A ti quiere acusarte de un asesinato que no cometiste, pero lo que él piensa hacer es violación en todos los juzgados.

—Lo sería si sucediera, pero no pienso acostarme con él —dictaminé—. Jamás me dará ese video. Me utilizará una y otra vez hasta lograr su cometido, y no voy a permitir que te lastime —vi a Derek—, mucho menos a costa de nuestra relación.

—¿Relación? —Los ojos de Derek brillaron con sutileza.

—T-tú me entiendes —solté, queriendo ignorar el significado de lo que había dicho.

—¡La bruja adolescente! —La voz de Liv me hizo saltar en el sitio.

Había llegado junto a Leo. Se posicionó delante de Derek y lo cubrió con los brazos.

—¡Aléjate de mi familia o te daré de comer nueces!

Antes de que Derek les pidiera que se sentaran para explicarse, noté la triste y sincómoda mirada entre Leo y Sabrina. Derek nos dijo que había hablado con ellos por separado sobre el video, con el permiso previo de Leo para conversarlo con ella. Tanto Sabrina como Leo tenían dolor y arrepentimiento dentro de ellos, y por ese motivo no merecían vivir en la ambigüedad. Cuando el momento fuese el indicado, verían el video capaz de liberarlos de ese tormento.

Liv y Leo se pusieron al día con los planes de Lex. Yo preferí salir al balcón y encender un cigarro. Con la primera calada, sentí que los problemas se pausaban por unos segundos.

—¿Te sientes bien? —me preguntó Sabrina.

—Sí, sí. ¿Quieres uno? —le ofrecí, pues supuse que esa era la razón de su acercamiento.

—Gracias, pero ya no fumo.

Asentí lentamente y volví a fijarme en la ciudad, pero ella se quedó allí hasta que dijo:

—Pensé que me habías reconocido.

¿Eh?

—Apostaba que fingías, pero ahora me doy cuenta de que en verdad no me recuerdas.

—¿De qué estás hablando? Te conocí hace un mes en el *lobby* del edificio.

—Ahí nos conocimos, pero no fue la primera vez que nos vimos —explicó—. Cuando iestaba con Lex, me llevó a la fiesta de un amigo. Cabello negro, ojos celestes…

¿Estaba hablando de…?

—Iker. —Chasqueó los dedos—. Lex y yo estábamos en una habitación. Tú entraste.

El recuerdo era muy vago en mi memoria; sin embargo, tenía fotogramas guardados del momento. Recordaba a una chica rubia encima de Lex. Me colgó la mandíbula.

—Juro que no vi tu rostro. Solo tu… —Me detuve y ella sonrió.

—Me viste el culo.

—Dios, lo siento. —Cerré los ojos—. El segundo que abrí la puerta me arrepentí.

Sabrina rio.

—No hay problema. La verdad, esa noche te vi romper esa botella en el jardín y a Derek ayudarte. Me molestó tanto verlo como un salvador que supe que le advertiría a la policía sobre la siguiente carrera. Quería que pagara por lo que hizo, o bueno —se corrigió—, por lo creía que había hecho. Jamás imaginé que Derek resultaría ser primo de Lex.

—¿Por qué estuviste con Lex? —cuestioné, antes de darme cuenta de que no era de

mi incumbencia—. Digo, mientras más conozco de él, más repudiable se me hace.

—Lo sé —rio para sí misma y se concentró en sus manos sobre la baranda—. A veces con tal de no estar solos, nos enrollamos con alguien para sentir algo de cariño. Leo Lex… no son los primeros ni los últimos. Solo buscaba a alguien que… estuviese ahí ¿sabes?

Desvió la mirada, y fue evidente que no se sentía bien cuando sorbió la nariz.

—Sé que no hay nada que pueda decir que lo compense, Sabrina, pero lamento lo que sucedió —dije con mucho cuidado—. No puedo ni imaginar lo que debiste sentir.

—Fue horrible. —Volvió a verme, sus ojos cristalinos—. Pero te recuperas. Llega el día en el que te despiertas y las ganas de llorar dejan de gobernarte. Solo se quedan ahí al fondo de tu mente, recordándote que en cualquier momento puedes volver a romperte.

Me apenó escucharla. No me había dado el tiempo de pensar en lo que ella había sufrido. Y, la verdad, era una historia tan triste como injusta. No quería adelantarme y confiar ciegamente en ella, por lo que no le abrí las puertas a mis verdades, pero sí decidí abrirle las de mi apoyo.

Le mostré una sonrisa, con la que quise demostrarle que, de cierta forma, podía encontrar ese cariño que buscaba sin necesidad de recurrir a alguien que se lo daría de forma momentánea.

Y ella me devolvió la sonrisa.

—¡¿Ese imbécil con moño espera que Ava se acueste con él?! —El grito de Liv fue la señal de que ya se había puesto al día.

Apagué el cigarro que apenas pude disfrutar, y volvimos al salón.

—No solo lo espera, Liv —dije, sacando de mi chaqueta el sobre que Lex me había entregado durante la cena—. Ya reservó la habitación.

Liv empezó a dar pequeños saltos como si hubiese descubierto algo, y se concentró en buscar algo dentro de su cartera.

—¡Aquí está! —Sacó un sobre cuyo sello decía—: *The Ritz-Carlton*. El mismo hotel que el de Ava. Me lo entregó el guardia del edificio, dijo que era urgente que el Keller bueno lo recibiera.

Derek tomó el sobre, lo abrió y me acerqué a él para leer:

ESTÁS CORDIALMENTE INVITADO A TU PESADILLA.
MAÑANA A LAS 10:00 P. M.
TU PRIMO PREFERIDO, ALEXANDER.

—¿Quiere que veas mientras lo hacen? —Liv hizo una mueca de asco.

—No van a hacer nada —repuso Derek—. Este es solo Lex jugando porque cree que tiene algún poder cuando no tiene ninguno. Yo lo tenía, pero ya no, aquí queda.

—¿Cómo que aquí? —Arrugué las cejas.

—No voy a permitir que por mis problemas familiares estés en un hotel con él.

—Aquí apoyo a Derek, Ava —intervino Leo desde el sofá—. Lex es peligroso.

—A mí tampoco me agrada la idea, pero si también está invitando a Derek es porque está planeando algo.

—Es lo que parece —me secundó Becca—. Los quiere a los dos ahí, pero no sabe que ustedes ya lo saben. Podrían utilizarlo a su favor.

—Odio aceptarlo, pero creo que Morti tiene razón —Liv la señaló.

Becca la vio sobre el hombro antes de decir:

—¿Puedo cambiar de lado?

Derek me tomó de la mano y me llevó al balcón para hablar en confidencialidad.

—Lex no está bien de la cabeza, Sally —dijo con seriedad—. No me fío de él.

—Yo tampoco, pero sí me fío de ti y de mí. Podemos ver qué es lo que planea y adistraerlo para que no note lo que está sucediendo en tu insecto ese. Por una vez en tu evida, podríamos intentar resolver algo juntos en vez de tú querer hacerlo solo y a escondidas.

Él observó el piso en silencio, aún no muy convencido.

—Vamos. Nos está citando a ambos. No creo que realmente quiera acostarse conmigo, solo causar problemas entre nosotros. Y en caso de que veamos que algo malo podría pasar…

—No te pasará nada —aseguró con firmeza—. No vayas por ahí.

—Lo sé. Solo digo que estaríamos juntos.

Derek se mordió el labio y contuvo su respiración unos segundos, todavía pensativo.

—La única forma que acepte esto es que… Número uno y más importante, estés a esalvo. Número dos, que te sientas cómoda. Y número tres, que no sientas ninguna obligación.

—¿Eso es un sí? —Una ligera sonrisa surgió en mis labios.

—Es un «si Lex tiene la mínima intención de tocarte, aunque sea un cabello, lo mato». Y si no tenemos un plan seguro, no haremos esto —fue determinante.

—Pues entonces hagamos uno —propuse—. Trabajemos juntos.

Él presionó los labios y tras botar el aire, dijo:

—De acuerdo, ¿qué quieres que haga?

Y yo respondí con algo que jamás pensé decir:

—Quiero que mientas.

—Quiero que mientas.



# CAPÍTULO 51

## LA VERDAD

DEREK

*Antes de la cita en el hotel.*

Esa noche vería a Ava en el Ritz-Carlton y, si bien ese encuentro me tenía con los nervio de punta, lo que estaba por ver me daba escalofríos.

Estaba en casa, con el computador en la isla de la cocina. En la pantalla, se proyectab el contenido del disco duro que había tomado —robado— de la casa de mi padre co ayuda de Wayne. El fotograma del video que esperaba ser reproducido mostraba un calle desierta apenas iluminada gracias a unos faroles.

Me coloqué audífonos para ver lo que realmente sucedió en esa carrera, pero n pude.

—¿Ya te sientes listo para esta noche, hermano? —Leo bajó las escaleras.

Cerré el computador y me quité los audífonos.

—¿Por qué tan nervioso? —Alzó una ceja, divertido—. ¿Qué estabas viendo?

Me agradó que bromeara así. Ya no lo hacía muy seguido.

—Leo… Debes ver algo.

Esta vez no bromeó. Leo me conocía como la palma de su mano, sabía cuando l hablaba de algo serio, como en esa ocasión. No le fue difícil unir los hilos.

—¿Desde hace cuánto tiempo tienes el video?

—Minutos. Aún no lo he visto.

—Mierda… —Su voz sonó nerviosa, un poco más alta de lo usual—. ¿Puedo verlo?

Asentí. Volví a abrir el ordenador, y me levanté.

—Llámame si me necesitas. —Iría a mi habitación, pero Leo me colocó una mano e el hombro.

—No —me detuvo, asustado—. Veámoslo juntos.

Con miedo en todo su semblante, se sentó en la isla, pero no le dio inicio de inmediato. Se tomó unos instantes para calmar su respiración y humedecer su boca seca.

Solo entonces, empezó el video.

Tras haber recreado el accidente con Seth, pensé que podría ver el real sin problema Sin embargo, cuando los sonidos agudos de los motores empezaron a escabullirse entre los audífonos, supe que estaba equivocado.

El coche gris que tenía en ese tiempo entró en pantalla. Iba ligeramente detrás de auto blanco que conducía aquel chico. A ambos lados de la pista, que era más angosta de lo que recordaba, había edificaciones abandonadas, por lo que era preocupante la rapidez con la que el otro coche alternaba carriles. Era evidente que quien iba al volante lo hacía para evitar que Leo lo adelantara, pero no era seguro a esa velocidad ni en el estado en el que se encontraba.

Sus llantas laterales escapaban de la pista, patinaban sobre el césped seco a su derecha, saltaban chispas por el momentáneo contacto con la pared de grafiti, y con un giro del volante, volvía a la autopista. Repitió esa maniobra varias veces.

Tanto Leo como yo sabíamos que la vida del chico terminaría antes de que el video lo hiciera, así que me permití pensar en lo que él podría haber hecho para ayudarlo esa noche.

Ya que el coche blanco perdía velocidad con los cambios de carril, habría aprovechado cuando estaba en el lado izquierdo para colocarse en el derecho y mantener una velocidad idéntica a la del chico. No aceleraría, solo se comportaría como una barrera entre él y el muro de concreto.

Los hombros de Leo se tensaron cuando lo vimos hacer lo mismo que acababa de pensar. El coche blanco intentó regresar al carril derecho, pero esa vez no pudo. Leo lo evitaba.

En un ademán por querer recuperar su ventaja, el coche blanco aceleró y giró con fuerza el volante. Supe que eso sería lo que lo mataría.

Sus ruedas patinaron y la parte trasera del coche golpeó el del Leo, causando que este impactara contra el muro y las bolsas de aire se activaran. El auto blanco se volteó sobre sí mismo. Una, dos, tres vueltas de campana.

De pronto, el video quedó en silencio. Ya no se oían los vidrios rompiéndose, ni el metal crujiendo sobre el asfalto.

Leo no hizo nada. Se quedó quieto unos minutos, con el pecho levantándose velozmente.

Con una mano temblorosa retrocedió el video y lo pausó donde el coche blanco

golpeaba al gris. Se llevó las manos a la frente y arrugó los ojos. No podía dejar de temblar.

—Leo… —Puse una mano en su hombro.

—No fue mi culpa —dijo él en aliento.

Negué con la cabeza.

—No fue tu culpa, hermano.

Leo, aliviado, se echó a llorar en mi abrazo. Después de tantos meses, al fin lo sentí respirar, como si la culpa que le presionaba el pecho finalmente se hubiera esclarecido.

—Te accidentaste porque intentaste ayudarlo —dije, palmeándole la espalda—. Eso fue lo que realmente sucedió. No eres culpable.

Leo asintió antes de recordar:

—Sabrina…

—Acabo de llamarla. Está en camino.

—Bien. Debe… —se secó el rostro— debe saber qué sucedió.

Fueron veinte minutos los que tardó Sabrina en llegar y fue necesario solo un minuto para descubrir la forma en la que su novio perdió la vida.

Le dimos espacio en la cocina, mientras que nosotros esperábamos su reacción en el salón, con la vista en el suelo. Cuando escuchamos el banco correrse, supimos que Sabrina se acercaba a nosotros. Tenía los ojos hinchados y su piel había adquirido tonalidades rojizas bajo sus ojos y su nariz.

Limpió una lágrima antes de hablar.

—Gracias por llamarme, Keller. No tuvo que haber sido sencillo decidirlo.

—Merecías conocer lo que sucedió —contesté—. ¿Estás bien?

—Lo estaré —respondió ella antes de limpiarse otra lágrima y caminar al ascensor.

—Espera. —Leo se acercó, y ella se detuvo, expectante a lo que diría—. Ahora sé que no fue mi culpa, pero siempre lamentaré lo que sucedió. Siempre.

Sabrina le mantuvo la mirada, y ya no había rencor en sus ojos. Solo tristeza por lo que pasó, y paz por saberlo.

—Gracias, Leo… por intentarlo. —Entró al ascensor y trató de formar una sonrisa— íNos vemos por ahí.

Leo alzó una comisura y asintió.

—Nos vemos, Sabrina.

golpeaba al gris. Se llevó las manos a la frente y arrugó los ojos. No podía dejar de temblar.

—Leo… —Puse una mano en su hombro.

—No fue mi culpa —dijo él en aliento.

Negué con la cabeza.

—No fue tu culpa, hermano.

Leo, aliviado, se echó a llorar en mi abrazo. Después de tantos meses, al fin lo sentí respirar, como si la culpa que le presionaba el pecho finalmente se hubiera esclarecido.

—Te accidentaste porque intentaste ayudarlo —dije, palmeándole la espalda—. Eso fue lo que realmente sucedió. No eres culpable.

Leo asintió antes de recordar:

—Sabrina…

—Acabo de llamarla. Está en camino.

—Bien. Debe… —se secó el rostro— debe saber qué sucedió.

Fueron veinte minutos los que tardó Sabrina en llegar y fue necesario solo un minuto para descubrir la forma en la que su novio perdió la vida.

Le dimos espacio en la cocina, mientras que nosotros esperábamos su reacción en el salón, con la vista en el suelo. Cuando escuchamos el banco correrse, supimos que Sabrina se acercaba a nosotros. Tenía los ojos hinchados y su piel había adquirido tonalidades rojizas bajo sus ojos y su nariz.

Limpió una lágrima antes de hablar.

—Gracias por llamarme, Keller. No tuvo que haber sido sencillo decidirlo.

—Merecías conocer lo que sucedió —contesté—. ¿Estás bien?

—Lo estaré —respondió ella antes de limpiarse otra lágrima y caminar al ascensor.

—Espera. —Leo se acercó, y ella se detuvo, expectante a lo que diría—. Ahora sé que no fue mi culpa, pero siempre lamentaré lo que sucedió. Siempre.

Sabrina le mantuvo la mirada, y ya no había rencor en sus ojos. Solo tristeza por lo que pasó, y paz por saberlo.

—Gracias, Leo… por intentarlo. —Entró al ascensor y trató de formar una sonrisa—. Nos vemos por ahí.

Leo alzó una comisura y asintió.

—Nos vemos, Sabrina.



# CAPÍTULO 52

## EL HOTEL

*Tras salir del vestíbulo del hotel.*

Estaba tan molesta que no me habría sorprendido que me saliera humo por las orejas.

Crucé las puertas del hotel sintiéndome corta de respiración, pero también conforme con cómo habían salido las cosas esa noche. Frente a los ojos de Lex, mi relación con Derek estaba empezando a destruirse.

Debía sentirme satisfecha porque las cosas habían salido tal cual las habíamos planeado, pero tampoco era tan sencillo, porque estábamos empezando un juego que no sabíamos quién ganaría.

Giré sobre la acera y aceleré el paso lejos de ese maldito lugar para poder detener un taxi. Lo iba a hacer cuando alguien me tomó del brazo y me metió a un callejón entre calles.

—¡Ah! —Una mano me cubrió la boca y pensé que iba a morir.

—Soy yo, Sally. —Oí el murmullo de Derek en mi oído y mi sistema de alerta dejó de sufrir espasmos.

—¡Joder, no me asustes así! —murmuré—. Y tampoco deberías estar aquí. Lex podría salir en cualquier momento.

—Por eso estamos en un callejón y no en un parque.

Cuando llegamos al final del callejón, mi primera reacción fue pasar mis brazos alrededor de su cuello con fuerza. Después de esa actuación, necesitaba sentirlo cerca de mí. No enfadado ni decepcionado, solo… allí conmigo.

Una fuerte calma me recorrió al sentirlo envolverme en un abrazo. Su aroma era familiar y tranquilizante, mientras que el mío era desconocido e incómodo.

—¿Estás bien? —me preguntó con delicadeza después de depositar un beso en m cabello.

—Tan bien como lo estás tú. —Terminé el abrazo.

—Lamento que hayas tenido que hacer esto. Fue lo que quise evitar en primer lugar.

—No es problema. Lo que me preocupa es lo que deberemos hacer mañana. Iré cor Lex al evento de tu escudería —le expliqué el plan más reciente de su primo—. Tendré que ser mala. Sin comparación con lo de hoy.

—Lo entiendo…

—Tú también tendrás que lastimarme, Derek. Si queremos que crea que te estoy perdiendo, tienes que decepcionarte. Mírame como si me odiaras y háblame cor desprecio.

Cerró los ojos y sus manos se posaron en mi cintura. Juntó su frente a la mía y suspiró logrando que toda mi piel se erizara.

—Me estás pidiendo lo imposible, Sally.

—Te estoy pidiendo lo necesario —devolví en un susurro—. Solo hazlo, ¿sí? No pienses y hazlo.

Tras unos instantes en los que compartimos la respiración, asintió.

Y, entonces, me sentí bien.

Sus manos me sostenían contra la pared del callejón. Sus labios estaban a poco centímetros de los míos y sonreí con delicadeza mientras las puntas de nuestras narices rozaban. Me sentía cómoda. El lugar y el momento eran los peores, pero me sentía cómoda con él.

—No… —negó, su frente aún sobre la mía—, no sonrías.

—¿Por qué?

—Porque no puedo estar molesto si sonríes.

Con ello solo pude sonreír más, y una muy pequeña sonrisa también se formó en Derek.

—¿No crees que todo esto es algo divertido? —pregunté.

—¿Insultarnos te parece divertido?

—No, no. Me refiero a lo que estamos haciendo. Olvidando lo jodida que está la situación, es entretenida —confesé—. Solo mira dónde estamos. Me da nervios, pero la adrenalina de engañarlo, la emoción de pretender, es excitante. Como de película.

—No hay nada que sea más de película que besarse en un callejón.

Vio mis labios con necesidad; después, mis ojos con cariño.

—¿Qué dices?

Sin dudar, lo tomé del borde de su camisa y lo acerqué a mí, uniendo nuestros labios.

Tan solo dos días atrás habíamos tenido nuestra primera cita, así que el recuerdo de sus besos no era lejano, pero un recuerdo nunca le hacía justicia a la realidad. En especial cuando de Derek se trataba.

Su pecho impactó con el mío y mis manos subieron por su cuerpo hasta posarse en la parte trasera de su cuello. Las suyas me envolvieron por completo, y simplemente disfruté del juego insaciable de nuestras lenguas. Su aire era mi aire, mi espacio era el suyo, él era mío y yo era suya.

Y acepté que entre sus brazos quedaba el lugar donde quería estar. Lamentablemente debíamos esperar un poco más.

—Debemos irnos… —repuse con la voz débil.

—Joder, pienso mandar el plan a la mierda con tal de no separarme de ti.

—Sabes que tengo razón —reí alejándolo. Una sonrisa comprensiva se formó en sus labios y vi que le había dejado rastro de labial.

Limpié con una de mis manos el resto de mi maquillaje.

—Tenemos que irnos, por separado —dije, viendo la calle y él asintió.

—Ten cuidado, ¿sí?

Llevé una mano a su mejilla y lo hice verme.

—No creas nada de lo que te diga mañana, ¿de acuerdo?

Él besó el interior de mi mano y su gesto se tornó tranquilizador.

—Jamás lo haría.

Me acerqué para darle un último beso en los labios, uno corto y tranquilo, a diferencia del anterior, y terminé de acomodar mi abrigo para irme. Metí mis manos en los bolsillos a medida que daba unos pasos fuera; sin embargo, antes de salir por completo, lo oí:

—Sally…

Me di la vuelta sobre los talones y lo hallé rendido, su semblante consciente de la situación, y mi corazón se achicó al oír su pedido.

—Destrúyeme. Si alguien es capaz de hacerlo, eres tú.

Tan solo dos días atrás habíamos tenido nuestra primera cita, así que el recuerdo de sus besos no era lejano, pero un recuerdo nunca le hacía justicia a la realidad. En especial cuando de Derek se trataba.

Su pecho impactó con el mío y mis manos subieron por su cuerpo hasta posarse en la parte trasera de su cuello. Las suyas me envolvieron por completo, y simplemente disfruté del juego insaciable de nuestras lenguas. Su aire era mi aire, mi espacio era el suyo, él era mío y yo era suya.

Y acepté que entre sus brazos quedaba el lugar donde quería estar. Lamentablemente, debíamos esperar un poco más.

—Debemos irnos… —repuse con la voz débil.

—Joder, pienso mandar el plan a la mierda con tal de no separarme de ti.

—Sabes que tengo razón —reí alejándolo. Una sonrisa comprensiva se formó en sus labios y vi que le había dejado rastro de labial.

Limpié con una de mis manos el resto de mi maquillaje.

—Tenemos que irnos, por separado —dije, viendo la calle y él asintió.

—Ten cuidado, ¿sí?

Llevé una mano a su mejilla y lo hice verme.

—No creas nada de lo que te diga mañana, ¿de acuerdo?

Él besó el interior de mi mano y su gesto se tornó tranquilizador.

—Jamás lo haría.

Me acerqué para darle un último beso en los labios, uno corto y tranquilo, a diferencia del anterior, y terminé de acomodar mi abrigo para irme. Metí mis manos en los bolsillos a medida que daba unos pasos fuera; sin embargo, antes de salir por completo, lo oí:

—Sally…

Me di la vuelta sobre los talones y lo hallé rendido, su semblante consciente de la situación, y mi corazón se achicó al oír su pedido.

—Destrúyeme. Si alguien es capaz de hacerlo, eres tú.



# CAPÍTULO 53

Tuve que subir trece eternos niveles a pie desde la quinta planta hasta la dieciocho para que la cámara del elevador de nuestro edificio no me viera entrar a casa de Derek.

Me había bajado de la camioneta de Leo cuadras antes para que las cámaras de seguridad me vieran entrar al edificio sola. Podría estar algo paranoica, pero que Lex tuviera algún acceso a las cámaras del edificio no sonaba tan extraño, en especial considerando que sabía que vivíamos en el mismo. Sin embargo, las de las escaleras llevaban un tiempo sin funcionar, así que pensé que podía utilizarlas. Solo no creí que me cansaría tanto, *Madonna*.

Sin fuerza, empujé la puerta de emergencias que desembocaba detrás de la cocina y entré al salón, donde Derek se estaba quitando el saco que había llevado al evento donde nos rompimos el corazón.

—Esto de tener que ocultarnos es más cansado de lo que pensé —dije, acercándome a él.

Al notarme, sonrió, pero sus ojos se fijaron en mis pies descalzos.

—¿Y tus tacones?

—Me los saqué en el nivel diez. —Exhausta, los levanté con una mano—. Pensé dejarlos, pero son muy lindos. Aunque no creo poder usarlos de nuevo. Ya no siento los pies.

Rio, dejando su saco en el sofá, y me dio el encuentro a medio camino.

—Te dije que podía ser yo quien bajara a tu departamento.

—Pues ya me arrepentí de haberme negado.

—Ven, apóyate en mí. —Se agachó para pasar un brazo por mis piernas y otro por mi espalda, levantándome del suelo—. Subiste trece niveles para verme. Lo mínimo que puedo hacer es ahorrarte uno más.

*Bienvenidas de vuelta, mariposas de mi estómago.*

Oculté una sonrisa y me apoyé en su pecho.

—¿Y los primos? —pregunté al no verlos ni en la primera ni en la segunda planta.

—Leo fue a ver a Becca, y Liv dijo que tenía que darse un baño con sales para deshacerse de las energías negativas de Lex.

Tenía sentido.

Me depositó con delicadeza en su cama y su aroma impregnado en las almohadas me recibió. Se sentó en el colchón y colocó mis tobillos en su regazo… para masajear mis pies.

Quería comérmelo a besos, pero había algo que necesitaba hacer antes. Me senté sobre las sábanas, aún con mis pies sobre sus piernas.

—Discúlpame —dije y, al obtener un ceño fruncido, expliqué—: por lo que pasó allá con Lex. Mencionarla a ella, decir que fue tu culpa… Lo siento tanto.

Le restó importancia negando con la cabeza, a pesar de que se notaba que siempre su mención le afectaba.

—Tenías que hacerlo. Lo habíamos planeado.

—Lo sé, pero eso no quiere decir que se sintiera correcto. —Acuné una de sus mejillas—. Nada de lo que dije fue o será cierto. Jamás.

Él asintió con comprensión.

—Y tampoco lo que yo dije.

—Lo que tú me dijiste no se compara con lo horrible que te dije yo, no te preocupes.

—Sí lo hace. —Por un momento, dejó el masaje—. Sé que de pequeña pensabas que no eras suficiente, pero no puedo pensar en una sola persona que no estaría fascinada de ser parte de tu vida solo porque tú estás en ella. Y cualquiera que quiera irse comete un grave error. Si antes estaba seguro del valor que tienes, ahora pondría las manos al fuego para evitar que pensaras lo contrario.

Mi corazón se encogió.

—Sí vales la pena. Lo vales todo. Así que nunca le creas a cualquier imbécil que te diga que no lo haces, yo incluido.

La niña de seis años que vivía dentro de mí sonrió.

—Gracias —dije, conmovida.

Besó la palma de mi mano y al ver su sonrisa supe que jamás quería verla desaparecer. Él tenía el poder de lastimarme y yo, de lastimarlo; solo deseaba que jamás lo utilizáramos.

—No quiero que eso nos suceda. Podemos estar peleados o no soportar vernos la cara… pero no lastimarnos así. Nunca.

Y él me aseguró:

—Nunca.

—Y no eres un imbécil —corregí—. Eres tierno.

—¿*Stronzo* no significa imbécil?

Oh.

—Bueno, no exactamente, pero supongo que sí eres un *stronzo* a veces. —Ladeé la cabeza y él sonrió—. ¿Cómo sabes lo que significa?

Arrugó los labios, mientras sus manos se posaban en mis caderas.

—Me parece haber visto la definición por ahí.

—¿Por ahí? —Fruncí el ceño—. ¿A qué…?

Derek me atrajo hacia él, deslizándome sobre las sábanas, y caí sobre mi espalda. Se acolocó sobre mí y nuestros rostros quedaron a pocos centímetros.

—No podemos tener ni una conversación seria —lo regañé, pero él se limitó a sonreír.

—Es que me gusta tocarte.

Las mariposas murieron de un infarto cuando se acercó a mi cuello. La punta de su nariz trazó líneas desde detrás de mi oreja hasta mi mandíbula, causándome escalofríos. Depositó suaves y cortos besos hasta que se detuvo por un segundo.

—Hueles a su perfume —notó en un susurro. Salió del hueco de mi cuello y recorrió mi cuerpo con la mirada—. Llevas el vestido que te dio. —Regresó su vista sobre mi labios y trazó el contorno con su pulgar—. Te besó…

Se levantó de la cama y me tomó de las manos para que yo también lo hiciera.

—¿Qué haces? —le pregunté, posando ambos pies en el suelo.

Él contestó, decidido:

—Voy a eliminar de tu cuerpo y de tu mente todo rastro de él.

Me guio por su armario hasta entrar al baño y sus manos dejaron de sostener las mía solo para abrir la llave de la moderna ducha. El agua empezó a caer con libertad y la comisura de sus labios se alzó en una coqueta sonrisa.

—Así que quieres darme una ducha. —Alcé una ceja, entretenida.

—Si me lo permites —utilizó un tono incitador al acercarse más a mí.

Alcé la mirada para no perder el contacto visual y presioné los labios en una sonrisa cuando acercó una mano al cierre lateral que me mantenía presa al vestido.

—¿Puedo?

Asentí, porque si abría la boca era para besarlo hasta que amaneciera, y no quería apresurarlo cuando lucía tan decidido.

El agua cayendo en gotas se mezcló con el sonido del cierre dejando mi piel al descubierto. Sus palmas se dirigieron a mis hombros y dejaron caer las delgadas tiras, y junto a ellas, todo mi vestido.

Nuestra cercanía era la suficiente para que nuestras narices jugaran entre ellas, para que nuestros alientos se unieran en suaves y rendidos suspiros, pero siempre jugando provocando.

Salí del vestido, sin quebrar el contacto con sus ojos, aunque los suyos se dedicaran a recorrer cada centímetro de mi cuerpo solo cubierto por mis bragas.

—Te falta algo —dije.

—Sé paciente. —Sus dedos se colaron por el borde de mi ropa interior—. Sabes que me gusta tomarme mi tiempo contigo. —La deslizó por piernas y cayó al suelo.

Mi pecho, ya agitado por el vapor pesado y caliente que se apropiaba del baño empezó a elevarse aún más al ver su mandíbula tensarse a causa de mi desnudez.

—¿Cómo pude sobrevivir tanto tiempo sin ti, Ava?

Dios, cuando me llamaba por mi nombre, mi interior ardía.

—Ya estoy aquí —le aseguré en un susurro, llevando mis manos a su camisa para liberar los botones uno a uno. Estirando mis palmas, sentí su cuello, sus hombros, y le saqué la camisa de un suave tirón. Sin quitar mis ojos de los suyos, abrí el botón de su pantalón, bajé el cierre y, segundos después, el pantalón junto al bóxer, dejándolo expuesto solo para mí.

Derek vio mis labios y, tras pasar saliva con fuerza, murmuró:

—Entra a la ducha.

Madre mía.

Hice lo que pedía, y me quedé bajo el agua caliente. Escuché sus pasos seguirme hasta colocarse detrás de mí, pero no me tocó. Tampoco me dio la vuelta.

Vi una de sus manos tomar el gel de ducha y verterlo sobre la otra.

—¿Qué pretendes? —cuestioné.

—Me permitiste bañarte —susurró en mi oído—. Voy a hacer precisamente eso.

Frotó un poco sus manos para crear espuma y la deslizó por mis brazos, frotando con una lentitud tortuosa. Mientras el agua relajaba mis músculos, él los tensaba a atormentarme. Me recorrió hasta llegar a mis hombros y allí tardó más. Las yemas de sus dedos crearon círculos de espuma en mi piel y el aroma cítrico del gel me danzó en la nariz. Mi nuca, mi cuello, mi escote, toda la zona que había perfumado horas antes fue lavada por sus manos, que se movían con parsimonia, pero firmeza.

—Derek… —Una de sus manos se deslizaba por mi cuerpo, presionando el contorno de mis pechos y dejando la piel ardiendo tras su tacto—. ¿Por qué me provocas así?

Pude sentir la sonrisa soberbia creciendo en sus labios pegados a mi oído.

—Pero si solo te estoy enjabonando… —dijo como si fuera un ángel.

Su inocencia se esfumó con el vapor cuando empezó a jugar con la punta erguida de

amis pechos. Su tacto me hizo apoyar la cabeza en su hombro, respirando con pesadez, y ,sentí el agua en forma de lluvia caer sobre mí.

—Estás haciendo más que eso…

a —Tienes razón, hago mal —concordó con falsa pureza, siempre tentando—. Mejo me detengo… —Sentí su mano alejarse, pero antes de que lo hiciera, la deslicé a m intimidad.

e —No te detengas.

Mis palabras fueron suficiente incentivo. Empezó a presionar, estimular y hacerm ,jadear. El entorno —su respiración en mi oído, su cuerpo caliente cubriéndome, el agu cayendo sobre nosotros— era ideal para volvernos locos. Sentí sus palmas en mis cadera para girarme.

Y fue ahí que lo vi.

a El cabello castaño mojado, más oscuro y desordenado, las gotas de agua cayendo po esu rostro, los labios rosados entreabiertos y húmedos, los ojos cafés llenos de dese uenmarcados por un par de cejas oscuras que solo lo hacían ver más peligroso e incitante oLucía como una fantasía y, en ese momento, estaba cumpliendo una de las mías.

Posó su índice bajo mi barbilla y me hizo levantar el rostro, curvando mi cuello haci atrás para dejar mis labios a su merced.

—Cuando recuerdes este día, quiero ser yo la única persona que te besó porque tú as lo querías.

, Se acercó a mí y unió nuestros labios en un exigente beso.

No había nadie que pudiera compararse con Derek, con el efecto que tenían su labios en los míos. Decían que veías fuegos artificiales cuando besabas a alguien, pero cuando besaba a Derek, éramos nosotros los que explotábamos, iluminando un cielo oscuro con nuestros colores opuestos.

ı Me aferré a sus brazos, buscando aliviar mi necesidad por él, y mi mente empezó a lsumergirse en el vapor que nos envolvía.

s —Sostente, no quiero que te caigas —dijo entre mis labios.

a —¿Por qué me cae…?

e Mis palabras se volvieron jadeos cuando Derek se arrodilló y enterró su rostro en m intimidad. Apoyé una de mis manos en la pared para no ceder a la debilidad de mi odillas. Tomó mis muslos y se acercó aún más a mi centro, si es que era siquiera posible Atrapé su cabello entre mis dedos y cerré los ojos para disfrutar de él. No era la primer vez que lo sentía así, pero fue mejor.

Cada succión de su boca se tradujo en un gemido mío más alto. Pasé de sostener su ecabello a aprisionarlo entre mis dedos para controlar las maravillosas sensaciones que en

yese momento se dispersaban por mi cuerpo con más rapidez que las gotas calientes de agua.

El ambiente pesado, su experta lengua eliminando mi cordura, sus manos en mi piel rverlo arrodillado frente a mí… La única razón por la que mi mente no se despegaba de imi cuerpo era porque Derek me sostenía con su rostro entre mis piernas.

Una dulce sensación me obligó a ensortijar mis pies, pero no quería, aún no.

—Para, para. —Lo incité hacia arriba sosteniéndolo del rostro—. Te quiero a ti eadentro.

a Uní nuestros labios en un desesperado beso, sintiendo mi rastro en sus labios, y me senvolvió por la cintura. Podía sentir su excitación contra mi vientre, y la envolví con una de mis manos para crear en él lo que había creado en mí.

Me guio hasta que mi espalda chocó con la pared de la ducha. El frío me estremeció ral inicio, pero su cuerpo caliente me cubrió por completo, y olvidé incluso qué era sentir ofrío.

. —Espera aquí, voy por un condón. —Me dio un corto beso, pero no le permití irse.

—Puedo tomar la pastilla.

a Abrí los ojos después de minutos cerrados y volví a encontrarme con el café de sus iris.

í —¿Segura?

Asentí.

Estampó sus labios contra los míos con necesidad. Una de sus manos se estiró bajo mi smuslo para levantar mi pierna, dejándola junto a su cadera. Apoyó la otra mano en la ,pared, por lo que fui yo quien alineó su punta con mi entrada, y en el instante en que lo osentí me estremecí.

Mi frente halló refugio en la suya cuando empezó a entrar en mí, y busqué aire adentro del vapor pesado que nos rodeaba. Su brazo me rodeó por la espalda y me acercó más a él para terminar de llenarme, por primera vez, sin impedimento.

—Te sientes muy bien… —susurré en un jadeo, pero mi cuerpo se debilitó aún más a ver su expresión extasiada.

i —Tú te sientes perfecta.

s Derek me besó y apenas me acostumbré al ritmo de nuestras lenguas, tuve que .adaptarme al de su pelvis, que empezaba a embestirme.

a Mientras él sostenía una de mis piernas para que la posición fuese idónea, puse de puntillas mi otro pie para ganar algunos centímetros. El beso perdió fuerza cuando sus ıembestidas la ganaron, así que ocupé mi boca en su mandíbula, mordisqueando y ıdejando besos en su piel. Mis labios llegaron a su cuello y su aroma me dio una cálida

ebienvenida. Aquel perfume que me había enloquecido desde el primer momento no
había desaparecido, y seguí mi juego mientras marcaba su pecho con mis uñas. Cuando
,lo sentí gemir, sonreí.

e —Me distraes, Ava —habló con la voz grave, pícara, sin dejar de moverse en m
interior.

—Sigue llamándome «Ava» y te distraeré aún más.

, Volví a sonreír por mi advertencia y arrastré mis dientes por su cuello, obteniendo
otro gruñido masculino que me causó vibraciones del mejor tipo.

e —Creí que lo que querías era que te llamara siempre por tu nombre.

a —No lo haces siempre. Lo haces cuando estás excitado, y que lo hagas me excita a mí
así que no dejaré de besarte.

ó Regresé a sus labios sosteniéndolo por la nuca. Nuestro beso se terminó con e
rchasquido de nuestras lenguas y supe que lo había provocado cuando vi sus ojos
oscurecerse, ebrios de placer.

—Rodéame con las piernas.

Al segundo, mis piernas lo rodearon por la cintura. Por el movimiento, salió de mí
spero volvió a entrar con fuerza cuando me dio la vuelta en el sitio y mi espalda chocó con
la pared opuesta.

Jadeé, pero mi exclamación murió en su boca. Sus suaves labios se movieron sobre los
míos, dominándome, y, cuando su cadera apretó la mía, un gemido escapó.

i Sus manos dejaron mis muslos, por lo que presioné mis piernas a su alrededor, y se
adirigieron a mis caderas. Mis labios entreabiertos eran presos de su sonrisa excitada. E
pagua que caía de su rostro lo hacía ver diez veces más sexy. La rigidez de su mandíbula
me indicaba lo dominante que podía llegar a ser. Su abdomen mojado se marcaba con
ecada embestida hacia mi centro. Su pelvis se movía en pequeños círculos, jugando
ohaciéndome jadear cada vez más, y llevaba aquella mirada peligrosa que me invitaba a
pecar con él.

l La jodida imagen era inigualable.

—Es mejor cuando no me distraes —murmuró con la voz grave y llena de ganas.

Me elevó, separándonos un poco, solo para bajarme a su encuentro y embestirme con
efuerza.

—Mierda… —Tiré la cabeza para atrás.

e —¿Ves? —Oí su susurro soberbio—. Déjame a mí distraerte a ti.

s Lo callé juntando de nuevo nuestros labios. Era incapaz de tener suficiente de los
ysuyos, me había vuelto adicta, en especial cuando mi cuerpo ardía por tenerlo dentro de
amí.

A partir de ese momento sus movimientos fueron más duros, tocando todos lo puntos correctos, y mis brazos tuvieron que hallar apoyo en sus hombros. Mis manos se enterraron en su cabello con más fuerza tras cada embestida, y las suyas se encargaron de tomar con fuerza mis caderas, haciéndonos uno solo.

El sonido de nuestros cuerpos era amortiguado por el del agua deslizándose en nuestra piel y desapareciendo en el suelo, mas no el de nuestras voces de placer que ninguno de los dos podíamos controlar más.

Y ese punto… cuando presionó ese punto perfecto con su pulgar sin dejar de moverse dentro de mí fue que mi piel empezó a arder. Mis muslos se tensaron en sus caderas ,cuando esa dulce y familiar sensación regresó, pero no la detendría.

Derek se percató de ello cuando sintió mis paredes internas tensarse a su alrededor y llo tomó como la indicación perfecta de terminar de atormentarme. La proximidad del sorgasmo se redujo cuando me sostuvo del cuello y aceleró el movimiento, viéndome fijamente. Si solo verlo me causaba escalofríos, en ese momento fue el golpe final para lograr satisfacerme. No tardé en sentir esa tensión hacerse con mi cuerpo, los temblores ,apropiarse de mí, y los descontrolados gemidos que escaparon de mis labios llevaron el nombre de Derek en ellos.

A él le tomó un poco más de tiempo y dejé besos en la curva de su mandíbula smoviéndome a su compás, hasta que lo sentí llegar al tope. Me sentí vacía cuando salió de improviso, pero comprendí el porqué.

Terminó afuera, su frente apoyada en la mía, y lo besé para que sus últimos suspiros lquedaran en mi boca, al igual que los míos lo habían hecho en la suya.

Pronto nuestras respiraciones pesadas dejaron de aportar al baño empañado y solo noímos el ruido del agua chocar nuestros cuerpos. Los dulces murmullos de Derek en mi ,oído y sus caricias en mis muslos terminaron de tranquilizar mi temblor y, aún con mis abrazos apoyados en sus hombros, exhaustos y jugando con los cabellos mojados de su nuca, le confesé:

—Esta era una de mis fantasías. Sexo en la ducha.

Sonrió y me buscó la mirada, por lo que abrí mis ojos cansados.

—¿Le hizo justicia? —preguntó, interesado.

—Superó las expectativas.

Después de esa intensa ducha, nos dimos una real entre besos hasta que nos acostamos en su cama, pero no nos dormimos de inmediato. Solo… estuvimos allí por horas, juntos.

Sus delicadas caricias en mi espalda sobre la tela de una de sus camisetas me daban una sensación de hogar que quería embotellar y guardar para siempre; mientras, yo hacía caricias similares en su pecho desnudo. Trazaba su tatuaje de brújula cuando su móvil empezó a sonar.

—Te están llamando —murmuré.

—No interesa —rechazó, acariciando mi cabello.

Me levanté de su pecho para verlo.

—A esta hora no es normal. ¿Y si es importante?

—Lo único importante es quien está acostada en mi cama en este preciso momento.

—Por cursi vas a perder una llamada que puede ser de vida o muerte —advertí vestirándome sobre él para alcanzar su celular y dárselo.

Suspiró mostrando su desacuerdo y lo tomó.

—Más te vale tener una muy buena razón para llamarme —advirtió, pero tras un par de segundos, su humor cambió por completo—. ¿Estás seguro de que es mi Ava?

Al oír mi nombre y ver su rostro dudoso, me senté en la cama, asustada.

—¿Qué pasa? ¿Quién es?

—Wayne encontró tu nombre en una lista de invitados en la computadora de Lex.

—¡¿Qué?! —grité en susurros, saltando bajo la sábana—. ¡Pon el altavoz!

Me hizo caso y sostuvo el móvil entre nosotros.

—Seguro, es Ava Muller, tu novia.

Derek y yo subimos la mirada en simultáneo. Yo ladeé la cabeza; él presionó los labios

—Así que vas por la vida diciendo que soy tu novia…

—Cállate y escucha —ordenó, y contuve una risa. Él se dirigió a Wayne—: Eso quiere decir que lograste acceder a sus archivos.

—Solo algunos —informó la voz masculina—. Hay dos archivos que están más protegidos que el resto y aún no puedo descifrar la encriptación, tomará más tiempo pero puse una alerta en caso de que el virus halle un nombre relacionado contigo. Así encontré el de Ava.

—Hola —intervine—, aquí Ava. ¿Dónde me encontró exactamente?

—Buenas noches, señorita. Se trata de una lista de invitados para un evento, cuya dirección coincide con la ubicación actual del computador.

—Lex vive en un departamento, pero mi tío le dejó una casa cerca de donde vivían mis padres y el tuyo. Allí se activó el insecto de Wayne —me explicó Derek, antes de dirigirse a Wayne—: Busca más información acerca de esa lista y dame un reporte de esos archivos encriptados. Si los protege, tiene una razón para hacerlo.

Tras aceptar, se terminó la llamada y con ella perdimos la calma que llevábamos

Volvimos a acostarnos, y suspiros de preocupación gobernaron el ambiente.

—Ya me volví a estresar.

Me abrazó y dejó un beso en mis labios.

—Tranquila, yo me encargo.

—¿Y… —oculté los labios, tamborileando los dedos en su pecho— también puede encargarte de comprar mi pastilla? Es que me da vergüenza.

Presionó las cejas con gesto entretenido.

—Los trabajadores de las farmacias juzgan mucho, en especial si te ven joven, y yo tengo diecinueve —me defendí—. Tú, en cambio, no tienes vergüenza de nada y cuando no te afeitas pareces de veintisiete, ¿así que me compras la pastilla, por favor?

Formé una gran y persuasiva sonrisa y rocé nuestras narices, tratando de ser la persona más tierna del mundo, pero Derek me vio con una sonrisa divertida.

—No tienes que convencerme. Iba a hacerlo de igual modo —confesó, dejando un beso en mi frente—, pero no vuelvas a decir que parezco de veintisiete.

Reí, acomodándome en su pecho, y asentí.

—De acuerdo, anciano.

—Tú lo pediste.

Nos cubrió con las sábanas y mis risas murieron en sus labios.

Volvimos a acostarnos, y suspiros de preocupación gobernaron el ambiente.

—Ya me volví a estresar.

Me abrazó y dejó un beso en mis labios.

—Tranquila, yo me encargo.

—¿Y… —oculté los labios, tamborileando los dedos en su pecho— también puedes encargarte de comprar mi pastilla? Es que me da vergüenza.

Presionó las cejas con gesto entretenido.

—Los trabajadores de las farmacias juzgan mucho, en especial si te ven joven, y yo tengo diecinueve —me defendí—. Tú, en cambio, no tienes vergüenza de nada y cuando no te afeitas pareces de veintisiete, ¿así que me compras la pastilla, por favor?

Formé una gran y persuasiva sonrisa y rocé nuestras narices, tratando de ser la persona más tierna del mundo, pero Derek me vio con una sonrisa divertida.

—No tienes que convencerme. Iba a hacerlo de igual modo —confesó, dejando un beso en mi frente—, pero no vuelvas a decir que parezco de veintisiete.

Reí, acomodándome en su pecho, y asentí.

—De acuerdo, anciano.

—Tú lo pediste.

Nos cubrió con las sábanas y mis risas murieron en sus labios.



# CAPÍTULO 54

El día siguiente llegó eventualmente y, después de tomar mi pastilla, salí de departamento de Derek para ir al de Liv. Iba a entrar a mi habitación, pero me fue imposible al ver un culo desnudo en la cocina.

—*Dio Santo!* —exclamé, causando que el hombre se diera la vuelta.

—¡Mi niña! —me recibió, abriendo los brazos con entusiasmo.

Rafael.

¡Rafael desnudo!

—Joder. —Me cubrí los ojos con una mano y troté al salón para tomar un cojín y aventárselo—. ¡No puedes andar desnudo en casa de otras personas!

Lo oí reír y vi entre mis dedos que ya se había tapado con el cojín. Ahora, un cuadrado turquesa me permitía ver su abdomen marcado y sus piernas expuestas.

—Perdón, mi niña. Olvidé que no traía ropa.

—¡¿Cómo es que alguien olvida eso?! ¡¿Y qué haces así?!

—¡Ya encontré las espos…! —Mi amiga salió de su habitación con un artefacto en las manos y un vestido de seda. Al verme, una sonrisa alegre se formó en su rostro—. ¡Linda!

—¿Ustedes…? —Los señalé.

—Queríamos decírtelo, pero has estado algo ocupada últimamente.

—Decirme que… ¿están juntos?

Liv y Rafael se vieron y soltaron una fuerte carcajada en simultáneo, como si la idea fuese ridícula.

—Estamos pasándola bien, nada más —afirmó él, caminando con el cojín.

—Sí. Solo ha pasado un par de veces —dijo Liv—. ¿Tienes algún problema con esto? Porque, si es así, el galán puede irse y nos castigas con tiempo de abstinencia.

—No, no. No es como si tuvieses que pedirme permiso —reí, aún asombrada— Pueden hacer lo que quieran… con los juguetes que quieran.

Ellos volvieron a conectar miradas, sin cohibición, y compartieron una sonrisa pervertida.

—Antes de que hagan lo que sea que quieran hacer —los detuve—, ¿puedo hablar contigo, Rafo?

Mi amigo desnudo asintió y Liv se acercó a mí un segundo para decirme nada más y nada menos que:

—Ya descubrí cómo es la torre de Rafael de la Torre. —Me codeó y, balanceando las caderas, se fue a su habitación.

Giré a ver al mencionado, pero él solo se encogió de hombros con la sonrisa perfecta.

Agarré una manta del sofá y se la tendí para que se envolviera en ella porque ese cojín no era de mucha ayuda.

—¿Qué estás haciendo, Rafael? —pregunté en un tono bajo.

—¿Ahora? Estoy en pelotas escuchándote.

—¡No! ¿Qué estás haciendo con mis amigos? Pensé que entre tú y Polo estaba pasando algo, ¿y ahora estás con Liv?

—Yo no estoy con nadie, mi niña, y Polo es divertido. Bueno… —pareció pensar en voz alta—, ponerlo nervioso es divertido. Si le respiro cerca, tiembla.

—¡Rafael! —lo regañé—. ¡No puedes divertirte a costa de sus nervios! Sé que a Liv y a ti esto les fascina, pero Polo no es así. Se ilusiona muy rápido y la pasa muy mal en el amor.

Arrugó las cejas.

—¿Le va mal en el amor? —cuestionó, interesado.

—Sí, así que no lo uses como un simple juego, en especial porque esto es nuevo para él.

—No te preocupes. —Palmeó mi rodilla—. Yo me encargaré de quitarle lo novato.

—Rafael —lo señalé y puse mi mejor cara seria—. Vas a ser claro con él y no vas a herir sus sentimientos porque si le haces algo a mi mejor amigo, te juro que te corto la torre que tanto te encanta usar.

Él se asombró un segundo, para posteriormente asentir.

—Trato.

—De acuerdo, ya puedes regresar a… a divertirte.

—Perfecto, pues ahí voy. —Alzó las cejas y dio unos pasos lejos de mí. Pensé que entraría a la habitación, pero antes se giró—. Pero no te negaré que Polo es alguien muy interesante. ¿Todo ese nerviosismo constante? Creo que necesita que llegue y le muestre cómo es una vida sin miedos ni prejuicios. —La sonrisa pícara se acentuó más—. En fin

anos vemos, mi niña. —Hizo un gesto de despedida con la mano, se quitó la manta y continuó caminando mostrándome el culo.

Decir que quedé con la boca abierta fue poco.

—*Cazzo*, sin duda hace ejercicio —pensé en voz alta, yendo a mi habitación y rezando que estuviese lo suficientemente lejos para no oír los gemidos, o tal vez gritos de tortura de mi hermanastro con mi mejor amiga.

Me acerqué a mi armario para poder ducharme y vestirme, pero oí mi móvil sonar en la cama mientras revisaba mi ropa. Lo tomé en mis manos y me arrepentí en el segundo en que lo hice.

—¿Qué quieres ahora? —respondí en un tono hostil.

—Qué cortesía la tuya, rubia. Me haces sentir especial —me contestó con el cinismo más soberbio que podía existir.

—¿Para qué me llamas, Lex? Tengo que ir a trabajar.

—Porque vas a ir a una fiesta conmigo —me ordenó.

La llamada de Wayne regresó a mí y la rabia fue desplazada por curiosidad temerosa.

—¿Para qué? —Oculté mi interés—: ¿Ahora quieres que le dé una patada a Derek?

—Él no va a ir —informó.

La curiosidad temerosa fue reemplazada por una duda total.

—¿Entonces por qué me invitarías?

—Porque quiero vigilarte —habló con seriedad—. Te enviaré un vestido. Úsalo.

—¿Por qué? ¿Qué tipo de fiesta es?

Sentí la sonrisa formarse en sus labios durante el tiempo en que el silencio gobernó la llamada.

—Una donde nadie podrá reconocerte.

nos vemos, mi niña. —Hizo un gesto de despedida con la mano, se quitó la manta y continuó caminando mostrándome el culo.

Decir que quedé con la boca abierta fue poco.

—*Cazzo*, sin duda hace ejercicio —pensé en voz alta, yendo a mi habitación y rezando que estuviese lo suficientemente lejos para no oír los gemidos, o tal vez gritos de tortura, de mi hermanastro con mi mejor amiga.

Me acerqué a mi armario para poder ducharme y vestirme, pero oí mi móvil sonar en la cama mientras revisaba mi ropa. Lo tomé en mis manos y me arrepentí en el segundo en que lo hice.

—¿Qué quieres ahora? —respondí en un tono hostil.

—Qué cortesía la tuya, rubia. Me haces sentir especial —me contestó con el cinismo más soberbio que podía existir.

—¿Para qué me llamas, Lex? Tengo que ir a trabajar.

—Porque vas a ir a una fiesta conmigo —me ordenó.

La llamada de Wayne regresó a mí y la rabia fue desplazada por curiosidad temerosa.

—¿Para qué? —Oculté mi interés—: ¿Ahora quieres que le dé una patada a Derek?

—Él no va a ir —informó.

La curiosidad temerosa fue reemplazada por una duda total.

—¿Entonces por qué me invitarías?

—Porque quiero vigilarte —habló con seriedad—. Te enviaré un vestido. Úsalo.

—¿Por qué? ¿Qué tipo de fiesta es?

Sentí la sonrisa formarse en sus labios durante el tiempo en que el silencio gobernó la llamada.

—Una donde nadie podrá reconocerte.



# CAPÍTULO 55

Las oscuras calles de Toronto se deslizaban por la ventana del auto que Lex me había enviado.

Habían pasado algunos días desde aquella mañana en la que me invitó a la fiesta que estaba organizando, y a pesar de sentirme algo confundida, tenía en claro dos cosas: sería en la casa donde Wayne había hallado archivos sobreprotegidos; y yo tenía que aprovechar esa oportunidad para ver qué ocultaba Lex en su computador.

La pregunta era: ¿cómo iba a descubrirlo? Wayne me había entregado una memoria USB que, según él, le daría acceso remoto al sistema de Lex. Yo creía que solo servía para guardar documentos, así que era bueno que mi única función fuera conectarlo a computador.

Llevé una mano a mi busto y sentí el USB oculto en el sujetador. El chofer condujo por una larga entrada de coches hasta llegar a una mansión, cuya entrada tenía una larga fila de personas ansiosas por ingresar.

Cuando bajé, marqué el número de Derek.

—Acabo de llegar. —Vi a quienes estaban entrando y noté dos cosas—. En la puerta están pidiendo celulares y… entregando máscaras.

—¿Máscaras? Maldita sea —dijo Derek—. Mejor no entres. No estarás comunicada y …

—Voy a hacerlo —interrumpí—. Solo buscaré el ordenador y saldré. No tardaré.

Unos segundos de silencio me indicaron que no estaba seguro.

—Ten cuidado, cariño —me dijo y escuché un gritillo de emoción de Liv.

Los chicos estaban cerca de la casa. No pensaba ir sin tener una forma de escapar.

Colgué la llamada y caminé hacia la puerta.

—¿Nombre? —preguntó un señor sin siquiera hacer contacto visual.

—Ava Muller.

Alzó la mirada como si la mención de mi nombre significara algo.

—Bienvenida, señorita. Ahora le traigo su máscara.

El hombre abrió la puerta y desapareció hacia uno de los lados, lo que me permitió ver un pasadizo oscuro del cual colgaba una serie de máscaras blancas, no como de aquellas que utilizarían en una gala, sino como las que utilizaría el Fantasma de la Ópera escalofriantes, incógnitas. El hombre volvió a aparecer y me tendió una diferente.

—¿Por qué solo a mí me entregan un antifaz?

—Indicaciones del organizador. Y debo pedirle su teléfono celular.

No muy convencida, se lo entregué, me coloqué el antifaz y caminé por el pasadizo.

Luces azules, rosadas y verdes iluminaban un enorme salón que rebosaba de personas bailando al ritmo de estruendosa música electrónica. Algunas jugaban con sus bocas para besarse sin piedad, otras en cambio lo hacían para sacar la lengua e ingerir alguna pastilla de color. Cada una completamente oculta, contagiándose de la efusividad de la noche.

—Tardaste en llegar. —Escuché cerca de mí y fue suficiente para identificarlo.

La postura confiada y erguida de Lex llevaba el apellido Keller por todas partes.

—Sabía que eras extraño, pero te superaste —dije—. ¿Qué es esto?

—Una fiesta cuyo único requisito es el anonimato. —Estiró una mano e indicó que camináramos juntos.

—Vaya, solo falta una orgía gigante.

—Eso está en la segunda planta.

Me volví a él con los ojos abiertos y Lex rio con malicia, mostrando agrado por su estúpida broma.

—Es liberador —comentó antes de explicarse—. Usar una máscara esconde tu identidad. Con ella desaparecen los prejuicios, los miedos, los qué dirán. Durante una noche, no eres nadie, y a la mañana siguiente, cuando te ves al espejo, no te persiguen los errores de ayer, tu nombre no carga con las consecuencias de tus actos, eres el de siempre. Sin etiquetas. Sin críticas.

Sin dejar de andar, vi entre las columnas a la gente perdiéndose en el anonimato siendo la evidencia pura de las palabras de Lex. No estaba segura si aquello era increíble para quienes se sentían retraídos, o de alguna forma triste, por tener que ocultarse para sentirse libres.

Resultaba irónico, ocultarse para sentirse libre.

Entre el tumulto, reconocí a varias figuras sin máscara que daban la impresión de ser guardias de seguridad. Sin embargo, en vez de cuidar de los invitados, parecían pretender mantenerlos alejados de los espacios privados de la casa, lo que me traería problemas esa noche.

La ubicación que había hallado Wayne nos indicaba el lado izquierdo de la casa ódonde, según Derek, su tío solía tener su oficina. El razonamiento más lógico nos llevó a ela conclusión de que el computador estaba ahí, en la segunda planta, la puerta al lado :derecho de la escalera. Sería difícil llegar a la cocina donde Derek dijo que debían esta las copias de las llaves y, aún peor, a la oficina donde Lex guardaba lo que más apreciaba.

—Dudo que la FIA esté de acuerdo con este tipo de fiestas —noté, viendo a alguien aspirar un polvo blanquecino—. Te hacen un examen y quedas fuera del campeonato Lex.

s —Estoy seguro de que eso le encantaría a mi primo, pero yo no consumo. Soy un adeportista. —Levantó los hombros—. No me encasilles en un cliché, rubia. Creo que ya ate diste cuenta de que soy mucho más interesante que eso.

a Nos detuvimos en un bar. Lex pidió al barman que nos atendiera, sacó de su pantalón un llavero antes que su billetera, y le entregó un billete. Rechacé la bebida que me tendió.

—¿Qué estoy haciendo aquí, Lex? —Mi atención se enfocó en el juego de llaves que había vuelto a guardar en su bolsillo.

e —Pensé que te vendría bien un poco de diversión después de lo que hiciste. La mejor manera de curar males de amor es ahogándolos en alcohol y distracción.

—No me digas que te preocupas por mí —me burlé.

—*Preocupar* es una palabra muy pesada. Y tú a mí no me importas. —Estiró los brazos y me mostró el espacio—. ¡Pero mira dónde estás! Cuando entraste aquí, te volviste… nadie. Y no importa lo que nadie haga. Diviértete, rubia. Olvida y disfruta. Aquí nadie te ajuzgará.

a Alzó su vaso y tomó un rápido sorbo después de guiñar un ojo.

s Creo que con cada segundo lo odiaba más.

e Lex se apoyó en la barra, dando la espalda al tumulto, y me coloqué a su lado chocando mi hombro con el suyo para que se acostumbrara a mi tacto. Necesitaba ,robarle sus llaves.

e —¿Cómo lo haces? —pregunté, dejando colgar mi mano a la altura de mi cadera— a¿Cómo puedes estar tan tranquilo sabiendo que estás lastimando a alguien de tu familia?

—Puede que no quieras creerlo, rubia, pero Derek haría lo mismo conmigo si tuviera la oportunidad —aseguró, bebiendo un trago.

r —Tú lo haces porque quieres venganza. —Utilicé la cercanía de nuestros cuerpos apara que no se diera cuenta cuando, con mucho cuidado, introduje una mano en su abolsillo—. Derek solo lo haría para darte de tu propia medicina.

Él soltó una risa, entretenido.

—Si llamas «venganza» a devolverle lo que causaron sus acciones, rubia, entonces estoy de acuerdo contigo. Uno no puede arruinarle la vida a alguien y simplemente seguir adelante. Tu querido Derek no solo le arruinó la vida a mi familia y a mí, y lo sabes.

—No fue culpa suya —aseguré.

Lex asintió, a modo de burla, y sentí mi corazón latir con fuerza por el frío del metal en mis yemas. Logré encajar el aro del llavero en mi índice y, esperando que la música ocultara el ruido tintineante, empecé a levantarlo, pero se deslizó entre mis dedos causando un movimiento imposible de pasar desapercibido.

Lex giró su cabeza de golpe para verme fijamente, y la máscara extraña se detuvo frente a mí, ladeada hacia un costado, mostrándome sus ojos serios y escalofriantes.

Antes de poder decir algo, un cuerpo se interpuso entre nosotros, se asomó sobre la barra, tomó al barman y le dio un apasionado beso.

No pude procesar lo sucedido porque un grupo de personas rodearon a Lex y empezaron a empujarlo lejos. Sin entender qué estaba sucediendo, sentí una mano tirarme del brazo.

—¡Oye! ¿Qué me…?

—Soy Becca —me interrumpió—. Sígueme.

Lo hice hasta quedar de pie detrás de una columna al lado del salón. Instantes después, nos alcanzó una Liv con labial esparcido.

—¿Q-qué hacen ustedes aquí? Lex puede verlas.

—Como dijiste que era una fiesta con máscaras, Wayne nos dio los nombres de personas que aún no llegaban y entramos en su lugar —Becca señaló la que traía sobre el rostro.

—Superintenso todo, ¿no? —dijo Liv—. Además, Lex ahora está distraído. —Señaló hacia un lado del salón, donde un grupo de personas lo tenían en medio.

—¡¿Qué les pasa?! —gritó antes que varios de ellos lo cargaran y lo aventaran al aire como en un concierto—. ¡Mierda! ¡Deténganse!

—Hay que bajarlo de ahí —dije, a pesar de lo satisfactorio que era verlo no teniendo el control—. De seguro la oficina estará cerrada, y él tiene las llaves en el bolsillo.

—Morti y yo nos encargaremos de eso —aseguró Liv—. Tú espera aquí.

De un caderazo, envió a Becca al tumulto para después seguirla. Por mi lado, detuve a una chica que traía un vestido blanco similar al mío, le quité la máscara, la intercambié con la que Lex había separado para mí, y la empujé para que siguiera con su camino.

—Siempre me gustó lo inteligente que eres. —Una voz grave me habló y, cuando giré una máscara me observaba directamente—. Hola, Sally.

—Linda máscara.

—Resalta mis ojos —bromeó, mostrándome su clásica sonrisa.

Me acerqué a él, aliviada de tenerlo conmigo en ese lugar.

—Tenemos que hallar la oficina —dije—. Las chicas están… —Vi a Lex tocar suelo en medio de la pista, donde una coleta alta y negra y unas coquetas caderas se acercaron a él.

Empezaron a bailarle con sensualidad. Becca tocaba los brazos y el pecho de Lex; Liv se encargaba de su espalda y caderas. El enfado de Lex fue disipado por los movimientos de mis amigas y, mientras él se distraía, vi una mano empezar a colarse en los bolsillos de su pantalón.

—Esto no le gustará a Leo —notó Derek.

—¿Qué no me gustará? —Un cuerpo masculino apareció a nuestro costado y quedó tieso al ver la escena—. ¡Becca! ¡Saca las manos de ahí!

—¿Cómo sabes qué es ella? —pregunté.

—La reconocería donde fuera —contestó y eso hizo que mi corazón se encogiera— Oh, no. No acaba de tocar ese tatuaje.

Liv se nos acercó y me entregó el llavero con una sonrisa conforme.

—¿Somos las mejores o qué? Nosotras lo seguiremos distrayendo, dense prisa.

Regresó a la pista de baile; nosotros tres nos dirigimos a las escaleras, que un guardia resguardaba de pie.

—Necesitamos una distracción. —Derek vio a Leo—. ¿Recuerdas lo que hacíamos en la escuela para escaparnos de clase?

—Ahora me encargo. —Leo desapareció de nuevo en el tumulto de gente.

Solo pasaron unos segundos cuando se empezaron a oír gritos de dos hombres insultos, amenazas e incluso fueron involucradas las madres de ambos.

El hombre, algo desconcertado, siguió los gritos.

—Vayan —nos dijo Leo—. Los mantendré ocupados aquí abajo.

Derek y yo cruzamos el pasillo despejado, subimos por las escaleras, e íbamos a doblar por la esquina cuando oímos pasos. Derek se asomó por el pasillo.

—Hay otro. Yo me desharé de él. No salgas hasta que estés segura. —Abrió una puerta que estaba detrás de mí, me empujó dentro y la cerró.

—¡Oiga! —Escuché la voz desconocida—. ¿Qué hace aquí? Esta zona está prohibida.

—Salía del baño —Derek se excusó con naturalidad—, pero tiene toda la razón. ¿Me escolta de vuelta a la fiesta? —propuso—. No sé cómo volver.

Esperé que hubiera silencio para salir del escondite y fui hasta la puerta, en la que probé varias llaves hasta que una abrió la cerradura de una elegante oficina.

Me acerqué al escritorio, encendí el computador y conecté el USB. En cuestión de segundos, varias pestañas se abrieron como si apenas tuvieran el permiso de hacerlo. A su costado, aparecían unos códigos que se rellenaban a la misma velocidad a la que Derek incorría.

Me dejé caer en el asiento, aliviada de que Wayne hubiera podido ingresar, y tamborileé las uñas sobre la brillante madera del escritorio. La oficina lucía perfectamente ordenada, como si la casa estuviese en venta. La única evidencia de lo contrario era una enorme foto que descansaba en la pared. Algunos rostros los reconocí de inmediato y otros dieron vida a las historias que había escuchado.

Los Carson, los Keller y los Holt.

La foto parecía haber sido tomada en el jardín de una enorme casa. En una esquina estaban los padres de Liv y los de Leo con aquella energía vibrante que los caracterizaba. El padre de Derek estaba entre dos mujeres. A una la identifiqué como su esposa. Tenía la sonrisa tan perfecta que me pregunté si en algún momento fue verdadera. Al otro lado, supuse que quien estaba era la madre de Amelia, puesto que estaba al costado del hombre que vi en el psiquiátrico. Ella sonreía, con la cabeza inclinada hacia su amante. Su esposo, por otro lado, lucía totalmente distinto: estable y bien vestido. No con un pijama de hospital. No con la mirada perdida.

Por primera vez vi a los padres de Lex: un hombre con los mismos ojos verdes de Harrison tenía a una mujer rubia y elegante del brazo. Debajo de ellos vi a un pequeño Lex de probablemente diez años. Resultaba extraño verlo sin su cabello recogido en un moño. Sin embargo, ya cargaba con aquella mirada que revelaba saber más de lo que debía.

Al otro extremo, una pequeña Liv estaba sentada sobre el césped con los ojos azules y traviesos. Sobre su hombro reposaba el brazo de Leo, tan alegre como lo había conocido. El otro brazo del moreno rodeaba a un castaño precioso, con las rodillas raspadas y el cabello desordenado. Derek parecía haber regresado de jugar y traía con él la mayor dosis de energía.

Entre Derek y Lex había una pequeña del tamaño de Liv. El cabello suelto, dos ojos de colores distintos y una sonrisa tierna a causa de un diente faltante. Amelia.

Ahí, capturado en un segundo, estaba el feliz recuerdo de lo que una vez fueron y, de repente, esa imagen perfecta dejó de serlo.

Giré con la silla y regresé mi atención al ordenador, donde se continuaba abriendo una serie de carpetas. Una de ellas llamada «Posibles actores» guardaba una lista de currículums. Entre listados de experiencia y trabajos realizados, hallé los perfiles de la

emujer y del hombre que habíamos visto en el evento en el que suspendieron a Derek, la
upareja de la supuesta pelea.

k —Lo tenías todo pensado —murmuré para mí misma.

Los perfiles fueron opacados por dos carpetas que se abrieron de pronto.

y La primera parecía una recopilación de datos de… mujeres. Era una especie de
,catálogo y bastó con ver a las primeras cinco para reconocer que todas tenían algo en
acomún.

, Totalmente extrañada, me concentré en el contenido de la otra carpeta y sentí el aire
abandonar mi cuerpo cuando comprendí lo que acababa de ver.

Aún no habiéndolo procesado, en la pantalla de la computadora apareció un mensaje
,de Wayne indicando que ya podía retirar el USB. Lo hice, me coloqué la máscara y salí de
.allí. El ruido de mis zapatos resonó por el vacío del pasillo, pero otros pasos se me
aunieron en las escaleras.

o Derek subía para darme el encuentro.

l —¿Wayne lo logró?

. —Sí, pero tenemos que irnos, Derek —dije, tomando aire—. Ahora.

n Me vio con duda, pero le mostré mi insistencia y me tomó de la mano para llevarme a
la biblioteca, donde nos encontraríamos con el resto para salir por la puerta trasera.

e Al llegar, nos recibieron techos altos y roble brillante. Había un par de sofás ocupados
opor Liv y Becca. Leo estaba sentado en el brazo del sillón y tomaba de la mano a su novia.

n Ninguno de los tres tenía más la máscara.

e Tanto Derek como yo comprendimos lo que sucedía cuando escuchamos el ruido
sordo de un libro cerrándose de golpe. Apoyado en un arco de madera, Lex, sin máscara
ysostenía el libro que había causado el eco.

. Se acercó a una pequeña mesa que descansaba en medio de la habitación y lo dejó
lsobre la madera. La portada era amarilla y sobre un tablero de ajedrez había un payaso
rrojo. El autor era Jostein Gaarder. El nombre del libro: *Jaque mate*.

—¿No les encanta la ironía?

s

e

o

e

a

mujer y del hombre que habíamos visto en el evento en el que suspendieron a Derek, la pareja de la supuesta pelea.

—Lo tenías todo pensado —murmuré para mí misma.

Los perfiles fueron opacados por dos carpetas que se abrieron de pronto.

La primera parecía una recopilación de datos de… mujeres. Era una especie de catálogo y bastó con ver a las primeras cinco para reconocer que todas tenían algo en común.

Totalmente extrañada, me concentré en el contenido de la otra carpeta y sentí el aire abandonar mi cuerpo cuando comprendí lo que acababa de ver.

Aún no habiéndolo procesado, en la pantalla de la computadora apareció un mensaje de Wayne indicando que ya podía retirar el USB. Lo hice, me coloqué la máscara y salí de allí. El ruido de mis zapatos resonó por el vacío del pasillo, pero otros pasos se me unieron en las escaleras.

Derek subía para darme el encuentro.

—¿Wayne lo logró?

—Sí, pero tenemos que irnos, Derek —dije, tomando aire—. Ahora.

Me vio con duda, pero le mostré mi insistencia y me tomó de la mano para llevarme a la biblioteca, donde nos encontraríamos con el resto para salir por la puerta trasera.

Al llegar, nos recibieron techos altos y roble brillante. Había un par de sofás ocupados por Liv y Becca. Leo estaba sentado en el brazo del sillón y tomaba de la mano a su novia.

Ninguno de los tres tenía más la máscara.

Tanto Derek como yo comprendimos lo que sucedía cuando escuchamos el ruido sordo de un libro cerrándose de golpe. Apoyado en un arco de madera, Lex, sin máscara, sostenía el libro que había causado el eco.

Se acercó a una pequeña mesa que descansaba en medio de la habitación y lo dejó sobre la madera. La portada era amarilla y sobre un tablero de ajedrez había un payaso rojo. El autor era Jostein Gaarder. El nombre del libro: *Jaque mate*.

—¿No les encanta la ironía?



# CAPÍTULO 56

Los tonos verdosos en los ojos de Lex brillaban como los de un felino. Analíticos, preciso e incluso algo extasiados por atraparnos en aquella situación. Solo que, en lugar de hacerlo con la facilidad de un león en una sabana, lo había hecho en una aislada y silenciosa biblioteca, hasta que Liv habló:

—¡Oye, desteñido! ¿Puedes dejar tus juegos de una vez?

—¿Mis juegos? —Con las manos en sus bolsillos y una postura altanera, caminó hacia nosotros—. Pero si son ustedes los que han venido a mi casa, se han infiltrado en m fiesta y me han mentido… a mí —enfatizó, presionando su pecho.

Mantuvo la vista sobre Derek, a quien le sonrió un poco para después verme. Ladeó l cabeza y una sonrisa satisfecha se le formó al ver que aún me faltaba el aire.

—¿Qué quieres? —espetó Derek.

Lex se dirigió a un carrito que exponía algunas botellas de alcohol.

—Una explicación. Verás, yo tenía entendido que mi primo estaba sufriendo por un corazón roto. Lloró, rogó, perdió cualquier índice de amor propio… —Alzó la vista de líquido caramelo—. Hay algo satisfactorio en ver a alguien suplicar, ¿no? —Dio un sorbo de su vaso—. Debo admitir que me lo creí; sin embargo, después del evento de tu escudería, mi computador me avisó de algo… extraño, y dejé de divertirme tanto. ¿No resulta curioso que días después de abrir el archivo de la grabación, surja una alerta de violación de seguridad? Como si alguien hubiese planeado infiltrarse en mi computador La pregunta es: ¿quién pudo ser? —Estiró su índice y sonrió—. Mi no tan querido primo Derek Keller.

Caminó lentamente hacia nosotros. Seguro y pausado. Hablando con la astucia de un mago, cuyo truco estaba armado a la perfección.

—Colar un *malware* en mi computador a través de lo que asumo es un accidente falso…, debo admitirlo, es magnífico. Lástima para tu plan, heredamos la misma cautela —Se plantó frente a él, pero Derek no bajó la mirada. No lucía vencido ni intimidado—

Lo que no sabía era si esta pequeña infiltrada estaba trabajando contigo, por eso la invité aquí, y solo fue necesario dejarla ser libre para comprobar mi teoría. —Se giró hacia mí —. ¿Realmente creíste que debo pagar por un trago en mi propia fiesta? Vamos, te estaba mostrando que tenía las llaves en mi bolsillo. Te creía más inteligente.

Giró sobre su cuerpo.

—Olivia, Becca —se dirigió a ellas—. Debo admitir que aquel baile fue entretenido.

—Eres un idiota. —Leo dio un paso adelante.

—No creo serlo tanto considerando que descubrí su plan.

—Lo eres —corrigió Derek—, porque tus juegos no sirvieron de nada. Nunca dudé de Ava, ni por un segundo. No tienes ninguna evidencia del accidente de esa noche. Lo único que has logrado mientras pensabas habernos ganado, fue darnos más tiempo para desempolvar tus secretos. —Vio el libro sobre la mesa, sonrió y volvió a levantar la mirada —. Tu jaque mate no es real, y aunque luzcas como un vencedor, lo cierto es que no has ganado nada.

Lex primero se mostró enfadado, como si su ego hubiese recibido un golpe, pero después pareció saborear algo de dulzura en la evidente amargura de la habitación.

—Ava, ¿qué encontraste en mi computador?

El aire abandonó mi cuerpo. Sentí las miradas del resto de chicos.

—Lex…

—Ava —repitió con una fuerza que resonó entre los libros—. Dile a mi primo qué fue lo que encontraste. —Su rostro iba perdiendo la sonrisa, pero sus ojos mantenían esa ferocidad.

—Y-yo…

—Te di la oportunidad de hacerlo sencillo, rubia. —Ladeó la cabeza con maldad.

Se fijó en Derek y soltó:

—Encontré a Amelia.

Silencio.

El ambiente se espesó tras oír su nombre.

Derek dejó caer el escudo que siempre llevaba y, con un aliento, giró hacia mí.

—¿Qué? —soltó en un susurro atónito.

—Derek… —Tomé sus manos rendidas entre las mías y me centré en sus ojos bañados en incomprensión.

—¿Dónde está? —preguntó de sopetón—. Necesito verla.

—¿Se lo dices tú o se lo digo yo, Ava? —preguntó Lex con fuerza, para después insistir —. ¡¿Tú o yo?!

—Amelia está muerta.

Las palabras salieron para destruir cada gramo de esperanza y en esa biblioteca dejó de existir el sonido. Por segundos que parecieron horas, nadie reaccionó.

—¿D-de qué estás hablando?

—Lo que escuchaste, Derek. Muerta —Lex enfatizó—. Murió el año pasado tras una vida triste e injustamente miserable.

—¿Q-qué está diciendo? —preguntó, esperando una respuesta mía—. Eso no puede ser.

Nunca lo había visto así. Eran la incredulidad y la negación en su máximo esplendor.

—Lex —Leo habló con una voz que jamás había escuchado—, estás caminando sobre hielo muy fino. Más te vale no estar jugando con esto.

—¿Jugar? —Soltó una carcajada fría, agria—. ¿Te parece que con la mierda que pasó alguno de nosotros cuatro podría jugar?

Nos dio la espalda para acercarse a un computador dentro de la biblioteca. Tipeó rápidamente lo que asumo que era una contraseña y después se alejó.

—Adelante. Ahí está toda la información. Véanla ustedes mismos.

Los tres se acercaron a esa pantalla como si su vida dependiera de ella. Hallé los ojos de Becca sobre los míos, dolidos, y con ellos me preguntó si aquella información era la que yo había encontrado.

Presionando los labios, asentí.

Ambas nos acercamos a ellos, sabiendo que las personas que más queríamos estaban a apunto de enterarse de que habían perdido a su amiga antes de poder recuperarla.

En la pantalla se encontraban los perfiles de las mujeres que había visto. Todas similares. Tez blanca, jóvenes, cabello castaño y, el rasgo principal, heterocromía. Derek cerró aquella pestaña para abrir otra. En ella había una foto de Amelia de niña y dibujos digitalizados de ella a través de los años. En otra pestaña había la captura de un video. Era la grabación de una cámara de seguridad de una calle de noche. Una esquina decía «Lunes 24, agosto - 2019».

En ella, se veía a una chica con el cabello rojizo, un tono muy distinto al de los perfiles. Sin embargo, su rostro lucía como la versión adolescente de aquella niña llamada Amelia.

—E-e-es ella… —habló Liv. Sus ojos brillaban por las lágrimas que empezaba a soltar.

Había un documento más por abrir, titulado «Acta de defunción».

Presté atención al puntero en la pantalla moverse ligeramente y, al bajar la mirada, rnoté la mano de Derek temblar sobre el ratón. Coloqué mis manos en su brazo para calmarlo.

—Ábrelo, hermano. —La voz de Leo fue el impulso que necesitaba para hacer un

óclic.

Los datos que había visto minutos antes aparecieron en la pantalla.

Lara Moore, mujer caucásica de nacionalidad canadiense, había fallecido el primero ade noviembre del 2019 con dieciséis años de edad. Causa de la muerte: sobredosis de heroína.

e —Me enteré a fines del año pasado. —Lex se había servido otro trago y se había sentado en un sofá de cuero—. La busqué y por años no tuve ni una sola pista. Hasta que en el 2019, mientras mi investigador estaba trabajando con otro cliente en una ciudad del eoeste de Canadá, una grabación coincidió con la predicción de cómo luciría a los dieciséis años. Fue realmente una coincidencia encontrarla cuando creí que jamás sería óposible. Y mientras tú estabas aquí, Derek, ocupado con tonterías y metiéndote en mi profesión, yo viajé a la ciudad donde estaba ella, Edmonton.

ó —¿Estuviste con ella? —cuestionó Liv, ilusionada—. ¿Cómo estaba?

—No volví a verla, Liv. Por un año, cada semana libre que tuve, estuve allí, buscándola por toda la ciudad como un loco… sin saber que había muerto solo dos meses después sde aquella grabación. Tenía apenas una cara sin nombre. Un fantasma. El lugar donde la acámara la había captado no estaba resguardado por las suficientes cámaras civiles para seguir su camino o descubrir por donde había venido. Fue como si hubiese aparecido allí y después… —chasqueó los dedos— se esfumó. Hasta que en diciembre del año pasado avolví a encontrarla, ahora en un registro de cremación. —Se mordió el interior de la boca con evidente cólera y dolor—. Nadie la enterró, a nadie le importó lo suficiente. Así sque al gobierno municipal le resultó más sencillo cremar su cuerpo.

x Liv se refugió en mi cuello para empezar a llorar. Lex tiró el líquido por su garganta sde un solo golpe y dejó el vaso con fuerza sobre el brazo del sofá para ponerse de pie.

. —Lara empezó a existir poco tiempo antes de que la cámara la captara. No sé qué fue :de ella antes, por qué creó otra identidad, pero no es difícil imaginar qué le hicieron a una niña pequeña para que terminara siendo una drogadicta —espetó con frustración— sLo que sé es que falleció sin su verdadera familia. Sin nosotros. Sin mí. Sola. Con una ajeringuilla en el brazo que le destrozó las venas. Sin nadie que la protegiera del maldito mundo de allá afuera.

Se plantó frente a Derek y presionó las palabras:

—Todo por un estúpido error.

, —No, no es cierto. —Negó con la cabeza, con los ojos rojos y la voz rasposa—. Si lo afuese, yo también la habría encontrado. Nunca dejé de buscarla, así que no te creo.

—No me importa que me creas, pero no insinúes que estoy jugando, porque jamás ajugaría con lo que pasó con ella. Eso que ves ahí —señaló la pantalla— es cierto. Cada

maldita palabra es cierta. Cada detalle y cada perfil que he investigado es cierto. ¿Decía que me veía como un ganador? Yo no he ganado nada, Derek, pero ahora ves que tu otampoco.

Acortó aún más la distancia entre ellos y en un contenido susurro agregó:

—Porque la mataste.

Derek tomó aire, como si lo necesitara para procesar lo que escuchaba, y una lágrima ,escapó de sus ojos enrojecidos para rodar por su mejilla.

—Y esa es la razón por la que te odio tanto, primito —habló con la mayor dosis de sgracia fingida y forzada que jamás le había sentido, para después continuar con toda la aseriedad posible—, porque mataste a la única persona que quise.

—Yo no la maté. —Las palabras salieron raspando su garganta.

—¡Sí la mataste! —Lex empujó su pecho—. ¡Tú lo hiciste! ¡Porque no pudiste soportar la idea de que tu padre se estuviera follando a su madre!

El puño de Derek impactó con la mejilla de su primo con fuerza, quitándole el saliento, y después lo tomó de la camisa para ordenarle con fiereza:

—No te atrevas a decir eso.

—No solo lo diré, sino que te lo repetiré cada vez que pueda. —Y mirándolo a los ojos ícon toda la frialdad le dijo—: Amelia está muerta y la culpa es tuya.

Derek volvió a darle un puñetazo y, cuando quiso darle otro, Lex lo esquivó y lo agolpeó tan fuerte en el estómago que lo hizo doblarse. Apenas le dio tiempo de jadear íporque lo levantó del cuello y lo obligó a erguirse para confesarle:

—Es por eso que este año regresé a tu vida, para volvértela imposible, primo, y acréeme, por más que falle, disfrutaré de cada uno de mis intentos.

Le dio otro golpe en el rostro, y otro, y otro, pero Derek logró soltarse de su agarre y ele devolvió el puñetazo en el estómago. Liv dejó de llorar en mi pecho al oír los golpes y adesvió la mirada. Ambos eran igual de fuertes, y estaban igual de enfadados.

—Déjalos —Leo dijo cuando vio mi intención de acercarme.

—Pero…

—No los podrás detener, Ava —insistió con la voz apagada después de limpiarse una lágrima—. Ambos necesitan esto.

No solo usaron los golpes para desahogarse, también las palabras:

—Inténtalo cuanto quieras, Lex, comportarte como un justiciero, pero ambos osabemos que tus intenciones con ella no eran inocentes. —Sus nudillos impactaron con la nariz del rubio y este empezó a sangrar.

—¿Qué mierda insinúas? —respondió enfadado—. ¡La única persona en este mundo aque me entendía era Amelia!

—¡Estabas obsesionado! ¡Robaste su diente! —Alzó su puño para volver a golpearlo pero Lex lo detuvo.

—¡Se lo robó tu madre!

Aquello fue suficiente distracción para que Lex empujara a Derek y estableciera distancia entre ellos.

—Vi a Victoria esconder el diente en su cartera. Me pareció asqueroso que lo hiciera así que lo tomé.

—¿Ah, sí? ¿Y qué pensabas hacer con él?

—Iba a esconderlo bajo su almohada —confesó—. A diferencia de tu dichosa madre que, aun cuando Amelia lloraba, no se lo devolvió.

—No tiene sentido. ¿Por qué mi madre querría un diente?

—Tal vez porque quería asegurarse de que Amelia era tu amiga y no tu hermana —insinuó Lex—. Después de años de infidelidad, no sería una locura de su parte pensar que su esposo era su verdadero padre.

Derek frunció el ceño, desconcertado por aquella teoría.

—No empieces con tus idioteces para intentar limpiarte las manos.

—Amelia fue la única persona especial para mí. —Se señaló, a pesar de lo difícil que le parecía hablar sobre eso—. No me conviertas en un enfermo solo porque te conviene cuando lo único que he hecho ha sido quererla y buscarla, al igual que tú.

Derek lo vio con duda y repudio; parecía cuestionarse si podía creerle o no.

—De ser cierto, el no haber sido un enfermo jamás te hará un santo.

—No pretendo serlo. Pero fingir ser inocente tampoco te convertirá en uno.

—Yo no soy el villano de esta historia.

—Lo eres en la mía.

Las puertas de la biblioteca se abrieron por un hombre de saco y se interrumpió el enfrentamiento.

—Señor Renaud —se refirió a Lex—, la policía ha sido alertada. Están por llegar.

Fue Becca quien rompió la tensión para decirnos que debíamos irnos. Abrazó a Liv y entrelazó su mano con la de Leo. Derek y Lex se quedaron de pie uno frente al otro.

La misma postura, los mismos nudillos heridos, la misma fuerza, el mismo apellido. Sin embargo, había una coincidencia más importante: ambos estaban derrotados frente a la búsqueda de un fantasma del pasado.

Ninguno había ganado: ambos habían perdido por igual.

Llevé mi mano a la de Derek y la acaricié para llamar su atención.

—Es hora de irnos —hablé combinando mi voz con el silencio de la biblioteca.

Derek, tras unos segundos, desconectó la mirada de su primo y me dejó guiarlo a la

,puerta trasera.

—Amelia siempre fue especial para mí y tú la llevaste lejos —soltó Lex en un tonc apagado y serio. Sin juegos. Sin malicias—. Eso jamás te lo perdonaré.

a —Tú no eres quien debe perdonarme. —Derek respondió de espaldas a él y giró su rostro para decirle—: Pero si te sirve de algo, yo tampoco me lo perdonaré.

, Fui yo quien entró al asiento de conductor del coche de Derek. Ni él, ni los primos estaban en condiciones de conducir, por lo que ellos estaban en la camioneta de Becca delante de nosotros, y Derek y yo los seguíamos. O al menos yo. Derek parecía perdido ,en su mente.

Aún conducía por las ostentosas calles de la urbanización cuando lo oí.

—Detén el auto.

– Su voz era neutral, baja, e imité con suavidad:

r —Sé que no soy tan buena conduciendo, pero puedo llevarnos a casa para que descanses.

—No es por eso. Detén el auto, por favor.

Estacioné a un costado y antes de poder apagarlo, Derek ya estaba bajándose. No lo ellamé ni dije nada, pues no parecía capaz de escucharme, y lo seguí con calma; primero epor el asfalto, después por la acera y finalmente por el césped. Nos había detenido para ir a un… parque.

Era tarde, por lo que las sombras de los árboles se mezclaban con los destellos cálidos de los faroles. Derek se acercó a un juego de dos columpios. Sostuvo una de las cadenas entre sus dedos, y se sentó en el tablón de madera, como si no tuviese más fuerza para mantenerse de pie.

Comprendí qué hacíamos allí al recordar la historia que me había contado lEstábamos en el parque donde se habían llevado a Amelia, donde Derek la vio por última vez.

De pronto, dejó de ser un espacio donde los niños se divertían. Dejé de escuchar las yrisas que soltarían para empezar a oír gritos de auxilio. Tanto de ella como de él.

Derek se apoyó en sus rodillas y centró la mirada perdida en los árboles. Los vio con .detenimiento, pero, mientras que para mí no eran más que madera, estaba segura de que aél los veía como los testigos de esa noche.

—No tienes que quedarte allí, ¿sabes? —Su voz pausada me llamó la atención.

—No quiero molestarte.

—Jamás podrías molestarme —aseguró y me vio a los ojos—. Siéntate conmigo.

Dudé. No quería irrumpir en el recuerdo que tenía con ella, pero, si él me lo pedía atal vez esa era la forma de ayudarlo. Me senté y lo noté suspirar muy profundo.

Empezó a balancearse ligeramente con ayuda de sus talones. El ruido del meta
ocrujiendo, el del viento entre las hojas, y la aparición de unas ardillas en los árbole
parecieron crear un ambiente familiar para él. Una suave sonrisa se formó en sus labios
ıMe fijé en sus manos y hallé una envolviendo el brazalete que adornaba su muñeca, aque
que compartía con Amelia.

s —Este lugar era de sus favoritos porque le encantaba columpiarse. Solía pedirme qu
ala impulsara porque quería tocar las nubes. Repetía: «Más alto, Derek, voy a alcanzar e
ocielo».

Su sonrisa desapareció cuando añadió en un murmuro:

—No pensé que lo alcanzaría tan pronto.

Bajó la mirada para centrarse en su brazalete. Ya no lo envolvía, ahora sus dedos lo
trazaban con más ansias.

e —Le dije que la encontraría. Mientras se la llevaban, le dije que la encontraría.

Empezó a negar con la cabeza; era una combinación de movimientos frenéticos y er
rechazo, con otros lentos e incrédulos. Su voz perdió esa paz y se aceleró:

o —No pude hacerlo, n-no pude…

o Acerqué mi mano a las suyas y detuve sus movimientos ansiosos. Terminaría po
rromper la pulsera si seguía así. Me asomé y con la otra mano lo sostuve de la mejilla para
que me viera, hallando sus ojos húmedos y su mandíbula cerca de temblar.

s —Lo intentaste, Derek. No dejaste de buscarla.

s —No fue suficiente. Ella estaba contando conmigo, le di esperanza, solo para
adecepcionarla. Y ahora…

Recargó su rostro en mi palma y ver sus ojos humedecerse por completo me rompió
.mas no tanto como escuchar su voz quebrada:

a —La perdí, Ava.

Tras aceptarlo, sus brazos me rodearon por las caderas y su rostro se refugió en m
specho.

Entonces, Derek empezó a llorar.

ı Sus brazos me sostuvieron con fuerza cerca de él, mientras sus lágrimas caían con
elibertad contra mi pecho. Su cuerpo temblaba en sintonía, su respiración agitada m
quebraba el corazón.

Quería ser capaz de quitarle su dolor para sentirlo yo y darle un respiro después d
tantos años de angustia que resultaron en decepción, pero ese poder los humanos no lo
teníamos. Solo pude sostenerlo y brindarle mi apoyo.

, Oculté mis labios en su cabello, presionándolos en su coronilla, y no lo solté. No iba a
hacerlo jamás. Solo dejé que llorara entre mis brazos, en silencio, sin prisa. Para qu

lpudiera liberarse de todo lo que había cargado sobre sus hombros durante tanto tiempo.

s En ese mismo parque, entre la oscuridad de la noche y las lágrimas infinitas, donde

.catorce años atrás Derek la vio ir, la búsqueda de Amelia llegó a su fin.

l

e

l

o

n

r

a

a

',

i

n

e

e

o

a

e

pudiera liberarse de todo lo que había cargado sobre sus hombros durante tanto tiempo.

En ese mismo parque, entre la oscuridad de la noche y las lágrimas infinitas, donde catorce años atrás Derek la vio ir, la búsqueda de Amelia llegó a su fin.



# CAPÍTULO 57

Pasaron cuatro semanas de investigaciones exhaustivas, lágrimas caídas y felicidad perdida.

Confiar en la palabra de Lex no era una opción, a pesar de que en ese asunto no parecía bromear, y los Carson y Derek no se rindieron. Revisaron una y otra vez la información que Wayne había copiado de sus archivos, pero no se detuvieron ahí. Verificaron que Lex no la había fabricado e investigaron por su cuenta.

Toda la información de Lara Moore, identidad falsa de Amelia Holt, era cierta. Después de catorce años, Leo, Liv y Derek estuvieron de luto.

Los vi llorar, sufrir, negar y, más importante, los vi apoyarse. Ellos tres eran una familia. No supe qué había sido de Lex. No me contactó más porque el juego entre Derek y él había terminado.

Ambos habían perdido. Todos lo habían hecho.

Liv, por primera vez desde que la conocí, no sonrió. Sus ojos vivaces y astutos se tornaron cristalinos y apagados. En ese tiempo, se dedicó a llorar, a ver fotos viejas de ellas juntas y a decirnos cuánto nos quería. Incluso le dio un cumplido a Becca. Declaró que la vida era muy corta para no recordar cuánto querías a alguien.

Leo lloró. El sonido del ascensor anunciando su llegada en la madrugada se tornó común, pues se desahogaba jugando *hockey* a solas. Y, a pesar de que los brazos de Becca se convirtieron una vez más en su refugio, una noche lo vi darse con Derek un abrazo tan fuerte y fraternal que me rompió el corazón.

Con respecto a Derek, no sabía por dónde empezar.

Los golpes en el saco de boxeo se volvieron un sonido recurrente en el nivel dieciocho. No se alejó de mí, no se acercó de más. Solo estaba presente, sin hablar. Por ratos apagado, otros frustrado, pero siempre, *siempre*, con esa tormentosa culpabilidad encima.

Con ello, no fue difícil que el insomnio se hiciera presente la primera semana, hasta que una noche me pidió que me quedara unos días con él. Y fue ahí, en mi pecho, que pudo descansar. Pero eran solo unas horas de paz. El problema volvía cada vez que despertaba.

Sin embargo, una cosa sí lo ayudó. Dejó de pensar en todo cuando su suspensión se terminó y volvió a entrar a un coche de carreras.

Conducir a trescientos kilómetros por hora le brindaba una libertad que nadie era capaz de darle. Ni Leo, ni Liv, ni yo.

Y ese domingo finalmente disfrutaría de esa velocidad en Montreal. Derek viajó días antes para la práctica y la clasificación. Nosotros le daríamos el encuentro para la carrera. El vuelo era de solo una hora desde Toronto, y Polo nos estaba haciendo el favor de llevarnos a Liv y a mí al aeropuerto, pero nos habíamos detenido en una gasolinera porque Liv necesitaba ir al baño. Polo también fue, pero, a diferencia de mi amiga, él volvió al cabo de pocos minutos.

—¿Crees que está bien? —me preguntó Polo, viendo preocupado la puerta del baño de mujeres por el parabrisas. Tanto él como Rafael no sabían muchos detalles, solo que los chicos habían perdido a una amiga de la infancia.

—Creo que ninguno lo está —confesé, apoyada en mi ventanilla de copiloto—. Y no sé cómo ayudarlos. Yo nunca he perdido a alguien de esa forma.

—El luto es personal. Cada quien lidia cómo puede. No te taladres la cabeza buscando una respuesta que nadie tiene, Ava. —Acarició mi hombro en un gesto tierno y amigable.

—Pero necesito esa respuesta. Al menos Liv es un poco más abierta y puedo apoyarla cuando necesita a alguien, Leo tiene a Becca y siempre habla con ella, pero Derek… —Boté un suspiro—. Quiero ayudarlo, Polo, me duele en el alma verlo así.

Por varios segundos, no dijo nada, pero sentí su mirada sobre mí.

—¿Qué? —Me volví a él.

—Lo sigues queriendo.

—No es el momento, Polo. —Volví la mirada al parabrisas.

—Incluso me atrevería a decir que ahora lo quieres más que antes —afirmó y me vio con una sonrisa ladeada—. ¿Se lo dirás?

Jugué con mis uñas al sentir un nudo en el estómago.

—Supongo que cuando pase todo esto, conversaremos. Ahora él no tiene cabeza para escuchar sobre nosotros. Lo primordial es que esté bien, que cure. Es lo único que me importa.

—Pues eso deja bastante claro qué es lo que sientes. Deberías decírselo, piénsalo.

Antes de poder ahondar en esos pensamientos profundos, Liv salió del baño.

Volvió a sentarse en el asiento trasero y la vi por el espejo retrovisor. Traía los ojo ellorosos.

—Vamos, vamos —apresuró a Polo—, o perderemos el vuelo.

Le agradecimos cuando llegamos al aeropuerto, y nos encontramos a Becca y a Leo en la puerta de embarque. Ya en el aire, mientras mi amiga se perdía en un libro de abotánica, presté atención a la afirmación que Polo había hecho.

¿Quería más a Derek que antes? Era obvio que lo quería, por supuesto, pero… ¿era sposible que en ese tiempo tan ambiguo, con cero etiquetas y cientos de problemas, lo ..sentimientos hubiesen crecido?

Sabía que quería protegerlo y verlo feliz. Que, cuando lloraba, me dolía también a mí aQue, a pesar de todo, podía confiar en él. Que nadie me hacía sentir de la manera tan lespecial como él lo hacía. Y que, a su lado, la vida se sentía más bonita.

*Cazzo*.

Con el estómago lleno de mariposas, tomamos un taxi al circuito Gilles Villenueve.

Leo y las chicas se dirigieron al *paddock*, pero yo necesitaba ver a Derek, así que fui a buscarlo.

Caminé hasta una zona no apta para el público, donde muchas personas en uniformes y con audífonos colgando en sus cuellos se movían con emoción previa a la acarrera. Me acerqué al garaje de la escudería a la que pertenecía Derek y la primera ypersona que me encontré fue Seth, ya vestido con el traje negro y blanco.

—¡Chica que ya ni sé si es o no de Keller! No creo que puedas estar aquí, pero ¡que alindo verte! —Me dio un fuerte abrazo y me indicó dónde estaba Derek.

El final del espacio abierto daba a la parada en boxes, donde algunos mecánicos parecían trabajar en los coches de los chicos. Junto a unos computadores colocados estratégicamente en una de las paredes, Derek, muy concentrado y con una gorra de su equipo, estaba frente a un hombre que dejaba caer dos pelotitas rojas para que Derek las atrapara.

—Keller, venga. Estate atento —le dijo antes de volver a dejar caer las pelotitas roja ocuando las manos de Derek se posaban sobre de él.

Derek las atrapó en la caída en menos de un instante. Se las devolvió y volvió a colocar sus manos estiradas sobre las del hombre.

—¿Qué hacen? —pregunté una vez que me acerqué y Derek reparó en mi presencia ejusto cuando atrapaba una pelotita.

—Pruebas de reflejos.

El hombre me vio con una educada sonrisa para después ver a Derek con un gesto de

¿qué hace esta chica aquí?

s —Gracias, Cole —se limitó a decir Derek—. Basta de pruebas por hoy.

Asintió y se alejó de nosotros. Derek vio a nuestro alrededor y colocó una mano en m espalda para llevarme a un costado.

ɔ —Sally, me encanta que ya estés aquí, pero no puedes estar *aquí* exactamente —me edijo con un gesto suave y pequeñas dosis de entretenimiento en su semblante todaví apagado.

ɑ —Lo sé, perdón, solo necesitaba decirte algo.

s —Ah, de acuerdo. ¿Qué sucede?

—Bueno, yo… —Un mecánico se acercó a apresurar a Derek.

˙. Y fue ahí que me percaté del fuerte ruido de los motores, del gran grupo de persona ıa nuestro alrededor que se movía alterado, del reloj indicando los pocos minutos para e inicio de la carrera, y cuando me concentré en Derek, me percaté que en sus ojos todaví permanecía la tristeza del duelo.

Las mariposas congelaron sus aleteos al darse cuenta de que era el peor momento ɑpara decírselo.

¿Qué me pasaba para querer hablar de mis sentimientos cuando él tenía la mente ıpreocupada en otros problemas?

ɑ Tenía que estar concentrado en la carrera. Tenía que estar bien.

ɑ —¿Sally? —Le dio un golpecito a mi nariz y me di cuenta de que me había quedado quieta.

é —¡Keller! ¡Ya va a empezar la cuenta regresiva! —avisó un hombre con auriculares así que ambos nos fijamos en él—. ¡Y alguien traiga a Seth antes de que la carrera sempiece sin él… otra vez!

s —Es ahora o nunca, Sally —dijo con una pequeña sonrisa.

ɪ —Nada, solo… quería desearte buena suerte. —Le di un beso en la mejilla— sHablamos cuando cruces la meta.

—Seré quien lo haga en primer lugar.

s —Y yo seré la fan celebrando en la tribuna.

Se quitó la gorra y me la colocó, antes de ajustarla a mi medida.

r —Para que todos sepan por quién viniste.

Compartimos una sonrisa y no rompimos miradas hasta que salí del garaje. Vi a Derel ɑempezar a colocarse el casco y me di la vuelta. Se lo diría después.

En el camino de regreso, pasé por la zona de otro equipo. El color predominante verde acero. Vi a uno de los corredores también prepararse y me hallé con la sorpresa de :que era Lex quien se estaba colocando la capucha que iba debajo del casco.

Él no me vio, y el tiempo que tardé en encontrarme con mis amigos, pensé en la posibilidad de que dos personas que se odiaban a muerte hubieran escogido la misma profesión y estuvieran condenados a encontrarse siempre.

¿Uno de ellos no pudo ser arqueólogo?

Las luces de los semáforos empezaron a iluminarse y por inercia mis manos empezaron a jugar entre ellas.

—¿Estás bien? —Becca me preguntó.

—Sí, sí, me siento algo extraña, pero bien.

Las cinco columnas de luces rojas terminaron de encenderse y, al apagarse todas, se dio inició a la carrera.

No despegué la vista del coche de Derek cuando pasaba por el tramo de recorrido que era visible desde nuestra posición. Cuando salía de mi campo, lo seguía por las pantallas que mostraban los coches sin perder un instante.

Después de varias vueltas, Derek no salía de los primeros puestos. En algunas curvas algunos coches lo superaban, y en otras él los pasaba de regreso. Había transcurrido tanto tiempo desde que lo vi correr por última vez que mi pecho fue hogar de un nido de adrenalina y felicidad al verlo hacer lo que más amaba.

Entre esos autos que se debatían el primer puesto, quedaron solo dos que tomaron delantera. Derek conducía el negro; Lex, el verde acero.

Tal vez para el público lucía como una lucha por el podio, pero, para mí y para los chicos, era obvia la tensión que surgió entre ellos en ese momento. No sabía si llamarlo «adrenalina», o «años de haber acumulado dolor», pero Derek y Lex no estaban acompitiendo para ganar.

Habría amado ver a Derek sobrepasar a Lex y cruzar la meta en primer lugar. Oír los gritos del público mientras yo corría a su encuentro donde los ganadores detenían sus coches. Lanzarme a sus brazos, sentir su aroma mezclado con la adrenalina, verlo feliz después de días de tristeza. Confesarle que lo quería, que nunca había dejado de hacerlo y sonreír mientras volvía a sus labios.

Todo eso habría sido perfecto.

Pero no fue lo que obtuve, porque la carrera aún no había terminado cuando mi corazón se detuvo y mi mente abandonó mi cuerpo.

El coche de Derek chocó con el de Lex.

Las ruedas laterales de su auto impactaron con las del rubio en una curva. Por su velocidad, un simple roce fue suficiente para que ambos perdieran el control.

El coche verde acero terminó montado sobre el coche negro por la fuerza de impacto. La llanta trasera del primero patinó sobre la superficie del auto y, al hacerlo

agolpeó el casco de Derek. Juntos se deslizaron por la pista y se arrastraron hasta impacta
acon la barrera lateral. De forma inmediata, los coches se prendieron en llamas.

Todo el público contuvo la respiración.

Empecé a oír el ruido sordo de las sirenas acercarse al núcleo de desespero, donde no slograba ver con claridad a los conductores. Veía humo negro, llamas ardientes y restos de caucho. El fuego me asustó, pero no tanto como saber que Derek estaba allí dentro, bajo un auto.

Lex logró salir de su coche. Se quitó el casco y la capucha para empezar a toser con efuerza y noté uno de sus brazos caer sin fuerza, como si se lo hubiese lastimado.

Giró la cabeza y, tras unos segundos, volvió a entrar al humo.

o Buscó empujar el que solía ser su auto para hacerlo a un lado y, con el brazo que no sparecía dolerle, ayudó a Derek a salir del asiento. Juntos se alejaron del ardiente embrollo, pero vi que el último apenas apoyaba una de sus piernas.

s Una vez a salvo del fuego, Derek se apoyó a un costado de la pista porque parecía obuscar estabilidad. Una ambulancia y un auto gris que parecía predestinado para esa esituaciones condujeron hasta alcanzarlos. Mientras el rubio, aún aturdido por el choque palmaba su brazo y soltaba quejidos, Derek se quitó el casco y la maya para después ıencorvarse.

Algunas personas se dedicaron a apagar el fuego y otras se acercaron a los corredores spara auxiliarlos, pero no lo suficientemente rápido.

o Derek perdió la consciencia y su cabeza, sin la protección del casco, impactó con el ıasfalto.

s

s

z

',

i

ı

l

',

golpeó el casco de Derek. Juntos se deslizaron por la pista y se arrastraron hasta impactar con la barrera lateral. De forma inmediata, los coches se prendieron en llamas.

Todo el público contuvo la respiración.

Empecé a oír el ruido sordo de las sirenas acercarse al núcleo de desespero, donde no lograba ver con claridad a los conductores. Veía humo negro, llamas ardientes y restos de caucho. El fuego me asustó, pero no tanto como saber que Derek estaba allí dentro, bajo un auto.

Lex logró salir de su coche. Se quitó el casco y la capucha para empezar a toser con fuerza y noté uno de sus brazos caer sin fuerza, como si se lo hubiese lastimado.

Giró la cabeza y, tras unos segundos, volvió a entrar al humo.

Buscó empujar el que solía ser su auto para hacerlo a un lado y, con el brazo que no parecía dolerle, ayudó a Derek a salir del asiento. Juntos se alejaron del ardiente embrollo, pero vi que el último apenas apoyaba una de sus piernas.

Una vez a salvo del fuego, Derek se apoyó a un costado de la pista porque parecía buscar estabilidad. Una ambulancia y un auto gris que parecía predestinado para esas situaciones condujeron hasta alcanzarlos. Mientras el rubio, aún aturdido por el choque, palmaba su brazo y soltaba quejidos, Derek se quitó el casco y la maya para después encorvarse.

Algunas personas se dedicaron a apagar el fuego y otras se acercaron a los corredores para auxiliarlos, pero no lo suficientemente rápido.

Derek perdió la consciencia y su cabeza, sin la protección del casco, impactó con el asfalto.



# CAPÍTULO 58

No me gustaban los hospitales.

El ruido de las máquinas, el aroma a limpio, ver a personas llorar, a doctores correr Era una pesadilla. Y en ella habíamos despertado todos nosotros.

Pidieron que nos quedáramos en la sala de espera, pero los nervios me imposibilitaban quedarme sentada. Tuve que distraerme contando las baldosas blanca de los pasillos.

Llevaba doscientas trece cuando llegué a una de las habitaciones de emergencias aquellas en las que atendían a personas que habían ingresado con un problema un poco más serio que el resto, mas no lo suficiente para ser internadas, como Lex.

Estaba sentado en una camilla con el uniforme abierto y colgando de sus caderas. E traje que llevaba abajo también lo había abierto y una camiseta blanca cubría su pecho Una doctora estaba colocando una férula en el brazo que se había lastimado.

Cuando terminó, le dio unas indicaciones y dijo que cuando acabara el papeleo podría irse. Traté de sonreírle cuando salió de la habitación, pero no pude. Quedamo Lex y yo.

—¿En qué puedo ayudarte, rubia?

Me abracé a mí misma y pasé saliva para decirle:

—Quería agradecerte.

Ladeó la cabeza.

—Pensé que me odiabas.

—Lo hago, pero Derek es más importante que cualquier rencor. Gracias por sacarlo del auto.

—No tienes que agradecerme. —Bajó de la camilla—. No lo hice por él.

—¿Entonces por qué lo hiciste?

—Te lo dije una vez, rubia. Yo no soy un asesino.

—Lo que eres es un imbécil —lo tomé por sorpresa—. Derek también lo es.

—¿Perdona? —Estiró el rostro y yo di un paso adelante, buscando que mi voz no se quebrara.

—¿Por qué hicieron eso, Lex? Sé que ambos están pasando un mal momento, pero ustedes son las personas más inteligentes que conozco. Ambos dan un paso estando tres adelante. Ambos son capaces de crear un juego y aparentar ser un jugador. Ambos son estrategas, mentirosos, genios. —Mis ojos se humedecieron del todo—. Y, aun así, fueron lo suficientemente estúpidos de ponerse en riesgo por odio. ¿Te parece que tiene sentido, Lex? No sé si son niños o simplemente unos idiotas que actúan con la cabeza caliente.

—Entiendo que estés alterada, rubia, pero debes calmarte.

—¿Bromeas? ¡No puedo calmarme! Derek está…

—Vivo —completó y me dejó callada—. Derek está vivo y, a menos que su corazón deje de latir de pronto, lo seguirá estando. Así que cállate.

Negué con la cabeza.

—Ni siquiera te importaría si dejara de hacerlo, ¿no?

Respondió encogiéndose de hombros:

—No.

—¿Quieres que lo haga?

—No —dijo, serio—. Porque eso significaría que la vería antes que yo, y eso no es justo.

Todo seguía reduciéndose a ella, a Amelia.

Ese sería siempre un asunto que yo no comprendería del todo, así que pasé mis manos por mi rostro y me di la vuelta para volver a la sala, pero lo oí detrás:

—¿Está en cirugía o en una habitación?

—Cirugía —contesté después de tomar aire—. Ya lleva más de una hora en el quirófano.

Cuando lo ingresaron, hallaron algunas fracturas en una de sus piernas. No no dijeron nada de los impactos que tuvo en la cabeza.

Unas lágrimas escaparon de mis ojos, pero las limpié. Lex notó esa acción.

—A ver, rubia. —Se acercó a mí—. Nuestro deporte es uno de los más peligrosos pero es también de los más seguros. La mayoría de las veces son choques superficiales, se arruinan coches que valen millones de dólares y somos descalificados de la carrera. Nuestros autos, nuestros trajes y nosotros estamos preparados para accidentes.

—Que estén preparados no significa que estén a salvo.

—Lo que trato de decirte es que los daños son mínimos, joder —se quejó, pero tomó aire y volvió a su gesto más calmado. Levantó su traje y me enseñó la manga verde acero

con marcas de auspiciadores—. Estos monos están preparados para resistir hasta ochocientos grados por unos segundos. El material es ignífugo porque se sabe que en un accidente el coche puede prenderse en fuego. Derek no tendrá quemaduras, no estuvo el suficiente tiempo en el fuego para tenerlas, así que de eso no debes preocuparte. Operarán sus fracturas y, después de un tiempo en rehabilitación, lo más probable es que esté bien. En cuanto al golpe en la cabeza… —Tomó aire—. Los autos tienen una estructura llamada «halo». Existe para proteger nuestros cascos. Mi coche dañó el de Derek, pero no lo suficiente. Los doctores se encargarán.

Extrañada, fruncí el ceño.

—¿Por qué buscas tranquilizarme?

—Porque estás llorando sin razón. Se llora cuando no tienes salida. Tu temor es solo una sombra, así que no llores.

Levantó el bolso que descansaba sobre la camilla y noté que tenía la intención de irse.

—¿No vas a quedarte?

—No, rubia. No somos una familia feliz.

Salió al pasillo, pero me di la vuelta cuando oí una voz alterada y conocida.

—¡Alexander! Tomé el primer vuelo. ¿Qué sucedió? ¿Te encuentras bien?

Era el padre de Derek. Su rostro se mostraba asustado, sus gestos tensos. Tanto su hijo como su sobrino habían sufrido un accidente en el deporte que él tanto odiaba.

Lex lo vio de pies a cabeza y la única razón por la que no rodó los ojos fue porque no era propio de él. No contestó la pregunta de su tío, solo lo siguió de largo para irse del hospital.

Realmente no eran una familia feliz.

—Señor Keller. —Me acerqué—. Deber…

—¿Dónde está mi hijo? —me interrumpió, serio.

Antes de poder contestarle, levantó las manos y arrugó el rostro.

—¿A quién le pregunto, por Dios? Eres una niña.

Dando pisadas fuertes, se acercó a una estación de enfermeras. Yo, en cambio, regresé a la sala de espera. Él estaba alterado y preocupado. No le tomaría importancia a su trato.

En la sala había dejado a Liv, Leo y Becca, pero habían llegado la madre de Derek, Seth, algunas personas de su equipo y… Marco.

—¿Cómo estás, cielo? —Se acercó—. ¿Sabes del estado de Derek?

Di un paso atrás, aturdida.

—¿Q-qué haces tú aquí?

—Me informaron que el corredor que solía auspiciar había tenido un accidente, así que tomé el *jet* de inmediato. Tenía que verte.

—No era nece…

—¿Tu qué? —La voz de Harrison Keller volvió a interrumpirme, pero esa vez estaba molesto y no era a mí a quien se refería.

Con el semblante tieso de sorpresa y el enfado en aumento, se acercó a nosotros.

—Antonio, ¿qué acabas de decir?

Mi papá tomó aire con mucha calma, y volvió la cabeza a su trabajador.

—Ya lo escuchaste. No hagas un escándalo porque no es el lugar ni el momento.

—¿Escándalo? —cuestionó con incredulidad—. ¿Cómo te has atrevido a hacer eso a nuestras espaldas?

—Estás al tanto de la posición de Harrison en ese asunto, Antonio —habló la madre de Derek. Se le veía preocupada dentro del vestido azul que llevaba.

—Derek no es un niño, Victoria. Y tú y Harrison no tienen voz ni voto en mis negocios.

—Por tus negocios —él presionó las palabras—, mi hijo ahora está en un quirófano con la pierna partida en dos.

—No —intervine—, no va a culparlo por ayudar a Derek en lo que usted no quiso.

Marco pareció asombrado de que lo defendiera, en especial en ese asunto, y Harrison me vio con extrañeza.

—Disculpa, pero ¿tú quién eres? ¿La novia de turno? No te importa mi hijo. A ninguno de ustedes le importa. —Estiró los brazos, pero señaló principalmente a Liv y Leo, que estaban hechos un manojo de nervios—. Porque, si lo hicieran, no lo habrían dejado continuar con este sueño suicida. Si algo me demuestra que estemos aquí, es que siempre supe que Derek volvería a un hospital por esta estupidez. Y ustedes, que se supone que son sus amigos, nunca lo ayudaron.

—Usted es su padre y nunca lo ayudó —corregí.

—Ava, no… —Leo negó la cabeza, pero no me detendría. Ese hombre no sería tan hipócrita y cara dura. Así que me tragué las lágrimas y di un paso hacia él.

—¿En serio los va a criticar por apoyar el sueño de Derek, mientras usted solo se dedicó a menospreciarlo e ignorarlo?

—No te atr…

—Estoy hablando. —En esa ocasión, lo interrumpí yo.

Harrison estiró el rostro, mismo gesto que hacía Derek, pero en él no era agradable.

—Esta *novia de turno* ha estado para su hijo cuando usted no lo veía a la cara a menos que fuera para despreciarlo. Ellos —dije señalando a mis amigos— han estado para él siempre, sin condiciones ni culpas. ¿Usted, en cambio, puede decir lo mismo?

—No tengo que darte explicaciones. Derek es mi hijo. Mi sangre. Y siempre que se

metió en problemas, estuve ahí para ayudarlo.

—Un niño necesita un papá, no un salvavidas que aparezca una vez al año. No digo que no se preocupe por él, porque estoy segura de que lo hace —dije, pues notaba que tanto él como Victoria lo estaban—, pero no tenga la cara de decir que lo ayudó, porque de todos aquí, quien menos lo ha hecho es usted.

Utilizó su altura y se mostró intimidante al ordenarme:

—Respétame.

—El respeto se gana y usted solo ha demostrado que no lo merece.

Con eso, le colmé la paciencia.

—A ver, niña, ¡¿tú quién te crees que eres para hablarme así?!

Dio un paso adelante, pero mi papá estiró una mano y habló con frialdad, firmeza:

—Entiendo que estés preocupado por tu hijo, pero no vuelvas a levantarle la voz a mi hija. ¿Queda claro?

—¡No me jo…!

—Te pregunté si te quedaba claro, no te invité a insultarme.

Nuestros padres compartieron una mirada gélida que me indicó que su relación de amigos-socios acababa de recibir un quiebre del que tal vez no iba a recuperarse. Harrison dio un paso adelante y mi papá solo ladeó la cabeza. No se mostró intimidado. ¡Todo lo contrario. Parecía ser el que tenía el control.

La única razón por la que ese incómodo ambiente se quebró fue porque dos doctores entraron a la sala. Una mujer y un hombre; ella, vestida de bata y él, con traje de equirófano.

De inmediato, todos nos acercamos con el corazón en la boca.

—Buenas tardes, soy el especialista en Traumatología que llevó a cabo la cirugía —se presentó el hombre—. Me alegra informarles que se desarrolló con éxito. El paciente…

—Derek —dijo Leo, a quien nunca había visto tan asustado—. Su nombre es Derek.

—Por supuesto —sonrió—. Derek ingresó con pocas fracturas, así que hemos sido ecapaces de tratarlas. No sabremos exactamente el porcentaje de movilidad hasta que se recupere del posoperatorio, pero tenemos un buen pronóstico.

Después de horas, esas palabras nos dieron un poco de tranquilidad. Leo abrazó a Liv. Becca soltó un suspiro. Seth y el equipo se vieron aliviados. A los padres de Derek, en cambio, no se les veía más calmados, solo verdaderamente asustados.

—¿Y cuándo se recuperará mi hijo, doctor? —preguntó Victoria.

Los médicos compartieron una mirada que no comprendí y el hombre se despidió con un asentimiento y la promesa de que su compañera era una especialista.

—Buenas tardes. Soy la doctora Allen —dijo—. Soy neurocirujana.

Volví a contener el aire que solté al escuchar que todo había salido bien.

—Le hicimos las pruebas correspondientes y sí les tengo buenas noticias. Derek no tiene hemorragias. Su cerebro no está sangrando, por lo que no hará falta una intervención quirúrgica. Sin embargo… —La doctora metió las manos en los bolsillos de su bata blanca—. La resonancia magnética nos mostró inflamación en el cerebro. Se debe a los golpes que sufrió y la mejor decisión en estos casos es inducirlo a un coma.

Dejé de respirar.

—¿C… coma? —susurré temblorosa.

—No es una razón para asustarse —aseguró con calma—. Un coma inducido es una decisión médica. Mediante medicamentos, dormiremos a Derek para que su cerebro pueda descansar y se recupere en el menor tiempo posible. Una lesión cerebral no debe ser prolongada porque cada minuto que pasa puede ser más perjudicial para él.

—¿Y cuándo despertará?

—Puede ser en tres horas o tres semanas. Cada persona es un caso completamente nuevo y no quiero hacer promesas. Le administraremos medicamentos y seguiremos de cerca el proceso del tratamiento. Mientras su cerebro se cura, su cuerpo eliminará la adrenalina del accidente y descansará. De esa forma también sus fracturas podrán sanar.

—Pero… cuando despierte estará bien, ¿cierto? —le pregunté, asustada—. Será el mismo.

—No sabremos el daño que ha sufrido hasta después de bajar la inflamación. Por ahora debemos esperar y desear que Derek nos ayude con su recuperación. Lamentablemente ya no dependerá de nosotros. Los mantendré informados.

Asintió y regresó por donde vino, dejándonos en una burbuja de incomprensión y miedo.

El nudo en mi garganta se tornó asfixiante. No podía moverme. No podía pensar.

Vi a sus padres abrazarse y a su madre empezar a llorar. A mis amigos preocupados por quien consideraban su hermano. Me sobresalté cuando sentí una mano en mi espalda y, al volverme, lágrimas escaparon de mis ojos. Era mi padre quien estaba a mi lado. Atento. Cuidadoso. Pero, más importante, presente.

Lo vi a esos ojos que solían darme seguridad y deseé que, una vez más, lo hicieran. Escondí mi rostro en su pecho y sus brazos me envolvieron por completo.

—Tengo miedo —le confesé entre sollozos.

—Es normal, cielo, pero si la doctora ha tomado esa decisión, es porque es lo mejor.

Detuvo las caricias en mi cabello y me buscó la mirada, por lo que traté de controlar mis lágrimas. Limpió una de mis mejillas y me dedicó una mirada paternal.

—No le he dicho que lo quiero. Nunca lo hice. Y necesito que me escuche decírselo.

Lo abracé por debajo de su chaqueta y él reforzó el agarre.

—Necesito que esté bien, papá.

—Lo estará, hija, lo estará. Te lo prometo.

Me besó en la coronilla y no me soltó. Segundos, minutos, simplemente estuve en su abrazo. Mis lágrimas humedecieron su camiseta, pero no pareció importarle. Yo ni siquiera me tomé el tiempo de pensar.

Solo sabía que me ayudaba que me sostuviera. Volví a ser la niña que necesitaba que su padre la abrazara. Y, después de años, estuvo ahí para hacerlo realidad.

Lo abracé por debajo de su chaqueta y él reforzó el agarre.

—Necesito que esté bien, papá.

—Lo estará, hija, lo estará. Te lo prometo.

Me besó en la coronilla y no me soltó. Segundos, minutos, simplemente estuve en su abrazo. Mis lágrimas humedecieron su camiseta, pero no pareció importarle. Yo ni siquiera me tomé el tiempo de pensar.

Solo sabía que me ayudaba que me sostuviera. Volví a ser la niña que necesitaba que su padre la abrazara. Y, después de años, estuvo ahí para hacerlo realidad.



# CAPÍTULO 59

No supe cuánto tiempo pasó hasta que mi llanto se calmó, pero pasé mis manos por m rostro y me alejé del pecho de mi padre.

—Gracias —dije en un susurro algo incómodo.

—¿Cuántas veces tendré que repetirte que no tienes que agradecerme, Ava? —Apoyó sus manos en mis brazos—. Solo me alegra que sepas que puedes contar conmigo.

Agradecí su sonrisa de apoyo, pero me fijé en Liv cuando se acercó a nosotros. Su ojos estaban hinchados, pero tenía un gesto amigable.

—Usted debe ser el padre de Ava. Un gusto finalmente conocerlo. —Le tendió una mano—. Soy Olivia, pero usted puede llamarme «Liv» porque creó a mi mejor amiga.

—También es un gusto conocerte, Liv. —Le correspondió—. He oído mucho de ti.

¿Oído o investigado?

Tras ese cordial saludo, Marco fue a hablar con los doctores y yo me senté con m amiga.

—Tu padre luce normal —dijo, después de un suspiro—. Durante tanto tiempo lo imaginé tan misterioso, sigiloso, incluso con un gato, como en *El Padrino*, pero no.

Antes de asumir que su descripción se trataba de otra de sus locuras, las palabras que usó me extrañaron lo suficiente como para analizarlas. Especialmente porque Liv no se había enterado tanto tiempo atrás de que tenía un padre. Ella lo supo cuando conoció a Zoe. Además, ¿llamarlo «misterioso» y «sigiloso»?

—Lo sabes… —Entorné los ojos, uniendo las piezas—. Sabes lo que pasó entre Derek y yo, ¿no es cierto?

Ella arrugó el ceño en sorpresa.

—Linda, ¿lo dices en serio? —Se llevó una mano al pecho—. ¡Obvio que lo sé! ¡Llevo meses fingiendo demencia!

P-pero…

—No pensaste que me quedaría de brazos cruzados cuando te vi sufrir por él, ¿o sí?

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Cuando se separaron, ninguno quiso hablar, pero era obvio que él había hecho algo malo. No imagines lo rabiosa que estaba. Lo amenacé tantas veces que por primera vez en mi vida se me acabaron las palabras —dijo, como si hablara de algo tan raro como un eclipse—. A ti te di espacio, pero iba tras él a diario para que me confesara lo que hizo. Después de mucha presión, accedió. No me dio tantos detalles de tu familia, solo me contó su error, el estúpido trato que hizo, y lo perseguí por toda su habitación lanzándole mis cristales.

La imagen mental me hizo reír un poco y ella tomó mi mano.

—Yo sé que luzco como la mayor fan de su relación, pero lo odié por hacerte llorar, y por varios meses, lo hice sufrir —susurró tan orgullosa como una niña pequeña—. Pero cuando vi lo arrepentido que estaba y que te amaba como a nadie, lo perdoné. ¿Alguna vez pensabas contármelo?

Negué con la cabeza.

—Derek es como un hermano para ti, Liv, tú misma lo has dicho. —Me encogí de hombros—. Preferí dejar eso afuera para que no afectara nuestra amistad.

—Es cierto. Derek es mi hermano. —Sostuvo una de mis manos y sonrió ligeramente—. Pero tú eres mi hermana. Lo eres desde que te conocí y lo serás siempre.

Dios, lloraría de nuevo.

Le di un abrazo que ambas necesitábamos.

—Derek va a estar bien —habló Liv cuando nos separamos—. Tiene que estarlo.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque no podemos perder a otro de nosotros. No ahora.

Apoyé mi cabeza en su hombro en forma de apoyo.

—Solía enviarte mensajes, ¿sabes? —murmuró de pronto—. Cuando se dio cuenta de que no los recibías, me preguntó qué sucedía. Él no sabía que habías cambiado de número celular.

—Sí… Lo hice para que no pudiera contactarme.

—Pues intentó hacerlo y no se cansó. Siempre me llamaba y me preguntaba cómo estabas —confesó—. Darme cuenta de que sí quería solucionar las cosas fue la única razón por la que no le lancé una maldición.

Pensé en ese tiempo. Tantos meses atrás. Tantos cambios. Había obtenido un nuevo número porque solía recibir notificaciones de Derek y lo que menos quería en ese momento era ver su nombre siempre tintineando en mi móvil.

Ahora me preguntaba qué mensajes estaban tras esas notificaciones.

Liv también se apoyó en mí y, tomadas de la mano, seguimos esperando alguna buena

noticia.

Solo que con el paso de las horas la espera se tornaba más incierta.

Las manijas del reloj del pasillo avanzaban junto con nuestra angustia, lo fluorescentes se encargaron de mantener el espacio iluminado cuando la oscuridad de la noche se coló por los ventanales y el hospital se tornó cada vez más silencioso. La voz de padre de Derek fue la única que lo interrumpió.

—Quiero que trasladen a mi hijo a Toronto —le dijo a la doctora.

—Los traslados innecesarios no son recomen…

—Lo necesito en el mejor hospital, con los mejores doctores, y aquí no los tengo —la interrumpió—. Estamos a solo una hora en avión. Haré los trámites necesarios y yo me encargaré de los gastos. Pero lo quiero en Toronto.

La doctora, que parecía haber tratado antes con familiares así, cedió tras explicar que sí era posible hacerlo sin suponer un problema grave para el estado de Derek. Iniciaron el papeleo y harían el traslado la mañana siguiente. A mí me agradó la idea porque significaba que, cuando Derek despertara, estaría en casa.

—Hija, yo debo irme ahora para alcanzar a ver a Zoe antes de que se duerma. —Se acercó mi padre, quien había estado a mi lado todo el día—. Puedo llevarte conmigo en el *jet*.

—N-no, no. —Me levanté un poco del asiento—. Voy a quedarme.

—Ava, necesitas descansar. Quedarte aquí no cambiará nada. Mañana temprano estará en Toronto y podrás ir a verlo.

—Gracias, pero pasaremos la noche aquí. No estaré sola ni lo dejaré a él.

Él suspiró, viendo a Liv, y a Leo y Becca sentados al frente.

—¿Tienen boletos para el regreso?

—Nuestro vuelo partió hace un par de horas —dije.

—Vengan conmigo, por favor —insistió—. Edward los llevará del aeropuerto a sus casas para que puedan ducharse y descansar. Podrán ver a Derek en la mañana. Lo tendrán que hacer igualmente en unas horas si quieren estar ahí cuando llegue él.

Liv y yo nos vimos por unos segundos. Sus ojos grandes estaban casi totalmente acubiertos por sus párpados y tenía un poco de maquillaje corrido, el cual acentuaba su ojeras.

Aceptamos.

Junto con los primos, a Becca y a Seth —también perdió su vuelo—, regresamos a Toronto con Marco. El cielo oscuro nos recibió en el aeropuerto y nos cubrió hasta que llegamos al edificio. Tomé una ducha en la que me prometí no llorar, y estaba a

terminando de cambiarme cuando vi en mi armario aquella caja en la que había guardado la tarjeta que correspondía a mi antiguo número de teléfono.

La tomé entre mis dedos y decidí de alguna manera interactuar con Derek, aunque no pudiese hacerlo con el de ahora.

Salí del piso de Liv y fui en el ascensor hasta el de los chicos.

Subí al segundo nivel y respiré hondo antes de abrir su habitación. Lucía opaca, como si sintiese que algo no iba bien. Encendí las luces y las tonalidades cálidas iluminaron el espacio. Me acerqué a su cama, donde días antes habíamos dormido juntos, y me crucé de piernas sobre las suaves sábanas. Sentí su aroma mientras intercambiaba las tarjetas de mi móvil.

Volví a encender mi celular y deseé que aún guardara todo lo que tenía, porque nunca desactivé la línea. Automáticamente recibí notificaciones del servidor, ofertas y alertas acerca de su uso. El ícono de mensajes tenía un pequeño círculo rojo en la esquina y boté el aire, aliviada.

Lo abrí y el chat que compartía con Derek fue el primero de la lista. A un costado también tenía un circulito de mensajes no leídos. Lo abrí ilusionada, pero fruncí el ceño cuando vi que no había mensajes de textos. Había mensajes de audio. Muchos.

Arrastré la pantalla varias veces y los audios seguían apareciendo. El primero que hallé era de abril. Más exacto, el día en que me mudé a casa de Polo.

Un miedo irracional me invadió cuando pensaba escucharlo. Quería hacerlo, pero temía oír su voz de meses atrás cuando él estaba silenciado en un hospital.

Apoyé el móvil en la cama, atraje mis rodillas a mi pecho y, con las manos temblorosas, le di inicio al primer audio.

«Hola, Sally».

Solo oír de su voz triste ese adorable apodo me estrujó el corazón.

«No sé si en algún momento escucharás esto o si simplemente borrarás mis mensajes pero haré el intento. Acabamos de pelear. Hace… veinticinco minutos, y estabas llorando —dijo muy suave—. Dijimos muchas cosas, pero entre ellas mencionaste que no había emotivos para que estuviéramos juntos. Yo sé que no es así, y te lo voy a demostrar. Cada sdía te daré un nuevo motivo. Así que prepárate porque te voy a llenar el móvil de mi voz diciendo cursilerías».

Empecé a botar lágrimas silenciosas mientras una sonrisa se formaba en mis labios.

«Empezaré ahora. Motivo 1. Porque me haces feliz. Solo con verte sonreír, mi humor emejora. A tu lado no puedo estar mal. Y me esforzaré para que tú puedas ser feliz a m alado también».

Se terminó el audio y empecé a oír el resto. Cada día me había dejado un nuevo

amensaje.

«Motivo 4. Porque estás loca. Estás completa, sin remedio y extrañamente loca, y así te equiero. No me gustarías de otra forma.

»Motivo 9. Porque siempre me insultas. Me causa tanta gracia. Eres violenta cuando hace falta serlo, y muero de ternura cuando te veo así».

Reí sin controlar más las lágrimas que corrían por mi rostro.

«Motivo 13. En este momento estoy en Mónaco y no hago más que pensar en tus ojos. éNo he dejado de hacerlo desde que te conocí. Incluso si dudo sobre lo que sientes por emí, solo hace falta que te vea para saber que sí me quieres. Y sé que será difícil lograr que lo admitas, pero te prometo que lo haré. Y esa es una promesa que no pienso romper.

»Motivo 18. Porque eres jodidamente buena en billar. Nunca he jugado con alguien yque me pudiera ganar con tanta facilidad, ¿sabes? Tú… tú puedes destruirme dentro y afuera del juego con un solo movimiento.

»Motivo 23. Eres *sexy*. —El llanto se me atascó en la garganta—. Eres la mujer más ,*seeexy* del mundo. Guapísima. Un cuerpo que me vuelve loco. Y yo sé que lo sabes. A mí ono me engañas con esa carita de inocente, Sally. Y tu inteligencia es aun superior a tu físico, así que me excitas el doble».

—Oh, Dios. —Oculté mi rostro sonrojado entre mis manos, y siguió arrastrando la voz en el audio.

«Quiero que dejes de estar molesta conmigo para que pueda volver a ponerte nerviosa. Era divertido cuando temblabas porque no sabías cómo reaccionar cuando me sacercaba a ti. —Rio, para después quedarse callado unos segundos—. Extraño tocarte».

No sabía si ponerme roja o seguir llorando.

«Creo que tomé mucho —susurró, pero logré oírlo—. Ya me dio sueño y estoy viendo doble, joder. ¿Qué hora es en Toronto? Ni idea, pero buenas noches, Sally. Sueña ,conmigo. Yo lo haré contigo y no te digo que no será caliente porque estoy seguro de que olo será. Te quiero».

—Nunca pierdes lo pervertido, ¿no? —reí.

Seguí escuchando los audios.

«Motivo 28. Tenemos que venir a Europa juntos. —Pude sentir la sonrisa en su rostro y otra se formó en el mío—. He probado cafeterías en todas las ciudades a las que estoy yendo para encontrar un *espresso* —me imitó— que te fascine. Aunque sé que dirás que rninguno se compara al de Italia, así que iremos para hacer realidad tu sueño. Solo espero ique no me reemplaces con un italiano de dos metros que prepare *gelato* y ande en Vespa». Solté una carcajada.

«Motivo 30. Tienes una manía con tocar tu cuello y no sabes las veces que me he

distraído viéndote. Cuando íbamos a clase…

»—¡Keller! ¡Va a empezar la clasificación! ¿Con quién hablas? —La voz de Seth interrumpió la nota—. Con Ava, ¿no? Claro que con Ava. ¡Sabía que era tu chica!

»—Lárgate. —Se escuchó un portazo—. Bueno ¿oíste eso? Mi chica. Me gusta cómo suena. Tú mi chica, yo tu chico. Me parece un buen acuerdo».

La sonrisa en mi rostro me acompañó en los siguientes mensajes, pero la dejé cuando llegué al motivo 32.

«Te estoy viendo temblar y me está matando no poder abrazarte, cariño». Fruncí el ceño y me fijé en la fecha del mensaje. «Estoy en Toronto. Necesito tenerte en mis brazos… pero tú no. O al menos ahora no puedes. Odio saber que estás llorando en un aparcamiento por mi culpa, joder. Nunca me he sentido tan rata como ahora».

—¿Estabas ahí…? —me pregunté en voz alta.

«Y has empezado a fumar. —Maldijo entre dientes y oí un ruido metálico algo lejos del micrófono—. No te destruyas de la misma forma que lo estoy haciendo yo. No lo mereces. —Suspiró lentamente—. No sé si podrás perdonarme y jamás podré culparte por no hacerlo. Lo siento tanto.

Se terminó el audio, pero seguí con el resto.

«Uno de mis favoritos: el motivo 40 —continuó en otro audio—. Porque juntos somos perfectos. Ambos tenemos aspectos muy jodidos, pero, cuando estamos juntos, sacamos lo mejor del otro y somos simplemente perfectos. ¿Cómo no podría querer estar con la persona que me hace sentir vivo?

»Motivo 78. Por muchos años me faltó algo que me hiciera sonreír siempre. Tenía momentos felices muy escasos. Contigo conocí la verdadera felicidad, y me has vuelto adicto a ella. Después de probarla, me rehúso a pensar que no podremos volver a disfrutarla juntos.

Seguí y seguí hasta llegar al último audio de la conversación.

«Motivo 99. Había decidido que serían cien, porque estaba seguro de que antes de ese tiempo no aceptarías verme sin arrancarme la cabeza. Pero hoy es el día en que volveremos a vernos y no suena tan mal, ¿no? Noventa y nueve motivos. Aunque sé que nunca los escucharás. —Soltó una pequeña risa triste—. Ahora estoy sentado en casa de yLiv, esperando que en cualquier momento entres por esa puerta y me des una patada en el culo para que me largue. Así que diré el último motivo.

»Motivo 99. Porque eres fuerte. Pero no solo amo tu fuerza, la admiro. No muchos pueden decir que salieron sin rasguños después de perder todo lo que creían cierto. Y sé que sí tienes rasguños. Odio haber sido el causante de muchos de ellos, pero te admiro

porque, en vez de ceder a ellos, los utilizas como un recordatorio para que nadie más vuelva a quebrarte.

Unos segundos hubo silencio, y de mi parte también, pues contuve la respiración.

«Perdón por todo lo que te he dicho estos meses. Multipliqué por mil mi cursilería —rio, un poco avergonzado—, pero pienso que valió la pena. O al menos lo hará si los escuchas. Si no, esto habrá sido una buena terapia para mí».

Abracé el móvil y me acosté en la almohada, que estaba impregnada en su aroma. Las lágrimas volvieron a correr con libertad en mi rostro cuando oí sus últimas palabras:

«Te amo, te admiro y te deseo. Creo que es oficial decir que estoy completamente loco por ti. Adiós, Sally. Nos veremos en noventa y nueve segundos».

porque, en vez de ceder a ellos, los utilizas como un recordatorio para que nadie más vuelva a quebrarte.

Unos segundos hubo silencio, y de mi parte también, pues contuve la respiración.

«Perdón por todo lo que te he dicho estos meses. Multipliqué por mil mi cursilería —rio, un poco avergonzado—, pero pienso que valió la pena. O al menos lo hará si los escuchas. Si no, esto habrá sido una buena terapia para mí».

Abracé el móvil y me acosté en la almohada, que estaba impregnada en su aroma. Las lágrimas volvieron a correr con libertad en mi rostro cuando oí sus últimas palabras:

«Te amo, te admiro y te deseo. Creo que es oficial decir que estoy completamente loco por ti. Adiós, Sally. Nos veremos en noventa y nueve segundos».



# CAPÍTULO 60

El primer día estuve en el hospital. Desde muy temprano hasta muy tarde.

El segundo tuve que ir a trabajar, así que toda la mañana mi cuerpo estuvo en ELE y mi mente con Derek. Apenas terminé mi turno, fui de vuelta al hospital.

Repetí esa rutina hasta que Derek cumplió una semana en coma.

La única razón por la que no entré en pánico fue porque bombardeé de preguntas a sus doctores y entendí lo que era un coma inducido. Derek estaba dormido porque ellos querían que lo estuviese. Si en algún momento debían despertarlo, podían hacerlo. El detalle era que no era recomendable hasta que su cerebro estuviese mejor.

Esa información me permitió dormir por las noches, o simplemente cuando tenía un tiempo para descansar los ojos, porque estaba exhausta. Como ese día. Tenía mis rodillas cerca de mi pecho y la cabeza apoyada en ellas para poder descansar un poco en la sala de espera. La tela de mis pantalones estaba húmeda por las lágrimas que soltaba dormida.

—Helvita… —Leo me despertó con cuidado—. El doctor tiene noticias.

No hizo falta que dijera más. Me puse de pie, sequé mis mejillas y esperé que el hombre en bata blanca nos diera una buena noticia después de una semana de incertidumbre.

—¿No hay nadie más presente?

—Solo nosotros. ¿Qué ha pasado? —pregunté, frotando las manos de los nervios.

Una sonrisa formal se formó en sus labios.

—Hemos despertado a Derek y está consciente.

La burbuja de terror en la que viví por días se reventó con esas palabras y boté un suspiro lleno de alivio. Leo soltó un grito de emoción y levantó al doctor en un fuerte abrazo.

—¡Joven, por favor! —El hombre volvió a pisar el suelo cuando lo soltó.

Leo y yo nos vimos y fuimos nosotros los que nos abrazamos en esa ocasión.

—De momento tiene que descansar —siguió el doctor—, así que lo trasladaremos a una habitación. Aún está en recuperación y cuando se trata de una lesión como la suya toma tiempo. Lo básico y esencial funciona a la perfección, pero aún no demos nada por sentado. Celebremos esta pequeña victoria.

No era pequeña, era gigantesca: ¡Derek estaba despierto!

—¿Podemos verlo? —preguntó Leo, ansioso.

—Cuando esté en su habitación, pero de a uno. No debemos agobiarlo.

Al rato, una enfermera nos informó que ya podíamos verlo, aunque solo unos minutos. Leo y yo caminamos con rapidez hasta quedar de pie en la puerta que abría a la que ahora era su habitación y, de repente, aquella alegría fue opacada por la incertidumbre.

Nos quedamos quietos, carcomidos por el miedo.

Leo presionó los labios y vio la manija de la puerta como si su vida dependiera de que al entrar, encontrara a su hermano igual que siempre.

—Entra tú primero —dije y, cuando dirigió su atención a mí, le afirmé—: Eres su familia.

Parecía querer refutar cuando abrió la boca, pero le fue imposible. Sus ojos negros me gritaban que necesitaba verlo bien, así que de la forma más honesta me dijo:

—Gracias, Ava.

Tomó un largo respiro y entró a la habitación.

Aproveché el tiempo para avisar a Liv de lo sucedido y empecé a recorrer el pasillo de inicio a fin, una y otra vez. Esperando, rogando, deseando ver a Derek como siempre.

Mi Diego.

Pensaba en todo y en nada cuando Leo salió minutos después. Tenía los ojos rojos y la expresión decaída.

—¿Qué sucede? —Me acerqué a él y alzó la mirada. Contenía lágrimas—. ¡Leo!

—Ava… —No dijo nada más.

Corrí dentro de la habitación, pero me detuve en seco al verlo.

Derek estaba recostado en la camilla. Una de sus piernas estaba enyesada, lucía pálido y tenía ojeras bastante marcadas. Varias máquinas tintineaban y emitían sonidos detrás pero él solo parecía ver por los ventanales de la habitación.

—Derek… —Me acerqué a él y busqué su atención—. ¿C-cómo estás?

—Me duele la cabeza —dijo en un tono bajo y cansado.

Una ola de calma me invadió al oír su voz. Otra de emoción cuando giró sobre la almohada y sus ojos se encontraron con los míos.

Entonces me preguntó:

—¿Usted es la enfermera encargada?

Y mi corazón murió ahogado en una ola de negación.

—N-no, no soy enfermera. No trabajo aquí.

Frunció el ceño, aun cuando parecía costarle, y preguntó:

—¿Quién eres y qué haces en mi habitación?

El aire escapó de mi cuerpo y di un paso atrás para no caerme.

—No… N-no, esto no está pasando. —Mi mandíbula empezó a temblar de desesperación, así que me acerqué a él y lo tomé de la mano—. Soy Ava. Sally. Tu Sally.

Mantuvo sus ojos sobre los míos, y sentí lágrimas calientes caer por mis mejillas.

—Soy la chica del coche celeste, con quien estudiaste el alba, a quien pones nerviosa con tus frases y caricias. Te insulto en italiano y, en vez de ofenderte, te divierte.

Me senté en el borde de la camilla y acerqué nuestras manos unidas a mi pecho.

—No sabía conducir y tú me enseñaste, ¿lo recuerdas? Aceleraste en una carretera para asustarme, ¿recuerdas eso? O cuando jugamos billar. Estaba por derrotarte y me engañaste para que yo perdiera y tú ganaras. Debes recordar eso… Debes recordarme Derek.

Acaricié su mejilla, mordiéndome la lengua para no quebrarme, y terminé apoyando mi cabeza en su hombro.

—Dijiste que no se puede olvidar a quien amas… —murmuré—. No puedes hacerlo cuando no te he dicho que yo también lo hago.

Sentí que me habían arrancado el corazón. Había estado tan cerca de decirle que lo quería. Lo di por sentado, perdí tanto tiempo…

Y ahora el chico que amaba no me reconocía.

—Yo no te engañé en esa partida de billar, gané de forma justa.

Sentí su pecho levantarse y una suave risita escapó de sus labios.

No…

Me reincorporé un poco y vi diversión en esos ojos cafés, junto a una sonrisa de lado.

—¿No pensabas decir que me gritaste como una demente en un restaurante o que te plantaste ebria y desnuda a una piscina? Solo quieres que recuerde lo que te conviene, Sally.

—¿Qué…? ¿Qué está pasando? —cuestioné. Me quedó claro lo que había hecho en su expresión llena de diversión y nostalgia—. ¡¿No me has olvidado?!

—Ningún accidente me hará olvidar a la italiana terca de la que me enamoré.

—P-pero… —Me bajé de la camilla, ardiendo por dentro—. ¡Me has dado un infarto!

—Lo siento, fue cruel. —Estiró una de sus manos hasta alcanzar la mía—. Quería oírte admitir que me querías y sabía que solo lo harías estando al borde de un abismo.

—Pero…

—Me quieres —me interrumpió con una enorme sonrisa sobre sus labios.

—Te quiero golpear.

Negó con la cabeza, feliz.

—Me quieres, Sally.

No quise volver a tardar, así que, a pesar de querer insultarlo, con el corazón desbordado de mil emociones, finalmente dije:

—No solo te quiero, Derek. Te amo.

Limpié las lágrimas de mis mejillas, riendo de nervios, mientras Derek me veía con profundidad, como si no pudiese creer que al fin lo dijera.

—Acércate porque no puedo moverme y quiero besarte.

Volví a sentarme en el borde de la camilla. Una de sus manos me tomó de la mejilla y unió nuestros labios en un largo, necesario y perfecto beso que deshizo mi mente en hilos.

Nunca imaginé que cuando finalmente estuviéramos juntos sería en una habitación de hospital, pero fue lo de menos. Estaba Derek, estaba yo, y nuestros sentimientos estaban sobre la mesa. No hacía falta nada más.

Nos separamos, aunque solo un poco, y acaricié sus mejillas, sus labios, su cabello todo mientras lágrimas caían por mi rostro. Lo lindo era que se debían a la felicidad que sentía.

—Estás bien… —solté en un suspiro tembloroso.

Derek tomó mi mano y la llevó a sus labios para depositar un suave beso.

—Estoy bien, Sally.

Escucharlo me llenó de alivio. La emoción que sentía dentro de mí era tan arrolladora que no podía creerlo. Me acosté con cuidado sobre su pecho y lo abracé.

—No te perdono este susto, en especial cuando antes de la carrera iba a confesártelo —Sorbí la nariz—. Solo que estoy muy emotiva como para molestarme. Prometo que luego lo haré.

Me dejó un beso en el cabello, y luego rio, incrédulo.

—¿Qué sucede? —Me recompuse, solo para hallarlo con una sonrisa.

—Rompiste tu promesa —dijo, como una reflexión—. Caíste por mí.

—Sí. Caí por ti. Hiciste que yo rompiera una promesa. —Frunciendo el ceño, me pregunté—: ¿Qué me has hecho, Derek?

—Lo mismo me pregunto, Sally.

Escuchamos unos toques en la puerta y, al fijarme, vi a Leo acercarse a nosotros.

—¡Tú! —Lo señalé y me vio con ojos de perro—. ¡Cómo me hiciste esto!

—Lo siento, Helvita. Si mi hermano moribundo me pide que le haga un favor, lo hago. Me dijo algo de un abismo, no entendí bien. Supuse que me empujaría por ahí si ustedes no volvían.

Me fijé en Derek y lo vi encogerse de hombros.

—¡¿Derek?! —Oí el grito emocionado de Liv entrando a la habitación—. ¡¡Estás vivo!! Corrió hacia nosotros y le dio un abrazo cuidadoso.

—Te daría un beso en la cabeza, pero me da miedo que se te caiga. ¿Cómo te sientes?

—Molido. Me duele todo el cuerpo. Es el accidente más fuerte que he tenido.

—¿Y por qué sucedió? —cuestioné, pues esa duda me había acompañado cada noche.

Él tomó una larga respiración, entre confundido y arrepentido.

—Al inicio fue una mezcla de adrenalina, con dolor y cólera. Lex y yo estábamos solos yen la delantera, y… empezamos a competir más allá del primer lugar. Cuando me d ıcuenta del enorme error que estaba cometiendo, fue demasiado tarde. —Bajó la mirada a nuestras manos juntas—. Ha sido una de las cosas más estúpidas que he hecho en m ıvida.

—¡Por supuesto que lo fue! —regañó Liv—. Lex y tú han sido unos mononeuronales a toda velocidad. ¡Comparten la idiotez en los genes!

—¿Cómo está él? —preguntó Derek.

—Solo se lastimó el brazo —contestó Leo—. No lo hemos visto desde ese día.

Volvió a asentir y el ruido del celular de Liv nos interrumpió.

—Has tenido un accidente, una operación, has estado en coma una semana —resumió—, y, aun así, creo que lo peor que va a pasar es que tus padres están de camino.

—Joder —Soltó un suspiro y cerró los ojos.

—Han estado aquí toda la semana, Keller —le contó Liv—. Y Ava se peleó con Harrison el primer día —añadió, antes de repetir con dramatismo—. «El respeto se gana .y usted solo ha demostrado que no lo merece».

—¿Le dijiste eso? —Derek abrió los ojos con sorpresa. Asentí—. Joder. Qué increíble ¿Por qué me durmieron?

Junto a Leo y a Liv le contamos lo que había sucedido. Aunque la enfermera no tardó en echarnos de la habitación para que Derek pudiera descansar. Cuando llegaron sus padres, el doctor nos informó que se quedaría un tiempo más bajo observación, puesto eque debían ser precavidos, pero cuando los exámenes y las pruebas demostraron que no hubo ningún problema mayor a causa del golpe, dieron luz verde para que Derek pudiera regresar a casa.

Y, después de días grises e inciertos, salió el sol, como él lo había dicho tiempo atrás.



# CAPÍTULO 61

Derek odiaba tener yeso. Nos quedó claro cuando le dieron el alta y Leo tuvo que ayudarlo a subir las escaleras de su departamento. Yo me adelanté a su habitación para acomodar sus almohadas. Leo lo dejó en la cama y Derek se sentó estirando ambas piernas entre insultos. Su mejor amigo dijo que tenía clases, pero, antes de irse, frunció la nariz:

—Apestas a hospital, hermano.

Derek agarró una de las almohadas y se la aventó, pero Leo cerró antes la puerta.

—¡Cuida de él, Helvita! —gritó desde el pasillo y le aseguré que lo haría.

—Quítate la camiseta —le dije a Derek y él levantó las cejas.

—Solías ser más romántica, Sally. ¿Qué pasó con el juego previo?

—Vas a cambiarte —reí, entrando en su armario—. Sí hueles a hospital.

Lo oí quejarse mientras yo abría unas gavetas para buscarle una camiseta nueva. Moví las prendas hasta hallar una, pero lo que llamó mi atención no fue una camiseta.

—¿Sally? —Me llamó tras varios segundos, en los que quedé con la mirada fija en la gaveta, y él pareció darse cuenta del porqué de mi reacción instantes antes de que tomara la cajita de metal.

—Tienes mi encendedor —murmuré, moviendo la esquina despegada de la pegatina morada que decía: *No fumes, te vas a morir*. Ese mismo que Liv me había obsequiado. Ese mismo que dejé tirado en el aparcamiento de la discoteca meses atrás cuando él estaba viajando.

O eso creí todo ese tiempo, pero recordé lo que dijo en los audios. Derek había estado en Toronto aquella noche.

—No solo estuviste ahí, también lo guardaste… —noté y, al volverme, lo hallé con el ceño fruncido.

—¿Sabías que estuve ahí?

—Desde hace unos días. —Salí del armario para acercarme a él—. ¿Por qué no me dijiste que estuviste aquí esa noche?

—Porque no fue solo esa noche. Volvía Toronto siempre que podía entre carreras. Sabía por Liv que estabas viviendo con ella, así que, para darte espacio, me quedaba en habitaciones de hotel. —Se encogió de hombros y me senté frente a él en la cama—. Era solo justo que vivieras cómoda. No iba a permitir que no aceptaras esa oportunidad por culpa mía.

Siempre pensé que se había ido porque finalmente había logrado ser un piloto y había regresado solo porque estaba en una pausa. Nunca imaginé que había otro motivo para su partida.

Derek se fijó en mis manos. Agarró el encendedor, lo abrió y, a diferencia de conmigo meses atrás, salió una llama.

—Lo arreglé para ti. —Una pequeña sonrisa se formó en sus labios—. Parecía especial por la pegatina y no quería que lo perdieras. Esa noche y muchas otras veces quise acercarme, pero Liv siempre me recordaba que aún no estabas lista. No imaginas lo que me hizo pasar para demostrarle lo arrepentido que estaba.

—No puede ser algo tan malo…

—Me obligó a ser vegetariano. Dijo que suficiente daño había hecho con destrozar tu corazón como para encargarme de dañar el de los animales.

—¿Qué? —Empecé a reír—. No hay forma de que hayas aceptado eso.

Pero él respondió con seriedad:

—Llevo cinco meses y trece días sin comer carne.

—Mientes.

—He dejado de hacerlo. —Se llevó una mano a la cara y rio—. Suena ridículo, pero es cierto. Dijo que así le demostraría mi amor por ti y, que hasta que te recuperara, no podría comer carne. Ahora que lo logré, juro que te llevaré al mejor restaurante de carnes de la ciudad y comeremos hasta que Liv entre en colapso.

Compartimos una risa.

—Está demente, pero es tierna. —Le señalé el encendedor—. Me puso esta pegatina para que dejara de fumar. Se preocupa a su manera.

Él rio, pero luego lo vio como si le hubiera entrado una duda.

—¿Cómo supiste que estuve esa noche? ¿Te lo dijo Leo?

—Tú me lo dijiste; el Derek del pasado que me dio noventa y nueve motivos por los que valía la pena estar juntos.

Su rostro no tuvo precio. Fue la representación física de: «Oh, mierda».

—¿No querías que los escuchara?

—No, sí, es decir… —Se acomodó en el sitio, nervioso—. Sí quería, claro que sí pero… no pensé que lo harías. —Por unos instantes solo me vio, esperando—. Y ¿qué piensas?

—Que yo también tengo algo que decirte. —Me puse de pie a su lado.

Saqué de mi bolsillo una servilleta de ELE en la que había estado escribiendo desde que se accidentó.

—No tuve noventa y nueve días, pero sí diez en los que, mientras tú estabas en el hospital, yo pensé en nosotros, así que puede que tenga algunos buenos motivos.

Él se sorprendió y pasó a sentarse en el borde de la cama, apoyando con cuidado su yeso en el suelo.

—Motivo número uno por el que deberíamos estar juntos. —Alcé la vista—. Porque te amo.

—También te amo —respondió de impulso.

—No interrumpas. Así no vale.

Él aceptó, divertido.

—Motivo número dos: porque me encanta la sonrisa que pones cuando me ves, en especial cuando intentas ponerme nerviosa a propósito.

No soporté más la intensidad de sus ojos fijos en mí, así que solo vi la servilleta y me armé de valor para seguir.

—Motivo número tres: porque me haces sentir cosas que no puedo ni nombrar. Sentimientos que no sabía que existían, y que tú creaste en mí desde el segundo en el que empecé a enamorarme de ti.

»Motivo número cuatro: porque, cuando de Zoe se trata, eres la persona más adorable del mundo, y eres capaz de hacer ridiculeces con tal de hacerla reír.

»Motivo número cinco: porque he estado demasiado tiempo sin ti y no quiero que ese tiempo se vuelva más largo.

»Motivo número seis: porque siendo, según tú, la peor conductora, tuviste paciencia y fuiste el mejor profesor que he tenido.

»Motivo número siete: porque, a pesar de todo, sé que puedo confiar en que, si te doy mi mano, no la soltarás por nada del mundo.

»Motivo número ocho: porque sé que siempre estaré a salvo a tu lado. Y, aunque sea difícil para ti creerlo, también lo estarás conmigo.

Sonreí para mí misma y contuve unas lágrimas.

—Motivo número nueve: porque no te rendiste conmigo, a pesar de que yo lo hice contigo. Me esperaste aun cuando podrías haber hallado algo mejor.

—No hay alguien mejor que tú.

—Dijiste que no me interrumpirías —me quejé, volviendo a verlo.

—Siempre y cuando no digas tonterías —defendió—. Te esperaría toda una vida Sally.

Mi corazón se estrujó cuando oí sus palabras. Volví a enfocarme en el pequeño pape y dije la última razón:

—Motivo número diez: porque me hiciste caer por ti, y una caída nunca había tenido un aterrizaje tan maravilloso como lo son tus brazos.

Humedecí mis labios y alcé la vista algo nerviosa para encontrarme con sus ojos café viéndome con cariño.

Derek estiró una de sus manos, invitándome a tomarla. Las entrelazó y me acercó a él No desconectó sus ojos de los míos ni un instante. Me senté a horcajadas en su regazo y apoyé mis brazos sobre sus hombros, mientras que los suyos me rodearon por la cintura.

—¿Muy cursi? —Arrugué la nariz, conteniendo una pequeña sonrisa.

—Mucho, pero me encanta.

—Tú fuiste aún más cursi —dije, acariciando su cabello—. Tengo la evidencia.

—No sé de qué hablas, Sally. No lo recuerdo.

—¡No bromees con eso, *cazzo*! —Estiré mis manos en su pecho y él solo rio.

—Si no es un juego. Lo olvidé todo. ¿Quién eres?

—¡Derek! —me quejé, retrocediendo, pero él no me lo permitió. Atrapó mi cintura entre sus manos y me acercó a él del todo.

—Dímelo. —Vio mis labios, después mis ojos, y repitió—: ¿Quién eres?

Supe la respuesta que quería y se la di en un susurro.

—Tu chica.

Derek me brindó una de esas hermosas sonrisas y me preguntó:

—¿Tú mi chica, yo tu chico?

Y con una sonrisa cómplice, antes de besarlo, respondí:

—Me parece un buen acuerdo.

—Dijiste que no me interrumpirías —me quejé, volviendo a verlo.

—Siempre y cuando no digas tonterías —defendió—. Te esperaría toda una vida, Sally.

Mi corazón se estrujó cuando oí sus palabras. Volví a enfocarme en el pequeño papel y dije la última razón:

—Motivo número diez: porque me hiciste caer por ti, y una caída nunca había tenido un aterrizaje tan maravilloso como lo son tus brazos.

Humedecí mis labios y alcé la vista algo nerviosa para encontrarme con sus ojos cafés viéndome con cariño.

Derek estiró una de sus manos, invitándome a tomarla. Las entrelazó y me acercó a él. No desconectó sus ojos de los míos ni un instante. Me senté a horcajadas en su regazo y apoyé mis brazos sobre sus hombros, mientras que los suyos me rodearon por la cintura.

—¿Muy cursi? —Arrugué la nariz, conteniendo una pequeña sonrisa.

—Mucho, pero me encanta.

—Tú fuiste aún más cursi —dije, acariciando su cabello—. Tengo la evidencia.

—No sé de qué hablas, Sally. No lo recuerdo.

—¡No bromees con eso, *cazzo*! —Estiré mis manos en su pecho y él solo rio.

—Si no es un juego. Lo olvidé todo. ¿Quién eres?

—¡Derek! —me quejé, retrocediendo, pero él no me lo permitió. Atrapó mi cintura entre sus manos y me acercó a él del todo.

—Dímelo. —Vio mis labios, después mis ojos, y repitió—: ¿Quién eres?

Supe la respuesta que quería y se la di en un susurro.

—Tu chica.

Derek me brindó una de esas hermosas sonrisas y me preguntó:

—¿Tú mi chica, yo tu chico?

Y con una sonrisa cómplice, antes de besarlo, respondí:

—Me parece un buen acuerdo.



# CAPÍTULO 62

No me gustaba pensar en la felicidad como un estado permanente, era imposible ser feli siempre, pero, en ese momento, en aquella cafetería, lo era.

Con una bandeja en manos, me acercaba a las mesas de ELE. La sonrisa que le otorgaba a los clientes cuando les entregaba sus cafés ahora era genuina; no necesitab más aquella que tenía ensayada.

Desde mi puesto detrás de la barra, alcé la vista cuando el sonido de la campan anunció el ingreso de un nuevo cliente. No era quien esperaba, así que volví a centrarm en la espuma del *cappuccino* que había ordenado la mesa cuatro.

Esa vez, no derramé la leche, a pesar de que mis manos temblaban.

Lo bueno era que no lo hacían por las razones por las que solían temblar meses atrás Lo hacían de emoción, y, cuando la campanilla de la cafetería volvió a sonar, entró l responsable.

—Mamá… —Corrí hacia ella apenas la vi y me envolvió en un abrazo—. Te extrañé.

Habíamos conversado por teléfono hacía unos días, y esa llamada fue testigo de varia disculpas y cientos de lágrimas soltadas por ambas.

Yo necesitaba tiempo para curar, y ese tiempo ya había pasado. Ahora necesitaba a m mamá de regreso.

—¿Cómo estás, cielo? —Acomodó mi cabello en un dulce gesto maternal.

—Estoy bien. Y esta vez no es mentira. —Reí—. ¿Cómo estás tú?

—Pues extrañando a mi pequeña. Las cenas con Óscar y Rafael son divertidas, per me haces falta. Cuando jugamos a descifrarlos hablar en español, no puedo yo sola.

—Mañana podemos cenar juntos. —Tomamos asiento en la barra—. Sería lindo.

Ella me dedicó una sonrisa tierna.

—Me gusta verte entusiasmada.

—Me gusta sentirme así. Estoy bien contigo, mi *nonna*, Derek y bueno… con mi papá.

Su rostro se estiró.

—¿Marco? —dijo su antiguo nombre en un suspiro—. ¿Frecuentas a tu padre?

—No mucho, pero he compartido algunos momentos después de enterarme de que… tengo una hermana. Se llama Zoe y es la niña más adorable e inteligente que conozco.

—Me alegro mucho, hija, en serio, pero no sabes…

—Sí sé que ambos estuvieron de acuerdo con que nosotras nos mudáramos aquí. A momento me enfadé, pero ya no lo estoy. Siento que las cosas por fin están encajando mamá. Y mi papá está encontrando su lugar en este rompecabezas.

—Ava… —Tomó aire, como si lo que dije le hubiese confirmado un temor—. Mese atrás, en este mismo café, hablamos y te advertí que tu padre no era alguien en quien confiar.

Que lo dijera, aun cuando le había asegurado saber la verdad, me demostró que no estábamos en la misma página.

—Pensé que… ¿A qué te referías esa vez, mamá?

—En Vancouver, meses antes de venir aquí, las cosas cambiaron, cielo. Tu padre cambió —empezó—. Aumentó la seguridad de la empresa. La policía estaba pendiente de nosotros. Y, una noche, encontré un plan de salida: pasaportes falsos, dinero en efectivo y vuelos de avión.

Diría que eso me sorprendió, pero la verdad era que no lo hizo.

—¿No es normal para alguien como él contar con un plan después de lo que hizo?

—Cuando me enteré de lo que lo acusaban, pensé lo mismo que tú, cielo. Pero una noche oí a tu padre hablar por teléfono. Dijo que no era un simple problema de números que no cuadraban en balances. Que necesitaba ayuda. Y que la policía no lo sabía todo. —Las arrugas en su frente se acentuaron frente a su incomprensión—. Sé que él y yo te mentimos por mucho tiempo, Ava, pero él también me mintió a mí. Por eso cuando lo llevaron a prisión, fui a verlo. Le pedí que me prometiera que no había cometido más errores de los que estaba pagando en la cárcel. Necesitaba saberlo por nuestro bienestar, tu bienestar.

—¿Lo… prometió?

Mi madre negó con la cabeza.

—No. No fue capaz de verme a los ojos y prometerme algo que no era cierto.

Una sensación que no extrañaba se apoderó de mi pecho.

—Yo no confío en tu padre, Ava. Marco es una persona que yo pensaba conocer. Y cada día que pasa me doy cuenta de que nunca supe quién era realmente.

Me tomó las manos con el amor maternal que había extrañado esos meses.

—Eres muy inteligente, cielo. Ahora sé que puedo confiar en ti y tus decisiones,

lamento no haberlo hecho antes. Si quieres que tu padre forme parte de tu vida, no voy a intervenir, pero necesito pedirte un favor.

Asentí con duda y me vio fijamente para decir con seguridad:

—No dejes que tu niña de seis años ciegue lo que la mujer que eres hoy puede hallar.

lamento no haberlo hecho antes. Si quieres que tu padre forme parte de tu vida, no voy a intervenir, pero necesito pedirte un favor.

Asentí con duda y me vio fijamente para decir con seguridad:

—No dejes que tu niña de seis años ciegue lo que la mujer que eres hoy puede hallar.



# EPÍLOGO

Era tarde en la noche y desde mi coche podía ver con claridad la puerta de la cafetería.

La oscuridad de la calle me ayudaba y la luz de las farolas alumbraban la acera donde Ava Handersen Muller cerraba las puertas de ELE, la cafetería donde había empezado a trabajar seis meses atrás. Derek Keller la acompañaba. Corredor en ascenso. Aún utilizaba muletas tras el accidente. Ella reía y él la veía como si no supiese qué haría sin ella en su vida.

Pobre.

Delante de mi coche, estaba el de Ava. Celeste plateado, Nissan, del 2010. Cuando los vi acercarse, no me acomodé ni me moví para prevenir que no me vieran. Simplemente no lo harían. Era excelente utilizando las sombras en mi favor.

Por la cercanía, logré oír a Derek mencionar que no necesitaba estar en otro accidente automovilístico tras ver a Ava tomar las llaves de su auto. Dijo que preferiría cojear por todo Canadá. Ella se defendió, diciendo que le quitaría las muletas y se iría corriendo con ellas.

Rieron y entraron en el coche celeste.

Eran felices. Cualquier otra persona los describiría como tiernos, incluso.

Escuché al auto encenderse y, a los segundos, emprendieron camino, pero no la seguí porque no hacía falta. Sabía a dónde iba. Sabía perfectamente todo lo que Ava Handersen hacía, todos los días, a todo momento.

Un ratón no huye a menos que note al gato.

Abrí la guantera y saqué una carpeta de papel. Empecé a deslizar las hojas y leí la información que conocía de inicio a fin. La había memorizado. La precaución es siempre remunerada con buenos resultados.

Dejé la carpeta en el asiento de copiloto y, debido al movimiento, la hoja principal cayó al suelo. La luz anaranjada de uno de los faroles la iluminó y pudo leerse con claridad:

**ELE Coffee and Peace**
**Datos del personal: Ava Handersen Muller**

**ELE Coffee and Peace**
**Datos del personal: Ava Handersen Muller**





# Índice

PLAYLIST
PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30

CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39
CAPÍTULO 40
CAPÍTULO 41
CAPÍTULO 42
CAPÍTULO 43
CAPÍTULO 44
CAPÍTULO 45
CAPÍTULO 46
CAPÍTULO 47
CAPÍTULO 48
CAPÍTULO 49
CAPÍTULO 50
CAPÍTULO 51
CAPÍTULO 52
CAPÍTULO 53
CAPÍTULO 54
CAPÍTULO 55
CAPÍTULO 56
CAPÍTULO 57
CAPÍTULO 58
CAPÍTULO 59
CAPÍTULO 60
CAPÍTULO 61
CAPÍTULO 62
EPÍLOGO

CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39
CAPÍTULO 40
CAPÍTULO 41
CAPÍTULO 42
CAPÍTULO 43
CAPÍTULO 44
CAPÍTULO 45
CAPÍTULO 46
CAPÍTULO 47
CAPÍTULO 48
CAPÍTULO 49
CAPÍTULO 50
CAPÍTULO 51
CAPÍTULO 52
CAPÍTULO 53
CAPÍTULO 54
CAPÍTULO 55
CAPÍTULO 56
CAPÍTULO 57
CAPÍTULO 58
CAPÍTULO 59
CAPÍTULO 60
CAPÍTULO 61
CAPÍTULO 62
EPÍLOGO

**Encuéntranos en:**



**Ava solo quiere olvidarlo todo.** Durante tres meses, ha mantenido una rutina libre de mentiras, acompañada por la fotografía y su trabajo en una cafetería.

**Derek solo quiere una segunda oportunidad.** Tras recorrer el mundo en un monoplaza de la Fórmula 2, ha regresado a Toronto con el único objetivo de que Ava lo perdone.

Reunidos por mensajes enigmáticos que Derek creía olvidados, y una pequeña niña que pondrá el mundo de Ava de cabeza, se enfrentarán a nuevos problemas que revivirán viejas heridas de ese pasado que por tanto tiempo los ha atormentado.

**Caladas de cigarro, acordes en piano**
**y noches azules.**
**Caer no es siempre el último recurso.**
**A veces, es la mejor opción.**



ISBN: 978-612-4414-43-5

eBook disponible

CROSS BOOKS